IRATXE
Libreria Anticuaria
PAMPLONA



INSTITUCIONES

DE

DERECHO CANÓNICO

INSTITUCIONES

DE

DERECHO CANÓNICO

R-5999

INSTITUCIONES

DE

DERECHO CANÓNICO

POL EL ILMO. SEÑOR

DR. D. FRANCISCO GÓMEZ-SALAZAR,

OBISPO DE LEÓN.

TERCERA EDICIÓN

CORREGIDA Y AUMENTADA.



TOMO I.

NM 4565

— LEÓN: —
Imp. de Herederos de Miñón
1891.

El Autor se reserva los derechos concedidos por la Ley á la propiedad literaria.

PROLOGO

Todos los planes de estudios, que han venido rigiendo en España desde há muchos años hasta 1883, señalan dos asignaturas para la enseñanza del Derecho canónico, designándose la primera con el nombre de *Instituciones de Derecho canónico*, y la segunda con el de *Disciplina general de la Iglesia y particular de España*, sin que en ninguno de aquellos planes de estudios se determinen los límites propios de cada una de las referidas asignaturas, y de aquí la variedad con que se hacían estos estudios en las distintas Universidades del Reino, habiendo contribuido poderosamente á esta falta de unidad las mismas obras de texto, porque lo mismo se dice en las designadas para el estudio de las Instituciones que en las adoptadas para el de la Disciplina, á excepción de una gran parte de las materias concernientes á los principios del Derecho canónico, que siempre se han considerado como propias de las Instituciones.

El Real decreto de 2 de Septiembre de 1883, publicado en la Gaceta de 6 del mismo mes, refundió las

dos asignaturas de Derecho canónico en una sola, que habría de llevar el título de *Elementos de Derecho eclesiástico general y particular de España* y con esta disposición terminó, como era consiguiente, aquella variedad en la enseñanza de esta ciencia, aunque con grave detrimento de la misma; porque en lugar de regularizar estos estudios, lo cual era de absoluta necesidad, dada la anarquía existente en esta parte de la enseñanza, se ha tomado una medida radical, según la cual es imposible estudiar aun elementalmente el Derecho canónico en un solo curso.

El Real decreto de 16 de Enero de 1884 sostiene la disposición anterior en la parte que limita á una asignatura el estudio del Derecho eclesiástico general y particular de España, aun cuando en el periodo del Doctorado señala dos asignaturas á la ciencia canónica. Esto mismo se ordena y prescribe en el Real decreto de 14 de Agosto del mismo año, sin más diferencia, que la designación de esta asignatura con el título de *Instituciones de derecho canónico*, volviendo en esto al nombre que llevaba en los antiguos planes de estudios.

La importancia del estudio del Derecho canónico para los alumnos de Derecho y su aplicación práctica en nuestro país, en el que los abogados intervienen como letrados y defensores de los litigantes en los tribunales eclesiásticos, á parte de las íntimas y especialísimas relaciones entre la legislación eclesiástica y la civil de España, hace necesario, que se dé una idea clara y precisa de esta ciencia, de modo que los alumnos puedan fácilmente por sí mismos extender sus conocimientos y dar

solución á las dificultades, que hayan de ocurrirles en el ejercicio de la noble profesión de abogados, á que aspiran; toda vez que el estudio de esta parte del Derecho se reduce á una asignatura y á un solo curso según las vigentes disposiciones legales. A este efecto, es indispensable hermanar la concisión y brevedad con la claridad y profundidad; de modo que el profesor pueda, durante el curso, preparar convenientemente á los alumnos, á fin de obtener el resultado, que se deja señalado.

Esto mismo se ha tenido presente en esta obra, en la que se examinan y explican los términos de la ciencia, iniciándose las distintas materias contenidas en ella, por el examen etimológico de las palabras, siempre que se considera conveniente: acto seguido se dán las definiciones y se explican sus distintos términos, cuando la claridad é importancia de la materia lo reclaman: se procede después ordenadamente á exponer lo dispuesto en las distintas fuentes del Derecho canónico sobre cada una de las materias, dando á conocer la legislación general de la Iglesia con mayor ó menor extensión, según su respectiva importancia; y por último, se señala en cada caso la disciplina particular de España en la parte que modifica la general de la Iglesia.

Las disposiciones legales, lo mismo que las demás fuentes, se citan pocas veces textualmente en esta obra, porque así lo requiere la índole de la misma y el fin que dejo indicado; pero se señalan al pié de ella con la mayor precisión sus distintas fuentes, para que en caso necesario puedan comprobarse, examinando la ley, su espíritu y las múltiples cuestiones, que surgen de las pala-

bras ó textos legales; así como las distintas opiniones de los sabios sobre las mismas y cuáles entre ellas son las más acertadas. A este efecto he leido y examinado con detención las obras, que cito, ó por lo ménos el pasage, punto, capítulo ó párrafo del libro, á que me refiero; de modo que no será nunca difícil ver con facilidad suma las fuentes señaladas; puesto que están designadas con exactitud y aun con minuciosidad en todos los casos. Solo alguna errata de imprenta podrá desmentir mis afirmaciones y esto muy pocas veces, porque se han corregido las pruebas con el cuidado más exquisito, según su especialísima importancia lo requiere.

El plan de enseñanza y el desenvolvimiento general de la misma es de suma importancia, reconocida por todos y muy particularmente en las obras de texto, debiendo manifestar con ingenuidad, que esto me ha preocupado sériamente, atendida la suma variedad que se nota en las obras escritas de medio siglo á esta parte. Desde que se abandonó el método *predeterminado*, cada autor ha seguido en sus respectivas obras el plan y orden que ha considerado más ajustado á la razón y acomodado á la enseñanza del Derecho canónico; lo cual no ha dejado de producir cierta confusión, siendo un verdadero obstáculo para el estudio; puesto que es casi indispensable el leer toda una obra para comprender el pensamiento de su autor, ó para encontrar la materia que se desea consultar. Las obras escritas en el presente siglo son la más acabada demostración de las afirmaciones que preceden. Esta misma variedad en las muchas obras que he tenido á la vista, y el atento exámen del

método de cada una de ellas, me ha decidido á preferir el método antiguo, fundado en la división hecha por Justiniano en sus Instituciones del Derecho romano, y adoptada en gran parte por Lancelloti y otros muchos canonistas.

En su consecuencia, esta obra se divide en los cuatro libros siguientes:

I. De los principios del Derecho canónico.
II. De las personas de la Iglesia.
III. De las cosas eclesiásticas.
IV. De las penas y delitos canónicos.

Con respecto á la distribución de las materias, objeto de cada uno de estos libros, se nota gran variedad en las obras escritas bajo este plan general, y en su vista no me he decidido por ninguno, sinó que he adoptado en esta obra el que me ha parecido mejor y es el siguiente:

El libro primero se divide en los tres títulos siguientes:

I. Prolegómenos, y bajo este nombre se comprenden las más importantes cuestiones de Derecho público en su relación con la Iglesia.

II. Fuentes del Derecho canónico en sus diversos grados.

III. Colecciones canónicas.

El libro segundo está destinado á tratar de *las personas de la Iglesia* en sus diversos grados jerárquicos, y como esta materia es de suma importancia en sí misma, no ménos que por los muchos errores en que se ha incurrido acerca de ella, se dá una idea clara y precisa

acerca de la institución de la Iglesia, sus elementos constitutivos, propiedades, notas y dotes de ella: organismo de la misma; derechos y deberes anejos á cada uno de sus distintos miembros, según el grado que ocupen en la escala eclesiástica, empezando por el más elevado, como base y cimiento de este divino edificio, y descendiendo gradualmente hasta llegar al último, que puede considerarse como la causa motiva de esta divina institución.

El libro tercero trata de las cosas eclesiásticas, ó de los medios necesarios para obrar la santificación del hombre en esta vida y alcanzar en la otra un puesto seguro en la celestial Jerusalén. La distinta importancia de cada una de las cosas con relación al fin de la Iglesia, se ha tenido presente en el orden que se sigue al tratar de cada materia; así que los dos primeros títulos tienen por objeto las cosas meramente espirituales, como los Sacramentos y Sacramentales, descendiendo gradualmente en los siguientes á tratar de las cosas consagradas, sagradas y benditas hasta llegar á las cosas meramente temporales, que necesita la Iglesia para la consecución de su fin espiritual.

El libro cuarto tiene por objeto todo lo concerniente á los medios con que cuenta la Iglesia para contener á sus miembros dentro de los límites del deber. A este efecto se trata en el título primero de las penas eclesiásticas, y en el segundo de los delitos penados por la ley.

Se prescinde en esta obra de muchas materias y cuestiones tratadas en las Decretales, que no tienen aplicación en la actualidad en España y casi en ningún

país de Europa, como los contratos, testamentos, etc., etc., que se hallan modificados por la legislación civil de las distintas naciones y á ella habrá necesidad de atenerse en la práctica.

Tampoco se trata de los juicios eclesiásticos, aunque las Decretales se ocupan con alguna extensión en esta parte importantísima del Derecho, porque es propio de otras asignaturas, según el actual plan de estudios; y por otra parte, el examen de esta materia reclama una obra científica distinta, puesto que es la aplicación del derecho ó de la ley á los casos prácticos, que surgen en la vida social, habida consideración á los distintos intereses de los ciudadanos y miembros de la Iglesia.

El plan de esta obra y el método seguido en ella hasta en el modo de expresar los conceptos, tienen por objeto facilitar el estudio del Derecho eclesiástico á los alumnos de la facultad de Derecho, como medio de que vean con claridad la divina institución de la Iglesia, la providencia que la sostiene en medio de las contrariedades de todas las clases, que se han opuesto á su marcha en el espacio de diez y nueve siglos; el fin único á que se dirige y la sabiduría y santidad de sus leyes, como medios necesarios ó convenientes para la consecución de aquél. Este es el espíritu que prevalece en toda la legislación eclesiástica, y en él han de imbuirse los que aspiren á conocer sus leyes; porque cualquiera otra tendencia que se advierta en alguno de sus miembros no será en todo caso más que un defecto propio de los hombres, y que no puede ser nunca motivo para oscurecer la purísi-

ma disciplina de la Iglesia ni el respeto y veneración hácia la misma.

Esta tercera edición de las Instituciones de Derecho canónico sale aumentada con la disciplina particular de España, como consecuencia del plan de estudios vigente, habiéndose además corregido y aumentado la obra en aquello, que he considerado conveniente. Se ha mejorado también en cuanto al método, procurando de este modo corresponder al favor y benevolencia que el público ha dispensado á esta obra. Hubiéramos deseado mayores mejoras en esta nueva edición; pero los deberes ineludibles y sobremanera graves de nuestro cargo pastoral nos impiden dedicarnos á esta clase de trabajos, limitándonos á los ya preparados, cuando seguíamos al frente de esta asignatura en la Universidad Central, con algunas pocas adiciones y correcciones, que hemos considerado indispensables al revisar la obra para esta edición.

LIBRO PRIMERO

PRINCIPIOS DEL DERECHO CANÓNICO

TÍTULO PRIMERO

PROLEGÓMENOS

CAPÍTULO PRIMERO

DERECHO EN GENERAL Y DERECHO CANÓNICO EN PARTICULAR

ARTÍCULO PRIMERO

DEL DERECHO EN GENERAL

Etimología de la palabra derecho.—Dice el jurisconsulto Ulpiano *quod juri operam daturum prius nosse oporteat, unde nomen juris descendat*, y de conformidad con este y otros sabios (1) paso á exponer brevemente las distintas opiniones de los escritores acerca de este punto.

Gregorio López sostiene, que la palabra *jus* (Derecho) es primitiva. Los que siguen esta opinión se fundan, en que esta palabra es más simple que *justo, justitia &.ª*, porque *jus* (Derecho), como objeto de la justicia es más antiguo que la misma justicia y por lo mismo la palabra *jus* no se deriva de *justitia, jussu aut justo,* sino que estas palabras proceden de aquella según las reglas gramaticales.

(1) SCHMALZGRUEBER, *jus eccles. univ. dissert. proemial.*

Ulpiano y otros muchos jurisconsultos defienden, que la palabra *jus* es derivada, pero no están de acuerdo sobre la palabra de donde procede, (1) así que:

a) Unos creen que se deriva de *juvare* (ayudar), en cuanto que sirve de amparo contra la fuerza ó violencia.

b) Otros dicen, que procede de *jussu* ó *jubendo*, porque *jus* es lo mismo que *jussum*, ó sea el mandato del superior; y por esto los derechos ó leyes se llamaban por los antiguos *jussa*.

c) Varios escritores sostienen que la expresada palabra *jus* proviene de *justo*; y Graciano, de acuerdo con ellos, consigna que el motivo de llamarse así es *quia justum est.* (2).

d) Algunos dicen, que procede de *justitia*, puesto que muchas veces se toma por la esencia de la justicia, y las ciencias reciben frecuentemente su nombre del fin que se proponen.

Ulpiano, Braun, Schmier y otros notabilísimos doctores siguen esta última opinión (3).

Acepciones en que puede tomarse.—La palabra derecho tiene muchas acepciones, que pueden resumirse en lo siguiente (4).

a) Se toma por lo que es justo ó conforme al dictamen de la razón y á la ley divina y humana.

b) Por la misma sentencia del juez y por el lugar en que se administra justicia.

c) Por la legítima facultad de hacer ú omitir una cosa, ó de obligar á otro á que la haga ú omita.

d) Por la jurisprudencia ó la ciencia del derecho.

e) Por el conjunto ó colección de leyes, en cuyo sentido se la toma al tratar del derecho general y de sus varias especies (5).

(1) SCHMALZGRUEBER, *jus eccles. univ. dissert. proemial.* párrafo 1.º
(2) Cánon 1.º, distinción 1.ª
(3) SCHMALZGRUEBER, *jus eccles. univ. dissert. proemial.* párrafo 1.º
(4) BOUIX: *De principiis Jur. Canon*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 2.º
(5) SCHMALZGRUEBER: *Jus eccles. univ., ibit.*, par. 1.º, núm. 8.º

Su definición en sentido objetivo y sujetivo.—El derecho en su sentido objetivo puede definirse: *el conjunto de leyes, que señalan las obligaciones y derechos de una sociedad.*

En sentido sujetivo es: *la facultad que cada uno tiene de hacer lo que es conforme á la razón, y de omitir lo que á ella se opone.*

El derecho, según esta definición, envuelve en su concepto estas dos ideas:—facultad ó sea poder para hacer una cosa; —obligación ó sea el deber de cumplir con las prescripciones de la ley.

Su definición como ciencia.—Como la palabra derecho se ha empleado no sólo para expresar lo que es justo, sinó también para significar la ciencia de las leyes en la vida social; y por cuyo medio se viene en conocimiento de lo que es justo ó injusto en las acciones humanas; de aquí que el derecho considerado como ciencia, podrá definirse: *el conocimiento ó pericia de las leyes, que enseñan lo que es justo ó injusto, honesto ó deshonesto.*

Sus especies.—El derecho se divide en—*esencial* ó *natural*—y *accidental* ó *positivo.*

Derecho natural y sus especies.—El derecho natural consta de las leyes (1) emanadas necesariamente de la esencia de Dios y de la naturaleza de las criaturas y puede definirse: *el conjunto de leyes impresas por Dios en nuestros corazones, dadas á conocer y promulgadas por la luz de la razón, que determinan nuestros deberes y derechos.*

El derecho natural (2) se divide en=*privado*—*doméstico*—*público*—y de *gentes*, según que se refiera á los derechos y obligaciones del hombre aisladamente considerado, ó en sus relaciones con la familia, con la sociedad y con todos sus semejantes, aunque pertenezcan á distintos pueblos ó naciones.

(1) C. VII, dist. 1.ª

(2) Véase á BERARDI: *Inst. de Derecho ecles.*, part. 1.ª tit. II.

Derecho positivo y sus especies.—Se entiende por derecho positivo ó accidental, *el conjunto de leyes que provienen de la libre voluntad de Dios ó de los hombres.*

Este derecho se divide en—*divino* y *humano.*

Derecho divino positivo y en qué se distingue del derecho natural.—Se entiende por derecho divino positivo, *la colección de leyes dadas por la libre voluntad de Dios á los hombres.*

El derecho divino se distingue del derecho natural, en que éste es inmutable y se promulga interiormente á cada uno por la razón, y aquél puede mudarse y se nos dá á conocer por la revelación.

Derecho humano y sus especies.—El derecho humano es: *la colección de leyes dadas por la voluntad de los hombres, en quienes existe este poder.*

Se divide en—*eclesiástico* y *civil*, según que sus respectivas leyes provienen de la Iglesia ó del Estado.

Errores acerca del orígen del Derecho.—Como consecuencia de lo dicho acerca de la palabra *derecho* y de lo manifestado sobre sus varias especies, surge naturalmente esta pregunta: ¿Cuál es el orígen ó fundamento del Derecho? ó en otros términos, ¿en dónde se halla la raiz ó razón primaria de todas las obligaciones y derechos? (1)

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, y para que pueda yo esponer en breves palabras todo lo relativo á esta materia de suyo importantísima, haré primero una sucinta exposición de los principales errores acerca del orígen del derecho, y pasaré en seguida á consignar la doctrina verdadera sobre este punto.

Epicuristas.—Los secuaces de Epicuro enseñaron que la raiz de todo derecho es el apetito sensitivo ó carnal, la fuerza y la utilidad (2).

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. II.
(2) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur Canon. præmot.*, párrafo 2.º

Este error procede del falso supuesto, de que el hombre es únicamente un ser *corporal* que en su esencia no se distingue de los brutos.

Las consecuencias de tales doctrinas son funestas hasta el punto, de que sería imposible la existencia de la sociedad, si se llevaran á efecto: por fortuna, nunca han conseguido carta de naturaleza entre los pueblos, porque el buen sentido las ha rechazado como opuestas á la razón que desde luego ve en el hombre un espíritu que se distingue esencialmente del cuerpo—un principio que señala la diferencia entre el bien y el mal, que no puede en manera alguna confundirse con la fuerza bruta, ni con la utilidad pública ó privada (1).

Estóicos.—Los estóicos veían en el hombre un sér espiritual y corporal; pero creían que el alma estaba destituida de libertad, y por lo mismo sujeta al hado fatal; así que excluían de las leyes la justicia y al mismo Dios.

Este error funestísimo se halla en abierta oposición con el sentido íntimo, que atestigua la propia libertad; se opone á la razón, á la evidencia, y al unánime consentimiento de todos los pueblos; de manera, que considero inútil añadir una palabra más sobre este absurdo sistema, á pesar de los muchos prosélitos que ha hecho (2).

Rousseau y otros.—El filósofo de Ginebra deriva el Derecho, de los pactos entre los hombres, y otros escritores han enseñado la misma doctrina, suponiendo que el Derecho es resultado de un pacto, en que los indivíduos se han convenido en dejarse cercenar una parte de la libertad natural con la mira de disfrutar los beneficios, á que los brinda la sociedad (3).

Esta doctrina del pacto es impotente para cimentar el Derecho, porque ó existe una ley anterior que prohibe violar tales

(1) BAILLY: *Tract. de vera Religione.*, tom. I, pars. 1.ª, cap. II.

(2) BAILLY: *Tract. de vera Religione.*, tom. I, *quæst. 2.ª prov.*

(3) BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo III, cap. L.

pactos ó nó: en el primer caso resulta que los hombres vienen obligados á su observancia en virtud de un principio anterior: y si se admite el último supuesto, es evidente que no habrá obligación de observar lo pactado y por lo mismo no será reo el que traspasa estos pactos (1).

Además: el pacto explícito no ha existido jamás, y aun en el supuesto de haber existido ¿con qué derecho los padres ó cierto número de indivíduos podían pactar en representación de toda su familia ó de la sociedad?

Hobbes.—Este filósofo hace derivar todo derecho de un pacto, y según este escritor, cuando los hombres viven en el estado natural, tienen derecho á todo; de manera que no existe diferencia alguna entre el bien y el mal.

Es más; Hobbes levanta el despotismo en medio de la sociedad, como un ídolo monstruoso al que todo debe sacrificarse, sin consideración á los eternos principios de la moral, ni otra regla que el capricho del que manda, ni otro límite en sus facultades que el señalado por el alcance de su fuerza (2).

La doctrina de este filósofo se halla en abierta oposición con la razón humana, el testimonio de la conciencia, consentimiento de todos los pueblos y hasta la misma evidencia (3).

Materialistas.—Los materialistas modernos reproducen los antiguos errores bajo diversas formas, y por esta razón el papa Pio IX condenó en el *Syllabus* las proposiciones siguientes:

PROP. 58.—*Aliæ vires non sunt agnoscendæ, nisi illæ quæ in materia positæ sunt, et omnis morum disciplina, honestasque collocari debet in cumulandis et augendis quovis modo divitiis ac in voluptatibus explendis.*

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. II, párrafo 1.º, prop. 1.ª

(2) BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo III, cap. L.

(3) BAILLY: *Ibid.*, part. 1.ª, cap. II.

PROP. 59.—*Jus materiali facto consistit, et omnia hominum officia sunt nomen inane, et omnia humana facta juris vim habent.*

PROP. 60.—*Auctoritas nihil aliud est nisi numeri et materialium virium summa.*

PROP. 61.—*Fortunata facti injustitia nullum juris sanctitati detrimentum affert.*

Racionalistas.—Bajo esta denominación se comprende un crecidísimo número de escritores que atribuyen á la razón el sumo imperio, sin reconocer ninguna ley superior, fuera del irresistible desenvolvimiento de la naturaleza, porque según ellos el hombre se basta á sí mismo para cumplir su destino, y áun para llegar al ápice de la perfección (1).

Esta teoría se halla en abierta oposición con los mismos hechos de los cuales aparece, que el hombre, sin el auxilio de la revelación, sería impotente en su actual condición para conocer y cumplir gravísimos deberes é importantísimos preceptos de la ley natural (2).

Los defensores de este sistema están conformes en proclamar la ruptura entre la razón y la fé, entre la naturaleza y la gracia y por eso Pio IX, en su alocución al episcopado católico, reunido en torno suyo con motivo de la canonización de los mártires del Japón, decía al hablar de los principales errores de nuestra época: « Estos hombres destruyen por completo la ne» cesaria cohesión, que por voluntad de Dios existe entre el or» den natural y el orden sobrenatural (3).

Los sectarios del principio racionalista se dividen en diversos grados, que no considero necesario examinar aquí, puesto que en último resultado vienen á fijar el principio del Derecho en la razón humana, incurriendo en más ó ménos contradicciones.

(1) PERRONE: *Prælect., Theologicæ*, part. 3.ª, *De homine*, cap. V.
(2) BAILLY: *De Religione*, tom. I, part. 2.ª cap. II.
(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. II, cap. I.

Panteismo político.—Se comprenden bajo esta denominación todos aquéllos sistemas que colocan la fuente del Derecho en la voluntad de los reyes ó de los pueblos.

Estos sectarios no convienen entre sí en todo, porque unos consideran al Estado como la más elevada potencia del género humano en su progreso social, así que él es el poder supremo y universal, el derecho por excelencia, fuente de todos los demás derechos y regulador supremo de todas las relaciones entre los hombres (1).

Este sistema no reconoce el orden sobrenatural, y por otra parte niega la espiritualidad é inmortalidad del alma y al mismo Dios. Por esta razón se condenó por Pio IX en el *Syllabus* la proposición 39 que dice: *Reipublicæ status, utpote omnium jurium origo et fons, jure quodam pollet nullis circunscripto limitibus.*

Otros escritores no llegan al grado de los anteriores, porque no defienden la supremacía del Estado, sino su autonomía y completa independencia.

Este sistema no es ménos absurdo que el anterior, y por otro lado es ménos consecuente, porque admitiendo el órden sobrenatural, prescinde de él y lo excluye del ordenamiento político de la sociedad; de manera que ésta es el principio de todo derecho en lo que á ella se refiere, lo cual conduce al dualismo y á la negación de la unidad de Dios (2).

Doctrina verdadera acerca del origen del Derecho.—Se deja manifestado que la palabra *derecho* se toma aquí por el conjunto de leyes, que señalan las obligaciones y derechos de una sociedad, y la facultad de hacer lo que es conforme á la razón, y de omitir lo que á ella se opone: de manera que la fuente de todo derecho se halla en los factores esenciales de toda ley.

Las leyes son resultado de estos dos actos del legislador—acto del entendimiento que dispone ó sea disposición de la razón

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. 1, párrafo 1.°
(2) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. I, párrafo 3.°

—acto de la voluntad que manda ó sea la voluntad de la autoridad.

El derecho procede de Dios en ambos conceptos, porque él es la fuente de la sabiduría, de la justicia, de la equidad y de la autoridad, cuyos atributos sólo existen en el hombre de un modo limitado, y por lo mismo las leyes humanas reciben su fuerza del mismo Dios: así que el sumo Pontífice Pio IX condenó en el *Syllabus* las proposiciones siguientes:

PROP. 56.—*Morum leges divina haud egent sanctione, minimeque opus est ut humanæ leges ad naturæ jus conformentur aut obligandi vim á Deo accipiant.*

PROP. 57.—*Philophophicarum rerum morumque scientia, itemque civiles leges possunt et debent á divina et ecclesiastica auctoritate declinare.*

La doctrina que considera á Dios como fuente de todo derecho, es tan evidente, que basta para demostrarla lo que se acaba de manifestar y las breves consideraciones siguientes:

a) Las leyes humanas son justas, si se derivan de la ley natural (1) y hay obligación de observarlas y cumplirlas en cuanto que proceden de la ley eterna (2), que existe un Dios, gobernador supremo del universo y es *la razón y voluntad divina que manda observar la ley natural y prohibe traspasar sus mandatos* (3). Es, pues, evidente que el principio de todo derecho existe únicamente en Dios, y por esto dice el Apóstol: *Non est enim potestas nisi à Deo* (4).

b) La ley eterna es ley por esencia, á diferencia de todas las demás leyes, que son tales por participación: luego el principio de todo derecho se halla exclusivamente en Dios.

c) Todos los séres existentes en el universo son contingentes, y proceden de un sér necesario, á quien deben su exis-

(1) SANTO TOMAS: *Summa Theolog.* 1.ª, 2.æ *quæst.* 95, art. 2.º
(2) SANTO TOMAS: *Summa Theolog.* 1.ª, 2.æ *quæst.* 96, art. 4.º
(3) CHARMES: *Theolog. univ., de legib.*, dissert. 2.ª, cap. I.
(4) Epístola *ad Romanos*, cap. XIII, v. 1.º

tencia con los atributos inherentes á la misma. Luego en este sér necesario se encuentra solamente el fundamento del Derecho (1).

ARTÍCULO II

DEL DERECHO CANÓNICO EN PARTICULAR

Distintos nombres del Derecho Canónico.—El conjunto de leyes por las que se rige la Iglesia de Jesucristo, tiene los nombres siguientes:

Derecho eclesiástico, porque trata de las personas y cosas de la Iglesia, y porque se halla formado ó establecido por las autoridades eclesiásticas que tienen potestad legislativa (2).

Derecho sagrado, santo, sacratísimo, venerando, porque trata de las cosas sagradas y se dirige á un fin santo, cual es el bien espiritual de los fieles y su eterna salvación (3).

Derecho pontificio, porque consta de leyes dadas, sancionadas ó aprobadas por los romanos Pontífices (4).

Derecho divino, porque contiene muchas disposiciones divinas, y sus cánones son conclusiones deducidas de los principios consignados en la ley divina. Además se la dá este nombre porque el Espíritu Santo asiste á la Iglesia para preservarla de error en lo que dispone sobre la fé, costumbres y disciplina inmutable (5).

Jus Canonicum (Derecho Canónico) cuya última palabra se deriva de la griega κανων que significa *regla*, y si bien el de-

(1) Véase á TAPARELLI: *Exámen crítico del Gobierno representativo*, part. 1.ª, cap. I.

(2) HUGUENIN: *Exposit method. Jur. Can. prænot.* párrafo 2.º

(3) C. II, distinct. 70.—C. IX y XI, dist. 50.—C. XVI, distinct. 61.

(4) BOUIX: *de princip. Jur. Can.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. I.

(5) Cap. II, tít. VII, lib. V. *sext. Decret.*

recho (1) civil podría denominarse así, se ha concretado su significación á las leyes eclesiásticas fundadas en el derecho divino (2).

Su definición en sentido objetivo.—Se entiende por Derecho Canónico en su sentido objetivo: *el conjunto de reglas por las que se gobierna la Iglesia, como sociedad visible.*

También puede definirse; *el conjunto de leyes, que sancionadas por la Iglesia mediante las personas dotadas en ella de potestad legislativa, determinan los derechos y deberes de la sociedad cristiana, y dirigen las acciones de los fieles al fin propio de la misma Iglesia* (3).

Se dice que es *el conjunto de leyes*, lo cual es común al derecho de toda sociedad.

Las palabras *sancionadas por la Iglesia* indican su diferencia de los demás *Derechos*, ó sea del derecho propio de las sociedades temporales ó civiles, y expresan á la vez todas las leyes que ella dá, propone ó aprueba; puesto que de unas y otras se compone el cuerpo del Derecho Canónico (4).

Las palabras *mediante las personas que tienen en ella potestad legislativa*, indican las diferentes especies de leyes que rigen á la sociedad cristiana, ya sean generales ú obligatorias á todos fieles, ya particulares que comprendan á un determinado territorio y á mayor ó menor número de personas ó colectividades.

Se dice *que determinan los derechos y obligaciones de la sociedad cristiana*, en cuanto que indican la potestad de aquella, las personas en quienes radica y sus efectos.

Las últimas palabras *dirigen las acciones de los fieles al fin propio de la misma Iglesia*, expresan su—

Materia, que son las leyes, los fieles y las acciones de ellos.

Forma, que es la rectitud de los actos de los fieles cristianos, mediante la dirección de los cánones ó leyes de la Iglesia.

(1) Epist. *ad Philipp.*, cap. III, v. 16.—C. I y II, dist. 3.ª—C. I, dist. 20.
(2) Cap. XXIV, tít. I, lib. V. *Decret.*
(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon. Prænot.*, párrafo 2.º núm. 2.º
(4) BOUIX: *de princip. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. I, párrafo 4.º

Fin, que es la bienaventuranza eterna de los fieles como consecuencia de la sana instrucción y de las buenas obras.

El derecho canónico en sentido sujetivo y como ciencia.—El Derecho Canónico en su sentido sujetivo es: *la facultad y obligación de obrar con arreglo á las leyes eclesiásticas.*

Este mismo Derecho en cuanto se considera como ciencia puede definirse: *el conocimiento y pericia de las leyes eclesiásticas en su concepto práctico, histórico y filosófico.*

Si el derecho canónico se distingue de la jurisprudencia eclesiástica.—El Derecho Canónico considerado como ciencia se distingue de la jurisprudencia eclesiástica, en que aquél (1) tiene por objeto el conocimiento de la legislación de la Iglesia, y ésta es esencialmente práctica, siendo su principal objeto la aplicación de las leyes á los casos que ocurran.

Sus especies.—El Derecho Canónico se divide (2)=

Por la razón del objeto, en *público y privado.*

El primero es: *la colección de leyes que fijan la constitución de la Iglesia según su misma naturaleza y la voluntad de su Divino fundador.*

El derecho público puede ser—

Interno y es el que afecta directamente á los grados distintos de la gerarquía eclesiástica, á la potestad inherente á cada uno de ellos, y á los medios con que la Iglesia puede conseguir su fin.

Externo, que tiene por objeto las relaciones de esta sociedad con las sociedades civiles ó temporales.

El derecho *privado* es: *la colección de leyes que tienen por objeto señalar los derechos y deberes de cada uno de los miembros de esta sociedad para la consecución del fin de la misma.*

Por razón del *origen* se divide en *divino* y *humano;* puesto

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. I, párrafo 7.º

(2) BOUIX: *de princip. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. II.—*Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit. prolegomena*, párrafo 1.º

que consta de leyes dadas por el mismo Jesucristo y de leyes dadas por la Iglesia.

Por razón de la *promulgación*, en *escrito* y no *escrito*.

El primero es: la *colección de leyes que el legislador da por escrito ó de viva voz.*

El Derecho no escrito es: *el conjunto de leyes introducidas por el uso ó la costumbre.*

Por razón del *sujeto* se divide en *común* y *particular*, según que las leyes son generales y obligatorias en toda la Iglesia, ó solo afectan á los fieles de una nación, metrópoli ó diócesis (1).

Por razón del *tiempo* se divide en *antiguo*, *nuevo* y *novísimo*.

El primero comprende las leyes dadas desde el principio de la Iglesia hasta el siglo XII, ó sea hasta el decreto de Graciano.

El Derecho nuevo es: la colección de leyes dadas por la Iglesia desde el decreto de Graciano inclusive hasta el Concilio de Trento.

Derecho novísimo, que es la colección de leyes prescriptas por el Concilio de Trento y todas las demás que se vienen dando desde entónces hasta el presente.

Métodos empleados en el estudio de esta ciencia. —Desde que el Derecho Canónico se separó de la Teología y se publicaron las decretales de Gregorio IX, se siguió por todos los escritores el orden trazado en estas, sin haber entre ellos otra diferencia que la consiguiente á la mayor ó menor extensión que dán á sus comentarios sobre los cánones; llamándose—

Glosistas, los que se limitaban á poner algunas notas ó breves comentarios al texto del derecho.

Tratadistas, los que han escrito difusos tratados sobre los expresados textos, siguiendo en un todo el orden con que se hallan colocados en el decreto de Graciano y en los libros de las decretales.

A este método se dá el nombre de *predeterminado*, porque

(1) Cap. VII, tít. XXXVIII, lib. I *Decret.*—C. VIII, dist. 11.

era el consagrado por el uso en el estudio de la ciencia canónica, y nadie se consideraba desligado de él al escribir sobre estas materias.

En tiempos posteriores se abandonó este método como ménos útil para la ciencia, habiendo sido reemplazado por el seguido en las Instituciones de Justiniano; el cual se adoptó en el siglo XVI, primeramente por Antonio Cucco (1) profesor de Derecho en la Universidad de Pavía.

El Papa Paulo IV encargó á Juan Pablo Lancelotii, jurisconsulto de Perusa (2) la formación de unas Instituciones de Derecho Canónico, y las escribió, siguiendo en parte el método de las Instituciones de Justiniano.

Este método, lo mismo que el de las decretales de Gregorio IX, ha venido observándose por todos los escritores hasta estos últimos tiempos, en que ha prevalecido el *método libre*, según el cual cada escritor sigue en estas materias el orden que considera más acertado.

Por esta razón, es muy difícil encontrar en las obras modernas la cuestión que se quiere examinar, á ménos que se lean por completo. Los libros escritos sobre la materia llevan muy distintos títulos, y hasta los que coinciden en esto discrepan considerablemente en el orden que siguen. Inútil sería descender al examen de estos distintos métodos y á la forma distinta con que se hallan desarrolladas cada una de las materias, bastando consignar que existe suma variedad en los escritores que adoptan algunos de los métodos conocidos.

Necesidad del triple método práctico, histórico y filosófico.—Sea cual fuere el orden que se siga, es de necesidad observar en las Instituciones canónicas el triple método práctico, histórico y filosófico (3), para que haya claridad, exactitud y precisión en la doctrina.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XXI, párrafo 3.º
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XXI, párrafo 4.º
(3) WALTER: *Derecho eclesiástico universal, introducción*, párrafo 3.º

El método práctico consiste en expresar el derecho ó leyes vigentes.

El método histórico tiene por objeto hacer mención de las leyes que precedieron y prepararon el camino á las que rigen en la actualidad.

El método filosófico se emplea en fijar el sentido de la ley, penetrando en el espíritu de la Iglesia y dando la razón de su conveniencia á la sociedad cristiana.

Abusos que han de evitarse.—En todo caso es necesario tener presente, que se ha abusado del método histórico por los protestantes y jansenistas, quienes se fijan en las leyes eclesiásticas de cierta época, como tipo de la perfección del derecho, y quieren reducir á su norma las leyes eclesiásticas de todo tiempo y lugar (1), como si la autoridad que estableció aquél no pudiera modificarle según las distintas necesidades de las personas, lugares y tiempos.

También han abusado del método filosófico los que, prescindiendo en un todo de la constitución dada á la Iglesia por Jesucristo, la conciben á su manera, formando de la misma á su capricho un plan más ó ménos ingenioso, pero siempre equivocado é inexacto, de su organización y relaciones entre sus miembros y con las sociedades temporales; de manera que minan por su base la obra eterna é inmutable de Dios, aspirando á sustituirla con otra efímera é inútil, producto de su ingenio, siempre pobre y limitado, aun cuando sea muy esclarecido.

Distinción entre el Derecho canónico y el Derecho civil, y preeminencia de aquél sobre éste.—El Derecho Canónico se distingue del Derecho civil (2).=

En el *origen*, porque la potestad temporal procede de Dios, autor de la naturaleza; y la potestad eclesiástica emana de Jesucristo, autor de la gracia sobrenatural. Aquélla reviste distintas formas de gobierno, ésta siempre una y la misma.

(1) WALTER: *Manual de Derecho eclesiástico univ.*, *introducc.*, párrafo 3.°= PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles. prœmium*, párrafo 4.°

(2) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon prœnoc.*, párrafo 1.°

En el *objeto*, porque el Derecho civil trata de las cosas políticas y temporales, y el Derecho canónico de las cosas espirituales y sagradas.

En el *fin*, porque el Derecho Canónico se propone la felicidad y eterna bienaventuranza de los hombres, y el civil la felicidad y bienestar temporal.

Esta triple diferencia entre ambos derechos señala la preeminencia del primero sobre el segundo bajo los tres conceptos indicados; así que la potestad eclesiástica procede del mismo Jesucristo, que se la comunicó inmediatamente á Pedro y á sus sucesores en la Silla romana, siendo su autoridad universal puesto que se extiende á todos los fieles del mundo, á fin de que puedan conseguir la felicidad eterna por los medios convenientes (1); á diferencia de la potestad temporal distribuida entre distintos poderes limitados é independientes, cuyo fin es la paz y bienestar temporal con facultad de emplear los medios conducentes al efecto; de manera que la preeminencia y superioridad del Derecho Canónico sobre el civil procede del origen, objeto y fin de cada uno de estos derechos (2).

Mútua armonía entre uno y otro.—Estas diferencias y distinción entre el Derecho Canónico y civil, que señalan claramente la superioridad del primero sobre el segundo, no indican contrariedad entre ambos, ni que hayan de divorciarse: deben por el contrario, prestarse mútuo auxilio; puesto que el fin último de uno y otro es el mismo, y por esta razón decía el papa Lucio III al obispo de Pádua: *Sicut leges non dedignantur sacros canones imitari, ita et sacrorum statuta canonum, principum constitutionibus adjubantur* (3).

En qué se distingue el Derecho Canónico de la Teología.—Los Santos Padres no distinguieron el Derecho Canónico de la Teología, sinó que trataban indistintamente de

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. I, párrafo 4.º
(2) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. ecclesiast. prænotion.*, cap. I.
(3) Cap. I, tít. 32, lib. V *Decret.*

las materias eclesiásticas, ya fuesen dogmáticas ó de disciplina, según lo exigían las circunstancias y la necesidad ó conveniencia de la Iglesia; así que las obras de estos esclarecidos varones de la antigüedad, lo mismo que las de los escritores de los primeros siglos, son un abundantísimo y escogido arsenal, en donde se encuentran tratadas promiscuamente las verdades pertenecientes á la fé, costumbres y disciplina de la Iglesia.

Cuando creció considerablemente el número de escritos con motivo del constante desenvolvimiento de las verdades teológicas y de la diversidad de cánones qne reclamaban las necesidades de la Iglesia, fué preciso dividir en diversas partes las ciencias sagradas, por más que no se fijaron con precisión sus respectivos límites hasta el siglo XII, desde cuya época vienen estudiándose como ciencias distintas (1).

La Teología tiene por objeto las verdades reveladas y propuestas por la Iglesia como regla de fé (2). El Derecho canónico trata de las leyes como regla de obrar en el régimen y gobierno de la Iglesia; y si bien la Teología moral es tambien práctica, puesto que versa sobre las acciones de los fieles, se distingue del Derecho Canónico en que aquélla tiene por objeto el fuero interno, y este la vida social de los fieles en el fuero externo.

Reglas que han de tenerse presentes.—De la doctrina expuesta resulta:

1. Que la Teología y el Derecho Canónico convienen en que ambas ciencias tratan de las cosas sagradas, distinguiéndose en que la Teología dogmática trata en toda su extensión de la fé y cosas divinas como regla de creer, y dirige todo su estudio é investigaciones á demostrar lo que es contrario ó conforme á la fé, según que está en armonía ó en oposición con aquélla; á diferencia del Derecho Canónico (3) que se fija en la doctrina católica para sacar de ella sus conclusiones ó reglas de obrar.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. 10, párrafo 8.°—Tít. 11, párrafo 1.°—*Id. comment. in jur. eccles. univ. præfatio*, párrafo 8.°

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. 1, cap. I, párrafo 3.°

(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. I.

2. La Teología moral es regla de obrar, y trata de las virtudes y vicios con arreglo á un motivo general de bondad ó de malicia, fundado en los principios generales del Derecho natural y divino; y el Derecho Canónico trata de las leyes sancionadas por la autoridad eclesiástica y de las obligaciones y derechos de los miembros de esta sociedad.

3. La Teología moral versa sobre las acciones de los hombres individualmente considerados en el fuero de la conciencia, y el Derecho Canónico examina esas mismas acciones del hombre en el fuero externo, en cuanto se refieren á la sociedad cristiana de que son miembros, y según que son conformes ó están en oposición, con las leyes dadas por la Iglesia para conservar incólume la fé y buenas costumbres.

Preeminencia de la Teología sobre el Derecho Canónico.—La Teología tiene sin duda alguna la preeminencia sobre el Derecho Canónico, bastando para demostrarlo las indicaciones siguientes (1):

a) El objeto propio é inmediato de la Teología es el conocimiento de Dios y de sus divinos atributos; la divinidad de Jesucristo y el admirable misterio de la redención del género humano; la divina constitución de la Iglesia y su autoridad.

El Derecho Canónico tiene por objeto el conocimiento de las leyes dadas ó sancionadas por la Iglesia para el bien común de los fieles.

El conocimiento de Dios, de Jesucristo y de su Iglesia es infinitamente más importante que el conocimiento de las leyes eclesiásticas.

b) El Derecho Canónico tiene su fundamento en la Teología, y nadie duda que lo principal de un edificio es el fundamento.

Advertencia.—Esto no obstante, será más necesario á las personas que ejerzan jurisdicción eclesiástica el conocimiento del Derecho Canónico que el de la Teología (2), porque aquél

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. III.
(2) Bouix: *Id. ibid*, párrafo 3.º

señala los derechos y deberes de los distintos grados jerárquicos y de todos y cada uno de los miembros de la sociedad cristiana, fijando también con precisión las reglas á que cada cual ha de atenerse para hacer efectivos sus derechos é impedir que se perturbe el orden y concierto en la marcha sosegada y pacífica del cuerpo de la Iglesia.

CAPÍTULO II

IMPORTANCIA DE ESTA CIENCIA: SU NECESIDAD Y UTILIDAD: CIENCIAS AUXILIARES DE LA MISMA

ARTÍCULO I

INFLUENCIA DEL DERECHO CANÓNICO EN LOS DEMÁS DERECHOS

§ 1.°

Influencia del derecho canónico en el derecho de gentes

Influencia del Derecho Canónico en el derecho de gentes.—La Iglesia partiendo del principio dogmático del común origen del género humano, y de que todos los hombres son hijos de Dios, destinados á un mismo fin, que es la eterna bienaventuranza, quiere que se miren como hermanos, inspirándoles horror á la violencia y hostilidad entre sí. Estas ideas altamente humanitarias, inculcadas constantemente por la Iglesia, vinieron á ser un hecho entre las distintas naciones y reinos fundados sobre las ruinas del Imperio romano, desde que Carlo Magno fué elevado á la alta dignidad de emperador de Occidente.

Este monarca, inspirado en la santa doctrina de la Iglesia, hizo sentir su poderosa influencia entre los pueblos cristianos, impidiendo que sus desavenencias se resolviesen inmediatamente por la fuerza de las armas, según se venía verificando hasta entonces, y sustituyó á este medio bárbaro é injusto sus decisiones arbitrales, sin mezclarse por lo demás en su gobierno interior.

Como los sucesores de Carlo Magno no conservaran por largo tiempo su poder á tan grande altura, y los pueblos, por otra parte, sintiesen la conveniencia y necesidad de un poder robusto que sostuviera la unión y la paz entre todos ellos por medio de sus fallos fundados en la equidad y en la justicia, pasó naturalmente esta autoridad y vínculo de unión entre las naciones cristianas, á manos de la Santa Sede. Los Papas fueron desde entónces, y por espacio de muchos siglos, el centro de las naciones europeas, con no pocas ventajas para ellas.

Los pueblos nuevamente convertidos á la fé, y los que habían conquistado su independencia, acudían á la Santa Sede para que les concediera la categoría de reinos, y formaran parte de los estados cristianos; lo cual obtenían después de un maduro examen y mediante los juramentos que prestaban.

De este modo fueron reconocidos como reinos independientes, y formaron parte de la etnarquía cristiana, Hungría en 1073; la Croacia en 1076; Polonia en 1080; Portugal en 1142 y 1179, é Irlanda en 1156 (1).

El reconocimiento de nuevos reinos y dinastías es en la actualidad obra de negociaciones diplomáticas.

También los Sumos Pontífices concedieron distintos títulos de honor á los reyes en recompensa de los servicios prestados á la Iglesia, y estos títulos se conservan y respetan mutuamente en las relaciones entre las distintas naciones: tales son los siguientes: *Protector de la fé—Cristianísimo—Católico—Fidelísimo—Apostólico.*

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. VIII, párrafo 336.

Los Papas trabajaban en favor de la paz, interponiéndose como mediadores en las querellas de los pueblos; de lo cual nos suministra muchos hechos la historia, pudiendo servir de ejemplo entre otros, el legado mandado por Leon X al Gran Duque para moverle á la paz con el rey de Polonia: resolvían como árbitros las cuestiones sometidas á sus fallos (1) y si no conseguían impedir la guerra, la dilataban procurando, en el caso de llevarse á efecto, hacerla ménos desastrosa y cruel, á cuyo fin prohibían el uso de armas demasiado mortíferas, como los *sagitarios* y *balistarios* (2).

La Iglesia no reconocía el derecho de conquista, sinó cuando resultase de ella la conversión á la fé y por lo tanto la felicidad de los pueblos vencidos, como se ve en la bula de Alejandro VI, por la que decidió la cuestión entre españoles y portugueses sobre la pertenencia de los territorios descubiertos en el Nuevo-Mundo (3).

De la doctrina consignada resulta que el Derecho Canónico influyó en el Derecho de gentes:

a) Por su doctrina acerca del común origen de todos los hombres y del fin para que fueron criados.

b) Que esta doctrina, profesada por los distintos pueblos, que se fundaron sobre las ruinas del imperio romano, se aplicó en las distintas naciones cristianas, resolviéndose sus querellas por medio de fallos arbitrales de los Papas, desde que éstos fueron colocados por voluntad de los pueblos á la cabeza de la etnarquía cristiana.

c) Que los Sumos Pontífices concedían en tal concepto la consideración de reinos independientes á ciertos pueblos, daban títulos honoríficos á sus monarcas, ó los privaban de la soberanía por ciertos delitos.

(1) Cap. XIII, tít. I, lib. II, *Decret.*
(2) Cap. únic., tít. XV, lib. V, *Decret.*
(3) Cap. únic., tít. IX, lib. I, *sext. Decret.*

d) Que si no podían impedir la guerra entre los distintos reinos, conseguían al ménos hacerla ménos desastrosa y más humanitaria en cuanto á sus efectos.

§ 2.º

Influencia del derecho canónico en el derecho público

Su influencia en el Derecho público de las naciones.—Respecto á este punto bastará observar, que según la doctrina de la Iglesia las más elevadas dignidades son una carga pesadísima y de gran responsabilidad; así que en la coronación de los reyes manifiesta á éstos (1), que su puesto esclarecido le reciben de Dios, y á él han de dar cuenta estrecha del bueno ó mal uso del poder.

Les advierte que han de administrar justicia á todos sus súbditos, poniendo un especial cuidado en defender de toda opresión á las viudas, huérfanos, pobres y desvalidos: que han de ser piadosos, benignos y afables con todos: lo cual demuestra que la Iglesia rechaza el poder despótico (2) y la tiranía.

Hace entender á los súbditos la grave obligación que tienen de obedecer á los reyes y cumplir sus mandatos porque en ellos prestan obediencia á Dios, de quien recibirán el premio ó castigo de sus actos (3).

En los conflictos entre los reyes y los pueblos resolvía sus mútuas querellas con arreglo á justicia, imponiendo la opresión y tiranía de unos y otros.

De este modo protegían á los reyes contra las injustas pretensiones de los pueblos, como lo hizo Inocencio III declarando

(1) *Pontifical Romano*, part. 1.ª

(2) BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo III, cap. LIII.

(3) *Carta* 1.ª *de San Pablo á los Romanos*, cap. XIII.—*Carta* 1.ª *de San Pedro*, cap. II, v. 13 y sig.

nula la sentencia de muerte pronunciada en 1216 por los grandes de Inglaterra contra Juan sin Tierra; lo mismo que Inocencio IV y Urbano IV al declarar sin fuerza obligatoria el juramento que el rey de Inglaterra prestó á los grandes con daño del país y mediante violencia y precipitación.

Por igual motivo defendían á los pueblos contra la opresión de parte de los reyes, que olvidaban sus deberes, empleando al efecto las censuras eclesiásticas y absolviendo á sus súbditos del juramento de fidelidad en caso necesario (1).

Este derecho no está ya vigente, y como no se ha sustituido otro poder arbitral en lugar del Sumo Pontífice para resolver las graves cuestiones entre los príncipes y los pueblos; de aquí que nuestro estado social haya retrocedido en el camino de perfección seguido en la Edad media; y por eso dice Chateaubriand: «Si existiera en medio de la Europa un tribunal que juzgase en »nombre de Dios á las naciones y á los monarcas, y que precaviese las guerras y las revoluciones, sería la mayor y la más »excelente obra de la política, y el último grado de la perfección »social (2).»

§ 3.º

Influencia del derecho canónico en el derecho privado.

Influencia del Derecho eclesiástico en el Derecho privado.—Con respecto al Derecho privado se ve esta misma influencia de la Iglesia; y para demostrarlo, bastarán algunas indicaciones sobre las mejoras que introduce en el Derecho civil, penal y administrativo, no ménos que en los procedimientos judiciales.

(1) Cap. II, tít. VIII, lib. I. *sext. Decret.*— Cap. II, tít. XIV, lib. II, *sext. Decret.*

(2) *Genio del Cristianismo*, part. 4.ª, lib. VI, cap. XI.

Modificó el Derecho civil romano en lo relativo al despojo violento, pudiendo el despojado pedir la cosa hasta contra un tercer poseedor (1).

Exige la buena fé, como condición indispensable para adquirir por prescripción (2).

Dispone que se cumplan todos los contratos, en los cuales ha mediado el consentimiento de las partes, sin que la forma sea requisito esencial (3).

Dicta reglas, fundadas en principios fijos sobre la usura (4).

Dá disposiciones sobre los votos (5) y estos obligan en conciencia, bastando al efecto la resolución puramente interna con las debidas condiciones, á diferencia de las promesas de esta especie conocidas en el Derecho romano, que si se referían á un pago determinado, obligaban civilmente, siempre que constasen exteriormente.

Respecto al juramento, le dá el carácter religioso, que le es propio, y señala las condiciones necesarias para su licitud (6).

Trabaja contra la esclavitud (7) y mejora por medio de su legislación la condición de los esclavos.

(1) Cap. XVIII y XIX, tít. XIII, lib. II *Decret.*—Cap. I y II, tít. V. lib. II, *sext. Decret.*

(2) Cap. V y XX, tít. XXVI, lib. II *Decret.*

(3) Cap. I y III, tít. XXXV, lib. I *Decret.*

(4) C. I y sig., dist. 47.—C. I y sig. *quæst.* 4.ª, causa 14.—Cap. I. y II, tit. V, lib. III, *Extrav. commun.*—BENEDICTO XIV: *De synodo Diœcesana*, lib. X. cap. IV y sig.—DEVOTI: *Inst. canon*, lib. IV, tít. XVI.

(5) C. I, *quæst.* 1.ª, causa 17.—*Quæst.* 4.ª, causa 22.—C. VI, *quæst.* 5.ª causa 33.—Tít. XXXIV, lib. III *Decret.*—Cap. I, tít. XL, lib. I *Decret.*—Tít. XXXIV, lib. III *Decret.*—Cap. XVIII, tít. XXXIX, lib. III *Decret.*—C. XIV, *quæst.* 2.ª causa 32.—C. II, *quæst.* 4.ª, causa 22.—Cap. V, tít. IX, lib. V *Extrav. comm.*

(6) MATTH.: cap. V, v. 34 y sig.—Epíst. S. Jacob., cap. V, v. 12.—*Quæst.* 1.ª, causa 22.—C. II, *quæst.* 2.ª, causa 22.—Tít. XXIV, lib. II *Decret.*—Cap. II, tít. XVIII, lib. I *sext. Decret.*—Cap. XIII, tít. I, lib. II *Decret.*—Cap. III, tít. II, lib. II *sext. Decret.*—Cap. II, tít. XI, lib. II *sext. Decret.*

(7) Cap. VI, tít. XLIX, lib. III *Decret.*—C. I, V y VIII, *quæst.* 2.ª, causa 29.—Cap. 1, tit. IX lib. IV *Decret.*—C. LXVIII y LXIX, *quæst.* 2.ª, causa 12.—Tít. XVIII, lib. I *Decret.*—C. VI y sig., distint. 87.

Dulcifica las costumbres y protege la seguridad pública por medio de la *paz de Dios* (1).

En cuanto al Derecho penal no quiere la efusión de sangre é intercede con los poderes civiles para que no se aplique la última pena (2).

Ampara á los delincuentes que se acojen á ella y han dado la primera prueba de arrepentimiento (3).

Consigue que el asilo eclesiástico obtenga la sanción legal de los emperadores cristianos, evitando de este modo una justicia bárbara y sin garantías.

Modifica considerablemente la legislación civil sobre el Derecho penal dando un lugar importantísimo al sistema penitenciario, porque la Iglesia no quiere la muerte del delincuente sinó su conversión.

Sobre los procedimientos judiciales fija reglas racionales y equitativas, que fueron introduciéndose en los códigos civiles, sustituyéndolas á las pruebas llamadas vulgares (4) que reprueba, como producto de la superstición y barbarie.

Funda hospitales, casas de beneficencia y escuelas públicas (5) atendiendo á las diferentes necesidades de la humanidad, sin omitir el ornato y alumbrado de las poblaciones, y lo que reclamaba la higiene y salubridad pública.

Reprime, en cuanto la es posible, las diversiones bárbaras y crueles (6) sin que haya punto alguno del Derecho, relacionado con la moral, que no mejore con sus acertadas disposiciones.

(1) Cap. I y II, tít. XXXIV, lib. I *Decret.*

(2) C. I, II y III, *quæst.* 5.ª, causa 23.

(3) C. XXVIII, *quæst.* 8.ª, causa 23.

(4) C. VII, XX y XXII, *quæst.* 5.ª, causa 2.ª—Cap. I, II y III, tít. XXXV, lib. V *Decret.*

(5) C. IX, *quæst.* 2.ª causa 26.—C. I, III, X y XIV, *quæst.* 5.ª, causa 26.—C. VII, *quæst.* 2.ª, causa 26.—C. I, *quæst.* 3.ª causa 26.

(6) C. I y II, tít. XIII, lib. V *Decret.*—Cap. únic., tít. IX, *Extravag. Joan.* XXII.—Cap. únic. tít. XVIII, lib. V *septim. Decret.*

ARTÍCULO II.

NECESIDAD Y UTILIDAD DE SU ESTUDIO.

Necesidad en los ministros del culto de conocer el Derecho canónico.—Es tan evidente esta necesidad, que la simple razón basta para su completa demostración, puesto que se trata de reglas y preceptos que tienen obligación de cumplir y enseñar á los demás.

El papa San Celestino dice á este propósito: *Nulli* (1) *sacerdotum liceat canones ignorare, nec quicquam facere, quod patrum possit regulis obviare. Quæ enim a nobis res digne servabitur, si Decretalium norma constitutorum, pro aliquorum libitu, licentia populis permisa, frangatur?*

El Concilio IV de Toledo se expresa en los términos siguientes: *Ignorantia, mater cunctorum errorum, maxime in sacerdotibus Dei vitanda est, qui docendi officium in populis susceperunt. Sacerdotes enim legere sanctas Scripturas admonentur, Paulo apostolo dicente ad Timotheum: intende, lectioni, exhortationi, doctrinæ, semper permane in his. Sciant igitur sacerdotes Scripturas sanctas et canones: ut omne opus eorum in prædicatione et doctrina consistat, atque ædificent cunctos tan fidei scientia quam operunt disciplina* (2).

Estas notables palabras del Concilio Toledano fueron trasladadas por Graciano á su colección (3), en la que cita además las palabras que el papa San León dirige en su carta 22 al clero y pueblo de Constantinopla, las cuales son una confirmación de la misma doctrina. *Si in laicis*, dice, *vix tolerabilis videntur insci-*

(1) Distinct. 38, C. IV.
(2) C. XXV.
(3) Distinct. 38, C. I.

tia; *quanto magis in iis, qui præsunt, nec excusatione digna est, net venia* (1).

El papa Pio IX, fundado en estas consideraciones, excitó el celo de los obispos franceses, á fin de que creasen en sus seminarios mayores la cátedra de Derecho Canónico; y los concilios provinciales celebrados en dicho país han dictado reglas para promover este estudio (2).

A quiénes comprende.—Todos los (3) clérigos que ejercen jurisdicción eclesiástica tienen necesidad de este estudio, hallándose comprendidos en esta regla:

a) Los vicarios generales ó foráneos y oficiales eclesiásticos.

b) Los arciprestes de partido y curas párrocos en la parte relativa al desempeño de sus respectivos cargos.

c) Todos los demás ministros del culto tienen necesidad de conocer las leyes de la Iglesia en que se les prescriben sus respectivos deberes y derechos.

Si los legos tienen necesidad de conocer el Derecho canónico.—El Derecho canónico trata de todo aquello que afecta á la constitución de la sociedad cristiana, no ménos que de los derechos y deberes comunes y particulares á sus distintos miembros, ya sean clérigos ó legos. Las disposiciones eclesiásticas son, por otra parte, reglas prácticas propuestas de un modo obligatorio á los cristianos para su cumplimiento y por lo mismo tienen obligación de conocerlas, hallándose en este caso los legos á quienes compete la potestad legislativa, judicial, coercitiva y administrativa, y son (4):

a) La suprema autoridad en que radica el poder legislativo.

(1) Distinct. 38, C. III.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. prolegom.*, párrafo 1.º

(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., tomo I, *notion gener.*, cap. V, párrafo 2.º

(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., tomo I, *notion. gener.*, cap. V, párrafo 2.º, prop. 5.ª

b) Las personas á quienes compete el poder ejecutivo.

c) Los magistrados y jueces que tienen á su cargo la administración de justicia.

d) Los que intervienen en la administración de justicia en concepto de letrados y defensores de los litigantes.

Su utilidad.—La utilidad de este estudio comprende (1)=

a) A los teólogos y abogados para el perfecto conocimiento de la Teología y del Derecho civil.

b) A todos los clérigos áun en aquella parte que no afecta inmediatamente al desempeño de sus respectivos cargos.

c) También interesa su estudio á todos los legos dedicados á las ciencias, porque de esta manera podrán conocer la admirable sabiduría que entrañan estas leyes y la veneración que se merecen.

ARTÍCULO III.

CIENCIAS AUXILIARES DEL DERECHO CANÓNICO.

Ciencias auxiliares del Derecho Canónico.—La ciencia de la religión no rechaza el estudio de ninguna otra ciencia; promueve el conocimiento de todos los ramos del saber humano, porque todos ellos son un poderoso auxiliar suyo para demostrar importantes verdades, ó hacer creibles sus misterios más impenetrables y ménos accesibles á la inteligencia humana.

El Derecho Canónico, cuyo concepto es más concreto, puesto que se limita al conocimiento de las leyes dadas por la Iglesia para conservar en toda su integridad la fé y buenas costumbres, tiene por principales auxiliares—el Derecho natural—el Derecho divino positivo—el Derecho civil—la Historia eclesiástica—y la Crítica (2).

(1) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon. Prænot.*, párrafo 3.º, núm. 4.
(2) HUGUENIN: id. ibid., párrafo 4.º

Concepto en que el Derecho natural es auxiliar del Derecho Canónico.—El Derecho natural es un poderosísimo auxiliar del Derecho Canónico en cuanto que debe servir de regla al canonista.

a) En aquellas cosas y casos acerca de los cuales nada se halla prescrito por la ley positiva.

b) En aquellos otros en que es ambigua ó dudosa su inteligencia.

c) En todos los demás casos y circunstancias en que la observancia de la ley humana es ilícita ó inútil.

Errores acerca de esta materia.—Algunos consideran la ley natural como enteramente divorciada del Derecho y prescinden en su consecuencia del Derecho natural en la interpretación de los pactos ó contratos, en la explicación de las leyes fundadas en la ley natural y en lo relativo á los deberes y derechos del hombre.

Tampoco es menos errónea la doctrina de los protestantes, que para minar por su base la divina constitución de la Iglesia, se atienden en todo á la ley natural, prescindiendo de lo que el Derecho positivo tenga establecido en orden á las cosas ó personas (1).

Importancia del Derecho divino positivo para el canonista.—El Derecho divino positivo es la base de la Iglesia: en él se determina la constitución de esta sociedad, los distintos poderes establecidos por Dios y sus diversas atribuciones, su fin y los medios de conseguirlo.

Por esta razón, el canonista no puede prescindir en ningún caso de las leyes ó preceptos que sirven de cimiento al Derecho Canónico, y no es posible conocer en un todo el espíritu de la legislación eclesiástica, si se ignoran por completo las verdades reveladas (2).

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. Prænot.*, cap. II, párrafo 38.

(2) Véase el tít. II, cap. I de este libro.

El Derecho civil como auxiliar del Derecho Canónico.—El Derecho civil romano tuvo una grande influencia en el Derecho de la Iglesia, y muchas de sus disposiciones fueron aceptadas por ésta (1), así que el canonista no puede ménos de tener algún conocimiento de aquel Derecho para interpretar rectamente muchas de las leyes contenidas en el cuerpo del Derecho Canónico.

Por la misma razón, tiene el canonista necesidad de conocer el Derecho civil de su respectivo país (2); como que todos los pueblos de Europa tomaron casi toda su legislación del Derecho romano y del de las Decretales; pero no siempre, ni en todas las causas eclesiásticas puede apoyarse en las disposiciones del Derecho civil (3).

Si el canonista necesita conocer la historia.—La Historia universal, y especialmente la eclesiástica, dá á conocer los orígenes de las instituciones eclesiásticas y el progreso del Derecho, poniéndonos á la vista la disciplina y costumbres de los primeros siglos. Para entender las leyes no basta conocer sus palabras, sino que es de necesidad penetrar en la mente del legislador y en el espíritu de la ley, lo cual se consigue conociendo las razones que le movieron á dictarla; y la historia que nos manifiesta todo esto, es el único medio de llegar á descubrir las causas que influyeron en el ánimo de los papas y concilios para dar nuevas leyes ó corregir las antiguas (4).

Crítica y cosas á que se extiende.—La Crítica, que es el arte de juzgar de las obras del ingenio humano, ó sea de los autores, libros y hechos históricos, es un poderoso auxiliar del Derecho Canónico; puesto que es el medio de distinguir lo au-

(1) Cap. I, tít. XXXII, lib. V *Decret.*

(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. XIII, cap. X, núm. 12.—Lib. IX, cap. XIV.

(3) Véase el tít. II cap. VIII de este libro.

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.* lib. I, cap. V, párrafo 74.

téntico de lo espúreo (1), lo digno de fé de lo que no lo es, y los documentos legítimos de los que han sido adulterados.

Para que la Crítica sea legítima y racional habrá de tenerse presente que sus funciones se limitan (2).

a) A inquirir sobre la autoridad de los códices y monumentos, bajo cuya palabra se comprende la inscripción del autor, la integridad del libro, su exacta versión y genuina interpretación.

b) Suministra reglas acerca de la fé que ha de darse á la narración del autor.

c) Ayuda á ilustrar los cánones por medio del recto uso de la Historia; distingue entre el derecho y el hecho, y entre el ejercicio de aquél y el hecho rechazado por el juicio público de la Iglesia; no aplica sin descernimiento, sinó con la debida reserva, la disciplina antigua.

Otras ciencias como auxiliares del Derecho Canónico.—Son también auxiliares del Derecho Canónico (3) en distinta escala la Historia del Derecho, la Cronología y Geografía, la Teología dogmática, Elocuencia, Lógica y Metafísica.

Pero todos estos auxiliares únicamente convenientes para el perfecto conocimiento del Derecho Canónico, público y privado, así como de los principios en que se funda, no son de necesidad para el canonista que se propone ejercer la judicatura, ó la noble profesión de abogado.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, párt. 1.ª, tít. VII.

(2) HUGUENIN; *Exposit. method. Jur. Canon. Pœnot.*, párrafo 4.º

(3) PHILLIPS: *Compend. Jur. Eccles. proœm.*, párrafo 6.º—WALTER: Derecho eclesiástico univ., introducción, párr. 4.º—VECCHIOTTI: *Inst. canon.*, lib. I, cap. V.

CAPITULO III

LEY ECLESIÁSTICA Y SU PROMULGACIÓN

ARTÍCULO PRIMERO

LEY EN GENERAL Y LEY ECLESIÁSTICA EN PARTICULAR

Etimología de la palabra ley y su definición en general.—Santo Tomás, después de consignar (1) que la ley procede de *ligando*, porque es cierta regla y medida de actos que obliga á obrar ó dejar de obrar, dice siguiendo á S. Isidoro de Sevilla, que la palabra *lex* (ley) se deriva *a legendo, quia scripta est,* porque la promulgación presente se extiende al tiempo futuro *per firmitatem scripturæ.*

Se entiende por ley según Santo Tomás, *Quædam rationis ordinatio ad bonum commune ab eo qui curam communitatis habet promulgata* (2): es decir, *una disposición de la razón enderezada al bién común, y promulgada por aquel que tiene el cuidado de la comunidad.*

También puede definirse en general: *La regla* racional *de obrar en orden al fin de la sociedad, propuesta de un modo obligatorio por aquel en quien reside esta potestad* (3).

Sus elementos.—Toda ley consta necesariamente de dos elementos, que son—materia—y forma.

Materia de la ley y sus condiciones.—La materia de la (4) ley, es la misma regla de obrar, que se propone.

(1) *Prim. secun. quæst. 90, art. 1.°*

(2) *Prim. secun. quæst. 90, ar.t 4.°*—BALMES, explica perfectamente esta definición de STO. TOMÁS en su obra; *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tom. III, cap. LIII.

(3) TARQUINI: *Inst. jur. pub. eccles.* lib. I, cap. I, sect. 1.ª, párrafo 1.°

(4) TARQUINI: id. ibid.

Es necesario que esta regla reuna en sí lo siguiente:

a) Que sea racional, esto es, honesta y conforme al orden ó sea á la ley eterna (1).

b) Que conduzca al fin de la sociedad (2).

Su forma.—La forma de la ley es la misma proposición de la regla, ó sea la suficiente notificación hecha á los miembros de la sociedad de una manera obligatoria por aquél en quien reside la potestad en la sociedad.

Nulidad de la ley.—De la doctrina expuesta se deduce que la ley será nula por defecto en la materia ó forma en los casos siguientes:

a) Si la regla propuesta carece manifiestamente de la debida honestidad, ó de aptitud para la consecución del fin.

b) Si la regla no ha sido suficientemente promulgada.

c) Si se ha propuesto á la sociedad á manera de consejo, y nó como precepto.

d) Si se impone por otros que por aquellos en quienes reside legítimamente la potestad de la sociedad.

Ley eclesiástica y en qué se distingue del precepto y de la regla.—La ley eclesiástica se define con arreglo á la doctrina consignada: *La regla justa de obrar en orden al fin de la sociedad cristiana, propuesta de un modo obligatorio por la autoridad eclesiástica, en quien reside esta potestad.*

La ley es *precepto y regla de obrar*; pero se distingue de aquél, en que el precepto es por su naturaleza un mandato impuesto á personas particulares ó singulares, de modo que puede prescribirse por el padre de familia, y cesa por muerte del que lo impone; á diferencia de la ley, que emana de la autoridad pública, obliga á una sociedad perfecta y no se extingue por la muerte del legislador.

Se distingue de la regla, en que ésta se dá para corpora-

(1) Santo Tomás: *Summa theolog. 1.ª, 2.ª, quaest. 96, art. 4.º—quaest. 17, artículo 1.º*

(2) Santo Tomás: Ibid,, *quaest. 90, art. 1.º ad tertium.*

ciones inferiores, y aquélla para todo un pueblo ó sociedad perfecta, según se ha manifestado (1).

Objeto de la ley eclesiástica.—Como los medios de una sociedad se conocen por razón del fin que se propone, se deduce (2) naturalmente que siendo el fin próximo de la Iglesia la santificación de las almas, que á la vez es medio de conseguir su fin último, ó sea la salvación de los hombres, el objeto de esta sociedad se compone de dos elementos:

1.° La gracia santificante que proporcionó Jesucristo por los sacramentos, á cuyo efecto instituyó la potestad de orden para hacer aquéllos y aplicarlos.

2.° La cooperación del hombre, estableciéndose al efecto por el fundador de la Iglesia la potestad de jurisdicción para dirigir y exigir la cooperación de los fieles.

La cooperación de los fieles versa sobre la fé, costumbres y disciplina y por lo mismo, tres son precisamente los objetos de la ley eclesiástica, en cuanto que propone á los fieles las verdades que han de creer por medio de los cánones dogmáticos, y las reglas que han de practicar por medio de los cánones acerca de las costumbres y sobre la disciplina.

Cánones dogmáticos y sus condiciones.—Se entiende por cánones dogmáticos: *Las verdades reveladas por Dios y propuestas por el magisterio de la Iglesia á los fieles como regla de creer.*

Para que un canon sea dogmático, se requiere:

1.° La divina revelación, es decir, que la doctrina consignada en el canon esté contenida en la palabra de Dios escrita, ó en la divina tradición, porque la fé católica se presta á la autoridad de solo Dios.

2.° Que lo enseñado en el canon, se proponga por la Iglesia,

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon. prolegom.* tít. 2.°, párrafo 1.°

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. public. eccles.* lib. I, núm. 4.°—Id., id. cap. I. sect. 1.ª

mandando se tenga por todos y cada uno de los fieles como verdad católica (1).

Reglas para distinguirlos.—Los cánones dogmáticos contienen la doctrina católica en forma negativa ó afirmativa, y para distinguirlos de los demás habrán de tenerse presentes las reglas que siguen:

1.ª El canon es dogmático, si se condena como herejes á los que afirman lo contrario, v. gr. El Concilio II de Lyón después de enseñar que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un principio, condena *omnes, qui negare præsumpserint æternaliter Spiritum Sanctum ex Patre et Filio procedere* (2).

2.ª Cuando los Concilios prescriben alguna cosa en sus decretos bajo esta forma: *Si quis dixerit... Si quis hoc aut illud senserit, anathema sit* (3).

3.ª Es igualmente dogmático el canon que impone *ipso facto* la sentencia de excomunión á todos los que contradijeren á la doctrina que enseña, v. gr. *Cum Christus, perfectus Deus, et perfectus sit homo: mandamus, quatenus sub anathemate interdicas, ne quis de cætero audeat dicere, Christum non esse aliquid secundum quod homo: quia sicut Christus verus est Deus, ita verus homo, ex anima rationali et humana carne subsistens* (4).

Respecto á esta regla y la anterior, debe advertirse que sus cánones son dogmáticos en los casos que expresan, y siempre que en ellos se trate de cosas relativas á la fé: lo cual no puede ménos de tenerse presente, porque muchos de los antiguos concilios usaron de igual forma en materias disciplinales.

4.ª Por último, el canon es dogmático cuando en términos propios y expresos dice que los fieles han de creer ó aceptar

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. Prænot.*, cap. 1.º, párrafo 9.º
(2) Cap. unic tít. I, lib. I, *sext. Decret.*
(3) Concil. I de Toledo, C. VIII.
(4) Cap. VII, tít. VII, lib. V *Decret.*

tal doctrina como dogma de fé católica; ó en términos semejantes, que tal doctrina es contraria al Evangelio ó doctrina de Jesucristo.

Esta última regla sirve para distinguir los cánones dogmáticos de aquellos otros relativos á las costumbres ó disciplina, por más que en ellos no se imponga censura alguna á los que enseñen lo contrario; porque se emplean palabras que no dejan duda sobre el objeto que se propone.

Cánones acerca de las costumbres.—Se entiende por estos cánones: *Las reglas ó preceptos que tienen por objeto proponer y explicar las leyes naturales sobre los actos humanos que han de ejecutarse como honestos y omitirse como torpes.*

Muchos cánones de esta índole se hallan en el Decreto y sobre todo en las Decretales, cuyos títulos *de pactis, jurejurando, homicidio, adulteriis, furtis, usuris, injuriis,* explican é ilustran los preceptos morales ó naturales acerca de las costumbres que han recibido su perfección y complemento en la ley evangélica, y á ellos se refería Jesucristo cuando dijo: *Non veni solvere legem; sed adimplere* (1); por cuya razón se consigna en el decreto de Graciano (2): *Jus naturale est, quod in lege et Evangelio continetur.*

En qué se distinguen de los dogmáticos.—Estos cánones acerca de las costumbres se distinguen de los dogmáticos, en que interpretan generalmente la ley divina como regla de obrar, sin que se exija por ellos acto de fé; pero algunas veces son también dogmáticos, y esto tiene lugar cuando los principios acerca de las costumbres se proponen por las leyes de la Iglesia como regla de creer y de obrar.

En qué convienen y en qué se distinguen de los disciplinales.—Los cánones acerca de las costumbres convienen con las leyes de disciplina, en que son reglas de obrar como éstas.

(1) MATH., Cap. V, v. 17.
(2) Distinc. 1.ª

Se distinguen de las disposiciones disciplinales en que los preceptos morales versan acerca de las acciones de cada uno de los hombres, que se dirigen por las virtudes á su fin último y sobrenatural, sin que se refieran al fin social ú orden público de la Iglesia; á diferencia de la disciplina, que es la práctica del pueblo cristiano, prescrita por la Iglesia para regir convenientemente la sociedad religiosa en la tierra (1).

Reglas que han de tenerse presentes.—De esta doctrina resulta:

a) Que los cánones dogmáticos se proponen por la Iglesia á los fieles como regla de fé.

b) Los cánones que versan acerca de las costumbres se proponen siempre como regla de obrar en cuanto al fuero interno, y algunas veces también como regla de fé.

c) Que los cánones acerca de la disciplina se prescriben á los fieles, miembros de la sociedad cristiana, como regla de obrar, y afectan al fuero externo.

Su autoridad.—Los cánones acerca de las costumbres prescriben lo que por su naturaleza es bueno, y prohiben lo que por sí mismo es malo, de suerte que siempre, en todo tiempo, lugar y circunstancias, son unos y los mismos para todos y cada uno de los hombres. Por lo mismo la Iglesia es infalible acerca de ellos, puesto que Jesucristo (2) la prometió su perenne asistencia, y que el Espíritu Santo la enseñaría toda verdad, en cuanto que es necesaria para la salvación eterna de los hombres.

Estas divinas promesas del Fundador de la Iglesia, suponen en ella la infalibilidad en la materia de que se trata, como que contiene preceptos, sin cuya observancia no es posible alcanzar la salvación (3)

Cánones disciplinales, y su objeto.—Se entiende por cánones disciplinales: *Las reglas establecidas por la Iglesia en materias que no son de fé, ni de costumbres.*

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.* cap. I, párrafo 12.
(2) MATH., cap. XXVIII, v. 20.
(3) S. JOANN., cap. XIV, v. 26.—cap. XVI, v. 13.

También pueden definirse, *las leyes en que se determinan las prácticas prescritas á la sociedad externa de la Iglesia, como medio de conservar en ella el órden debido.*

Como Jesucristo estableció su Iglesia á modo de un indivíduo (1), los cánones disciplinales tienen por objeto sostener la mútua é íntima relación entre las verdades de fé y de costumbres, y la acción externa de la sociedad cristiana, de igual suerte que se manifiesta en el indivíduo el mútuo comercio entre el alma y el cuerpo. Así, pues, los cánones disciplinales sirven de medio para conservar en toda su pureza entre los fieles las verdades de fé y de costumbres.

Puntos que comprenden.—Como el objeto de estos cánones es conservar en toda su pureza la doctrina y buenas costumbres, es necesario que en ellos se ordene cuanto sea conducente á este objeto; así que sus disposiciones versan (2) sobre los puntos siguientes:

a) Imponen severas penas contra los que delinquen en materias de fé ó costumbres, sirviéndose al efecto de las censuras y otras penas eclesiásticas contra los apóstatas, herejes, simoniacos, homicidas, etc.

b) Determinan el tiempo y modo en la observancia de los preceptos divino-positivos y naturales, cuando éstos no lo prefijan: como los cánones sobre la observancia del domingo, confesión, comunión pascual, etc.

c) Señalan reglas sobre el régimen de la sociedad eclesiástica; puesto que el Derecho natural, ni el divino positivo, descienden en particular á todo cuanto es necesario al gobierno de esta sociedad, como la dirección de las personas, sus distintos grados, y modos de ejercer la potestad de institución divina, hallándose en este caso los cánones sobre elecciones, vida y honestidad de los clérigos, juicios eclesiásticos, convenciones entre la Iglesia y los estados temporales, etc.

(1) PERRONE: *Prælectiones theolog. tractatus de locis theolog.*, parte I, sect. 1.ª, cap. II.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. canon.*, libr. I, *prolegom.* cap. I, párrafo 13.

d) Prescriben las palabras, actos y cosas pertenecientes al culto divino, y ésta es la disciplina litúrgica, que comprende los cánones sobre la administración de sacramentos, celebración del santo sacrificio, oficio divino, dias festivos, lugares sagrados, etc.

e) Lo relativo á la administración de los bienes temporales de la Iglesia, diversas clases de beneficios eclesiásticos y las reglas acerca de los mismos.

Especies de cánones disciplinales.—De la doctrina que se deja consignada resulta, que la regla disciplinal puede ser—legislativa y judicial—administrativa, gubernativa y contenciosa—inmutable y mutable.

Disciplina inmutable y mutable.—Se entiende por disciplina inmutable ó dogmática: *La que trae su origen del mismo Jesucristo.*

Tal es la gerarquía de institución divina; la materia y forma de los Sacramentos.

Además de la disciplina dogmática existe otra aneja al dogma, é inmutable en cuanto á su esencia, que es: *la que de tal modo va unida al dogma que no puede abolirse sin detrimento de aquél.*

Tal es la disciplina (1), por la que rendimos homenaje y veneramos la Santísima Eucaristía; pero puede modificarse en su forma.

Se entiende por disciplina mutable: *El conjunto de reglas dictadas por la Iglesia en virtud de la potestad, que la concedió su Divino Fundador, y que pueden modificarse según las distintas necesidades de la sociedad cristiana.*

A esta clase pertenecen las reglas consignadas bajo el epígrafe *puntos que comprenden,* y además se encuentran muchos ejemplos de disciplina mutable en la gerarquía de derecho divino respecto á la forma en que los grados inferiores dependen de los superiores. Para demostrarlo, bastará observar que el Sumo

(1) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. I, párrafo 13.

Pontífice se halla al frente de la Iglesia y de todos los obispos por derecho divino; pero la dependencia de éstos del primado se rige por distintas reglas, según los tiempos y circunstancias, debiendo decirse lo mismo respecto á las distintas reglas de los institutos religiosos, y en cuanto á la dependencia que hayan de tener los presbíteros de los obispos (1).

Reglas que han de tenerse presentes.—Acerca de la disciplina de que se trata, habrá de tenerse presente:

a) La Iglesia en virtud de la infalibilidad que la concedió su Divino Fundador, juzga sobre lo que es de disciplina mutable é inmutable.

b) La potestad de establecer ó mudar de disciplina variable corresponde á las personas á quienes Jesucristo encargó el régimen de su Iglesia.

c) Corresponde á la autoridad eclesiástica juzgar de las causas y apreciar las razones, que aconsejen la conveniencia de mudar ó conservar las leyes disciplinales vigentes.

ARTÍCULO II

DE LA PROMULGACIÓN DE LA LEY.

Promulgación de la ley, y su necesidad.—Promulgación es: *La notificación de la ley hecha en nombre del legislador á la sociedad, de un modo tan público y solemne, que puede llegar moralmente á conocimiento de todos.*

La ley que no se dé á conocer á los súbditos del modo indicado no es obligatoria (2), ni puede llamarse ley; y por esta razón se consideran como un axioma aquellas palabras: *Legem sive civilem, sive ecclesiasticam, non obligare nisi fuerit sufficienter promulgatam* (3).

(1) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon. pars gen.*, lib. I, tít. II, artículo 1.°

(2) C. 3.°, dist. 4.ª

(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præenot.*, cap. II, párrafo 23.

Santo Tomás, hablando de esta materia, se expresa en el mismo sentido (1).

Si se distingue de la divulgación.—La promulgación es, según se deja manifestado, la notificación pública de la ley, hecha en nombre del legislador con alguna solemnidad; y la divulgación es cierta extensión ó declaración de aquélla, hecha á los que no se hallaron presentes á la promulgación.

Esta no es necesaria.—La divulgación no es necesaria para que la ley obligue: de otro modo sería moralmente imposible al legislador el ejercicio de este derecho (2).

Inocencio III, en su decretal del año 1198, dirigida al Deán y Cabildo de Sena, dice sobre esta materia: *Nec sit necessarium, cum constitutio solemniter editur, aut publice promulgatur, ipsius notitiam singulorum auribus per speciale mandatum vel litteras inculcare: sed id solum sufficit, ut ad ejus observantiam teneatur: qui noverit eam solemniter editam, aut publice promulgatam* (3).

Si la ley promulgada obliga á los que la ignoran.—La ley eclesiástica promulgada solamente en Roma no obliga á los que la ignoran, sinó después de haber trascurrido el tiempo dentro del cual han debido conocerla (4).

De modo que la ignorancia exime de la obligación de la ley, á ménos que sea culpable (5), según dice el papa Inocencio I en su epístola á Exuperio, obispo de Tolosa.

Modo de promulgarse aquélla.—El Derecho natural no requiere que la ley se promulgue con tal ó cual solemnidad, por pregón ó edicto en la capital del reino, ó en cada una de

(1) *Summa theolog. 1.ª—2.—quæst. 90*, art. 4.º

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, art. 1.º, párrafo 1.º

(3) Lib. I *Decret.* tít. V, cap. I.

(4) Cap., I tít. VII, lib. III *sext. Decret.*

(5) C. II. distinct. 82.

las provincias simultánea ó sucesivamente; y como el derecho divino positivo tampoco determina cosa alguna sobre la manera de promulgar las leyes, de aquí resulta la variedad de formas empleadas al efecto.

Los antiguos romanos grababan sus leyes en planchas de metal, y las ponían por tres nundinas consecutivas en los sitios más públicos de Roma.

Por este medio se consideraban suficientemente promulgadas para todos sus súbditos, y esta práctica estuvo vigente en tiempo de la república y del imperio, hasta que Justiniano prescribió en la *Novela* 66, dada en 538, que su *Novella de Testamentis*, dada aquel mismo año, se promulgara en las provincias.

Después se ordenó lo mismo con respecto á todas las leyes del Imperio (1).

Práctica observada en la Iglesia hasta Martino IV.—La Iglesia en los primeros tiempos acostumbraba á mandar, con personas de confianza, un ejemplar auténtico de sus disposiciones á los prelados más caracterizados, para que ellos á la vez las circulasen á los más inmediatos.

El papa S. Ceferino dió un decreto en 221 acerca de la absolución á los reos de ciertos pecados, y prevenía que se leyese en la Iglesia.

El papa S. Cornelio mandó en 252 á S. Cipriano las actas del Sínodo romano, en que habían abjurado sus errores Máximo, Urbano y Sidonio, y le decía, *Has litteras puto te debere, frater, et ad cæteras ecclesas mitere, ut omnes sciant schismatici hujus et hæretici dolum et prævaricationem de die in diem evacuari.*

Los Padres del Concilio de Arlés mandaron sus cánones al papa San Silvestre en 314 con estas palabras: *Placuit etiam a te qui majores diœceses tenes, per te potissimum omnibus insinuari.*

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VI.

El papa Zósimo decía el año 417 á los obispos franceses: *Quam auctoritatem ubique nos mississe manifestum est, ut cunctis regionibus innotescat, id quod statuimus omnimodis esse servandum.*

En igual sentido se expresan S. León *el Grande*, en su carta de 444 á Anastasio, obispo de Tasólica.—El papa Vigilio, en carta del año 545 á Antonio, obispo de Arlés y Vicario apostólico.—León II, en su carta de 683 á los obispos de España, mandándoles las actas del sexto Concilio general.—Honorio III, en su decreto de 1220 (1).

Disposiciones dictadas por este Papa y sus sucesores acerca de este punto.—El papa Martino IV fulminó sentencia de excomunión contra el emperador Miguel Paleólogo, en su bula de 18 de Noviembre de 1281, en la que se encuentra la siguiente cláusula: *Ut autem hujusmodi noster processus ad communem omnium notitiam deducatur, chartas sive membranas processum continentes eumdem in majoris Urbevitanæ Ecclesiæ appendi vel affigi ostiis seu superliminaribus faciemus, quæ processum ipsum quasi sonoro præconio et patulo indicio publicabunt; ita cuod idem Palœlogus et alii contra quos processus ipsi contigit, nullam possint postmodum excusationem prætendere, quod ad eos talis processus non pervenerit, vel quod ignoraverint eumdem; cum non sit verisimile remanere quoad ipsos incognitum vel ocultum, quod tam patenter omnibus publicatur.*

Bonifacio VIII usó de igual forma en su constitución de 1303, contra los que persiguieran ó maltratasen á las personas que se dirigían á Roma ó salían de dicha ciudad; lo mismo que en la bula contra Felipe *el Hermoso*.

Juan XXII empleó la misma fórmula de promulgación contra Luis de Baviera, y es la que se ha venido usando hasta el presente (2).

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VI, párrafo 3.º

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 2.ª artículo 2.º, párrafo 82.

Causas que hubo para ello.—La razón que ha tenido la Iglesia para obrar de este modo, la indica León X en su constitución contra Lutero: *Verum quia difficilia*, dice, *foret præsentes declarationis litteras ad præsentiam et personam Martini et aliorum declaratorum et excomunicatorum personaliter deducere, propter iis faventium potentiam, volumus ut adfixio et publicatio præsentium litterarum in valuis duarum cathedralium..... ita eos liget et arcetet..... ac si eis et eorum cuilibet personaliter intimatæ ac præsentatæ fuissent.*

El motivo alegado por León X en las palabras trascritas ha existido en tiempos posteriores, porque apénas podrá señalarse época, ni país, en que los poderes civiles hayan dejado de oprimir más ó ménos á la Iglesia por medio de disposiciones contrarias á la libertad eclesiástica. Esta ha sido la causa de que se venga observando la práctica introducida por Martino IV sobre la promulgación de las leyes eclesiásticas.

Observaciones.—Resulta de la doctrina consignada acerca de la promulgación de las leyes:

a) Que en todas partes se consideró necesaria la promulgación de las leyes para que obligára su observancia.

b) Que la manera de promulgarse ha sido distinta y ofrece una gran variedad, principalmente en la Iglesia, hasta el siglo XIII; puesto que los romanos pontífices mandaban unas veces las constituciones suyas, ó de los concilios, á las distintas provincias por medio de clérigos fidedignos, ó las trasmitían á los obispos de las distintas diócesis, á los primados ó metropolitanos, ó ya á los vicarios apostólicos, para que unos ú otros las diesen á conocer en sus territorios y los inmediatos, ya reuniendo concilio provincial ó mandando ejemplares á las diversas localidades por medio de los diáconos ó de otras personas caracterizadas y dignas de fé; á fin de que los obispos de ellas las circulasen al clero y pueblo.

c) Que desde el siglo XIII, ó ántes, ya se adoptó por los sumos pontífices la forma de publicarlas en Roma, ó en la población residencia del Papa.

Si bastará la publicación en Roma de las leyes eclesiásticas para que obliguen á todos los fieles.— Varios escritores sostienen que las constituciones pontificias no obligan á los fieles hasta que hayan sido promulgadas en sus respectivas diócesis (1); pero como el derecho natural ó divino positivo no señala al legislador la manera de publicar las leyes, pende de su voluntad hacerlo en la forma ó modo que tenga por conveniente, siempre que baste para que la ley llegue á noticia de los súbditos (2); y como la promulgación hecha en Roma reune esta circunstancia (3); es indudable que basta aquélla para que obliguen, y en prueba de ello habrá de considerarse.=

a) Que el Sumo Pontífice tiene facilidad de mandar un documento auténtico de la ley promulgada en Roma á todos y cada uno de los nuncios apostólicos en las distintas naciones, para que la circulen á los metropolitanos y obispos, y éstos á su vez la den á conocer al clero y á los fieles de sus respectivas diócesis.

b) En los tiempos modernos se conocen fácilmente dichas disposiciones pontificias por los diarios oficiales, revistas y libros impresos en Roma, que circulan por todos los paises; y por otra parte, el telégrafo y los periódicos, revistas, y libros publicados en las distintas naciones, las dan á conocer sin que pueda quedar duda alguna de su autenticidad.

c) Existen en Roma generalmente agentes de los prelados de las distintas naciones.

d) La Iglesia, como sociedad perfecta por naturaleza y por la voluntad de su Divino Fundador, tiene potestad legislativa, y ésta sería ilusoria si fuese necesaria la promulgación de sus leyes en las provincias, porque los poderes civiles y hasta las autoridades eclesiásticas podrían impedirla.

(1) BERARDI: *Comment. in juss. eccles. univ.* tom. I, disert. 2.ª, capítulo II.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VI.

(3) *Prælect. Jur. Canon. in Semin. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 2.ª art 2.°, párr. 83 y siguientes.—*Inst. Jur. Canon.* por R. de M., *Notion. gener.*, cap. III, art. 2.°, párrafo 1.°

e) Los pueblos que mejor interpretaron el derecho natural en su legislación, no consideraron necesaria la promulgación de sus leyes fuera de la capital del imperio ó de la república, como se deja consignado en cuanto á los Romanos.

CAPITULO IV

ESTABILIDAD DE LAS LEYES: SU DISPENSA É INTERPRETACIÓN

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA ESTABILIDAD DE LAS LEYES ECLESIÁSTICAS

Estabilidad de las leyes eclesiásticas.—Las leyes son por su naturaleza estables, y duran mientras no se hacen inútiles ó injustas, teniendo además este carácter por parte del legislador y de la sociedad, que siempre viven; sin que por esto pertenezca á su esencia la perpetuidad, puesto que dejarán de existir cuando el bien de la sociedad aconseje su mutación.

El Derecho natural y divino positivo se distinguen en esto de las leyes humanas: aquél es uno y siempre el mismo; éstas con el transcurso del tiempo y las nuevas necesidades de la sociedad dejan de prestar utilidad á la misma y hasta podrán perjudicarla. Por esta razón, las leyes civiles cambian con suma facilidad y se sustituyen frecuentemente por otras, lo cual no se verifica con las leyes eclesiásticas, sinó en los casos de urgente necesidad ó utilidad evidente de la Iglesia, ya para evitar que se pierda el respeto y veneración á las mismas por su frecuente modificación, ya porque teniendo por objeto la observancia de la ley divina, deben imitar su estabilidad (1).

(1) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon. pars gen.*, lib. I, tít. II, art. II.

Su mutación y diversas maneras de verificarse. —Como la perpetuidad no es esencial á las leyes, de aquí que puedan mudarse. Se entiende por mutación; *la cesación de la ley en todo ó en parte.*

Las leyes pueden mudarse=

Ab intrinseco ó por sí mismas.

Ab extrinseco ó por voluntad del legislador.

Cesación de la ley por sí misma y sus especies. —Se entiende que la ley cesa por sí misma, cuando se hace inútil ó ilícita.

Esta cesación de la ley puede ser—*total*—y *parcial.*

Su mutación total ab intrinseco y casos en que tiene lugar.—Se entiende por mutación total *ab intrinseco la cesación omnímoda del motivo de la ley.*

Esta cesación tiene lugar en los casos siguientes (1):

a) Cuando aquélla se hace inútil á la sociedad, porque se ha dado *nullo privato commodo* (2) *sed pro communi civium utilitate conscripta.* Así, v. gr., la ley que prohibe el tránsito de un reino ó provincia á otro reino ó provincia, por razón de la guerra ó por temor de contagio, se hace inútil desde que han cesado aquellas causas.

b) Cuando la observancia de la ley se hace ilícita, en cuyo caso no puede observarse sin pecado, como las leyes mosáicas respecto á la circuncisión y á los sacrificios.

Mutación parcial ab intrinseco y cuando tiene lugar.—Se entiende por dicha mutación, *la cesación del motivo de la ley respecto á casos particulares ó determinadas personas.*

Cuando media esta mutación habrá de tenerse presente:

a) Que si la ley se hace inútil para una persona, ésta tiene obligación de observarla, porque las leyes se dán para el bien común. Así, v. gr., la ley que prohibe llevar de noche

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon*, lib. I, *Decret*, tít. II, pár. 5.º

(2) *Distinc.* 4.ª, C. II.

armas prohibidas, obliga á los particulares, aun cuando no intenten promover riñas ni matar ó herir á nadie.

b) Cuando la ley se hace ilícita para un particular, éste no tiene obligación de observarla; porque en este caso la ley natural, ó divino-positiva, prevalece sobre la ley humana.

Mutación de la ley ab extrinseco y sus especies. —Se entiende por mutación ab extrinseco, *la cesación de la ley por voluntad del legislador ó por costumbre.*

Esta mutación puede ser—total—y parcial—*per abrogatienem*—y *per derogationem.*

Se dice que la mutación es *total* ó *parcial,* según que la ley cesa en todo ó en parte por voluntad del legislador ó costumbre respecto á toda la sociedad, ó en cuanto á determinadas personas.

Se llama *per abrogationem,* cuando la mutación de la ley es respecto á la sociedad, si aquella cesa en todas sus partes.

Se dice *per derogationem* en el caso de ser anulada en parte.

Modo de verificarse.—La abrogación y derogación pueden verificarse por costumbre en contrario, ó por disposición terminante del legislador, la cual tiene lugar, cuando revoca la ley, ó dá una ley contraria (1).

La mutación total ó parcial de la ley respecto á determinadas personas, se verifica por medio de la dispensa.

(1) Cap. I, tit. II, lib. I *sext. Decret.*

ARTÍCULO II

DISPENSA DE LA LEY

Dispensa de la ley y sus especies.—Se entiende por dispensa de la ley: *La exención temporal de aquélla concedida por autoridad legítima en favor de alguno y mediante justa causa.*

La dispensa puede ser—*total* y *parcial*—*expresa* y *tácita*—*directa* é *indirecta*—*necesaria* y *libre;* cuyas definiciones se omiten, puesto que basta su enunciación para comprenderlas (1).

Quién puede concederla.—Como toda dispensa de ley tiene por objeto eximir del cumplimiento de la misma en todo ó en parte á determinadas personas, de aquí que la potestad de dispensar corresponda únicamente al legislador, sobre lo cual habrá de tenerse presente:

1. Que el legislador puede dispensar en su ley, hallándose en igual caso su sucesor y el superior de ellos, según el axioma: *Cujus est enim legem condere, ejus etiam est illius obligationem remittere,* lo cual está de acuerdo con la regla de Derecho: *omnis res per quascumque causas nascitur, per easdem dissolvitur* (2).

El Papa dispensa en las leyes eclesiásticas generales ó particulares de Derecho humano, sin que ningún otro tenga esta potestad en las leyes de la Iglesia universal; por esto dice Inocencio III: *Secundum plenitudinem potestatis de jure possumus supra jus dispensare* (3).

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. I. *Decret.*, tít. II, pár. 5.º, núm. 33.
(2) Cap. I, tít. XLI, lib. V *Decret.*
(3) Cap. IV, tít. VIII, lib. III *Decret.*

Los patriarcas, primados ó metropolitanos no pueden dispensar en las leyes del Concilio nacional ó provincial; pero el obispo y el cabildo *sede vacante* pueden dispensar en las sinodales diocesanas.

2. El inferior no puede dispensar en las leyes pontificias, cánones de los concilios generales, ni en las leyes del superior (1), sino mediante consentimiento tácito ó explícito del Sumo Pontífice, ó del superior, porque *Les superioris per inferiorem tolli non potest* (2): así que los obispos no tienen esta facultad en las leyes generales, sinó en los casos que se lo concede el Derecho.

3. Como la potestad de dispensar es favorable al bien público, se ha de interpretar latamente; pero la concesión de la dispensa se interpretará de un modo estricto, porque es en daño de la ley, debiendo tenerse presente la regla de Derecho: *Odia restringi et favores convenit ampliari* (3).

Causas para ello.—Es muy conveniente y de utilidad pública dispensar de las leyes en algunas ocasiones para atender más plenamente á las necesidades que se presenten; pero sería abrir la puerta á todos para que falten al cumplimiento de aquéllas, si se concediera frecuentemente, condescendiendo con los que lo solicitan sin más razón que la costumbre.

Por esta razón se requiere justa causa para la concesión de la dispensa; así que el concilio de Trento dice á este propósito: *quapropter* (4) *sciant universi, sacratissimos canones exacte ab omnibus, et quoad ejus fieri poterit, indistincte observandos. Quod si urgens, justaque ratio, et major quandoque utilitas postulaverit, cum aliquibus dispensandum esse; id, causa cognita, ac summa naturitate, atque gratis, a quibuscumque ad quos dis-*

(1) C. IV, distinct. 21.—Cap. XV, tít. XI, lib. I *Decret.*

(2) CLEMENTIN,, lib. I, tít. III, cap. II.

(3) *Sext. Decret.*, lib. V, tít. XII, reg. 15.

(4) Conc. Trident., sesión 25, cap. XVIII, *de reformat.*—.—Sesión 24, cap. V, *de reformat. matrimon.*—Sesión 22, cap. V *de reformat.*

pensatio pertirebit, erit præstandum; aliterque facta dispensatio subreptitia censeatur.

Reglas que han de tenerse presentes.—De esta doctrina resulta lo siguiente:

1. Que la dispensa concedida sin justa causa es ilícita: porque la potestad de dispensar es *in ædificationem, non in destructionem* (1),

2. La dispensa concedida sin causa por el legislador, ó por su sucesor ó superior, es válida aunque ilícita, porque la obligación de la ley pende de su voluntad (2).

3. La dispensa concedida sin justa causa por el prelado inferior, en virtud de delegación del superior, es nula, porque se entiende que no se le ha concedido esta facultad sinó para usar rectamente de ella (3).

4. La dispensa concedida lleva siempre la condición ó cláusula: *Si res ita est.—Si preces veritate nitantur.*

Así que la dispensa puede ser nula.—

Per obreptionem, ó sea por alegación de un hecho falso, causa motiva de la dispensa.

Per subrectionem, ó reticencia de la verdad, sin la cual no se habría concedido la dispensa (4).

Cesación de la dispensa.—Como la dispensa de la ley es una gracia otorgada por el superior en favor de un particular y por tiempo determinado resulta (5):

a) Que cesa por revocación del que la concedió, su sucesor ó superior.

b) Por renuncia del dispensado aceptada por el superior.

c) Por cesación de la causa final que motivó esta gracia.

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Can.*, lib. I *Decret.*, tít. II, párrafo 5.°, núm 35.

(2) MASCHAT: id. ibid.

(3) MASCHAT: id. ibid.

(4) Cap. XX, tít. III, lib. I *Decret.*

(5) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon. pars. gener.*, lib. I, tít. II, art. 2.°

ARTÍCULO III.

DE LA INTERPRETACIÓN DE LA LEY.

Interpretación de la ley, y sus especies.—Se entiende por interpretación: *La explicación del sentido contenido en la ley.*

La interpretación puede ser *pública* y *privada;* según que proceda de la autoridad ó de los particulares.

Interpretación pública y sus especies. — Se entiende por interpretación pública, *la explicación del sentido de la ley, hecha por el legislador.*

La interpretación pública se divide en—*auténtica*,—*usual*, —*judicial.*

La primera procede del mismo legislador.

La segunda de la costumbre y llega á ser ley por el consentimiento expreso, tácito ó legal del legislador, según el axioma de que la costumbre *est optima legum interpres* (1).

La interpretación judicial procede de la uniformidad de sentencias de los tribunales, ó de las decisiones del Tribunal Supremo; cuya facultad compete á los jueces en cuanto que les sea necesaria para la aplicación de la ley (2).

Interpretación privada y sus especies. — Se entiende por interpretación privada, *la exposición del sentido de la ley, hecha por las personas, en quienes no radica la autoridad legislativa.*

La interpretación privada ó doctrinal, es de tres especies; á saber:—*simple ó declarativa*—*extensiva*—*restrictiva.*

La primera expone el sentido de la ley con arreglo á sus palabras, y por esto se la llama declarativa.

(1) Cap. VIII, tít.IV, lib. I *Decret.*

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. Prænot.*, cap. I, párrafo 7°

La segunda explica el sentido de la ley, aplicándola por identidad de razón á casos y personas no expresadas en ella, pero comprendidas en la mente del legislador.

La interpretación restrictiva tiene por objeto limitar la ley en virtud de circunstancias especiales con arreglo á la epiqueya, ó sea á lo que es justo, bueno y equitativo (1).

Reglas de interpretación y sus especies. — Las reglas de interpretación son: *las sentencias generales* (2) *que exponen sumariamente el Derecho preexistente.*

Las reglas de interpretación se dividen en—*auténticas*—y *doctrinales.*

Número de las auténticas.—De las reglas auténticas de interpretación se hallan, once en las Decretales (3), y en el sexto de Decretales (4) ochenta y ocho.

Utilidad de la interpretación privada.—La interpretación *privada* ó *doctrinal*, que procede de los jurisconsultos y de otras personas doctas en el Derecho, es muy útil, por más que no tenga autoridad: porque es el medio de aclarar las dudas acerca de la inteligencia de la ley, y de resolver las dificultades que surgen en su aplicación.

Sus reglas generales.—Las reglas que deben tenerse presentes en toda interpretación doctrinal son éstas:

1.ª La interpretación de la ley ha de hacerse siempre con arreglo á su espíritu, *quia non debet intentio verbis, sed verba intentioni deservire* (5), porque la intención del legislador es el alma de la ley y la medida de la obligación; de manera que si consta de algún modo la voluntad del legislador, á ella habrá precisamente de acomodarse la interpretación (6).

2.ª Como la ley ha de ser necesariamente conforme á la

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Can.*, lib. I *Decret.*, tít. II, párrafo 6.º núm. 36.
(2) *Prælect. Jur. Can. in seminar. Sancto Sulpit.*, tomo I, *prolegom.*, párrafo 5.ª
(3) Lib. V, tít. XLI.
(4) Lib. V, tít. XII.
(5) Caus. 22. quæst. 5.ª, c. XI.—Cap. VI. tít. XI., lib. V *Decret.*
(6) Tít. XII, lib. V. *sext. Decret.*, reg. 88.

razón y útil á la sociedad, debe evitarse toda interpretación, de la cual resulta que aquella es injusta ó inútil.

Reglas acerca de la interpretación simple ó declarativa.—La interpretación declarativa expone el sentido de la ley, según se ha manifestado, con arreglo á sus palabras, y por esto se llama declarativa; acerca de la cual deben observarse las reglas siguientes:

1.ª La interpretación ha de ser gramatical (1), ateniéndose á la propiedad de las palabras, á menos que de esto se siga un absurdo ó iniquidad, porque la voluntad del legislador se ha de conocer por la significación común de aquéllas; puesto que éste las usó para que se entendiese fácilmente su voluntad (2). Si se prescindiese de esta regla en la interpretación, el Derecho quedaría completamente incierto. Por esta razón, las palabras generales y absolutas se han de entender sin excepción ni distinción alguna (3), según el axioma: *Ubi lex non distinguit, nec nos distinguere debemus.*

2.ª Para esta interpretación simple, ha de tenerse presente la época en que se dió la ley, porque muchas palabras tienen hoy una significación distinta de la que tenían en otro tiempo (4).

3.ª Cuando las palabras de la ley son ambiguas se ha de investigar la razón ó motivo que hubo para dictarla, así como las circunstancias de las personas, tiempos y lugares, á fin de percibir por estos medios la mente del legislador y el sentido de la ley; debiendo siempre en caso de duda interpretarse del modo ménos gravoso para la sociedad, según la regla: *In obscuris minimum est sequendum et potius habetur ratio æquitatis quam juris stricti* (5).

Reglas de interpretación extensiva.—Como la interpretación *extensiva* expone el sentido de la ley aplicándole

(1) Cap. III, tít. XII, lib. V *sext. Decret.*

(2) MASCHAT: *Cursus Jur. Can.*, lib. I *Decret.*, tít. II, pár. 6, n. 39.

(3) Cap. XXII, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*

(4) *Prælect. Jur. Can. in seminar. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 5.º, núm. 38.

(5) Tít. XII, lib. V *sext. Decret.*, reg. 30.

por identidad de razón á casos y personas no expresadas en ella, pero comprendidas en la mente del legislador, es preciso fijarse en las reglas siguientes:

1.ª La ley no ha de extenderse á casos no expresados en ella por sólo la semejanza de razón, porque la razón de la ley no es la ley misma, y el legislador sólo se propone obligar respecto á lo que en ella expresa (1).

2.ª La extensión de la ley tiene lugar, cuando medie identidad de razón: porque aquélla ha de ser justa, y carecería de este requisito si no se extendiera al caso en que exista en un todo la misma razón; y de aquí el axioma *Ubi eadem est ratio, ibi eadem juris dispositio.*

Esta identidad de razón tiene lugar:

a) *In correlativis,* como entre el esposo y la esposa; así que la ley prohibitiva del matrimonio *cum furioso* (2) ha de extenderse al matrimonio *cum furiosa,* porque hay identidad de razón, puesto que falta el consentimiento necesario; debiendo decirse lo mismo en cuanto al otro caso señalado en el cap. IV, tít. XVII, lib. IV *Decret.*

b) *In æquiparatis,* v. gr., la ley que permite á las religiosas salir del monasterio por causa de incendio, se entiende que las concede igual facultad en el caso de invasión de enemigos.

c) *In cónnexis,* v. gr., la ley que concede á uno la facultad de hacer testamento, supone igual derecho para hacer codicilo (3).

3.ª *Favores sunt ampliandi.*—Según este principio los privilegios *præter legem* se han de interpretar latamente en caso de duda, puesto que no se oponen al bien público, y en esta razón se fundan las reglas auténticas de Derecho:—*Melior est conditio possidentis—In dubio favendum est reo.*

Reglas de interpretación restrictiva.—La inter-

(1) MASCHAT: *Id. ibid.*, núm. 40.
(2) Cap. XXIV, tít. I, lib. IV *Decret.*
(3) Cap. III, tít. II, lib. I *Decret.*

pretación *restrictiva*, que se llama epiqueya, tiene por objeto declarar, según las reglas de la equidad, que un caso particular no se halla comprendido en la ley general; así David juzgó que á él y los que le acompañaban, les era lícito comer los panes de *proposición* prohibidos á los legos; y por epiqueya resolvieron los Macabeos que les era lícita la defensa en día festivo. Sobre esta materia habrán de observarse las reglas siguientes:

1.ª La ley positiva se restringe ó limita cuando existe motivo racional para presumir que el legislador no quiso obligar en tales ó cuales circunstancias, por más que no se exceptúe en las palabras de la ley, porque el mismo legislador previene á los jueces que admitan las excepciones razonables, y que procedan según la equidad del Derecho (1).

2.ª Es lícito usar de la epiqueya en los casos siguientes: (2)

a) Cuando la observancia literal de la ley se opone á una ley superior, v. gr., la espada no puede devolverse sin pecado á su dueño, si es demente furioso.

b) Si se opone al bien común, v. gr., los ciudadanos pueden tomar las armas para defenderse de los enemigos que tratan de invadir la población; aunque exista una ley general que prohiba el uso de armas.

c) En el caso de que la ley sea excesivamente onerosa, porque se supone racionalmente que el legislador no quiere obligar con grave detrimento (3).

3.ª Las leyes odiosas deben interpretarse en sentido extricto, y las favorables en sentido lato, según la regla de Derecho (4): *Odia restringi et favores convenit ampliari.*

Esta regla supone que existe duda acerca del sentido, extensión ó aplicación de la ley; porque si consta con certeza el sentido de la ley, hay obligación de cumplirla, aunque parezca dura y restrictiva de la libertad.

(1) Cap. XIII, tít. XXIX, lib. I *Decret.*

(2) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon, pars gener.*, lib. III, cap. I.

(3) MASCHAT: *Cursus. Jur. Canon.* lib. I *Decret.*, tít II, párrafo 6.º, núm. 41.

(4) Lib. V. tít. XII *sext Decret.*, reg. 15.

Se llaman leyes odiosas, *las que imponen una pena ó carga grave, cohibiendo notablemente la libertad.*

Estas leyes deben restringirse en cuanto lo permitan sus palabras y el sentido natural del texto de la ley, siempre que, por otra parte, exista una verdadera duda sobre el pensamiento del legislador.

Se llaman leyes favorables: *las que promueven el bien público, las buenas costumbres, la libertad de la verdadera religión, sin imponer una carga grave.*

Se hallan también en este caso las que conceden favores, privilegios, distinciones honoríficas, sin ocasionar el menor perjuicio á los individuos ni á la sociedad. Estas leyes deben ampliarse hasta donde lo permita el sentido del texto, cuando existe verdadera duda sobre su inteligencia (1).

Las leyes que imponen irregularidades, censuras, nulidad de actos, impedimentos del matrimonio, son de interpretación extricta, porque si bien favorecen al bien público, es con notable gravamen de la libertad individual; hallándose también en este caso los privilegios, reservas y dispensas en cuanto que se separan del Derecho común, según aquella regla (2): *Quæ a jure communi exorbitant, nequaquam sunt ad consequentiam trahenda.*

Sus efectos.—Los efectos de las reglas de interpretación restrictiva son los tres siguientes:

a) *Exceptio restringit regulam*, es decir, que la universalidad de la ley deja de existir respecto al caso exceptuado.

b) *Exceptio declarat regulam*, porque de la cualidad de la excepción aparece sobre qué clase de cosas dispone aquella.

c) *Exceptio firmat regulam*, toda vez, que los casos no exceptuados en ella, se consideran comprendidos en la ley.

Leyes contradictorias y sus reglas.—Las disposiciones legales que contienen prescripciones opuestas entre sí, se

(1) *Prælect. Jur. Canon. in Semin. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 5.º, núm. 38.

(2) Lib. V, tit. XII *sext. Decret.*, reg. 28.

llaman leyes contradictorias, y acerca de estas se observarán las reglas siguientes:

1.ª Cuando se encuentran dos ó más leyes contrarias entre sí, se ha de ver ante todo el medio de conciliarlas, porque debe evitarse la corrección de las leyes, como cosa odiosa. *Cum expediat concordare jura juribus, et eorum correctiones, si sustineri valeant, evitari* (1).

2.ª Si una ley general está en oposición con otra también general, y no pueden conciliarse, la ley posterior deroga á la primera, porque *Constitutionem condendo posteriorem, priorem, quamvis de ipsa mentionem non faciat, revocare noscatur* (2).

3.ª Dos leyes contrarias, una general y especial la otra, deben observarse ambas considerando á la primera como regla y á la segunda como excepción de ella, según la regla del Derecho: *Generi per speciem derogatur* (3). Se llama género lo que contiene en sí muchas cosas, v. gr., el beneficio, y especie lo que se comprende en el género.

CAPÍTULO V.

OBLIGACIÓN DE CUMPLIR LAS LEYES ECLESIÁSTICAS.

Efecto primario de toda ley.—Las leyes, en el mero hecho de revestir este carácter, obligan á su observancia, y en esto se distinguen de los meros consejos, que pueden omitirse sin responsabilidad alguna.

Toda ley es por su naturaleza obligatoria (4), puesto que en este concepto se propone por el poder legislativo á los miembros de la sociedad, y á fin de que nadie pueda eludirla impune-

(1) Cap. XXIX, tít. VI, lib. I *sext. Decret.*
(2) Cap. I, tít. II, lib. I *sext. Decret.*
(3) Regla 34, tít. XII, lib. V *sext. Decret.*
(4) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, pár. 1.º

mente, se halla al frente de aquélla la potestad coactiva como medio indispensable para el sostenimiento del orden social y de que no se impida la consecución de su fin.

Como consecuencia de la doctrina expuesta, las sociedades temporales ejercen la potestad coactiva en=

Todas las personas que por su malicia ó contumacia perturban el orden social con sus obras ó malos ejemplos.

En aquellas otras que producen el mismo efecto contra su voluntad; y por esta razón existen causas destinadas á los dementes, y se impide la libre comunicación de los que han contraido una enfermedad contagiosa.

En todos los demás, de quienes puede juzgarse con certeza moral que han de turbar el orden social; y de aquí las leyes de vagos, etc. (1).

También los poderes civiles pueden obligar en conciencia al cumplimiento de sus leyes (2), porque éstas son una determinación de la ley natural en los casos concretos que señalan.

Obligación de cumplir las leyes eclesiásticas, y á quiénes se extiende.—Las leyes eclesiásticas (3) obligan á la sociedad cristiana (4), estando sujetos á su cumplimiento todos los súbditos que tienen uso de razón, puesto que tienden á la consecución de su fin sobrenatural.

Se hallan excluidos únicamente de este deber:

a) Los infieles en cuanto á las leyes meramente disciplinales, porque no son súbditos de la Iglesia, y por eso dice el Apóstol: *Quid enim mihi de iis, qui foris sunt, judicare* (5).

b) Los dementes miéntras permanecen en este estado (6).

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, pár. 3.°, número 22 y sig.

(2) Precepto IV *del Decálogo.*—Carta á los Rom., cap. XIII, v. 1.° y sig.—Carta I de S. Pedro, cap. II, v. 13 y sig.

(3) REIFFENSTUEL: *Jus. canonicum universum*, lib. I *Decret.*, tít. II, pár. 12, núm. 263.

(4) Cap. I, tít. II, lib. I *Decret.*

(5) Epist. I, *ad Corint.*, cap. V, v. 12 y 13.

(6) MASCHAT: *Cursus. Jur. Canon.*, lib. I *Decret.* tít. II, párrafo 2.

c) Los impúberes y menores no están comprendidos en las leyes que afectan á los mayores de edad (1).

d) Los peregrinos, transeúntes ó viajeros, sólo están obligados á las leyes comunes, pero nó á las particulares del lugar por donde transitan, ni á las de su territorio (2) á ménos que medie escándalo (3).

e) Los religiosos exentos no están obligados al cumplimiento de las leyes diocesanas sinó en los casos señalados en el Derecho, como la asistencia á las procesiones, observancia de los entredichos y fiestas promulgadas por los ordinarios (4).

f) El legislador está obligado únicamente en conciencia al cumplimiento de sus leyes (5).

Si la aceptación de los fieles será necesaria al efecto.—Como es esencial á la ley, que produzca obligación de obedecerla en los súbditos, porque como dice S. Agustín: *Præceptum non est ab illo cui præcipitur, sed ab illo qui præcipit* (6), es evidente que las leyes, desde el momento que tienen este carácter, son obligatorias, sea cual fuere la forma de gobierno de la sociedad y la fuente donde resida originariamente el poder en las sociedades temporales; así que el Apóstol, en su carta á los Romanos, dice á este propósito: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit: non est enim potestas nisi a Deo: quæ autem sunt, a Deo ordinatæ sunt. Itaque qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit. Qui autem resistunt, ipsi sibi damnationem acquirunt; nam principes non sunt timori boni operis, sed mali. Vis autem non timere potestatem? Bonum fac: et habebis laudem ex illa. Dei enim minister est tibi in bonum. Si*

(1) MASCHAT: ibid.

(2) Cap. II, tít. II, lib. I *sext. Decret.*

(3) C. XI, distinct. 12.—Cap. II, tít. XLVI, lib. III *Decret.*

(4) *Concil. Trident.*, sesión 25, cap. XII y sig., *de Regular.*

(5) MATTH: cap. XXIII, v. 4.º—C. II, dist. 9.—C. 20, quæst. 2.ª, causa 12. —Cap. XX, tít. 6.º, libro I *Decret.*—SANTO TOMÁS, 1.ª, 2.æ, quæst. 96, art. 5.º *ad tertium.*

(6) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. II.

autem malum feceris, time: non enim sine causa gladium portat. Dei enim minister est: vindex in iram ei, qui malum agit..... (1).

Esta razón tiene aún mayor aplicación con respecto á las leyes eclesiásticas, porque la sociedad cristiana establecida por Jesucristo tiene al frente de la misma por voluntad de su Divino Fundador autoridades á quienes confirió el poder legislativo con todas las demás facultades necesarias para conducir á sus afiliados por el camino de la salvación, fin último de la institución de la Iglesia.

Todas las dudas que pueden surgir sobre el origen del poder en las sociedades temporales, no es posible plantearlas tratándose de la Iglesia, porque su Divino Fundador se expresó con claridad suma sobre esta materia, como lo demuestran los Evangelios (2); allí se designa la persona que ha de ejercer el poder supremo, y la concede el poder legislativo, judicial y coactivo, sin que haya lugar á duda alguna sobre su independencia de los fieles en el ejercicio de este supremo poder.

Las constituciones pontificias obligan independientemente de la aceptación de los obispos.—Verdad es que los obispos tienen también por Derecho divino el poder legislativo, pero con sujeción y dependencia del supremo Jerarca; de modo que tratándose de las disposiciones dictadas por el Sumo Pontífice existe en ellos el mismo deber y obligación que en los simples fieles, sin que la organización divina de la Iglesia consienta otra cosa, ni haya lugar á tergiversar el sentido de los testimonios bíblicos, según por otra parte lo demuestra la constante tradición y práctica de la Iglesia desde la edad apostólica hasta nuestros dias.

Los concilios generales y particulares, los Santos Padres y

(1) Cap. XIII, v. 1 y siguientes.

(2) S. MATTH., cap. XVI, vv. 13, 14, 15, 16, 17, 18 y 19; capítulo XXVIII, vv. 19 y 20; cap. XVIII, v. 18.—S. JOAN., cap. XXI, vv. 15, 16 y 17.— S. MARC., cap. XVI, vv. 15 y 16.

los varones más insignes en ciencia y santidad, han reconocido siempre en el Sumo Pontífice la potestad de legislar en la Iglesia universal y la obligación en los obispos, lo mismo que en todos los fieles, de acatar, obedecer y cumplir sus mandatos (1).

Errores acerca de este punto.—La naturaleza misma de toda sociedad perfecta requiere, que haya en ella potestad legislativa, judicial y coactiva para que pueda conseguir el fin de su institución (2), sin que sea necesario al efecto que sus leyes sean aceptadas por los súbditos, pero con respecto á la Iglesia consta además esto mismo por la voluntad de su Divino Fundador.

Esto no obstante, no han faltado hombres que, rebeldes á la voz de la conciencia y sumisos á pasiones innobles, han pretendido destruir la obra de Dios sustituyéndola por la suya, en cuyo caso se hallan:

Marsilio de Pádua. —Tomó parte en favor de Luis de Baviera contra el papa Juan XXII: escribió un libro con el título de *Defensor pacis*, en el que pretende probar que todos los derechos de la autoridad pública, ya sea espiritual ó temporal, residen en el pueblo, el cual los trasmite en los gobiernos monárquicos á los príncipes y emperadores fieles ó infieles, para que ellos encomienden la parte espiritual á los obispos, pero con sujeción al pueblo mismo y á los príncipes, sin que la potestad de la Iglesia sea coactiva, sinó meramente directiva con derecho á exhortar, amonestar y aconsejar.

Juan XXII condenó las doctrinas de Marsilio, como erróneas, escandalosas y heréticas, en muchas letras apostólicas, y principalmente en la constitución *Licet*, dada en 23 de Octubre de 1327, habiendo sido por otra parte refutadas científicamente por Alberto Pigio en su obra *De Hierarchia ecclesiastica* (3).

(1) VECCHIOTTI: *Inst Canon.*, lib. I, prolegom., cap. II, párrafo 24.

(2) TARQUINI: *Inst. jur pub. eccles*, lib. I cap. I, sect. 1.ª

(3) TARQUINI: *Institut. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. II, pár. 1.—SCAVINI: *Comp. Jur. Canon. univ.*, cap. VI, *sect. alt.*, art. 1.º y sig.

Lutero y sus secuaces.—El libro de Marsilio quedó relegado al olvido hasta que los protestantes reprodujeron sus errores. Lutero decía á este propósito: *Neque papa, neque episcopus, neque ullus hominum habet jus unius syllabæ super christianum hominem, nisi id fiat ejusdem consensu; et quidquid aliter fit, tyrannico spiritu fit*, cuya proposición fué condenada como errónea en cuanto á la fé y costumbres por la Universidad de París (1); pero sus secuaces están divididos entre sí hasta el punto de no haber podido llegar á un común acuerdo (2).

Edmundo Richer.—Este escritor, doctor y síndico de la facultad de Teología en la Universidad de París, de la cual fué expulsado por sus errores, defiende en su libro *De ecclesiastica et politica potestate*, que la suprema potestad reside en el pueblo, de quien la han recibido los que se hallan al frente del mismo, no habiéndose dado por Jesucristo el poder de las llaves, sinó primaria, inmediata y esencialmente á toda la Iglesia; si bien la potestad ministerial se confirió por el mismo al Papa, obispos y presbíteros, sin que la jurisdicción de los obispos proceda del papa, ni la de los presbíteros, entre los cuales cuenta á los párrocos, se derive de los obispos

Como consecuencia de esta doctrina dice:

1.º Que las leyes ó cánones dados por el Papa no obligan sinó mediante el consentimiento y aceptación de la Iglesia.

2.º Que los obispos no pueden legislar ni dictar disposiciones obligatorias á los súbditos de sus respectivas diócesis sin su consentimiento.

Richer y su doctrina fué condenado por el Sínodo provincial celebrado en París el año 1612, y por muchos decretos de la sagrada Congregación del Índice.

El autor retractó su doctrina simuladamente por dos

(1) BOUIX: *De princip. Jur Canon.*, parte 2.ª, *sect.* 2.ª, cap. II.
(2) TARQUINI: obra y lugar citados.

veces, y con sinceridad la tercera en 1630, un año antes de su muerte (1).

Juan Nicolás de Hontheim.—Era obispo *in partibus* de Miriofit, y sufragáneo ó auxiliar del arzobispo de Tréveris (2); publicó, bajo el supuesto nombre de *Febronius*, un libro con el título *De statu ecclesiæ*, en el que se contiene la doctrina de los protestantes y de Richer, respecto al primado pontificio y constitución de la Iglesia.

Esta obra fué condenada por los prelados de Tréveris, Maguncia, Colonia y otros varios obispos; por muchos decretos de la sagrada Congregación del Índice y por el papa Clemente XIII en tres breves del 14 de Marzo de 1764.

El mismo Febronio reprobó su libro, y mandó á Pio VI la retractación de sus errores, acerca de la cual publicó él mismo un comentario en 1781, habiendo muerto como católico el 2 de Setiembre de 1790.

Muchos escritores han refutado el libro *De statu Ecclesiæ*, y muy especialmente Francisco Antonio Zacaria, de la Compañía de Jesús, en la obra escrita en italiano con el título de *Antifebronius*, y en otra que publicó en latín el año 1771 con el nombre de *Antifebronius vindicatus, seu suprema romani Pontificis potestas adversus Febronium* (3).

La doctrina de Richer y Febronio se halla reproducida en las proposiciones de Quesnell y del sínodo de Pistoya, condenadas por Pio VI en su constitución *Auctorem fidei*. También participan de la misma las tituladas *libertades galicanas* y las doctrinas regalistas (4), igualmente condenadas en el Concilio Vaticano (5).

(1) TARQUINI: id. ibid.

(2) HERGENROTHER; *Historia de la Iglesia*, t.° V pág. 748 de la edición española.—P. SALA: *Exposición apologística del Syllabus*, pág. 190, nota 164, edición de 1876.

(3) TARQUINI: id. ibid.—HERGENROTHER, ibid.

(4) TARQUINI: id. ibid.—BOUIX: *De princip. Jur. Canon.* parte 2.ª, sect. 2.ª, art. 4.°

(5) *Const. Pastor æternus*, cap. III.

Casos en que el Papa no quiere obligar con sus leyes, sinó mediante la aceptación de los obispos.— Aunque las leyes obligan por su naturaleza á todos los súbditos desde el momento que revisten este carácter, el legislador puede disponer, en uso de su potestad, que los súbditos queden exentos de su cumplimiento, miéntras no se verifique tal ó cual circunstancia.

Las autoridades eclesiásticas, y principalmente el Sumo Pontífice, no quieren que algunas de sus leyes tengan fuerza obligatoria en los puntos ó provincia, donde no estén en armonía con el carácter, costumbres ó especiales circunstancias de sus habitantes, lo cual no procede por falta de potestad, sinó de la benignidad del legislador, y por esto dice Benedicto XIV: *Verum nonnunquam experientia demonstrat aliquod ex hujusmodi generalibus statutis, licet plerisque provinciis, ac diœcesibus utile atque proficum, alicui tamen provinciæ, aut diœcesi opportunum non esse id quod legislatori compertum non erat, cum ipse peculiares omnes locorum res atque rationes perspectas habere nequeat* (1).

El mismo Papa añade que el obispo de la diócesis donde haya estas dificultades para ejecutar las leyes del Sumo Pontífice, puede y tiene obligación de acudir al mismo (2) exponiendo las razones que haya para eximir de su cumplimiento á sus diocesanos; y el Sumo Pontífice accederá desde luego á la pretensión del obispo, si en su alta sabiduría la considera justa.

Esta facultad, que tienen los obispos con respecto á las leyes generales dadas por el supremo Jerarca de la Iglesia, se extiende, como es natural, á los rescriptos ó mandatos especiales del mismo, obtenidos fraudulentamente, mediante alegación de una causa falsa ó ocultación de la verdad, porque las personas á quienes vaya cometida su ejecución y todos los in-

(1) *De Synodo Diœcesana;* lib. IX, cap. VIII, núm. 3.º
(2) Benedicto XIV: id. ibid.

teresados en ello (1), pueden en estos casos suspender su cumplimiento, hasta tanto que informen al mismo Sumo Pontífice y le den cuenta del motivo que han tenido para obrar de este modo (2).

Deberes de los obispos en estas circunstancias. — Los obispos ó prelados pueden en los citados casos suspender la ejecución de las leyes pontificias, siempre que haya razones graves para ello: pero entonces es obligación (3) suya acudir á la Santa Sede exponiendo los motivos que han tenido presentes para ello. Tampoco hay obligación de observar la ley, durante el tiempo de la súplica y la contestación; pero desde el momento en que el Sumo Pontífice manifiesta su resolución, habrá necesidad de atenerse á ella, sin que haya lugar á nuevas dilaciones: porque es manifiesta la voluntad del legislador (4).

Cuando existe duda sobre si una ley pontificia es de aquellas acerca de las cuales se presume que no llevan la condición implícita de su aceptación por los obispos, entonces se observará el mismo procedimiento que en el caso anterior, es decir, se consultará á la Santa Sede, y podrá quedar en suspenso la ley durante este tiempo en conformidad á la regla de Derecho: *In dubiis odia sunt restringenda:* pero mucho mejor será no obrar en manera alguna contra dicha ley, hasta recibir la contestación, siempre que pueda hacerse cómodamente.

Materias en que esto no tiene lugar.—El derecho concedido tácitamente á los obispos por el Sumo Pontífice respecto á sus leyes, no debe entenderse en cuanto á todas las constituciones ó decretos emanados de la Santa Sede: y como sobre este punto, de gran interés práctico, se han sostenido

(1) Benedicto XIV: id. ibid núm. 2.
(2) Caps. V y XX, tít. III, lib. I *Decret.*—Cap. VI, tít. V, lib. III *Decret.*
(3) Benedicto XIV: id. ibid. núm. 3 y siguientes.
(4) Bouix: *De princip. Jur. Canon.* parte. 2.ª, sect. 2.ª, cap. V, párrafo 3.

tésis y doctrinas no sólo erróneas, sinó peligrosas en cuanto á la fé, debe advertirse lo siguiente:

a) No puede suspenderse el cumplimiento y ejecución de las constituciones dogmáticas, porque el juicio del Sumo Pontífice en estas materias es irreformable (1).

b) Tampoco se comprenden las disposiciones relativas á las buenas costumbres, por igual razón.

c) En igual caso se encuentran aquellas otras que se refieren á la disciplina inmutable, como la gerarquía de Derecho divino, la materia y forma de los sacramentos, porque todo esto es de institución divina: en cuyo caso se halla la disciplina íntimamente aneja al dogma (2).

d) Lo mismo debe decirse de las bulas, constituciones ó decretos, qne tienen por objeto cortar abusos malamente introducidos, disponiéndose en los mismos que no ha lugar á excusa de ninguna clase en la observancia de este mandato (3).

(1) BENEDICTO XIV: *De Synodo Diœcesana,* lib. IX, núm. 3.°

(2) BENEDICTO XIV: id ibid.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.* parte 2.ª, sect. 2.ª, cap. V, párrafo 2.°

CAPITULO VI

DEL REGIUM EXEQUATUR.

ARTÍCULO PRIMERO

DESENVOLVIMIENTO HISTÓRICO DEL RÉGIMEN EXEQUATUR.

§ 1.°

El placitum regium en las distintas naciones.

Placitum Regium, y sus distintos nombres.—Se entiende por Regium exequatur: *La facultad, que se atribuye á los principios de examinar las leyes pontificias ó episcopales, y de conceder ó negar su publicación.*

A este supuesto derecho se le conoce con los nombres de *placitum*—*placitum regium*—*exequatur*—*regium pareatur*, etc.

Errores acerca de este punto.—Muchos escritores han pretendido que los príncipes ó supremas autoridades temporales tienen el derecho de impedir la promulgación de las leyes eclesiásticas en sus respectivos Estados, hasta que sean examinadas por ellos y vean si disponen alguna cosa contraria al bien ó utilidad de sus súbditos. Dicen siguiendo á Bernardo Van-Espen, principal defensor del *placiti regis* y el hombre más funesto de todos los canonistas (1) que este supuesto derecho es esencial á la potestad temporal, inseparable de

(1) TARQUINI: *De regio placet dissert.*—HERGENROTHER, ibid.

la soberanía y que siempre lo ha ejercido *adversus Ecclesiæ molimina* (1); pero no señalan prueba alguna de su dicho, que está en abierta oposición con lo que consta por la historia, bastando al efecto manifestar, que en las graves discordias de los reyes y emperadores con los romanos pontífices desde el siglo IX hasta el XIV, ninguno de aquellos alegó que las bulas apostólicas promulgadas contra ellos en sus mismos reinos, carecían de fuerza obligatoria por no haber obtenido el *Plácitum regium;* lo cual es una demostración de que era desconocido en aquel tiempo el *Regium exequatur.*

Así que Felipe *el Hermoso*, rey de Francia, buscó cuantos medios estaban á su alcance para que las letras, bulas ó decretos del papa Bonifacio VIII no se introdujesen en Francia, vigilando las fronteras *custodibus ubique appositis.*

Lo mismo hizo en 1164 Enrique de Inglaterra con los decretos de Alejandro III: no dijo que estaban destituidos de fuerza obligatoria, mientras no se autorizara por él su publicación, sino que *sævissima edicta per omnes sibi subjectas provincias promulgavit, nempe ut omnes portus diligentissime custodirentur, ne litteræ interdictionis Summi Pontificis... in Angliam deferrentur* (2).

Origen del regium exequatur y su objeto.—El primer precedente acerca de la retención de bulas se encuentra en la Constitución de Urbano VI, dada con motivo del gran cisma de Occidente (3).

Este Papa creyó conveniente impedir que las bulas pontificias se llevaran á ejecución, sin que los obispos las examinasen ántes, y vieran si eran auténticas y procedían del verdadero Papa, toda vez que eran dos los que entónces llevaban simul-

(1) Bouix: *De princip. Jur Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. IV, párrafo 1.º
(2) Bouix: id. ibid.
(3) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I *prolegom.*, cap. II, párrafo 25.

táneamente este elevadísimo título. Martino V hace mérito en el Concilio de Constanza de la constitución del citado Papa (1).

El objeto que Urbano VI se propuso al dictar su disposición no puede ménos de considerarse como una medida previsora y de alta conveniencia, que fué secundada por los príncipes con el laudable fin de que sus súbditos no fueran engañados por los antipapas, ó con bulas apócrifas; y á este efecto quisieron reconocer los decretos enviados á las provincias en nombre del Romano Pontífice, prohibiendo su publicación sin que precediera su consentimiento.

El mandato del expresado Papa se concretó, según se deja manifestado, á diferentes prelados, sin hacerse mención alguna de los poderes civiles; pero como éstos no se propusieron con las medidas indicadas, sinó contribuir por su parte á las miras de la Iglesia, nadie reclamó contra su conducta.

Revocación del mandato de Urbano VI.—La concesión de Urbano VI fué revocada poco tiempo después por Bonifacio IX, y lo dispuesto por este Papa en el asunto de que se trata, lo confirmó Martino V, puesto que su elección puso fin al cisma, y había cesado, por lo tanto, la causa que movió al Papa Urbano á dictar aquella disposición transitoria.

Disposiciones de los sínodos de Cartagena y Toledo sobre este punto.—Apesar de haber cesado el decreto de Urbano VI por sí mismo y por su revocación, los sínodos de Cartagena y de Toledo, celebrados en tiempos del Papa León X, dispusieron que las letras apostólicas fueran examinadas y aprobadas por el ordinario de la diócesis ántes de cumplimentarlas; y como si esto no fuera aún bastante, pidieron al citado Papa la confirmación de aquel acuerdo.

León X no se limitó á rechazar esta súplica, por demás temeraria, sino que aprobó y confirmó de nuevo por una bula las constituciones de Bonifacio IX y Martino V, declarando írritas y de ningun valor las actas de los citados sínodos y de cualesquiera otros que se hallasen en igual caso.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. III y IV.

A fin de que en ningun tiempo se tuviera noticia de semejante petición y acuerdo de los citados sínodos, el mismo Papa dispuso que se tachase de los libros y códices donde se hubiese anotado (1)

Conducta seguida por los poderes civiles en esta materia.—Después del decreto de Urbano VI, y de su revocación, los poderes civiles de los distintos reinos europeos se atribuyeron esta potestad, y como continuaran en el ejercicio de ella, la Santa Sede no ha dejado de protestar contra este abuso, que por otra parte nunca podría alegarse como un derecho, puesto que las costumbres contra la inmunidad y libertad de la Iglesia no pueden nunca llegar á ser ley (2), toda vez que se trata de derechos inalienables, como procedentes de institución divina y fundados en la misión que Jesucristo dió á la Iglesia de enseñar la verdad á las gentes (3). La Iglesia ha reprobado siempre esta conducta de los poderes temporales, según lo demuestran los hechos siguientes:

El regium exequatur en Portugal.—Juan II, rey de Portugal, renovó las antiguas malas (4) costumbres introducidas durante el cisma de Occidente, y dispuso: *Ne literæ apostolicæ vulgarentur absque revisione cancellariæ.*

Sixto IV hizo entender al Rey su injusticia, y lo mismo se le manifestó por Inocencio VIII (5), quien le recuerda sus deberes de conciencia, la gran piedad de sus antecesores y las censuras y penas fulminadas en la bula de la Cena. El rey de Portugal, como príncipe católico, obedeció al Sumo Pontífice, y cumplió en un todo lo que se le ordenaba.

Orígen del placitum en Nápoles y su condenación.—El Duque Complutense impuso en Nápoles el *placitum*

(1) Benedicto XIV: *De Synodo Diœcesana*, lib. IX, cap. I, núm. 3.
(2) Cap. XLIX, tít. XXXIX, lib. V.—Cap. XIV, tít. VI, lib. I *Decret.*
(3) Liberatore: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. VIII, párrafo 5.º
(4) Bouis: *De princip. Jur. Canon.*, parte 2.ª, sect. 2.ª, cap. IV, párrafo 1.º
(5) Breve *Olim*, de 3 de Febrero de 1486.

regium á las bulas ó letras apostólicas, y esta orden del poder temporal, dada en 1561, fué rechazada con censuras por San Pio V.

El Duque se sometió como católico y reconoció su falta; pero volvió á reaparecer esta mala semilla en aquel reino, y puede decirse que no ha llegado á desarraigarse desde entónces (1).

Orígen del exequatur en Bélgica.—Stokmans, en su obra *De jure Belgarum*, no tiene reparo en afirmar que el *placitum regium* estuvo en uso desde tiempo inmemorial; pero faltó abiertamente á la verdad histórica, habiendo sido condenada su obra por Inocencio X en decreto de 23 de Abril de 1654, y mucho antes por la Inquisición de España.

Zypeo, escritor belga, asegura que en su tiempo no se necesitaba en aquel país del *placitum regium* para la promulgación de ninguna constitución ó ley eclesiástica, porque ningún edicto de la potestad secular lo exigía en cuanto á las leyes ó constituciones apostólicas, sinó únicamente *quoad rescripta privatis data, eaque non omnia, sed beneficialia tantum.*

Pekio, belga también é individuo del gran Consejo de aquel país, asegura que la costumbre que se invoca respecto al *Regium exequatur* y á otras de la misma índole, no puede defenderse en derecho: *Et proinde non valent apud justos et catholicos judices qui timorem Domini habent* (2).

Su condenación.—Verdad es que semejante abuso se introdujo con el tiempo; pero la Santa Sede reclamó contra él, y lo demuestra la constitución de Inocencio X, dirigida en 11 de Noviembre de 1651 al archiduque Leopoldo, gobernador de aquel país, con motivo de haberse prohibido la promulgación de la bula *In eminenti* de su predecesor, porque no había obtenido el *placitum regium.*

(1) TARQUINI: *De regio placet dissert.*

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, parte 2.ª, sect. 2.ª, cap. IV, párrafo 1.

Alejandro VII, en su constitución de 14 de Mayo de 1658, se queja de que no se haya puesto en ejecución otra constitución suya de 6 de Setiembre de 1657, bajo el frívolo pretexto de no haber obtenido el *placitum regium*, y manifiesta que es ajeno á la piedad y religión de los príncipes católicos, no ménos que á la razón, el que los decretos pontificios concernientes á la salvación de las almas, á las costumbres y régimen de la Iglesia universal, no puedan publicarse en las provincias ó ponerse en ejecución sin el *placet*, siendo certísimo que la potestad concedida por Cristo al Sumo Pontífice, su vicario en la tierra, no depende del poder real (1).

El placitum en Sicilia.— Clemente XI (2) declara: *Penitus et omnino nulla, irrita et invallida, injusta, reprobata, damnata, inania, temeraria, nulliusque omnino roboris et momenti vel efficaciæ*, la orden del poder temporal del reino de Sicilia en la que se manda, que las letras apostólicas, de cualquiera clase que sean, se consideren como nulas y de ningún valor para los fieles, si la potestad temporal ha prohibido su ejecución.

El mismo Papa (3) se hace cargo de un edicto de la potestad temporal del reino de Sicilia, en el que se dice: *Quævis lex, rescriptum, privilegium, breve, etc., ab extera potestate missa nullam vim habeant in regno nisi fuerint ante obsignata regio exequatur per advocatum fiscalem regii patrimonii sub pœna*, etc., y después de rechazar con toda energía las palabras *exteræ potestatis* usadas en dicho documento, hace ver que el poder del vicario de Jesucristo se extiende á los fieles de todos los paises y naciones, como emanado de autoridad propia y no extraña, á la cual tienen aquéllos obligación de obedecer por voluntad del mismo Jesucristo.

(1) TARQUINI: *De regio placet dissert.*
(2) Constitución de 29 de Noviembre de 1714.
(3) Constitución de 11 de Enero de 1715.

En su consecuencia, rechaza dicho edicto. en el que se imponen durísimas penas á los clérigos y legos que pongan en ejecución las letras apostólicas destituidas del *placitum regium*, é impone todas las censuras y penas eclesiásticas, sancionadas por los sagrados cánones, decretos de los Concilios generales, constituciones apostólicas, y sobre todo en la bula de la Cena, contra los autores y fautores del expresado edicto (1).

Origen del placitum regium en Francia y Saboya.—El *placitum regium* data en Francia desde el edicto promulgado en 1484 por Luis XI; pero este abuso lo corrigió Cárlos VII, ordenando que el Sumo Pontífice pueda usar de su potestad *in beneficiorum collatione, quam in jurisdictionis apostolicæ executione, modo et forma quibus felicis memoriæ Clementis VII et Benedicti XIII, temporibus usus fuerat et aliis quibuscumque usibus et mandatis* (2).

En Saboya no se conoció semejante abuso hasta el edicto de 6 de Junio de 1719 que Clemente XI reprobó y condenó en la bula *Apostolatus* del mismo año.

El regimen exequatur en Alemania y otros paises.—Respecto á Alemania sólo se encuentran algunos datos dudosos en el siglo XVII, y puede decirse que es necesario llegar al reinado de José II para hallar documentos ciertos y claros sobre la materia.

Clemente XIII dió dos constituciones en 15 de Enero de 1763, y otras dos en 25 de Junio de 1766, las cuales versan sobre la misma materia.

El mismo Papa (3) se queja amargamente de los atropellos sufridos por la Iglesia en otro país; y sobre todo en la ley dada respecto al *Exequatur*, según la cual se prepara el camino para un cisma; se divorcia á los cristianos de su cabeza, al rebaño de su pastor: se oprime la jurisdicción de la Iglesia: se desna-

(1) TARQUINI: *De regio placet dissert.*
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.* ibid.
(3) Constitución *Alias ad Apostolatus*, de 30 de Enero de 1768.

turaliza la jerarquía divina y se merman las divinas prerrogativas y los derechos sagrados de la Santa Sede, poniendo en peligro de condenación eterna á innumerables almas; por lo cual no puede menos de levantar su voz en cumplimiento de su deber, y declara *nulla, temeraria, injusta, iniqua, reprobata, damnata*, la disposición del poder secular, á fin de que los obispos y ordinarios de los lugares hagan saber á los fieles que no pueden cumplimentar semejantes disposiciones del poder seglar (1).

Como se negara la obediencia en las Indias orientales á ciertas constituciones pontificias, porque carecían del *Regium exequatur*, el sumo pontífice Pio IX (2) se expresó en iguales términos que sus predecesores (3).

§ 2.°

El placitum regium en España.

Primer precedente del placitum en España.—El *Regium exequatur* no se ha conocido en España hasta los últimos tiempos, y el primer precedente sobre esta materia es el privilegio que el papa Alejandro VI concedió, en 26 de Junio de 1493, á Fernando V é Isabel la Católica mediante súplica de los mismos, para que las bulas de indulgencias no se ejecutáran en España sin que primero fueran «examinadas por el ordinario »de la diócesis do se hayan de publicar é por el nuncio apos»tólico, é por el capellán mayor de sus altezas, é por uno ó »dos perlados de su consejo por sus altezas para esto dipu»tados (4).

(1) TARQUINI: *De regio placet dissert.*
(2) Constitución *Probe nostis*, de 9 de Mayo de 1853.
(3) TARQUINI: ibid.
(4) Lib. II de la *Novísima Recopilación*, tít. III, ley 2.ª, nota 1.ª

La petición de los Reyes Católicos al Papa y la concesión hecha por éste á aquéllos es la mejor demostración de que en su tiempo no estaba en uso el *Regium exequatur* en España.

Como la gracia de que aquí se trata, tiene por objeto ver si las concesiones de indulgencias y exacción de limosnas para fines piadosos son legítimas á juicio de los prelados encargados de su reconocimiento, es claro que esto no tiene punto alguno de contacto con el *Placitum regium*.

Su origen.—Puede asegurarse que la retención de bulas en España no se conoció hasta el siglo pasado, siendo el primer documento relativo á esta materia la carta acordada del Consejo, su fecha 5 de Julio de 1709, y muy especialmente (1), la pragmática dada por Fernando VI en 1.° de Enero de 1747.

D. Cárlos III, en su pragmática de 16 de Junio de 1768 (2), manda la presentación en el Consejo de las bulas, rescriptos y breves pontificios á excepción de los de la Penitenciaría y algunos otros. A este efecto creó en 11 de Setiembre de 1778 la Agencia general, prohibiendo acudir á Roma derechamente en solicitud de dispensas, indultos y otras gracias (3).

ARTICULO II

CONDENACIÓN DEL REGIUM EXEQUATUR COMO CONTRARIO Á LA RAZÓN Y Á LA REVELACIÓN.

El regium exequatur se opone á la naturaleza y constitución divina de la Iglesia.—La Iglesia es una sociedad perfecta y distinta del Estado (4), teniendo como tal

(1) Leyes 6.ª y 7.ª, nota 6.ª, tít. III, lib. II de la *Novísima Recopilación*.

(2) Ley 9.ª, tít. III, lib. II de la *Novísima Recopilación*.

(3) Ley 12, tít. III, lib. II de la *Novísima Recopilación*.

(4) *Prælect. Jur. Canon in seminar. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, párrafo 63. —Sect. 2.ª, párrafo 88.

un perfecto derecho á que ninguna otra sociedad pueda inmiscuirse en su modo de ser, ni en nada de cuanto se refiere á su gobierno como conducente á la consecución de su fin.

Es más; la Iglesia es sociedad superior á todas las demás sociedades, y con derecho en este concepto á que ninguna otra pueda ponerla obstáculos á la consecución de su fin, hasta el punto de que si la sociedad temporal dicta leyes, que la contrarían en su marcha, los súbditos de ésta, que lo son á la vez de la Iglesia (1), no tienen obligación de obedecerlas con perjuicio de los deberes que les ligan con la sociedad superior (2).

El mismo Fundador de la Iglesia quiso que esta sociedad instituida por él tuviera en sí los elementos necesarios para la consecución de su fin, y de ellos ha venido usando en todos tiempos sin detenerla en su camino ningún otro poder; y por esta razón se la ve en un principio oponerse abiertamente á las constituciones imperiales, que no puede obedecer sin contrariar las leyes divinas.

Cuando los emperadores se hicieron cristianos, la Iglesia les concedió no pocas prerrogativas á título de reconocimiento y gratitud por los servicios que prestaban á la religión verdadera; pero nunca el derecho de oprimirla, y por esto Osio, obispo de Córdoba, decía al Emperador: *Quemadmodum qui tuum imperium malignis oculis carpit, contradicit ordinationi divinæ, ita et tu cave ne, si quæ sunt Ecclesiæ ad te trahas, magno crimini obnoxius fias... Neque igitur fas est nobis in terris imperium tenere, neque tu thymiamatum et sacrorum potestatem habes, Imperator* (3).

Por no descender á infinitos testimonios de esta clase, que pudieran citarse, me limitaré á consignar lo que el papa Gregorio II decía al emperador León Isaurico: *Quemadmodum Pon-*

(1) TARQUINI: *De regio placet* dissert.
(2) C. I y sig., distinct. 10.
(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. IV, párrafo 2.º

tifex introspiciendi in palatium potestatem non habet, sic nec Imperator in ecclesias introspiciendi (1).

Proposiciones del Syllabus sobre esta materia.— Como el *Regium exequatur* se ha venido sosteniendo en los paises católicos hasta nuestros dias bajo frívolos pretextos (2), considerándole como un derecho anejo á la soberanía bajo los nombres de *jus protegendi, jus cavendi, jus inspiciendi*, que en resumen no es otra cosa sinó un medio de cubrir con apariencia de justicia lo que la razón y la autoridad rechazan de consuno; por este motivo la Iglesia no ha cesado de reclamar contra esta opresión del poder civil, que habiéndose erigido en principio por casi todos los pueblos cristianos, lo ha condenado nuevamente como uno de tantos errores de los tiempos presentes en el *Syllabus*, cuya proposición 28 dice: *Episcopis, sine gubernii venia, fas non est vel ipsas apostolicas litteras promulgare.*

También se condena la doctrina de los que dicen: *Civili potestati vel ab infideli imperante exercitæ competit potestas indirecta negativa in sacra; eidem proinde competit nedum jus quod vocant exequatur, sed etiam jus apellationis, quam nuncupant ab abusu* (3).

Disposiciones de la bula apostolicæ Sedis y concilio vaticano sobre el placitum.—La bula *Apostolicæ Sedis* impone las censuras de excomunión *latæ sententiæ*, reservada de un modo especial á Su Santidad, á los que (4) impiden directa ó indirectamente el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, bien sea en el fuero interno ó en el externo; así como á los que para esto recurren al fuero secular y procuran ó publican sus mandatos, ó prestan auxilio, consejo ó favor.

(1) CRAISON: *Elementa Jur. Canon. prœmiale*, art. 2.º, pár. 3.º

(2) SOGLIA: *Instit. Jur. public. eccles. prœnot.*, cap. II, párrafo 24, nota.— VECCHIOTTI: *Instit Canon*, lib. I, *Prolegom.*, cap. II, párrafo 25.

(3) Prop. 41 del *Syllabus*.

(4) Párrafo 6.º

Esta misma censura se impone á los que (1) recurren á la potestad laical para impedir las letras ó cualquier acto emanado de la Silla Apostólica, ó cualesquiera de sus legados ó delegados; y también á los que prohiben directa ó indirectamente su promulgación ó ejecución, é igualmente á los que dañan ó amedrentan á las mismas partes ó á otras personas.

Últimamente (2), el Concilio ecuménico Vaticano se hace también cargo del abuso relativo al *Regium exequatur*, y dice: «De aquella suprema potestad que el romano Pontífice tiene de »gobernar la Iglesia universal, síguese el derecho del mismo »para comunicarse libremente en el ejercicio de este encargo »con los pastores y rebaños de toda la Iglesia, á fin de que »pueda enseñarlos y dirigirlos en el camino de la salvación. Por »tanto, condenamos y reprobamos las opiniones de los que »dicen que puede lícitamente impedirse esa comunicación de la »cabeza suprema con los pastores y los rebaños, ó que la subor»dinan á la potestad secular, hasta el punto de sostener que sin »el beneplácito de ella no tiene fuerza ni valor alguno nada de »cuanto se estableciere por la Sede Apostólica, ó por autoridad »de la misma, para gobierno de la Iglesia.»

(1) Párrafo 8.º

(2) Constitución dogmática *Pastor æternus*, sesión 4.ª, cap. III.

CAPÍTULO VII.

LA IGLESIA COMO SOCIEDAD PERFECTA É INDEPENDIENTE DEL ESTADO.

ARTÍCULO PRIMERO

IDEA DE LOS DERECHOS Y DEBERES DE DOS Ó MÁS SOCIEDADES EN GENERAL.

Sociedad humana, y sus especies.—Se entiende por sociedad; *la multitud de personas dotadas de razón y unidas entre sí para la consecución de un fin por medio de la acción común de sus individuos.*

Se divide en—*perfecta* é *imperfecta*—*superior* é *inferior*—*necesaria* y *libre*—*eclesiástica* y *civil.*

La sociedad será—*perfecta* é *imperfecta*, según que reune en sí los elementos necesarios para la consecución de su fin, ó carece de alguno de ellos.

Será *superior* ó *inferior*, según que su fin, es más ó menos elevado.

Se llamará *necesaria ó libre*, según que el hombre tiene ó nó obligación de pertenecer á ella.

Es *eclesiástica ó civil*, según que el fin de ella es el bien espiritual de sus individuos ó la felicidad y bienestar temporal.

Sus elementos constitutivos.—En toda sociedad se requiere, para ser considerada como tal, que reuna las condiciones siguientes (1):

a) Multitud de personas.
b) Unión moral entre ellas.
c) Aspiración á un fin.
d) Medios para conseguirlo.

(1) TARQUINI: *Instit. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª

Materia y forma de ellos y cuál es el más importante.—El primero de dichos elementos constituye la materia de la sociedad, y los restantes su forma.

Como el fin es el objeto al cual se refieren los demás, por esto no pueden ménos de considerársele como el principal elemento de la sociedad, toda vez que por otra parte, la naturaleza y esencia de la misma se determina por su fin, que es la nota intrinseca é inmutable por la que se distingue una sociedad de las demás sociedades, y la que señala los derechos que la competen por su naturaleza.

Potestad de una sociedad perfecta en los miembros de ella.—Se llama sociedad perfecta á la que es completa y tiene en sí misma los medios necesarios para la consecución de su fin.

La potestad de esta sociedad en los miembros de la misma puede resumirse en lo siguiente:

1. Puede exigir de ellos todo lo necesario para la consecución de su fin, porque este derecho es correlativo al deber que tienen aquéllos de contribuir con lo que está de su parte para la consecución del fin de la sociedad á que pertenecen, ya porque ellos se han impuesto esta obligación voluntariamente ingresando en ella, cuando la sociedad es voluntaria; ya porque se les ha impuesto legítimamente, cuando aquélla es necesaria.

La sociedad tiene en este supuesto=

a) El derecho de señalar los medios conducentes á la consecución del fin, porque si esto se dejara á la libre elección de sus individuos, cada uno determinaría el que mejor le pareciera, y faltaría la acción común, indispensable en toda sociedad.

b) Pertenece á la misma juzgar de la necesidad de los medios en cuanto á su calidad y número, con la obligación en sus individuos de someterse á su juicio: á ménos que sea erróneo sin duda alguna y manifiestamente.

No puede exigir de sus asociados lo que no es necesario bajo ningún concepto para la consecución de su fin, ni tampoco es derecho de ella determinar por sí misma acerca de aquellas

cosas que pertenecen á un orden superior, áun cuando sean necesarias para su fin: porque el derecho envuelve en sí el concepto de potestad para aquello que es conforme á razón, y como falta esta circunstancia, no puede por sí misma legislar en esta materia (1).

2. Potestad legislativa, ó sea el derecho de prescribir á sus individuos las reglas que hayan de observarse, y esto de una manera obligatoria: porque de no ser así, la sociedad estaría destituida de uno de sus elementos esenciales, atendida la diversidad de juicios en los hombres y sus distintas inclinaciones é intereses; perteneciendo á la misma sociedad juzgar sobre la necesidad y oportunidad de las leyes que dicte, y á los miembros de ella someterse á su juicio, á no ser que sea manifiestamente erróneo lo que se les mande.

La sociedad no extiende su potestad á lo que pertenece á un orden superior, sinó en el caso de que la sociedad superior tenga ya determinado y mandado lo que la inferior ordena (2).

3. Es derecho de la sociedad perfecta conocer sobre el verdadero sentido de las leyes que haya dictado; porque si dependiera esto de sus asociados, se reduciría á la nulidad su potestad legislativa.

También la pertenece por la misma razón conocer de las acciones de todos y cada uno de sus miembros en cuanto se hallan conformes ó en oposición con sus leyes (3).

4. Como consecuencia de todo lo expuesto, la sociedad perfecta tiene potestad no sólo directiva, sino coactiva, por la que se emplea la fuerza externa contra los contumaces; lo cual es de absoluta necesidad para el sostenimiento del orden social y para poner á cubierto y bajo el amparo de las leyes las personas y cosas de sus individuos (4).

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, art. 1.º
(2) TARQUINI: ibid., párrafo 1.º
(3) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, párrafo 2.º
(4) TARQUINI: ibid., párrafo 3.º

Extraños á una sociedad, y sus distintas clases. —Se da este nombre *al sujeto ó persona que está fuera de aquélla, ó que no es miembro de ella.*

Una persona puede ser extraña á una sociedad—*en todo—en parte—por cierta abstracción* (1).

Se dice que es extraño en todo á una sociedad, *el sujeto que bajo ningún concepto pertenece á ella.*

Se llama extraño en parte *al que en un concepto pertenece á la sociedad, pero no en otro.*

En este caso se halla el que, perteneciendo á una sociedad necesaria, ha sido arrojado de ella en pena del delito que ha cometido; sin que por esto esté exento de la obligación de volver á la misma, ni quede libre del cuidado y potestad del magistrado para su corrección y enmienda.

Es extraño por abstracción, *el sujeto que siendo á la vez miembro de dos ó más sociedades, se considera afiliado á una de ellas con abstracción de las demás.*

Las personas que pertenecen simultáneamente á dos ó más sociedades, tienen derechos que reclamar y obligaciones que cumplir en cada una de ellas; pero como cada una de estas sociedades, y las reglas por las que se rigen, pueden hallarse en oposición ó discordia, de manera que la persona miembro de cada una de ellas se encuentre imposibilitada de cumplir los preceptos de todas ellas, porque se rechazan, es necesario señalar cuáles sean sus deberes en estos casos, y para ello habrá necesidad de considerarlas, según que se hallen en estado de concordia ó de conflicto.

Recíprocos deberes de dos sociedades que se componen de unos mismos miembros y se hallan en concordia.—Como la potestad de una sociedad perfecta no se limita á los miembros de la misma, sinó que se extiende más ó ménos á los extraños á ella, de aquí la necesidad de

1) TARQUINI: ibid., artículo 2.º

fijar sus derechos en el caso presente, y á este efecto se observará.

1. Cuando dos ó más sociedades que se componen de unos mismos miembros, se encuentran entre sí en estado de concordia, ninguna de ellas debe impedir ni poner obstáculos en su marcha á las demás, porque se trata de distintas obligaciones que afectan á la vez á unos mismos individuos, y que deben cumplirse; sin que ninguna de dichas sociedades, áun cuando sea perfecta, tenga derecho para oponerse al fin de las otras, miéntras quede á salvo y libre el suyo propio (1).

2. Entre dos sociedades que tienen unos mismos miembros, la inferior en orden debe como tal servir á la superior; ya negativamente, no extendiéndose más allá de lo absolutamente necesario para su fin, cuando de no hacerlo así pueda ser obstáculo á la otra sociedad; ya positivamente, en cuanto que la sociedad inferior es un conjunto de personas, que son miembros de la superior, y en este concepto tiene obligación de cumplir con lo que se ordena por ésta como necesario para su fin.

La sociedad superior debe á su vez auxiliar á la inferior en cuanto lo exija el fin propio de ella misma; puesto que en este caso no hace otra cosa que atender á la necesidad de su propio fin; pero si no media esta razón, la sociedad inferior no tiene derecho á este auxilio de la superior, porque saldría de los límites de su propia naturaleza, á ménos que medie una ley ó pacto positivo (2).

3. Si pudieran existir dos ó más sociedades compuestas de los mismos individuos iguales entre sí, ninguna tendría obligación de servir á la otra, porque no media razón alguna de dependencia entre sí, y únicamente la ley de la caridad podría exigirlo en ciertos casos.

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap., I sect. 1.ª, párrafo 1.º, quæst. 1.ª

(1) TARQUINI: Obra citada, lib. I, cap. I, sect. 1.ª

4. Entre dos sociedades coordinadas entre sí, ó lo que es lo mismo, entre dos sociedades, de las cuales el fin de una de ellas tiene razón de medio para el fin de la otra, la que está subordinada debe auxiliar á la principal en cuanto pueda, porque el medio por razón de su naturaleza se dirige y emplea para la consecución del fin que se propone; pero la sociedad principal no se halla en igual caso con respecto á la subordinada, á ménos que lo exija su fin; sinó únicamente por un motivo de caridad que aconseja auxiliar á los demás y procurar su bien sin que medie necesidad ó utilidad propia.

Derechos respectivos de dos sociedades con los mismos miembros en estado de conflicto.—Cuando dos sociedades se hallan entre sí en estado de conflicto; de modo que la una no puede atender á la consecución de su fin sin que impida el de la otra, habrá necesidad de fijarse en la naturaleza de cada una de ellas para resolver lo que en estos casos procede.

Estas sociedades pueden ser *iguales* ó *desiguales*.

Se llaman iguales, *las que tienen un fin comun, y se distinguen entre sí, no por su naturaleza, sinó por su número.*

Esto tiene lugar en dos sociedades civiles, ó dos naciones independientes entre sí.

Se llaman sociedades desiguales, *las que tienen un fin distinto.*

Con respecto á las cuestiones pendientes entre sociedades desiguales se ha de tener presente:

1. Si dos sociedades desiguales que se componen de los mismos miembros, se hallan en estado de conflicto, debe prevalecer aquella cuyo fin es de un orden más elevado; porque se trata aquí de personas, miembros de dos sociedades y que no pueden cumplir con las obligaciones que les impone una de ellas, sin faltar á los deberes que les ligan á la otra; y en este caso, la razón dicta que se cumpla con la obligación que proporciona

mayor bien, y mayor bien se propone la que tiene un fin de orden más elevado (1).

Cuando las dos sociedades de que se trata, cuestionan sobre la verdad de necesidad en los medios contrapuestos empleados para obtener su fin, el derecho de resolverla pertenece á la sociedad superior, porque de no hacerlo así, se vendría á renunciar un bien mayor por uno menor; pero la sociedad inferior tiene la facultad de alegar en juicio las razones que tenga en defensa de su derecho (2).

3. Dos sociedades iguales entre sí y que consten de los mismos individuos, no pueden existir, porque sólo pueden distinguirse aquéllas por su natuualeza ó número; y esto no puede tener lugar en el caso presente por razón del número, puesto que se componen de unos mismos miembros, ni tampoco por razón de su naturaleza, toda vez que se proponen igual fin (3).

Derechos recíprocos de dos sociedades iguales entre sí.—Debe ante todo advertirse que no pueden existir dos sociedades distintas por su naturaleza y completamente extrañas entre sí, que sean absolutamente supremas; porque la naturaleza y excelencia de las sociedades depende de su fin, y dos fines supremos no pueden concebirse.

Únicamente pueden existir dos sociedades distintas y completamente extrañas, que tengan el mismo fin ó sean de un mismo orden; lo cual tiene lugar entre las distintas naciones que pueblan la tierra.

Acerca de estas sociedades debe advertirse:

a) Las sociedades extrañas é independientes tienen un mútuo derecho, si se encuentran en estado de concordia, á que no se pongan obstáculos á la consecución del fin; pero no tienen obligación de prestarse mútuo auxilio por derecho extricto, sinó cuando la ley de la caridad lo exige (4).

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, sect. 1.ª, art. 2.º, quæst. 2.ª
(2) TARQUINI: ibid, núm. 36.
(3) TARQUINI: ibid, núm. 37.
(4) TARQUINI: ibid., párrafo 2.º, núm. 38.

b) Cuando se hallan en estado de conflicto, la cuestión se ha de resolver con arreglo al bien y utilidad común de ambas sociedades, á no ser que el bien de otra sociedad mayor exija otra cosa, v. gr.: el bien de la sociedad universal, que como sociedad mayor es necesario que triunfe.

c) Si los derechos de ambas sociedades son dudosos, se resolverán de común acuerdo; y si esto no se consigue, la cuestión se resuelve por la fuerza.

Derechos de una sociedad perfecta en los extraños á ella en todo ó en parte.—Los extraños en todo á una sociedad se hallan completamente exentos de sus leyes, toda vez que no tienen vínculo alguno, que les ligue á ella.

Los que son extraños en parte á la sociedad, participan en algunas cosas de la condición de los demás miembros de ella, quedando en cuanto á esto sujetos á las mismas leyes, y en la parte que son extraños según la condición de éstos (1).

ARTÍCULO II

DE LA IGLESIA CON RELACIÓN Á OTRAS SOCIEDADES.

§ 1.°

De la Iglesia como sociedad perfecta y distinguida del Estado.

La Iglesia es sociedad perfecta por su naturaleza.—La naturaleza de las sociedades se determina por su fin, según se deja manifestado, y la sociedad que es suprema por su naturaleza y no se ordena á otra sociedad, es necesariamente perfecta por su naturaleza; puesto que ha de tener precisamente

(1) TARQUINI: ibid., núm. 39.

en sí misma todos los medios indispensables para la consecución de su fin.

En este caso se encuentra la Iglesia: es sociedad suprema, porque su fin es el más elevado, á saber: la consecución de la vida eterna. Su fin no se ordena á otro fin, sinó que es el último del hombre y al cual tienden todos los demás fines (1).

La Iglesia es sociedad perfecta por la voluntad de su Divino Fundador.—La Iglesia es sociedad perfecta por la voluntad de su Divino Fundador; porque de no ser así, resultaría el absurdo de que Jesucristo no la proveyó de los medios necesarios para obtener el fin de su institución, dejándola bajo la dependencia de otra sociedad (2), y en este supuesto:

a) Su existencia y administración sería precaria.

b) La unidad de ella desaparecería ante la variedad de consejos y reglas de las distintas sociedades civiles.

c) No hubiera podido subsistir en los tres primeros siglos, ni en la actualidad en los paises de los infieles, ni ante la formidable oposición de las sociedades temporales.

Jesucristo quiso que su Iglesia fuese sociedad perfecta y al efecto la proveyó de los elementos necesarios para ello, según consta y aparece de las pruebas siguientes:

1. Las sagradas escrituras, en las que aparece que la dió sus magistrados propios con potestad plena y perfecta, bastando á este objeto recordar que Jesucristo dijo á Pedro, su vicario y suprema cabeza de la Iglesia: «Tú eres Pedro, y sobre esta »piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no pre»valecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los »cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, atado será »también en los cielos: y todo lo que desatares sobre la tierra, »también será desatado en los cielos (3).»

Las palabras *todo lo que atares*, etc., expresan una potestad amplísima que comprende evidentemente todos los medios

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. Pub. Eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 1.º

(2) TARQUINI: ibid.

(3) Evangelio de S. Mateo, cap. XVI, vv. 18 y 19.

necesarios para la consecución del fin propio de esta sociedad, indicándose igualmente con toda claridad que no existe otra autoridad intermedia entre la potestad de Pedro y la potestad celestial.

El mismo raciocinio tiene lugar respecto á las palabras dirigidas por Jesucristo á todos los apóstoles (1).

2. Esta misma doctrina se ha profesado siempre en la Iglesia; así que todos los Santos Padres están contestes en que la Iglesia tiene en sí misma todos los elementos constitutivos de una sociedad perfecta, y que las potestades temporales pertenecen al gremio de aquélla; están bajo su dependencia y sometidos sus poderes á la Iglesia en todo lo que se refiere á la consucución de su fin.

Esta doctrina se consigna por S. Luis, rey de Francia, en su carta al emperador Federico I como una verdad revelada; y esto mismo confesaron los emperadores Constantino, Valentiniano III, Teodosio *el joven*, Teodorico, Carlo Magno, Basilio, etc. (2).

3. Los Sumos Pontífices siempre han defendido la independencia de la Iglesia (3) en el concepto de sociedad perfecta y distinta de las demás, y para demostrarlo bastarán las indicaciones siguientes:

Juan XXII, en su constitución dogmática de 1327, en la que condena á Marsilio Menandro y su doctrina como herética.

La bula de la Cena, que ha venido confirmándose por todos los romanos Pontífices, desde Martino V hasta el presente, contiene en términos expresos la misma doctrina.

Las disposiciones pontificias acerca del *Regium exequatur*, que se dejan citadas en este título, parten de este mismo principio.

Por último, basta considerar que el punto de que se trata, es la base y fundamento del Derecho Canónico, y por lo tanto

(1) Evangelio de S. Mateo, cap. XVIII, v. 18.
(2) TARQUINI: Obra citada, núm. 45.
(3) C. VI y sig. Distinct. 96.

ningún católico ha dudado nunca de su verdad; así que el sumo pontífice Pio IX condenó la proposición siguiente:

Ecclesia non est vera perfectaque societas plane libera, nec pollet suis propriis et constantibus juribus sibi á Divino suo Fundatore collatis, sed civiles potestatis est definire, quæ Ecclesiæ jura ac limites, intra quos eadem jura exercere queat (1).

Es sociedad distinta del Estado. — La Iglesia es sociedad distinta del Estado, porque se propone un fin distinto, cual es la salvación eterna de los hombres, y para esto tiene por voluntad de su Divino Fundador el magisterio, ministerio é imperio espiritual concedido á Pedro y los Apóstoles, y en ellos á sus respectivos sucesores; de manera que esta sociedad se distingue de todas las sociedades temporales (2):

En el *origen*, porque la Iglesía ha sido instituida por el Verbo divino encarnado, ó sea por Jesucristo, autor de la gracia; y las sociedades civiles provienen de Dios, autor de la naturaleza, teniendo por lo tanto, la acción del hombre su parte en la determinación de las especies y formas de gobierno de las sociedades temporales.

En el *fin*, porque la naturaleza y esencia de las sociedades, se determina por su fin propio. El fin próximo de la Iglesia es sobrenatural á saber: la santificación de las almas, que á la vez es medio para la consecución de su fin último, que es la salvación eterna de ellas. El fin próximo de la sociedad civil es natural, cual es el orden exterior para obtener la común prosperidad de sus miembros.

En los *medios*. La Iglesia emplea para la consecución de su fin los medios temporales que la competen por su naturaleza de sociedad perfecta, y los medios espirituales concedidos á ella por Jesucristo, cuales son el Magisterio ó la enseñanza, el ministerio ó la potestad de santificar por los sacramentos y

(1) Prop. 19 del *Syllabus*.

(2) CAMILLÍS: *Inst. Jur. Canom.*, tom. 3.º, sect. 2.ª

sacramentales, el imperio ó la potestad de regir á los fieles. El poder civil usa única y exclusivamente de medios temporales.

En las *propiedades*. La Iglesia es una y universal, inmutable y perpétua, y las sociedades civiles están circuscriptas á determinados límites, y de aquí su variedad (1): están sujetas á las vicisitudes de todas las cosas humanas, y de aquí los cambios, divisiones, modificaciones y ruina de unos imperios ó reinos, apareciendo otros en su lugar.

§ 2.°

De la Iglesia como sociedad independiente del Estado.

La Iglesia es independiente del Estado.—La Iglesia es sociedad perfecta y distinta del Estado; tiene su fin propio con medios suficientes para conseguirle, no pudiendo por lo mismo depender de ninguna otra sociedad; puesto que además su fin no se ordena á ninguna otra sociedad, en razón á que es supremo, sin que pueda concebirse otro más elevado.

El mismo Jesucristo quiso que no quedara la menor duda acerca de su voluntad en este punto. Cuando los fariseos en unión con los herodianos, le preguntaron si debía pagarse tributo al César, Él les contestó después que le presentaron la moneda con la inscripción del César: *Reddite ergo quæ sunt Cæsaris, Cæsari; et quæ sun Dei, Deo* (2); de manera que reconoce los derechos de los poderes civiles, y á la vez declara que las cosas concernientes á la religión, están fuera del alcance de la potestad de aquellos.

Por esta razón, confirió á Pedro y á los apóstoles una potestad independiente de la civil, ya cuando les envía á predicar

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. I.
(2) Evangelio de S. Mateo, cap. XXII, v. 21.

el Evangelio por todo el mundo (1); ya cuando dá especiales facultades á Pedro con las palabras: *Tibi dabo claves regni cœlorum, et quodcumque ligaveris, etc.* (2). *Pasce oves meas* (3). A este fin fundó la Iglesia á despecho de los poderes civiles.

Los Apóstoles, depositarios de la doctrina del Divino Maestro, vindicaron de palabra y de obra la independencia de la Iglesia; y cuando se trató de impedirles el ejercicio de su potestad espiritual, proclamaron la libertad de aquella sociedad naciente, sin temor alguno á los castigos ni á la misma muerte, alegando para ello: *Obedire oportet Deo magis, quam hominibus* (4).

La independencia de la Iglesia ha sido siempre defendida de palabra y de hecho por sus miembros más ilustres. Haciendo caso omiso de los documentos alegados en este mismo capítulo y de otros infinitos que pudieran citarse (5), me limito á recordar las letras apostólicas de Pio VI, en las que condena la constitución civil del clero francés, é invocando la tradición consigna estas enérgicas palabras: *Nemini qui catholicus est, ignotum esse potest Christum dedisse Apostolis, eorumque successoribus, potestatem nulli alii potestati obnoxiam.*

Finalmente, Pio IX (6) dice respecto á este punto: *Non erubescunt palam profiteri hæreticorum effatum et principium, ex quo tot perversæ oriuntur sententiæ atque errores. Dictitant enim ecclesiasticam potestatem non esse jure divino distinctam et independentem à potestate civili; neque ejusmodi distinctionem et independentiam servari posse, quin ab Ecclesia invadantur et usurpentur essentialia jura potestatis civilis.*

(1) *Id ibid.*, cap. XXVIII, v. 19.
(2) *Id ibid.*, cap. XVI, v. 19.
(3) Evangelio de S. Juan, cap. XXI, v. 17.
(4) *Actas Apost.*, cap. V, v. 29.
(5) C. VIII, Dist. 10.
(6) Encíclica *Quanta cura*, de 8 de Diciembre de 1864.

El misma Papa condenó este error en la proposición siguiente: *Ecclesiastica potestas suam auctoritatem exercere non debet absque civilis gubernii venia et assensu* (1).

Sistemas erróneos acerca de la línea divisoria entre las dos potestades.—La independencia de las dos potestades no se niega generalmente en los tiempos presentes de una manera absoluta; pero se explica por ciertos escritores, fijando reglas y asentando principios, de los cuales se desprende, después de bien examinados, su casi omnímoda dependencia del Estado.

Según unos: *Ecclesia præest animis, civitas vero corporibus.*

Este principio es á todas luces falso (2), porque el hombre es miembro de la Iglesia y del Estado como individuo viviente, pero en distinto orden. La Iglesia dirige las acciones del hombre y sus actos externos para su santificación: el Estado preside á los ciudadanos dotados de razón, y bajo este concepto dirige sus actos y los juzga.

Otros señalan como medio de deslindar los derechos de ambas potestades esta regla: *Interna spectant ad Ecclesiam, externa ad Statum referenda sunt.*

La Iglesia, según esto, quedaría reducida á límites tan estrechos, que apénas se extendería su potestad más allá de las decisiones en cuanto á la fe y las costumbres; pero esta sociedad es visible, y ha de regirse de un modo humano y externo por medio de la predicación, instrucción de la juventud, sacramentos, sacrificio de la misa, actos del culto divino, elección y ordenación de los sagrados ministros, ejercicio de la jurisdicción, celebración de concilios, etc. etc., y todos estos son actos externos esenciales á la Iglesia.

Dicen otros: *Ecclesia res spirituales; Status vero res temporales moderatur.* Esta regla no es tampoco tan clara y exac-

(1) Prop. 20 del *Syllabus.*

(2) Devoti: *Inst. Canon prolegom.*, cap. I, párrafo 5.º

ta, que no deje de ofrecer alguna duda acerca de la línea divisoria entre ambas potestades; porque, á la verdad, son objeto de la potestad eclesiástica muchas cosas temporales anejas á las espirituales, y la Iglesia como sociedad perfecta, independiente y suprema, tiene derecho á emplear aquellos medios, siquiera sean temporales, que considere necesarios al fin propio de ella.

Doctrina verdadera sobre la extensión de la potestad de la Iglesia.—Para señalar con exactitud los derechos de la potestad eclesiástica, habrá necesidad de fijarse en el fin de esta sociedad y en la voluntad de su Fundador: de manera que en virtud de este derecho á la consecución de su fin, puede sin duda alguna emplear cuantos medios sean indispensables ó convenientes para conseguirlo; así que la independencia de la Iglesia con respecto á las sociedades temporales, comprende los puntos siguientes:—*magisterio—ministerio—inspección eclesiástica — potestad legislativa, judicial y coactiva—Derecho en cuanto á las personas que la sean necesarias—derecho á los bienes que necesite.*

Extensión de su potestad en cuanto al magisterio.—Los derechos y obligaciones de la Iglesia en este concepto se extienden á enseñar y propagar la verdadera doctrina—resolver las dudas acerca de la fe—comunicar sus decisiones á los fieles—recibir en su seno á los que se conviertan á la fé—determinar las condiciones y pruebas á que han de sujetarse (1) —dirigir la instrucción religiosa en las escuelas, de manera que los maestros de la enseñanza religiosa hayan de recibir de ella la misión y aprobación, quedando sujetos al juicio de la Iglesia en cuanto á la doctrina que enseñen.

Por esta razón está condenada la doctrina (2) que dice: *Totum scholarum publicarum regimen, in quibus juventus christianæ alicujus Republicæ instituitur, episcopalibus dumtaxat*

(1) LIBERATORE: La Iglesia y el Estado, lib. II, cap. V.—Lib. III, cap. XII.
(2) Prop. 45 del *Syllabus*.

seminariis aliqua ratione exceptis, potest ac debet attribui auctoritati civili, et ita quidem attribui, ut nullum allii cuicumque auctoritati recognoscatur jus immiscendi se in disciplina scholarum, in regimine studiorum, in graduum collatione, in delectu aut approbatione magistrorum.

Sus derechos respecto al ministerio sagrado.—En este concepto la compete—la facultad de hacer y administrar (1) los sacramentos y todo lo concerniente al culto divino, como las preces públicas, los ejercicios piadosos y todos los demás actos religiosos que tienen por objeto rendir homenaje de respeto y veneración á la Divinidad, y excitar á la vez la devoción y piedad de los fieles.

El ejercicio de todo esto pertenece á los ministros de la religión, y las autoridades eclesiásticas son las competentes para corregir los abusos que hayan podido introducirse, sin que el poder civil tenga en ello otra intervención que la de cooperar á la acción de la Iglesia, prestándola el auxilio que solicite para llevar á debido efecto sus disposiciones.

Si la potestad secular quiere que se hagan funciones religiosas para implorar el favor divino en las calamidades públicas, ó tributar al Señor públicos homenajes en acción de gracias por los beneficios recibidos, ha de contar con la autoridad eclesiástica, porque ella sola es quien tiene derecho para mandar que se hagan estas funciones religiosas.

Sus atribuciones en cuanto á la inspección eclesiástica.—Comprende el derecho de los obispos, del clero y de los fieles á comunicarse entre sí y con el Sumo Pontífice,—la facultad en éste de enviar legados que le representen en las provincias, y de recibir informes acerca del estado de las Iglesias —el derecho en las otras autoridades *ordinarias* de visitar personalmente, ó por otros, las iglesias de sus respectivas diócesis.

Todos estos actos de jurisdicción son propios de la Iglesia, y ninguna autoridad temporal tiene derecho á impedirlos bajo

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. I.

ningún pretexto. Por esta razón están condenadas las proposiciones siguientes (1):

Civilis auctoritas potest se immiscere rebus quæ ad religionem, mores et regimen spirituale pertinent. Hinc potest de instructionibus judicare quas Ecclesiæ pastores ad conscentiarum normam pro suo munere edunt, quin etiam potest de divinorum sacramentorum administrationibus et dispositionibus ad ea suscipienda necessariis decernere.

Civiles auctoritas potest impedire quominus sacrorum antistites et fideles populi cum Romano Pontifice libere ac mutuo communicent.

Su independencia en el ejercicio de la potestad legislativa, judicial y coactiva.—En cuanto á la potestad legislativa tiene el derecho de dictar leyes, cuya facultad pertenece á la Iglesia por su naturaleza de sociedad perfecta, independiente y suprema; así como por voluntad de su Fundador; sin que la sociedad civil pueda poner obstáculos de ninguna clase al libre ejercicio de este derecho. Por esta razón está condenado el *placitum regium*.

La potestad judicial y coactiva es una consecuencia de su naturaleza de sociedad perfecta, etc., y está además fundada en la voluntad de Jesucristo, que en términos expresos la concedió esta facultad; así que, la sociedad civil no tiene derecho alguno á inmiscuirse directa ó indirectamente en esta materia, ni áun bajo el pretexto de que el juez eclesiástico haya abusado de su potestad; porque en este caso el que haya sido agraviado é injustamente condenado, puede acudir al superior jerárquico en queja de la vejación que sufre.

Por esta razón está prohibido por los sagrados cánones el recurso llamado *apelación ab abusu*, según lo demuestran las Decretales de Inocencio III (2), Martino V y Urbano VIII, imponiéndose en estas últimas y en la Bula de la Cena la pena

(1) Proposiciones 44 y 49 del *Syllabus*.
(2) Lib. II, tít. I, cap. XVII *Decret.*

de excomunión á los que lleven las causas eclesiásticas al foro secular.

El Concilio de Trento dice á este propósito: «No es lícito »á ningún magistrado secular prohibir al juez eclesiástico que »excomulgue á alguno, ni mandarle que revoque la excomu»nión fulminada bajo el pretexto de que lo dispuesto en el pre»sente decreto no está en observancia, puesto que el conoci»miento de esto no pertenece á los jueces seglares, sinó á los »eclesiásticos (1).»

Pio IX condenó esta proposición (2): *Civili potestati vel ab infideli imperante exercitæ competit potestas indirecta negativa in sacra; eidem proinde competit nedum jus quod vocant exequatur, sed etiam jus appellationis, quam nuncupant, ab abusu.*

La constitución *Apostolicæ Sedis* impone la censura de excomunión *latæ sententiæ*, reservada de un modo especial á Su Santidad, á los que impidan directa ó indirectamente el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, y á los que con este objeto recurran al fuero secular (3).

Sus derechos en cuanto á las personas que la sean necesarias.—Es derecho de la Iglesia juzgar respecto (4) al número de ministros que necesite para el fin de su institución, atendidas las circunstancias de tiempos y paises—es igualmente derecho suyo prescribir las dotes de los aspirantes al estado eclesiástico; su educación é instrucción científica.

Pio VII decía á este propósito «que compete á los obispos »por derecho divino la instrucción de los fieles, así como tam»bién han de cuidar de instruir en la ciencia teológica *aliisque »disciplinis*, por sí ó por maestros de confianza, á los aspirantes »al estado clerical; porque *Hoc quidem jus ex principiis catholi»cis a potestate civili, neque everti, neque constringi potest.*»

(1) Sesión 25, cap. III, *de reformat.*
(2) Proposición 41 del *Syllabus.*
(3) Párrafo 6.º
(4) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XVI, párrafos 2.º y 3.º

Este derecho de la Iglesia es tan claro, que nadie le ha puesto en duda hasta estos últimos tiempos; pero aquélla que usó de él en tiempo de los emperadores gentiles y actualmente en los paises de las misiones, le defiende por los medios que están á su alcance en las naciones que se precian de cristianas, y por esto ha condenado la doctrina de los que dicen (1): *Immo in ipsis clericorum seminariis methodus studiorum adhibenda civili auctoritati subjicitur.*

Sus derechos en cuanto á los bienes temporales que le son necesarios.—Esta potestad concedida á la Iglesia por su Divino Fundador, y que arranca de su misma naturaleza, no puede disputársela, ni tampoco como consecuencia de ella el derecho de adquirir bienes temporales (2) disponer de ellos y administrarlos. Sin esto sería imposible que existiese.

Independencia del Estado.—Poco es preciso decir en cuanto á la independencia del Estado respecto de la Iglesia, porque ésta no ha negado nunca que la sociedad civil (3) es independiente en su órden, ó sea en las cosas meramente temporales.

Los decretos conciliares y decretales pontificias, lo mismo que los textos de los Santos Padres, que se dejan consignados para probar la independencia de la Iglesia, son la mejor demostración de esto. En ellos se reconoce la independencia del poder civil y su omnímoda libertad de acción en todo aquello que es necesario ó conveniente para obtener su fin, siendo la doctrina de estas autoridades eclesiásticas, la recta explicación é interpretación de la doctrina revelada, según la cual se debe prestar obediencia á los poderes civiles, pagarles tributos y rendirles los homenajes debidos, porque su potestad viene de Dios (4) sin

(1) Proposición 46 del *Syllabus*.

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. I.—LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. I y sig.

(3) C. IX, Distinc. 10.

(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. XII, cap. III.

que sea lícito faltar á estos deberes, sinó cuando manden cosas contrarias á la religión, toda vez que entonces *obedire oportet Deo magis quam hominibus.*

ARTICULO III

DE LA MÚTUA CONCORDIA ENTRE AMBAS POTESTADES.

Armonía entre ambas potestades y auxilios que deben prestarse.—La independencia entre las dos potestades (1) no ha de entenderse en el sentido de que hayan de vivir en completa separación, de manera que no hayan de ayudarse mútuamente.

La autonomía de una y otra consiste en que cada una obre con libertad dentro de su esfera, y emplee sus medios propios para la consecución del fin que se proponen; de modo que el Estado no se mezcle en asuntos eclesiásticos, ni en la Iglesia en los meramente civiles.

Por lo demás, ambas tienen un fin último común, que es la gloria de Dios y la felicidad eterna de los hombres, y para su consecución deben proceder de mútuo acuerdo y en la mejor armonía (2).

S. Ibón, obispo de Chartes, en una de sus cartas al papa Pascual II, decía á este propósito: *Cum regnum et sacerdotium inter se conveniunt, bene regitur mundus, floret et fructificat Ecclesia. Cum vero inter se discordant, non tantum, parvæ res non crescunt, sed etiam magnæ res miserabiliter ditabuntur* (3).

Esta mútua concordia de las dos potestades exige de los individuos de una y otra sociedad que obedezcan las leyes de la

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. II, párrafo 299.

(2) BERARDI: *Instit. de Derecho eccles.*, part. 1.ª, lib. I, párrafo 2.º

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, lib. III, tít. I, cap. I.—PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. II, párrafo 299, nota 19.

Iglesia en cuanto á las cosas espirituales, y las leyes civiles en los asuntos meramente temporales: que la Iglesia auxilie al Estado, y éste á la Iglesia.

Cómo la Iglesia contribuye al bien del Estado.— La Iglesia cumpliendo con la misión que recibió de Jesucristo, contribuye poderosamente al sostenimiento de la paz y bienestar de la sociedad temporal, bastando al efecto las indicaciones siguientes:

1 Ella dice á los súbditos, que tienen obligación de obedecer á los principios como ministros de Dios, revestidos por voluntad suya con la espada de la justicia (1) y á los príncipes, que han recibido el poder para gobernar con rectitud y justicia, como padres y no como señores de sus súbditos (2) cuidando sobre todo de las personas desvalidas.

2 Inculca á todos el temor del Señor, la obligación de conciencia en el deudor á pagar lo que debe, y á la vez excita la caridad del acreedor para tratar con misericordia á su deudor.

Manifiesta á los ricos y poderosos el deber en que están de hacer buen uso de sus riquezas, y á los pobres y miserables el respeto que deben á la propiedad ajena, haciéndoles entender el premio que les espera de sufrir con resignación cristiana y conformidad con la voluntad de Dios su triste situación en el mundo.

3 Dirige interiormente al hombre prohibiendo hasta los pecados internos ó de pensamiento, atacando en su raiz las acciones criminales, los atentados contra la seguridad del Estado y contra las cosas y personas.

4 Da firmeza con la sanción religiosa á los pactos y promesas confirmadas con juramento, dejándose sentir de una manera especial en el matrimonio, raíz y fundamento de la familia, del cual depende en gran parte el orden y prosperidad del Estado;

(1) *Carta de S. Pablo á los Romanos*, cap. XIII, v. 1.º y siguientes.—*Carta* 1.ª *de S. Pedro*, cap. II, v. 13 y sig.

(2) *Proverbios*, cap. VIII. v. 15.—Pontifical Romano.

para lo cual contribuye poderosamente la Iglesia dando á la unión conyugal la dignidad y firmeza necesaria con arreglo á la ley divina.

5. Pide al Sér supremo la prosperidad pública por medio del santo sacrificio, preces y oraciones que dirige al solio del Altísimo en favor de todos los hombres, por los reyes y personas constituidas en autoridad (1).

Deberes del Estado para con la Iglesia.—El Estado, que vive en armonía con la Iglesia, tiene á la vez grandes deberes respecto á ella, y cumpliéndolos religiosamente, trabaja en provecho propio en cuanto que ceden en beneficio suyo, y es el medio más poderoso para la consecución de su fin.

Este auxilio del Estado para con la Iglesia consiste en lo siguiente:

1. La sociedad civil dicta las leyes á fin de promover la moralidad pública (2) y decencia externa en las acciones; é impide y reprime los delitos, contribuyendo de este modo á la verdadera honestidad de las costumbres, y á remover los obstáculos que la impiedad y las perturbaciones públicas ponen á la Iglesia en el ejercicio de sus funciones.

2. Defiende ciertas verdades necesarias al orden social, como la existencia de Dios, inmortalidad del alma, la libertad humana y la diferencia esencial que existe entre las acciones buenas y malas; con lo cual contribuye indirectamente al sostenimiento de los principios fundamentales en el orden religioso.

3. No puede dar leyes en oposición con las de la Iglesia, porque faltaría á las exigencias de la naturaleza de esta sociedad, ni tampoco imponer á sus súbditos la religión que hayan de

(1) *Epist.* 1.ª *ad Timoth.*, cap. II, v. 1.° y siguientes.

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.° párrafo 1.°, núm. 61.

profesar, porque no es infalible, y carece, por otra parte, de potestad en los actos internos de los ciudadanos (1).

4. Ha de proteger la acción de la Iglesia con sus leyes y la fuerza pública de que se halla revestida, porque de este modo procura la felicidad temporal de sus súbditos, que es su fin próximo é inmediato, y se dirige á la consecución de su fin último y remoto, que es la vida eterna.

El papa san León decía al emperador León, *Debes incunctanter advertere, regiam potestatem tibi non solum ad mundi regimen, sed maxime ad Ecclesiæ præsidium esse collatam, ut ausus nefarios comprimendo, et quæ bene sunt statuta defendas, et veram pacem his, quæ sunt turbata restituas* (2).

El papa Pío IX condena la doctrina de los que sostienen «como inmejorable la condición de aquella sociedad en la que »no fuese reconocido en el poder público el derecho de castigar »con penas sancionadas á los infractores de la religión católica, »sinó en cuanto lo exija la tranquilidad pública (3).»

5. Esta protección del poder civil ha de limitarse á cumplimentar los preceptos divinos y de la Iglesia, sin alterar en lo más mínimo sus disposiciones, porque no son jueces, sinó meros ejecutores de la voluntad divina (4).

El Concilio de Trento exhorta á los príncipes á que no permitan se infrinjan por sus súbditos los mandatos eclesiásticos (5).

Si podrá proclamarse la absoluta separación entre las dos potestades.—Se trata de dos sociedades distintas y perfectas, cuyo fin último es el mismo y que se componen de unos mismos miembros, teniendo cada una de ellas un objeto

(1) TARQUINI: id. ibid.—HUGUENIN., *Exposit. method. Jur. Canon*, pars. special., lib. III, tít. I, cap. I, art. 3.°, párrafo 2.°

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.°, párrafo 1.°, núm. 61.

(3) Encíclica *Quanta cura* de 1864.

(4) Lib. I, tit. XXXI, cap. I *Decret.*

(5) *Sesión* 25, *cap.* 20, *de Reformat.*

diverso como fin próximo é inmediato, y que por esta razón son diferentes los medios que emplean para su consecución; pero sus distintos procedimientos se prestan mútua ayuda (1), tienen entre sí íntimas relaciones, y conducen á sus individuos, si ninguna de ellas se extralimita, por el camino que las dejó trazada la divina Providencia.

Si estas mútuas relaciones entre las dos sociedades se quebrantan, ninguna de ellas marcha con desembarazo por su camino (2).

Si se rompen por completo, ó el Estado se erige en pontífice de la religión, resultará un poder despótico y opresor que convertirá á sus súbditos en esclavos, como sucedió en el mundo antiguo.

Si deja en libertad á sus súbditos para que profesen el culto ó religión que mejor les parezca, entonces el Estado como tal es ateo, prescinde en todo de la religión, y como sus leyes tienen por exclusivo objeto la utilidad política, sin cuidarse de su conformidad ú oposición á la religión, no pueden ménos de ser opresoras de la conciencia en todos ó parte de sus súbditos (3).

En cualesquiera de estos supuestos existe violencia de parte del que manda, porque con ella trata de sostener la fuerza moral que no tiene, y hay opresión y malestar en los súbditos, porque se les menoscaba su libertad y sufren en su condición de hombres.

Además: la sociedad civil de los católicos en su concepto material, ó sea en cuanto que es una colectividad de personas, no puede prescindir de la religión, porque los miembros de esta sociedad lo son también de la Iglesia, y los miembros no pueden ser indiferentes respecto á la sociedad á que pertenecen, sinó que deben servirla positivamente en lo que les exige como

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. II.
(2) C. VIII, distinct. 10.—C. X, dist. 96.
(3) HUGUENIN: id. ibid., párrafo 1.°

necesario á su fin, y á este efecto la sociedad civil debe prestar su fuerza física á la Iglesia en caso de necesidad (1).

Tampoco la sociedad civil puede en su concepto formal, ó sea en cuanto se dirige á su fin propio, proclamarse atea, porque es deber suyo procurar la tranquilidad y paz de la nación, como parte principal de su fin inmediato, que es la felicidad temporal en cuanto que es propia del hombre, lo cual no puede conseguirse con la indiferencia religiosa (2).

El Sumo Pontífice Pio IX condenó esta doctrina de la libertad de cultos en las siguientes proposiciones del *Syllabus*.

77. *Ætate hac nostra non amplius expedit, religionem catholicam haberi tamquam unicam Status religionem, ceteris quibuscumque cultibus exclusis.*

78. *Hinc laudabiliter in quibusdam catholici nominis regionibus lege cautum est, ut hominibus illuc immigrantibus liceat publicum proprii cujusque cultus exercitium habere.*

79. *Enimvero falsum est civilem cujusque cultus libertatem, itemque plenam potestatem omnibus attributam quaslibet opiniones cogitationesque palam publiceque manifestandi conducere ad populorum mores animosque facilius corrumpendos, ac indifferentismi pestem propagandam.*

Esta teoría de la separación entre la Iglesia y el Estado ya fué reprobada por Gregorio XVI, el cual (3) dice que no puede ménos de oponerse á la doctrina de aquéllos: *Qui Ecclesiam à regno separari, mutuamque imperii cum sacerdotte concordiam abrumqui cupiunt. Constat pertimesci ab impudentissimæ libertatis amatoribus concordiam illam, quæ semper rei sacræ et civili fausta extitit et salutaris.*

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.º, párrafo 1.º, núm. 61.

(2) TARQUINI: Id. ibid.

(3) Encíclica *Mirari vos* de 15 de Agosto de 1832.

Pio IX condenó por el mismo motivo la proposición 55 del *Syllabus*, que dice: *Ecclesia a Statu, Statumque ab Ecclesia subjungendus est* (1).

Casos en que el Estado deberá apoyar la libertad de cultos.—Cuando en una nación hay gran número de sectarios de dos ó más religiones, de modo que ninguna de ellas compone la inmensa mayoría de los ciudadanos; si el Estado (2) no favorece á ninguna de ellas, ni tampoco las persigue, faltará á esa perfección propia de las dos sociedades que marchan armónicamente, según lo reclama la naturaléza de una y otra; pero es una necesidad á que no puede ménos de someterse, y que atendidas las circunstancias, ofrece menores peligros, y sus consecuencias, son ménos funestas que las de la teoría ántes citada (3).

Falsa teoría de la Iglesia libre en el Estado libre.—Por último, los enemigos de la Iglesia han inventado este otro principio de gobierno.—La Iglesia libre en el Estado libre.—Con él se proponen reducir á la Iglesia á un simple *colegio* ó sociedad particular dentro del Estado, y por lo mismo bajo su dependencia, á la manera que la parte está dentro del todo.

Es un nuevo medio de opresión contra el catolicismo como la otra teoría, no proponiéndose sus autores otro objeto que el de reducir á la Iglesia católica al estado de envilecimiento en que se hallan las sectas protestantes (4).

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. I.

(2) *Prælectiones Juris Canon. in seminario S. Sulpit.*, part. 1.ª, sección 1.ª, párrafo 68.

(3) SANTO TOMÁS: *Summa Theolog.*, 2, 2.ª quæst. 10, art. 11.

(4) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XVI, pár. 2.°

CAPITULO VIII

AUTORIDAD DE LA IGLESIA EN LAS SOCIEDADES Y SUS DISTINTAS RELACIONES CON LAS MISMAS.

ARTÍCULO PRIMERO

AUTORIDAD DE LA IGLESIA EN LAS DEMÁS SOCIEDADES.

Distintas clases de sociedades con respecto á la Iglesia.—Existen tres especies de sociedades civiles con respecto á la Iglesia.

Unas se hallan en todo exentas *in actu* (1) y sin dependencia alguna de la Iglesia, como las sociedades civiles de infieles.

Otras están bajo la potestad de la Iglesia, á pesar de haberse separado de ella y negarla su obediencia, como las naciones heréticas y cismáticas.

Algunas reconocen á la Iglesia, viven en armonía con ella y la prestan obediencia; tales son las naciones católicas.

Además: todas las sociedades en su relación con la Iglesia, se dividen en *homogéneas* y *heterogéneas*.

Se llaman homogéneas, *las que son parte de la misma Iglesia, y se proponen en todo ó en parte el mismo fin bajo su régimen.*

En este caso se hallan las órdenes religiosas.

Son heterogéneas, *las que se proponen un fin diverso del de la Iglesia.*

Tales son las sociedades temporales ó civiles.

(1) SANTO TOMÁS: *Summa Theolog.* part. 3.ª, quæst. 8.ª, art. 3.º *ad primum*. —LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. III.

Superioridad de la Iglesia sobre las sociedades homogéneas.—La Iglesia es, sin género alguno de duda, superior á las sociedades que la son homogéneas: las cuales están sometidas en todo á ella (1).

Conceptos en que puede concebirse la primacía de una sociedad sobre otra.—La primacía de una sociedad sobre otra, puede concebirse de los modos siguientes (2):

1. Que la sociedad superior no tenga jurisdicción alguna en la inferior hasta el punto de que si ésta ofende, maltrata ó persigue á la sociedad superior, no pueda ser reprimida con autoridad propia por aquélla.

Esta primacía no puede admitirse en la sociedad suprema, que no tiene otra á la cual pueda acudir para defenderse.

2. Que la primacía vaya acompañada de tanta jurisdicción, que la sociedad inferior esté de tal modo sometida á la sociedad superior, que se halle regida y gobernada por ésta en todas las cosas.

Esto sólo puede tener lugar en todas las sociedades inferiores que son homogéneas.

3. Que la sociedad inferior esté sujeta á la jurisdicción indirecta de la sociedad superior; de suerte que ésta sólo pueda ejercer *per accidens* su potestad en la sociedad inferior, como en el caso de exigirlo así su propio fin y la necesidad de su conservación.

Esto se verifica en la sociedad mayor, con respecto á las sociedades que son heterogéneas á ella, y en este sentido tiene la Iglesia superioridad sobre las sociedades temporales cristianas.

Observaciones.—Supuestos estos antecedentes, es claro que la Iglesia no puede estar sometida á las sociedades temporales de los católicos, ya porque su fin es mucho más elevado

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.º, número 49.

(2) TARQUINI: *Instit. Jur. pub. eccles.* ibid.

y diverso del de la sociedad civil; ya porque aquélla es de institución divina é inmutable, y ésta es de institución humana y mutable; y en uno y otro caso sería preciso sostener el absurdo de que la autoridad superior haya de estar sometida á la inferior, lo divino é inmutable á lo humano y transitorio, y lo eterno á lo temporal.

Los protestantes han defeunido este error con el fin de trasformar la religión en cierto negocio político, y á los ministros de aquélla en magistrados civiles.

Tampoco puede proclamarse la perfecta igualdad de las dos potestades, porque la superioridad y excelencia de ellas depende de su fin, que en la sociedad civil es la felicidad temporal de sus miembros, y en la Iglesia la salvación eterna de los hombres.

Distintas opiniones acerca de la autoridad de la Iglesia en las cosas temporales de los Estados.—Es doctrina constante entre los doctores católicos, que la Iglesia ó el Sumo Pontífice tiene potestad en las cosas temporales de los Estados (1); pero se discute sobre la naturaleza de dicha potestad.

Dicen unos, que esta potestad es *directa*, en cuanto que el Sumo Pontífice es el único príncipe temporal supremo por disposición de Cristo; de modo que los reyes y emperadores ejercen su autoridad en virtud de concesión expresa ó tácita del Romano Pontífice.

Esta opinión era común entre los doctores desde S. Bernardo hasta la aparición del protestantismo (2).

Otros creen, y es la opinión general entre los doctores desde Belarmino y Suárez hasta el presente, que el Papa tiene potestad *indirecta* en las cosas temporales de los Estados, en cuanto que Jesucristo subordinó el fin de la sociedad civil al fin propio de la Iglesia; de modo que esta potestad del Papa no

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 4.ª

(2) BOUIX: *De Papa*, part. 4.ª, sect. 7.ª, párrafo 1.º

proviene de la misión de gobernar los Estados temporales y civiles, sinó del oficio ó cargo encomendado al mismo de promover las cosas espirituales (1).

Finalmente, creen otros que el Sumo Pontífice recibió de Jesucristo la misión y potestad espiritual de regir la Iglesia, y que la autoridad temporal fué instituida por Dios para el régimen de la sociedad civil: de manera que ni la Iglesia ni el primado pontificio fué instituido directamente para regir las sociedades civiles. En esto convienen con los de la segunda opinión, así como en que defienden la potestad de la Iglesia en las cosas temporales de los Estados en cuanto que es necesario para el régimen espiritual.

Discrepan de la segunda opinión en que esta potestad indirecta del Sumo Pontífice en las cosas temporales de los Estados civiles se limita al ejercicio de los actos de jurisdicción espiritual, que llevan consigo efectos en las cosas temporales y civiles: así, v. gr., el Papa no puede deponer, según esta opinión, á los reyes; pero puede excomulgarlos y eximir en su virtud á los súbditos del juramento de fidelidad, siguiéndose de estos actos sobre materia meramente eclesiástica la pérdida en el príncipe de la dignidad real.

Si la potestad de la Iglesia se extiende á las cosas temporales con relación á un fin temporal.— Con arreglo á la segunda opinión, que es la comunmente seguida, la subordinación de las sociedades civiles de los católicos (2) á la Iglesia, no se extiende á las cosas temporales con relación á un fin temporal, porque se hallan excluidas en este concepto del fin de la Iglesia, y es regla general que las sociedades nada pueden en aquello que está fuera de su fin propio.

Por esto, el papa S. Gelasio decía al emperador Anastasio: *Quantum ad ordinem pertinent publicæ (civilis) disciplinæ, cog-*

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 4.ª, sect. 7.ª, párrafo 2.º

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.º, párrafo 1.º

noscentes, imperium tibi superna dispositione collatum, legibus tuis ipsi quoque parent religionis antistites.

En el mismo sentido se expresa S. Gregorio II en su carta al emperador León Isauro (1), y el Concilio IV Lateranense (2), dice: *Sicut volumus, ut jura clericorum non usurpent laici, ita velle debemus, ne clerici jura sibi vindicent laicorum. Quocirca universis clericis interdicimus, ne quis prætextu ecclesiasticæ libertatis suam de cætero jurisdictionem extendat in præjudicium justitiæ sæcularis, sed contentus existat constitutionibus scriptis, et consuetudinibus hactenus approbatis, et quæ sunt Cæsaris reddantur Cæsari, et quæ sunt Dei Deo recta distributione reddantur.*

De manera que la sociedad civil de católicos no está subordinada á la Iglesia en las cosas temporales respecto á su fin temporal, porque en cuanto á estas es completamente independiente de aquella.

Potestad de la Iglesia en las cosas temporales de los Estados con relación á su fin espiritual.—Pero la Iglesia ejerce su potestad *per accidens* en las cosas temporales cuando la razón ó necesidad de su fin espiritual lo exige, y en este caso la sociedad civil debe someterse á la autoridad de la Iglesia (3).

1. Porque el fin de la sociedad civil, que es la felicidad temporal, pugna con el fin de la Iglesia, que es la salud espiritual y felicidad eterna, y en este conflicto, el fin más limitado y de menor importancia ha de posponerse al más elevado é importante, y esto con tanta mayor razón cuanto que de esta manera se obtiene el fin último de la sociedad inferior (4).

2. Los sacerdotes y ancianos, que eran los príncipes de la nación judáica, prohibieron severamente á los Apóstoles que predicaran ó enseñasen en nombre de Jesús, alegando como cau-

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 4.ª, sect. 3.ª, cap. III.
(2) Cap. XLII.
(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. II y III.
(4) C. VI, Dist. 10.—C. I, Dist. 9.

sa el bien temporal y la tranquilidad pública, esto es: *Vultis inducere super nos sanguinem hominis istius;* pero á esto se oponía el bien espiritual, cual era la predicación del santo nombre de Jesucristo y la constitución de su Iglesia, enseñándonos el Espíritu Santo por medio de los Apóstoles que en semejante conflicto se ha de posponer el bien temporal al espiritual, y que ántes es obedecer á Dios que á los hombres (1).

Las Sagradas Escrituras enseñan repetidamente (2) que el bien y felicidad temporal, áun de aquellas cosas de más grande estimación y afecto, han de posponerse siempre á la vida eterna, ó sea el fin de la Iglesia.

3. Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia enseñan unánimemente esto mismo, ó sea que el fin de la sociedad civil y su imperio ha de someterse á la Iglesia, á la manera que el cuerpo está sometido al alma; y á este efecto me limitaré á citar los testimonios de algunos de ellos.

S. Juan Crisóstomo se expresa en estos términos: *At vero heic aliud quoque imperii genus est, ac civili quidem imperio sublimius. Ecquod illud est? Quod in Ecclesia viget, cujus etiam Paulus mentionem facit cum ait: obedite præpositis vestris et subjacete eis: hoc enim imperium tanto civili excellentius est, quanto cœlum terra, et quantum inter corpus et animam discriminis est, tantum item ab illo hoc distrat* (3).

Santo Tomás se expresa en idéntico sentido: *Ad tertium dicendum, quod potestas sæcularis subditur spirituali, sicut corpus animæ: et ideo non est usurpatum judicium* (4).

Por último, el papa Inocencio III dirigiéndose al emperador de Constantinopla, después de hablar de la excelencia y sublimidad imperial, y de la obediencia que se debe prestar á

(1) *Act. Apost.*, cap. V, vv. 28 y 29.

(2) MATTH., cap. V, vv. 29 y 30.—Cap. VI, vv. 31, 32 y 33.—Capítulo XVI, vv. 24, 25 y 26.—LUC., cap. XIV, v. 26.

(3) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, artículo 2.º párrafo 1.º

(4) *Summa Theologica*, 2.ª 2.æ, quæst. 60, art. 6.º, ad 3.

esta dignidad, añade: *Non negamus, quin præcellat Imperator in temporalibut illos dumtasat, qui ab eo suscipiunt temporalia: sed Pontifex in spiritualibus antecellit: quæ tanto sunt temporalibus digniora, cuanto anima præfetur corpori* (1).

Sus efectos.—La potestad que la Iglesia ejerce indirectamente y *per accidens* en lo temporal, como es consecuencia de la naturaleza de esta misma sociedad y de la voluntad de su Divino Fundador, produce los efectos siguientes:

a) No puede ser cohibida por la potestad civil, sin contrariar el mandato divino, y por esto la proposición que dice (2): *Ecclesia vis in ferendæ potestatem non habet neque potestatem ullam temporalem directam vel indirectam;* fué justamente condenada por el papa Pio IX, pues niega á esta sociedad parte de sus atributos esenciales.

b) Las leyes eclesiásticas prevalecen sobre las civiles (3) cuando se hallan en contradicción; como que la sociedad inferior ha de someterse á la superior en aquello que es necesario para su fin propio, y por este motivo está condenada esta proposición (4): *In conflictu legum utriusque potestatis, jus civile prævalet.*

c) La potestad de la Iglesia comprende á todos los cristianos, y por lo mismo se extiende á los pueblos y naciones sin exclusión de los sumos imperantes (5). La doctrina contraria está condenada en la proposición siguiente (6): *Reges et principes non solum ab Ecclesiæ jurisdictione eximuntur, verum etiam in quæstionibus jurisdictionis dirimendis superiores sunt Ecclesiæ.*

(1) Cap. VI, tít. XXXIII, lib. I *Decret.*
(2) Proposición 24 del *Syllabus.*
(3) C. I, y sig., Distinct. 10.—1.° Dist. 9.ª
(4) Propósición 42 del *Syllabus.*
(5) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XV.
(6) Proposición 54 del *Syllabus.*

Circunstancias en que utiliza su derecho sobre las cosas temporales de los Estados.—La Iglesia, á pesar de la plenitud de su potestad indirecta y *per accidens*, no suele ejercerla, sinó cuando de ello haya de resultar un bien espiritual (1), lo cual tiene lugar en las naciones constituidas cristianamente, ó sean cuando median estas condiciones=

a) Personas católicas.

b) Peligro de la religión por los crímenes de los sumos imperantes.

c) Obediencia del pueblo á la Iglesia.

d) Fundada esperanza de remover el mal que se trata de remediar.

Estas cuatro condiciones existían en las naciones de la Edad media, cuyos príncipes fueron depuestos por la Iglesia con motivo de su pertinaz contumacia y resistencia á la constitución de aquellos pueblos.

Mucho se ha dicho sobre esta materia (2); pero la conducta de la Iglesia en estos casos queda justificada con sólo considerar que usó de su potestad indirecta, y que la autoridad espiritual dirigía la conciencia de los pueblos según el derecho público de aquellos tiempos, resultando de aquí grandes ventajas para los príncipes, porque los protegía contra las rebeliones de los pueblos; y no poco provecho para éstos, porque los defendía contra los excesos de aquéllos, y era un medio de sostener los derechos de unos y otros, haciendo que cada cual cumpliera con sus deberes respectivos (3).

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XV.

(2) DE MAISTRE: *Del Papa*, lib. II, cap. V.—HENRION: *Historia general de la Iglesia*, tom. III, lib. XXXIII, pág. 276 y sig., lib. XXXIX, pág. 522 y sig. apéndice: pág. 631 y sig.—Id. tomo IV, lib. XLI, página 23 y sig. Madrid: 1852. —FERREIROA: *León XIII y la situación del Pontificado*, cap. IV y sig.

(3) Como todas estas condiciones no se hallan en ninguno de los casos que ocurren hoy, por esto la Iglesia no emplea su potestad indirecta del modo y en la forma que en otros tiempos. Tiene presentes las circunstancias de las naciones, y arregla esta clase de asuntos por medio de concordatos con la potestad temporal.

Potestad de la Iglesia en las sociedades heréticas y cismáticas.—Los herejes y cismáticos han sido arrojados del gremio de la Iglesia por su pertinaz resistencia ó desobediencia á la autoridad eclesiástica, ó por negar con pertinacia algún dogma de fe; pero si bien se hallan privados de la participación de los bienes espirituales comunes á los demás fieles, no por esto dejan de hallarse sujetos á las leyes de la Iglesia, toda vez que conservan el carácter de cristianos, recibido en el bautismo, y que es el fundamento (1) de su dependencia y sujeción á la jurisdicción de la Iglesia.

Además, el crimen no desliga á nadie de la obediencia á las leyes de la sociedad, de que ha sido arrojado, porque el delito no puede nunca favorecer al criminal; y por esto decía Belarmino que los herejes no son de la Iglesia, pero que pertenecen á ella en cuanto que están sujetos á su jurisdicción y tienen obligación de volver á ella.

Esto no obstante, la Iglesia no quiere en muchos casos obligar con sus leyes, ó algunas de ellas, á los herejes y cismáticos; porque de ello podría resultar más daño que provecho.

Sus relaciones con las sociedades infieles.—Los infieles, como que no han recibido el bautismo, que es la puerta por donde se ingresa en la Iglesia de Jesucristo, no pertenecen á ella, y por esto el Apóstol decía: *quid enim mihi de iis, qui foris sunt, judicare?... Nam eos qui foris sunt, Dius judicabit* (2).

El Concilio de Trento, fundado en la doctrina del Apóstol, declara que la Iglesia no ejerce jurisdicción sobre las personas que no hayan ingresado ántes en ella por la puerta del bautismo (3).

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. I, párrafo 2.°
(2) 1.ª ad Cor., cap. V, vv. 12 y 13.
(3) Sesión 14, cap. II.

Como consecuencia de esta doctrina resulta:

1. Que las sociedades infieles son completamente extrañas á la Iglesia.

2. Que como sociedades religiosas son ilegítimas, como que no puede existir más que una sociedad religiosa legítima, y esta es la Iglesia de Jesucristo.

3. Que entre la Iglesia y las sociedades infieles existe una perpetua y constante guerra, la cual se hace y sostiene por la Iglesia, mediante los ministros del Evangelio y las sagradas misiones; que penetran en su territorio á despecho de los poderes civiles (3), en uso del derecho y obligación impuesta por nuestro Señor en aquellas palabras: *Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creaturæ* (1).

Como consecuencia de esto enseña la doctrina del Crucificado á los pueblos envueltos en las tinieblas de la idolatría y superstición y les dice que deben obedecer ántes á Dios que á los hombres, sustrayendo de este modo á los fieles de la obediencia á la potestad civil en todo aquello que se opone á las leyes divinas.

4 Por este medio ha dejado de sentir su influencia en las sociedades paganas, mejorando la condición de los párvulos, mujeres, esclavos y ciudadanos, no permitiendo á estos últimos el ejercicio de ciertos cargos públicos, sinó bajo ciertas condiciones. De esta manera ha conseguido modificar la legislación de estos pueblos, introduciendo en ella la sávia del cristianismo.

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. I, cap. III.
(2) S. MARC., cap.XVI, v. 15.

ARTÍCULO II.

DISTINTAS RELACIONES DE LA IGLESIA CON LOS ESTADOS.

Situación primitiva de la Iglesia con respecto al Estado.—La Iglesia divinamente instituida fué desde su principio una sociedad legítima, ya con arreglo á las leyes mosaicas que anunciaban la venida del Mesías y cuyos vaticinios tuvieron el más perfecto cumplimiento en la persona de Jesucristo, sin que faltara el más pequeño detalle de todas las profecías contenidas en los sagrados libros de la antigua ley (1), ya con respecto á las leyes romanas, que toleraban todos los cultos.

Esto no obstante, los judíos, los romanos, los bárbaros, y en una palabra, todas las potestades de la tierra convinieron, sin ponerse de acuerdo, en aniquilarla, empleando todos los medios que la más esquisita sagacidad, la malicia y la rabia más feroz pudo jamás inventar; á pesar de no hallar en ella nada contraria á la seguridad del Estado, ni al bien del indivíduo, de la familia y de la sociedad civil.

El cristianismo, que es la única religión verdadera, fué el único culto proscripto en todas partes, y en todas partes horriblemente perseguido desde Nerón hasta el gran Constantino, lo mismo por los emperadores y sus satélites, que por la plebe, mucho más cruel á veces contra los ministros y adoradores del verdadero Dios (2).

(1) PERRONE: *Prælect. Theolog. de incarnat. pars prior.*

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars specialis*, lib. III, tít. II, capítulo I, art. 1.°

La Iglesia se defendió contra tanta maldad, oponiéndose á sus verdugos con la mansedumbre y la verdad: proclama las verdades eternas; explica los preceptos naturales y divino-positivos; predica la obediencia á las autoridades, dando á ella el ejemplo, y los deberes de aquéllas para con los súbditos, sosteniendo en todo caso la preferencia con que han de cumplirse los mandatos divinos, y de este modo vindica su libertad é independencia á costa de su sangre (1).

El Señor permitió tanta crueldad y tan inaudita saña para demostrar de este modo la divina virtud de su religión, y que la Iglesia por él fundada, había nacido, se había desarrollado extendiéndose por toda la tierra y había triunfado del mundo entero sin auxilio alguno humano; á fin de que se convencieran los Césares y todos los poderes humanos, que Dios fundó su Iglesia sin ellos y á vista de ellos, que por ella y contra ellos pelearía hasta el fin de de los siglos (2).

Causas de su persecución.—Las causas que pudieron influir en el ánimo de los gentiles para proceder de semejante modo contra esta sociedad, cuyos miembros eran los súbditos más inofensivos y obedientes del poder civil, se comprenderán considerando que la purísima moral del Evangelio se hallaba en abierta oposición con las ideas y costumbres corrompidas del pueblo romano, y para evidenciarlo bastará fijarse en las consideraciones siguientes:

1. Los romanos disponían de sus esclavos como cosas, y en este concepto podían venderlos, castigarlos y hasta matarlos.

El Evangelio predica la igualdad ante Dios de todos los hombres, como descendientes que son de su primer padre, criado por el Señor á su imágen y semejanza; manda amar al prójimo como á sí mismo, y S. Pablo, fundado en estos principios, dice: «Siervos, obedeced á vuestros señores temporales »con temor y con respeto: en sencillez de vuestro corazón, como

(1) PERRONE: *Prælect. theolog. de vera religione*, cap. IV.
(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jnr. Canon.* ibid.

»á Cristo.—No sirviéndoles al ojo, como para agradar á hom»bres, sinó como siervos de Cristo, haciendo de corazón la »voluntad de Dios.—Sirviendo con buena voluntad como al »Señor, y no como á los hombres.—Sabiendo que cada uno »recibirá del Señor aquel bien ó mal que hiciere, ya sea siervo, »ya libre.—Y vosotros los señores haced eso mismo con ellos, »dejando las amenazas; sabiendo que el Señor de ellos y el »vuestro está en los cielos, y que no hay acepción de personas »para con él (1).»

2. El lujo, la corrupción de costumbres y todos los placeres sensuales habían llegado á su colmo entre los romanos en la época de la venida del Mesías.

Jesucristo recomienda la limosna y la caridad para con el prójimo, como medio de expiación de los pecados, dando reglas sobre el uso que debe hacerse de las riquezas.

3. Los romanos y el mundo entero, menos los judíos, eran politeistas, y en el culto de sus falsas divinidades daban rienda suelta á sus más desarregladas pasiones.

La religión cristiana condena como abominable el culto de los ídolos; reconoce y prescribe el culto de un solo Dios, criador de todo lo existente, que murió en una cruz para reconciliar al hombre con su Hacedor: restablece en todo su vigor los preceptos del decálogo; enseña la doctrina de la resurrección y de los premios y castigos eternos, etc., etc.

Sus relaciones con el poder temporal en la época de los emperadores cristianos.—La Iglesia había triunfado con el martirio de la opresión de sus enemigos: su sangre era una semilla que producía el ciento por uno, y la religión del Crucificado se extendía por los campos y las aldeas, por las ciudades más populosas sin excluir la corte de los Césares ni el palacio imperial.

En todas partes había echado hondas raices, y el emperador Constantino desistió de esta guerra contra la Iglesia, que

(1) Epis. ad Ephes, cap. VI, vv. 5 y sig.

se había hecho imposible; ya porque una calculada prudencia le aconsejaba adoptar este partido, ya principalmente porque la notoria protección que le dispensara la divina Providencia, le había convencido de la falsedad del antiguo culto y de la divinidad del cristianismo.

El citado emperador ve la decadencia del imperio, y llama en su auxilio á la Iglesia: deja como por instinto la ciudad de los Césares para preparar el camino, por decirlo así, al poder temporal de la Santa Sede (1), y traslada la silla del imperio á Bizancio, que desde entonces mudó su nombre por el de Constantinopla; concedió muchos privilegios y prerrogativas á la Iglesia (2), y las fueron aumentando sus sucesores; se reconocieron sus derechos como sociedad lícita y los otorgados á ella por Dios: dejaron el título y cargo de *pontífice máximo*, de que venían gozando, y se encargan de la defensa de la Iglesia, reconociendo desde entonces la idea de los dos poderes que gobiernan el mundo y deben apoyarse mutuamente para bien de la humanidad (3).

Daños y ventajas que de ellas resultaron.—Esta alianza entre la Iglesia y el Estado era imperfecta: los poderes civiles concedieron á la Iglesia ciertos derechos en asuntos civiles y propios del Estado: se declararon sus protectores y ampararon con su cetro la autoridad de la Iglesia, defendiendo sus disposiciones y prestándolas apoyo. La Iglesia á su vez les guardó, á título de gratitud, no pocas consideraciones, consintiendo que se ejercieran por ellos algunos derechos sagrados; pero los emperadores de Oriente no comprendieron desde luego el límite dentro del cual debían encerrarse, sin extender un punto más allá su acción en los asuntos eclesiásticos, y deslumbrados por el ansia de dominar, fueron interviniendo cada vez más, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia (4), en la legislación y

(1) De Maistre: *Del Papa y de la Iglesia galicana*, tom. I, lib. II, cap. VI.
(2) C. XIII y XIV, dist. 96.
(3) C. XXI y XXIII, *quæst.* 5.ª, *causa* 23.—C. X, dist. 96.
(4) C. XI y XII, dist. 96.

gobierno de ésta en concepto de protectores y defensores de las leyes eclesiásticas, dando por resultado que traspasaron los límites de su poder, mezclándose en las cuestiones y decisiones dogmáticas con grave daño de la religión y en provecho de los herejes muchas veces (1).

Esto no obstante, resultaron no pocas ventajas para la humanidad de esta unión, aunque imperfecta, entre ambas potestades, porque las leyes civiles iban perdiendo su antigua dureza á medida que las leyes eclesiásticas llegaban á ser leyes del imperio, y que las costumbres de los ciudadanos se modificaban en sentido católico, consiguiéndose de este modo que la legislación del imperio se fuera aproximando á la mansedumbre, equidad y sabiduría evangélica. Por otra parte, la Iglesia se extendía de día en día entre los pueblos bárbaros, y los preparaba para constituirse en naciones cristianas sobra las ruinas de aquel imperio, que iba á perecer á sus manos.

Mútua protección y concordia entre las dos potestades en la Edad media.—El Imperio de Occidente desaparece ante los rudos golpes de sus invasores: estos carecen de toda cultura, y la Iglesia se presenta amparando y dirigiendo á estos pueblos para que desde su áspera y penosa libertad se eleven á lo más bello de los reinos cristianos.

La tiara y la corona se presentan á su vista como los dos brazos de la inmensa y sagrada comunidad cristiana: como dos espadas que en común la gobernaban y protegían: como el sol y la luna del firmamento de la Iglesia (2); de suerte que la parte espiritual fija siempre en las cosas eternas, ilumine las temporales, las encamine y ennoblezca (3).

El respeto profundo de estos nuevos pueblos á la religión fué el medio de que se sirvió la Iglesia para civilizarlos y labrar su bien: suavizó sus costumbres, venció su repugnancia al

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. I, cap. IV, pár. 42.
(2) Cap. VI, tit. XXXIII, lib. I *Decret.*—C. II, *quest.* 6.ª, *causa* 15.
(3) C. IX y X, *distinct.* 96.

estudio de las ciencias (1), que fomentó entre ellos, al par que el de las artes, y contribuyó poderosamente á la formación de sus códigos saturados de ideas y principios de la moral pura del cristianismo: siendo á la vez el móvil y regulador de las grandes cuestiones de derecho público (2).

Se restableció en Occidente el título de emperador concedido por el papa León III á Carlo-Magno, hijo benemérito de la Iglesia, con la obligación á la par que sagrado derecho, de defender á la Santa Sede y cristiandad ó *etnarquía cristiana.*

Los príncipes electos no recibían la dignidad imperial de manos de los Papas, sinó después de prestar juramento de fidelidad á la silla apostólica.

Etnarquía cristiana.—Los nuevos estados nacieron y se desarrollaron á la sombra del catolicismo, y era muy natural que reconociéndolo como de institución divina, fuera entre ellos una ley social, cuya transgresión pública se castigase como un delito contra la sociedad.

Esta íntima y estrecha alianza entre la Iglesia y el poder civil, es lo que constituye la *etnarquía cristiana*, que puede definirse: *Una sociedad internacional de las naciones católicas, que reconoce la autoridad divina de la Iglesia con obligación mútua de defenderla en la persona del Sumo Pontífice.*

Sus elementos y consecuencias que produce.—La etnarquía cristiana consta de dos elementos=

Uno *natural*, que es la autoridad temporal de las naciones católicas.

Otro *sobrenatural*, ó sea la Iglesia.

Como el vínculo de unión entre las naciones católicas era la fé y obligación común de defender á la Iglesia, la autoridad temporal debía necesariamente someterse y subordinarse á la autoridad espiritual en sus fallos y resoluciones, puesto que sólo ella podía manifestar lo que la fé y el bien de la Iglesia

(1) WALTER: *Id. ibid.*

(2) Cap. XIII, tít. I, lib. II *Decret.*—Cap. I, tít. VIII, lib. I, *extravag. comm.*

exigía de la *etnarquía cristiana*, y por esta razón el Sumo Pontífice presidía á las naciones católicas.

Este era el principio en que estaba fundado el derecho público de la Edad media, resultando de esta íntima unión entre las naciones católicas bajo la dependencia del Sumo Pontífice=

1. Que la suprema potestad temporal en cada una de las naciones de la *cristiandad* no podía recaer en un príncipe infiel, hereje ó cismático; porque se contaba como el primero de sus deberes proteger y promover la religión católica y defender á la Santa Sede; lo cual no podía cumplir el rey, príncipe ó emperador, que profesase una religión enemiga del catolicismo. Por esto era natural que si un príncipe negaba su obediencia á la Iglesia, ó la era hostil de cualquier modo, fuese expulsado del trono y se levantara á sus súbditos el juramento de fidelidad que le habían prestado, porque bajo esta condición había recibido la corona.

Véase, pues, como atendida la naturaleza de la Iglesia, no ménos que la legalidad entonces vigente, no hay motivo para que ciertos escritores se expresen con tanta violencia sobre los hechos de esta índole que nos ha trasmitido la historia.

2. Que la autoridad infalible de la Iglesia era el vínculo de la unión de voluntades entre los distintos príncipes de la cristiandad, y las indicaciones de la Santa Sede acerca de los peligros que amenazaban á las naciones, y sobre las empresas que debían acometerse, se llevaban á efecto con la mayor eficacia, ya porque su fin era la defensa ó propagación de la religión, que es el de mayor interés para un corazón religioso, ya porque se contaba con medios poderosísimos para su consecución, que eran las fuerzas coaligadas de las distintas naciones y los auxilios espirituales de la Iglesia.

3. Que los príncipes y los súbditos se contenían dentro de sus respectivos límites (1); se promovía la observancia del de-

(1) DE MAISTRE: *Del Papa*, lib. II, cap. I, II, III y IX.

recho, se protegía la religión por leyes justas y convenientes y se reprimían las malas pasiones.

De ello (1) nos ofrece no pocos ejemplos la historia; pero bastará recordar las grandes cuestiones sobre las investiduras: con ellas se hería la libertad del clero é independencia de la Iglesia, y esta fué la causa de que Enrique IV, Federico II y otros emperadores fueran depuestos de la dignidad imperial, como violadores de la constitución de la cristiandad (2).

Sus vicisitudes hasta el siglo XVI.—Las frecuentes discordias entre los papas y los emperadores de Alemania, á cuyas manos había pasado el imperio de Carlo Magno por disposición de los sumos pontífices, turbaron la armonía y mútua concordia del sacerdocio y el imperio, que creció con los escritos de los herejes y personas poca adictas á la Iglesia, sosteniéndose en ellos que los sumos pontífices se habían apropiado atribuciones y derechos propios de la autoridad temporal; preparándose por este medio la desconfianza y prevención contra la autoridad suprema de la Iglesia, hasta que se dejó sentir en hechos públicos; como fueron las ruidosas contiendas entre el rey de Francia, Felipe *el Hermoso*, y el papa Bonifacio VIII.

Desde entónces empezó á decaer ostensiblemente la influencia de la Iglesia en las sociedades civiles, y fué en aumento esta decadencia, efecto de nuevas causas que sobrevinieron, siendo las principales (3):

1. La traslación de la Santa Sede á Aviñón, en donde permaneció por espacio de setenta años, ó sea desde Clemente V hasta Gregorio XI.

Los demás paises llevaron muy á mal esto, porque suponían que los papas tenían cierta dependencia del rey de Francia,

(1) Bouix: *De Papa*, part. 4.ª, sect. 3.ª, cap. VIII.

(2) De Maistre: *Del Papa*, lib. II, cap. X, XII y XIII.—Liberatore: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XV.—Phillips: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, capítulo II, párrafo 299.

(3) Phillips: id. ibid., párrafo 300.—Huguenin: *Exp. meth. Jur. canon. Pars special.*, lib. III, tít. II, cap. II, art. 2.º

y que estaban sometidos á su voluntad, siendo esto la causa de que sus decretos no fuesen recibidos en los demás paises con el respeto y veneración debida, y de que se haya calificado con el nombre de *cautividad de Babilonia* el tiempo de la residencia del Papa en aquel punto.

2. El gran cisma de Occidente, ó sea de Urbano VI hasta Martino V, produjo fatales consecuencias en toda la cristiandad, rompiéndose abiertamente el lazo de unión entre las naciones católicas, como que unas se adherían á un antipapa, y otras reconocían como tal á otro.

Entónces fué cuando se discutió por vez primera, si el Papa es superior ó inferior al Concilio, resolviéndose en Constanza y Basilea en el último sentido (1).

3. Desde entónces aumentaron prodigiosamente los escritos contra la autoridad de la Santa Sede, y los príncipes aceptaban sus teorías con avidez y las aplicaban en sus leyes sin cuidarse para nada de su procedencia, ni fijarse en que sus autores eran herejes ó cismáticos, y que la Iglesia había condenado aquella doctrina.

El vínculo de unión entre los obispos y los poderes temporales con el romano Pontífice, y de los pueblos con la Iglesia, se había aflojado considerablemente, y cada una de las naciones buscaba todo su provecho particular á costa de aquella antigua unión de la *cristiandad*, ofreciendo de ello una prueba la *Pragmática sanción* y la conducta observada en Constanza y Basilea.

Relaciones entre la Iglesia y el Estado desde esta época.—Tal era la situación de las naciones católicas al advenimiento del *protestantismo*, cuyo sistema encierra en sí el germen de todos los errores en filosofía y de todas las herejías en religión.

El principio fundamental suyo del libre examen ó espíritu privado, fué aceptado por muchos príncipes en lo que les era

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. Prænot.*, cap. 2.°, párrafo 36, nota.

provechoso, con perjuicio de la Iglesia, sin fijarse en que andando el tiempo se emplearía contra ellos.

Verdad es que los ánimos estaban preparados para secundar el grito lanzado desde el fondo de un monasterio por el apóstata Lutero; pero también es cierto, que los residuos de la antigua alianza, que constituía la *etnarquía cristiana*, fueron deshechos y reducidos á polvo desde la proclamación de los nuevos errores.

La reforma, á fin de establecer alguna regla (1) entre sus sectarios, concedió á los príncipes seculares y reconoció en ellos todos los derechos que el Sumo Pontífice y los obispos ejercían por disposición divina.

Los príncipes aceptaron con gusto estos derechos sagrados, que tanta autoridad les proporcionaban; pero era necesario justificar científicamente esta innovación, y con este objeto fueron apareciendo sucesivamente diversos sistemas en abierta oposición con la doctrina católica y destituidos de todo fundamento racional.

Sistemas protestantes.—Estos sistemas pueden resumirse en los siguientes:—sistema *episcopal—territorial—colegial.*

Sistema episcopal.—El sistema episcopal (2), que es exclusivamente alemán, nació del hecho histórico de haberse suspendido la jurisdicción de los obispos católicos sobre los partidarios de la confesión de Augsburgo, en cuya dieta, celebrada en 1555, se dió el decreto imperial siguiente: «A fin de que los »dos partidos religiosos se conserven en buena y durable paz, »queda resuelto que hasta el completo allanamiento de las disi»dencias religiosas no se alegará ni ejercerá la jurisdicción ecle»siástica por lo pasado ni por lo porvenir contra los secta-

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. VI, cap. II, párrafo 301.—WALTER. *Derecho eclesiástico universal*, lib. I, cap. III.

(2) WALTER, ibid., párrafo 36.—PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. VI, cap. II, párrafo 301.

»rios de la confesión de Augsburgo en materias de religión, »de fé, nombramiento de ministros, ritos, reglamentos y ce»remonias.»

De este hecho, dicen los protestantes, resulta que la jurisdicción está provisionalmente devuelta á los soberanos, quienes desde entónces reunieron á su carácter ordinario el de los obispos interinos.

Esta teoría es un vano efugio destituido de todo fundamento, porque de una simple suspensión no nace la devolución, y además ésta no puede tener aquí lugar, porque se trata de una potestad que se confirió por Jesucristo á Pedro y sus sucesores, á los Apóstoles y en ellos á los obispos como sucesores suyos en el episcopado.

Otros para eludir este raciocinio dicen, que la jurisdicción espiritual no ha sido propiamente devuelta al poder civil, sinó que se ha confundido otra vez, volviendo á la fuente de donde salió.

Esta explicación ofrece el mismo inconveniente que la anterior en su parte esencial, porque supone en los soberanos un derecho que no les corresponde en concepto de tales.

Sistema territorial.—Cuando se planteó el sistema episcopal en Alemania (1) se cuestionaba en Holanda acerca de los derechos que pudieran corresponder á la autoridad temporal en materias religiosas. Hugo Grocio es el autor del *sistema territorial*, y dice que toda la potestad eclesiástica corresponde á la cabeza del Estado por su calidad de tal; de modo que el derecho de dirigir la religión y todas las cosas eclesiásticas, compete á la majestad de los príncipes por derecho intrínseco, en la misma forma y por igual razón que cualquier otro objeto del régimen civil.

Según esta teoría, las dos potestades, ó sea la espiritual y temporal, se refunden en una, bastando el sólo título de la su-

(1) PHILLIPS, ibid.—WALTER, ibid., párrafo 37.

perioridad territorial para obtener la otra autoridad, por el principio: *Cujus est regio, illius est etiam religio.*

Este sistema prescinde por completo de lo que se halla establecido por el Derecho divino positivo.

Sistema colegial.—Este sistema está en oposición con el sistema territorial y episcopal (1). Supone á la Iglesia como una reunión regida primitivamente por el principio de perfecta igualdad, y que despojada de sus derechos después por la intrusión de la jerarquía, los volvió á recuperar con la *reforma*, confiriéndolos entónces y por su libre voluntad á los príncipes protestantes, quienes en su virtud tienen dos clases de derechos con respecto á la religión: derechos mayestáticos de dominio eminente, que emanando por su esencia de la autoridad suprema corresponden al soberano en el mero hecho de serlo; y derechos del gobierno eclesiástico, primitivos derechos colegiales de la Iglesia, que ésta cedió á la cabeza del poder civil, ó sea á los príncipes, cuando lo tuvo por conveniente.

Este sistema tiene igual vicio que los anteriores; prescinde del derecho y desconoce la constitución primitiva de la Iglesia, porque para empeñarse en sostener que la autoridad ha residido originariamente en todo el pueblo, es necesario relegar al olvido todos los monumentos de la antigüedad y chocar de frente con el carácter fundamental de la Iglesia cristiana, obra de Jesucristo, su Divino Fundador, y nó de veleidades humanas.

Los autores de esta teoría se ven también en la necesidad de suponer que los Apóstoles fueron unos usurpadores de los derechos colegiales, y que el pueblo al recobrar sus primitivos derechos mediante la reforma protestante, los trasmitió expresa ó tácitamente á los soberanos; de todo lo cual no suministra dato alguno la historia, ó más bien nos dice lo contrario en términos muy claros.

Otros sistemas no ménos contrarios á la Iglesia católica.—Las diferentes naciones que permanecieron y se

(1) WALTER, ibid., párrafo 38.—PHILLIPS., id. ibid.

conservaron dentro de la unidad católica (1), sin imitar á las que aceptando el protestantismo renegaron de sus tradiciones seculares y rompieron abiertamente con el romano Pontífice para dividirse y subdividirse hasta el infinito en materias religiosas, no por esto dejaron de participar más ó ménos de las doctrinas protestantes, y muchos de sus hombres políticos, acaso sin advertirlo, secundaron á la *reforma*, atribuyendo ciertos derechos á los príncipes en materias propias de la Iglesia, bajo los especiosos pretextos que pueden resumirse en los siguientes:

Jus protegendi, ó sea el derecho de los príncipes no limitado á la simple defensa de la religión (2), sinó de arreglar y dirigir los negocios eclesiásticos.

De este supuesto derecho surgieron las llamadas *libertates gallicanæ*.

Jus cavendi, ó sea el derecho de precaución contra la Iglesia para evitar que la tranquilidad pública se altere, ó que la nación sea perjudicada en sus intereses por aquella.

En este pretexto se fundan las leyes del emperador de Austria José II contra la Iglesia (3).

Jus inspiciendi, (4), ó sea el derecho de inspección en lo relativo á la comunicación de los obispos ó de los fieles con la cabeza de la Iglesia.

En este supuesto derecho se funda el *Regium exequatur*, que está condenado en las proposiciones 28 y 29 del *Syllabus*.

Jus subveniendi, ó sea el derecho de socorrer á los súbditos contra los atropellos de la Iglesia.

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. I, cap. IV, párrafo 43.— HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars spec.*, lib. III, tít. II, cap. III, párrafo 2.º

(2) SCAVINI: *Comp. Jur. Canon. univ.*, cap. VI, sect. alt., art. 5.º, disp. alt.

(3) SCAVINI: *Comp. Jur. Canon. univ.*, cap. VI, sect. alt., art. 5.º

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. VI, cap. III.

En este supuesto derecho se funda la apelación *ab abusu* (1), que está condenada en la proposición 41 del *Syllabus*.

Su condenación.—Estos supuestos derechos se oponen abiertamente á la naturaleza de la Iglesia en su calidad de sociedad perfecta, independiente y suprema: lo mismo que á la constitución dada á la misma por su Divino Fundador, según se deja demostrado.

No es de extrañar, por lo tanto, que Pío IX haya condenado en la encíclica *Quanta Cura* la doctrina de los que dicen: «Que »la potestad eclesiástica no es por derecho divino, distinta ó in»dependiente de la potestad civil, y que no puede sostenerse »semejante distinción ó independencia, sin que la Iglesia invada »y usurpe los derechos esenciales de la potestad civil.»

El mismo Papa condenó en el *Syllabus* las proposiciones siguientes:

19, 20 y 41. Véase el capítulo anterior.

23. *Romani Pontifices et concilia œcumenica à limitibus suæ potestatis recesserunt, jura principum usurparunt, atque etiam in rebus fidei et morum definiendis errarunt.*

39. *Reipublicæ status, utpote omnium jurium origo et fons, jure quodam pollet nullis circunscripto limitibus.*

40. *Catholicæ Ecclesiæ doctrina humanæ societatis bono et commodis adversatur.*

Estado actual.—La situación de la Iglesia en los distintos países de Europa ha variado considerablemente en estos últimos tiempos: ya no existe ninguna nación socialmente cristiana ó católica, porque en todas existe pluralidad de cultos ó tolerancia religiosa más ó ménos amplia; con la particularidad de que en las naciones esencialmente católicas, la libertad de cultos ó la tolerancia se ha convertido de *hecho* en un medio de opresión al catolicismo y á los católicos (2).

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. III, cap. II, párrafo 62.—TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. II, cap. II, párrafo 1.º

(2) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. II, cap. I.—PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. VI, cap. III.

Con los progresos del *filosofismo racionalista*, se ha venido á proclamar el ateismo como la mejor forma de gobierno en las sociedades temporales, dando plena libertad á los ciudadanos de obrar en este punto como mejor les parezca, y por este motivo el sumo pontífice Pio IX condena de un modo expreso la doctrina anárquica é impía de los que dicen: «El mejor bienes»tar de la pública sociedad y el progreso civil exigen imperiosa»mente que la sociedad humana se constituya y gobierne sin »consideración alguna á la religión, como si no existiese, ó á lo »ménos que no se haga diferencia alguna entre (1) la religión »verdadera y las falsas.»

El indiferentismo absoluto en religión de parte de la potestad civil es imposible, sea cual fuere su situación ú organización, porque el estado no puede ménos de impedir que se vulneren los derechos de la religión y de no obrar así se convertiría en su enemigo y perseguidor; pero la Iglesia prefiere el indiferentismo, que es el resultado necesario de la libertad de cultos sin protección especial á ninguno de ellos, á la protección de la sociedad civil que tiene por objeto dirigir la religión (2).

Esto no obstante, la Iglesia en la actualidad está dando constantes ejemplos y pruebas de su vitalidad. El Papa sostiene y defiende los derechos de la Iglesia, á pesar de la situación especial en que se le ha colocado, ya condenando los errores modernos ó los antiguos nuevamente renovados, ya dirigiendo los asuntos eclesiásticos de las distintas naciones con una sabiduría superior.

Los obispos se hallan en su totalidad colocados al lado del vicario de Jesucristo en la tierra en toda clase de cuestiones y sin reserva alguna: basta una indicación del padre común de los fieles para cumplimentar con el mejor deseo su voluntad, no pensando siquiera en que la situación especial de su nación ó de

(1) Encíclica *Quanta Cura*, párrafo primero.

(2) HUGUENIN: *Exp. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. III, tít. II, cap. III, artículo 2.º

las respectivas diócesis, pueda proporcionarles grandes ó pequeños disgustos con el poder civil: de ello están dando admirables ejemplos los obispos de Alemania.

Esta perfecta concordia entre las múltiples autoridades eclesiásticas de los diversos puntos del mundo, con su casi infinita variedad de costumbres é intereses, no puede explicarse, sinó teniendo presentes aquellas sublimes palabras: *Tibi dabo claves regni cœlorum..... Ego vobiscum sum usque ad consummationem seculi.*

TÍTULO SEGUNDO

FUENTES DEL DERECHO CANÓNICO

CAPÍTULO PRIMERO

NOCIONES GENERALES Y FUENTES DEL DERECHO DIVINO.

ARTÍCULO PRIMERO

FUENTES DEL DERECHO CANÓNICO EN GENERAL

Fuentes del Derecho Canónico en su sentido extricto, y su número.—Se entiende por fuentes del Derecho Canónico: *Los lugares de donde la jurisprudencia sagrada toma sus argumentos* (1).

La palabra fuentes no expresa en sí otro concepto que el lugar del cual emana alguna cosa, y como todos los derechos proceden ó emanan del legislador, de aquí que las fuentes del Derecho Canónico serán tantas, cuantos sean ó hayan sido los legisladores en la Iglesia (2).

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, tom. I, proleg., pár. 5.º—BOUIX: *de princip. Jur. Can.*, part. 2.ª

(2) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. ecclesiast. prænotion*, cap. II.—WALTER: *Derecho eclesiástico univ.*, lib. II, cap. I.

En este supuesto las fuentes de Derecho eclesiástico son solamente cuatro, porque cuatro son precisamente los que tienen potestad legislativa en la Iglesia, á saber=

a) Jesucristo, fundador y legislador de ella.

b) Los Apóstoles en virtud de la potestad que recibieron del mismo Jesucristo.

c) Los Romanos Pontífices.

d) Los Obispos.

Fuentes del Derecho canónico en sentido más lato y número de ellas.—Los canonistas entienden también por fuentes del Derecho eclesiástico en sentido más lato: *los lugares en que se encuentra el mismo Derecho* (1).

Se dice *lugares*, porque de aquellos, como de sus propias fuentes, emanan las reglas y monumentos del Derecho, sus argumentos y pruebas.

Las cosas que nuestro Señor Jesucristo enseñó y mandó, nos fueron trasmitidas por los Apóstoles y se contienen en la Sagrada Escritura y tradición divina.

Las cosas sancionadas por los papas se contienen en sus constituciones.

Las disposiciones dadas por los obispos se hallan en sus estatutos y decretos de los concilios y sínodos.

Las cosas prescritas por los sumos pontífices y los obispos reunidos, se contienen en los cánones de los concilios generales y particulares.

En su consecuencia son fuentes del derecho canónico en este sentido:=

La Sagrada Escritura—la tradición—constituciones de los papas—decretos de las sagradas congregaciones—estatutos de los obispos—cánones de los concilios (2)—costumbres.

Por último, deben agregarse á las expresadas fuentes otras tres, que son: el Derecho natural,—los escritos ó sentencias de

(1) SOGLIA: *Id. Ibid.*

(2) *Prælect. Jur. Canon. in Seminario Sancti Sulpitii*, tomo I, proleg., pár. 2.º

los Santos Padres y el Derecho civil; porque de ellas se toman también los argumentos y pruebas que tienen autoridad en el Derecho Canónico (1).

Resumen de las Fuentes del derecho canónico.— El número total de las referidas fuentes en su sentido lato son las siguientes:

Sagrada Escritura,
Tradición divina.
Constituciones pontificias.
Concilios generales.
Decretos de las sagradas congregaciones.
Decretos de los concilios nacionales.
Concilios provinciales.
Sínodos diocesanos.
Estatutos de los obispos.
Derecho natural.
Sentencias de los Santos Padres.
Derecho civil.
Costumbre.

Sus especies.—Las fuentes del Derecho Canónico se dividen, atendido su origen y procedencia, en=

Divinas y *humanas*.

Las primeras se subdividen en =

Naturales y *positivas*.

Las fuentes de derecho humano se dividen en=

Eclesiásticas y *civiles*.

Unas y otras pueden ser=

Generales y *particulares*—*escritas* y no *escritas*.

(1) SOGLIA: *Id. ibid.*—TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. II, cap. III.

ARTÍCULO II.

FUENTES DEL DERECHO DIVINO.

§ 1.º

Derecho natural.

Derecho natural y clases de preceptos que contiene.—El Derecho natural es en el orden cronológico la primera fuente de todo Derecho (1), y la suma y compendio de todas las leyes. Diós le grabó en nuestros corazones, y «nadie »hay que no experimente tener impresa por Dios en su alma »una ley por la cual pueda discernir lo bueno de lo malo, lo ho»nesto de lo torpe y lo injusto de lo justo (2).»

Pero no todos los preceptos de este Derecho se presentan al hombre con igual evidencia: hay unos que se perciben inmediatamente por el hombre, sin que acerca de ellos pueda alegarse ignorancia; y por esto se dice de ellos que son los primeros principios de todos conocidos, como *Bonum est faciendum, malum est fugiendum.—Quod tibi non vis fieri, alteri non est faciendum.—Deus est colendus.*

Existen otros preceptos que sin dificultad alguna emanan de estos primeros principios, como son los preceptos del Decálogo.

Otros muchos preceptos morales (3) son consecuencia remota de los principios universales y como no se deducen de estos con la claridad y evidencia que los otros, de aquí que los

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. II.
(2) *Catecismo Romano*, part. 3.ª, cap. I.
(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eccles.* part. 1.ª, tít. I, pár. 5.º nota.

hombres más eminentes y los más distinguidos filósofos de la antigüedad incurrieron en lamentables errores, de los que no salió el mundo hasta la venida de Jesucristo (1).

Su uso y aplicación en el Derecho Canónico.—La ley natural no puede ménos de ser una de las primeras fuentes del Derecho Canónico, porque Dios es el autor de ella; pero en cuanto á su uso y aplicación en la jurisprudencia eclesiástica habrá de tenerse presente (2).

1. El Derecho natural no tiene aplicación al Derecho eclesiástico cuando se trata de la constitución y potestad de la Iglesia.

Como el régimen ó potestad y la forma de ejercer ésta, pende exclusivamente de la libre voluntad de Dios, es preciso acudir á la Sagrada Escritura, ó divinas tradiciones para resolver las cuestiones que surjan, sin que el Derecho natural pueda acerca de ello suministrar al hombre dato alguno.

2. Supuesta la naturaleza de la potestad eclesiástica y el fin á que se ordena, la razón y el Derecho natural puede servir para conocer la extensión de aquélla y sus límites; v. gr.: consta que Jesucristo instituyó el primado del Sumo Pontífice para sostener la unidad en la misma Iglesia, y de esto se infiere naturalmente, que la potestad de aquél se extiende á todo cuanto sea necesario para la conservación de la expresada unidad, porque el que quiere el fin, ha de suministrar medios idóneos para conseguirle.

3. El Derecho natural es la ley á que habrá de atenerse en lo relativo á los derechos y obligaciones acerca de la justicia natural y preceptos sobre las costumbres, cuando no existen leyes positivas que lo determinen.

Con arreglo á este principio habrán de resolverse las cuestiones, que surjan entre dos sociedades perfectas é independientes.

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, pár. 37.

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot*, cap. II, pár. 38.—VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. II, pár. 16.

4. Como la Iglesia no puede abrogar, dispensar ó derogar el Derecho natural (1), ni el divino-positivo, necesita conocer estas leyes y las humano-positivas; y por esto el papa S. Leon decía á Rústico, obispo de Narbona: *Sicut quædam sunt, quæ nulla possunt ratione convelli; ita multa sunt, quæ aut pro necessitate temporum, aut pro consideratione semper servata, ut in iis, quæ vel dubia fuerint, aut obscura, id noverimus sequendum, quod nec præceptis evangelicis contrarium, nec decretis Sanctorum Patrum inveniatur adversum* (2).

5. Finalmente, el Derecho natural es un auxiliar sumamente importante para demostrar la equidad de las leyes y para interpretarlas rectamente.

§ 2.°

Sagradas Escrituras.

Sagradas Escrituras, y sus especies.—Se entiende por Sagrada Escritura: *La palabra de Dios escrita por autores inspirados al efecto, mediante la asistencia del Espíritu Santo, y que como tal se nos propone por la Iglesia* (3).

Este conjunto de leyes positivas y sobrenaturales, que se nos han dado por la libre voluntad de Dios, son de uso frecuente en el Derecho canónico, como que la Iglesia tiene su fundamento en las leyes divinas.

La Sagrada Escritura se divide en=

Antiguo y *Nuevo Testamento* (4).

El Antiguo Testamento comprende cuarenta y cinco libros, y el nuevo veintisiete: de manera que los libros sagrados ascienden al número de setenta y dos (5).

(1) VECCHIOTTI: *Inst. can.*, lib. I, cap. II. pár. 15.
(2) *Distinct.* 14, C. II.
(3) PERRONE: *Tract. de locis theolog.*, part. 2.ª, sect. 1.ª
(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 32.
(5) *Concil. Trident.*, sesión 4.ª, *Decret. de can. script.*

Los libros sagrados se dividen por razón de la materia en=

Legales, históricos, proféticos y *sapienciales.*

Por razón de la clase de preceptos que contienen en=

Morales, porque versan acerca de la moral ó costumbres.

Ceremoniales, los cuales tratan de los ritos y ceremonias sagradas.

Judiciales, cuyos preceptos se refieren á los juicios (1).

Autoridad del Antiguo Testamento. — La ley antigua merece gran veneración por muchas razones, y principalmente porque fué dada por Dios á los hombres; pero sus reglas y preceptos obedecían á distintos fines: no tenían uno y el mismo objeto, y por este motivo sus efectos no son los mismos: así que en cuanto á su uso y aplicación al Derecho Canónico ha de tenerse presente:

Preceptos morales.— Sus leyes y preceptos morales están vigentes: son la interpretación auténtica del Derecho natural, y los mandatos de este Derecho son inmutables, como que proceden necesariamente de la naturaleza de Dios y de las criaturas, y por esto el mismo Jesucristo, aludiendo á este Derecho, dice: *Non veni solvere legem, sed adimplere* (2).

Preceptos ceremoniales y judiciales.—Los preceptos ceremoniales disponían lo relativo al estado público de la sinagoga y el sacerdocio, lo referente al culto divino, sacrificios y ritos sagrados: y los preceptos judiciales reglametaban la constitución civil de los hebreos.

Unos y otros preceptos quedaron abrogados por la venida del Mesías, de quien eran sombra y figura, porque cesó el objeto y fin de su institución; y en este supuesto no tienen autoridad legal entre los cristianos, ni pueden considerarse como fuente del Derecho Canónico (3).

(1) SANTO TOMÁS: *Summa Theolog.*, part. 2.ª, quæst. 99, art. 5.º

(2) MATTH., cap. V, v. 17.

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. I, párrafo 12.

Conveniencia y aun necesidad de su estudio.—La gran analogía é íntima unión entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, las mútuas relaciones en muchas de sus instituciones y el espíritu que á ellas preside, son razones bastantes para que se estudie aquella legislación como medio de comprender la nueva; y que sus disposiciones puedan citarse en confirmación de muchos puntos y materia del Derecho Canónico, v. gr., la distinción entre clérigos y legos, inmunidad de aquéllos, obligación de los fieles á sostener el culto y sus ministros, virtudes propias de los clérigos, etc., etc.

Distintas clases de preceptos ceremoniales y judiciales.—No todos los preceptos ceremoniales y judiciales del Antiguo Testamento pueden alegarse en la forma que se deja expresada; y á este efecto y para proceder con acierto en esta materia, conviene advertir que dichos preceptos han de pertenecer precisamente á una de las tres clases siguientes=

Mortíferos—muertos—canonizados.

Abrogación de los preceptos mortíferos.—Estos preceptos no pueden conciliarse con la fé cristiana, como la circuncisión, los sacrificios y otros de esta índole que, como eran sombra del futuro Mesías, desaparecieron con su venida y no pueden aplicarse ni ser restablecidos sin pecado (1), por más que se observaran algún tiempo después de la muerte del Señor y hasta tanto que el Evangelio se difundiera y propagara, á fin de que la sinagoga muerta fuese sepultada con honor (2).

Si podrán utilizarse los preceptos muertos.—Se llaman así los preceptos que la Iglesia no ha prescrito ni mandado, pero tampoco los ha reprobado, y pueden por lo mismo alegarse en confirmación de ciertos puntos de Derecho en virtud de su analogía con la materia, sin que por esto (3) tengan autoridad legal.

(1) Santo Tomás: *Summa Theolog.*, part. 2.ª, quæst. 103, art. 4.º
(2) Devoti: *Inst. Canon. proleg.*, cap. III.
(3) Santo Tomás, id. ibid.

Aplicación de los preceptos canonizados.—Se dá este nombre á los preceptos que han sido adoptados por la Iglesia, v. gr., los ritos acerca de la dedicación de los templos, vestiduras sagradas, incienso, lámparas, etc.

En la parte judicial renovó las penas sancionadas en el exodo contra los reos de homicidio (1) y estupro (2), contra los secuestradores (3) y los que han injuriado á otro ó causándole algun daño (4).

Estos preceptos no tienen autoridad por razón de su institución divina, sinó en virtud de la potestad de la Iglesia que los adoptó (5).

Importancia del Nuevo Testamento en el Derecho Canónico.—La nueva ley es la fuente principal del Derecho eclesiástico público; así que todo lo relativo á la fundación de la Iglesia, institución de la gerarquía y potestad conferida á los Apóstoles en general y á Pedro en particular sobre todas las cosas concernientes á la religión y al gobierno de la Iglesia, están tomadas textualmente de las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento (6).

Lo mismo debe decirse del Derecho privado: apénas habrá materia que no esté tomada, confirmada ó ilustrada con testimonios bíblicos (7).

El canonista puede y debe servirse de las Sagradas Escrituras del Nuevo Testamento, como que su autoridad legal es superior á cualquiera otra.

(1) Cap. I, tít. XII, lib. V *Decret.*

(2) Cap. I, tít. XVI lib. V *Decret.*

(3) Cap. I, tít. XVIII, lib. V *Decret.*

(4) Cap. I, II, III, IV y V, tít. XXXVI, lib. V *Decret.*

(5) Santo Tomás: *Summa Theolog.*, 1.ª, 2.ª, *quæst.* 104, art. 3.º

(6) Matth., cap. XVI, v. 18.—Cap. XXVI, v. 36 y sig.—Evang. S. Luc., cap. VI, v. 13 y sig.—Id., cap. XXII, v. 25 y sig.—Evang. S. Joann, cap. XX, v. 22 y sig.—Id., capítulo XXI, v. 15.—Id., cap. III, v. 5.—Epíst. 2.ª, *ad Thessalon.*, cap. III, v. 14.

(7) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., *notiónes gen.*, cap. III, art. 1.º

Sus distintos sentidos.—Como el sagrado texto encierra en sí distintos sentidos, es necesario advertir para no incurrir en equivocaciones sobre esta delicada materia que el sentido de las palabras bíblicas puede ser:—*literal*—*y místico.*

Sentido literal y sus acepciones.—El sentido literal es, el que expresan las mismas palabras según su acepción común ó general.

Las palabras pueden tomarse en su acepción propia y material como sucede ordinariamente, ó en un sentido metafórico; así que los escritores sagrados, sin salir del sentido literal, indican muchas veces alguna cosa bajo una noción imaginaria ó metafórica, v. gr., Jesucristo dice: *Et alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile et unus pastor* (1).

La simple lectura de las anteriores palabras basta para comprender que el nombre de *Oves* expresa las personas que han de ingresar en la Iglesia, y que la palabra *ovili* significa la misma Iglesia.

Sentido místico ó *espiritual.*—Este tiene lugar cuando las palabras, además de su sentido literal, encierran en sí algún otro concepto.

Esto bastará para comprender que sólo del sentido literal de las sagradas Escrituras pueden tomarse pruebas eficaces y de omnímoda autoridad (2).

Reglas que han de tenerse presentes.—La frecuente aplicación que se hace de la nueva ley en el Derecho Canónico, y su misma importancia para todos los cristianos, me mueve, ántes de terminar este punto, á consignar lo siguiente:

1. Como el sentido de las Sagradas Escrituras no siempre es tan claro que pueda entenderse por todos, dispuso el Concilio de Trento que nadie interprete la Sagrada Escritura contra el

(1) JOANN., cap. X, v. 16.

(2) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. eccles. præsl.*, cap. II.

sentido que ha dado á sus palabras, ni contra el unánime consentimiento de los Santos Padres (1).

El Concilio Vaticano ha renovado el decreto Tridentino y declarado que en las cosas de fé y costumbres: *Is pro vero sensu Sacræ Scripturæ habendus sit, quem tenuit ac tenet sancta mater Ecclesiæ, cujus est judicare de vero sensu et interpretatione Scripturarum Sanctorum; atque ideo nemini licere contra hunc sensum, aut etiam contra unanimem consensum Patrum, ipsam Scripturam sacram interpretari* (2).

2. Los Evangelios contienen la doctrina del mismo Jesucristo; pero los demás libros del Nuevo Testamento encierran en sí preceptos divinos y preceptos apostólicos, según indicación del Apóstol; cuando dice: *Præcipio non ego, sed Dominus... Nam ceteris ego dico, non Dominus* (3).

3. Los preceptos del Evangelio y los preceptos divinos que contienen los demás libros, no pueden derogarse ó abrogarse: son de observancia perpetua en la Iglesia (4); pero los preceptos que los Apóstoles dieron como rectores de las distintas iglesias, son disposiciones propiamente humanas y eclesiásticas, aunque exentas de todo error mediante la asistencia é inspiración del Espíritu Santo, y pueden abrogarse ó derogarse por la Iglesia ó por el Sumo Pontífice, aun cuando se encuentren consignadas en las Sagradas Escrituras.

De este modo se explica como la forma de elecciones sagradas, la abstinencia de la sangre y de las cosas ahogadas (5), las agapas, velo con que habían de cubrirse las mujeres en el Templo, el precepto de no ordenar á los neófitos y de no recibir

(1) Sesión 4.ª, *Decret. de edit. et usu sacr. lib.*

(2) Sesión 3.ª, cap. II.

(3) 1.ª *ad Corinth.*, cap. VII. vv. 10 y 12.

(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præmt.*, cap. II, párrafo 18.

(5) Pueden verse sobre esta materia las obras siguientes.—J. H. JANSENS: *Hermeneutica sacra.*—SOGLIA: *Institut. Jur. pub. eccles. præmt.*, cap. II.—VECCHIOTI: *Institut. Canon. proleg.*, cap. II y III.—J. PERRONE: *De locis theolog.*, part. 2.ª

acusaciones contra el presbítero, á ménos que se presenten dos ó tres testigos, etc., han sufrido modificaciones que los tiempos requerían; y por esta razón los papas dispensan en algunas irregularidades, por más que muchas de ellas se fundan en leyes contenidas en las epístolas de S. Pablo.

La facultad que compete á la Iglesia y al romano Pontífice respecto á las leyes apostólicas, no se extiende á los obispos, puesto que aquellas disposiciones pertenecen á la disciplina general de la Iglesia.

4. Los preceptos contenidos en las cartas de los Apóstoles, habrán de tenerse como propiamente divinos, si versan acerca de la fé ó costumbres, ó sobre materia que excede á la potestad humana, como la institución de sacramentos.

En las cosas concernientes á la disciplina también se tendrán en el mismo concepto, á ménos que de las palabras ó de su contexto aparezca claramente que fueron dispuestas por los Apóstoles como rectores de las respectivas Iglesias.

§ 5.°

De las tradiciones.

Tradición, y sus especies.—Se entiende por tradición: *la doctrina acerca de la fé, costumbres ó disciplina no escrita por el que la dictó, ó por otra persona mediante órden suya* (1).

La tradición se divide en varias especies, que pueden resumirse en las siguientes: *divina* (2) *y humana—apostólica* (3) *y eclesiástica* (4)*—perpetua y temporal* (5)*— universal y particular —necesaria y libre.*

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, párrafo 19.
(2) *Concil. Trident.*, sesión 4.ª, *Decret. de canon. scriptur.*
(3) C. V. distinct. 11.
(4) C. IV. distinct. 12.—C. VI, distinct. 64.
(5) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 2.ª, sect. 2.ª

Tradición divina, y su existencia en la Iglesia católica.—Tradición divina es *la doctrina revelada por Dios y trasmitida de viva voz por los Apóstoles, sin haberse consignado por éstos en los sagrados libros.*

De manera que las tradiciones divinas no perderán su carácter de tales, aunque se hallen consignadas por escrito en las obras de los santos padres y actas de los concilios, porque no están contenidas en los libros sagrados, y esto es lo que las distingue de la Sagrada Escritura.

La verdadera religión, cuya existencia se remonta al orígen del hombre, se conservó mucho tiempo por la tradición, sin que ninguno de sus preceptos se consignara por escrito hasta que lo hizo Moisés y otros autores inspirados del Pentateuco y demás libros sagrados del Antiguo Testamento; pero áun entónces hubo tradiciones divinas, y por esto se previene á los Israelitas que conserven las tradiciones divinas (1) .

En la ley de gracia, aunque los Apóstoles consignaron por escrito en distintos tiempos muchos de los preceptos y consejos dados por Jesucristo, miéntras permaneció entre los hombres, no lo hicieron de todos; así que el Apostol dice en su carta segunda á los Tesalonicenses: *State et tenete traditiones, quas didicistis, sive per sermonem, sive per epistolam nostram* (2).

En la carta segunda á Timoteo le previene: *Quæ audisti á me per multos testes, hæc comenda fidelibus hominibus, qui idonei erunt et alios docere* (3).

Esta misma doctrina se halla consignada entre otros lugares de la Sagrada Escritura (4); de modo que no puede negarse sin cerrar los ojos ante la luz.

(1) Exod., cap. XIII, vv. 8 y 14.—Deuter., cap. IV, v. 9, cap. VI, vv. 20 y 21.—Psalm. 77, vv. 3, 4, 5, 6 y 7.—Eclesiastic., cap. VIII, vv. 9, 10, 11 y 12.

(2) Cap. II, v. 14.

(3) Cap. II, v. 2.

(4) Epist. II: S. Joann. v. 12.—Epist. III, v. 13.—Evang. S. Joann., capítulo 21, v. 25.

Errores acerca de este punto y su condenación. —Los protestantes, siguiendo el principio disolvente del espíritu privado proclamado por ellos, han negado la existencia de las tradiciones divinas; y sólo admiten la Sagrada Escritura como regla infalible en cuanto á la fé y costumbres.

Por esta razón el Concilio de Trento, apoyado en toda clase de monumentos de la antigüedad eclesiástica y en la doctrina constante de la Iglesia, anatematizó el error de los novadores del siglo XVI (1), y declaró que existen tradiciones divinas.

Esta misma verdad se halla consignada en el Concilio Vaticano (2).

Autoridad de las tradiciones divinas.—La tradición divina es otra de las fuentes del Derecho divino (3), y el canonista sacará de ella, lo mismo que de la Sagrada Escritura, pruebas incontestables ya en las cuestiones de fé y costumbres, ya en lo relativo á los sagrados ritos y disciplina eclesiástica.

Esta fuente del Derecho es tan importante, que sólo por ella puede conocerse el verdadero sentido de las Sagradas Escrituras en los casos dudosos; sirve para distinguir los libros canónicos de los apócrifos; el número de aquellos, y muchas verdades reveladas no consignadas en los libros divinos, porque, como dice S. Juan: *Sunt autem et alia multa, quæ fecit Jesus: quæ si scribantur per singula, nec ipsum arbitror mundum capere posse eos, qui scribendi sunt libros* (4).

Reglas para distinguir las tradiciones divinas de las humanas.—Los protestantes y sus secuaces han negado principalmente la existencia de las tradiciones, porque á su juicio es imposible distinguir las verdaderas de las falsas.

Por este motivo, y porque no es igual la virtud y eficacia

(1) Sesión 4.ª, *Decret. de Canon. Script.*.
(2) Sesión 3.ª, cap. II.
(3) *Concil. Trid. sesión 4.ª, de Canon. scriptur.*
(4) Evang. S. Joan;, cap. XXI, v. 25.

de unas y otras tradiciones, paso á consignar las reglas por medio de las cuales pueden distinguirse las tradiciones divinas de las humanas.

a) Es tradición divina, si su materia pertenece á la fé, porque ésta tiene sólo á Dios por autor (1).

b) Igualmente es divina, si versa sobre cosas que superan la potestad humana; tal es la materia y forma de los sacramentos (2).

c) También es tradición divina, cuando lo que manda ó prohibe procede de Jesucristo ó del Espíritu Santo, según el común sentir y consentimiento unánime de los Santos Padres (3).

d) En igual caso se encuentra todo aquello que sin estar consignado en las Sagradas Escrituras, se observa y enseña por la Iglesia como de tradición divina, porque la Iglesia no puede incurrir en error sobre estas materias (4).

Tradiciones humanas, y sus especies.—Se entiende por tradiciones humanas: *la doctrina ó leyes prescritas de viva voz por las personas que tienen potestad legislativa en la Iglesia.*

Se dividen en:

Tradiciones apostólicas, que son: *las reglas prescritas por los Apóstoles como rectores de las Iglesias en virtud de su potestad.*

Tradiciones eclesiásticas, que pueden definirse: *las leyes dictadas de viva voz por el Sumo Pontífice ú otras autoridades eclesiásticas en uso de su potestad.*

Unas y otras serán perpetuas ó temporales, universales ó particulares, según la fuente de donde proceden, ó la voluntad de quien las dió.

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., *notion. gener.*, cap. III, art. 1.º, párrafo 2.º

(2) *Id. ibid.*—VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, pár. 36.

(3) VECCHIOTI: *Id. ibid.*

(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænotion.*, cap. II, pár. 20.

Reglas para distinguirlas.—Las tradiciones humanas se distinguen de las divinas por los medios señalados en el párrafo anterior.

Las tradiciones apostólicas se distinguen de las meramente eclesiásticas (1), en que estas últimas tienen su principio en los Sumos Pontífices, concilios ó Santos Padres, sin que puedan remontarse á los tiempos de los Apóstoles.

Estas tradiciones, como que son verdaderas leyes, habrá obligación de observarlas, del mismo modo que las consignadas por escrito, porque su autoridad no está en la escritura, sinó en la potestad del que las dictó; pero cesarán de obligar desde el momento que han sido abrogadas por alguno de los medios legales.

CAPÍTULO II.

CONSTITUCIONES PONTIFICIAS Y FORMA EN QUE SE EXPIDEN.

ARTÍCULO I.

DE LAS CONSTITUCIONES PONTIFICIAS.

Constituciones pontificias, y sus especies.—Los Sumos Pontífices reciben su potestad inmediatamente de Jesucristo (2), y la ejercen principalmente por medio de sus constituciones, de las cuales como fuente primera y copiosísima del derecho humano, procede de la mayor parte del Derecho Canónico, ya en lo concerniente al culto y dirección del pueblo cristiano, ya en lo relativo á los juicios, administración de las cosas

(1) JUENIN: *De locis. theolog., disert. 4.ª, quæst. 2.ª* cap. III.—THOMÆ EX CHARMES *Theolog. univ., de locis theolog. disert. 5.ª*, cap. II, quæst. 2.ª

(2) BERARDI: *Comment. in jus eccles. univ.*, tomo I, *disser. 2.ª* capítulo I.—BOUIX: *De princip. Jur., Canon.*, part. 2.ª, *sect. 2.*

eclesiásticas, y en una palabra, en todo el conjunto de leyes por las que se rige la Iglesia.

La palabra constitución pontificia, tomada en un sentido genérico, sirve para expresar cualquier escrito, en que el Romano Pontífice dispone alguna cosa sobre asuntos eclesiásticos, y en este concepto podrá definirse: *las letras que el Sumo Pontífice dirige á la Iglesia universal, á una parte de ella, ó á una ó más personas, sobre un asunto eclesiástico, particular ó de interés común.*

Las constituciones pontificias se dividen=

Por razón de la materia en=

Disposiciones generales *(ordinationes communes)* y particulares *(ordinationes particulares)*.

Dogmáticas y disciplinales.

Rescriptos y privilegios.

Por razón de la forma en que se expiden, se dividen en=

Bulas y breves (1).

§ 1.º

Disposiciones generales.

Disposiciones generales, y sus distintos nombres.—Las disposiciones generales se dividen en=

Dogmáticas y *disciplinales* (2).

Las dogmáticas versan sobre las relativas á la fé ó costumbres, y éstas obligan á todos los fieles, y las acompaña la infalibilidad, según se probará más adelante (3).

Las relativas á la disciplina, que tienen por objeto los sagrados ritos ó ceremonias y la externa policía eclesiástica, re-

(1) BOUIX: *De princip. Jur., Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, párrafo 1.º y sig.

(2) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. eccles., prænot.*, cap. II, párrafo 21.

(3) Véase el lib. II, tít. II, cap. I.

ciben distintos nombres, según su materia ó causa que las motiva, y pueden resumirse en lo siguiente:

1. Se las dió antiguamente el nombre de *auctoritates* (autoridades) (1), á fin de expresar su valor y fuerza obligatoria; pero con el tiempo dejó de usarse esta palabra.

2. *Constituciones*, cuando prescriben de un modo permanente alguna cosa para toda la Iglesia ó parte de ella (2).

3. *Decretos*, cuando se expiden por el Sumo Pontífice sin mediar postulación de alguna persona.

Por esta razón se llama también á estos decretos *motus propii* (3).

Muchas veces se expresa con la palabra *Decreto* cualquiera clase de ley pontificia, ó el conjunto ó colección de leyes eclesiásticas, en cuyo sentido se dice: Decreto de Graciano—Decreto de Ibón, etc.

4. *Epístolas decretales*, cuando se dan en virtud de consulta, (4) relación ó postulación de alguna persona ó corporación.

Se las da también el nombre de *respuestas* (responsa): y por último, la palabra *Decretales* se ha usado y se usa para designar cualquiera clase de letras apostólicas (5).

Aunque muchas decretales se dictaron en contestación á consultas que se hacían á la Santa Sede, no por esto dejan de ser leyes generales, porque se escribieron para que sirvieran de regla en todos los casos semejantes; y por esto dice Inocencio III: *In causis, quae Summi Pontificis judicio deciduntur, et ordo juris et vigor aequitatis est subtiliter observandus. Cum in similibus casibus caeteri teneantur similiter judicare. Nisi forte*

(1) SOGLIA: *Instit. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, párrafo 22. nota.
(2) BERARDI: *Comment. in Jur eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. II.
(3) BERARDI: *Instituciones de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. V, párrafo 4.º
(4) C. III, párrafo 16, distinct. 15.
(5) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I. cap. II, párrafo 13.

cum aliquid (causa necessitatis et utilitatis inspecta) dispensative duxerit statuendum (1).

Encíclicas y sus especies.—Se dá el nombre de encíclica, á las letras apostólicas que el Papa dirige á todos los fieles.

Estas letras se dividen en=

Católicas y *tractatorias* (tractatoriæ), según que se dirigían á los fieles de todo el mundo, ó se circulaban para la celebración de los concilios (2).

Clericales, diaconales y *episcopales*, según que se dirigían á todo el clero, á los diáconos, ó á los obispos.

Denunciativas, declarativas, indicativas, pascuales, salutatorias, ó *sinodales,* según que se denunciaba á un hereje ó infiel, se declaraba alguna doctrina como herética, se indicaba la declaración de alguno como beato ó santo, se manifestaba el día de la festividad de la pascua, se saludaba á los obispos ó se les citaba para su asistencia en los concilios.

§ 2.°

Disposiciones particulares.

Disposiciones particulares, y sus especies.—*Las disposiciones particulares* son: *las letras pontificias dirigidas á particulares en contestación á la relación, súplica ó postulación hecha á la Santa Sede.*

Se dividen en—*rescriptos* y *privilegios.*

(1) Cap. XIX, tít. XXVII, lib. II *Decret.*

(2) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tomo I, disert. 2.ª, cap. II.

SECCIÓN 1.ª

De los rescriptos.

Rescriptos, y sus especies.—Se entiende por rescripto: *la contestación ó respuesta del Sumo Pontífice dada por escrito á instancia de alguno, que consulta ó pide una gracia.*

Se dice *respuesta* del Sumo Pontífice, porque solo él puede conceder ó dar rescriptos en cosas ó asuntos eclesiásticos.

Dada por escrito para distinguirlo de la respuesta oral.

A instancia de alguno, etc. porque la respuesta supone pregunta.

Los rescriptos pueden ser=

De *gracia* ó de *justicia* (1).

Generales y *especiales.*

Juxta, contra y *præter jus* (2).

Los rescriptos de gracia proceden de mera liberalidad del Sumo Pontífice, y los de justicia se expiden para administrar justicia (3).

Partes de que constan.—Todo rescripto consta de tres partes que son; *narración—súplica—conclusión.*

En la narración se reproduce lo expuesto por el suplicante.

En la súplica se consignan las razones en que funda aquél su petición.

La conclusión es la parte más importante del rescripto, porque el Sumo Pontífice concede ó niega en absoluto, ó bajo ciertas condiciones, lo que se pide; y por esta razón es preciso fijarse de un modo especial en la conclusión, ó sea en la parte dispositiva de los rescriptos.

(1) BERARDI: *Commet. in Jus. eccles. univ.*, tomo I, disert. 2.ª, cap. II.
(2) MASCHAT: *Cursus Jur. Can.*, lib. I, tít. III.
(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. II, párrafo 13.

Requisitos para su validez.—Los rescriptos llevan siempre estas cláusulas: *Si res ita est.—Si preces veritate nitantur.*

De modo que si se ha expuesto un hecho falso, ó callado la verdad, es nulo el rescripto *per obreptionem vel subreptionem*, siempre que estas circunstancias, ó alguna de ellas, haya sido la causa motiva de la concesión de aquél (1).

Los rescriptos dados contra ley no valen, á ménos que en ellos se haga mención de la ley; lo cual señala su diferencia de las constituciones pontificias, porque éstas revocan las anteriores en lo que les sean contrarias, aunque no se haga mención de ellas (2).

Sus efectos, y tiempo en que se verifican.—Los rescriptos producen los efectos (3) siguientes:

Constituyen un derecho especial respecto á las personas en cuyo favor se hán expedido (4).

Cuando el Sumo Pontífice en su contestación á la consulta interpreta el derecho común, el rescripto constituye regla ó derecho común (5), según lo acredita la respuesta dada por Inocencio III en 1213 al arzobispo de Cantorbery, en la que le dice: *Ad hoc igitur respondemus, quod in consultatione nostra jus editur* (6).

Los rescriptos de gracia surten su efecto desde el día de la fecha en que se expidieron; de modo que si dos personas han obtenido respectivamente rescriptos para un mismo beneficio, ha de preferirse en igualdad de circunstancias el de fecha anterior, pero cuando estas gracias requieren un ejecutor de ellas, entonces surten su efecto desde el día en que se ejecutan (7).

(1) Cap. II, VI, VIII, X y XX, tít. III, lib. I *Decret.*
(2) Cap. I, tít. II, lib. I *sext. Decret.*
(3) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III.
(4) C. III, dist. 3.ª
(5) Soglia: *Inst. Jur. pub. ecclesiast. prænot.*, cap. II, párrafo 26.
(6) Cap. IX, tít. XXXIV, lib. III *Decret.*
(7) Maschat; *Cursus Jur. Canon.*, lib. I, tít. III, párrafo 3.º

Los rescriptos de justicia empiezan á surtir su efecto desde el día de la notificación (1); pero si se deja trascurrir un año sin hacer uso de las letras apostólicas por malicia ó negligencia, y en el entretanto su adversario ha conseguido otro rescripto, queda sin efecto el primero (2).

Cesación de los rescriptos.—Los rescriptos, tanto de gracia como de justicia, cesan de muchos modos, que pueden resumirse en lo siguiente:

1. Los rescriptos de justicia espiran por muerte del que los concedió, *si res adhuc integra sit*, lo cual no tiene lugar respecto á los rescriptos de gracia (3),

2. Los rescriptos cesan *lapsu temporis præfineti;* pero el término señalado en los rescriptos de justicia para terminar la causa puede prorrogarse por consentimiento de las partes, puesto que ha sido fijado en provecho suyo (4).

3. Se entiende que los rescriptos de gracia se conceden perpetuamente, ó sea durante la vida de los que los han obtenido, si en ellos no se fija el tiempo de su duración ó llevan la cláusula *Ad beneplacitum Sedis Apostolicæ.*

Cuando se dice en ellos: *Ad beneplacitum nostrum* duran mientras vive el papa que los concedió (5).

4. Los rescriptos cesan por muerte de la persona encargada de su ejecución, si contienen las cláusulas: *Fidei et diligentiæ tuæ committimus—Discretioni tuæ mandamus—Super quibus conscientiam tuam oneramus—Per te expediri mandamus—Ut personaliter exequaris*, etc.

Pero si la delegación no se hace á la persona, sinó á la dignidad, v. gr., *Vicario capitulari—Ordinario—Vicario generali*, etc., entonces la ejecución del rescripto pasa á los sucesores, porque la dignidad ó el cargo no muere (6)

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. I, tít. III, párrafo 3.°
(2) Cap. XXIII, tít. III, lib. I *Decret.*
(3) Cap. IX, tít. XIV, lib. I. *sext. Decret.*
(4) Cap. IV y XXIV, tít. XXIX, lib. I *Decret.*
(5) Cap. V, tít. III, lib. I *sext. Decret.*
(6) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. II.

SECCIÓN 2.ª

De los privilegios.

Privilegios, y en qué se distinguen de la dispensa de ley.—Se entiende por privilegio: *la concesión de un derecho especial* y *permanente* (1).

Se diferencia el privilegio de la dispensa, en que esta es una gracia que se opone á la ley, y el privilegio no siempre la deroga, lo cual tiene lugar cuando es *praeter legem.*

La dispensa se concede para un caso particular, y cesando éste la ley obliga al dispensado, y el privilegio se concede de un modo permanente (2).

Sus especies.—Los privilegios se dividen:

1. En privilegio contra ley *(contra legem)*, y fuera de la ley *(prater legem).*

El primero es propiamente una ley particular contraria al derecho común (3).

El segundo no puede en rigor llamarse privilegio, y sí gracia ó beneficio.

2. En meramente *gracioso*, como si se concede por mera liberalidad ó benevolencia.

Remuneratorio ó en consideración á los méritos de las personas, como ha sucedido respecto á muchos privilegios de los regulares.

Oneroso ó convencional, ó sean cuando se concede en justicia mediante pacto recíproco (4)

(1) C. III, distinct. 3.

(2) *Prælect. Jur. Cænon. in Seminar. S. Sulpit. prolegom.*, párrafo 5.º, número 46.

(3) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. V, tít. XXXIII, párrafo 1.º

(4) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. V, tít. XXXIII, párrafo 1.º

3. *Personal*, ó sea cuando se concede á la persona independientemente de la cosa, oficio ó cargo que tenga; de manera que se extingue con la persona misma, como sucede respecto al beneficio de competencia concedido á los padres, marido, militares, y clérigos.

Real, ó sea el concedido á las personas por razón del cargo, cosa, lugar ó dignidad (1).

4. En privilegio concedido *motu proprio* (2) y á *instancia de parte* (3).

Privado y común (4), según se ha concedido en favor de ciertas corporaciones ó institutos, como los privilegios de los militares y de los clérigos, ó en provecho de personas, lugares ó institutos particulares.

Absoluto y condicional.

Eclesiástico y político.

Favorable y odioso.

Afirmativo y negativo (5).

Modos de adquirirlos.—Los privilegios pueden adquirirse por—*rescripto del príncipe—costumbre ó prescripción*—ó por *comunicación*.

Se adquieren por *rescripto*, porque los privilegios son acto propio de la potestad legislativa, y sólo el legislador puede eximir del cumplimiento de las leyes y obligar á los demás á que no impidan al privilegiado el uso del derecho especial que les ha sido concedido.

El legislador puede concederlos de viva voz; pero generalmente lo hace por escrito, y así lo requiere la buena administración. Por esta razón Bonifacio VIII, en una decretal de 1298 dispone que los exentos mediante privilegio de la Santa Sede,

(1) Cap. VI, tít. XXIII, lib. II *Decret.*

(2) Cap. XXIII, tít. IV, lib. III, *sext. Decret.*

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 92.

(4) PHILLIPS: Id. ibid.

(5) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. V, tít. XXXIII, párrafo 1.º

estén obligados á presentarle y exhibirle para que pueda leerse íntegramente; lo mismo que á entregar un testimonio de sus rescriptos en la parte relativa á los artículos controvertidos, siempre que sean requeridos al efecto por los *ordinarios* (1).

Se adquieren por *costumbre*, porque es uno de los medios, para abrogar ó derogar una ley; pero acerca del tiempo necesario al efecto habrá de tenerse presente lo que manifestarémos en su lugar respectivo (2).

Los privilegios se adquieren también por *comunicación*, cuando el superior extiende á otros el privilegio que ha concedido á uno; lo cual puede verificarse:

Por disposición especial *(absolutè seu pariformitèr et æquè principalitèr)*.

Por ley general *(relativè seu adiustar, indirectè, accesoriè.)*

Si la concesión del privilegio se ha verificado de este último modo, aumentará, disminuirá, ó se perderá, según que esto tenga lugar en los que primeramente obtuvieron el privilegio.

Si el privilegio se concede por disposición especial, entónces no aumenta, disminuye ó se pierde, porque esto tenga lugar respecto á la persona á quien se concedió primeramente (3).

Sus efectos.—Los efectos del privilegio son los siguientes:

1. El privilegiado tiene derecho á usar del privilegio conforme á su tenor y recta interpretación, y á que nadie pueda impedirle en su ejercicio (4); pero ha de observar en su uso las condiciones de lugar, tiempo y modo, etc., expresadas en la concesión.

Si está concedido en términos absolutos, y la especialidad ó calidad de la materia no aconseja otra cosa, entónces la gracia

(1) Cap. VII, tít. VII, lib. V, *sext. Decret.*

(2) Véase el cap. último de este título.

(3) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. V, tít. XXXIII, pár. 1.º, núm. 174.

(4) Cap. XXVI, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*

concedida puede extenderse á todo tiempo y lugar dentro del territorio del que la ha concedido, v. gr.: si se ha obtenido privilegio para leer libros heréticos, podrá usar de esta gracia en todas partes (1).

2. El privilegiado no tiene obligación á usar del privilegio, porque es lícito renunciar á lo favorable (2), á ménos que surja una obligación *per accidens*, v. gr., oir misa los dias de precepto en tiempo de entredicho; lo cual tiene también lugar cuando el privilegio se ha concedido por un fin público, y por esto el clérigo no puede renunciar al privilegio del fuero, porque es un favor público que el particular no tiene derecho á renunciar, como dice Inocencio III (3) al arzobispo de Pisa.

3. Cuando hay dos privilegiados, si los privilegios son iguales y no opuestos entre sí, el uno (4) de los privilegiados usa del privilegio contra el otro privilegiado, porque éste no se considera privilegiado en cuanto á este efecto, v. gr., la Iglesia y el menor lesionados gozan del beneficio de restitución contra la iglesia ó menor que causan la lesión.

Si los privilegios son desiguales y opuestos entre sí acerca de una misma cosa, el privilegio especial prevalece contra el general por la regla de Derecho: *Generi per speciem derogatur* (5).

Cuando ambos privilegios son igualmente generales ó especiales, prevalece el más antiguo ó el concedido *a majori potestate*.

Si los privilegios tienen una contrariedad aparente, prevalece el más absoluto, v. gr., la iglesia privilegiada y en su virtud exenta de pagar diezmos prevalece contra la iglesia privilegiada para exigir diezmos de todas las iglesias, porque en este

(1) MASCHAT: *Cursus Jur Canon.*, lib. V, tít. XXXIII, pár. 1.°, núm. 175.
(2) Cap. VI, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*
(3) Cap. XII, tít. II, lib. II *Decret.*
(4) MASCHAT: Id. ibid.
(5) Regla 34, in 6.°

segundo privilegio existe la tácita condición: *Ad omnibus, si non sunt exemptæ à solvendes dicimis* (1).

4. No puede usarse del privilegio ántes de saber que ha sido concedido.

Cuando el privilegio se concede *motu proprio*, no surte su efecto ántes de la aceptación del privilegiado.

Si ha sido concedido á instancia de parte, surte su efecto desde el dia de la concesión, ó mejor dicho, desde que se tiene noticia de que se ha concedido (2).

Interpretación de los privilegios.—La interpretación doctrinal de los privilegios no ha de hacerse arbitrariamente, sino con sujeción á las reglas siguientes:

a) Que las palabras se tomen en su sentido propio ó comunmente recibido, y de manera que contenga cierta gracia ó favor especial *contra vel prœter legem* (3).

b) Los privilegios odiosos ú opuestos al derecho común ó al de un tercero han de restringirse, y los meramente favorables se han de interpretar latamente (4).

c) Los privilegios admiten interpretación *comprensiva*. v. gr., el privilegio de los hijos, hermanos y religiosos regulares es común á las hijas, hermanas y religiosas, siempre que el privilegio verse sobre cosa acomodada á unos y otras; porque *ubi est eadem ratio, eadem est juris ac privilegii dispositio* (5).

d) No admiten interpretación *extensiva*, porque los privilegios proceden exclusivamente de la voluntad del que los concede, y aunque exista igual razón respecto á las cosas ó personas en él no expresadas, que en cuanto á aquellas otras que señala, el privilegio no puede extenderse á las no comprendidas (6), v. gr.,

(1) MASCHAT: Id. ibid.
(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 5.°, núm 54.
(3) MASCHAT, id. ibid.
(4) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibid.
(5) MASCHAT, id. ibid.
(6) Cap. IX, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*

el que por su ciencia ó méritos ha obtenido licencia de leer libros de los herejes, no puede extender esta gracia á las personas no expresadas en aquélla, áun cuando tengan iguales méritos y ciencia (1).

e) Los privilegios favorables concedidos en bien de la religión se han de interpretar latamente (2).

Cómo se pierden.—Los privilegios se pierden por—revocación—renuncia—no uso ó abuso—cesación de la causa—*ipso facto*.

Revocación de los privilegios.—La revocación puede ser *tácita* ó *expresa*, según que se hace directamente manifestando que se revoca tal ó cual privilegio, ó de un modo indirecto dando una ley contraria al privilegio.

Acerca de este punto habrá de tenerse presente:

a) Que una ley general en la que se usan estas palabras, *non obstantibus quibuscumque privilegiis*, no revoca los privilegios en que se dice que no quedarán revocados sinó se hace mención especial de ellos.

b) El privilegio especial deroga al general.

c) La ley contraria posterior deroga al privilegio anterior contenido en el cuerpo del Derecho; porque no es de suponer que se ignore por el legislador.

d) El legislador no puede revocar los privilegios onerosos, sinó en casos extraordinarios y por causa grave y pública.

e) Lo mismo debe decirse de los privilegios remuneratorios; pero puede hacerlo válidamente, aun sin causa, de los privilegios graciosos (3).

Su cesación por renuncia.—Si el privilegio contiene una gracia meramente personal, entónces sólo se requiere el consentimiento del que lo concedió, ó su sucesor; porque libre es cada cual de renunciar á su derecho.

(1) MASCHAT, cap. IX, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*
(2) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, ibid.
(3) MASCHAT, id ibid.

Cuando el privilegio contiene un favor público, el particular no puede renunciarlo (1).

Cómo se pierden por el no uso ó uso contrario. —Se pierden los privilegios por el *no uso* ó *uso contrario*, cuando contienen un gravámen contra un tercero (2), como en el caso de cobrar diezmos ó alcabalas ó de no pagarlas.

Si el privilegiado no se utiliza del privilegio pudiendo hacerlo, y deja transcurrir el tiempo necesario para la prescripción, perderá el privilegio.

No se pierde el privilegio por el *no uso*, cuando es una mera facultad de obrar ó no obrar, como el privilegio de decir misa ántes de la aurora ó después del medio dia; de no asistir al coro ó de no rezar el oficio divino (3).

Pérdida del privilegio por abuso ó cesación de su causa.—Se pierde el privilegio por abuso que merezca ser privado del privilegio (4) ó que lo pierda *ipso facto* (5).

Se pierde por cesación de la causa, si ésta cesó ántes del acto (6) de la concesión y también si ha cesado después, siempre que así lo exprese el escrito en que se conceda la gracia.

Su cesación ipso facto.—Se pierde *ipso facto* en los casos siguientes:

a) Por muerte de la persona (7) en los privilegios personales.

b) Por haber desaparecido la cosa en los privilegios reales (8).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, id. ibid.

(2) Cap. VI y XV, tít XXXIII, lib. V *Decret.*

(3) MASCHAT, cap. VI y XV, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*

(4) Cap. XVIII, tít. XXXI, lib. III *Decret.*—Cap. XI y XXVII, tít. XXXIII, lib. V *Decret.*

(5) Cap. II, tít. V, lib. I *Decret.*—MASCHAT, id. ibid.

(6) MASCHAT, id. ibid.

(7) Lib. V, tít. XII, *sext. Decret.*, reg. 7ª

(8) MASCHAT, id. ibid.

c) Si ha pasado el tiempo para el cual se concedió.

d) Si no se ha cumplido la condición bajo la cual se otorgó (1).

ARTÍCULO II

DE LA FORMA EN QUE SE EXPIDEN LAS CONSTITUCIONES PONTIFICIAS.

§ 1.°

De las bulas.

Significación de la palabra bula en la antigüedad.—Los filólogos discuten sobre la etimología de la palabra *bula* (2); pero es lo cierto que antiguamente se dió este nombre al sello que los emperadores y reyes acostumbraron usar en escritos importantes, y que el nombre del sello pasó á las letras que iban selladas.

Sus especies.—Como los sellos eran de oro, plata, plomo, etc., de aquí los distintos nombres dados á los escritos que los llevan.

Bulas apostólicas y su orígen.—Se entiende por bulas apostólicas, *las letras expedidas por los papas sobre importantes asuntos eclesiásticos que llevan el sello correspondiente.*

Los sumos pontífices usaron desde muy antiguo de estos sellos en sus escritos, que por esta razón recibieron el nombre de bulas.

Algunos, como Domingo Rainaldo, creen que el papa S. Silvestre usó ya del sello de plomo (3) y que lo mismo hi-

(1) MASCHAT, id. ibid.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, parte 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, pár. 2.°

(3) BERARDI: *Commet. in Jus. eccles. univ.*, tom. I, disert. 2.ª, cap. II.

cieron los papas S. León I y S. Gregorio *el Grande*, fundándose para ello en monumentos antiguos.

El cardenal Petra (1) asegura que el papa Agaton signó todas las letras apostólicas con cera, y como poco después aumentaron considerablemente los diplomas pontificios, se acostumbró á usar el sello de plomo, como consta que lo hizo Estéban III en 752 y Adriano I en 772.

Debe sin embargo advertirse que no se conoce bula más antigua con las imágenes de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que una del papa Adriano IV dada hácia el año 1155 (2).

Literæ aureæ y desde cuándo datan.—Se llaman *literæ aureæ*, las letras pontificias que llevan el sello de oro.

Respecto al origen de estas bulas algunos escritores creen que el papa Clemente VII usó del sello de oro en el diploma en que concedió á Enrique VIII, rey de Inglaterra (3), el título de *Defensor de la fe*.

Otros aseguran que los sumos pontífices sólo acostumbran á usar de este sello en los diplomas ó bulas en que confirmaban las elecciones de los emperadores de Alemania.

Sus especies.—Se dividen=

Por razón del sello que llevan en—*bullæ aureæ*, etc.

Por razón de las formalidades en su expedición en=

Consistoriales, que son las suscritas por el Papa y los cardenales.

No consistoriales que son todas las suscritas solo por el sumo pontífice.

Intermedias, que son las expedidas por el pontífice electo, pero no consagrado (4).

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, párrafo 2.º, núm. 1.º

(2) BERARDI: id. ibid.

(3) BOUIX: id. ibid.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. II, párrafo 13.

Oficinas por donde se expiden.—Las bulas apostólicas se expiden por algunas de las cuatro oficinas siguientes: Cancelaria—Cámara apostólica—vía secreta—vía de la curia.

Bulas que se expiden por la cancelaria y sus formalidades.—Se expiden por la Cancelaria las bulas—

De erección de iglesias catedrales y colegiatas.

De provisiones de beneficios y dispensas matrimoniales.

De provisiones de monasterios tanto consistoriales como no consistoriales.

Estas bulas se revisan y suscriben por muchos oficiales de la Cancelaria, entre los cuales debe hacerse mención de los abreviadores de gracia menor, abreviadores de *parco majori* y regente (1).

Van selladas por el ministro encargado del sello, por el presidente del sello, y éste se guarda en el Palacio Vaticano.

Se registran por el guardasellos encargado de esto, por el Vicecancelario, y se pone por un maestro del registro con su nombre y apellido la letra *R* á la espalda de la bula para expresar que está registrada. También lleva la letra *L (lecta)*.

En cuanto á los gastos, debe advertirse que son distintos y varían según la diversidad de la materia (2).

Bulas expedidas por la cámara apostólica.—Se expiden por la Cámara apostólica las coadjutorías y alguna vez las creaciones de colegiatas y de los cargos perpetuos de los monasterios consistoriales, según la tasa señalada en los libros de la misma Cámara.

Las expensas ó gastos varían según la naturaleza de las provisiones (3).

Bulas que se despachan por la vía secreta.—Se expiden por la vía secreta todas las provisiones, que se hacen á

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, parte 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, pár. 2.º, mún. 2.º

(2) Bouix: id. ibid.

(3) Bouix: id. ibid.

los familiares propios del Papa y en favor de aquellos á quienes se concede por una gracia especial.

Estas bulas se escriben por una persona, que se llama *scriptor secretus:* se sellan en la forma dicha; se revisan por el ministro del cardenal vicecancelario y por el sumista.

Los gastos son insignificantes y las bulas se registran en la secretaría de breves (1).

Bulas que se expiden por la vía de la Curia.—Se expiden por esta oficina las bulas que contienen leyes ó constituciones pontificias, dadas por el Papa *motu proprio*, y también alguna vez las concernientes á cosas de parientes del Papa ú otras personas á quienes concede esta especialísima gracia.

Se escriben por el *Scriptor secretus*, y después de selladas, se suscriben por el abreviador de la Curia.

No se llevan derechos, y únicamente se paga lo que ha costado el trabajo material (2).

§ 2.º

De los breves.

Breves, y razón de esta palabra.—Se entiende por breves: *las letras apostólicas que van selladas en cera roja con el anillo del pescador (annullus piscatoris).*

Se las dá el nombre de breves (3), porque en estas letras se emplean muchas menos palabras que en las bulas, y hay mayor laconismo en su redacción.

Se llama anillo del pescador al sello de las breves, porque se cree que usó de él S. Pedro, y tiene su imagen en actitud de pescar en el mar desde una barca.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, pár. 2.º, núm. 2.

(3) BERARDI: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. II.

Sello que llevaban antiguamente, y cuándo se empezó á usar el anillo del pescador.—En otro tiempo los breves llevaban el sello de plomo lo mismo que las bulas (1): no usándose el anillo del pescador por los papas, sinó en las cartas particulares ó familiares, y de ello existe una prueba en la carta del papa Clemente IV á un pariente suyo, en la que le dice: *Non scribimus tibi, nec consanguineis nostris sub bulla, sed sub piscatoris sigillo, quo Romani Pontifices in suis secretis utuntur.*

De modo que el año de 1265, fecha de la expresada carta, no empleaban los papas el anillo del pescador sinó en sus escritos privados, usando en los negocios concernientes á la Iglesia el sello de plomo áun en las cosas de pequeña importancia.

Desde el siglo XV (2) se viene usando el anillo del pescador para sellar los breves, sirviéndose ya de él Calixto III y Paulo II.

Asuntos que se despachan en esta forma.—Los Romanos Pontífices sólo despachaban antiguameute en forma de breve los asuntos de justicia; pero hoy suelen concederse por esta secretaría muchas gracias, como indulgencias, privilegios de altar, indultos en favor de los cardenales, legados y nuncios, y áun de los reyes.

Las indulgencias se expiden gratis, existiendo una tasa moderada en los demás negocios que se despachan por esta secretaría (3).

Quién los suscribe, y formalidades para evitar su falsificación.—Los breves se suscriben por el secretario llamado de breves, que es un prelado de gran ciencia y versado en las prácticas de la Sede Apostólica en la concesión de estas gracias.

(1) Bouix: Id. ibid., núm. 3.°

(2) Berardi: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. II.

(3) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. VII, pár. 2.°, núm. 4.°

En otro tiempo existía una corporación *(Collegium)* de secretarios, que desempeñaban alternativamente dicho cargo, y también estuvo confiado á personas constituidas en dignidad cardenalicia.

La firma del secretario de breves merece la mayor fé, como que es el único que suscribe.

Como sería fácil la falsificación de la firma, lo mismo que el sello del pescador, se registran en los libros las expediciones de los breves con las minutas matrices suscritas por el mismo Papa, y se conservan en el archivo apostólico, siempre que versen sobre cosa de especial importancia (1).

En qué se distinguen de las bulas.—Estas se distinguen de los breves en lo siguiente:

1. Las bulas empiezan con el nombre del Papa, v. gr., *Leo, Papa XIII, episcopus, servus servorum Dei,* no en medio ni en forma de título (2); y los breves empiezan con una fórmula más lacónica y en forma de título, v. gr. *Leo, Papa XIII.*

2. La fecha de las bulas se pone contando desde la Encarnación de nuestro Señor y con una fórmula más larga: y los breves usan de una fórmula más lacónica, poniéndose la fecha desde la Natividad de Jesucristo (3).

3. Las bulas se expiden por la Cancelaría: y los breves por el secretario de breves (4).

4. Las bulas se dan para negocios graves; y los breves para asuntos de menor importancia (5).

5. Las bulas se escriben en pergamino grueso y oscuro: y los breves en papel blanco y delgado (6).

(1) BOUIX: id. ibid.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, tomo I, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 2.º, párrafo 80.

(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 49.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. II, párrafo 13.

(5) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, ibid.

(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles*, ibid.

6. Las bulas no llevan puntos ni otro signo ortográfico; y en los breves se usa de la ortografía ordinaria (1).

7. Las bulas apostólicas de colaciones, erecciones y desmembraciones de beneficios mayores llevan el sello de plomo pendiente de un cordón de seda ó cáñamo, con la imagen de S. Pedro y S. Pablo por una parte, y con el nombre del Papa reinante por la otra: lo cual tiene también lugar en los demás actos solemnes de la Santa Sede.

Las demás bulas, especialmente las que se refieren á beneficios menores y á dispensas sobre impedimentos matrimoniales, no llevan desde el *motu proprio* de León XIII, dado en 29 de Diciembre de 1878, el sello de plomo (2), sinó un nuevo sello de color encarnado, representando las imágenes de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, con el nombre al rededor del Papa reinante.

8. Los breves se distinguen de unas y otras bulas, en que aquellos llevan el anillo del pescador en cera roja con la imagen de S. Pedro en actitud de pescar (3).

Las bulas han venido distinguiéndose también de los breves hasta estos últimos tiempos: en que aquellas se escribían en caracteres longobardos ó teutónicos, y los breves en caracteres latinos y elegantes (4): pero esta distinción dejó de existir desde el *motu proprio* ya citado, en el que se manda escribir todas las bulas ó letras apostólicas en caracteres comunes latinos (5).

(1) BERARDI: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. II.
(2) *Acta Santæ Sedis*, tom. XI, pág. 465.
(3) BERARDI: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. II.
(4) BERARDI: Id., ibid.
(5) *Acta Santæ Sedis*, tom. XI, pág. 465.

CAPÍTULO III

DE LOS CONCILIOS.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LOS CONCILIOS EN GENERAL.

Etimología de la palabra Concilio y su definición en general.—La palabra *concilium* (concilio) procede de la griega σύνοδος que significa congreso, reunión de personas, asamblea.

Se entiende por concilio en general (1); *el conjunto de personas reunidas en un lugar para tratar de algún negocio de común interés.*

En este sentido pueden llamarse *sínodos*, ó concilios las reuniones de los legos para tratar de asuntos civiles (2).

Concilios eclesiásticos.—El uso y la costumbre ha concretado la denominación de concilios á las asambleas y reuniones de los obispos (3), que pueden definirse.

La reunión legítima de los obispos para juzgar, establecer ó entender sobre asuntos eclesiásticos (4).

Se dice *reunión legítima de los obispos* para manifestar que toda reunión celebrada contra las disposiciones canónicas no es concilio, sinó conciliábulo.

Se dice *para juzgar* á fin de designar el objeto de estas asambleas y las materias propias de ellas, como la fé, cos-

(1) Bouix: *De Papa*, tom. III, part. 8.ª, cap. I, párrafo 1.
(2) Benedicto XIV, *de synodo diœces.* lib. 1.º cap. I.
(3) Bouix, *de Papa*, tomo 3.º part. 8.ª cap. I, párrafo 1.º
(4) Bouix: id. ibid.

tumbres y disciplina, en las que sólo (1) los obispos y algunas otras personas tienen la potestad legislativa y el derecho de sufragio decisivo.

En esta definición no se comprenden los sínodos episcopales ó diocesanos, porque estos no pueden llamarse concilios en sentido propio, en cuanto que uno es el juez, doctor y legislador y los demás son meros consultores; así que las reuniones de los obispos con su clero se conocen con el nombre de *sínodos* ó *sínodos diocesanos*.

Sus especies.—Los concilios pueden ser—generales y particulares.

Los concilios particulares se dividen en nacionales—provinciales y sínodos diocesanos (2).

Se deja para otro lugar de este título hablar de los concilios particulares, limitándome á tratar de los concilios generales en este capítulo.

Orígen de los concilios.—No se trata aquí de aquella unión de los obispos con su cabeza, mediante el cumplimiento de las leyes que proceden del vicario de Jesucristo, sinó de la actual reunión de los obispos en concilio.

Jesucristo no prescribió la celebración de concilios; pero en el mero hecho de crear (3) el cuerpo episcopal y de prometer su asistencia á estas reuniones, dió á la Iglesia el derecho de celebrarlas en el tiempo y modo que crea conveniente (4).

Los Apóstoles pusieron en ejercicio esta facultad y obtuvieron la asistencia divina, según expresión de los mismos: *Visum est enim Spiritui Sancto et nobis* (5).

Número de los celebrados por los Apóstoles, y con qué objeto.—Los Apóstoles se reunieron varias veces

(1) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tract. 2.ª, disert. 2.ª, cap. I, art. 1.º

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 37 y sig.

(3) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, cap. I, pár. 2.º

(4) *Inst. Jur. Canon*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 1.º

(5) Act. apostol., cap. XV, v. 28.

para tratar de asuntos importantes de la Iglesia naciente; pero entre todas estas reuniones de los Apóstoles tienen especial importancia las tres siguientes (1):

Concilio I de Jerusalén, celebrado después de la Ascensión del Señor, para elegir á uno en lugar del traidor Judas. Pedro, en uso de su primacía, hizo presente á los demás Apóstoles reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión del Señor y ántes del día de Pentecóstes, que era preciso elegir uno para que sucediera en el apostolado á Judas; oido lo cual por los demás Apóstoles, se procedió á la elección, que recayó por suerte en Matías (2).

Concilio II de Jerusalén, celebrado el año 33, ó sea el primero después de la muerte del Redentor y antes de la conversión de S. Pablo.

Se reunió con motivo de las quejas de los griegos, porque sus viudas no eran atendidas como las viudas de los hebreos en la distribución de las limosnas, y á este efecto se procedió á la elección de los siete diáconos, para que se encargaran de este servicio y de otras funciones sagradas (3).

Concilio III de Jerusalén, que se celebró (4) el año 50 de Jesucristo, que es el 17 después de la conversión de S. Pablo (5) con motivo de la controversia suscitada en Antioquía, sobre si los gentiles convertidos á la fé habían de circuncidarse y observar otras ceremonias legales de la ley antigua. Esta cuestión requería un juez que pudiera resolverla sin ulterior recurso, y á este efecto fueron comisionados á Jerusalén por una y otra parte.

Los Apóstoles se reunieron y trataron largamente de este asunto. S. Pedro, su presidente, pronunció sentencia definitiva,

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 1.º

(2) Act. apostol., cap. I, v. 15 y siguientes.

(3) Act. apostol., cap. VI, v. 1.º y sig.

(4) Act. apostol., cap. XV, v. 1.º y sig.—*Epist. ad Galat.*, cap. II, v. 1.º y siguientes.

(5) Notas de Du-Hamel á los textos bíblicos citados.

en la que se consignó que los cristianos no estaban obligados á la observancia de las leyes ceremoniales de la ley mosáica, y en este sentido se contestó á la Iglesia de Antioquía (1).

Si los decretos dados por los Apóstoles son fuente general del Derecho canónico.—Las leyes dadas por los Apóstoles como rectores de las iglesias son fuente general del Derecho, si fueron dictadas en concilio bajo la presidencia de S. Pedro, hallándose también en este caso las que, emanadas de un Apóstol, fueron confirmadas para toda la Iglesia por San Pedro ó sus sucesores, ó se hicieron de observancia general por el uso y costumbre.

Fuera de estos casos los decretos dados por los Apóstoles como rectores de las iglesias particulares sólo eran obligatorios para los súbditos de los territorios respectivos (2).

Utilidad de los concilios generales.—Los concilios generales son de gran utilidad á la Iglesia, y lo demuestran:

a) Las alabanzas y elogios que los Santos Padres hacen de ellos (3).

b) Los magníficos resultados obtenidos por este medio, según consta por la historia.

c) La Iglesia aparece ante el mundo con el mayor explendor y vitalidad: se obtiene más pronta y suavemente la obediencia de los súbditos, y la contumacia de los herejes y cismáticos sufre mayor quebranto.

Utilidad de los concilios particulares.—Las razones citadas respecto á los concilios generales demuestran la utilidad de los concilios particulares en sus varias clases. Ellos sirven además=

a) Para fomentar el celo de los párrocos y la unión del obispo con el clero de la diócesis.

(1) Act. apost., cap. XV, v. 1.° y sig.

(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 4.°

(3) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon. pars special.*, lib. I, *dissert.* 2.ª, cap. I, art. 1.°

b) La unión de los obispos de la nación y provincias entre sí, contribuyen á la uniformidad en los procedimientos judiciales y meramente gubernativos en aquellas materias no reglamentadas por el Derecho común.

c) Conducen al restablecimiento de la disciplina y sostenimiento de la misma en todo su vigor.

d) Sirven para escogitar los medios más convenientes para hacer las reclamaciones necesarias; y en una palabra, á unir con vínculos más estrechos al rebaño con sus pastores y á éstos entre sí (1).

Necesidad de los concilios generales.—Los concilios generales no son de necesidad absoluta en la Iglesia, porque sin ellos puede el Sumo Pontífice resolver las cuestiones acerca de la fé y costumbres con autoridad plena y perfecta, y disponer todo cuanto sea necesario á la Iglesia para su gobierno (2), no existiendo, por otra parte, precepto divino que prescriba esta obligación.

Los concilios generales son un medio extraordinario en el régimen eclesiástico, que en circunstancias extremas hay necesidad moral de emplear, perteneciendo al Sumo Pontífice apreciar dichas circunstancias, las cuales suelen tener lugar en los casos siguientes:

1. Si se presenta una herejía nueva defendida ó apoyada por muchas insignes iglesias, y que puede causar grandes males infeccionando con su veneno á regiones ó paises enteros, no habiendo esperanza de reducir á la obediencia á los herejes y cismáticos, sinó por este medio (3).

Por este motivo se reunieron los concilios de Nicea, Constantinopla, etc. etc.

2. Cuando dos ó más personas se disputan el pontificado, dudándose quién sea el verdadero papa.

(1) Huguenin *Exposit. meth. Jur. Canon. pars specialis*, lib. I, *dissert.*, 2ª, cap. I, art. 1.º

(2) Bouix: *De Papa*, part. S.ª, cap. I, pár. 3.º

(3) Bouix: Id. ibid.

Por esta causa se celebraron los concilios de Pisa y Constanza (1).

3. Cuando se trata de buscar medios á fin de excitar la piedad de los fieles para empresas que requieren grandes sacrificios y actos de abnegación.

Por este motivo se celebraron muchos concilios para recobrar la Tierra Santa, ocupada violentamente por los turcos (2).

4. La reforma eficaz de las costumbres y abusos introducidos en la Iglesia (3).

ARTÍCULO II.

DE LOS CONCILIOS GENERALES.

Concilio general y solemnidades necesarias para su legitimidad.—Se entiende por concilio general: *la reunión de los prelados de la Iglesia, convocados por la autoridad legítima, para tratar de las cosas y materias eclesiásticas de mayor importancia y gravedad.*

Las solemnidades necesarias para que estos concilios sean legítimos son las tres siguientes:—*convocación prévia—su celebración—confirmación.*

A quién pertenece su convocación.—La convocación de los concilios es un acto solemne en que el Supremo Pastor de la Iglesia llama á los demás pastores para celebrar concilio. En este supuesto, la convocatoria de los concilios generales pertenece al Sumo Pontífice, porque es la cabeza de toda la Iglesia docente, y sólo él tiene derecho para mandar á los obispos de todo el orbe que concurran. De manera que si el concilio no es convocado por él mismo, ó por otro en nombre suyo, no

(1) *Thomæ ex Charmes, Theolog. univ. de prolog*, dissert. 5.ª, capítulo V, quæst. 1.ª, art. 3.º

(2) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, quæst. 3.ª, cap. I, art. 5.º

(3) BOUIX: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 3.º

será concilio general á ménos que haya ratificado ó ratifique la convocación hecha por otro.

Aparte de esta razón fundada en el texto sagrado, sería muy fácil demostrar esta verdad por la tradición constante de la Iglesia; pero en obsequio á la brevedad sólo citaré algunas pruebas.

Lucencio, obispo y legado del papa S. León *el Grande*, acusó en el Concilio de Calcedonia á Dióscoro, patriarca de Alejandría: *Quia Synodum ausus est facere sine auctoritate Sedis Apostolicæ, quod nunquam factum est, nec fieri licet.*

León IX, en su constitución *Ex eo*, dice: *Nolo vos lateat, non debere præter sententiam romani pontificis universale concilium celebrari.*

Gregorio II reprobó el sínodo de 300 obispos reunido el año 730 por León Isauro sin autorización del Papa, y por igual motivo fueron condenados por los Sumos Pontífices como conciliábulos el celebrado en Constantinopla el 754 y 769—el Concilio celebrado en Pisa en 1511, etc. (1).

Todos los católicos han reconocido siempre en el Sumo Pontífice este derecho, que por otra parte está comprobado por los hechos, toda vez que los concilios generales que se han celebrado, fueron convocados por autoridad y mandato suyo; sin que tenga valor alguno lo que de contrario se alega respecto á los ocho primeros concilios generales convocados por los emperadores. Estos los convocaron efectivamente; pero lo hicieron por acuerdo y consentimiento de los Sumos Pontífices, según consta de monumentos históricos no controvertidos ni negados por los críticos más eminentes (2).

Cuando la cátedra romana está vacante, ó existe duda sobre quién es el verdadero Papa, lo mismo que en otros casos de inhabilidad en aquél, no pasa este derecho á los cardena-

(1) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 4.°

(2) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 4.°, prop. 5.ª

les (1). Si en tal situación hay necesidad de celebrar concilio, su deber es en semejante caso proveer de cabeza á la Iglesia por medio de la elección, y el Papa que hayan elegido, atenderá á la otra necesidad.

Sobre este punto, sumamente importante, dice el cardenal Belarmino: *Poterit tamen in illis duobus casibus (nempe quando Papa non debeat illud indicere, eo quod sit hæreticus vel schismaticus, et quando non posset illud indicere, eo quod esset captivus apud infideles, vel mortuus, vel insanus effectus, aut renunciasset) congregari concilium imperfectum, quod sufficiet ad providendum Ecclesiæ de capite. Ecclesia enim sine dubio habet auctoritatem providendi sibi de capite, quamvis non possit sine capite statuere de multis, de quibus potest cum capite* (2).

Personas que han de ser citadas.—Para que la convocación de los concilios generales sea legítima es además necesario que se extienda á todos los que tienen este derecho, sin que sea excluido ninguno, á excepción de los cismáticos y excomulgados *nominatim* (3); así que habrán de ser convocados=

a) Todos los obispos del orbe que ejercen jurisdicción; porque el cuerpo episcopal, que consta del Sumo Pontífice y de los obispos, rige y representa la Iglesia (4).

b) Los obispos *confirmados*, aunque no estén aún consagrados (5).

c) Los cardenales tienen también este derecho en virtud de privilegio, ó por disposición divina.

(1) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª, cap. III.—Id. ibid., part. 8.ª, capitulo I, párrafo 4.º al final.

(2) Soglia, *Inst. Jur. pub. Eccles. prænont.*, cap. II.

(3) Vecchiotti: *Instit. Canon*, lib. 1, cap. III, párrafo 38.

(4) Act., cap. XX, v. 28.—Concil. Trid., sesión 23, cap. IV.—Bouix: *De Episcopo*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. VII.—Id. ibid. *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 5.º

(5) Melchior Cano: *De loc. theolog.* lib. V, cap. II.

d) Los generales de las órdenes religiosas y abades exentos por privilegio ó costumbre (1).

e) Los obispos titulares y dimisionarios, aunque, según Melchor Cano (2) y otros escritores igualmente respetables (3), no tienen en tal concepto derecho á ello, porque carecen de jurisdicción; y sin esta nadie puede pronunciar sentencia ni atar ó desatar.

Ningún otro tiene derecho de asistir á dichos concilios, á ménos que sea expresamente convocado, y en este concepto asisten como *consultores* los teólogos y canonistas (4) á quienes se da el encargo de preparar las deliberaciones, discutir las materias, contestar las dificultades, é ilustrar con razones las cosas que se han de definir y resolver.

Asisten como *ministros* los notarios y oficiales á quienes se encarga el desempeño de actos propios de su ministerio.

Si los legos tienen derecho á ser convocados.—Los legos, por elevada que sea su categoría, no tienen derecho á ser convocados (5); pero suele admitirse y áun se invita á los príncipes, embajadores y otras personas legas beneméritas para que asistan, y se las coloca en lugar distinguido (6).

Ellos en este puesto de mero honor prestan un servicio á la Iglesia sosteniendo el órden, y siendo á la vez los primeros en prestar obediencia filial á los preceptos y mandatos del Concilio (7).

Presidencia del Concilio, y derechos anejos á la misma.—El derecho de presidir los concilios generales corresponde al Sumo Pontífice en virtud de la primacía de honor y jurisdicción que tiene por disposición divina sobre todos los

(1) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 5.º
(2) *De locis theolog.*, lib. V, cap. II.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I. párrafo 5.º
(4) Berardi: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, disert. 1.ª, cap. IV.
(5) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 5.º, proposit. 1.ª
(6) Liberatore: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XV.
(7) C. I y sig., distint. 96.

obispos, y es además una consecuencia necesaria del derecho de convocación. En este concepto preside por sí mismo ó por sus legados.

En virtud de este derecho le corresponde proponer las materias que han de tratarse, dirigir la discusión (1), disolverlo ó trasladarlo, y dar el primero su sentencia (2).

Los emperadores asistieron á ciertos concilios generales de los celebrados en Oriente y los presidieron; pero esta presidencia fué material y de mero honor, sin otro objeto ni potestad que la del sostenimiento del órden y proteger la libertad de los padres del Concilio, según se halla demostrado hasta la evidencia por la historia (3).

Número de jueces que han de concurrir para que haya concilio.—Acerca del número de obispos que hayan de concurrir al concilio general nada puede determinarse en concreto; y por esto se ve en los concilios de esta clase celebrados hasta el presente, que ha variado notablemente el número de obispos, según la variedad de tiempos y circunstancias: pero como el concilio general representa la Iglesia, es necesario que ésta se halle representada, y para ello debe existir en dicha asamblea=

Universalidad formal, que consiste en unión de los miembros con su cabeza, ó sea del cuerpo episcopal con el Sumo Pontífice.

Universalidad material. no en el sentido de que todos los obispos, sin exceptuar alguno, hayan de asistir, porque esto es imposible, sinó que habrán de concurrir algunos de la mayor parte de las diversas provincias ó paises, de manera que hagan las veces y representen á los demás que no han concurrido.

Si, pues, el concilio se celebra en Oriente, hasta que con-

(1) VECCHIOTTI: *Instit. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 39.

(2) BOUIX: *De Papa,* part. 8.ª, cap. I, párrafo 7.º

(3) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. IX, cap. II, párrafo 1.º—BOUIX: id ibid., párrafo 6.º

curran muchos de aquellos paises y algunos de Occidente; y si aquél tiene lugar en Occidente, habrán de asistir muchos de las provincias occidentales y algunos de Oriente, que representen á los demás; lo cual es bastante para que el concilio sea general (1).

Muchos de los obispos ausentes suelen mandar procuradores que los representen; pero éstos no tienen en tal concepto sufragio decisivo, á ménos que el Papa les conceda esta gracia (2).

Cuando falta la universalidad material en el sentido explicado, no hay concilio ecuménico, pero las decisiones y leyes que se dicten serán obligatorias á todos, no como mandatos y acuerdos del concilio, sinó como decretos del Sumo Pontífice (3).

Orden de precedencia.—En cuanto al orden de asientos se atiende á la dignidad y estado de cada uno; así que se observa el orden siguiente:

1. El Sumo Pontífice, y en su ausencia los legados designados por él.
2. Los cardenales obispos, cardenales presbíteros, y cardenales diáconos, por el orden gradual y según la antigüedad en cada grado.
3. Los patriarcas.
4. Los primados.
5. Los metropolitanos.
6. Los obispos, según su antigüedad, contada desde el dia de su consagración.
7. Los generales y abades de las órdenes religiosas.
8. Entre los teólogos y canonistas ocupan el primer lugar los de la Santa Sede, y enseguida, según costumbre, los teólogos de la Sorbona y los canonistas de Bolonia (4).

(1) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I, párrafo 8.º
(2) Vecchiotti: *Inst. Can.*, lib. I, cap. III, párrafo 39.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 8.ª, cap. I.
(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX, cap. II, párrafo 4.º

Cosas que son objeto de su deliberación, y requisitos necesarios al efecto.—Las cosas que son objeto de examen y resolucion de estas asambleas, se refieren á la fé, costumbres, disciplina universal y particular; pero es de necesidad que medien las circunstancias siguientes:

Libertad en los Padres del Concilio para la discusión, y sobre todo en la emisión de sus votos.

Por falta de este requisito el Concilio II de Efeso, en el que los obispos emitieron su voto bajo la presión del miedo y amenazas de Dióscoro, no es general, y lleva en su lugar el título de *Latrocinium ephesinum* (1).

Exención de fráude, es decir, que se propongan las cuestiones de una manera clara é inteligible, sin fráude, dolo ni anfibología.

Si falta este requisito el concilio no es ecuménico hallándose en este caso el Concilio Ariminense, el cual no tiene autoridad (2).

Suficiente examen, es decir, que los padres pongan los medios para inquirir la verdad, según se verificó en el Concilio celebrado por los Apóstoles sobre la cuestión de los legales; porque la Iglesia no recibe nuevas revelaciones, bastándola la asistencia divina para que no pueda incurrir en error.

Sobre la existencia de esta condición no puede quedar duda alguna, si ha mediado la confirmación pontificia (3).

Forma en la discusión.—Respecto al orden de discusión no es de necesidad que se adopte una forma determinada, y por eso no siempre se ha empleado igual procedimiento; pero ofrece ventajas el que se viene observando, que puede resumirse en lo siguiente:

a) Los asuntos que han de tratarse se discuten previamente,

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 39.
(2) VECCHIOTTI: Id. ibid.
(3) VECCHIOTTI: Id. ibid.

y se examinan con la mayor diligencia en las congregaciones generales, á las que asisten los teólogos y canonistas (1).

b) Despues de hallarse preparados en la forma indicada, se presentan en las sesiones públicas para su decisión definitiva (2).

c) Los votos se dan individualmente, y no por naciones, según se verificó en Constanza y Basilea, cuyo método reprobó el Concilio de Trento (3).

d) Los decretos se dan por mayoría de votos, y puede decirse que nada se resuelve definitivamente sinó cuando existe unanimidad moral (4).

Manera de redactarse las disposiciones conciliares.—Acerca del modo de redactarse los acuerdos, fallos y leyes conciliares no es preciso que se adopte una forma determinada y por esta razón se han empleado distintas fórmulas.

El Concilio de Trento y el Concilio Vaticano sancionan las cosas de fe en *cánones;* las de disciplina, en *decretos;* y unas y otras están ordenadas por capítulos.

Cuando el Sumo Pontífice preside por sí el Concilio, da algunas veces los decretos con esta fórmula: *Sacro approbante Concilio* (5).

Quiénes suscriben.—Los decretos van suscritos por los Padres con esta fórmula: *Ego N. judicans subscripsi* (6).

Los teólogos, canonistas y embajadores suscriben en esta forma: *Ego N. consentiens subscripsi* (7).

Confirmación pontificia del Concilio, y su necesidad.—Se entiende por confirmación del Concilio; *un acto*

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M. ibid.

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M. ibid.

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tract. 2, dissert. 2.ª, cap. I, art. 2.º, párrafo 1.º

(4) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M. ibid.

(5) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M. ibid.

(6) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M. ibid.

(7) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M. ibid.

por el cual el Sumo Pontífice aprueba lo decretado en el Concilio dándolo fuerza de ley para toda la Iglesia.

Esta aprobación legal es de absoluta necesidad y el primer requisito del Concilio en el orden del Derecho, aunque el último en el orden de tiempo. En prueba de ello bastarán las indicaciones siguientes (1):

1. El papa Eugenio IV en su decreto sobre la unión de los Jacobitas dice: *Suscipit Sancta Romana Ecclesia omnes universales synodos auctoritate Romani Pontificis legitimè congregatas, ac celebratas et confirmatas.*

Si la confirmación de los concilios no fuera necesaria, el Papa se habría limitado á decir *congregatas ac celebratas;* pero en el mero hecho de añadir la última palabra declara que los referidos concilios son ilegítimos y carecen de autoridad, si no han sido confirmados por el Sumo Pontífice (2).

2. Los mismos concilios han reconocido esta necesidad, y por esto pidieron siempre á los sumos pontífices la confirmación de sus decretos, como lo demuestran la historia y las actas de los mismos concilios, sobre lo cual me limitaré á citar algunos.

Los padres del concilio primero de Nicea se dirigieron al papa S. Silvestre, y le decían; *Quidquid constituimus, precamur ut vestri oris consortio confirmetur;* y el Papa les contestó: *Confirmo*, etc. (3).

Los legados pontificios hicieron presente á los padres del Concilio de Trento, si acordaban poner fin *huic sacræ œcumenicæ Synodo*, y que ellos con los presidentes pidieran, á nombre del mismo Concilio, al beatísimo Pontífice romano la confirmación de todas y cada una de las cosas en él decretadas y definidas, á lo cual contestaron: *Placet* (4).

3. La práctica y unánime consentimiento de la Iglesia reconoce la necesidad de esta confirmación, y por esto se ve que la

(1) Bouix: *De Papa*, parte 3.ª, sect. 2.ª, cap. VII.
(2) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 40.
(3) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. præsl.*, cap. II, párrafo 34.
(4) Concil. Trid.; sesión 25, *De fine Concil. et confirmat. petenda.*

Iglesia católica sólo tiene como concilios legítimos los que han sido aprobados por los Sumos Pontífices, reprobando como ilegítimos los que no han obtenido este requisito (1).

4. La misma naturaleza de estas asambleas ofrece una prueba concluyente de lo mismo; puesto que el Concilio general sólo tiene autoridad en cuanto que representa á toda la Iglesia docente, y no existe tal representación sinó cuando está unido á su cabeza. En otro caso no pasará de ser un cuerpo acéfalo y sin representación alguna como concilio y por eso dice S. Ambrosio: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia* (2).

5. La confirmación pontificia es un acto tan necesario para que un concilio sea ecuménico, como la reunión de los obispos para la existencia de tales asambleas; el cuerpo episcopal que las compone, ha de tener necesariamente su cabeza; si está separado de ella, le falta uno de los elementos constitutivos de dicho cuerpo moral; y si por el contrario la cabeza no se halla en unión con dicho cuerpo, sus resoluciones no podrán llamarse con propiedad decretos conciliares (3).

Autoridad de los concilios generales.—Los concilios generales confirmados por el Sumo Pontífice no pueden errar en materias de fé y de costumbres, porque la Iglesia, que es *columna et firmamentum veritatis* (4), es infalible en los puntos indicados, y como el Concilio ecuménico representa á toda la Iglesia, es consecuencia necesaria que tiene toda su autoridad.

Por esta razón los Apóstoles reunidos en concilio dijeron: *Visum est Spiritui Sancto et nobis* (5); y el papa S. Gregorio *el Grande*, en su carta 24, dice: *Sicut sancti Evangelii quatuor*

(1) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. VII, prop. 1.ª
(2) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, párrafo 34.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. VII, prop. 1.ª
(4) Carta 1.ª á Timoteo, cap. III, v. 15.
(5) *Act. Apost.*, cap. XV, v. 28.

libros, sic quatuor concilia suscipere et venerari me fateor (1) expresándose en igual sentido otros papas (2).

Todas las pruebas que se aducen para demostrar la infalibilidad de la Iglesia, son de aplicación exacta en el caso presente, porque el Concilio general representa á toda la Iglesia, y por este motivo el papa Martino V prescribe en el Concilio de Constanza que se pregunte á los sospechosos de herejía: *An non credant Concilium generale universam Ecclesiam repræsentare* (3).

Finalmente, la doctrina contraria se halla condenada en la proposición 23 del *Syllabus:* que dice: *Romani Pontifices et Concilia œcumenica à limitibus suæ potestatis recesserunt, jura principum usurparunt, atque etiam in rebus fidei et morun definiendis errarunt.*

Las demás disposiciones de los concilios generales son leyes obligatorias para todos los fieles, sin que nadie pueda bajo ningún pretexto eludir su cumplimiento, porque tienen todas las condiciones necesarias al efecto (4).

Cuándo sus decretos no son fuente general del Derecho Canónico.—Las disposiciones dadas por estos concilios para determinadas personas, corporaciones ó paises no tienen otro carácter que el de fuentes particulares, que sólo obligan á las personas ó corporaciones á quienes se refieren, porque esta es la voluntad del legislador (5).

Superioridad del Papa sobre el Concilio general. —Nadie hasta el siglo XIV puso en duda la suprema autoridad del Papa sobre los obispos; y si entonces se suscitó, fué sin duda debido á los funestos efectos del cisma de Occidente (6)

(1) C. II, distinct 15.
(2) C. III, distinct.15.—C. V, distinct. 16.
(3) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, quæst. 3.ª, art. 4.º
(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 42.
(5) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. Pub.*, lib. II, cap. III.
(6) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 42.

y á las nuevas doctrinas anárquicas que en aquella época vieron por vez primera la luz pública. Entonces se planteó la cuestión de si el Concilio es superior al Papa, ó éste superior al Concilio, y este punto ha venido discutiéndose desde aquel tiempo hasta el presente, por más que esta tésis sea meramente teórica y sin aplicación práctica (1). Para demostrarlo es necesario conocer el sentido en que se propone, y á este efecto ha de tenerse presente:

a) No se trata del caso en que el Papa haya muerto ó sea ilegítimo ó dudoso, porque entonces no hay realmente Papa (2).

b) Tampoco puede plantearse la cuestión respecto al Concilio presidido por el Papa ó sus legados, porque en este caso el Papa no está *sobre* el Concilio, ni *bajo* el Concilio, está *en el Concilio*, como la cabeza sobre el cuerpo, y la autoridad conciliar existe en los obispos y el Papa (3).

c) La cuestión sólo puede plantearse en el caso de un Papa cierto y legítimo y un Concilio general legítimamente congregado, cuyos dos elementos se consideran aisladamente.

Esta tésis es meramente teórica y de imposible realización; porque no puede llegar el caso en que el Papa esté solo y la Iglesia toda contra su cabeza (4): pero ya que esta cuestión se ha agitado y continúa tratándose por teólogos y canonistas, debo hacerme cargo de ella, siquiera sea brevemente.

El Sumo Pontífice tiene el primado de honor y jurisdicción (5) en toda la Iglesia; recibió de Jesucristo la potestad de regir y gobernar á todos y á cada uno de sus miembros; él es el cimiento en que descansa aquélla (6); su fuerza é infalibili-

(1) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª

(2) Perrone: *De locis theolog.*, part. 1.ª, sect. post., cap. III, proposición 2.ª

(3) Soglia: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. II, párrafo 36, nota.

(4) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. VII.

(5) Véase el lib. II de esta obra, tít. II, cap. I.

(6) S. Alfonso de Ligorio: *Theolog. moral.*, lib. I, tract. 2.º, capítulo I, núm. 104.

dad viene de su cabeza: y de estas consideraciones y precedentes, que ningún católico puede negar sin dejar de serlo (1) es consecuencia legítima y necesaria que el Sumo Pontífice es superior á los obispos todos del orbe, ya se hallen reunidos en concilio ó dispersos (2), de igual suerte que la cabeza es superior al cuerpo, el cimiento al edificio, y el pastor al rebaño (3).

Esta doctrina tiene igualmente aplicación á los casos extraordinarios de malas costumbres ó herejía de parte del Papa, como persona privada (4). A esto está simplemente reducida la cuestión que bajo distintas formas se ha venido discutiendo.

ARTÍCULO III.

BREVE RESEÑA DE LOS CONCILIOS GENERALES.

La importancia de esta fuente general del Derecho Canónico requiere que se tenga una idea de todos los Concilios de esta especie, celebrados hasta hoy, y á este efecto paso á tratar de ellos brevemente.

1. El primer Concilio general se celebró el año 325 (5) en Nicea de Bitinia.

Le convocó Constantino *el Grande* á nombre del papa San Silvestre, y asistieron trescientos diez y ocho obispos.

La causa de su celebración fué triple:

a) La herejía de Arrio (6); presbítero de Alejandría, que

(1) S. ALFONSO DE LIGORIO: *Theolog. moral.*, lib. I, tractat. 2.°, capítulo I, dub. 2.°, disert., *de potestate Pontific.*, párrafo 2.°

(2) BOUIX: Id. ibid., cap. VIII.

(3) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 3.ª

(4) BOUIX: Id. ibid., sect. 4.ª

(5) C. I, distinct. 15.

(6) TEJADA Y RAMIRO: *Colección de Cánones y de todos los Concilios de la Iglesia española*, tomo I, pág. 5 y sig.

negaba la divinidad del Verbo y su consubstancialidad con el Padre.

b) El error de los *Cuartodecimanos*, que sostenían debía celebrarse la Pascua el día 14 de la luna de Marzo, siguiendo la costumbre de los judíos.

c) El cisma de Melecio, quien despues de haber sido depuesto del episcopado por S. Pedro de Alejandría, con motivo de varios delitos, ordenó muchos obispos y diáconos, produciendo un cisma en la Iglesia.

El Concilio condenó la herejía de Arrio, á su autor y secuaces, habiéndose empleado la palabra *consubstancial* como más propia para combatir el error y las argucias de sus defensores (1).

Se condenó á los *Cuartodecimanos*, determinándose el día en que ha de celebrarse la Pascua (2).

Se confirmó la deposición de Melecio, disponiendo que residiese en su ciudad de Nicopólis, y que los ordenados por él quedaran sujetos al obispo de Alejandría.

Se dieron muchos cánones sobre disciplina (3).

II. El segundo Concilio general es el primero de Constantinopla, celebrado el año 381, mediante convocación del emperador Teodosio (4) á nombre del papa S. Dámaso, y asistieron ciento cincuenta obispos.

Se reunió este Concilio contra Macedonio, obispo de Constantinopla, que negaba la Divinidad del Espíritu Santo (5).

Se concedió á Macedonio y su herejía; añadiéndose al Símbolo Niceno las palabras: *Credimus in Spiritum Sanctum Dominum et vivificantem, ex Patre procedentem et cum Patre et Filio adorandum.*

(1) TEJADA Y RAMIRO; Obra citada, pág. 20.
(2) BOUVIER: *Inst. Theolog.*, tom. I, al final.
(3) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, cap. II, art. 1.º
(4) TEJADA Y RAMIRO: id. ibid., pág. 116.
(5) C. I, párrafo 3.º, dist. 15.

Se dieron (1) varios cánones disciplinales (2).

III. Concilio de Efeso, convocado por el emperador Teodosio *el Joven* (3), de orden y con acuerdo del papa S. Celestino I, se celebró el año 431 con asistencia de doscientos obispos (4).

Se reunió contra Nestorio, obispo de Constantinopla, porque sostenía, que hay dos personas en Jesucristo, y que la Virgen María no es Madre de Dios sinó de Cristo.

El Concilio definió que en Jesucristo hay una sola persona (la del Verbo), y que la Virgen María es Madre de Dios, pronunciando en su consecuencia sentencia de excomunión y de deposición contra el heresiarca Nestorio (5).

Se dieron seis cánones disciplinales, que tienen por objeto deponer á los nestorianos y restituir sus sillas á los depuestos por aquéllos.

IV. *Concilio de Calcedonia*; fué convocado por el papa S. León I, siendo emperador Marciano (6), y se celebró el año 451 en Calcedonia con asistencia de seiscientos treinta obispos.

La causa de su celebración fué la herejía de Eutiques (7), presbítero y archimandrita de un monasterio de gran celebridad en Constantinopla, consistiendo su error en defender que en Jesucristo hay una sola naturaleza; cuya doctrina había sido condenada por S. Flaviano, obispo de Constantinopla, en un concilio de treinta obispos.

Eutiques, prevalido de su gran influencia en la córte, consiguió que el emperador Teodosio convocara un concilio contra

(1) TEJADA Y RAMIRO: id. ibid., pág. 118.

(2) CHARMES: *Theolog. univ. de prolog.*, disert. 5.ª, apendic. quæst. 2.ª, artículo 2.°, párrafo 2.°

(3) TEJADA Y RAMIRO: id. ibid., pág. 143 y sig.

(4) C. I, párrafo 4.°, distinct. 15.

(5) JUENIN: *De locis theolog.* dissert. 4.ª, cap. II, art. 3.°

(6) TEJADA Y RAMIRO: id. ibid., pág. 157 y sig.

(7) C. I, párrafo 5.°, distinct. 15.

la voluntad del papa S. León I. Este conciliábulo se reunió en Efeso bajo la presidencia de Dióscoro, patriarca de Alejandría, quien había negado á los legados esta preeminencia, y allí bajo la presión y violencias se absolvió á Eutiques, se confirmó su herejía, habiéndose asesinado á S. Flaviano y condenado á varios obispos por su integridad. Los legados huyeron, y á esto debieron su salvación.

El Concilio de Calcedonia condenó á Dióscoro y le depuso; reprobó las actas del llamado por los herejes Concilio II de Efeso, y por los católicos *Latrocinium ephesinum*, y definió que en Jesucristo hay dos naturalezas, *inconfusè, incommunicabilitèr, indivisè, inseparabilitèr in unam personam aque subsistentiam.*

Teodoreto de Cirene é Ibas de Edesa, depuestos en el citado conciliábulo por Dióscoro, como nestorianos, fueron repuestos en sus sillas después de pronunciar las palabras *anathema Nestorio* y suscribir la fórmula de fé y carta de S. León (1).

El Concilio estableció tambien varios cánones acerca de la disciplina (2).

V. *Concilio II de Constantinopla*: fué convocado en 553 por el emperador Justiniano con anuencia del papa S. Vigilio (3), y asistieron á él ciento sesenta y cinco obispos.

Se reunió con motivo de los errores eutiquianos, nestorianos y origenistas (4), y de los tres capítulos. Estos tres capítulos eran:

1.º La obra de Teodoreto de Cirene, en la que opone doce anatematismos á los doce capítulos de fé, escritos por S. Cirilo de Alejandría y admitidos por el Concilio de Efeso.

2.º Los libros de Teodoro de Mosuesta, que negaban una

(1) CHARMES: *Theolog. univ. de proleg., dissert.* 5.ª, apend. quæst. 2.ª, articulo 2.º, párrafo 4.º

(2) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, cap. II, art. 4.º, párrafo 3.º

(3) C. X, párrafo 4.º, distinct. 16.

(4) TEJADA Y RAMIRO: *Colección de Cánones y Concilios de la Iglesia española*, tom III, pág. 761.

persona en Jesucristo, y que la Virgen María fuese Madre de Dios.

3.° Las cartas de Ibas de Edesa, en las que impugnaba los capítulos de S. Cirilo, aprobados por el Concilio de Efeso.

El Concilio condenó los antiguos errores nuevamente reproducidos.

Condenó á Teodoro de Mosuesta y sus escritos.

Condenó y anatematizó los escritos de Teodoreto é Ibas, pero no á sus personas (1).

VI. *Concilio III de Constantinopla:* se celebró el año 681 con asistencia de doscientos ochenta y nueve obispos (2), ó muchos ménos según el cánon 9.° y 10.° *distinct.* 16, habiendo sido convocado por Constantino Pogonato de acuerdo con el papa S. Agaton (3).

Se celebró contra los errores de los *monotelitas*, quienes enseñaban que en Cristo hay una sola voluntad y una operación, y que ésta era divina y no humana (4).

El emperador Heraclio, engañado por Ciro de Alejandría y Sergio de Constantinopla, publicó un edicto con el título de *Ectesis*, ó sea confesión de su fé.

Su sucesor el emperador Constante dió otro edicto, muy semejante al primero, con el título de *Tipo*.

El Concilio condenó á los *monotelitas* con su herejía, y definió que en Jesucristo existen *duas naturales voluntates, et duas naturales operationes indivisè inconvertibilitèr, inseparabilitèr, inconfusè*.

VII. *Concilio II de Nicea* (5), celebrado en 787 con asistencia de trescientos cincuenta obispos, mediante convocación de Constantino é Irene su madre, de acuerdo y con expreso consentimiento del papa Adriano I.

(1) CHARMES: *Theolog. univ.*, id. ibid., párrafo 3.°
(2) CHARMES: id. ibid., párrafo 6.°
(3) TEJADA Y RAMIRO: id., tom. I, pág. 126 y sig.
(4) C. IV y sig., distinct. 16.
(5) C. VIII, distinct. 16.

La causa de su reunión fué el error de los *Iconoclastas* ó *Inconomacos*, ó sea impugnadores del culto de las imágenes (1).

Se definió por el Concilio que deben conservarse las imágenes y rendirlas *honorariam adorationem;* la cual no se dá á las imágenes sinó con relación *ad earum prototypa*.

También se establecieron veinte y dos cánones sobre disciplina (2).

VIII. *Concilio IV de Constantinopla* (3), celebrado el año 869 con asistencia de ciento dos obispos (4), que se reunieron mediante convocación del emperador Basilio con expreso consentimiento del papa Adriano II (5).

Focio había ocupado contra todo derecho la silla episcopal de Constantinopla, después de haber arrojado de ella por muy malos medios al patriarca Ignacio, y este fué el motivo de la celebración del Concilio, el cual depuso á Focio y repuso á Ignacio, habiéndose establecido además veintisiete cánones sobre disciplina (6).

IX. *Concilio I de Letrán*, que se celebró en 1123. Fué convocado por el papa Calixto II siendo emperador Enrique IV, y asistieron trescientos obispos (7). Se reunió para arreglar las cuestiones entre la Iglesia y el Imperio con motivo de las investiduras y á fin de tratar sobre el medio más conducente para recuperar la Tierra Santa.

Enrique IV renunció en el Concilio á dar toda *investidura* por medio del anillo y báculo, restituyendo las posesiones arrebatadas á la Iglesia, y prometió dejarla en libertad completa para las elecciones y consagraciones.

Calixto II concedió á Enrique IV que pudiera asistir á las

(1) TEJADA Y RAMIRO: id. tom. III, pág. 808 y sig.
(2) CHARMES: id. ibid., párrafo 7.º
(3) C. VIII, distinct. 16.
(4) TEJADA Y RAMIRO: Id., tom. III, pág. 829 y sig.
(5) BOUVIER: *Inst. theolog.*, tom. I, al final.
(6) JUENIN: *De locis theolog.* disert. 4.ª, cap. II, art. 8.
(7) BOUVIER: *Id. ibid.*

elecciones y dar á los electos la *regalía*, ó sea la potestad de percibir los frutos de los beneficios por medio del cetro ó corona real, y de ningún modo por la entrega del báculo y anillo, que son signos de la potestad espiritual.

Se trató de los medios de levantar una Cruzada para posesionarse de la Tierra Santa, y se dieron cánones para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica (1).

X. *Concilio II de Letrán*, al cual asistieron mil obispos mediante convocación del papa Inocencio II en tiempo del emperador Lotario. Se celebró en 1139 para condenar varias herejías, reformar las costumbres y poner fin al cisma que afligía á la Iglesia (2) por culpa del antipapa Pedro León (Anacleto II), quien se consideraba verdadero papa, porque había obtenido en la elección algunos votos.

El Concilio declaró nulas y de ningún valor las actas de Pedro León y de otros cismáticos.

Condenó á Pedro de Bruis y Arnaldo de Brescia con sus herejías, y dió veintiseis cánones disciplinales, entre los cuales se halla el célebre *Si quis suadente Diabolo* (3)...

XI. *Concilio III de Letrán*, convocado en 1179 por Alejandro III, siendo emperador de Alemania Federico I. Asistieron trescientos obispos, y tuvo por objeto poner término al cisma producido por el antipapa cardenal Octaviano, que se nombró Víctor IV, á pretexto de haber obtenido en la elección de papa tres votos contra veinte que votaron á Alejandro III, reconocido como verdadero papa en todas partes, á excepción de Federico I, que apoyaba al antipapa.

Otro de los motivos de su celebración fué la herejía ó conjunto de errores de los Waldenses y Albigenses, y la reforma de costumbres.

Para evitar los cismas se dispuso que ninguna elección de

(1) JUENIN: *Id. ibid.*, art. 9.°
(2) BOUVIER: *Id. ibid.*
(3) JUENIN: *De locis theolog.*, disert. 4.ª, cap. II, art. 10.

papa se considerase en lo sucesivo como canónica, á no reunir las dos terceras partes de votos; se declararon írritas *(quoad usum)* las ordenaciones hechas por los antipapas, y nulas las colaciones de beneficios.

Se condenó á los Waldenses y Albigenses, llamados *pobres de Lyón*, con sus errores.

Se dieron veintisiete cánones sobre disciplina, siendo de más importancia los relativos á la usura y simonía (1).

XII. *Concilio IV de Letrán*, celebrado en 1215, mediante convocación del papa Inocencio III, siendo emperador de Alemania Federico II.

Concurrieron cuatrocientos doce obispos, y tuvo por objeto: la recuperación de la Tierra Santa; condenación de algunas herejías, y la reforma de costumbres.

Se arregló una expedición para los Santos Lugares.

Se condenaron el libro del abad Joaquín contra Pedro Lombardo y la doctrina impía de Amalarico.

Se dieron varios cánones sobre disciplina, hallándose entre ellos el célebre *Omnis utriusque sexus* (2).

XIII. *Concilio I de Lyón*, al cual asistieron muchos cardenales, tres patriarcas, ciento cuarenta obispos, Balduino emperador de Constantinopla, los embajadores de los reyes de Francia, Inglaterra, Aragón y de otros príncipes, sin excluir al mismo Federico II, emperador de Alemania.

Le convocó Inocencio IV en 1245 para la corrección de las costumbres—recuperación de la Tierra Santa—represión de los Tártaros, que habían invadido la Polonia, Hungría y otras regiones—para contener el cisma de los griegos, que iba tomando mayores proporciones—para proceder contra el mismo emperador Federico por su conducta tiránica contra la Iglesia romana.

Allí se dictó sentencia de excomunión y deposición contra

(1) JUENIN: *Id. ibid*, art 11.

(2) BOUVIER: *Inst. theolog.*, tom. I al final.

el emperador Federico;—se renovó el decreto acerca de la expedición contra los Turcos, concediéndose á los cruzados grandes privilegios é inmunidades;—se dictaron varios cánones acerca de la disciplina (1).

XIV. *Concilio II de Lyón*, convocado por Gregorio X en 1274 con el fin de atraer á los griegos á la comunión católica, auxiliar á los cristianos de Siria—reforma de las costumbres—prescribir el modo más breve y conveniente para la elección de los Sumos Pontífices.

El mismo Papa presidió el Concilio al que asistieron mil padres, contándose entre ellos quince cardenales, los Patriarcas de Constantinopla y Antioquía, setenta arzobispos y quinientos obispos.

También concurrieron Rodolfo, emperador de Alemania; Miguel Paleólogo, emperador de los griegos; los reyes de Aragón, Francia, Inglaterra y Sicilia, así como los embajadores de Tartaria.

Asistió á este Concilio S. Buenaventura, á quien Gregorio X nombró cardenal, obispo de Albano, habiendo sido llamado Santo Tomás de Aquino; pero falleció en el camino (2).

El Concilio definió que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como de un solo principio.

Se condenó á los que intentaban usurpar de nuevo la *regalía* contra derecho, y se prometió á los griegos la décima parte de los bienes eclesiásticos para la expedición á la Tierra Santa.

XV. *Concilio de Viena* en Francia: fué convocado por Clemente V, habiéndose celebrado en 1311, ó sea cuatro años después de la convocación (3), con asistencia de trescientos obispos (4), los patriarcas de Alejandría y Antioquía, los reyes Felipe

(1) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, cap. II, art. 13.
(2) JUENIN: *De loc. theolog.*, disert. 4.ª, cap. II, art. 14.
(3) JUENIN: Id. ibid., art. 15.
(4) BOUVIER: *Inst. theolog.*, tom. I, al final.

el Hermoso de Francia, Eduardo II de Inglaterra y Jaime II de Aragón.

Era emperador de Alemania Enrique VII, y las causas de su celebración fueron la supresión de los Templarios, acusados de muchos crímenes—varias herejías—proporcionar medios y auxilios para la Tierra Santa—la reforma de costumbres.

Se abolió la orden de los Templarios después de ciento ochenta y cuatro años de existencia, y sus bienes se adjudicaron á los caballeros de S. Juan de Jerusalén.

Se condenaron los errores de los *Fratricelos, Dulcinistas, Beguardos* y *Beguinas* (1).

Se decretó una Cruzada para la Tierra Santa y se dieron varios cánones disciplinales.

XVI. *Concilio de Pisa.* Angel Corario (Gregorio XII) y Pedro de Luna (Benedicto XIII) se disputaban el pontificado (2), sin que ninguno de los dos quisiera ceder en bien de la paz de la Iglesia, por más que en su elección prometieron con juramento renunciar, si el bien de la Iglesia así lo requería.

Los cardenales de una y otra obediencia, á fin de concluir con este prolongado cisma, del que tantos daños resultaban á la Iglesia, se pusieron de acuerdo, reuniéndose en Pisa y en 1409 convocaron para aquel punto un Concilio general, presidiéndole el cardenal Pictaviense (Poitiers), decano del Sacro Colegio.

Asistieron á este Concilio veinticuatro cardenales, los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén; trescientos obispos; gran número de priores y abades de monasterios, doctores y legados de príncipes y universidades.

Los dos antipapas fueron citados tres veces, y no habiendo comparecido por sí ni por procuradores, fueron declarados contumaces y condenados como cismáticos, perjuros, herejes y depuestos del pontificado.

(1) Cap. III, tít. III, lib. V Clementin.

(2) TEJADA Y RAMIRO, *Colección de Cánones de la Iglesia Española*, tom. III, pág. 653 y siguientes.

En su lugar fué nombrado el cardenal Filareto, de la orden de S. Francisco y doctor parisiense, quien tomó el nombre de Alejandro V y presidió desde entónces el Concilio hasta el fin (1).

Se duda si este Concilio fué ecuménico (2); parece probable la opinión de los que le cuentan entre los generales, porque reune todas las condiciones necesarias al efecto.

XVII. *Concilio de Constanza.* Alejandro V murió el año de su elección, y fué elegido en su lugar Baltasar Cossa con el nombre de Juan XXIII.

Angel Corario y Pedro de Luna no obedecieron el decreto del Concilio de Pisa, y resultó que eran tres los que se disputaban el pontificado, habiendo en su consecuencia tomado mayores proporciones el cisma que por espacio de treinta años afligía á la Iglesia.

Para concluir con él, Juan XXIII, de acuerdo con el emperador Segismundo y Wenceslao rey de Bohemia, convocó el año 1414 el concilio de Constanza (3).

Este fué el motivo principal de la reunión del Concilio; pero además se celebró para la reforma general de las costumbres y condenación de las herejías de Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga (4).

Concurrieron á este Concilio veintinueve cardenales, cuatro patriarcas, trescientos obispos y gran número de prelados inferiores.

Juan XXIII presidió las dos primeras sesiones, y prometió con juramento renunciar el pontificado en bien de la paz, si Gregorio XII y Benedicto XIII lo hacían también (5), pero ántes

(1) CHARMES: *Theolog. univ. de prolog.*, dissert. 5.ª, apénd. quæstion 2.ª, párrafo 16.

(2) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª—Cap. IV, párrafo 3.º—Id. ibid., parte 8.ª, cap. I, párrafo 4.º, prop. 5.ª, nota.

(3) CHARMES: *Theolog. univ.*, id. ibid., párrafo 17.

(4) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, cap. II, art. 16.

(5) TEJADA y RAMIRO: Obra citada, tomo III, pag. 685 y sig.

de celebrarse la sesión 3.ª se fugó del Concilio para no cumplir su compromiso.

El Cardenal de los Ursinos, obispo de Albano, presidió las sesiones 4.ª y 5.ª, en las que se declaró la superioridad del Concilio sobre el Papa.

El cardenal Vivariense (Viviers), obispo de Ostia, presidió desde la sesión 9.ª hasta la 41, en la que el cardenal Colonna fué elegido papa, tomando el nombre de Martino V; y presidió las cuatro sesiones restantes del Concilio.

En este Concilio se condenaron cuarenta y cinco artículos de Juan (1) Wiclef: se exhumaron sus huesos, que fueron quemados con todos sus libros.

Se depuso á Juan XXIII (2), que aceptó y obedeció la sentencia, y Gregorio XII mandó por procuradores (3) su renuncia que le fué admitida; pero Benedicto XIII (4) no siguió igual conducta, y fué depuesto, absolviéndose á todos los fieles de su obediencia (5).

Se condenaron treinta y un artículos de Juan Hus, que fué quemado con sus libros (6).

Jerónimo de Praga fué convicto de herejía, la abjuró para volver á sus errores; fué entregado al brazo seglar y quemado, vivo (7).

Mucho se cuestiona sobre si este Concilio es general. Dicen unos que es ecuménico en todas sus partes.

Otros sostienen que es general en aquellas sesiones que condenaron los errores de Wiclef, Juan Hus, y Jerónimo de Praga, é ilegítimo en aquellas otras que declararon la superioridad del Concilio sobre el Papa.

(1) Sesión 8.ª
(2) Sesión 12.
(3) Sesión 14.
(4) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect 4.ª, cap. IV, párrafo 4.º
(5) Sesión 37.
(6) Sesión 15.
(7) Sesión 20 y 21.

Esta última opinión parece la más probable, y se halla apoyada en las mismas palabras pronunciadas por el Papa en la sesión 45. Dice así: *Quod omnia et singula determinata, conclusa et decreta in materiis fidei per præsens Concilium conciliariter tenere, et inviolabiliter facta approbat et ratificat, et non aliter, nec alio modo* (1).

XVIII. *Concilio de Basilea.* Se celebró en 1431 mediante convocación de Martino V, ratificada por Eugenio IV su sucesor (2). Tuvo por objeto—la estirpación de la herejía de los bohemios, inficcionados en los errores de Juan Hus y Jerónimo de Praga—la paz y unión entre los príncipes cristianos y la reforma del clero.

En la sesión 1.ª, celebrada bajo la presidencia de Juliano, Cardenal del Santo Angel, se trató de abolir los privilegios de la Iglesia romana bajo el pretexto de reforma de abusos (3).

Por esta razón el Papa llamó al presidente y disolvió el Concilio, convocando otro para Bolonia, á fin de que acudieran los griegos, quienes trataban de volver á unirse con la Iglesia latina.

Los padres de Basilea no obedecieron el decreto de Eugenio IV; continuaron sus sesiones bajo la presidencia del cardenal Luis y del Obispo de Arlés, citaron al papa Eugenio en la sesión 12, rogándole que revocara su decreto sobre la disolución del Concilio, aprobase los decretos dados por éste, y que se adhiriera al mismo, en la inteligencia de que si no lo hacía, se le suspendería como contumaz, absolviendo á todos los fieles del juramento de fidelidad y obediencia.

El Papa accedió por evitar un nuevo cisma, y declaró en la sesión XVI, que anulaba su decreto de disolución del Concilio; aprobó su continuación y mandó sus legados.

En la sesión 18 se declaró la superioridad del Concilio so-

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V, párrafo 39.
(2) TEJADA y RAMIRO: Obra cit., tomo III, pág. 710.
(3) CHARMES: *Theolog. univ.*, id. ibid., párrafo 18.

bre el Papa; por lo cual se retiraron los legados, y el Papa trasladó el concilio á Ferrara en 1434, adonde acudieron la mayor parte de los obispos; pero los que se quedaron en Basilea continuaron celebrando sesiones desde la 25 hasta la 45. En ellas declararon nulas las bulas de traslación del Concilio, definieron que la superioridad del Concilio sobre el Papa era verdad de fe divina, y depusieron á Eugenio IV, eligiendo en su lugar al duque de Saboya Amadeo, que tomó el nombre de Felix V: se trasladaron después á Lausana, en donde celebraron muchas sesiones de ninguna importancia, ménos la abdicación hecha por Félix V en bien de la paz de la Iglesia.

Todos convienen en que el Concilio de Basilea dejó de ser general, degenerando en mero conciliábulo desde la sesión 25 en adelante; pero no sucede lo mismo respecto á las sesiones anteriores: unos dicen que fué legítimo desde la sesión 1.ª hasta la 25, y otros con mejores pruebas sostienen que fué legítimo en su principio, dejando de serlo desde que Eugenio IV lo disolvió por primera vez, ó sea después de la primera sesión, porque el decreto en que revocó aquella disposición no aprobaba nada de lo hecho hasta entónces, sino únicamente su continuación; así que faltan á este Concilio las condiciones necesarias para ser general, y únicamente son canónicas sus disposiciones sobre beneficios y censuras eclesiásticas por haberlas confirmado el papa Nicolao V (1).

XIX. *Concilio de Florencia*, trasladado desde Ferrara por Eugenio IV con motivo de la peste que se había declarado en esta ciudad. Se celebró en 1438 y tuvo por objeto la unión de los griegos con los latinos (2). Le presidió el mismo Papa, y asistieron ocho cardenales, cincuenta y un obispos y muchos doctores, abades y generales de las órdenes religiosas.

También asistieron de la Iglesia oriental el emperador Juan Paleólogo, los patriarcas de Constantinopla y Jerusalén, los vi-

(1) JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, cap. II, art. 17.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V, párrafo 39.

carios de los patriarcas de Alejandría y Antioquía, y muchos arzobispos y obispos.

Se definió la *procesión* del Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

Que es válida la consagración en pan de trigo, ácimo ó fermentado.

Que las almas de los que mueren en gracia sin haber satisfecho las penas debidas por los pecados van al purgatorio, y las aprovechan los sufragios de los vivos.

Que el romano Pontífice tiene el primado en todo el orbe.

Que el Papa es verdadero sucesor de Pedro, vicario de Cristo en la tierra y cabeza de toda la Iglesia (1).

XX. *Concilio V de Letrán*, convocado por Julio II en 1512, siendo emperador de Alemania Maximiliano; y tuvo por objeto impedir el cisma que amenazaba á la Iglesia por haberse reunido el año 1511 algunos cardenales en Pisa con el pretexto de que el Papa había faltado al juramento hecho en su elección de convocar un Concilio general dentro del primer año de su pontificado.

Sólo concurrieron á este Concilio ciento catorce prelados, contándose entre ellos diez y ocho cardenales, los patriarcas de Alejandría y Antioquía con muchos electores y generales de las órdenes religiosas.

Las cuatro primeras sesiones se celebraron bajo la presidencia del mismo Julio II, y con motivo de haber enfermado mortalmente presidió la quinta el cardenal Rafael, obispo de Ostia. El nuevo papa León X presidió las sesiones restantes (2).

Este Concilio reprobó el conciliábulo de Pisa.

Abrogó la pragmática sanción.

Se trató en él de ajustar la paz entre los príncipes cristianos.

Se aprobaron los Montes de Piedad.

(1) JUENIN: *De locis theolog.*, ibid., art. 18.

(2) CHARMES: *Theolog. univ. de Prolegom.*, dissert. 5.ª, apénd., quæst. 2.ª, párrafo 20.

Se publicó el Concordato ajustado entre León X y Francisco I rey de Francia, en lugar de la pragmática sanción que se acababa de anular.

Este Concilio es general sin duda alguna, por más que los franceses no quieran reconocerlo, porque se abrogó en él la pragmática sanción (1).

XXI. *Concilio de Trento*, convocado por Paulo III para Mantua en su bula de 2 de Junio de 1536. Las dificultades que ocurrieron fueron la causa de que se expidiera otra bula señalando el 1.º de Mayo de 1538 para su celebración en Vicenza, y como tampoco pudo llevarse á efecto, se trasladó á Trento (2), en donde se verificó su apertura el 13 de Diciembre de 1545, no habiendo terminado sus sesiones hasta 1563, bajo los sumos pontífices Paulo III, Julio III, Marcelo II, Paulo IV y Pío IV, siendo emperadores de Alemania Carlos V y Fernando I sucesor de aquél.

El motivo de la celebración de este Concilio fué las herejías de Lutero, Calvino y sus secuaces, así como la reforma de la disciplina eclesiástica (3); habiendo llevado á efecto uno y otro bajo los mejores auspicios, á pesar de las grandes dificultades que se oponían á su marcha.

En las 25 sesiones de este Concilio se sancionó el dogma católico contra los nuevos errores, y se dictaron reglas disciplinales de la mayor importancia (4).

XXII. *Concilio Vaticano*, convocado por el papa Pío IX para el día 8 de Diciembre de 1869, con motivo del cúmulo de errores de los tiempos presentes: porque no se limitan á negar estas ó las otras verdades, tal ó cual dogma de fé; sinó que el protestantismo en el desenvolvimiento de sus principios disolventes ha venido á parar en el racionalismo y materialismo, que son los

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V, párrafo 39.

(2) Bula convocatoria, expedida por Paulo III en 22 de Mayo de 1542.

(3) TEJADA y RAMIRO: *Colección de Cánones y Concilios de la Iglesia Española*, tom. IV.

(4) JUENIN: *De locis thelog.*, id. ibid., art. 19.

dos puntos cardinales, de donde arrancan todos los errores de la época presente.

El expresado Papa, en su bula *Æterni Patris Unigenitus Filius*, de convocación del Concilio Vaticano (1), consigna la potestad conferida por Jesucristo á su vicario en la tierra, y la misión encomendada al mismo, en cuya virtud los Sumos Pontífices, cuando lo han creido oportuno, señaladamente en épocas de gravísimas perturbaciones y calamidades de nuestra santísima religión y de la sociedad civil, han convocado concilios generales, á fin de que, adunadas todas sus fuerzas con las de los obispos de todo el orbe católico, á quienes el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios, estableciesen próvida y sábiamente todo cuanto fuese necesario para combatir el error, y sostener y restaurar la disciplina eclesiástica, y corregir las costumbres de los pueblos.

El motivo que Pío IX tuvo para expedir dichas letras convocatorias de un Concilio general, lo expresa la citada bula (pár. 4.°) en los términos siguientes: «A todos es notoria la »horrenda tempestad que hoy conmueve á la Iglesia, y los mu»chos y graves males que afligen también á la sociedad civil. »La Iglesia católica, su doctrina salvadora y veneranda potes»tad, no ménos que la suprema autoridad de esta Sede Apostó»lica, se hallan combatidas y holladas por enemigos acérrimos »de Dios y de los hombres; todas las cosas sagradas en el ma»yor desprecio, y los bienes eclesiásticos usurpados; vejados »de todas maneras los obispos, y los más ilustres varones con»sagrados al ministerio divino, así como todos los que se condu»cen como católicos; las órdenes religiosas suprimidas; libros »impíos de todas clases, revistas pestilentes é innumerables y »perniciosísimas sectas, extendidas por todas partes; la instruc»ción de la mísera juventud arrancada en casi todas partes al »clero, y lo que es aún peor, encomendada aquella en muchos

(1) *Acta ex iis decerpta quæ apud Sanctam Sedem geruntur*, volumen 4.°, página 3.

»puntos á maestros del error é iniquidad. De aquí, que la im»piedad, corrupción de costumbres, la desenfrenada licencia, la »violación de las leyes divinas y humanas, se haya propagado »por todas partes con grave daño de las almas, sumo dolor »nuestro y de todos los buenos, merced al contagio de perversas »opiniones de toda especie, de toda clase de vicios y maldades; »de lo cual resulta que no sólo nuestra santísima religión, sinó »la misma sociedad humana, se halla miserablemente perturba»da y desquiciada.»

El número de padres que acudieron al llamamiento (1) del Papa fué muy numeroso (2), si se tiene presente que muchos no pudieron verificarlo por impedírselo el poder civil, hallándose en este caso todos los sometidos al imperio de Rusia. Hasta el 1.° de Enero de 1870 tomaron parte en el Concilio setecientos sesenta y cuatro.

El Concilio llevaba celebradas cuatro sesiones, cuando fué preciso suspenderlo con motivo de los acontecimientos que tuvieron lugar.

Trabajos de la mayor importancia se llevaron á efecto en el corto tiempo que estuvo reunido. En la sesión 3.ª, celebrada el 24 de Abril de 1870 (3), se dió la constitución dogmática *Dei Filius*, aprobada unánimemente por los seiscientos sesenta y siete padres que se hallaban presentes, habiendo merecido la solemne confirmación pontificia. Contiene cinco cánones acerca de Dios Criador de todas las cosas (4),—cuatro sobre la revelación (5),—seis acerca de la fé (6)—tres sobre la fé y la razón. (7).

La sesión 4.ª se celebró el 18 de Julio de 1870, y en ella promulgó Su Santidad la constitución dogmática *Pastor æternus*,

(1) *Acta ex iis decerpta*, etc., vol. 5.°, pág. 513.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V, párrafo 40.
(3) *Acta ex iis decerpta*, vol. 5.°, pág. 457 y sig.
(4) *Acta ex iis decerpta*, ibid, pág. 469.
(5) Id. ibid., pág. 469.
(6) Id. ibid., pág. 470.
(7) Id. ibid , pág. 471.

que había sido votada por quinientos treinta y tres padres de los quinientos treinta y cinco que se hallaban presentes; de modo que sólo dos padres del Concilio votaron en contra (1); pero desde el momento que el Santo Padre confirmó dicha constitución se sometieron en absoluto al dogma sancionado. Lo mismo hicieron cuatro cardenales que habían faltado á la sesión sin motivos legítimos, y que habían considerado ántes inoportuna la definición de la infabilidad del Papa.

Dicha constitución contiene en el capítulo primero (2) la definición dogmática de la institución del primado apostólico en S. Pedro.—En el segundo (3) se define la perpetuidad del primado de S. Pedro en los romanos pontífices.—En el tercero se define la potestad plena y suprema de la jurisdicción (4) del Sumo Pontífice sobre toda la Iglesia.—El capítulo cuarto sanciona el magisterio infalible del Romano Pontífice (5).

El Concilio suspendió sus tareas después de haber estallado la guerra entre Francia y Prusia. El 4 de Agosto de 1870 salió de Roma el ejército francés de ocupación, y en ese día sufrió Napoleón la primera derrota, cayendo después prisionero del rey Guillermo de Prusia el 2 de Septiembre (6) con todo su ejército.

Victor Manuel escribió el 8 del expresado mes á Su Santidad pidiendo la ocupación de Roma por sus tropas, y habiéndosele contestado *Non possumus*, puso sitio á la ciudad eterna penetrando en ella el 20 de Septiembre (7). Con motivo de estos acontecimientos el Sumo Pontífice, en sus letras apostólicas de 20 de Octubre de 1870, suspendió el Concilio Vaticano hasta otro tiempo más oportuno y cómodo que señalará la Santa Sede (8).

(1) *Acta Sanctæ Sedis*, vol. 6.°, pág. 51.
(2) Id. ibid., pág. 41.
(3) Id. ibid., pág. 42.
(4) Id. ibid., pág. 43.
(5) Id. ibid., pág. 45 y sig.
(6) Id. ibid., pág. 54 y sig.
(7) Id. ibid., pág. 55 y sig.
(8) Id. ibid., pág. 65.

CAPÍTULO IV.

DECRETOS DE LAS SAGRADAS CONGREGACIONES.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LAS SAGRADAS CONGREGACIONES EN GENERAL Y DEL CONSISTORIO DE CARDENALES EN PARTICULAR.

§ 1.°

De las congregaciones en general.

Congregaciones romanas.—Se entiende por congregaciones romanas: *Las distintas reuniones de cardenales instituidas por los Sumos Pontífices con potestad de entender y resolver definitivamente determinados asuntos.*

Su orígen y motivo de su creación.—Las Congregaciones romanas datan del siglo XVI.

Fueron creadas por los papas, porque no pudiendo atender por sí mismos en el consistorio al despacho de multitud de causas, cada dia en aumento, que se llevaban á su decisión de las diversas provincias cristianas, formaron del Colegio Cardenalicio distintas congregaciones, asignando á cada una de ellas los asuntos en que había de entender y despachar (1).

Su institución se halla en armonía con la organización de la Iglesia en las distintas diócesis.—Esta institución de las congregaciones romanas guarda armonía con la organización general de la Iglesia en las distintas diócesis. En

(1) HUGUENIN: *Expsit. method. Jur. Canon. pars. general.*, lib. I, tít. III, cap. II, párrafo 2.°

cada una de éstas el obispo tiene como auxiliar en ciertos asuntos el cabildo catedral, que es por derecho común su senado y consejo, y tiene además uno ó más vicarios con sus tribunales y oficinas para entender y despachar los asuntos contenciosos y gubernativos, porque él no puede por sí sólo ni en unión con el cabildo atender á esta necesidad. Esta es cabalmente la razón en que se funda la institución de las congregaciones romanas.

Conveniencia de su institución.—La conveniencia de su institución es notoria, porque la autoridad del Romano Pontífice se comunica á las sagradas Congregaciones, cuyos miembros no son meros delegados ó ejecutores de la voluntad de aquél, sinó jueces ordinarios que ejercen la potestad apostólica con la extensión conveniente y determinada en las letras pontificias, constituyendo uno y el mismo tribunal del Sumo Pontífice; del mismo modo que el vicario, general con el obispo, resultando de esto=

a) Una gran ventaja para el Papa, puesto que tiene personas de su confianza en quienes descarga parte de su jurisdicción (1).

b) Los cardenales encargados como miembro de las distintas Congregaciones del despacho de ciertos asuntos, ganan en consideración y dignidad; puesto que desempeñan estos cargos como verdaderos jueces sin ulterior recurso, y sus sentencias son fallos pontificios; con la particularidad de que continúan en el ejercicio de su potestad aun en la vacante de la silla apostólica para los casos de necesidad urgente; pues en los demás concluye su jurisdicción por muerte del Papa, así como la del vicario general por muerte del Obispo.

c) Los fieles que acuden á Roma de las distintas provincias y países del orbe á fin de satisfacer sus necesidades espirituales ó para defender sus derechos, encuentran allí las distintas con-

(1) HUGUENIN: *Exposit. method. Jur. Canon. pars special.*, lib. I, titulo I, tract. 2.°, dissert 2.ª, cap. II, art. 1.°, párrafo 2.°

gregaciones de cardenales, dispuestas á oirlos en toda clase de asuntos y negocios, que se despachan con la conveniente brevedad y con todas las garantías de acierto, en el mero hecho de que cada una de aquellas se concreta á determinadas materias, que puede estudiar con profundidad; puesto que entiende siempre y perpetuamente en unas mismas, pudiendo en todo caso consultar al Papa con suma facilidad (1).

d) Las Congregaciones reunen además todas las garantías de acierto por ser tribunales colegiados y contar con un crecido número de consultores teólogos y canonistas, que discuten y examinan detenidamente las cuestiones bajo todos sus aspectos (2).

Sus especies.—Las Congregaciones romanas se dividen en—*universales* y *particulares*—*ordinarias* y *extraordinarias*.

Se llaman universales: *las reuniones de cardenales, cuya jurisdicción se extiende á toda la Iglesia en los asuntos y negocios que tienen á su cargo.*

Son particulares, *las que sólo entienden, en virtud de su institución, en aquellas cosas concernientes á la diócesis romana.*

Las Congregaciones ordinarias son: *las distintas colectividades de cardenales instituidas de un modo estable para entender perpetuamente en determinados negocios* (3).

Se llaman congregaciones extraordinarias, *las distintas colectividades de cardenales creadas por el Papa para entender en asuntos especiales, quedando disueltas desde el momento que los despachan.*

Se dividen también, por razón de los asuntos encomendados á ellas, en=

Congregaciones eclesiásticas y políticas ó civiles.

(1) HUGUENIN: id. ibid.

(2) HUGUENIN: Obra citada, lib. I, tít. I, trac. II, dissert. 2.ª cap. II, artículo 1.º, párrafo 2.º

(3) HUGUENIN: id ibid.—*Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, artículo 2.º

Congregaciones sobre materias de fe y de disciplina.

Sobre liturgia y concesión de gracias apostólicas (1).

Su constitución interna.—Las Congregaciones romanas se componen de un número mayor ó menor de cardenales á voluntad del Romano Pontífice; pero en todas y cada una de ellas ha de haber precisamente=

Un *prefecto* ó presidente, que dirige los negocios y despacha con el secretario las cosas de menor importancia.

Dos ó más cardenales vocales, que como jueces emiten su voto en los asuntos sometidos á su resolución.

Un *secretario*, cuyo cargo se desempeña ordinariamente por un prelado con residencia fija en Roma, el cual distribuye los documentos, escribe las relaciones en muchos casos, consigna las resoluciones, de las que da cuenta al Sumo Pontífice, y expide los decretos.

Sustitutos y *oficiales*, los cuales ayudan al secretario según su respectiva clase en el despacho de los negocios.

Consultores, que son personas de conocida ciencia, laboriosidad, prudencia y probidad, á fin de que puedan informar á las Congregaciones é ilustrarlas en los diversos asuntos que están llamadas á decidir.

El Papa nombra los consultores y su cargo es vitalicio (2).

Su modo de proceder en asuntos administrativos.—Las Congregaciones en su modo de proceder reunen todas las garantías que pueden desearse, y es el más conforme á la justicia y equidad, porque su potestad es en cierto modo *supra canones*, en cuanto que pueden proceder no solo *in forma judiciali*, sinó *ex æquo*, conforme á las reglas de la prudencia, lo cual tiene lugar en las causas y negocios administrativos.

En estos asuntos los *agentes* encargados por los interesa-

(1) CAMILLIS: *Inst. Jur. Canon.*, tom. I, *pars altera*, lib. I, sect. 1.ª, dissert. 1.ª, cap. III, art. 2.º, párrafo 3.º

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon. pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.º, párrafo 2.º

dos, presentan á la mano en secretaría sus exposiciones y peticiones.

El secretario da sumariamente cuenta de las preces á la Congregación, y ésta resuelve de plano después de haber consultado al obispo ú ordinario de los interesados, si la calidad del negocio lo requiere.

En la interpretación de las leyes se distribuye la relación de la causa; se oye á los consultores, y si la interpretación es *extensiva*, no se dicta sin haber consultado al Sumo Pontífice, teniendo esto lugar muchas veces aun en la interpretación *comprensiva*, aunque no es necesario (1).

Cómo proceden en los negocios contenciosos civiles y criminales.—En las causas contenciosas civiles, se recibe la relación del obispo ú *ordinario*.

Las partes se ponen de acuerdo *in dubio*, comunicándose los documentos á la Congregación y á las partes.

Los procuradores de las partes exponen por escrito el hecho sobre el cual los abogados alegan su derecho, y estos alegatos se consignan por escrito.

De la sentencia dictada sobre el dubio por la Congregación, há lugar á pedir nueva audiencia, y la sentencia se remite al obispo para su ejecución.

Las causas criminales más graves se incoan ante la Santa Sede, y las menores se siguen allí en última instancia, mediante apelación del agraviado, la cual ha de interponerse dentro de diez dias.

El proceso, remitido por el obispo ú ordinario y abreviado por el juez relator, se comunica al reo ó su procurador, y se admiten informaciones de testigos fuera del tribunal (2).

Autoridad de sus decisiones.—Las Congregaciones romanas son tribunales de la Santa Sede, y en este concepto (3),

(1) HUGUENIN: Id. ibid.

(2) HUGUENIN: Id. ibid.

(3) S. ALFONSO DE LIGORIO: *Theolog. mor.*, lib. I, tract. 2.º, cap. I, número 106.

sus sentencias producen el efecto de la *cosa juzgada;* de manera que sus decisiones son obligatorias á las personas directamente interesadas en ellas; pero como toda sentencia encierra en sí dos juicios, á saber=

El uno sobre las acciones de los súbditos y éste es particular, y aplicable al caso concreto que la motivó.

El otro sobre el verdadero sentido de la ley (1).

Las sagradas Congregaciones fueron principalmente instituidas para aplicar las leyes como todos los tribunales de justicia; pero no puede negarse que sus decisiones son además fuente general del Derecho Canónico en los casos siguientes:

a) Las decisiones de las sagradas Congregaciones publicadas por mandato pontificio, como decretos generales; porque en este caso son disposiciones emanadas de la suprema potestad legislativa (2).

b) Las declaraciones hechas sobre el sentido de la ley, ó sea la interpretación *extensiva* de aquella, publicada y promulgada con autoridad pontificia, por la razón indicada en el caso anterior.

c) Las declaraciones *comprensivas*, que se limitan á explicar el verdadero sentido de la ley, á diferencia de las *extensivas*, que alteran la ley limitándola ó extendiéndola, tienen también autoridad general, aunque se hayan dado con motivo de una cuestión particular, porque resuelven un punto particular con arreglo al derecho común (3).

d) Los decretos particulares en los que no se trata *ex professo* del sentido de la ley, no son fuente general del Derecho Canónico y sólo producen obligación respecto al particular que los motivó. Esto no obstante, si hay uniformidad de decisiones en casos semejantes, podrán llegar á considerarse como de autoridad legal (4).

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. I, cap. I, sect. 1.ª, art. 1.º, pár. 2.º
(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon. pars general.*, lib. I, tít. III, cap. II, art. 2.º, párrafo 2.º
(3) *Manual eclesiástico*, por el autor de esta obra, pág. 10 y sig.
(4) HUGUENIN: Id. ibid.

§ 2.°

DEL CONSISTORIO DE CARDENALES.

Consistorio y su antigüedad en la Iglesia romana.—Se entiende por Consistorio: *Toda congregación ó reunión de personas para tratar de los negocios públicos.*

La palabra *consistorio*, concretada al consejo ó senado del Sumo Pontífice, se define: *La reunión del Colegio de Cardenales en el Palacio Apostólico convocado y presidido por el Papa* (1).

En los primeros tiempos de la Iglesia y durante diez siglos, los Sumos Pontífices tenían á su lado un crecido número de presbíteros y clérigos, que formaban su senado y consejo y les auxiliaban en el desempeño de sus altas funciones.

Esta organización guardaba completa uniformidad con lo que se observaba en las demás iglesias, porque los obispos se hallaban rodeados de su presbiterio, que se componía de los presbíteros y diáconos, y con ellos despachaban las causas y negocios más árduos de la diócesis.

La antigüedad del presbiterio de la Iglesia romana data desde los tiempos más remotos, y el Ceremonial romano dice acerca de este punto: *Senatus autem romanæ Ecclesiæ à Petro divina inspiratione institutus est, cum quo omnia ardua Ecclesiæ negotia explicaret.*

El papa S. Siricio, elevado á la silla apostólica en 384, condenó á Joviniano y su herejía en el Sínodo de los presbíteros y diáconos que componían el presbiterio, siguiendo la antigua costumbre de la Iglesia romana, y esto mismo está demostrado por infinitos testimonios de la antigüedad (2).

(1) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 1.°

(2) BOUIX: *De Curia romana*, id. ibid.

Consta asimismo que los Papas resolvían en los diez primeros siglos las cuestiones sobre la fé, costumbres y disciplina en los concilios romanos, que se componían de los obispos suburbicarios y otros obispos residentes en Roma, de los presbíteros y diáconos de la Iglesia romana.

Orígen del consistorio de cardenales.—El consistorio de cardenales data del siglo XI, en que los obispos suburbicarios fueron creados miembros del sacro colegio, como medio de atender á las nuevas necesidades de la Santa Sede, porque el sacro colegio llevaba en sí la imagen de un concilio permanente y podía auxiliar perennemente al Sumo Pontífice en el crecidísimo número de asuntos que debía resolver.

Constituido el Consistorio de cardenales, compuesto de los obispos suburbicarios, y de los presbíteros y diáconos que hasta entónces formaban el presbiterio de la Iglesia romana, pudo ya el Sumo Pontífice atender á las nuevas necesidades con esta nueva ayuda; así como por medio de los legados mandados á las distintas provincias y los tribunales inferiores creados para entender en negocios ménos importantes (1).

Sus especies, y asuntos de la competencia del Consistorio público.—El Consistorio de cardenales se divide, por razón de la forma en que puede celebrarse, en—*solemne ó público*,—*semipúblico* y—*ordinario ó secreto.*

El consistorio público tiene por objeto ciertos actos meramente ceremoniales, como la recepción solemne de los reyes, príncipes y embajadores de aquéllos; la entrega del sombrero rojo á los cardenales nuevamente creados, y otros actos de esta índole.

El Sumo Pontífice en los intérvalos que se lo permite aquella solemne recepción, da audiencia á los abogados consistoriales, quienes en lengua latina le refieren las virtudes y mereci-

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars general.*, lib. I, tít. III, cap. II, art. 2.º, párrafo 1.º—Id. id., *pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.º, párrafo 2.º

mientos de algún siervo de Dios, pidiendo en consecuencia su canonización, beatificación ó concesión del culto público (1).

Materias propias del consistorio semipúblico.—El Consistorio semipúblico, llamado así porque participa del público y del secreto, se celebra para las causas de canonización, y en él se preparan.

Se permite asistir á este consistorio y dar su voto á todos los arzobispos y obispos que se hallan en Roma ó en el punto donde aquél tiene lugar, lo cual reviste cierta forma de concilio general y como una representación de la Iglesia universal (2).

Consistorio secreto y tiempo de su reunión.—El Consistorio secreto ú ordinario se celebra con más frecuencia que los otros, y en éste resolvía antiguamente el Papa por sí mismo todas las causas en que ahora entienden las distintas congregaciones y otros tribunales.

Este Consistorio se celebraba casi diariamente en los primeros tiempos, y después se limitó su celebración á dos veces por semana.

En la actualidad suele reunirse una ó dos veces al mes, ó ménos frecuentemente á voluntad del Papa.

Solemnidades en su celebración.—Las solemnidades que se observan en su celebración pueden resumirse en lo siguiente:

1. Los cardenales son citados con anticipación por los cursores pontificios, y concurren al Palacio Apostólico y salón designado, sentándose en escaños de madera, revestidos de capa magna, roquete y birrete (3).

2. El Papa se presenta en traje ordinario, ó sea con roquete, muceta y birrete, colocándose en el trono ó asiento que le está preparado bajo dosel, y las puertas de la habitación siguen abiertas por algún tiempo, durante el cual se permite la entrada á los

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 2.º
(2) Bouix: Id. ibid.
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.º, párrafo 1.º

prelados y á todos las personas nobles y de alto rango, dando el Papa audiencia privada y auricular á los cardenales, que la solicitan para hablarle de asuntos propios ó de los príncipes, amigos ó familiares (1).

3. Los cardenales están sentados á presencia del Papa en este acto público y solemne, y cubierta la cabeza con el birrete cardenalicio; pero al dirigirse al Papa, permanecen ante él descubiertos y en pié con la mayor sumisión y reverencia (2).

4. Terminada la audiencia, el clérigo del Consistorio dice en alta voz: *Extra omnes;* y salen fuera todos los que no son cardenales, quedando éstos únicamente con el Papa y cerradas las puertas.

5. En una sala próxima permanecen el secretario, clérigo del Consistorio y otros ministros asistentes para presentarse tan pronto como sean llamados; pero sin que puedan enterarse ni oir nada de lo que se trata en el Consistorio.

6. El Sumo Pontífice propone los negocios que han de tratarse, y pide su parecer á los cardenales. Los decretos allí dados se escriben por el cardenal vicecancelario, como secretario del Papa y del Consistorio (3).

Asuntos que en él se resuelven.—Son muchos los asuntos y negocios que se despachan en el Consistorio secreto, pudiendo resumirse los principales del modo siguiente:

a) En él se hacen las promociones al cardenalato y á iglesias patriarcales, metropolitanas y catedrales.

b) Traslaciones de los obispos.

c) Nombramientos de obispos coadjutores con ó sin futura sucesión.

d) Creación, unión ó desmembración de diócesis.

e) Los negocios eclesiásticos de gran importancia.

El papa suele hablar también en este consistorio á los car-

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.º

(2) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 2.º

(3) BOUIX: id. ibid.

denales del Estado de la Iglesia en los distintos paises (1). Estas alocuciones tienen por objeto dar á conocer á los obispos, clero y pueblo de todo el mundo católico los medios de que se sirven los malvados para extender sus errores y perversas doctrinas, á fin de que estén prevenidos y no se dejen seducir (2).

§ 3.°

De la congregación consistorial.

Congregación consistorial.—Se entiende por Congregación consistorial: *La reunión de cierto número de cardenales con el objeto de examinar y discutir los negocios que han de resolverse en el Consistorio, dando cuenta al Papa de los acuerdos tomados.*

De manera, que ántes de celebrarse el Consistorio secreto, ya está determinado lo que en él ha de decretarse, sin que haya necesidad de abrir discusión sobre ello, porque ya se ha examinado con toda madurez en la expresada congregación, que por esta razón puede decirse que es una reunión preparatoria del Consistorio (3).

Su institución y cosas en que entiende.—La Congregación consistorial, que se compone de ocho ó doce cardenales (4), fué instituida por Sixto V en su bula *Immensa* de 22 de Enero de 1588.

En la expresada Bula se fijan sus atribuciones en esta forma: *In primis cognoscant de legitimis causis erectionum novarum eclesiarum quarumcumque, patriarchalium, metropolitanarum, et cathedralium, ac de cujusque earum dote, capitulo, clero,*

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 113.
(2) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 3.°
(3) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., párrafo 4.°
(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 114.

populo, et aliis quæ ad ejusmodi erectionis, juxta præscriptum sacri Concilii Tridentini et Sanctorum decreta, necessaria erunt.

Dice además que esta Congregación examinará todas las dificultades que surjan con este motivo, así como las controversias entre las mencionadas iglesias ya erigidas, uniones y divisiones de iglesias y monasterios; permutas, traslaciones y asignación de pensiones sobre sus réditos; pluralidad de monasterios; incompatibilidad de dignidades, presentaciones y nombramientos; confirmaciones de las elecciones ó postulaciones, nombramientos de coadjutores con futura sucesión ó sin ella, con obligación de investigar con la mayor diligencia la edad y cualidades de los que han de ser promovidos á estas dignidades, dando cuenta de todo al Sumo Pontífice después de discutido y examinado (1).

ARTÍCULO II.

CONGREGACIONES SOBRE PUNTOS DE FÉ.

§ 1.º

Del santo oficio y congregación de la Inquisición.

Inquisición ó Santo oficio.—Los obispos son, por razón de su cargo, verdaderos inquisidores natos en sus respectivas diócesis, como que uno de sus principales deberes es velar por la fé y conservación de la sana doctrina entre la grey encomendada á su cuidado pastoral; pero la palabra *inquisidor* no suele aplicarse á los obispos, sinó á los jueces nombrados por la Santa Sede para entender en las causas de fé.

(1) BERARDI: *Comment in Jus Eccles. univ.*, tom. I, dissert 2.ª, cap. III.

En este sentido se entiende por inquisición ó Santo Oficio: *La institución de jueces hecha por la Santa Sede para que procedan contra los reos de herejía en los territorios que les designa* (1).

Su origen, y motivo de su institución.—El origen de estos jueces ó inquisidores se remonta al siglo XIII; en cuya época Inocencio III y los Sumos Pontífices sus sucesores hicieron estos nombramientos con motivo de los errores y herejía de los albigenses, y elegían principalmente para estos cargos á religiosos de la orden de Santo Domingo y de la de S. Francisco.

Nombramiento de inquisidores y sus atribuciones.—Los papas Inocencio IV en su constitución *Odore suavi*, Clemente IV en la constitución *Licet ex moribus*, y Alejandro IV en la constitución *Olim præsentiens* y *Licet ex moribus*, concedieron á los generales y provinciales de las órdenes religiosas de Santo Domingo y S. Francisco, facultad para nombrar inquisidores á los religiosos de sus respectivas órdenes, que consideraran más á propósito para este cargo (2).

Los Sumos Pontífices fijaron en varias constituciones el procedimiento especial que los inquisidores habían de seguir contra los reos de herejía, y la potestad del inquisidor y del obispo de la diócesis en el ejercicio simultáneo de este cargo. La jurisdicción de los inquisidores, aunque delegada, no espira por muerte del delegante, según declaró Clemente IV el año 1267.

Congregación de la inquisición.—Esta Congregación (3), que es la primera entre todas las demás por la excelencia é importancia de su objeto, fué instituida en 1542 por Paulo III (4), con motivo de la herejía luterana, que había inficcionado á toda Alemania y algunos puntos de Italia.

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. II, pár. 1.º

(2) Bouix: *Ibid.*

(3) *Prælect. Jur. Canon. in Semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º

(4) Constitución *Licet ab initio*, de 1542.

Para que el contagio no pasara adelante, y á fin de proporcionar á los inficionados los remedios oportunos, se creó la expresada Congregación, que no debe confundirse con el Santo Oficio ó la inquisición; puesto que es un tribunal permanente, compuesto de gran número de cardenales, cuya jurisdicción se extiende á todo el orbe, sin que contra sus fallos pueda interponerse recurso alguno (1).

Personas de que se compone.—Paulo III formó esta Congregación de seis cardenales, cuyo número aumentó Pio IV, habiendo sido confirmada por S. Pio V y Sixto V (2).

Se compone en la actualidad (3) de un crecido número de cardenales á voluntad del Papa, los cuales llevan el título de *Inquisidores generales.*

El Sumo Pontífice es el *prefecto* ó presidente de esta Congregación, y *secretario* el decano del Sacro Colegio (4).

Cuenta con un crecido número de oficiales, que tienen distintos nombres, según sus respectivos cargos, y acerca de los cuales me limito á las indicaciones siguientes:

Comisario. Desempeña la funciones de juez ordinario, y suele ser nombrado para este cargo un religioso dominico de la provincia de Lombardía (5).

Asesor. Es el consejero del comisario, para cuyo cargo suele nombrarse á uno de los prelados que se llaman camareros honorarios, ó á un clérigo secular perito en la ciencia teológica y canónica (6).

Consultores. Estos son elegidos de entre el clero secular y regular, siendo además *consultores natos* dos padres dominicos, que son el general de la Orden y el maestro del Sacro Pa-

(1) BOUIX: *De Curia romana, ibid.*
(2) BERARDI: *Comment. in jus eccles. univ.*, tom I, dissert. 2.ª, cap. III.
(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 115.
(4) BOUIX: *De Curia romana, ibid.*
(5) PHILLIPS: *Comp. jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 115.
(6) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. II, párrafo 2.º

lacio (1), y un padre de la orden de S. Francisco *(Minorum Conventualium)*.

Calificadores, que son las personas doctas en Teología y Derecho Canónico, encargadas por la Sagrada Congregación de emitir su dictamen sobre los escritos, y la censura teológica que á su juicio corresponde á una ó más proposiciones, ó á algún libro (2).

Oficiales.—Tiene otros oficiales ó ministros inferiores, como fiscal, notario, etc. (3).

Todos los oficiales tienen obligación de guardar secreto en las cosas de sus respectivos cargos, bajo la pena de excomunión, *ipso facto* (4).

Sus distintas reuniones y en qué forma.—La Congregación de que se viene tratando, se reune cuando hay negocios propios de ella, pero en este caso se observan ciertas reglas que tienen por objeto esclarecer las cuestiones y examinarlas con la mayor madurez.

A este efecto se verifican tres especies de reuniones (5).

La primera, á la que asisten sólos los consultores, se llama congregación de los consultores ó de la feria 2.ª Se reune regularmente todas las semanas, y este acto tiene lugar en la feria segunda, ó lunes, en el palacio del Santo Oficio, construido por S. Pio V junto al Vaticano.

Se da cuenta de los asuntos pendientes á los consultores allí reunidos con el comisario del Santo Oficio, su asesor, y otros ministros; se leen los procesos y letras de los Obispos, y los calificadores emiten su opinión sobre los escritos ó libros que han examinado, y se resuelve sobre las causas y materias de que se ha de dar cuenta por el asesor en la próxima congregaciónde cardenales (6).

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, párrafo 2.º
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, ibid.
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid.
(4) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid.
(5) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, id. ibid.
(6) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., párrafo 4.º

La segunda reunión, que es la congregación de cardenales sin asistencia del Sumo Pontífice, á la que se llama congregación de la feria 4.ª, se reune el miércoles de cada semana en el convento de Dominicos llamado *Supra Minervam*.

Concurre el asesor, y en pié da cuenta de los asuntos, y hace una relación de los procesos y letras que les acompañan.

Los cardenales oyen la relación, y después de examinado todo y bien pensado, admiten á los consultores que en el ínterin se hallan en una habitación próxima, y se les pide parecer (1).

Por último, los cardenales pronuncian y resuelven definitivamente en seguida, sometiendo su sentencia á la aprobación del Sumo Pontífice. Verificado esto, queda terminado todo, y en su virtud se expide el correspondiente decreto (2).

Cuando la gravedad del asunto requiere mayor examen, los cardenales no resuelven en esta reunión de la feria 4.ª, sinó que remiten el asunto á la congregoción de la feria 5.ª y en uno y otro caso el asesor da cuenta en el mismo día al Sumo Pontífice de lo decretado por los cardenales.

La tercera rennión, que es la solemne congregación de los cardenales ante el Sumo Pontífice, recibe el nombre de congregación de la feria 5.ª, porque se reune dicho día, ó sea el jueves en el Palacio Apostólico.

Sólo asisten al principio de la sesión los cardenales y el asesor, y dan cuenta sumariamente al Sumo Pontífice de las cosas que fueron discutidas el día anterior en la congregación de cardenales, y cada uno de éstos, empezando por el más joven, da su parecer, á fin de que el Sumo Pontífice confirme lo que se considere más acertado.

Finalmente, se da audiencia á los consultores, y oído su parecer, se resuelve definitivamente, mandándose á los obispos los decretos sobre los puntos contenidos en sus relaciones (3).

(1) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.
(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibid.
(3) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.

Sus atribuciones.—La potestad conferida á esta Congregación es amplísima, y puede decirse que la corresponde entender y conocer en todos las causas relativas á la religión. Así, pues, entiende=

a) En las causas y materias concernientes á herejía, cisma, apostasía de la fe, magia, sortilegios, adivinación y abuso de sacramentos (1).

b) Tiene el conocimiento supremo en materias de religión, pudiendo juzgar y castigar todos los actos contra la fé; pero no la pertenece declarar nuevos artículos de fé (2).

c) Conoce de las apelaciones que se interpongan ante la Santa Sede sobre estas materias.

d) Cuando los inquisidores de las provincias no están de acuerdo con los obispos respectivos sobre las sentencias que hayan de dictar en los procesos seguidos ante ellos, recurren á esta Congregación, que es la llamada á resolver en última instancia.

e) La jurisdicción que tiene la Sagrada Congregación del *Indice* y el maestro del Sacro Palacio, pertenece también cumulativamente á la Sagrada Congregación de la Inquisición.

f) Puede nombrar inquisidores para las diversas provincias del orbe, hasta con la facultad de subdelegar.

g) Como su principal objeto es impedir la propagación de libros y escritos de malas doctrinas, no siempre los remite á la Congregación del Indice para su examen y condenación, si la mereciesen; sinó que ella hace por sí misma este examen, cuando se trata de las cuestiones más dificiles y graves (3).

Personas á quienes se extiende.—Su jurisdicción en estas materias comprende á todos los patriarcas, arzobispos, obispos, inquisidores y á todas las demás personas por grande

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 3.º, párrafo 2.º

(2) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., párrafo 3.º

(3) BOUIX: id. ibid.

que sea su preeminencia; pero no procede contra los legados apostólicos, ni contra los obispos, sin licencia especial del Sumo Pontífice; debiendo también advertir que su potestad suele hallarse restringida por los concordatos (3).

§ 2.º

De la Congregación del Indice.

Índice, y Congregación que lleva este nombre.—Se entiende por Indice: *el catálogo de libros prohibibidos por la Santa Sede.*

La Congregación creada á este efecto recibe el nombre del Índice ó catálogo de dichos libros, porque tiene por objeto continuar el índice con la adición al mismo de los libros que sucesivamente se van prohibiendo á medida que se publican (1).

Se entiende por Congregación del Índice: *la reunión de cierto número de cardenales, instituida por el Papa para examinar y prohibir los escritos ó libros malos y perjudiciales, inscribiéndolos en el Indice.*

Su origen, y motivo de su institución.—Fué instituida por S. Pío V en 1571 (2). Sixto V la confirmó y la concedió nuevas facultades respecto á esta materia.

Paulo III había dado en 1542 á la Sagrada Congregación de la Inquisición el cargo de prohibir los libros malos, pero sin indicarla que formara un índice auténtico de los libros prohibidos.

Como los novadores del siglo XVI llenasen toda Europa con sus libros impíos, y hubiera dificultad en dar á conocer á los

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 3.º, párrafo 2.º

(2) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. III, párrafo 1.º

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 116.

fieles las prohibiciones de todos y cada uno de aquellos, el papa Paulo IV se propuso componer y publicar un índice de ellos, y al efecto, en 1557 mandó á dicha Congregación hacer este trabajo (1), el cual se llevó á efecto en 1559; pero los padres del Concilio Tridentino lo encontraron defectuoso en cuanto al método, y también porque no se hacían ciertas declaraciones importantes, no ménos que por haberse omitido en él la inserción de muchos libros.

El papa Pío IV dirigió á este efecto sus letras apostólicas al Concilio, para que procediera á la formación de un nuevo índice de libros prohibidos. El Concilio en su vista encomendó este trabajo á una comisión, compuesta de diez y ocho padres de su seno, que llenaron su cometido á fines de 1563, poniendo al frente diez reglas sapientísimas sobre la materia (2), y presentaron su trabajo al Concilio para la aprobación; pero los padres del Concilio deseaban terminar la celebración de éste y volver á sus respectivas iglesias después de tanto tiempo de ausencia (3), y como el Concilio terminó en 4 de Diciembre de 1563, no hubo tiempo para aprobar conciliarmente aquel índice y componer el decreto, que prescribiera su observancia en toda la Iglesia; así que los padres dispusieron en la sesión 25 y última del Concilio *ut quidquid ab illis præstitum est, sanctissimo Romano Pontifici exhibeatur; ut ejus judicio, atque auctoritate terminetur et evulgetur.*

Pio IV encargó á personas de gran instrucción el examen del índice formado por los citados padres del Concilio, y le publicó con las reglas que le preceden, mandando se observase por todos (4).

Clemente VIII mandó en 1594 publicar nuevamente este

(1) Bouix: *De Curia romana*, ibid.

(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 3.ª, cap. VI.—*Prælect. Jur. Canon. in seminar S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, pár. 2.º, núm. 99.

(3) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. III, párrafo 1.º

(4) Constitución *Dominici gregis* de 24 de Marzo de 1564.

Indice aumentado con la inserción de muchos libros y algunas nuevas declaraciones (1).

La sagrada Congregación de la Inquisición tenía potestad para insertar en el Índice de libros prohibidos ya formado y de observancia general en la Iglesia, los libros y escritos nuevos que debieran prohibirse; pero como en los negocios encomendados á ella eran muchos y todos de grandísima importancia, fué preciso crear una nueva Congregación que atendiera á esta nueva necesidad que se venía notando, lo cual se llevó á debido efecto por S. Pio V creando la Congregación del Índice.

Significación de las palabras libros malos y libros perjudiciales ó nocivos.—Se entiende por libros malos, *los escritos que enseñan doctrinas contrarias á la verdadera religión.*

En este caso se hallan los libros que defienden el ateismo, materialismo, indiferentismo; los que impugnan la religión cristiana ó religión católica, así como los que niegan á ésta alguna de sus prerrogativas, ó se oponen á la sana moral y buenas costumbres.

Se llaman libros perjudiciales ó nocivos: *Los escritos, que pueden ocasionar algún daño á cierta clase de personas.*

De manera que todos los libros malos (2) son siempre perjudiciales y dañosos; pero no todos los libros perjudiciales son á la vez malos, porque el daño ó perjuicio que pueda resultar de la lectura de aquellos, depende no pocas veces de las circunstancias de las personas, ó de los tiempos; y de ello existe una prueba clara en las disposiciones dictadas por la Iglesia sobre la lectura de la Sagrada Escritura en lengua vulgar.

Censura de libros, y sus especies.—Se entiende por censura: *Un acto del entendimiento por el que se cree que un libro ó una proposición contiene alguna cosa reprensible.*

(1) S. Alfonso de Ligorio: *Theolog. moral.*, lib. I, apend. III, cap. IV, núm. 17 y sig.

(2) Boux: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 3.ª, cap. I.

De manera que la mera censura, en sentido propio, no encierra acto de la voluntad ni prohibición, por más que en un sentido lato sea algunas veces y se tome como sinónima de prohibición.

La censura puede ser:—*privada y pública.*

La censura privada es propia de las personas particulares que leen, v. g., un libro ó escrito y juzgan sobre su mérito y pureza de doctrina con pleno derecho para ello, porque es el ejercicio de sus facultades intelectuales y sin perjuicio de tercero.

La censura pública se hace por mandato de la autoridad competente para juzgar sobre la doctrina de un escrito (2).

Prohibición y condenación de libros.—La prohibición de libros es: *Un precepto del superior que prohibe á sus súbditos leer ó retener ciertos libros.*

De manera que la prohibición es un acto de la voluntad del que manda ó prohibe, para lo cual se requiere jurisdicción en el fuero externo.

La proscripción ó condenación es: *La prohibición de un libro, que es en sí malo.*

De estas definiciones aparece con claridad la distinción que media entre la censura y la prohibición; aquella, aun cuando sea pública, es un mero acto del entendimiento, y ésta es acto de la voluntad, que prohibe la lectura ó circulación de un escrito; lo cual puede tener lugar sin que el libro que se prohibe sea malo por su naturaleza, como sucede respecto á la lectura de los sagrados libros en lengua vulgar; á diferencia de la condenación, que únicamente recae en libros ó escritos que son en sí malos (1).

Quién puede conceder licencia para leer libros prohibidos.—Como la prohibición de leer y tener libros malos está fundada en el peligro de perversión que lleva consigo semejante lectura, el legislador puede lícitamente dispensar de

(1) Bouix: *De Curia romana*, ibid.

(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 3.ª, cap. I.

esta ley en ciertos casos, á las personas en quienes no haya este peligro; así que los obispos podrán conceder estas licencias respecto á los libros prohibidos por ellos en sus respectivas diócesis, puesto que les compete este derecho en virtud de su potestad legislativa (1).

Respecto á los libros prohibidos por la Santa Sede, no pueden dispensar los Obispos; porque dicha ley prohibitiva emana de la suprema autoridad eclesiástica, y ningún inferior puede dispensar de ella, á menos que se le haya concedido esta facultad. En su virtud, los cardenales, arzobispos, obispos, inquisidores, generales de las órdenes, no pueden conceder estas licencias; porque el derecho otorgado á los obispos é inquisidores se les quitó por la constitución *Apostolatus officium* del Papa Gregorio XV.

Hoy solo pueden conceder estas licencias el Sumo Pontífice, las congregaciones de la Inquisición y del Índice, el maestro del Sacro Palacio en Roma y su distrito, y las demás personas que reciban del Papa esta facultad (2).

Personas de que se compone la Congregación del Índice.—Esta Congregación se compone de un crecido número de cardenales á voluntad del Sumo Pontífice (3) y uno de los cuales es *prefecto* de ella.

Tiene un asistente *(Assistens)* perpetuo que es el maestro del Sacro Palacio, y un secretario que se provee por el Papa, desde su institución hasta hoy, en un padre de la orden de predicadores.

Cuenta además con un crecido número de *consultores y relatores* del clero secular y regular.

Sus facultades.—Las facultades concedidas á esta Congregación se limitan á revisar, examinar y prohibir los libros ó

(1) Bouix: Id. ibid., cap. IV.

(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 3.ª, cap. XI, pár. 4.º

(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R de M., lib. V, cap. II, art. 2.º, párrafo 3.º

escritos publicados en cualquier punto del orbe (1), sin que se entienda por esto, que sea cargo suyo inquirir sobre si se han publicado libros contra la fé ó costumbres en este ó el otro reino ó provincia.

Tiene también facultad para conceder licencia de leer libros prohibidos (2).

Autoridad de sus decretos.—La Iglesia recibió de su Divino Fundador la potestad necesaria para la consecución de su fin, á cuyo efecto la suministró los medios convenientes para guiar á los fieles por el recto camino, ya dando á conocer la sana doctrina, ya facilitándoles el cumplimiento de los preceptos divinos, removiendo los obstáculos que se presenten durante su peregrinación en esta vida.

No es el menor entre estos obstáculos la mala doctrina consignada por escrito en libros (3), folletos, revistas, periódicos y hojas sueltas (4), y por esta razón se ve ya que los convertidos á la fé por S. Pablo en Efeso presentaron y quemaron gran número de libros (5) como contrarios á la doctrina del Evangelio; cuyo acto demuestra en todo caso que los libros malos son un constante peligro de perversión; así que la Iglesia desde un principio dictó no pocas disposiciones sobre esta materia (6), y posteriormente ha creado la Congregación de la Inquisición y la del Índice, para que en su nombre ejerzan esta potestad.

Si los acompaña la infalibilidad.—En este supuesto se trata de saber hasta dnóde llega su autoridad en la censura, prohibición y condenación de un libro. Para resolver esta cues-

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 3.º párrafo 2.º, núm. 100.

(3) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. IV, tít. VII.

(4) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., proposit. 1.ª

(5) Act. apost., cap. XIX, v. 19.

(6) BOUIX: id. ibid., prop. 5.ª

tión es preciso ante todo advertir, que los decretos dados sobre esta materia pueden ser dogmáticos y disciplinales.

Se hallan en el primer caso todos aquellos que no se limitan á prohibir la lectura ó defensa de una proposición ó libro, sinó que la censuran de error y de herejía; lo cual hace no pocas veces la sagrada Congregación de la Inquisición, que es la que entiende únicamente en las causas de herejía, y nó la del Índice, porque sus decretos son meramente disciplinales (1).

Los decretos dogmáticos dados por la sagradas congregaciones en nombre del Sumo Pontífice, ó en nombre de la congregación con especial mandato de su Santidad, son infalibles, y los fieles tienen obligación de prestar firme asentimiento á lo que en ellos se prescribe, ya creyendo como de fe la doctrina que enseñan, ya condenando lo que en ellos se condena; pero si los decretos dogmáticos se dan en nombre de la Sagrada Congregación, sin especial mandato ó confirmación del Sumo Pontífice, entónces no son infalibles, y por lo mismo no hay obligación de prestar asentimiento interno á lo que ordenan ó prescriben (2).

Los decretos disciplinales de la congregación de la Inquisición y del Índice versan sobre la prohibición ó condenación de libros ú otros escritos, y como consecuencia de tal censura se prohibe á los fieles leerlos y retenerlos.

Estos decretos son obligatorios á todos los fieles, porque emanan de la suprema potestad eclesiástica, ó sea de las congregaciones autorizadas al efecto por aquélla.

Verdad es que tales prohibiciones pueden recaer en algún caso sobre libros ó escritos inocentes que no debieron prohibirse, porque dichas congregaciones no son infalibles, cuando estos decretos suyos no se han dado por mandato especial del Papa, ó versan sobre puntos meramente disciplinales; pero áun en este caso son obligatorios á todos los fieles, porque así lo exige el

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 3.ª, cap. VII, párrafo 1.º
(2) Bouix: *De Curia romana*, ibid., párrafo 2.º

bien público y la misma naturaleza de la sociedad. De otro modo los jueces, magistrados y las demás autoridades, que rigen las sociedades humanas, no tendrían potestad para obligar á los súbditos al cumplimiento de sus mandatos, porque todas estas autoridades, son falibles, y por lo mismo se hallan expuestas á prescribir como bueno y conveniente al bien público lo que es perjudicial, y á prohibir como malo y nocivo lo que no es tal (1).

El bien general, pues, y el mismo Derecho natural exigen que las pohibiciones hechas por la autoridad competente sean obligatorias, áun cuando por error prohiban como malo y perjudicial lo que realmente no lo es, á excepción de los casos siguientes (2):

a) Los mandatos ó prohibiciones ya dichas no obligan si se oponen á la ley de Dios.

b) Tampoco obligan, si imponen un gravamen que es evidentemente injusto.

§ 3.°

De la Congregación de Propaganda fide.

Congregación de Propaganda fide, y su constitución.—Los Sumos Pontífices cumpliendo con la misión recibida (3) del mismo Jesucristo, han procurado siempre la propagación de la fé católica por todo el mundo, y el papa Gregorio XV, en su constitución *Inscrutabili* de 22 de Junio de 1622, instituyó la sagrada congregación *de Propaganda fide*, con motivo del descubrimiento del Nuevo Mundo (4).

Esta congregación se compone de un número mayor ó me-

(1) Bouix: *De Curia romana*, ibid., párrafo 3.°
(2) Bouix: Id. ibid., prop. 4.ª
(3) Matth., cap. XXVIII, v. 19.
(4) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VIII.

nor de cardenales, á voluntad del Papa, y además forman parte de ella las personas siguientes:

a) El cardenal prefecto general.

b) El cardenal prefecto *(œconomiæ)*.

c) Secretario y protonotario.

d) Veinticuatro consultores, y el número de subalternos necesarios para desempeñar su cometido (1).

Sus especies.—Divídese en—*ordinaria* y *general*.

La primera se reune ante el eminentísimo cardenal, *prefecto* general, y no asisten á ella más que el secretario con algunos oficiales: se dá cuenta de los negocios sobre las misiones y de las comunicaciones dirigidas al efecto por los misioneros, determinándose las causas y negocios que han de llevarse á la Congregación general y al Sumo Pontífice.

Todos los demás asuntos de menor importancia se deciden y despachan por el *prefecto* general con el secretario.

La Congregación general se reune en el colegio de *Propaganda fide* con asistencia de los cardenales que componen esta Congregación, y en ella se tratan los asuntos graves y de mayor importancia (2).

Forma distinta del régimen eclesiástico en todo el orbe.—Para comprender facilmente todo lo relativo á la potestad y atribuciones de esta Congregación se debe advertir que la forma del régimen eclesiástico en todo el orbe está dividida en dos clases:

Paises de la *gerarquía ordinaria*.

Paises de las *misiones*.

Los primeros comprenden todos aquellos puntos que tienen sillas episcopales y diócesis canónicamente establecidas; de manera que los obispos respectivos de ellas administran sus diócesis con jurisdicción ordinaria y no como vicarios, ó delegados del

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 118.

(2) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VIII, párrafo 4.º

Sumo Pontífice, porque en el mero hecho de ser promovidos á estas sillas episcopales adquieren dicha jurisdicción (1).

Los paises de las misiones comprenden todos los puntos en que no existen diócesis ni sillas episcopales, y son administrados y regidos en lo espiritual por delegados y vicarios del Sumo Pontífice; los cuales suelen tener carácter episcopal, mediante su consagración á título de las antiguas iglesias que han dejado de existir por ser sus habitantes infieles ó herejes (2).

Paises regidos *more missionum*.

Cuando el catolicismo ha echado hondas raices en estos paises, habiendo aumentado considerablemente el número de fieles, entonces se restablece allí por la Santa Sede la jurisdicción ordinaria, y así se ha verificado en el pontificado de Pio IX en Holanda, Inglaterra y Jerusalén; pero apesar de la erección de diócesis en estos paises, se les ha concedido, á instancia suya, la facultad de continuar dependiendo de la sagrada congregación de *Propaganda fide* en los asuntos eclesiásticos, para su más fácil expedición, y esto es lo que se entiende por paises regidos *more missionum*.

Atribuciones de la congregación de propaganda fide.—La potestad de la congregación de *Propaganda fide* se extiende á los paises de las misiones y á los regidos *more missionum*, ó sea á más de las dos terceras partes del mundo.

Sus facultades son amplísimas según se expresa en la bula de su creación (3), según la cual el Sumo Pontífice la concede facultad para disponer todo cuanto sea necesario y conveniente en el desempeño de su cometido, sin más limitación que la de contar con su asentimiento en las cosas más graves; así que sus facultades pueden resumirse (1) en lo siguiente:

(1) *Prælect. Jur. Canon. in Seminario S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º

(1) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., párrafo 2.º
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) Bula *Inscrutabili* de 22 de Junio de 1622.

a) Divide dichos territorios en varios distritos, señalando el suyo á cada uno de los vicarios apostólicos.

b) Nombra vicarios, prefectos y obispos para dichas regiones.

c) Envía misioneros para evangelizar en estos paises.

d) Señala las reglas que han de observarse en las iglesias que allí se establezcan.

e) Resuelve las cuestiones que surjan entre el clero secular y regular, ó entre los individuos del mismo clero.

f) Tiene asimismo potestad legislativa, judicial y gubernativa, según la bula de su institución.

Autoridad de sus decretos.—Como consecuencia de su potestad, tiene autoridad todo lo que emana de esta Congregación, y sus decretos son obligatorios como las disposiciones emanadas de la Santa Sede, siempre que vayan firmados por el *prefecto* general y suscritos por el secretario, según declaración de Urbano VIII confirmada por Inocencio X en 30 de Julio de 1645 con motivo de las letras del hermano Antonio de Santa María (1), religioso franciscano, en las que manifestaba que algunos de los misioneros de las Islas Filipinas habían extendido: *decreta prædictæ Congregationes facere tantum opinionem probabilem, ac esse puram et simplicem declarationem, unde posse etiam contrarium defendi.*

Este error fué condenado también por Pío IX en su Constitución *Probe* de 9 de Mayo de 1853 (2).

Medios de que dispone para llenar su objeto.—Respecto á los medios con que cuenta para ejercer con fruto la potestad que tiene, se pueden resumir del modo siguiente:

1. Los Sumos Pontífices la han dotado de rentas suficientes á fin de que despache *gratis omnino* todos los negocios y asuntos (3).

2. Se construyó en tiempo de Urbano VIII un palacio en donde se celebran las reuniones generales de la sagrada Con-

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VIII, párrafo 2.º

(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VIII, párrafo 2.º

(3) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VIII, pár. 3.º

gregación, habitando en ella el secretario y otros oficiales y ministros inferiores (1).

3. Gregorio XIII había fundado un colegio para los griegos, alemanes é ingleses (2), y á su ejemplo Urbano VIII fundó en bien de los infieles un colegio ó seminario de *propaganda fide*, que lleva también el nombre de *Colegio Urbano*, dentro del mismo citado palacio (3), en el que los jóvenes oriundos de los paises de las misiones reciben la instrucción conveniente en humanidades, ciencias sagradas y en varias lenguas, á fin de que volviendo á su patria ó al punto donde los destine la Sagrada Congregación, puedan como operarios y misioneros conservar y propagar la fé católica (4).

4. Se hospeda en el palacio de la Congregación—á los misioneros que van á Roma para dar cuenta al Sumo Pontífice y á la misma Congregación del estado de las misiones—á los recién convertidos á la fé católica, que por devoción van á Roma á visitar *limina Apostolorum*, é igualmente los sacerdotes y obispos pobres.

Los misioneros y demás personas referidas tienen que proporcionarse en la actualidad otro hospedaje, porque la Sagrada Congregación no cuenta con recursos al efecto (5), habiéndose últimamente apoderado el gobierno italiano de sus bienes bajo especiosos pretextos á pesar de las reclamaciones del papa y del episcopado de todos los paises.

5. La Congregación tiene en su palacio una imprenta para imprimir los misales, breviarios y otros libros religiosos en todos los idiomas conocidos, á fin de que puedan usarse en los diferentes paises (6).

(1) BOUIX: *Id. ibid.*
(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.°, pár. 8.°
(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 118.
(4) BOUIX: *Id. ibid.*
(5) BOUIX: *Id. ibid.*, nota.
(6) BOUIX: *Id. ibid.*

§ 4.º

De la nueva Congregación de Propaganda fide.

Nueva Congregación de Propaganda fide pro negotiis ritus orientalis.—El Sumo Pontífice Pio IX suministró nuevos auxilios á esta Congregación, formando de ella otra especial para que entienda únicamente en todos los negocios de las iglesias orientales, según resulta de su constitución *Romani Pontificis* de 6 de Enero de 1862.

En ella se dictan las disposiciones siguientes:

a) Todos los asuntos que hasta entonces pertenecían á la Congregación de *Propaganda fide*, se han de dividir en asuntos del *rito latino* y negocios del *rito oriental;* de suerte que la nueva Congregación de *Propaganda* entenderá en todos los asuntos y negocios del rito oriental y aún en los mixtos, que por razón de las personas ó cosas pueden pertenecer á la congregregación del rito latino, menos en aquellos casos que tales asuntos deban llevarse al examen de la Congregación general (1).

b) La nueva Congregación lleva el título de *Propaganda fide pro negotiis ritus orientalis*, y usa del mismo sello que la otra (2).

c) Tiene el mismo *prefecto* que la otra Congregación con un número suficiente de cardenales de los que forman parte de la congregación de *Propaganda;* y se reparten los asuntos por naciones ó paises, á fin de que entiendan de un modo estable en los negocios de aquéllos (3).

d) Tiene sus propios consultores y distinto secretario y secretaría con sus oficiales (4).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, pár. 2.º, núm. 104.

(2) *Prælet. Jur. Canon.: Id. Ibid.*

(3) *Prælect. Jur. Canon.: Ibid.*

(4) *Prælcct. Jur. Canon., Ibid.*

ARTÍCULO III.

CONGREGACIONES ACERCA DE LA DISCIPLINA.

§ 1.º

De la Congregación del Concilio de Trento y sus apéndices.

SECCIÓN 1.ª

Congregación del Concilio de Trento.

Congregación del Concilio de Trento y miembros de que se compone.—Pio IV, en su constitución *Benedictus Deus*, de 7 de Febrero de 1564, prohibió hacer comentarios sobre los decretos del Concilio de Trento. Por otra constitución *Alias nos*, del mes de Agosto siguiente, creó la Congregación del Concilio de Trento (1), compuesta de ocho cardenales, de los que habían asistido al expresado Concilio con los oficiales necesarios para llenar su objeto.

En la actualidad se compone de las personas siguientes:

Cierto número de cardenales, á voluntad del Sumo Pontífice y uno de ellos es el *prefecto* presidente.

Un secretario, para cuyo cargo suele nombrarse un prelado que ordinariamente es un arzobispo *in partibus* (2), y como este cargo es de la mayor importancia y exige grandes cualidades, no se nombra para él sinó á personas insignes, siendo su ascenso inmediato el cardenalato (3).

Un auditor del secretario, que le auxilia y en muchas cosas

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 5.ª, cap. I.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 117.
(3) BOUIX: *De curia romana*, part. 2.ª, cap. IV, párrafo 3.º

hace sus veces; así que él hace ó forma frecuentemente la exposición ó narración de las causas, que se ponen *in folio*, y las distribuye ó reparte entre los cardenales en nombre del secretario. Extiende y prepara aquellos escritos cuyo despacho corresponde al secretario, sirviéndose al efecto de otros oficiales inferiores cuando no puede hacerlo por sí mismo.

Un encargado de escribir las cartas latinas que se expiden á los obispos (1).

Un crecido número de consultores, para cuyo cargo se nombran personas muy entendidas en Teología y Derecho Canónico (2).

El prefecto suscribe con el secretario las letras ó decretos que se expiden por esta Congregación, y ellos son los que tienen á su cargo el principal cuidado de todo lo relativo á aquélla.

Facultades que la competen.—Pio IV sólo dió á esta Congregación la facultad de llevar á efecto por los medios convenientes los decretos Tridentinos, ó sea el cumplimiento y ejecución de lo mandado por el Concilio de Trento; así que dicho Papa se reservó declarar y decidir las dudas y controversias que ocurrieran acerca de su inteligencia.

La Congregación, sin embargo, llegó con el trascurso del tiempo á dar sus respuestas en cosas no dudosas referentes á la inteligencia del Concilio, habiendo surgido con este motivo la duda de si tenía facultad para ello, supuesta la prohibición de Pio IV. El papa S. Pío V la concedió con este motivo autoridad para que pudiera declarar y decidir los casos que considerara claros, remitiendo los dudosos á la resolución del Papa (3); pero el citado Sumo Pontífice concedió poco tiempo después, á la expresada Congregación facultades más amplias,

(1) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.
(2) PHILLIPS: *Compend. Jur. Eccles.*, ibid.
(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 5.ª, cap. I.

á fin de que pudiera decidir las causas y controversias sobre la interpretación del Concilio.

Sixto V, en su bula *Immensa* de 11 de Febrero de 1587 dá á la Congregación del Concilio facultad de interpretar y declarar el sentido del Concilio, cuando surgiere alguna duda sobre cosas que se refieren á la reforma de costumbres, disciplina, juicios eclesiásticos *aliisque hujusmodi*, con la condición de consultar estos casos á la Santa Sede, y reservándose la interpretación del Concilio en lo relativo á los dogmas de fé.

El mismo Sixto V concedió á dicha Congregación facultad para hacer cumplir lo mandado respecto á la celebración de los concilios provinciales y sínodos diocesanos, con derecho á reconocer y enmendar los decretos de los primeros ántes de su publicación.

La autoriza igualmente para que se cumpla lo mandado sobre la visita *Apostolorum limina*, dándola amplias facultades (1) para ordenar y disponer todo lo que considere necesario *ad reformationem cleri et populi, ad divinum cultum propagandum, devotionem excitandam, et mores ad præscriptum ejusdem Concilii componendos* (2), con derecho para interpretar el Concilio ménos en lo relativo á la fé (3).

Finalmente, Gregorio XIV autorizó á la Congregación del Concilio para que escriba y dé sus rescriptos en nombre del Papa (4).

Autoridad de sus decisiones.—Dando por supuesto que los decretos de la sagrada Congregación del Concilio van suscritos por el prefecto y secretario de la misma, según se halla establecido, y que no hay duda alguna sobre su legitimidad (5), debe advertirse, en cuanto á la autoridad de dichos decretos=

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.º párrafo 4.º
(2) Const. *Immensa* de 11 de Febrero de 1857.
(3) BOUIX: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 1.ª, cap. I.
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid.
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 5.ª, cap. II.

a) Que sus declaraciones y resoluciones proceden de la facultad concedida á la misma por el Sumo Pontífice.

b) Que estas resoluciones se dan por la Congregación solamente á veces, y en ocasiones van confirmadas por decreto pontificio.

c) Que las expresadas resoluciones pueden ser en uno y otro caso *extensivas*, según que explican la ley ampliando ó restringiendo su sentido.

d) Que sus resoluciones pueden ser *comprensivas*, en cuanto que se limitan á explicar el verdadero sentido de la ley (1).

La autoridad de las declaraciones de esta Congregación en cada uno de los casos señalados puede determinarse del modo siguiente:

1. Las disposiciones dadas por la Congregación del Concilio, confirmadas y promulgadas por decreto pontificio, son obligatorias á todos los fieles del orbe católico, ya sean *extensivas* ó bien *comprensivas;* porque se hallan revestidas de todas las circunstancias que acompañan á las constituciones pontificias.

2. Las declaraciones *extensivas* necesitan promulgarse para que obliguen, porque son una ley nueva.

3. Las declaraciones *comprensivas* obligan á todos los fieles sin que haya necesidad de que se promulguen, bastando al efecto que conste su autenticidad.

Todos los escritos están contestes en cuanto á los dos primeros casos; pero no sucede lo mismo respecto al último, por más que la doctrina señalada en él sea, á mi juicio, la más probable y casi cierta (2); puesto que no son una nueva ley.

En su consecuencia, puede resumirse todo lo concerniente á este punto en esta proposición. Las resoluciones de la Sagrada Congregación del Concilio tienen autoridad legal en todo el orbe y obligan á todos los fieles (3)

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 1.ª, cap. I.

(2) Bouix: Id. ibid.

(3) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 5.ª, cap. II.—*Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3, párrafo 107.

Studium de esta Congregación.—Va unido á esta Congregación un estudio *(Studium)* dirigido por el secretario de la misma, quien admite á los clérigos canonistas, á fin de que se vayan habituando al manejo de los negocios y despacho de las causas, distribuyendo entre ellos las causas y pleitos más graves, que han de resolverse por la sagrada Congregación.

A este efecto se reunen en horas determinadas en la secretaría de la expresada Congregación y el secretario, que es su presidente, reparte entre ellos los trabajos (1), y son tan acabados y perfectos, que ordinariamente no discrepan de los fallos y resoluciones de la sagrada Congregación.

SECCIÓN 2.ª

Congregación Visitationis liminum.

Congregación Visitationis liminum, y motivo de su creación.—Es una sección de la Congregación del Concilio de Trento, y fué creada por Benedicto XIV en su constitución *Decet* de 23 de Noviembre de 1740.

Los patriarcas, primados, arzobispos, obispos y los prelados inferiores con jurisdicción *quasi* episcopal en territorio *verè nullius* tienen obligación de hacer la visita *sacrorum liminum* (2) en determinados tiempos y dar razón á la vez del estado de sus iglesias, lo cual lleva anejo que se presenten en estas relaciones escritas, dudas y dificultades acerca de las cuales se pide pronta contestación.

La Sagrada Congregación del Concilio, era la encargada de examinar dichas relaciones y contestar á las consultas que en ellas se hicieran, pero no podía hacerlo sinó mucho tiempo después de presentadas, efecto del inmenso cúmulo de negocios

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. IV, párrafo 3.º

(2) Phillips: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 117.

en que entiende, resultando de aquí no pocas quejas de los obispos (1).

El Papa Benedicto XIV trató de evitar todos estos inconvenientes, creando una congregación especial que entienda exclusivamente en estos asuntos.

Personal de ella.—Tiene un cardenal prefecto, que es el de la Congregación del Concilio, lo mismo que el secretario.

Cuenta con algunos prelados de la curia romana, los cuales tienen á su cargo examinar dichas relaciones de los obispos sobre el estado de sus iglesias, así como las consultas hechas con este motivo, y después de bien examinadas y discutidas en común, han de dar cuenta de las cosas más graves á la Congregación de Cardenales intérpretes del Concilio (2), haciéndose después relación de todo á Su Santidad por el secretario de la expresada Congregación, para resolver lo conveniente, oido el parecer de los cardenales y prelados.

Cuando dichas relaciones no contienen cosa alguna de gran importancia, ni las consultas ofrecen dificultad, deliberan en común los prelados de esta Congregación, y se despacha por el *prefecto y secretario*.

SECCIÓN 3.ª

Congregación super revisione synodorum provincialium.

Congregación Super revisione synodorum provincialum.—Esta Congregación particular es, como la anterior, un apéndice, por decirlo así, de la sagrada Congregación del Concilio de Trento. Los mismos motivos que hubo para crear aquélla, existieron respecto á ésta, porque los muchos negocios sometidos al estudio de la Congregación del Concilio de Trento, la imposibilitaban para el pronto reconocimiento de los concilios provinciales; y por esto el sumo pontífice Pío IX

(1) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. XIII, cap. VI, número 11.
(2) BENEDICTO XIV: Id. ibid.

instituyó en 1849, hallándose en Gaeta, la Congregación de que se trata para que entienda únicamente en el reconocimiento de las actas de los concilios provinciales (1).

Su personal.—Tiene por prefecto y secretario á los mismos de la Congregación del Concilio.

Son miembros de ella algunos cardenales, de los que componen la Congregación del Concilio.

Pertenecen á la misma algunos consultores, elegidos en un principio de entre los prelados de la curia romana y después de entre dichos prelados y del clero regular á petición del cardenal Maï (2).

Forma en que se examinan las actas de dichos concilios.—El examen de cada una de las actas de los expresados concilios se hace por uno de los consultores, designado por el secretario de acuerdo con el cardenal *prefecto*.

El consultor consigna por escrito las cosas que haya notado: se ponen *in folio* para que pasen al examen de cada uno de los cardenales del Concilio de Trento y de los consultores de esta Congregación.

Los consultores dan cuenta al secretario del juicio que han formado, y éste lo hace presente á los eminentísimos cardenales del Concilio, y resuelven (3).

§ 2.°

De la Congregación de Ritos.

Congregación de Ritos, y motivo de su institución.—Fué creada por Sixto V en 22 de Enero de 1587 (4), y en la bula *Immensa*, dada con este objeto, manifiesta que crea esta Congregación (5) para que se observen puntualmente y por

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. IV, párrafo 2.°
(2) Bouix: *De curia romana*, part. 2.ª, cap. IV, párrafo 2.°
(3) Bouix: Id. ibid.
(4) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. V, párrafo 1.°
(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R de M., lib. V, cap. II, art. 2.°, párrafo 6.°

toda clase de personas en todas las iglesias del mundo, sin excluir la capilla pontificia, los ritos sagrados en la misa, divinos Oficios, administración de sacramentos y en todas las demás cosas relativas al culto.

Sus facultades.—Sixto V concede á esta Congregación, en su citada bula, amplias facultades que pueden resumirse en lo siguiente:

1. La autoriza para restablecer en todo su vigor las ceremonias que hayan caido en desuso ó hayan sido adulteradas; así como para reformar ó enmendar, según fuere necesario, los libros de sagrados ritos y ceremonias, empezando por el Ritual romano, Pontifical y Ceremonial de Obispos.

2. También la autoriza para examinar y conceder los Oficios divinos de los santos patronos, consultando primero á Su Santidad, con otras muchas atribuciones en cuanto á la celebración de fiestas ó dias festivos.

3. La concede facultad para cuidar y proveer lo necesario, á fin de recibir dignamente á los reyes, príncipes y sus embajadores.

4. Para conocer y terminar sumariamente las controversias sobre precedencia en las procesiones, y todas las dificultades incidentales en estos sagrados ritos y ceremonias.

5. Para examinar, discutir y entender en las causas de beatificación y canonización de los santos, sin que en este punto pueda pasar adelante, porque el decreto de concesión se dá por el Sumo Pontífice en consistorio, oido el dictamen de todos los cardenales y obispos que se hallan en Roma (1).

Sus especies.—La sagrada congregación de ritos se divide por razón de los asuntos en que entiende en—*ordinaria*—y *extraordinaria*.

Personas que componen la congregación ordinaria.—Componen la congregación ordinaria las personas siguientes:

(1) BOUIX: *De Curia romana*, id. ibid.

a) *Un cardenal prefecto.*

b) *Varios cardenales* como vocales.

c) *El secretario que es un prelado de la curia romana.*

d) Sustituto de este.

e) *El maestro del sacro palacio.*

f) El *himnógrafo* que es el encargado de arreglar y corregir los oficios de los santos y todo lo relacionado con este asunto.

g) *Gran número de consultores* (1).

h) Los maestros de ceremonias del papa (2).

Asuntos en que entiende.—Esta Congregación entiende en todo lo concerniente á los sagrados ritos y ceremonias (3), y alguna vez en ciertas dudas que ocurren sobre las causas de beatificación y canonización de los santos, que merecen una especial discusión, como sucedió respecto á la venerable sierva de Dios Juana Francisca de Chantal.

La congregación *ordinaria* se reune en el Palacio Apostólico, y el cardenal designado para proponer la causa se llama ponente: sólo los cardenales tienen derecho á votar, y todos los demás emiten su dictamen sobre las consultas que se les hacen.

Miembros de la congregación extraordinaria.—La Congregación *extraordinaria* se compone de los mismos cardenales que la ordinaria, y además del=

a) Promotor de la fé.

b) Abogado fiscal.

c) Los tres auditores más antiguos del tribunal de la Rota, que hacen las veces de asesores.

d) Uno de los protonotarios participantes, promotor de la causa.

e) Consultores, y entre éstos, hombres eminentes en ciencias naturales para que examinen, discutan y juzguen si los hechos

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. V, párrafo 1.º

(2) *Prælect. Jur. Canon. in seminario S. Sulpit.*, parte 1.ª, sect. 2.ª art. 3.º, párrafo 110.

(3) Bouix: *De Curia romana, ibid.*, párrafo 2.º

que se reputan milagrosos exceden las fuerzas de la naturaleza y son realmente sobrenaturales (1).

Sus consultores natos.—Entre los auxiliares de esta congregación son consultores natos.

a) El obispo *(sacrista)* prefecto del Sagrario Apostólico.

b) El protonotario de la Congregación de Ritos.

c) Los tres auditores más antiguos de la Rota romana.

d) El auditor del Sumo Pontífice.

e) El asesor de la sagrada Congregación de la Inquisición.

f) El maestro del Sacro Palacio.

g) El promotor de la fé y el secretario de la Congregación de Ritos.

h) Los demás consultores pertenecientes al clero regular suelen nombrarse en esta forma:

i) Uno dominico.

j) Otro franciscano.

l) Otro de la Compañía de Jesús.

ll) Uno de los Menores Conventuales.

m) Uno de la Congregación de clérigos regulares llamados Barnabitas.

n) Uno de la orden de siervos de María (2).

Asuntos en que entiende.—Esta Congregación entiende únicamente en las causas de beatificación y canonización de los Santos.

Sus especies.—La Congregación *extraordinaria* se divide en—*antepreparatoria*—*preparatoria* y *general.*

Congregación antepreparatoria y quiénes asisten á ella.—La primera se reune en casa del cardenal relator de la causa, cuando éste lo tiene por conveniente (3).

Intervienen en ella los consultores y maestros de ceremonias: emiten su voto todos ellos, ménos el cardenal relator; dis-

(1) *Prælect. Jur. Canon. habitæ in seminar S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 3.º

(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. V, párrafo 1.º

(3) Bouix: *De Curia romana*, ibid, párrafo 2.º

cutiéndose únicamente sobre una de las causas de beatificación ó canonización, bien sea acerca del *dubio* de las virtudes, ya sobre el *dubio* del martirio (1) ó el de los milagros.

El cardenal relator se ilustra de este modo sobre los méritos y dificultades de la causa, y para este objeto fué instituida.

Miembros de la congregación preparatoria.—La congregación *preparatoria* se reune también á voluntad del cardenal relator en el Palacio Apostólico, y toman parte en ella los cardenales de la Congregación de Ritos y sagradas ceremonias (2), los consultores y maestros de ceremonias.

Así como la Congregación antepreparatoria tiene por objeto ilustrar el ánimo del cardenal relator, la preparatoria se propone lo mismo respecto á todos los cardenales, á fin de que puedan en la Congregación general emitir su dictamen y dar su voto.

Congregación general.—La Congregación general se reune ante el Sumo Pontífice, una ó á lo más dos veces al año, no discutiéndose más que una sola causa en cada una de estas reuniones. En esta Congregación dan su voto los consultores (3), y después los cardenales.

Deberes de los que intervienen en la congregación extraordinaria.—Los deberes de todos los que toman parte en la Congregación extraordinaria pueden resumirse en lo siguiente:

1. Los consultores no pueden recibir el cargo de postuladores en causa alguna de beatificación y canonización, y su deber es leer con la mayor diligencia todas las informaciones, sumarios y escrituras sobre puntos de hecho y de derecho, las observaciones del promotor de la fé, las respuestas y réplicas, así como las informaciones verbales de los procuradores, abogados y postuladores; asistir en los dias señalados á las congregacio-

(1) *Acta ex iis decerpta quæ apud S. Sedem geruntur*, tomo II, pág. 168
(2) Bouix: Id. ibid.
(3) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. V, párrafo 2.º

nes, y dar su voto sentados en la antepreparatoria y preparatoria; pero en la general lo dan estando en pié.

2. Salen de la Congregación general después de dar su voto, quedando allí con el Sumo Pontífice los cardenales de la sagrada Congregación, el secretario, promotor de la fé y maestros de ceremonias.

3. Existe obligación de guardar secreto sobre todo lo que se trata en la congregación extraordinaria, lo mismo en la antepreparatoria y preparatoria que en la general.

4. Los que falten al expresado secreto incurren en la pena de excomunión *latæ sententiæ*, de la que sólo el Papa puede absolver fuera del artículo de la muerte (1).

5. La ley del secreto se extiende á todos los que toman parte en dichas congregaciones (2).

Autoridad de sus decisiones.—La Bula de su creación (3) dá omnímoda facultad á esta Congregación para disponer y mandar en todos los asuntos encomendados á ella; de manera que sus disposiciones obligan á todos los fieles, aunque no hayan sido consultadas con el Sumo Pontífice, porque no se la exige este requisito, sinó en lo relativo á la concesión de oficios ó rezos de *patronos;* pero ni aun en esto tiene dicha obligación, por habérsela eximido de ella en concesiones posteriores, según declaración de la expresada Congregación en 23 de Mayo de 1846, aprobada y confirmada expresamente por Su Santidad en 17 de Julio del mismo año (4).

Como muchas de sus declaraciones han sido dadas en virtud de consultas particulares hechas para determinados casos, es preciso saber, si todas sus resoluciones son obligatorias á todos los católicos (5).

(1) Bouix: id. ibid.
(2) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. V, pár. 2.º
(3) Constit. *Immensa æterna Dei*, de 22 de Enero de 1587.
(4) *Acta ex iis decerpta quæ apud Sanctam Sedem geruntur*, tomo III, pag. 566.
(5) Bouix: *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 1.ª, cap. I.

Especies de relaciones de esta congregación.—Los decretos dados por esta congregación pueden ser—*formaliter generales*—y *æquivalenter generales.*

Se llaman formaliter generales, *las resoluciones dadas con el carácter y forma de universalidad.*

Se denominan æquivalenter generales, *las declaraciones, que á pesar de recaer sobre una causa particular, declaran el sentido de la ley litúrgica ó lo que es lícito ó ilícito con arreglo á ella* (1).

Autoridad de los decretos formaliter generales.—Los decretos *formaliter* generales, obligan á todos los fieles, porque esta es la voluntad del legislador, y á este efecto se promulgan ó mandan en forma auténtica á los obispos para que produzcan su efecto (2).

Especies de decretos æquivalenter generales y su autoridad.—Los decretos æquivalenter generales se dividen en—*extensivos*—y *comprensivos.*

Los decretos extensivos son, *los que formulan una nueva ley, ampliando ó limitando aquella, á que se refieren.*

Estos decretos obligan á todos los fieles (3): pero es preciso promulgarlos al efecto.

Se llaman decretos comprensivos *los que tienen por único objeto declarar el sentido de la ley sin alterarla.*

Estos decretos obligan á todos los fieles sin necesidad de que se promulguen (4).

Especies de decretos comprensivos y su autoridad.—Los decretos *comprensivos* se dividen en:=

Declaraciones magistrales, porque se dan después de tratarse *ex profeso* una cuestión, á fin de quitar cualquiera ambigüedad sobre un punto de derecho.

(1) Bouix: Id., part. 3.ª, sect. 1.ª, cap. I, sect. 2.ª, cap. I y II.
(2) Bouix: Id., part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. I.
(3) Fagnano: *Comment. in lib. I. Decret.* cap. *Quoniam de constitut.*, n.º 43.
(4) Benedicto XIV, Inst. 10, num. 1.º y sig.—Fagnano, ibid.

Declaraciones no magistrales, porque se han dado incidentalmente.

Las declaraciones *no magistrales*, ó las hace la Sagrada Congregación apoyándose en el uso ó costumbre, ó apelando á ellas de cualquier otro modo en casos semejantes, ó bien son declaraciones aisladas que no vuelve á citar.

Los decretos *magistrales* obligan á todos los fieles (1).

Las resoluciones *no magistrales* confirmadas de cualquier modo por la Sagrada Congregación, obligan de igual manera que las magistrales (2).

Las declaraciones aisladas sólo obligan á aquellos para quien se hicieron (3).

Los *decretos particulares*, ó sean las declaraciones que se refieren al derecho particular de un lugar ó de algunas personas, no tienen carácter general y sólo serán de observancia para las corporaciones ó personas á quienes se dieron (4).

§ 3.º

De la congregación de Obispos y Regulares.

Congregación de Obispos y Regulares. — Recibe este nombre, porque está llamada á entender en los negocios y consultas de los obispos y de los regulares.

Gregorio XIII instituyó una congregacion para entender en las consultas hechas por los obispos, y Sixto V instituyó en 17 de Mayo de 1586 (5) otra para entender en las consultas de los regulares; pero el íntimo enlace entre ambas congregacio-

(1) *Acta ex iis decerpta*, tom. III, pág. 564.
(2) *Acta ex iis decerpta*, ibid.
(3) *Acta ex iis decerpta*, ibid.
(4) BOUIX, *De Curia romana*, part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. I.
(5) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VII.

nes fué la causa de que se refundieran posteriormente en una sola congregación.

Personal de ella.—Se compone de los siguientes:

a) Un *prefecto*, que es el más antiguo de los cardenales vocales de esta congregación.

b) Veinticuatro cardenales.

c) *Secretario*, cuyo cargo desempeña un prelado de la curia romana.

d) *Subsecretario*, que es también un prelado de dicha curia.

e) *Summista*, que está encargado de hacer el resumen de las causas.

f) *Juez relator*, que entiende en las causas criminales llevadas en apelación á Roma, y su deber es dar cuenta á los cardenales del estado de la causa, para que vean si deben confirmar, anular ó reformar la sentencia de la curia episcopal.

g) *Procurador general fiscal*, que interviene en dichas causas criminales y es su deber defender la sentencia de la curia episcopal.

h) *Cardenal relator*, que es el encargado de examinar las causas y de informar á los eminentísimos cardenales.

i) *Consultores*, cuyo cargo se creó por Gregorio XVI en 1834, á ruego de los cardenales de esta congregación (1).

Causas y negocios en que entiende.—Conoce en los asuntos referentes á los obispos y recta administración de sus diócesis, como son los siguientes:

a) Los recursos interpuestos ante la Santa Sede contra los obispos por sus súbditos ó por los regulares (2).

b) Los recursos contra los vicarios generales ú otros oficiales de los obispos (3)

c) Las causas criminales menores de los obispos, y también las mayores con delegación pontificia (4).

(1) BOUIX: Id. ibid.

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.º, párrafo 5.º

(3) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., párrafo 3.º

(4) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VII.

d) Modo de proveer á la administración de las diócesis cuyos obispos se hallan inhábiles, ó cuando la Sede episcopal está vacante, si surgen dificultades sobre la elección del vicario capitular (1).

e) Las causas y negocios de los regulares, como las cuestiones entre distintas órdenes religiosas; entre una de las órdenes y su régimen general, bien en lo relativo á elecciones del general ú otros superiores, ó bien sobre las prácticas del instituto, ya en las cuestiones entre la religión y sus religiosos, lo mismo que sobre el tránsito á otra religión ó monasterio, enajenación de bienes, fundaciones y supresiones (2).

f) Entiende esta Congregación en casi todas las causas eclesiásticas, y por eso se llama *ocupatissimam*, y Urbano VIII decía de ella que parecía ser *congregatio universalis quadammodo* (3).

§ 4.°

De la Congregación primitiva Super statu reguliarum.

Congregación primitiva Super statu regularium y sus atribuciones.—Fué instituida por Inocencio X y confirmada por Clemente IX en su constitución *Iniuncti*, de 11 de Abril de 1668 (4).

Clemente IX refiere en dicha constitución el motivo que hubo para crearla y sus facultades. Dice que Inocencio X instituyó dicha Congregación, compuesta de algunos cardenales y prelados de la curia romana, dándola facultad dentro de Italia é islas adyacentes=

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, art. 3.° párrafo 2.°, núm. 108.

(2) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.

(3) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.°, párrafo 5.°

(4) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VI, párrafo 1.°

1. Para designar los conventos, monasterios, colegios ó casas de cualesquiera monjes ó regulares mendicantes de cualquier orden, en que los novicios ó aspirantes al estado religioso hayan de practicar el noviciado.

2. Para mudar, trasladar, suspender y suprimir estos noviciados.

3. Para dar licencia á los superiores regulares de recibir novicios para el hábito y profesión bajo las reglas y fórmulas prescritas por dicha Congregación.

4. Para prefijar y determinar el número de religiosos en cada uno de los conventos, con otras muchas facultades contenidas en la constitución *Instaurandæ* y en el decreto *In parvis* de Inocencio X.

Se concede también á esta Congregación el derecho de promover la ejecución de los decretos dados por Clemente VIII *super reformatione regularium*, de modo que en cuanto á esto, su potestad se extiende á todos los religiosos del orbe, y respecto á los demás se halla limitada á Italia é Islas adyacentes (1).

Esta congregación fué inútil desde el momento que se creó otra con igual objeto, y por esta razón fué suprimida por Inocencio XII.

§ 5.º

De la Congregación Super disciplina regulari.

Congregación Super disciplina regulari.—Inocencio XII en su constitución *Debitum*, de 4 de Agosto de 1698, dice, que había ya instituido una congregación *super disciplina regulari*, y la confirma dándola las mismas facultades en cuanto á los regulares de Italia é Islas adyacentes, que las otorgadas á

(1) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VI, pár. 1.º

la anterior Congregación, siendo su cargo propio en cuanto á los regulares de todo el orbe: *Romano Pontifici ea jugiter suggerere ac proponere, quæ pro eorumdem regularium fovenda seu reparanda disciplina, opportuna fore in Domino judicaverit* (1).

§ 6.°

De la Congregación Super statu regularium.

Nueva Congregación Super statu regularium, y personas de que se compone.—El sumo pontífice Pio IX creó, por decreto de 7 de Setiembre de 1846, una Congregación con el nombre de *Super statu regularium ordinum.*

Se compone de=

a) Un cardenal *prefecto.*

b) *Varios cardenales*, á voluntad del Papa.

c) *Secretario*, que lo es el mismo de la sagrada Congregación de Obispos y Regulares (2).

d) Consultores.

Fin de su institución.—El mismo Papa en su encíclica *Ubi primum* de 17 de Junio de 1847, dirigida á los superiores de las órdenes regulares, manifiesta el fin que se ha propuesto al crear dicha Congregación en las siguientes palabras: *Has igitur ad vos... litteras damus... quibus consilium à Nobis de regulari disciplina instauranda susceptum significamus. Quod quidem consilium eo omnino contendit, ut Deo bene juvante, illa omnia statuere et perficere valeamus, quæ ad cujusque religiosæ familiæ in solemnitatem prosperitatemque tuendam, ad populorum utilitatem procurandam, Deique gloriam promovendam magis possint conducere.*

En una epístola de la misma fecha acompaña la referida

(1) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VI, párrafo 2.°

(2) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VI, párrafo 3.°

encíclica á los *ordinarios*, y les previene que manifiesten á la expresada Congregación, lo que consideren conducente para la consecución del fin propuesto (1).

Disposiciones dictadas al efecto.—La nueva Congregación *Super statu regularium* no tiene por principal objeto vigilar acerca de la observancia y ejecución de los decretos antiguamente dados sobre esta materia, lo cual fué propio de la antigua congregación de este nombre, sinó dictar cuantas disposiciones conceptúe necesarias acerca de este punto. A este efecto ha dado no pocos decretos, entre los que se distinguen como principales los relativos á la recepción de novicios y á la profesión religiosa, y de ellos paso á tratar.

Primera parte del decreto Regulari disciplinæ, sobre la recepción de novicios.—La nueva Congregación *Super statu regularium* dió un decreto en 25 de Enero de 1848 (2), el cual se halla dividido en dos partes. La primera versa sobre la prueba que ha de preceder para admitir á los que soliciten el hábito religioso: contiene catorce artículos y en ellos se dispone (3):

1. Que no se admita á la toma de hábito sinó á los que hayan sido aprobados en dos escrutinios.

2. Que haya en cada provincia ocho examinadores, á saber: el provincial y siete religiosos idóneos de probada virtud, prudencia y celo por la observancia de la disciplina regular, elegidos por el capítulo ó congregación provincial, mediante votación secreta.

Si en la provincia hay definidores, consultores y asistentes, dos de ellos han de ser nombrados examinadores.

Este cargo de examinador durará hasta la celebración de nuevo capítulo.

3. El provincial del que aspire al hábito, exigirá todos los documentos necesarios, según las reglas canónicas, y examinará

(1) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.
(2) VECCHOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. IX, párrafo 91.
(3) BOUIX: ibid., parrafo 4.º

con la mayor diligencia, si el aspirante está exento de todo defecto ó impedimento y adornado de las dotes necesarias; si es idóneo para el estado religioso, y si por amor á la perfección aspira á tal estado.

Estas informaciones y los expresados documentos los entregará á tres por lo ménos de los examinadores provinciales, excluyendo á los parientes del interesado, y señalará día para su examen.

El provincial y dichos examinadores jurarán ante los santos Evangelios *se quacumque humana affectione postposita fideliter munus executuros;* y acto seguido procederán al examen del candidato, repitiendo, después de retirado aquél, el examen de los documentos y cualidades.

Acto seguido emitirán su voto secreto acerca de si es ó nó digno de aprobación.

La aprobación, caso de haberla obtenido, que ha de ser por mayoría absoluta de votos, se consignará por escrito, que firmará el provincial y cada uno de los examinadores, declarando todos bajo juramento que han procedido en un todo con arreglo á las disposiciones canónicas.

4. El provincial remite dicha relación ó acta con los documentos auténticos al superior general, ó al procurador general, quien los examinará con la mayor detención, investigando por diligencias secretas practicadas al efecto, si se ha observado lo prescripto por la ley.

Los documentos ya expresados los pasará al procurador general y á otros dos de los examinadores generales que no tengan parentesco con el candidato, para que los examinen detenidamente.

Después de practicado este examen se reunen con el superior general en el día señalado, y una vez prestado por todos juramento en la forma ya dicha, confirman ó anulan la primera aprobación por votación secreta, entendiéndose que la han aprobado, cuando en su favor hay mayoría absoluta ó mitad más uno.

5. Si el superior general no reside en Roma, las actas indicadas se han de mandar al procurador general residente en Roma, siempre que haya allí al menos tres examinadores generales, ó pueda llamarlos cómodamente para que acudan á dicho punto, porque interesa que el segundo escrutinio se haga en Roma; pero si los examinadores generales no residen en Roma ni pueden ser citados cómodamente para dicho punto, las referidas actas se mandan al superior general, sea cual fuere el punto de su residencia.

6. El superior ó procurador general en su caso, que haya presidido el segundo escrutinio, podrá rechazar al candidato por justas causas, aunque haya sido aprobado en los dos escrutinios; pero nunca podrá admitir al que haya sido reprobado por los examinadores.

7. Para que el candidato pueda ser admitido al hábito necesita los requisitos indicados, y los que además se exijan por las constituciones ó estatutos de la respectiva orden religiosa, en lo que no se opongan á este decreto general.

8. Los superiores darán cuenta semestral á la Sagrada Congregación *Super statu regularium* de los novicios admitidos al hábito, de la edad, patria, cualidades, documentos respectivos de cada uno y de las actas formadas para su recepción.

Segunda parte del expresado decreto. —La segunda parte del mencionado decreto, que contiene siete artículos, trata de las reglas que han de observarse en la admisión de los novicios á la profesión, y se reduce á lo siguiente (1):

1. Todos los religiosos y novicios que tengan conocimiento de algún impedimento, ó defecto grave del novicio de su orden para ingresar en el estado religioso, tienen obligación de manifestarlo al superior del convento del noviciado, ó al provincial ó superior general, y éstos no descubrirán al denunciante.

2. El maestro de novicios dará cuenta por escrito al provin-

(1) Bouix: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. VI, párrafo 4.º

cial, hácia el fin de cada trimestre, de la conducta observada por cada uno de los novicios.

3. El provincial, por sí ó por otro religioso de su confianza, explorará con la mayor diligencia la voluntad del novicio en los dos meses anteriores á la profesión, y observará si ha sido obligado ó seducido ó el motivo que le ha movido para aspirar al estado religioso; si sabe lo que hace, y si conoce las obligaciones del estado religioso, y de la regla.

También oirá en secreto al maestro de novicios, á los religiosos y novicios del convento ó casa del noviciado, acerca del sujeto que va á ser admitido á la profesión.

4. Reunirá después el capítulo conventual de la misma casa ó convento, para que los capitulares declaren por sufragios secretos, si puede admitirse al novicio á la profesión.

Acto seguido se pondrá una relación escrita de todo, que se firmará por el provincial; el cual la comunicará al ménos á tres examinadores provinciales, y en el día prefijado convocará á dichos examinadores y al maestro de novicios: prestarán el juramento que se deja indicado, y el maestro de novicios expresará todo lo que haya observado en el candidato durante el noviciado, declarando si él cree que puede admitírsele con seguridad á la profesión.

Cuando el maestro de novicios, por razón de la distancia ó por otra legítima causa, no pueda acudir cómodamente al lugar del escrutinio, mandará una relación escrita bajo juramento y suscrita de mano propia.

El provincial y los examinadores resolverán en votación secreta, si el novicio tiene los requisitos necesarios para ser admitido con seguridad á la profesión.

5. Si ha obtenido la aprobación, el provincial dará cuenta de todo al superior general, quien después de ulteriores informaciones, si las conceptúa necesarias, confirmará ó revocará la aprobación según lo considere en conciencia; sin que en ningún caso pueda permitir la profesión del novicio reprobado por los examinadores.

6. Se observará además para que un novicio sea admitido á la profesión todo lo que prescriban las constituciones y reglas de cada instituto en la parte que no se oponga á este decreto.

Decreto Romani pontifices acerca de las testimoniales de los ordinarios.—Fué dado en 25 de Enero de 1848 por la sagrada Congregación *Super statu regularium*, de orden expresa de Su Santidad como el anterior, y tiene por objeto exigir nuevas garantías en los aspirantes al hábito religioso.

A este efecto se dictan reglas prudentísimas que pueden resumirse en lo siguiente (1)=

1. Nadie será admitido al hábito en ningún instituto religioso sin las testimoniales del *ordinario* de origen, y del lugar en que haya residido más de un año después de cumplidos quince años de edad.

2. Los ordinarios, después de diligencias exquisitas é informaciones secretas, deben informar en dichas letras testimoniales *de ejus natalibus, ætate, moribus, vita, fama, conditione, educatione, scientia; an sit inquisitus aliqua censura, irregularitate aut alio canonico impedimento irretitus, ære alieno gravatus vel reddendæ alicujus administrationis rationi obnoxius.*

Los ordinarios no pueden negarse á expedir dichas testimoniales (2).

3. Los superiores que admitan al hábito religioso sin dichas letras testimoniales incurren *eo ipso* en la pena de privación *omnium officiorum, vocisque activæ, et perpetuæ inhabilitatis ad alia in posterum obtinenda*, sin que pueda ser dispensado de esta pena sinó por Su Santidad.

Decreto sobre la admisión de los novicios á los votos simples y solemnes.—Se ordena en él que los novicios, después de haber practicado el año del noviciado, sean

(1) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.

(2) *Inst. Canon.*, por R. de M., lib. X, cap. III, art. 1.°

admitidos á los votos simples, siempre que hayan cumplido la edad prescrita y reunan las demás circunstancias prevenidas.

Los profesos después de cumplidos tres años (1) contados desde el día en que hicieron los votos simples, serán admitidos á la profesión de los votos solemnes, á ménos que no sean dignos, ó por constituciones especiales de algunos institutos haya de dilatarse por algún tiempo más.

El superior general, y también el provincial, podrán dilatar la profesión solemne, mediante justas causas; pero no podrán en ningún caso extenderse más allá de los veinticinco años de edad de los profesos con votos simples.

Declaraciones sobre los anteriores decretos.— Fueron aprobadas por Su Santidad y las expidió la sagrada Congregación *Super statu regularium* en 25 de Enero de 1848, y se reducen á lo siguiente (2):

a) Las testimoniales dadas por los ordinarios *per litteras privatas* bastan al objeto indicado.

b) Las testimoniales en que los ordinarios no certifican *in specie* sobre todos los puntos que deben hacerlo, sinó tan solo en general acerca de las cualidades del postulante, serán bastantes; pero los superiores regulares practicarán las diligencias oportunas á dicho objeto.

c) Si los ordinarios contestan al superior general, manifestando en términos expresos que no pueden informar sobre las cualidades del interesado porque no le conocen, se puede admitir á éste al noviciado, siempre que se supla esta falta por otro medio, y se practiquen las demás diligencias prevenidas; pero los postulantes permanecerán por tres meses al ménos en el convento, á fin de que se les pruebe antes de ser admitidos al hábito ó noviciado.

d) Si el ordinario dice que no puede dar al postulante las testimoniales, porque se le prohibe por la autoridad civil, el

(1) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.

(2) Bouix: *De Curia romana*, ibid.

superior regular le rogará informe por carta sobre lo mismo; y si el ordinario se niega á ello por la causa expuesta, podrá admitir al novicio, supliendo aquella falta por otra información y relación digna de fé.

e) Cuando los ordinarios no quieren dar sus letras testimoniales sin otro motivo ó causa que su oposición al ingreso del postulante en orden religioso, los superiores regulares recurrirán á la Congregación *Super statu regularium* (1).

§ 7.°

De la Congregación Super promovendis ad Episcopatum.

Congregación Super promovendis ad episcopatum.— Fué instituida en 1740 por Benedicto XIV (2), y se compone de cinco cardenales, cuyo cargo consiste en indagar, mediante prudentes informes, qué personas podrán ser promovidas en bien y utilidad de la Iglesia á sillas episcopales ó metropolitanas.

Los cardenales de esta congregación deben ayudar con sus consejos al Sumo Pontífice para que en las sedes vacantes pueda conocer y promover á ellas á los más dignos, siendo deber suyo examinar las causas de las traslaciones propuestas, y dar su parecer al Sumo Pontífice.

El Secretario de esta Congregación es el auditor de la Cámara Apostólica (3), pero como los expedientes relativos á la provisión de las sillas episcopales vacantes fuera de la curia, se instruyen en los respectivos paises, cesó dicha Congregación, porque el examen de dichos expedientes se hace por la Congregación consistorial (4).

(1) Dichas declaraciones contienen otros varios puntos, que se omiten por exigirlo así la índole de este libro.

(2) Constitución *Ad Apostolicæ* de 17 de Octubre de 1740.

(3) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 4.°, nota.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 114.

§ 8.º

De la Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias.

Congregación de Indulgencias y Sagradas Reliquias.—La instituyó Clemente IX en su constitución *In ipsis* de 6 de Julio de 1669 para que resuelva todas las dudas ó dificultades (1) sobre reliquias é indulgencias, consultando al Sumo Pontífice sobre los puntos más graves y difíciles.

Se compone de un cardenal *prefecto*—de otros muchos cardenales—un secretario—sustituto y consultores.

Sus facultades se extienden á la corrección y enmienda de los abusos (2) introducidos ó que se introduzcan en esta materia, procediendo siempre en forma gubernativa y remitiendo á los propios jueces todas aquellas causas que requieren forma judicial.

Esta congregación tiene el deber de=

a) Prohibir la impresión de indulgencias falsas, apócrifas ó indiscretas.

b) Examinar las impresas y reconocer las reliquias (3) nuevamente descubiertas.

c) Vigilar para que se proceda con mesura en la concesión de indulgencias y reliquias de santos, á fin de que *omnia piè sanctè et incorruptè fieri.*

Las cuestiones sobre indulgencias y sagradas reliquias que se refieran al dogma, no están sometidas á esta Congregación; de modo que si alguno negase la potestad de la Iglesia para conceder indulgencias ó enseñase que no se debe dar culto á

(1) BOUIX: *De curia romana*, part. 2.ª, cap. X.

(2) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. III.

(3) *Acta ex iis decerpta, quæ apud Sanctam Sedem geruntur*, tomo II, página 168.

las reliquias de los santos, no sería juzgado por esta Congregación, sinó por la del santo Oficio ó de la Inquisición.

En todo lo demás son tan extensas sus atribuciones que las mismas concesiones generales de indulgencias hechas por el Sumo Pontífice, son nulas é irritas, si los que las han obtenido, no presentan el ejemplar de la concesión al secretario de dicha Congregación, según declaraciones de la misma en 28 de Enero de 1756 y 14 de Abril de 1856, aprobadas respectivamente por Benedicto XIV y Pio IX (1).

§ 9.°

De la Congregación Super residentia episcoporum.

Congregación Super residentia episcoporum.— La creó Urbano VIII para que hiciera observar las leyes eclesiásticas acerca de la residencia.

Son vocales de esta congregación las personas siguientes:

a) El cardenal vicario como *prefecto.*

b) El prodatario.

c) Secretario de Estado.

d) Secretario de Breves.

e) Secretario de la Congregación de *Obispos* y *Regulares.*

f) Secretario de la Congregación del Concilio, que desempeña también este cargo en la de residencia de los Obispos (2)

Benedicto XIV confirmó dicha Congregación, nombrando un promotor fiscal, que es el mismo tribunal del cardenal vicario, y dispuso además que sólo se reunirá=

1. Cuando el Papa le encargue el conocimiento de algún negocio.

2. Siempre que haya de resolverse sobre la penalidad del que ha faltado á la residencia, en cuyo caso se dará cuenta al Sumo Pontífice por el secretario de dicha Congregación, y aprobada que sea por el Papa, se llevará á efecto.

(1) Bouix: *De Curia romana,* ibid.

(2) Bouix: *De Curia romana,* ibid. cap. XI.

3. Cuando un obispo pide licencia para ausentarse de su diócesis en virtud de algún cargo de tal naturaleza, que necesita indulto apostólico para no residir durante mucho tiempo.

§ 10.

De la Congregación de Inmunidad eclesiástica.

Congregación de Inmunidad eclesiástica.—También fué creada por Urbano VIII, y tiene á su cargo proteger y defender la jurisdicción é inmunidad eclesiástica, tanto *personal* como *local* y *real*, contra los magistrados ó corporaciones seculares que traten de usurparlas (1).

Se compone de cardenales y prelados inferiores, siendo uno de éstos un Auditor de la Rota y otro el Auditor de la Cámara Apostólica.

Estos prelados son muchas veces los relatores de la causa (ponentes), porque ellos la instruyen y dan cuenta sumariamente (2).

Se procede extrajudicialmente, y se piden informes á los ordinarios, nuncios y otros prelados eclesiásticos á quienes interesa inmediatamente este asunto. Hoy se limitan sus atribuciones á muy poco, porque estas cuestiones se evitan por los concordatos, ó se resuelven y arreglan por la Secretaría de Estado.

§ 11.

De la congregación sobre negocios eclesiásticos.

Congregación sobre negocios eclesiásticos.—Se creó por Pio VII en 1814 (3) con motivo de los acontecimientos y perturbaciones políticas que afectaron á casi toda Europa

(1) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. XII.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 3.º, párrafo 109.

(3) BOUIX: *De Curia romana*, ibid., cap. IX.

á principios de este siglo, y por esto se la llama también de *Negocios extraordinarios*.

Como la Santa Sede tenía precisión en tales circunstancias de resolver muchos y gravísimos asuntos que no admitían dilación (1), ni hubieran podido despacharse con la celeridad necesaria por las otras sagradas Congregaciones, el mencionado Papa instituyó ésta, que se compone de ocho cardenales, secretario y cinco consultores.

El secretario tiene voto ó sufragio, y el cardenal secretario de Estado es vocal nato de esta Congregación.

Sus atribuciones no se limitan á determinados negocios, sinó que se la encargan todos aquellos que por circunstancias especiales deban despacharse por este conducto, como son los concordatos y otros asuntos pendientes entre la Santa Sede y los gobiernos temporales (2).

Los individuos de esta Congregación están obligados al secreto bajo juramento y penas gravísimas.

Las reuniones se verifican ante el Sumo Pontífice unas veces, y otras en casa del secretario de Estado. En ellas interviene el secretario, pero nó los consultores, cuyo cargo se reduce á dar dictamen escrito sobre el asunto que se les pide, y de esta misma manera se pide por el Sumo Pontífice en algunas ocasiones el voto de cada uno de los cardenales.

§ 12.

De otras Congregaciones.

Otras Congregaciones.—Existen otras varias Congregaciones, acerca de las cuales me limito á las indicaciones siguientes:

a) La Congregación *Examinis episcoporum*, creada por Clemente VIII á consecuencia de la constitución *Onus*, dada

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 118.
(2) BOUIX: *De Curia romana*, ibid.

por Gregorio XIV en 1592 (1) y tiene por objeto examinar á los que han sido electos para el episcopado en Italia.

b) Congregación de los Estudios, creada por Sixto V en su constitución *Immensa* (2): la cual tiene por objeto dirigir los estudios en los Estados Pontificios, y proteger las universidades católicas del mundo (3).

c) Congregación de la Fábrica de S. Pedro, que tiene por objeto el cumplimiento de las obras pías, cuando los ordinarios dejan trascurrir un año sin verificarlo (4).

CAPÍTULO V.

REGLAS DE CANCELARÍA.—SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES Y LEYES CIVILES.

ARTÍCULO I.

DE LAS REGLAS DE CANCELARÍA.

Reglas de Cancelaría, y sus diversas clases.—Se entiende por reglas de cancelaría: *Las instrucciones dadas por los Romanos Pontífices para el régimen de la oficina romana, que lleva este nombre, ya en lo relativo á su gobierno interior, ya en lo concerniente á los negocios que se despachan por la misma.*

Estas reglas (5) no se hallaban escritas en los tiempos antiguos, y el primero que las redujo á escritura y las publicó fué

(1) PHILLIPS: *Comp. jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 114.

(2) *Inst. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.º, parrafo 9.º

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, titulo I tract. 2.º, dissertat. 2.ª, cap. II, art. 1.º, párrafo 2.º

(4) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. III.

(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. I.

Juan XXII, teniendo esto lugar en su residencia de Aviñón desde 1316 hasta 1334.

Las reglas de Cancelaría son de las tres clases siguientes:

La primera clase comprende las meras instrucciones dadas por el Papa á los oficiales de la Cancelaría para la expedición de las letras apostólicas.

Existían antes de Juan XXII, y se conservaban de viva voz, trasmitiéndolas el uso de unos en otros; pero este Papa las mandó escribir para la más facil instrucción de los oficiales encargados de su expedición.

La segunda clase comprende las reglas judiciales, relativas al orden de juicios, que se entablan en el tribunal de la Cancelaría (1).

Existían ya algunas de esta clase, en las reglas de Juan XXIII y Martino V, y fueron aumentadas por Nicolao V (2).

La tercera clase es el conjunto de reglas sobre causas beneficiales ó reservas generales.

De éstas solo existía una (3) antes de Juan XXII, y versaba sobre los beneficios que vacaban *apud Sedem*, v. gr., si el beneficiado moría en Roma.

Juan XXII extendió considerablemente las reservas acerca de los beneficios vacantes *apud Sedem* (4), é introdujo otras, pero no fué el autor de todas ellas.

Benedicto XII hizo otras (5) en 1335, y otros Papas las aumentaron, deduciéndose de todo esto que las reservas generales no tuvieron por primer autor á Juan XXII, ni él fué el único que las estableció.

Su número, y si son fuente general del Derecho Canónico.—Estas reglas ascienden al número de setenta y dos (6) y ofrecen la particularidad de que no se promulgan co-

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, lib. XVII, párrafo 4.º
(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. III, párrafo 119.
(3) Cap. II, III y XXXIV, tít. IV, lib. III *sext. Decret.*
(4) Cap. IV, tít. III, lib. I Extravag. comm.
(5) Cap. XIII, tít. II, lib. III Extravag. comm.
(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V, párrafo 42.

mo leyes perpétuas y obligatorias mientras no se revoquen, sinó que dejan de obligar en el momento de morir el Papa, y reviven desde la elección del nuevo Papa, haciéndose obligatorias á todos, áun antes de la nueva promulgación, y por eso se dice en el prólogo de ellas: *ex tunc licet nondum publicatas... observari voluit* (1).

Dichas reglas son obligatorias en todas sus partes á la Cancelaría apostólica; pero fuera de la curia romana no obligan aquéllas que se refieren exclusivamente á los oficiales de la misma curia.

Las que son realmente generales, como las de *reservationibus, dispensationibus, resignationibus, indulgentiis, annali vel triennali possessione beneficii*, y otras de esta índole, obligan fuera de la curia; pero no pueden producir este efecto en juicio, si no se alegan en forma auténtica, ó al ménos signadas con el sello del *vicecancelario* (2).

Beneficios que por ellas se reservan á la provisión de la Santa Sede.—Las reglas de Cancelaría que tienen por objeto las reservas generales de beneficios eclesiásticos, son las únicas acerca de las cuales tanto se ha dicho y clamado por los enemigos de la Iglesia, considerándolas como una novedad introducida después de la publicación de las falsas decretales y á su sombra, con grave detrimento de la Iglesia y para ruina de su disciplina.

Por esta razón conviene hacer un resumen de algunas de estas reglas, á fin de expresar después el juicio que de ellas debe formarse ante la razón y la historia.

Regla 1.ª En ésta se reservan al Sumo Pontífice los beneficios vacantes *in curia*, que se expresan en la extravagante *Ad-Regimen* (3), y *Execrabilis* (4) como ampliación á los beneficios

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª sect. 3.ª, cap. I.
(2) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon. prolegom.*, párrafo 4.º
(3) Cap. XIII, tít. II, lib. III Extravag. com.
(4) Cap. IV, tít. II, lib. III Extravag. com.

de los oficiales de la Santa Sede, aunque hayan dejado de serlo ántes de su muerte, á los de los notarios, y á todos aquéllos que se han obtenido contra las reglas del Concilio de Trento (1).

Regla 2.ª Se reserva al Papa la provisión de todas las iglesias catedrales, monasterios de religiosos sin monjes, y los dados en encomienda—los beneficios que pasan de doscientos florines ánuos y todos aquellos otros que vacan *sede vacante*, de los colatores ordinarios (2).

Regla 3.ª Es una ampliación de la extravagante *Execrabilis* de Juan XXII y *Ad regimen* (3) de Benedicto XII, y prohibe al que obtiene un segundo beneficio, incompatible con el primero, su renuncia en fraude de la reserva apostólica.

Regla 4.ª Se reservan todas las dignidades mayores *post pontificalem* en las catedrales, y las principales en las colegiatas, es decir, una en cada iglesia colegial, á ménos que hubiere dos igualmente principales.—Los prioratos y otras dignidades regulares ó preceptorías generales de las órdenes, siempre que no sean de las militares y aquéllas sean perpétuas (4).

Regla 5.ª Se reservan los beneficios de los colectores y subcolectores de frutos de la Cámara Apostólica (5).

Regla 6.ª Los beneficios de los curiales, que mueren en el camino cuando se traslada la curia.

Regla 7.ª Los de los camareros *(Cubicularii)* y cursores del Sumo Pontífice.

Regla 8.ª Los canonicatos, prebendas, dignidades, personados y oficios en las tres iglesias de S. Juan de Letrán, Santa María la Mayor y S. Pedro en el Vaticano de la ciudad de Roma; así como todos los beneficios pertenecientes á la provisión de los cardenales, si vacan en ausencia suya de sus títulos (6).

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. III, tít. V *De prebend. et dignit.*
(2) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. 5.º, sect. 3.ª, pár. 35.
(3) Cap. XIII, tít. 2, lib. III Extravag. commun.
(4) DEVOTI: *Inst. Canon.*, ibid. —MASCHAT: ibid.
(5) DEVOTI: Id. ibid., pár. 36.
(6) DEVOTI: Id. ibid.

Regla 9.ª Se reservan toda clase de beneficios vacantes en los ocho meses apostólicos, á saber: Enero y Febrero, Abril y Mayo, Julio y Agosto, Octubre y Noviembre.

Los que vaquen en los cuatro meses restantes se proveen por los *colatores* á quienes corresponda, concediéndose á los obispos, respecto á los beneficios de su libre colación, el que puedan alternar con el Sumo Pontífice en su provisión; siempre que lo soliciten y durante el tiempo que permanezcan en sus iglesias (1).

Beneficios excluidos de las reservas generales.— Después de haber dado esta ligera idea (2) de las reservas beneficiales contenidas en las reglas de Cancelaría, debe advertirse que no se comprenden en ellas=

a) Los beneficios manuales, ya sean seculares ó regulares, porque no son propiamente beneficios por defecto de perpetuidad (3).

b) Los beneficios de derecho de patronato laical ó mixto.

c) Los beneficios resignados mediante permuta, ó por otra causa.

d) Los beneficios *de mensa*, incorporados á la mesa episcopal, capitular ó regular; así como los accesoriamente unidos y los de vicaría perpétua.

e) Los beneficios de la iglesia no *numerada*, porque muerto el beneficiado dejan de existir (4).

Si los Romanos Pontífices introdujeron una novedad con las reservas beneficiales.—Los protestantes, jansenistas y los que llamándose católicos aceptan sus doctrinas, dicen que semejantes reservas son una novedad y un

(1) DEVOTI: *Inst. Canon.*, ibid., párrafo 37.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit., prolegom.*, pár. 4.°, núm. 30, párrafo 5.°, núm. 56.

(3) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon.*, lib. III, tít. V, *de præbendis et dignitatibus*, pár. 4.°, núm. 49.

(4) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon., ibid.*

abuso intolerable, introducido por la avaricia y ambición de los Papas.

El Escritor luterano Boehmero se atreve á sostener que los Romanos Pontífices (1) no proveyeron los beneficios vacantes, ni alteraron directamente las provisiones ordinarias hasta el siglo XII, y que los mandatos apostólicos sobre esta materia fueron en otro tiempo las preces dirigidas una sola vez á cada uno de los capítulos ó cabildos, las cuales no contenían en un principio, sinó una obligación imperfecta, y á este efecto cita la epístola 13 del papa Adriano IV al obispo de París, en la que no se vé un mandato del Papa, sinó una mera súplica, un ruego que Alejandro III y sus sucesores convirtieron en verdaderos mandatos *(preces armatas)*.

Febronio, ó sea Juan Nicolás de Hontein, sufragáneo del arzobispo de Tréveris, aceptó en un todo la doctrina del escritor *reformado*, y dice sin el menor reparo que los papas se introdujeron en las colaciones de beneficios *succesivè, lenitèr et pedetentim*, sin que inmediatamente se propasaran á conferirlos, ni á reservarse su provisión.

Cita á este efecto al sumo pontífice Adriano IV, y dice que este Papa (2) dirigió, á mediados del siglo XII, unas simples preces al obispo de París, rogándole tuviera á bien conferir el primer beneficio que vacase á cierto clérigo pobre, benemérito de la Iglesia y muy digno.

Asegura, que Alejandro III añadió á las preces *monita et mandata*, y los sucesores de este Papa mandaron *litteras executoriales et executores*, para que éstos compelieran á los *ordinarios* con censuras eclesiásticas á proveer los beneficios vacantes en los clérigos recomendados en dichas letras.

Por último, dice: que á estas letras sucedieron las reservas particulares y después las generales.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. II.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid.

Verdad es que los Sumos Pontífices no confirieron en los doce primeros siglos beneficios eclesiásticos, perpetuos y capaces de quedar vacantes, según tiene hoy lugar: pero esto no fué por falta de autoridad en aquéllos, sinó porque entónces, ó sea hasta fines del siglo XI, no se conocieron ni existieron en esta forma; y por lo mismo mal podían proveerlos ni reservarse su provisión.

Así pues, es una torpeza ó mala fé acusar de novedad la conducta de los Romanos Pontífices desde el siglo XII en adelante, respecto á la provisión de beneficios. Los Papas anteriores á esta época (1) abrigaban las mismas convicciones que sus sucesores sobre esta materia en cuanto á su ausencia; y se consideraban con perfecto derecho para disponer acerca de ella lo que creyeran más conveniente; demostrándolo así innumerables documentos (2) de la antigüedad, entre los cuales me limito á citar los siguientes:

1. Paulino, obispo de una diócesis en la Calabria, se trasladó á Sicilia después de haber sido arruinada la Iglesia y monasterio por los bárbaros; y el papa S. Gregorio *el Grande* le concedió la abadía y el régimen del monasterio de S. Teodoro en la ciudad de Mesina, poniendo al efecto en conocimiento de Félix, obispo de dicha ciudad, que era el *colator* ordinario de este beneficio, el nombramiento hecho. *Quam rem*, le dice, *venerationi tuæ innotescendam providimus, ne te omisso, aliquid ordinatum tua diœcesi contristeris* (3).

2. El misma Papa mandó al obispo Importunum cierto presbítero llamado Domingo, para que lo colocara en una iglesia parroquial vacante (4), previniéndole que entregase á dicho presbítero los frutos devengados en la vacante.

3. Dicho Papa, en carta dirigida al obispo de Siracusa le

(1) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. V, sect. 3.ª
(2) THOMASSINO: *Vet. et nov. Eccles. discip.* part. 2.ª, lib. I, cap. XLI.
(3) THOMASSINO: *Vet. et nov. Eccles. discip.*, part. 2.ª, lib. I, cap. XLI, núm. 2.
(4) THOMASSINO: Id ibid., núm 3.º

habla de un diácono llamado Félix, y le ordena que lo coloque de modo que pueda cubrir sus necesidades (1).

4. Martín I constituyó legado suyo en Oriente á Juan, obispo de Filadelfia, y le prescribe que ponga obispos, presbíteros y diáconos (2), al frente de las iglesias dependientes de los obispos de Antioquía y Jerusalén.

5. El primer hecho que de contrario se cita, es la carta de Adriano IV, posterior en algunos siglos á los que se dejan citados, y es de advertir que este mismo Papa, en su epístola al Cabildo de París, dice: *Universitati vestræ præcipiendo per apostólica scripta mandamus et mandando præcipimus, quatenus præposituram quæ in Parisiensi ecclesia et domos quæ in claustro ejusdem ecclesiæ dehinc primum vacaverint... ei omni contentione et appellatione sepósita concedatis* (3).

La carta de Adriano al obispo de París es en efecto un ruego, que no puede reconocer otra causa que un acto de cortesía y de honor al prelado, y de ninguna manera lo que se supone por los escritores citados, quienes debieran haber hecho mención del texto que se deja consignado (4).

Si las expresadas reservas contienen un abuso de autoridad.—Dice Febronio que el derecho de los Romanos Pontífices á la provisión de los beneficios *esse figmentum. transgresionem terminorum rationis et justitiæ, fructum ambitionis et avaritiæ, rapinam jurium episcopalium* (5).

El Sumo Pontífice en virtud de su potestad suprema en toda la iglesia, que le fué concedida por el mismo Jesucristo, tiene el deber ineludible de atender á las necesidades de aquélla.

Esta plena potestad consignada en las sagradas escrituras (6) y sancionada por la Iglesia, no existiría en él, si como

(1) THOMASSINO: *Vet. et nov. Eccles. discip.*, part. 2.ª, lib. I, cap. XLI, núm. 7.º
(2) THOMASSINO: Id. ibid., núm. 27.
(3) THOMASSINO: Id. ibid. cap. XLII, num. 2.º
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. II, párrafo 1.º
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. II
(6) Véase el lib. II, tít. II, cap. I de esta obra.

cabeza de la sociedad cristiana no tuviera perfecto derecho para reservarse la provisión de todos los cargos eclesiásticos, siempre que lo considere conveniente al bien de la misma Iglesia (1).

Va tan íntimamente unida esta cuestión con los principios fundamentales de la sociedad creada por Jesucristo, que es necesario negar aquellos, ó en otro caso admitir que el Papa puede reservarse la provisión de los beneficios en el grado, forma ó modo que considere más propio.

En esto se fundan todas las disposiciones canónicas sobre la enajenación de los bienes eclesiásticos, y la decretal de Clemente III que dice: *Licet ecclesiarum, personatuum, dignitatum, aliorumque beneficiorum ecclesiasticorum plenaria dispositio ad romanum noscatur Pontificem pertinere, ita quod non solum ipsa, cum vacant, potest de jure conferre, verum etiam jus in ipsis tribuere vacaturis* (2).

Esto que dice Clemente III, es la doctrina de todos los Sumos Pontífices y de los concilios, no ménos que de los hombres más eminentes. El célebre Gerson, á pesar de su hostilidad hacia la Santa Sede en cuanto á las gracias expectativas, hablando de este punto decía: *Omnia beneficia subsunt Papæ, tamquam ordinatori supremo, non tamquam domino aut possessori: immo nec tamquam immediato dispensatori, nisi praelatorum inferiorum iniquitas, aut manifesta Ecclesiae utilitas casibus certis istud exigeret* (3).

Causas que hubo para que los Papas se reservasen la provisión de beneficios.—Las reservas generales de beneficios son leyes eclesiásticas, cuya necesidad ó conveniencia ha de estudiarse, teniendo presente y sin perder nunca de vista las circustancias de los tiempos en que se dieron; porque no se trata aquí de un dogma de fé, sinó de un punto de disciplina variable, según las diversas necesidades de la Iglesia.

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, ibid., párrafo 2.°

(2) Cap. II, tít. IV, lib. III, *sext Decret.*

(3) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. II, párrafo 2.°

Las reservas en sí fueron un medio poderoso para unir más estrechamente á todos los miembros del clero con el centro de unidad, y cerrar de este modo la puerta, ó hacer ménos facil la introducción de la herejía, cisma y sistemas peligrosos (1); porque la experiencia ha demostrado que ningún error ha echado profundas raices, sinó merced á la favorable acogida de cierto número de clérigos separados del Romano Pontífice. Cuando el nombramiento de los distintos cargos eclesiásticos depende del Papa y el clero recibe de la Santa Sede inmediatamente los beneficios, no puede ménos de estar unido á aquélla, porque es uno de esos impulsos naturales del corazón humano, que se dejan sentir para con aquellos de quienes se ha recibido una merced y se espera alcanzar otras (2).

Además de esta consideración general existieron otras razones que aconsejaban las reservas, y pueden reducirse á las siguientes:

1. Los Sumos Pontífices necesitan muchos auxiliares en el ejercicio del ministerio pastoral, y deben remunerarlos (3).

2. En aquella época se presentaban al Sumo Pontífice clérigos indigentes en demanda de limosna, y no era ajeno á la equidad buscar un medio de socorrerlos.

Tomasino refiere que cien mil clérigos se presentaron á Clemente VI en Aviñón pidiendo beneficios (4).

3. Las reservas son un medio de premiar los méritos y virtudes de clérigos sabios, que han trabajado en bien de la Iglesia, siendo éste uno de los motivos que tuvieron los papas para reservarse la provisión de beneficios (5).

4. Otra de las causas fué el gran abuso de los ordinarios en

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. II, párrafo 3.º

(2) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. V, sect. 3.ª, párrafo 30, nota 3.ª

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid.

(4) *Vetus et nova Eccles. discip.*, part. 2.ª, lib. I, cap. XLIV, número 4.º

(5) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, título V, sección 3.ª, párrafo 30, nota 3.ª

la provisión de los beneficios eclesiásticos en sus parientes, amigos y familiares (1).

5. La coacción ejercida por los magnates en los obispos para obligarles á proveer los beneficios más pingües en personas indignas con grave daño de la moral y de la disciplina (2).

6. Si á lo dicho se agrega la tendencia que se venía marcando en toda Europa por parte de los príncipes seglares á la centralización del poder, se comprenderá fácilmente la razón que hubo para que los Papas procedieran del mismo modo.

Por lo demás, no puede desconocerse que las reservas ocasionaron males de consideración en determinados países; pero las leyes tienen por objeto el bien común, aunque sea á costa de los intereses particulares, y permiten un mal menor por evitar otros mayores.

ARTÍCULO II.

DE LAS SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sentencias de los Santos Padres, y á quiénes se dá este título.—Se entiende por Santos Padres *aquellos antiguos é insignes escritores eclesiásticos que después de los Apóstoles y Evangelistas florecieron en la Iglesia por especial providencia de Dios.*

S. Vicente Lirinense dice de ellos que *in fide et communione catholica sanctè sapienter, et constanter viventes, docentes, et permanentes vel mori in Christo fideliter, vel occidi pro Christo feliciter meruerunt* (3).

Para que un escritor sea considerado y merezca el título de *Santo Padre* se requiere:

1. Doctrina eminente recibida y aprobada por la Iglesia:

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2ª, sect. 3.ª, cap. II, párrafo 3.º

(2) Tomassino: *Vet. et nova Eccles. discipl.*, part. II, lib. I.

(3) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. praenot.*, cap. II, párrafo 39.

de manera que pueda servir á los fieles de regla de creer y de obrar (1).

2. Insigne santidad, porque como padres de la Iglesia deben sobresalir entre los demás, no sólo por la doctrina, sinó también por el ejemp lo(2).

3. Perseverancia en la fé y comunión católica (3).

4. Notable antigüedad; porque la palabra *padre de la Iglesia* sólo se aplica á los que reuniendo las anteriores condiciones trabajaron en la consolidación y perfecto desarrollo de esta sociedad divinamente instituida.

Orígenes y Tertuliano no tienen las condiciones que se dejan indicadas: pero se los cuenta entre los padres por su eminente doctrina y antigüedad (4).

Cuándo constituyen fuente general del Derecho Canónico.—Las sentencias de los Santos Padres no se habían insertado en las colecciones de cánones de los cinco primeros siglos.

Juan el Escolástico fué el primero que en Oriente añadió é incorporó en su colección los cánones de la carta de S. Basilio á Anfiloquio, en lo que le imitaron después otros muchos.

Reginon fué el primero que en la Iglesia occidental siguió las huellas de Juan Escolástico, habiéndole seguido después otros colectores (5).

Las sentencias de los Santos Padres son fuente general del Derecho Canónico en los casos siguientes:

a) Cuando han sido aprobadas por la Iglesia y trasformadas en leyes universales por los concilios ó los Romanos Pontífices, porque reciben por este medio la autoridad legal que las faltaba.

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 43.

(2) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. II, párrafo 6.º

(3) CHARMES: *Theolog. univ. de prolegom.*, dissert. 5.ª, cap. II, quæst 3.ª, artículo 1.º

(4) PERRONE: *De locis theolog.* ibid.

(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. IV.

b) Las sentencias de los Santos Padres no son en sí leyes canónicas: pero á falta de ley eclesiástica, habrá de atenerse á ellas, con arreglo á lo manifestado por el papa León IV á los obispos de Bretaña (1).

Esta es la aplicación y uso de la doctrina de los Santos Padres en cuanto á las leyes y derecho eclesiástico, aparte de su grandísima importancia en materias de fé y de costumbres, de cuyo punto se prescinde aquí (2), como ajeno á nuestro objeto.

ARTÍCULO III.

DE LAS LEYES CIVILES.

Leyes civiles.—Las leyes emanadas del poder civil no son por su naturaleza fuente del Derecho Canónico; pero ambas potestades han sido ordenadas por Dios para administrar justicia y llenar sus respectivos fines, y por lo tanto, deben prestarse mútuo apoyo sin traspasar los límites que les están señalados (3).

La Iglesia tomó parte de su legislación de los códigos de Teodosio y Justiniano, y adoptó las disposiciones civiles en aquellos puntos y materias acerca de las cuales nada se hallaba consignado en sus leyes.

De esto nos suministran no pocos datos las obras de San Gregorio *el Grande* (4), pero de ello no ha de inferirse que las leyes civiles puedan aplicarse en todas las causas eclesiásticas.

Sus distintas clases, y cuándo son fuente general del Derecho Canónico.—Es necesario, ante todo, te-

(1) C. I. dist. 20.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 44.—PERRONE: id. ibid.—JUENIN: *De locis theolog.*, dissert. 4.ª, quæst. 7.ª

(3) C. VIII, distinct. 10.

(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præcunt.*, cap. II, párrafo 41.

ner presente, respecto á las leyes dictadas por el poder civil entre los romanos, que=

Algunas se hallan *aprobadas* por la Iglesia.

Otras han sido *corregidas*.

Muchas de ellas han pasado en silencio.

Las primeras son leyes eclesiásticas, hallándose en este caso (1) gran parte de las que fijan los impedimentos del matrimonio—las relativas á los juicios—las que clasifican á los hombres en legítimos é ilegítimos, púberes é impúberes, menores y mayores, etc. (2).

Esto mismo puede servir de regla en la aplicación de la nueva legislación de cada país.

Las leyes de los romanos sobre el divorcio, infidelidad en los esponsales, nupcias entre los parientes por afinidad en cierto grado (3), usura, prescripción con mala fé; las que aprueban la muerte dada al adúltero por el padre ó marido; las relativas al concubinato, etc., han sido corregidas y reprobadas por la Iglesia, no pudiendo por lo tanto alegarse en las causas eclesiásticas (4).

Las leyes civiles no aprobadas (5) ni reprobadas por la Iglesia pueden aplicarse (6) en el Derecho Canónico, cuando se trate de una cosa meramente profana, y acerca de la cual nada se halle establecido por aquél (7); pero en las cosas espirituales y meramente eclesiásticas se ha de acudir, en defecto de leyes eclesiásticas, á los escritos de los Santos Padres (8).

Cuando media un conflicto entre las leyes eclesiásticas y

(1) Benedicto XIV: *De Synodo Diœcesana*, lib. IX, cap. X.
(2) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles.*, ibid.
(3) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. IX, cap. XI y sig.
(4) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 56.
(5) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. IX, cap. XIV.
(6) C. 1, VII y IX, distinct. 10.
(7) Cap. I, tít. XXXII, lib. V *Decret.*
(8) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, párrafo 42.

civiles, prevalecen aquéllas sobre éstas en materias de la competencia de la Iglesia.

Por esta razón se halla condenada la proposición 42 del *Syllabus*, que dice: *In conflictu legum utriusque potestatis, jus civile prævalet.*

CAPÍTULO VI.

CONCILIOS NACIONALES, LIBERTADES GALICANAS Y CONCILIOS DE TOLEDO.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LOS CONCILIOS NACIONALES.

Concilios nacionales, y si se distinguen de los antiguos Concilios patriarcales y diocesanos.—Se entiende por Concilio nacional: *La reunión de los obispos de un reino ó nación convocados por la autoridad eclesiástica superior para tratar de asuntos concernientes á la Iglesia de aquel país* (1).

Estos concilios corresponden á los que en la época del Imperio romano se conocieron con los nombres de concilios patriarcales en Oriente y de concilios diocesanos en Occidente; pero existen algunas diferencias entre unos y otros, y son:

1. Los concilios patriarcales debían celebrarse en épocas fijas.

Los diocesanos se reunían cuando las necesidades de la Iglesia lo exigían.

Respecto á la celebración de los concilios nacionales nada se preceptúa en la ley canónica.

2. Los patriarcales se convocaban por el patriarca, y te-

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 2.º, párrafo 1.º

nían obligación de asistir los metropolitanos y obispos del patriarcado.

El derecho de convocación en los diocesanos no estaba inherente á ninguna silla.

Los concilios nacionales no pueden convocarse sin licencia del Papa.

3. Los concilios patriarcales y diocesanos se componían de los obispos y metropolitanos de una diócesis del imperio.

Los concilios nacionales se componen de los obispos y metropolitanos de uno de los reinos nacidos de las ruinas de aquel imperio, que comprende una ó más diócesis, según la mayor ó menor extensión del territorio ocupado por los conquistadores.

Convocación de los concilios nacionales. — La convocación de los concilios nacionales, llamados también *plenarios* ó *universales* (1), se hacía en la antigüedad por el patriarca ó primado, ó mediante un derecho federativo entre los obispos, no siendo tampoco raro el caso en que se hacia la convocación por autoridad del Sumo Pontífice.

En los antiguos tiempos se celebraron con frecuencia estos concilios en África, Francia y España; pero hace muchos siglos que apénas se reunen, y el Concilio de Trento no dictó disposición alguna sobre este punto (2).

En la actualidad no pueden convocarse sin que medie licencia del Sumo Pontífice (3), porque no existe en los tiempos modernos ningún obispo en las distintas naciones de Europa con derechos primaciales de jurisdicción sobre todos los obispos de cada reino, como sucedió en tiempos antiguos; y por esto se comprende que el arzobispo de París, en unión con otros mu-

(1) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. I, cap. I, número 2.

(2) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 2.ª, cap. I, art. 2.°, párrafo 2.°

(3) *Prælect. Jur. Canon. habitæ in seminar S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 6.ª, artículo 2.°

chos obispos, acudiera en 1849 al Sumo Pontífice, á fin de obtener su licencia para la celebración de un concilio nacional.

Su Santidad, en breve dado en Gaeta á 17 de Mayo de 1849, no concedió este permiso, atendidas las circunstancias de los tiempos (1); pero en cambio se celebró concilio nacional en la América septentrional (Baltimore), en 21 de Octubre de 1866; porque no existían allí las dificultades que en Francia (2).

Es, pues, necesario, que la convocación se haga por el Papa, ó en nombre suyo.

Su presidencia y asuntos de su competencia.— La presidencia de los concilios nacionales compete al que los convoca y por lo mismo es un derecho exclusivo al Sumo Pontífice en la actualidad. (3).

Sus atribuciones se limitan á los asuntos de disciplina dentro de cierto círculo; porque los puntos de fé no son objeto de definición suya.

Verdad es, que dieron muchos de ellos cánones dogmáticos en la antigua disciplina, efecto de las circunstancias de los tiempos y de la dificultad para acudir á la santa sede; pero hoy no puede entender en estas materias, porque es la primera entre las causas mayores.

En la antigua disciplina necesitaron la confirmación pontificia (4) en materias dogmáticas, porque no podían por sí solos constituir regla cierta ó infalible, aunque sí probable (5).

Por esta razón se halla condenada la proposición 36 del Syllabus que dice: *Nationalis concilii definitio nullam aliam admittit disputationem civilisque administratio rem ad hosce terminos exigere potest.*

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 2.º párrafo 2.º
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.* lib. I, cap. II, párrafo 14. nota 2.ª
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid., párrafo 4.º
(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, pár. 41.
(5) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænoct.*, cap. II, pár. 36.

Reconocimiento de sus actas, y su autoridad. —Cuando el Sumo Pontífice no preside en persona el Concilio nacional, es indispensable que sus actas sean reconocidas por la Santa Sede ántes de su promulgación, porque es una de las causas mayores (1).

Las actas de estos concilios son obligatorias á toda la nación, porque una vez llenados los requisitos previos, tienen todas las condiciones que al efecto se requieren.

Los decretos de los concilios nacionales pueden por causas accidentales *(per accidens)* ser obligatorios y constituir fuente general del Derecho Canónico, bien por confirmación expresa de Su Santidad ó de un Concilio general, que los promulgan como leyes de observancia universal, ó ya mediante el consentimiento tácito de aquél (2).

Derecho canónico nacional, y causas de donde procede.—Se entiende por Derecho Canónico nacional: *El conjunto de leyes eclesiásticas, derogatorias del Derecho común, por las que se rige la Iglesia de una nación.*

Esto es lo que generalmente se entiende por Derecho Canónico nacional, por más que se puede también llamar así á las leyes *præter jus commune* que afectan á los fieles ó iglesia de una nación.

Todas ó casi todas las iglesias de los distintos paises tienen sus leyes especiales en este último sentido, como que los obispos, ya por sí mismos ó bien en sínodo diocesano ó concilio provincial, ó nacional, pueden dictar esta clase de leyes en virtud de su potestad legislativa.

El Derecho eclesiástico nacional, tomado en su primer sentido, puede provenir:

a) De haber existido desde un principio, mediante derogación del Derecho; lo cual pudo tener lugar en virtud de un

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid., párrafo 5.º

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. II, cap. III.

privilegio, ó por razón de un concordato celebrado con la Santa Sede.

b) Por haber permanecido inalterable en una determinada nación el Derecho común abrogado en las demás iglesias, efecto de un nuevo derecho (1).

Si puede anularse por el Papa.—El Derecho especial eclesiástico que rige á una nación, sea cual fuere la clase á que pertenezca, no puede ménos de reconocer por causa el consentimiento expreso ó tácito del Sumo Pontífice; porque toda ley, ya sea establecida inmediatamente por una autoridad legislativa, ya por la costumbre, no puede prevalecer en el caso de que se trata, sin el consentimiento del supremo legislador eclesiástico.

Así, pues, el Romano Pontífice puede anular este derecho por sí sólo ó en unión de un concilio general, según la regla del derecho, *ejus est tollere, cujus est condere* (2).

ARTÍCULO II.

DE LAS LIBERTADES GALICANAS.

Origen de las libertades galicanas.—La doctrina expuesta, que es una consecuencia de los principios fundamentales de Derecho público, me lleva naturalmente á examinar, siquiera sea muy ligeramente, las llamadas *libertades galicanas*, ya que tanto se habla de ellas por todos.

San Luis, rey de Francia, fué el primero que usó la frase *libertades galicanas*, para expresar una verdadera libertad en oposición á la servidumbre en que se hallaban las iglesias de Langüedoc, bajo la opresión de los maniqueos (3).

(1) BOUIX: *De princ. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 3.ª cap. I.
(2) BOUIX: Id. ibid., párrafo 3.º
(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III. cap. VIII, pár. 5.º

El verdadero origen de dichas libertades en la acepción que hoy tienen, se encuentra en la época del cisma de Occidente, porque desde entónces crecieron y se desarrollaron extraordinariamente las malas pasiones, merced al contagio del protestantismo, espíritu solapado de los jansenistas y soberbia del poder civil; pero las expresadas libertades se revistieron de formas solemnes, y aparecieron en toda su desnudez desde el año 1682, en que algunos obispos franceses se reunieron por disposición de Luis XIV, y publicaron su famosa declaración de los cuatro artículos, secundando los deseos del Rey, como medio de hostilizar á Inocencio XI, con quien se hallaba en desacuerdo.

Sus cuatro artículos.—Hé aqui el texto de las cuatro proposiciones ó artículos (1).

I. *Romanis pontificibus nullam esse in reges, atque in civilia negotia ne indirectam quidem potestatem.*

II. *Concilii generalis auctoritatem Romani Pontificis auctoritati esse superiorem.*

III. *Potestatem Sedis Apostolicæ coarctari per canones jam conditos, totiusque mundi reverentia consecratos; per consuetudines atque instituta a regno, et ab Ecclesia gallicana recepta.*

IV. *Romani Pontificis judicium infallibile censendum non esse, nisi Ecclesiæ consensus accedat.*

Consecuencias que de ellos se desprenden.—De estas cuatro famosas proposiciones, no ménos hostiles á la Iglesia que los sistemas de Marsillo y Febronio, proceden otros muchos errores de los tiempos modernos, y singularmente de la tercera de dichas proposiciones.

Son consecuencia de ellas entre otros errores los siguientes (2):

a) La apelación *ab abusu*, que en resumen es la costumbre de acudir á los tribunales civiles de las sentencias de los jueces

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. II, cap. II, párrafo 1.º

(2) TARQUINI: Id. ibid.

eclesiásticos, lo cual se conoce en España con el nombre de *recurso de fuerza*.

b) El *Regium placet*.

c) *Regius patronatus et custodia canonum*, ó sea la facultad en los reyes para mezclarse é intervenir en todas las cosas eclesiásticas.

Su condenación.—Estas libertades, llamadas con razón por Fenelon *Servitutem erga regem, et adversus Romanum Pontificem licentiam*, que rechazadas en un principio por el mismo clero francés y después acatadas como una carga impuesta, fueron desde luego reprobadas por Inocencio XI (1), y sus sucesores Alejandro VIII (2) y Pio VI (3). Fueron (4) igualmente rechazadas por los obispos que las formularon y el mismo Luis XIV, su principal autor, hizo lo propio en sus letras de 1693 dirigidas al papa Inocencio XII (5).

ARTÍCULO III.

DE LOS CONCILIOS NACIONALES DE ESPAÑA.

Importancia de estos Concilios.—Los Concilios nacionales de España son importantísimos por su crecido número y por la pureza de la doctrina en ellos sancionada, habiendo llegado á ser aceptados por la Iglesia universal muchos de sus cánones, que á la vez fueron textualmente incluidos en las colecciones generales.

Concilios de Toledo.—Los Concilios de Toledo ofrecen sumo interés en el estudio del Derecho Canónico, porque de ellos se tomó la forma y ritualidades en la celebración de estas

(1) Letras en forma de breve de 11 de Abril de 1682.
(2) Constitución *Inter multiplices* de 1.° de Agosto de 1690.
(3) Constitución *Auctorem fidei* de 28 de Agosto de 1794.
(4) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. VIII, pár. 5.°
(5) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. II. cap. II, pár. 1.°

asambleas, y en ellos se encuentra una legislación completa sin documento alguno espúreo, cuando otros paises apenas contaban con más reglas eclesiásticas que las trasplantadas de otras regiones.

Su naturaleza.—Mucho se ha discutido acerca de la naturaleza de los Concilios toledanos, creyendo unos, que eran asambleas puramente eclesiásticas, al paso que otros los consideran como meras Córtes. Fundan sus respectivas opiniones en los asuntos que eran objeto de su discusión, y en las personas que tomaban parte en sus deliberaciones.

La opinión más seguida y aceptada hoy generalmente, los considera como reuniones mixtas, y se funda en las mismas razones alegadas por los defensores de las primeras opiniones (1).

CAPÍTULO VII.

CONCILIOS PROVINCIALES.

Concilios provinciales y su origen.—Se entiende por concilio provincial: *La reunión de los obispos de una provincia eclesiástica convocados por el metropolitano ó sufragáneo más antiguo en su caso, para tratar de los asuntos eclesiásticos de la misma provincia.*

Los concilios provinciales son de institución eclesiástica, muy conforme con el Derecho divino, puesto que son un medio poderoso para el buen gobierno de la Iglesia; así que esta viene prescribiendo desde los primeros tiempos su frecuente celebración, como se dirá más adelante (2).

A quién corresponde su convocación.—La convocación de los concilios provinciales corresponde al metropolitano, porque es el único que por derecho ordinario tiene auto-

(1) BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tom. IV, capítulo LXI.

(2) *Int. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 3.º

ridad y jurisdicción inmediata sobre todos y cada uno de los obispos de la provincia.

El Concilio de Trento dice acerca de este punto: *Metropolitani per se ipsos, seu illis legitimè impeditis, coepiscopus antiquior intra annum ad minus á fine praesentis concilii et deinde quolibet saltem trienio post octavam Paschae Resurrectionis Domini nostri Jesu Christi, seu alio commodiori tempore, pro more provinciae, non praetermittat synodum in provincia sua cogere* (1).

Este derecho de los metropolitanos á la convocación del concilio provincial, pasa al sufragáneo más antiguo en ordenación (2), cuando media alguna de las circunstancias siguientes:

1. Si la silla está vacante, porque no parecía decoroso que el vicario capitular pudiera obligar á los obispos de la provincia á reunirse en virtud de mandato suyo y á ser presididos por él.

Así se halla declarado por la sagrada Congregación del Concilio, la cual contestando á la pregunta que se la hacía acerca de este particular, dijo: *Jus Provinciale concilium indicendi ac celebrandi, sede vacante, non ad capitulum metropolitanum, sed ad antiquiorem provinciae episcopum pertinere* (3).

2. Cuando el metropolitano se halla legítimamente impedido.

Tiempo en que ha de verificarse.—Respecto al tiempo en que los concilios provinciales han de reunirse, ha sido varia la legislación de la Iglesia, y puede resumirse en lo siguiente:

1. El cánon 5.º del primer concilio general disponía que se celebrasen dos veces cada año: *Bene placuit*, dice, *annis singulis per unamquamque provinciam bis in anno concilia celebrari ut communiter omnibus simul episcopis provinciae congregatis discutiantur hujusmodi quaestiones... Concilia verò celebrentur,*

(1) Sesión 24. cap. II *de reformat.*

(2) *Ins. Jur. Canon*, por R. de M., ibid., párrafo 2.º

(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. II, cap. IX, núm. 8.

unum quidem, ante quadragesimam paschae... secundum vero circa tempus autumni (1).

Esta misma disposición se renovó en el Concilio de Antioquía (2) y en el cánon 19 del Concilio general de Calcedonia (3).

2. Las dificultades que existían para el exacto cumplimiento de ésta ley movieron á limitar esta obligación á una vez al año, consignándolo así el sesto y sétimo Concilio general (4).

El Concilio IV de Letrán renovó en el canon 6.º la obligación de celebrar anualmente los concilios provinciales (5).

3. Los Concilios de Basilea y V de Letrán limitaron á cada tres años esta obligación, cuyas disposiciones confirmó el Concilio de Trento, y constituyen la disciplina vigente.

Personas que han de ser convocadas.—Los metropolitanos tienen obligación de convocar para que asistan al concilio provincial, á todos aquellos á quienes la ley concede este derecho é impone á la vez el deber de asistir, hallándose en este caso:

1. Todos los obispos sufragáneos de la provincia, y así está consignado por el Concilio de Trento en el que se dice: *Episcopi omnes, et alii, qui de jure, vel consuetudine interesse debent, exceptis iis, quibus cum imminenti periculo transfretandum esset, convenire omnino teneantur* (6).

Se hallan en igual caso los obispos no consagrados, que han tomado legítima posesión (7).

2. Los obispos exentos no sujetos á arzobispo alguno, que han elegido un metropolitano á este objeto, según tienen obligación de hacerlo (8).

(1) C. III, distinct. 18.
(2) C. IV, distinct. 18.
(3) C. VI, distinct. 18.
(4) C. VII, distinct. 18.
(5) Cap. XXV. tit. I, lib. V *Decret.*
(6) Sesión 24, cap. II *de Reformat.*
(7) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid.
(8) Sesión y capítulo citados del Concilio de Trento.

3. Los prelados y abades que tienen pueblo y jurisdicción cuasi episcopal (1).

4. Los procuradores mandados por los obispos sufragáneos legítimamente impedidos (2); pero éstos no tienen sufragio decisivo, si no se les concede por el concilio (3).

5. Los vicarios capitulares, *sede episcopali vacante*, con sufragio decisivo (4).

6. Los arzobispos, que no tienen sufragáneo (5).

Á quiénes se invita para que asistan al concilio provincial con voto consultivo.—Además de las personas que han de ser convocadas al concilio provincial, y que tienen obligación y derecho de asistir á él, según las disposiciones legales, debe invitarse en virtud de costumbre que constituye derecho, á otras personas, que gozan de libertad para acudir ó nó á este llamamiento, hallándose en este caso las siguientes:

a) Los obispos ó arzobispos titulares, ó de otra provincia, que residan en la capital de la provincia (6).

b) Los simples abades ó superiores de monasterios sin pueblo ni territorio, cuya jurisdicción se limita á los religiosos de aquél (7).

c) Los cabildos catedrales por medio de una comisión (8); pero no se les puede obligar á que asistan, hallándose en igual caso los deanes de dichas iglesias (9).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 6.ª, art. 3.º—*Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid.

(2) C. V, IX y X, distinct. 18.

(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. III, párrafo 41.

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.

(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.

(6) *Inst. Canon.* por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 3.º, párrafo 2.º—*Acta ex iis decerpta*, tom. III, pág. 310.

(7) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid.

(8) Cap. X, tít. X, lib. III *Decret.*

(9) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. III, cap. IV, párrafo 1.º

Personas á quienes se permite su asistencia á estos concilios.—Se hallan en este caso:

a) Los teólogos y canonistas que llevan los obispos como consultores (1).

b) Los eclesiásticos que desempeñan el cargo de oficiales del concilio (2).

c) Los legos que por sus recomendables circunstancias puedan ser útiles al concilio; pero debe procederse en este punto con suma parsimonia, á fin de evitar que llegue á considerarse como un derecho, lo que es efecto de mera urbanidad y consideración (3).

Su presidencia.—La presidencia de los concilios provinciales corresponde de derecho al metropolitano y al obispo más antiguo en su caso; lo cual es una consecuencia de su potestad para convocar dichos concilios; pero esta presidencia del metropolitano se halla encerrada en estrechos límites, así que no le es lícito

a) Imponer silencio á ninguno de los padres sin el asentimiento de los obispos.

b) No puede mandar leer ó prohibir la lectura de algún escrito.

c) No tiene autoridad para admitir ó arrojar á nadie del Concilio.

d) No puede por sí solo disolverlo.

e) En una palabra, nada puede acordar sin contar con mayoría de votos de los padres del Concilio (4).

Asuntos en que puede entender.—Muchos son los asuntos de la competencia de los concilios provinciales; así que=

1. El Concilio I de Nicea dice que en ellos hayan de exa-

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª sect. 6.ª, núm. 225.

(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœces.*, lib. III, cap. IX.

(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 3.º, párrafo 3.º

minarse las quejas interpuestas por los súbditos contra los obispos que los hubieran excomulgado (1).

2. El Concilio de Calcedonia dispone que es deber suyo corregir (2) todo lo que fuere necesario en bien de la provincia.

3. El Concilio IV de Letrán les ordena y encarga la corrección de abusos, reforma de costumbres, principalmente en el clero, haciendo observar las reglas canónicas y de un modo especial las establecidas en dicho Concilio, áun bajo las penas correspondientes á los trasgresores (3).

El Concilio de Trento autoriza á dichos sínodos:

a) Para conocer en las causas de residencia de los obispos y metropolitanos (4).

b) En la Creación de seminarios conciliares (5).

c) Conocer de las causas para que el metropolitano pueda visitar las diócesis sufragáneas (6).

d) Las causas criminales menores de los obispos (7).

e) Nombramiento de jueces sinodales para entender en las causas, cuyo conocimiento se les encargue por la Santa Sede (8).

f) Conocer y juzgar sobre los errores ó doctrinas condenadas en las sagradas Escrituras y por la Iglesia ó juicio común de los doctores; definir los puntos de fé por delegación pontificia; sin que ellos puedan por sí mismos hacer esto, porque no tienen la prerrogativa de infalibilidad (9).

g) Dar reglas disciplinales para la provincia: pero no pueden alterar en lo más mínimo las leyes generales de la Iglesia, estando en cuanto á esto limitada su facultad á procurar con sus

(1) Cánon 5.°
(2) Cánon 19.
(3) C. 6.°
(4) Cap. I *de Reformat.*, sesión 23.
(5) Sesión 23, cap. XVIII, *de Reformat.*
(6) Cap. III, *de Reformat.*, sesión 24.
(7) Sesión 24, cap. V *de Reformat.*
(8) Sesión 25, cap. X *de Reformat.*
(9) *Inst. Jur. Canón.*, por R. de M., ibid.

disposiciones la observancia y exacto cumplimiento de aquéllas (1).

h) Aunque los concilios provinciales no pueden entender en las causas mayores, ni dictar disposiciones, que alteren las leyes generales de la Iglesia, tienen un vastísimo campo en que extenderse y que no puede determinarse en concreto, á excepción de los puntos señalados, porque esto depende en gran parte de las necesidades y circunstancias especiales de cada provincia (2).

Orden de precedencia.—En cuanto al orden de precedencia y supuesta la presidencia del metropolitano, los demás se colocarán en esta forma=

1. Obispos sufragáneos, según su antigüedad de consagración (3) y así lo ha declarado la sagrada Congregación del Concilio (4).
2. Cabildos catedrales, si asisten en corporación.
3. En caso de asistir por medio de procuradores, preceden los—abades mitrados—dignidades y después dichos procuradores.
4. Procuradores de los obispos ausentes.
5. Procuradores de los abades ausentes.

Como surgen frecuentemente cuestiones sobre la precedencia, los concilios provinciales suelen dar un decreto de *non praejudicando*, á semejanza de lo dispuesto en el Concilio de Trento (5).

Forma en que han de celebrarse los concilios provinciales.—Se prescriben y hacen rogativas en toda la provincia, y el Concilio empieza por tres decretos, á saber:

De aperienda synodo.

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid.
(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. VI, cap. I.
(3) C. I, distinct. 18.—C. VII, distinct. 17.
(4) *Inst. Canon.*, por R. de M., ibid.
(5) Sesión 2.ª al final.

De modo vivendi in Concilio.

De professione fidei.

Los padres del Concilio con los correspondientes consultores suelen distribuirse (1) en congregaciones particulares para examinar y preparar las materias, que después se han de discutir en las congregaciones generales, disponiéndose en estas los decretos, que se han de aceptar y suscribir en sesión solemne al terminar el Concilio.

Las ritualidades particulares en la celebración del Concilio se hallan descritas en el Pontifical Romano y en el Ceremonial de Obispos, debiendo únicamente advertirse:

a) Que los decretos dados por el Concilio provincial no pueden designarse con el título de *cánones*, porque esta palabra la ha consagrado el uso para señalar las constituciones que se refieren á la Iglesia universal (2).

b) Que tampoco pueden usar el título de: *Sancta Synodus*, porque estas palabras son propias del Concilio general (3).

c) Que los referidos decretos podrán titularse constituciones sin dificultad alguna: puesto que éstas pueden ser generales y particulares (4).

d) Que las disposiciones dictadas por los concilios provinciales han de leerse á la terminación de éstos y suscribirse por el metropolitano y los padres del Concilio, sin exceptuar los que han disentido.

e) Que á estos decretos siguen los relativos á la elección de testigos sinodales, celebración del futuro concilio y presentación de las actas de éste al reconocimiento de la Santa Sede, terminando todo á petición de los *promotores* con las aclama-

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid.

(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. I, cap. III, núm. 2 y siguientes.

(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, ibid., núm. 1° y sig.

(4) BENEDICTO XIV: Id. ibid., num. 5.°

ciones señaladas en el Pontifical y acción de gracias á Dios nuestro Señor (1).

Su reconocimiento y promulgación.—Sixto V, en su constitución *Immensa* de 1587, dispone que las actas de los concilios provinciales se remitan á Roma ántes de su promulgación para ser examinadas y corregidas en su caso por la Santa Sede, teniendo esto por objeto evitar que se altere la disciplina general de la Iglesia, ó que se dicten disposiciones poco conformes con su espíritu.

La simple aprobación de la Santa Sede basta para que puedan promulgarse, sin que aquella ni áun la confirmación pontificia, por la que se dá mayor autoridad y firmeza á dichos concilios, supongan que las disposiciones dictadas por éstos sean obligatorias á toda la Iglesia, á ménos que así se exprese (2).

Autoridad de concilios provinciales.—Una vez aprobadas por la Sagrada Congregación las actas de estos concilios, los obispos las promulgan en sus respectivas diócesis, y sus decretos son desde entónces obligatorios en toda la provincia eclesiástica, sin excluir al metropolitano, ni á ninguno de los obispos comprovinciales, porque ninguno de éstos individualmente considerado tiene autoridad igual á la del concilio, no pudiendo tampoco interpretarlo en las cosas oscuras por igual razón (3).

Finalmente: Los concilios provinciales podrán llegar á ser fuente general del Derecho Canónico, cuando la Iglesia los ha hecho suyos; bien incluyéndolos en las colecciones generales, ó proponiéndolos á los fieles como regla obligatoria en toda la Iglesia.

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 3.°, párrafo 3.°
(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. XIII. cap. III, núm. 5.°
(3) *Inst. Jur. Canon*, por R. de M., lib. IX, cap. II, art. 3.°, pár. 4.°

CAPITULO VIII.

SÍNODOS DIOCESANOS.

Sínodos diocesanos y razón de esta palabra.— Se entiende por sínodo diocesano: *La reunión del clero de una diócesis ú obispado, convocada por el obispo ú ordinario de ella para tratar de las materias relativas á la cura de almas y otros asuntos eclesiásticos de su diócesis.*

La palabra *sínodo* es común y puede aplicarse á los concilios generales, nacionales, provinciales y reuniones de los obispos con su clero; pero la simple denominación de *sínodo* sin aditamento de otra palabra expresa en la actualidad el sínodo diocesano ó episcopal, en que el obispo se reune con el clero de su diócesis para tratar de los asuntos concernientes á la cura de almas (1).

Su orígen.—Los sínodos diocesanos datan desde la más remota antigüedad (2), pudiendo en todo caso asegurarse que se celebraron con bastante frecuencia en el siglo IV, según consta por documentos irrecusables de aquella época.

Estos sínodos son una de las instituciones que nacieron, por decirlo así, del antiguo presbiterio, luego que se crearon las parroquias rurales.

Su utilidad.—Los obispos más eminentes en ciencia y celo por la salvación de las almas han recomendado la frecuente celebración de estos sínodos, y los consideraron como de suma utilidad para el bien espiritual de las almas.

Agustín Valerio, célebre obispo de Verona, decía que por este medio le parecía ver con sus propios ojos á todos los fieles de su diócesis y sus costumbres (3); puesto que adquiría una

(1) BENEDICTO XIV: *De Synod. diæces.*, lib. I., cap. I, núm 4.
(2) BENEDICTO XIV: *de Synod. diæces.*, lib. I, cap. I.
(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. I, cap. II., núm. 2.

noticia exacta y precisa de todo por medio de los párrocos y vicarios foráneos.

En igual sentido se expresa S. Cárlos Borromeo, el venerable Juan de Ribera y las mismas actas de estos concilios (1), en las que se contienen decretos llenos de sabiduría y prudencia, acomodados á las circunstancias especiales de cada diócesis, y los más apropósito para sostener á los clérigos en el cumplimiento de su ministerio, no ménos que para reformar las costumbres del pueblo.

Los bienes que resultan (2) de la celebración de estos sínodos están señalados por los padres del Concilio provincial de Colonia, celebrado en 1549; cuya doctrina puede resumirse en lo siguiente:

a) En los sínodos se restablece la unidad y se propinan los medios de conservar la disciplina en su integridad.

b) Las cosas que no es posible llevar á efecto en la visita de la diócesis, se ejecutan mediante los acuerdos tomados en el sínodo; puesto que en él se trata de la cabeza y de los miembros: de la fé y piedad: de la religión y culto divino: de las costumbres y disciplina: de la obediencia y cuanto es conducente para vivir cristianamente.

c) Los sínodos diocesanos establecen todo cuanto puede conducir al bien espiritual de los fieles del territorio, pudiendo decirse con razón de ellos que son: *salus Ecclesiæ, terror hostium ejus, et fidei catholicae stabilimentum.*

d) Los sínodos diocesanos pueden considerarse como los nervios del cuerpo de la Iglesia, y por lo mismo si dejan de celebrarse, desaparecerá el buen orden en el gobierno de las diócesis, de igual suerte *quàm si corpus humanum nervis solvatur* (3).

(1) BENEDICTO XIV. Id. ibid., núm. 4.
(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. I., cap. II, núm. 2.
(3) BENEDICTO XIV: Id. ibid.

Tiempo en que han de celebrarse.—El cánon XXXVI de los llamados apostólicos dice: *Bis in anno episcoporum celebretur synodus*, y añade que esto tendrá lugar en la feria cuarta de Pentecostés, y en Octubre.

La disposición citada del Concilio I general, en la que se ordena la celebración de los concilios provinciales dos veces al año, se ha entendido igualmente de los sínodos diocesanos, y por eso Graciano dice: *De conciliis autem episcopalibus non aliud indicimus, quam Sancti Patres salubriter ordinarunt; ut scilicet bini conventus per annos singulos habeantur* (1).

Como los Concilios provinciales habían de celebrarse dos veces al año, según las disposiciones canónicas, y las actas de aquéllos debían promulgarse en el sínodo de cada diócesis, según se previene en muchos concilios, y entre ellos el XVI de Toledo (2), celebrado en 693, se designó en algunos puntos los dias en que éstos habían de reunirse, á saber: la feria 3.ª y 4.ª de la semana en que se celebra la fiesta de S. Lucas, y las ferias 3.ª y 4.ª de aquella semana después de la Pascua en que se canta el Evangelio *Ego sum pastor bonus* (3).

El Concilio VII general dispuso que los concilios provinciales se celebraran una vez al año, é Inocencio III decretó este mismo en el Concilio IV de Letrán, respecto á los concilios provinciales y sínodos diocesanos (4), cuya disposición sigue vigente en cuanto á estos últimos porque el Concilio de Trento, al tratar de este punto (5) dice: *Synodi quoque diœcesanæ quotannis celebrentur.*

Su convocación, y punto en que ha de reunirse.—La convocación del sínodo corresponde al obispo de la diócesis, áun cuando no esté consagrado, siempre que haya sido con-

(1) Distinct. 18. C. II.
(2) Canon VII.
(3) Benedicto XIV: *De Synod. diœces*, lib. I, cap. VI.
(4) Cap. XXV, tít. I, lib. V *Decret.*
(5) Sesión XXIV, cap. II, *De Reformat.*

firmado y obtenido las bulas (1), porque para este acto no se requiere la potestad del orden.

El vicario general del obispo no puede sin licencia especial del mismo convocar el sínodo diocesano, porque se trata de un punto de importancia especialísima, que no está comprendido en las facultades ordinarias anejas al título de su nombramiento (2).

También el vicario capitular, en el mero hecho de serlo, tiene esta facultad, siempre que haya trascurrido un año desde el último sínodo (3).

El obispo puede celebrar el sínodo en cualquier punto de la diócesis (4); pero aunque el Derecho le concede esta facultad conviene que este acto se verifique en la capital del obispado, y en la Iglesia catedral como madre y cabeza de las demás iglesias de la diócesis, siempre que no haya algún motivo racional para obrar de otro modo (5).

Personas que han de concurrir.—El ordinario convocará en todo caso el sínodo para el punto y lugar en que haya de reunirse, y citará á todas las personas que tienen derecho y el deber de asistir, que son=

a) Los abades seculares (6) existentes dentro del territorio de la diócesis (7).

b) Los abades regulares que no tienen exención personal y se hallan al frente de un monasterio plenamente sujeto á la jurisdicción del obispo (8). En igual caso se hallan los abades de mo-

(1) Benedicto XIV: *De Synodo diœces.*, lib. II, cap. V.
(2) Benedicto XIV: Id. ibid., lib. II, cap. VIII, num. 3.
(3) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. II, cap. IX.
(4) Cap. VII, tít. XVI, lib. I, sext. Decret.
(5) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. I, cap. V. núm. 3.°
(6) Cap. IX tít. XXXIII, lib. I *Decret.*
(7) Concil. Trid., sesión XXIV, cap. II, *De Reformat.*—Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. III cap. I, núm. 3.°
(8) Benedicto XIV: id. ibid, núm. 7.°

nasterios no exentos, áun cuando hayan profesado en monasterio plenamente exento de la jurisdicción del obispo.

c) Los abades regulares enteramente exentos con sus monasterios de la jurisdicción del obispo, si no forman un cuerpo con otros monasterios de su orden, ó no constituyen una comunidad, cuyos miembros estén sujetos al capítulo general de la misma orden (1).

d) Los regulares que tienen la cura de almas, áun cuando dependan del capítulo general de su órden (2).

e) Los abades regulares con territorio *vere nullius*, que no tienen potestad de celebrar sínodo; aunque respecto á estos cree Benedicto XIV que se hallan exentos de dicha obligación (3).

f) Los dignidades de iglesias catedrales (4).

g) El vicario general del obispo, siempre que sea llamado (5).

h) Los vicarios foráneos, si el obispo los cita á este efecto (6).

i) Los canónigos de las iglesias catedrales; y aunque varios escritores dicen que el obispo no puede obligarlos á que asistan, sinó cuando hayan de tratarse asuntos concernientes á ellos, ó en los que deba el obispo oir su consejo, es más común la opinión de los que sostienen lo contrario, al ménos en cuanto á la asistencia del cabildo por medio de una comisión de su seno (7).

j) Los canónigos de las colegiatas en cuerpo, ó por una comisión de su seno, cuando el sínodo se celebra fuera de la población en que radica la iglesia colegial (8).

(1) Concil. Trid., sesión XXIV, cap. II, *De Reformat.*

(2) Concil. Trid., sesión XXIV, cap. II, *De Reformat.*—BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. III, cap. I, núm. 9 y sig.

(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœsana*, lib. III, cap. I, núm. 16.

(4) BENEDICTO XIV: Id. ibid., cap. III, núm. 1.º

(5) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 2.

(6) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 10.

(7) BENEDICTO XIV: Id. ibid., lib. III, cap. IV, núm. 2.

(8) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 5º.

k) Los párrocos, bajo cuya palabra se comprenden también los rectores de iglesias con cura de almas, que se hallan enclavadas dentro del territorio de la diócesis, y también los *vere nullius*, si bien en cuanto á éstos debe advertirse que tienen obligación de asistir al sínodo del obispo cuya catedral está más próxima (1).

A quién no puede exigirse su asistencia.—Después de haber tratado de los que tienen derecho de asistir al sínodo y de los que tienen obligación de concurrir al mismo, si son llamados, procede hablar ahora de aquellas otras personas, á quienes no puede obligarse á concurrir al sínodo diocesano, hallándose en este caso las siguientes:

a) Los clérigos que tienen beneficios simples; pero podrá obligárseles por el obispo á presentarse en el sínodo, si existe costumbre (2).

b) Los simples sacerdotes, no beneficiados, y los clérigos ordenados *in sacris*, á ménos que se trate de la reforma de costumbres, de intimar los decretos del concilio provincial ó de alguna cosa concerniente á todo el clero (3), lo mismo que en el caso de existir costumbre en este sentido.

c) Los clérigos que poseen un beneficio simple en la diócesis y tienen su residencia en otra, á ménos que medie alguna de las circunstancias expuestas en el caso anterior, porque entónces podrá verificarse que tenga obligación de asistir al sínodo en ambas diócesis; en la una, por razón del beneficio, y al de la otra por razón de su residencia (4).

d) Los clérigos de la diócesis que no poseen en ella beneficio y residen en otro obispado.

e) Los legos no tienen derecho alguno para asistir al sínodo; pero el obispo podrá invitarlos, si hubiese costumbre, ó alguna

(1) BENEDICTO XIV: Id. ibid., cap. V.
(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diocesana*, lib. III, cap. VI, núm. 1.°
(3) BENEDICTO XIV: Id. ibid, cap. VI, num. 2.°
(4) BENEDICTO XIV: Id ibid., núm. 7.°

causa grave y urgente lo exigiere. Cuando no median estas circunstancias debe omitir esta invitación, porque *paulatim enim possent illi consuetudinis obtentu, jus interviniendi sibi deinceps arrogare* (1).

Preparación prévia de los asuntos que ha de llevarse al sínodo.—Es ante todo necesario que el obispo se informe por medio de los vicarios foráneos, párrocos de la ciudad (2), confesores de religiosas y de otras personas prudentes y de probidad, de las cosas que á su juicio deben corregirse en la diócesis, principalmente en cuanto á la administración de sacramentos, predicación de la divina palabra, culto divino y santificación de los dias festivos (3).

Después de estos antecedentes debe celebrar algunas conferencias con teólogos y canonistas de gran doctrina, piedad y prudencia, á fin de acordar el modo de extirpar y arrancar de raiz suave y eficazmente los abusos inveterados; para lo cual es necesario que examine con el mayor cuidado los decretos del Santo Concilio de Trento, constituciones de los sumos pontífices, y declaraciones de las congregaciones de cardenales, sin echar en olvido los decretos, circulares y estatutos sinodales de sus predecesores, porque á veces bastará poner en vigor estas disposiciones para el objeto indicado (4).

Señalamiento de día para la apertura del sínodo y prevenciones que acompaña.—El obispo señala el día de la reunión del sínodo y prescribe á los párrocos, que por un mes *ante statutam diem quinta quaque feria, Missam celebrent de Spiritu Sancto, aut pro diversitate temporum orationem saltem de Spiritu Sancto in Missæ sacrificio recitent* (5).

Se les previene también que exhorten al pueblo á la confe-

(1) BENEDICTO XIV: Id. ibid., cap. IX, núm. 8.
(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana.*, lib. VI cap. I. núm. 1.º
(3) BENEDICTO XIV: Id ibid.
(4) BENEDICTO XIV: Id ibid., núm. 2.
(5) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. V, cap. I, núm. 1.º

sión y comunión en el domingo anterior al día de la apertura del sínodo, y que pidan al Señor comunique sus luces al obispo para que disponga en el sínodo lo más conveniente á su bien espiritual.

Cargos que han de proveerse antes de la apertura del sínodo.—El Ceremonial de Obispos dice: *Officiales quoque, et ministri necessarii deputandi sunt hujusmodi concilii, veluti notarii, ostiarii, magistri cæremoniarum et alii* (1).

Estos oficiales han de nombrarse ántes de la apertura del sínodo por el obispo unos, y en la congregación de consultores otros. Entre los varios nombramientos para cargos que se requieren en el sínodo, son los más principales:

a) Un *prefecto* con varios socios para que cuiden de preparar hospedaje á los clérigos que han de acudir al sínodo (2).

b) Se nombra en la reunión de consultores dos *promotores*, uno urbano y foráneo el otro, siendo su misión hacer que el sínodo cumpla su cometido con toda brevedad y el mayor fruto posible (3).

c) Se nombra un *secretario*, cuyo cargo ha de recaer en un canónigo de la Iglesia catedral, y el nombrado designará un *lector*, para que lea en su dia los decretos del sínodo en alta voz (4).

d) Un *notario* del sínodo, que suele ser el secretario del obispo, y tiene á su cargo notar los que falten para que se los castigue, y escribir los nombres de los que hacen la profesión de fe (5), no ménos que otras funciones de importancia.

e) Un *procurador* que nombra el obispo para dar á conocer al sínodo las cosas que desagradan al clero, de entre las que ha decretado ó se propone mandar (6).

(1) Benedicto XIV: Id., lib. IV, cap. I, núm. 1.°
(2) Benedicto XIV: Id. ibid.
(3) Benedicto XIV: Id. ibid., núm. 2.°
(4) Benedicto XIV: Id. ibid.
(5) Benedicto XIV: Id. ibid., núm. 3.°
(6) Benedicto XIV; *De Synodo diœcesana*, lib. IV, cap. I. núm. 4.°

f) Confesores—predicadores—maestros de ceremonias—porteros—ecónomo, etc., etc. (1).

Presidencia del sínodo diocesano.—La presidencia del sínodo diocesano corresponde (2) al obispo en el mero hecho de pertenecerle la convocación del mismo (3).

Como presidente del concilio, es atribución suya abrir las sesiones, proponer las materias y dirigir la discusión; suspenderla cuando le parezca, y resolver lo que crea conveniente áun contra la opinión de los demás, porque en todo caso el obispo solo es el legislador, y como tal su autoridad no tiene más límites que los señalados en el Derecho, sin que todos los asistentes tengan otro carácter que el de meros consejeros ó consultores (4).

Por esta razón, todos los decretos se dan en nombre del obispo.

Orden de precedencia.—En cuanto al orden de asientos en el sínodo se observa lo siguiente:

a) El vicario general ocupa el lugar más distinguido después del obispo, en cuanto que ejerce jurisdicción en toda la diócesis (5).

b) Los dignidades y canónigos de la iglesia catedral, según el orden con que se colocan en el coro (6).

c) Los coadjutores de los canónigos (7).

d) Los abades mitrados, ya sean seculares ó regulares, áun cuando fueren titulares (8).

(1) BENEDICTO XIV: Id. ibid.
(2) C. X, distinc. 95.—*Concil. Trident.*, sesión 25, cap. VI, *de reformat.*
(3) BENEDICTO XIV: Id. ibid., cap. X, núm. 1.°
(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IX. cap. II, art. 4.°, pár. 4.°
(5) BENEDICTO XIV: Id. ibid., cap. X, núm. 2.°
(6) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 5.°
(7) BENEDICTO XIV: Id. ibid.
(8) BENEDICTO XIV: Id. ibid.

e) Entre los abades precederá el más antiguo en abadía (1) sin ninguna otra consideración.

f) El cabildo de la iglesia colegial (2), situada en la población donde se celebre el sínodo.

g) Los canónigos de las demás colegiatas de la diócesis, dándose la precedencia á los de la colegiata más antigua y digna entre las de la ciudad, lo mismo que á la que reune esta circunstancia entre las otras de las diócesis (3).

h) Los vicarios foráneos, y después los plebanos ó arciprestes rurales (4).

i) Los párrocos por orden de antigüedad en este cargo (5).

j) Los simples beneficiados y después los demás individuos del clero (6).

k) Los religiosos y monjes (7).

l) Los legos, si fueren invitados al sínodo y se presentasen (8).

Su celebración, y número de sesiones.—La celebración del sínodo diocesano imita á la del concilio provincial, así que=

La primera sesión comienza con la Misa de *Spíritu Sancto*, que se celebra por el obispo.

La segunda sesión dá principio por la Misa solemne, que celebrará un canónigo de la iglesia catedral, y á la cual asiste el obispo.

El día tercero celebra igualmente uno de los canónigos (9).

El sínodo suele reducirse á tres sesiones (10), en las que

(1) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. IV, cap. X núm. 6.°
(2) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 7.°
(3) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 7.°
(4) BENEDICTO XIV: Id. ibid.
(5) BENEDICTO XIV: id. ibid.
(6) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 8.°
(7) BENEDICTO XIV: Id. ibid.
(8) BENEDICTO XIV: Id. ibid.
(9) BENEDICTO XIV: Id., lib. V, cap. .
(10) BENEDICTO XIV: Id. ibid., núm. 2.°

se dan los decretos generalmente preparados en las congregaciones, guardando la misma forma que en el concilio provincial.

El obispo suele hablar en la última sesión al clero, dirigiéndole un discurso breve y grave sobre lo que ha notado y que se propone corregir (1).

Asuntos de su competencia.—En cuanto á las materias que hayan de tratarse en el sínodo diocesano no es posible precisarlas en concreto (2), toda vez que depende de las circunstancias especiales de la diócesis.

Es regla general que el obispo habrá de ordenar en el sínodo todo cuanto considere necesario ó útil para corregir los vicios, promover las virtudes, reformar las costumbres, restablecer ó fomentar la disciplina eclesiástica; lo cual puede resumirse en lo siguiente:

1.° *Ut depravata corrigantur.*

2.° *Ut ignorantes instruantur.*

3.° *Ut regulæ morum statutaque formentur.*

4.° *Ut quæ in provinciali synodo decreta sunt, in episcopali publicentur* (3).

Cosas ajenas á las constituciones sinodales.—Las constituciones sinodales deben contener todo lo necesario, útil y conveniente, expuesto con claridad y sencillez para que fácilmente se comprenda y entienda por todos aquellos á quienes interesan.

Para no incurrir en excesos se habrá de tener presente:

a) Que no deben resolver nada sobre las cuestiones relativas á la fé, aún no definidas por la Iglesia (4).

b) No han de introducir novedades ni dictar disposiciones demasiado severas (5) siendo igualmente deber suyo obrar con suma prudencia en la extensión de casos reservados (6).

(1) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. V, cap. I, núm. 6.°
(2) Benedicto XIV: Id. lib. VI, cap. I, núm. 1.°
(3) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, ibid, núm. 4.°
(4) Benedicto XIV: Id., lib. VII, cap. I y sig.
(5) Benedicto XIV: Id., lib. XI, cap. IV y sig.
(6) Benedicto XIV: Id., lib. V, cap. IV, núm. 3.°—Cap. V.

c) Deben omitir todo aquello que pueda considerarse como una resolución de las controversias de jurisdicción entre ambas potestades (1).

d) Sus disposiciones no han de contener cosa alguna contraria á la autoridad y derechos de la Santa Sede, ni á los privilegios de los regulares (2).

e) Han de proceder con sobriedad y circunspección en la imposición de censuras (3).

Nombramientos en el sínodo para ciertos cargos.—El obispo cuidará de nombrar en el sínodo—

Dos ó tres jueces, que con el vicario general fallen sumariamente las querellas ó cuestiones civiles que se susciten (4).

Testigos sinodales cuyo cargo es vigilar por la observancia de los decretos del sínodo, recorrer la diócesis y dar cuenta en el futuro sínodo de las faltas que hayan notado (5); pero ha caido en desuso el nombramiento de ellos, y en su lugar los obispos tienen á los fiscales, decanos y vicarios foráneos.

Jueces sinodales, cuyo cargo es entender en las causas que se les encomienden por la Santa Sede, y á este efecto debe el obispo dar cuenta á Su Santidad de los nombres de las personas designadas (6).

Examinadores sinodales para que entiendan en el examen de los ordenados y sean jueces en los concursos á curatos (7).

Autoridad de las constituciones sinodales.—Las constituciones sinodales no obligan, si el obispo las promulga

(1) BENEDICTO XIV: Id., lib. IX, cap. IX.

(2) BENEDICTO XIV: Id , lib. IX, cap. I y sig.—Cap. XV y sig.—Lib. XII, cap. I y sig.

(3) BENEDICTO XIV: Id , lib. X, cap. I.

(4) BENEDICTO XIV: Id., lib. IV, cap. II, núm. 3.°

(5) BENEDICTO XIV: Id , cap. III.

(6) *Concil. Trid.*, sesión 25, cap. X, *de reformat.*—BENEDICTO XIV: Id., cap. V.

(7) *Concil. Trid.*, sesión 23, cap. VII, *de reformat.*—Sesión 24, cap. XVIII. BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. IV, cap. VII.

sin el consejo del cabildo, á ménos que se subsane esta falta por la Sagrada Congregación del Concilio (1).

Las disposiciones sinodales no necesitan, como las actas (2) de los concilios provinciales, someterse á la revisión de la Santa Sede.

Tampoco es necesario que se suscriba el clero ó alguno de sus miembros (3); ni ménos el consentimiento y aprobación del clero para que obliguen.

El Pontifical Romano dice: *Leguntur constitutiones per synodum approbandæ: quæ placent, per Patres confirmantur* (4); pero estas palabras han de entenderse del Concilio provincial.

La Sagrada Congregación intérprete del santo Concilio de Trento declaró *Episcopum in Synodo diœcesana constitutiones facere posse absque consensu et approbatione cleri; requirendum tamen consilium capituli, licet id non teneatur sequi episcopus, præterquam in casibus à jure expressis* (5).

Proposiciones condenadas por Pio VI.—Este papa en su constitución *Auctorem fidei* condenó las siguientes proposiciones del Sínodo de Pistoya (6).

IX. *Doctrina quae statuit reformationem abusum circa ecclesiasticam disciplinam, in synodis diœcesanis, ab episcopo et parochis aequaliter pendere et stabiliri debere, ac sine libertate decisionis indebitam fore subjectionem jussionibus episcoporum, falsa, temeraria, episcopalis auctoritatis laesiva, regiminis hierarchici subversiva, favens haeresi arianae à Calvino innovatae.*

X. *Doctrina qua parochi, aliive sacerdotes in Synodo congregati, pronuntiantur una cum episcopo judices fidei, et simul innuitur judicium in causis fidei ipsis competere jure proprio,*

(1) Benedicto XIV: Id., lib XIII, cap. I.
(2) Benedicto XIV: Id., lib. XIII, cap. III, núm. 6.º
(3) Benedicto XIV: Id. ibid., cap. II.
(4) Benedicto XIV: Id., lib. XIII, cap. I.
(5) Benedicto XIV: Id. ibid., número 10 y sig.
(6) *Colección eclesiástica española*, tomo XIV, pág. 151 y sig.

et quidem etiam per ordinem accepto, falsa, temeraria, ordinis hierarchici subversiva, detrahens firmitati definitionum: judiciorumve dogmaticorum Ecclesiae, ad minus erronea.

XI. *Sententia enuntians veteri majorum instituto ab Apostolis usque temporibus ducto, per meliora Ecclesiae saecula servato, receptum fuisse ut decreta, aut definitiones, aut sententiae etiam majorum sedium non acceptarentur, nisi recognita fuissent et approbatae à synodo diœcesana, falsa, temeraria, derogans obedientiae debitae constitutionibus apostolicis, schisma fovens et haeresim.*

Observaciones.—Por último, los concilios diocesanos pueden llegar á ser fuente general del Derecho Canónico, cuando sus disposiciones son aceptadas expresa ó tácitamente por la Iglesia (1).

Entre las fuentes particulares del Derecho Canónico se cuentan igualmente:

a) Los estatutos particulares de los regulares ó de otras corporaciones que tienen potestad legislativa en las personas que son miembros de sus institutos (2).

b) Los decretos de los romanos pontífices respecto á cosas ó personas determinadas (3).

c) Las disposiciones de los concilios generales para determinados reinos ó provincias, personas ó cosas.

d) Finalmente, los decretos de los que ejercen autoridad delegada en determinadas cosas ó personas.

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib II, cap. III.
(2) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, ibid.
(3) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.* lib. II, cap. III.

CAPÍTULO XII.

CONCORDATOS.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LOS CONCORDATOS EN GENERAL.

Concordatos y su origen.—Se entiende por concordato: *Una ley eclesiástica particular dada por el romano Pontífice para algún reino á instancia del príncipe ó suprema autoridad civil del país, quien se obliga de un modo especial á observarla perpetuamente* (1).

Puede también definirse en términos más breves: *El convenio celebrado por la Santa Sede con la suprema potestad civil acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado* (2).

Los concordatos en el sentido que se dejan definidos, no se conocieron en los antiguos tiempos, ni hacían tampoco falta, puesto que la ley universal de la Iglesia, el Derecho canónico en toda su extensión, se hallaba en toda su fuerza y vigor por todas partes.

Cuando el espíritu de obediencia y sumisión á la Iglesia se fué debilitando por parte de la potestad temporal, aquella templó sus leyes disciplinales según las circunstancias especiales de los distintos reinos, y las autoridades políticas de los mismos se obligan por vía de convención especial á observar las leyes con arreglo á las mitigaciones concedidas (3).

Los concordatos, pues, no reconocen otro origen ni causa que la prudencia y sabiduría de los Sumos Pontífices como me-

(1) TARQUINI: Id., lib. I. cap. II, art. 3.°, párrafo 73.
(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, lib. III, tít. III, cap. I.
(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XIII, párrafo 3.°

dio de armonizar las relaciones de los príncipes con las iglesias particulares; y en este concepto datan desde el siglo XI, en que los Sumos Pontífices y los príncipes se pusieron de acuerdo y resolvían las cuestiones pendientes entre ambas potestades.

Su materia.—Los concordatos pueden tener por objeto cosas de diversa índole, y que por lo mismo conviene señalarlas distintamente para comprender mejor su naturaleza; así que pueden ser materia de los concordatos=

Las cosas meramente temporales.

Las cosas meramente espirituales.

Las cosas mixtas.

Cosas meramente temporales.—Nadie ignora que el concordato puede referirse *(per accidens)* á una materia meramente temporal, como sería un feudo, una asignación, ó el nombramiento para un cargo civil, de que se hiciera gracia á la Iglesia.

Es también indudable, que la Iglesia (1) puede en dicho concepto pactar con la sociedad civil sobre ciertas cosas temporales á las que acompaña un concepto ó razón espiritual, separando de ellas ántes semejante concepto; en cuyo caso constituyen materia propia de un verdadero contrato.

La sociedad civil puede á su vez trasmitir alguna cosa temporal á la Iglesia por verdadero y propio contrato; porque el concepto y razón espiritual de la cosa es posterior al contrato celebrado, ó sea á la aceptación de la Iglesia, mediante la cual, aquella cosa temporal pasa á ser espiritual, porque se hace de Dios y se destina al fin propio de la Iglesia.

Cosas meramente espirituales.—Los concordatos pueden referirse *(per accidens)* á una materia puramente espiritual, tan íntimamente inherente á la Iglesia, que no puede desprenderse de ella, en cuyo caso se hallan (2) los derechos recibidos de Jesucristo, como son=

(1) TARQUINI: *Inst. Jur eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. I, párrafo 73.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, lib. III, tít. III, cap. I, art. 2.°

a) La libre comunicación de los obispos y de los fieles con el Romano Pontífice.

b) La libre predicación del Evangelio y condenación de errores: la libre instrucción de los clérigos en las ciencias eclesiásticas y la educación religiosa de los niños.

c) La profesión religiosa y el derecho en las personas y bienes necesarios á la Iglesia.

d) El libre ejercicio del magisterio, ministerio é imperio.

Causas de los pactos en esta forma.—Si la potestad civil no se extralimitara nunca en el ejercicio de su autoridad, no habría necesidad de pactar sobre ninguno de los puntos señalados, porque son de tal manera inseparables de la Iglesia, que ésta los ha ejercido y ejercerá siempre, sea cual fuere su situación con respecto al Estado; pero la conveniencia de la misma religión reclama, cuando ha sido abolida en algunos paises, que la Iglesia trate con el mismo poder civil sobre el libre ejercicio del culto, etc., y celebre con él un concordato, como se verificó en 1801 entre Napoleón I y Pio VII.

Cosas mixtas.—Los concordatos se refieren ordinariamente *(per se)* á las materias mixtas, ó sea á las cosas que tienen un *aspecto civil*, en cuyo concepto están bajo la autoridad del poder temporal; y un *aspecto religioso*, perteneciendo en este concepto á la autoridad eclesiástica.

Estas materias versan sobre puntos de disciplina, y como son las que ordinariamente tienen por objeto los concordatos, de aquí que la definición de éstos se dé con arreglo á lo que de ordinario se trata en ellos (1).

Motivo de los convenios en esta forma.—Las materias mixtas, que motivan estos pactos entre la potestad eclesiástica y civil, se refieren, por lo tanto, á puntos que dán lugar á controversias de jurisdicción y á conflictos entre ambas potestades (2), como son entre otros los siguientes=

(1) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XIII, pár. 2.°, n.° 4.
(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 58.

a) La nueva circunscripción de diócesis, número de obispados y arzobispados.

b) Lo relativo á los cabildos, seminarios y sus dotaciones.

c) Colación de beneficios, nombramiento de obispos, Real patronato, enajenación de bienes eclesiásticos y subsanación de las ventas sacrílegas de estos bienes.

d) Inmunidad local, real y personal, y sus límites.

e) La enseñanza pública y el matrimonio, etc.

Los puntos indicados y otros análogos son á veces objeto de controversia entre las dos potestades, y conviene por lo mismo que se pongan de acuerdo, definiendo positivamente sus respectivos derechos para evitar la invasión de la una en el campo de la otra. A este efecto, se hacen mútuas concesiones, como medio de conservar ó restablecer la debida armonía en que deben vivir.

Para quiénes han sido beneficiosos y quién los ha observado con mayor fidelidad.—Preciso es convenir, porque la historia así lo demuestra, que la Iglesia ha procedido en estas materias con suma generosidad, concediendo á los príncipes grandes beneficios, y puede decirse con verdad que los concordatos han sido siempre beneficiosos para el poder civil y en perjuicio de la Iglesia.

Esto no obstante, la Iglesia les ha observado con escrupulosa fidelidad, mientras que los Estados los han quebrantado sin respetar la sagrada obligación contraida.

Requisitos necesarios para su validez.—Para que los pactos celebrados entre ambas potestades sean válidos, es indispensable que tengan las condiciones esenciales á todo convenio (1), que son las dos siguientes:

1. *Consentimiento libre de las dos partes.*

De manera que si el consentimiento se ha prestado mediante dolo ó error acerca de la sustancia de la cosa, es evidente que tal pacto es nulo, porque no es libre.

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. 2.°, núm. 75 y sig.

Lo mismo sucede si el consentimiento ha sido arrancado mediante miedo grave, causado injustamente, porque en este caso falta la libertad necesaria *ad firmiter contrahendum.*

Por esta razón el Concilio I de Letrán declaró nulas y sin ningún valor las concesiones que el emperador Enrique V arrancó al papa Pascual II por medio del terror y la fuerza.

2. *Materia lícita.*

Si la materia sobre que se pacta, se opone á una verdadera obligación, que liga á las partes ó á uno de los contratantes; entónces el pacto celebrado es nulo por su naturaleza porque ninguna de las partes puede renunciar á este derecho ó deber, que es *inalienable.*

Por esta causa los Sumos Pontífices no pueden conceder cosa alguna que repugne á la naturaleza del *primado*, ó al deber impuesto á los mismos por Jesucristo, de apacentar sus *corderos* y sus *ovejas.*

A esto aludía S. Pio V al manifestar, que no podía conceder perpetuamente á los príncipes la facultad de admitir ó rechazar las constituciones apostólicas, áun en materias meramente disciplinales, ó sea el *jus placiti regii*, ya se solicite esta facultad como un derecho mayestático, ó ya como una concesión absoluta, ó sea sin las condiciones y garantías que dejen á salvo y expedito el ejercicio del *primado.*

ARTÍCULO II.

DE LA NATURALEZA DE LOS CONCORDATOS.

La importancia de este punto y las graves consecuencias prácticas que de él se siguen, me mueven á tratar esta materia con la extensión indispensable para su recta inteligencia, siendo necesario ante todo dar una idea general acerca de los pactos y sus especies.

Pactos y entre quiénes pueden celebrarse.—Se entiende por pacto en general, *el convenio celebrado legítimamente entre dos ó más personas.*

Todos convienen en que las sociedades pueden pactar entre sí, no solo en el caso de ser iguales, sinó también siendo desiguales.

La práctica está de acuerdo con esta doctrina, y así vemos que celebran pactos entre naciones independientes; entre una nación y las sociedades inferiores que existen dentro de ella y dependen de la misma; y finalmente entre las naciones y sociedades particulares, con las personas ó los indivíduos.

Todos estos pactos reciben el nombre general de *convenciones*; pero como pueden diferenciarse entre sí en algún caso en cuanto á los efectos de derecho, se los ha clasificado en varias especies.

Sus especies.—Las convenciones se dividen en *tratados públicos* y *privilegios.*

Tratados públicos y sus especies.—Se entiende por tratados públicos, *los pactos entre dos naciones igualmente independientes, ó dos sociedades iguales entre sí.*

Los tratados públicos se dividen en—*pactos synalagmáticos* y *convenciones.*

Se llaman pactos synalagmáticos, *los contratos que producen mútua obligación por ambas partes.*

Se entiende por convenciones, *los pactos que solo producen obligación en una de las partes contratantes.*

Privilegios y sus especies.—Se entiende por privilegios, *los pactos celebrados entre la sociedad civil y alguna sociedad dependiente de aquélla, ó entre la sociedad civil y alguno de los súbditos ó miembros de ella* (1).

Los *privilegios* se dividen, aparte de otras divisiones propias del derecho privado, en=

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. 1.º

Gratuitos, los cuales proceden de mera liberalidad del que los concede.

Remuneratorios, que son los concedidos nó á manera de contrato, sinó de mera remuneración ó recompensa del mérito contraido.

Onerosos, cuando se conceden en virtud de la cosa ó derecho concedido á la vez por el súbdito privilegiado (1).

Naturaleza de los concordatos que versan sobre cosas puramente temporales.—Supuestas estas nociones generales acerca de las convenciones, y haciendo aplicación de ellas á los concordatos ó convenios entre la Santa Sede y el poder civil de una nación, es necesario saber la clase de pactos á que pertenecen, para en su vista resolver sobre la obligación que producen en las partes contratantes.

Todos los escritores están contestes en que los concordatos son verdaderos contratos bilaterales, cuando versan sobre una materia meramente temporal (2).

No basta, por lo tanto, un daño grave, ni una circunstancia extraordinaria para que una de las partes pueda provocar su rescisión (3), porque todo es recíproco en ellos, y únicamente pueden rescindirse por causa de error, dolo, violencia ó mediante mútuo acuerdo de las dos partes.

Naturaleza de los concordatos sobre cosa meramente espiritual.—Si los concordatos versan sobre una materia puramente espiritual, entónces expresan la ratificación del cumplimiento de un deber, á que viene ligado el poder civil.

Esto tiene lugar, cuando el poder civil ha prescindido de las obligaciones que tiene contraidas como súbdito de la Iglesia; y de ello se ve una prueba en el concordato celebrado con Napoleón en 1801.

(1) TARQUINI: obra citada, lib. I, cap. II, art. 1.°

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. 1.°, párrafo 73.

(3) *Dos cuestiones sobre el Concordato de 1801*, por Mauricio de Bonald, apéndice 3.°

El Sumo Pontífice en estos casos suele pactar con el poder temporal sobre otros puntos que pertenecen á la Iglesia en cuanto que son espirituales ó conexos con un fin espiritual, revistiendo en este caso el carácter propio de los concordatos sobre materias mixtas.

Naturaleza de los concordatos en materias mixtas.—Los concordatos versan ordinariamente sobre materias mixtas, y en este caso se pregunta: ¿Cuál es la naturaleza de ellos?—¿A qué clase de pactos pertenecen?

Personas muy católicas y de grande instrucción han escrito recientemente con cierta variedad sobre este punto de no escasa importancia por las consecuencias que de él se desprenden; así que, me parece lo más acertado hacer un breve resumen de las distintas opiniones y de las razones en que cada una se apoya.

Opinión de Bonald y otros escritores.—El señor Vizconde Mauricio de Bonald dió á luz en 1871 un folleto con el título—*Dos cuestiones sobre el Concordato de* 1801; y en él se afirma que los concordatos no pueden tomarse en sentido extricto como contratos synalagmáticos, según han pretendido los legistas; sinó que deben considerarse como meros privilegios, que el Papa por justos motivos concede al poder temporal, derogando la ley común.

Su Santidad felicitó al autor en un breve de 19 de Junio de 1871, valiéndole además los plácemes de muchos obispos y de muchos sabios, entre los cuales figuran las PP. Tarquini y Picurillo.

Razones en que se apoyan.—Las razones en que se funda la opinión de Bonald y de la generalidad de los escritores pueden resumirse en lo siguiente:

1.º El Papa tiene el primado de honor y jurisdicción en la Iglesia: es el supremo legislador en el gobierno de ella, y todos los demás fieles, cualquiera que sea su dignidad, son súbditos suyos en las cosas espirituales ó anejas á ellas, no pudiendo en

su consecuencia existir igualdad de poderes en estas materias entre el Sumo Pontífice y los príncipes (1).

2.º Si los concordatos perteneciesen á la clase de pactos synalagmáticos resultaría, que el jefe de la Iglesia y sus sucesores no tienen facultad de revocar libremente, cuando lo crean oportuno para el bien de la Iglesia, las concesiones, que en materias espirituales ó anejas hayan podido hacer por el bien de la misma á un príncipe, lo cual está en abierta oposición con la doctrina dogmática del primado.

Además habrá de tenerse presente:

a) Que el primado no es un derecho gracioso, ni un don concedido á los sucesores de S. Pedro para su provecho y utilidad personal, sinó que es con arreglo á la fé una carga, una obligación y un precepto, y lo que se da en esta forma, nadie puede renunciarlo en todo ni en parte, y el sujeto siempre permanece personalmente responsable ante el que se le impuso.

b) Que Jesucristo encomendó al primado la dirección de los fieles por el camino de su salvación, y si para ello fuese preciso romper un concordato, ¿habría de cruzarse de brazos bajo el pretexto de que no podía revocarlo sin consentimiento de la otra parte? (2).

3.º Una vez admitido el principio de que los concordatos son pactos synalagmáticos es necesario sostener:

a) Que el Papa puede restringir la potestad de sus sucesores, y que ésta no es enteramente la misma, concedida por Jesucristo á Pedro.

b) Que los sucesores en el pontificado romano no reciben inmediatamente de Jesucristo los poderes que les confirió en la persona de S. Pedro, sinó de sus inmediatos predecesores.

c) Que si cada uno de los doscientos sesenta Papas que próximamente han existido desde S. Pedro hasta León XIII, hubiera hecho un nuevo concordato, la jurisdicción del Romano Pontífice estaría reducida á la nada.

(1) Carta del P. Tarquini á Bonald en 30 de Noviembre de 1871.
(2) TARQUINI: Carta citada, pár. 2.º

d) Que siendo indudable que todo lo que puede enajenarse puede prescribirse, también podría ser prescripto el poder del primado etc.

Todas estas proposiciones se oponen expresamente á la fé, y ofenden todo oido piadoso (1).

4.° Si los concordatos fueran un verdadero contrato bilateral resultaría que las cosas espirituales, objeto de aquel, se enajenarían, lo cual no puede verificarse sin incurrir en el crimen de Simón Mago (2).

5.° En el supuesto de que los concordatos fuesen pactos synalagmáticos, ¿qué resolución práctica tomarían los defensores de semejante sistema, cuando aquél, efecto de las circunstancias, ha llegado á ser perjudicial á la Iglesia y á la salvación de las almas?

El Papa, según ellos, está obligado á esperar el consentimiento de la otra parte: pero es seguro que no lo obtendrá, conocida la tenacidad con que los príncipes sostienen sus prerrogativas.

¿Cómo pues, se resolverá la cuestión en semejante caso?

Algunos han llegado á decir, que entónces debía apelarse á la conciencia universal de los pueblos, ó á la guerra.

El primero de estos medios establece al pueblo como juez supremo en la Iglesia de Jesucristo, lo cual es una herejía; y el último es inútil y absurdo, porque el Papa no dispone de las fuerzas materiales necesarias para batirse con un monarca más ó ménos poderoso (3).

6.° Los concordatos, á juicio de estos escritores, pertenecen á la clase de pactos, que se conocen con el nombre de *privilegios gratuitos ó remuneratorios* (4); no pudiendo en ningún caso considerárselos como privilegios onerosos, porque en

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. I, núm. 73, pár. 3.°
(2) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, núm. 73, pár. 2.°
(3) TARQUINI: Carta á M de B.n ld, de 30 de Noviembre de 1871, pár. 4.°
(4) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. 1.°, párrafo 73.

estos existe un verdadero contrato entre el príncipe y su súbdito, ó entre la sociedad superior y la inferior dependiente de aquella; lo cual no puede tener lugar en los concordatos, porque en éstos se trata de cosas espirituales ó anejas á ellas, y acerca de estas no pueden celebrarse verdaderos pactos sin incurrir en simonía.

Por esta razón, la Rota Romana decidió en 15 de Marzo de 1610, que las cosas espirituales, objeto de los concordatos, están fuera del comercio de los hombres (1).

Doctrina de Labis y otros.—El respetable canónigo Labis, profesor de Teología en el seminario de Tournai, escribió á principios del año de 1872 en la *Revista Católica* de Lovaina un artículo sobre los concordatos. En él impugna la noción dada por Bonald acerca de ellos, sosteniendo que los concordatos, áun cuando sean meras concesiones y privilegios por razón de la materia, son verdaderos contratos bilaterales en cuanto á la forma. «A nuestro entender, dice, el concordato es »un tratado público *sui generis*, que participa de la naturaleza »del privilegio por su objeto, pues que generalmente todas las »concesiones son hechas por parte del jefe de la Iglesia, y par»ticipa también de la naturaleza del contrato bilateral por la »forma que afecta; y por la reciprocidad de los compromisos »que toman sobre sí las dos partes contratantes.»

El canónigo Felipe de Angelis, profesor de Derecho Canónico en la universidad de la Sapienza, y en el Seminario Romano, hizo grandes elogios del artículo publicado por Labis, «Por más que los concordatos, dice, estipulados por la Santa »Sede en los tiempos modernos con los diversos gobiernos sean »en cuanto á la materia, concesiones ó privilegios, no es menos »cierto que en razón de la forma en que están concebidos y de »las obligaciones que imponen á las dos partes contratantes, »deben ser considerados como verdaderos contratos bilaterales.

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, párrafo 69.

Pruebas que aducen en apoyo de su opinión.— Las razones en que estos escritores se fundan para sostener su tésis, pueden resumirse en lo siguiente:

1. Los Romanos Pontífices, desde la conversión de Constantino al cristianismo, concedieron espontánea y gratuitamente privilegios á los príncipes cristianos beneméritos de la Iglesia, y obraron así sin que mediase pacto alguno (1), ni acuerdo entre ellos y los príncipes.

Estas gracias pontificias se trasmitían de unos príncipes en otros, siempre que existieran las mismas causas, que motivaron su concesión; á pesar de que atendido el rigor del derecho pudo revocarse en todo ó en parte el privilegio ó privilegios concedidos y hasta era de necesidad hacerlo cuando de su ejercicio ó por cesación de la causa pudiera resultar un grave mal á lo Iglesia.

Esto que podía hacerse, y acerca de lo cual no cabe duda alguna, es muy distinto de lo que ocurre en los concordatos, que siempre han sido efecto de acuerdos mútuos entre los papas y los príncipes, después de largas discusiones para arreglar ciertas cuestiones en que había desavenencia entre ellos, y por esta razón se inscribían y firmaban por ambas partes, produciendo una obligación recíproca (2).

2. Consta igualmente por la historia que los príncipes cristianos, fundándose en los mismos privilegios, en una antigua costumbre, en la posesión inmemorial, ó en otros títulos, pretendían tener ciertos derechos en las cosas y personas eclesiásticas, y los ejercían áun sirviéndose de la fuerza.

Los Sumos Pontífices en semejantes casos empleaban cuantos medios estaban á su alcance para defender los derechos de la Iglesia y rechazar las usurpaciones; y como por otra parte, los príncipes resistían á la Santa Sede, de aquí las discordias entre ambas potestades, que por fin llegaban á un feliz

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, párrafo 69.
(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, párrafo 69.

término por medio de mútuos acuerdos y transacciones sobre las materias controvertidas, que se obligaban á cumplir religiosamente (1).

3. La misma etimología de la palabra *concordato* indica que se trata de un verdadero pacto; y como éste no es otra cosa que el consentimiento de dos sobre determinados puntos, es evidente que el concordato contiene en sí la naturaleza y la fuerza de un verdadero contrato bilateral (2).

4. Los concordatos son siempre resultado de las mútuas cesiones y transacciones sobre puntos objeto de controversia entre las dos potestades con obligaciones recíprocas, como dice Julio III, en su bula *Decet romanus*, de 14 de Enero de 1554, refiriéndose á los concordatos con Alemania, y León X en el concordato celebrado con Francisco I de Francia (3).

Todos ó casi todos los concordatos celebrados entre la Santa Sede y el poder civil usan de palabras igualmente solemnes y expresivas. De manera que la afirmación de Febronio: *Prætendit curia concordatis se non ligari*, es falsa y destituida de todo fundamento (4).

5. Los defensores de esta opinión, haciéndose cargo de lo que en contrario se dice acerca de las cosas espirituales, objeto de los concordatos, contestan:

a) Que la materia de estos pactos es mixta y se refiere directamente á la religión y á la sociedad, sin que sea fácil determinar prácticamante en estos casos lo que pertenece á la primera y lo que es propio de la segunda.

b) Que como consecuencia de esto es preciso tratar amigablemente estas cuestiones y resolverlas por transacciones mútuas, y en este modo prudente de obrar no puede con razón de-

(1) VECCHIOTTI: Id. ibid.—PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, pár. 17.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, id. ibid.

(3) TARQUINI en su carta á M. Bonald, y en la que escribió contestando á las del Sr. De Angelis y Sr. Labis, refuta todos estos argumentos. Véase la obra titulada *La Iglesia y el Estado*, por el P. Mateo Liberatore, lib. III, cap. XIV.

(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænoct.*, cap. III, pár. 58.

cirse que existe simonía, como no existe tampoco en las concesiones de cosas espirituales hechas á los príncipes por la Iglesia en consideración á los beneficios recibidos, por más que adquieran en los concordatos la forma de verdadero pacto, toda vez que ambas partes se obligan á su observancia (1).

6. Dicen respecto á la observación de que el príncipe cristiano es súbdito de la Iglesia, que en el príncipe hay que considerar á la persona privada y súbdita de la Iglesia, y á la persona pública, autoridad suprema secular puesta por Dios para regir y gobernar la sociedad humana, asi como la autoridad espiritual concedida á Pedro, y en él á los Sumos Pontífices sus sucesores en la cátedra romana, para que estas dos potestades supremas, que rigen el mundo en sus respectivas esferas, se presten mútua ayuda, porque uno es el fin *último* á que aspiran.

Si, pues, surge alguna duda práctica en un punto concreto entre estas dos autoridades, una y otra como suprema en su respectivo orden puede discutirlo y resolverlo de mutúo acuerdo, ó sea mediante un pacto, que tendrá el concepto de ley eclesiástica y de pragmática civil (2).

7. Por último, acerca de la otra razón de que el Romano Pontífice no puede restringir con daño de sus sucesores la potestad plena del primado, que se concede inmediatamente por Dios á cada uno de los Papas desde el momento de su elección canónica, contestan que en el Sumo Pontífice es necesario distinguir entre la potestad y el uso ó ejercicio de la potestad.

a) Que la potestad plena y suprema del primado concedida por derecho divino para el bien común de la Iglesia, no se liga por los concordatos.

b) Que el ejercicio de la potestad se limita por las convenciones celebradas en bien de la paz y mútua concordia entre las dos potestades.

c) Que ha de entenderse esta limitación en el sentido de que

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, id. ibid.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, parrafo 69.

la potestad civil observe por su parte el pacto celebrado, y de que lo pactado ó concordado pueda observarse, sin que el bien ó utilidad común de la Iglesia exija su abrogación; porque en estos casos no existe semejante deber, puesto que se entiende siempre incluida en tales convenciones la cláusula *Nisi aliud exigat commune bonum Ecclesiæ* (1).

Observaciones.—Después de lo que se deja manifestado acerca de la naturaleza de los concordatos, y clase de pactos á que pertenecen, parece indudable=

a) Que se refieren á cosas espirituales ó conexas con las espirituales.

b) Que los Sumos Pontífices dieron á estos pactos la forma de contrato bilateral, á la manera que Dios nuestro Señor se dignó dar forma de pacto á sus divinas promesas en el Antiguo y Nuevo Testamento.

c) Que esta forma no es sustancial, sinó puramente accidental, no cambiando por lo mismo los concordatos su naturaleza de meras concesiones ó privilegios.

d) Que los Sumos Pontífices no intentaron, mediante esta forma, enajenar parte alguna de su autoridad, toda vez que no son propietarios de ella, sinó meros depositarios.

e) Que el papa no puede abolir los concordatos por un mero capricho, ni sin motivos racionales, porque á ello le obliga la lealtad, toda vez que *Decet concessum à principe beneficium esse mansurum*, según la regla del Derecho (2); pero esta gracia ó privilegio puede ser abolida por el Papa, cuando el bien de la Iglesia así lo exija, sin que pueda el príncipe hacer lo mismo, puesto que el súbdito no tiene este derecho (3), respecto á la ley dada por el legislador.

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, id. ibid.

(2) Lib. V, tít. XII, *sext. Decret.*, reg. 16.

(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XIV, párrafo 2.º, número 5.º

ARTÍCULO III.

EFECTOS DE LOS CONCORDATOS Y PERSONAS CON QUIENES PUEDEN CELEBRARSE.

Efectos de los concordatos sobre cosas meramente temporales ó espirituales.—Los concordatos que versan sobre materias meramente temporales, obligan desde luego á las dos partes contratantes sin que ninguna de ellas pueda desligarse de su cumplimiento, á no mediar alguna de las causas por las que se rescinden los contratos bilaterales.

Si los concordatos tienen por objeto una cosa meramente espiritual, los príncipes ó poderes temporales son los obligados á su cumplimiento sin limitación alguna, porque se trata de la palabra empeñada solemnemente sobre materias, á cuya observancia vienen obligados por Derecho divino.

Efectos de los concordatos sobre materias mixtas.—Los concordatos sobre puntos mixtos producen mútua obligación en las dos partes contratantes; así que el príncipe ó la potestad temporal no puede en manera alguna desligarse de su cumplimiento bajo ningún pretexto, á ménos que la Santa Sede consienta en ello, porque se trata de una ley dada por la Iglesia á petición de la potestad temporal, y no puede abolirse sino por aquélla.

Por este motivo se halla condenada la doctrina de los que dicen: *Laica potestas auctoritatem habet rescindendi, declarandi ac faciendi irritas solemnes conventiones (vulgo concordata) super usu jurium ad ecclesiásticam immunitatem pertinentium cum Sede Apostolica initas, sine hujus consensu, immo et ea reclamante* (1).

La Iglesia ha respetado siempre los concordatos que ha celebrado con los poderes temporales, y á ellos se ha atenido en

(1) *Prop. 43 del Syllabus.*

sus resoluciones de derecho privado, no ménos que en las controversias surgidas con la potestad temporal, hasta tanto que han sido modificados mediante un nuevo pacto.

Esto no obstante, la Iglesia no tiene obligación de observar estos convenios desde el momento que llegan á ser perjudiciales á los intereses de la religión, pudiendo el Sumo Pontífice, en su consecuencia, anularlos cuando lo crea necesario para el bien de la Iglesia, toda vez que tales pactos pertenecen á la clase de privilegios gratuitos ó remuneratorios.

Los mismos defensores de la doctrina contraria, ó sea de que los concordatos son pactos sinalagmáticos, convienen también en que el Papa puede derogarlos en semejantes casos.

Reglas generales sobre la interpretación y rescisión de las convenciones.—La interpretación y abrogación de los pactos ó convenciones obedece á diversas reglas, según las distintas clases de aquéllos y de las personas entre quienes se celebran. A este efecto habrá de tenerse presente:

1. Si las sociedades que han pactado son en absoluto independientes entre sí, entónces la interpretación ó abrogación auténtica del convenio celebrado no puede hacerse sinó de mútuo consentimiento (1).

2. Cuando una de las dos sociedades, depende de la otra *ratione sui sive saltem ratione rei, de qua agitur*, la interpretación ó rescisión corresponde á la sociedad principal, y en este caso, si se trata de la anulación de un privilegio oneroso, es necesario que medie justa causa y que se restituya ó devuelva á la sociedad inferior, ó á la persona súbdita, lo que puso de su parte, porque así lo exige la equidad, á ménos que el bien público reclame otra cosa.

En los privilegios gratuitos y remuneratorios sucede lo mismo, sin que medie igual razón para que se compense á las personas que los disfrutan.

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib I, cap. II, art. 3.°

3. La concesión hecha á una sociedad ó persona no súbdita en alguno de los conceptos indicados en el número anterior, no puede revocarse ni interpretarse por el mero juicio ó á voluntad del que la concedió; porque este juicio es acto de jurisdicción, la cual no existe respecto á la persona no súbdita.

Interpretación y abrogación de los concordatos. —Las reglas que se dejan indicadas, son principios generales de Derecho público, y con arreglo á ellos es fácil resolver la cuestión concreta respecto á la interpretación y abrogación de los concordatos celebrados con príncipes católicos, bastando al efecto fijarse en los puntos siguientes:

1. La sociedad civil que ha concedido alguna cosa á la Iglesia no puede á su arbitrio modificarla por medio de la interpretación, ni anularla por la abrogación; porque dicha concesión se ha hecho á una sociedad no súbdita (1).

Además, las concesiones hechas por el poder civil á la Iglesia se hallan destinadas y aplicadas al fin propio de la Iglesia, ó sea á un fin espiritual, y la sociedad civil no tiene potestad alguna en las cosas espirituales.

2. Pertenece á la Iglesia pronunciar su juicio sobre la verdadera interpretación de los concordatos, pudiendo revocar las concesiones hechas por ella, si el bien común ó salvación eterna de los fieles así lo exige; porque la Iglesia tiene el carácter de sociedad principal y la sociedad civil el de persona súbdita.

Si se trata de cosas puramente temporales en dichos convenios, entonces su interpretación y abrogación han de hacerse de mútuo acuerdo entre ambas potestades, porque en este concepto son (2) independientes.

3. Como los concordatos son ordinariamente privilegios gratuitos ó remuneratorios, la Iglesia no tiene obligación de compensar á la potestad civil en la parte que haya sido perjudicada mediante la abrogación de los concordatos hecha por la

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. I, cap. II, art. 3.º, párrafo 81.
(2) TARQUINI: Id. ibid., párrafo 82.

misma Iglesia; porque la compensación sólo procede en rigor de Derecho en los privilegios onerosos (1).

Utilidad de los concordatos.—Los concordatos son un medio de avenencia entre las dos supremas potestades, establecidas por Dios para que realicen el fin de su institución, prestándose mútuo auxilio y apoyo en su respectiva esfera. De manera, que si surgen cuestiones entre ambas potestades y resultan desavenencias entre ellas, es de necesidad poner un término á las mismas por medio de mútuas cesiones y amigables transacciones; lo cual es cabalmente el objeto de los concordatos y el fin á que tienden.

Autoridad de la Santa Sede para celebrarlos.—Muchos son enemigos de los concordatos, y desaprueban este medio de unión y armonía entre las dos potestades, porque á su juicio siempre salen vulnerados los derechos de la jerarquía eclesiástica divinamente instituida; pero no van acertados los que impugnan estos pactos como perjudiciales á la jerarquía de institución divina, porque la Iglesia no ha transigido en ningún tiempo sobre esto, ni abdicado de los derechos esenciales á ella (2).

Otros los rechazan, como perjudiciales á la libertad de los pueblos, y solo favorables á la codicia y ambición de los Romanos Pontífices; pero este modo de ver es abiertamente contrario á la verdad de los hechos, y efecto del odio y animosidad contra la Santa Sede (3).

El Sumo Pontífice, como autoridad suprema de la Iglesia por disposición divina, tiene sin duda alguna perfecto derecho para celebrar estos pactos con la sociedad civil, siempre que el bien de la Iglesia lo reclame; es uno de esos derechos íntimamente unidos al primado pontificio, y que arrancan, por decirlo así, de su misma naturaleza.

(1) TARQUINI: Id. ibid., párrafo 83.
(2) *Prælect. Jur. Canon. in Seminar. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, pár. 69.
(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, párrafo 69.

Además, los Papas han empleado este medio con los gobiernos civiles para atender á la libertad y seguridad de la Iglesia, á la prosperidad y aumento de la fé, á la tranquilidad de las conciencias y bien espiritual de las almas; lo cual es la mejor prueba, en el asunto de que se trata, del derecho de los mismos Pontífices y de su autoridad para la celebración de los concordatos (1).

Si pueden celebrarse con naciones heréticas ó infieles.—Los herejes son súbditos de la Iglesia; los infieles no tienen este carácter, porque no han recibido el bautismo; pero unos y otros resistiendo á la verdad, no reconocen las prerrogativas y autoridad de la Iglesia católica, y por lo mismo se abstiene ésta de celebrar concordatos con dichas sociedades (2) á ménos que el bien espiritual ó salvación de los pueblos aconseje otra cosa, como ha sucedido en Rusia y Prusia.

En todo caso, estos pactos conservan su índole y naturaleza, puesto que versan sobre cosas espirituales, y como las sociedades heréticas ó infieles son incapaces de todo derecho en esta materia (3), tienen para aquéllas el concepto de un mero convenio, que por lo mismo es preciso sostener y cumplir con mayor escrupulosidad y exactitud que los celebrados con los príncipes católicos.

Si las circunstancias han cambiado, y no es posible cumplirlos sin daño de las almas y sin pecado, entónces habrá de buscarse el medio de modificarlos ó abrogarlos, mediante mútuo acuerdo; y si esto no pudiera tener efecto, la Santa Sede los anula por sí misma en virtud de sus derechos inalienables, y porque tales pactos han dejado de serlo desde el momento en que se han hecho imposibles ó pecaminosos (4).

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, párrafo 17.
(2) TARQUINI: *Inst. Jur., eccles. pub.*, lib. I. cap. II. apéndice.
(3) LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. XIV, pár. 2.°, n.° 5.°
(4) TARQUINI: Id. ibid.

ARTÍCULO IV.

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE LOS CONCORDATOS.

Concordatos celebrados con varias naciones.— Son muchos los concordatos celebrados entre la Santa Sede y los príncipes temporales; pero como no tienen una importancia especial para el canonista, sinó en lo que se refiere á su país respectivo, por esta razón me limito á las indicaciones siguientes:

I. El concordato celebrado entre Calixto II y Enrique V de Alemania, en el que se puso término á las controversias sobre la confirmación de los obispos. El papa lo promulgó solemnemente en el Concilio general de Letrán, celebrado en 1123, y el Emperador en la dieta de Worms de 1122 (1).

II. Martino V hizo en las últimas sesiones del Concilio de Constanza, ó sea en 1418, concordatos separados con la nación inglesa, pura y simplemente; y con la alemana y francesa por sólo cinco años, siendo de advertir que se usa por primera vez la palabra *concordato* en estos tratados, que apénas dieron resultado alguno en dichas dos naciones (2).

III. El concordato ajustado en Viena el 17 de Febrero de 1448 entre Nicolás V y el emperador Federico III, y versa sobre causas beneficiales y elecciones. Fué aceptado y sancionado por los príncipes eclesiásticos y seglares de Alemania, á fuerza de negociaciones y después de vencidas no pocas dificultades (3).

IV. El concordato entre León X y Francisco I de Francia, promulgado en 1516 en el Concilio V de Letrán. En él se dictaron muchas disposiciones sobre la Real presentación para

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*: lib. II, cap. II, párrafo 103.
(2) WALTER: Id. ibid., párrafo 106.
(3) *Prælect., Jur. Canon. in Semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 1.ª

iglesias catedrales y abadías, colación de beneficios, juicios eclesiásticos y apelaciones. Se anuló solemnemente la pragmática sanción en la que se aceptaban, por orden terminante de Carlos VII, veintitres decretos del Concilio de Basilea (1).

Esta pragmática sanción no debe confundirse con la otra pragmática sanción, dada por S. Luis en 1628, que versa sobre la provisión de oficios eclesiásticos y libertad de las elecciones (2).

V. Concordato entre Benedicto XIV y Cárlos III, rey de Nápoles en 1741, concediéndose en él grandes prerrogativas en favor de la corona (3).

VI. Concordato entre Benedicto XIV y el rey de Cerdeña, ajustado en 1742, y en el que se puso término á las cuestiones que desde el siglo XV se venían agitando sobre la investidura de oficios eclesiásticos (4).

VII. Pio VII celebró un concordato en 1801 con Napoleón, primer cónsul de la república francesa, el cual tuvo por objeto el libre ejercicio de la religión católica en Francia (5); pero el gobierno francés promulgó en 8 de Abril de 1802, juntamente con el concordato, los llamados artículos orgánicos que la Santa Sede nunca ha aprobado (6).

VIII. El concordato celebrado en 1817 entre Pio VII y el rey de Baviera.—En 1818 se celebró otro con el rey de las Dos Sicilias.—Otro con el rey de Prusia en 1821.—En 1827 con la Confederación Germánica.—Con Holanda y Bélgica en dicho año de 1827.—El Sumo Pontífice Pio IX celebró varios concordatos con los gobiernos de Rusia, Austria y España.

(1) WALTER: Id. ibid.—VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, pár. 69.

(2) WALTER: Id. ibid., lib. II, cap. II, párrafo 103.—LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III, cap. IX, párrafo 2.°

(3) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 108.

(4) WALTER: Id. ibid.—PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, pár. 44.

(5) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I. párrafo 44.

(6) BOUIX: *De princ. Jur. Canon.*, part. 1.ª, sect. 3.ª cap. III. pár. 4.°—LIBERATORE: *La Iglesia y el Estado*, lib. III. cap. VIII.

Distinción entre los concordatos antiguos y los modernos.—Los antiguos concordatos versaban únicamente sobre los respectivos derechos de la Iglesia y del Estado en materias mixtas y eran un medio de allanar las dificultades y terminar las controversias entre ambas potestades.

Los concordatos de nuestros tiempos no sólo tratan de materias disciplinales, sinó principalmente, y ésta es su tendencia, de que se reconozcan por la potestad temporal los derechos divinos de la Iglesia, ó que se deje á salvo la libertad de los católicos en las prácticas religiosas.

Antiguos concordatos celebrados con España.—Nuestra historia eclesiástica hace mención de la transación otorgada en Barcelona á 11 de Junio de 1372 entre la reina doña Leonor y el cardenal D. Beltrán de Comenges, sobre competencias de jurisdicción (1).

Martino V celebró también en el Concilio de Constanza un concordato con la Nación Española, habiendo sido estipulado entre dicho Papa y D. Juan II de Castilla á 13 de Mayo de 1418. En él se trata del número de cardenales, reservas, colación de beneficios, anatas, encomiendas, indulgencias, etc. (2).

Concordia Facheneti y concordato de 1714.—Felipe IV de España firmó en 1633 un memorial, que presentó al papa Urbano VIII por medio de sus representantes en Roma D. Juan Chumacero y D. Domingo Pimentel, obispo de Córdoba.

Dicho documento contenía diez capítulos sobre los cuales pedía el rey la conveniente reforma, y después de haber transcurrido algún tiempo en contestaciones y réplicas (3), se celebró en 1640 la *concordia de Facheneti*, que tiene por objeto el arreglo del personal de la Nunciatura con sus facultades y obligaciones,

(1) LAFUENTE: *Los Concordatos, cuestiones de Derecho público eclesiástico sobre su revocabilidad*, párrafo 1.º

(2) TEJADA Y RAMIRO: *Colección de Concordatos*, pág. 9 y sig.

(3) TEJADA Y RAMIRO: Id., pág. 17 y sig.

arancel de derechos en la expedición de negocios y facultades de los nuncios.

En 1714 se proyectó un concordato, que no llegó á ratificarse (1), habiendo surgido en aquel tiempo no pocas cuestiones entre la Santa Sede y España.

Concordato de 1737 y asuntos que en él se tratan.—Después de no pocas vicisitudes se celebró un concordato en 1737 entre Clemente XII y Felipe V. Se halla dividido en veintiseis artículos que tratan (2) =

a) De la reducción y limitación del asilo eclesiástico.

b) De la ordenación á título de patrimonio con expresión de su renta anual y abusos introducidos en esta materia.

c) De la prohibición de erigir beneficios *ad tempus*.

d) De la limitación del fuero ó inmunidad eclesiástica.

e) De la provisión de las parroquias por los obispos, mediante concurso.

f) De la disminución de pensiones.

g) De los espolios y vacantes, etc.

Concordato entre Benedicto XIV y Fernando VI.—En 1753 se celebró un concordato entre Benedicto XIV y Fernando VI, en el que se concede á los reyes de España:

a) El derecho de presentación para todos los obispados y arzobispados.

b) La provisión de todos los beneficios que vaquen en los meses apostólicos, reservándose la Santa Sede la provisión de cincuenta y dos beneficios en cualquier tiempo que vaquen. En indemnización de los emolumentos que dejaba de percibir la Datería y Cancelaría romana, el Rey se obligó á consignar en Roma por una sola vez 310.000 escudos romanos (3).

(1) TEJADA Y RAMIRO: Id., pág. 92 y sig.

(2) TEJADA Y RAMIRO: Id., pág. 100 y sig.

(3) TEJADA Y RAMIRO: *Colección de Concordatos españoles*, página 165 y siguientes.

c) Se obligó la Santa Sede á no imponer pensiones sobre los beneficios de su colación, y el Rey concedió en indemnización por una sola vez 600.000 escudos romanos.

d) Los espolios de los obispos y frutos de las vacantes se destinaron para atender á las necesidades de las iglesias de España y á otros usos piadosos, y el Rey abonó la cantidad de 233.333 escudos.

Concordato de 1851.—El (1) concordato de 1851 entre el Sumo Pontífice Pio IX y su majestad la reina Doña Isabel II. Contiene cuarenta y seis artículos (2) y en él se consigna=

a) Que la religión católica, apostólica, romana, que con exclusión de cualquier otro culto continúa siendo la única de la Nación Española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica, con todos los derechos y prerrogativas de que debe gozar, según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.

b) Se dictan muchas disposiciones relativas á la instrucción pública y al libre ejercicio del ministerio eclesiástico; á la circunscripción y división de diócesis; jurisdicciones exentas, personal de las iglesias catedrales y colegiatas, provisión de beneficios y asignaciones de los beneficiados, seminarios conciliares é institutos religiosos.

b) Se reconoce en la Iglesia el derecho de adquirir por cualquier título legítimo y se concede por la Santa Sede la subsanación de las ventas de bienes eclesiásticos por el Estado, etc.

Convenio de 1859.—El convenio de 1859 entre la Santa Sede y el Gobierno español tiene por objeto la enajenación de los bienes eclesiásticos que aun quedaban á la Iglesia de España, el cual está dividido en veintidos artículos (3).

(1) Véase el apéndice núm. 1.º

(2) TEJADA Y RAMIRO: Id., apéndice, pág. 1.ª y sig.

(3) Véase el apéndice núm. 2.º

CAPITULO X.

DERECHO CANÓNICO NO ESCRITO.

Etimología de la palabra consuetudo (costumbre) y su definición.—La palabra consuetudo (1), proviene del verbo *consuesco* ó *consuefacio*, que significa hacer una misma cosa muchas veces.

Se entiende por costumbre, *la frecuencia de actos semejantes en una comunidad ó corporación.*

Se dice frecuencia de actos semejantes, etc., porque no basta alguno que otro acto para constituir costumbre, sinó que es necesario y se requieren actos de la misma especie, muchas veces repetidos por la mayor parte de una comunidad perfecta.

Graciano define la costumbre: *Jus quoddam moribus institutum, quod pro lege suscipitur, cum deficit lex* (2).

Sus especies.—La costumbre puede ser—*secundum legem, præter legem* y *contra legem*—*canónica* y *civil*—*universal, general, especial* y *especialísima*, *positiva y negativa, judicial* y *extrajudicial*—*buena y mala, intrínsecamente mala* ó *mala extrínsecamente*—*abrogada por el derecho, prohibida por el derecho y reprobada por el derecho*—*de hecho y de derecho.*

Se llama costumbre *secundum jus*, ó según el derecho; *la que suponiendo una ley preexistente, la pone en ejecución ó la interpreta, si es ambigua* (3).

Costumbre *præter jus* ó fuera de la ley, á la cual se llama también constitutiva del derecho ó ley es, *la que erige ó eleva*

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. II, sect. VI, cap. I.
(2) C. V, Distinct. 1.ª
(3) C. III, Distinct. 4.ª, cap. VIII, t't. IV, lib. I *Decret.*

á ley, alguna manera ó modo de obrar, que la ley no manda ni prohibe (1).

Se entiende por costumbre *contra jus* ó contra la ley, *la que abroga la ley escrita, ó la deroga* (2).

Se llama canónica ó civil, según que los actos repetidos versan sobre materia eclesiástica ó profana (3).

Se llama *universal* ó generalísima, cuando se extiende á todo el orbe católico ó á toda la Iglesia.

General, si comprende una ó más naciones ó provincias.

Especial, la que existe en una ciudad ó pueblo.

Especialísima, cuando se halla vigente en una sociedad imperfecta, v. gr., en una familia.

Esta última no tiene aplicación al derecho, porque nunca puede llegar á ser ley.

Se denomina judicial, si se introduce en el foro, mediante muchas sentencias conformes sobre una misma materia.

Extrajudicial, si se ejecuta por el pueblo fuera de los tribunales ó del correspondiente juicio.

Positiva es, la repetición de actos semejantes, que si llegan á ser ley, dan derecho á imponer el deber de ejecutarlos.

Negativa, consiste en omitir actos de una misma especie, v. gr., si se omite oir Misa todos los años en determinado día festivo.

Buena ó racional, y *mala*.

La costumbre mala se divide en=

Intrínsecamente mala, porque los actos de que procede, son contra la ley natural ó divino-positiva; de manera que ningún poder humano puede hacer que tales actos no sean pecaminosos (4).

Extrínsecamente mala, cuando los actos que la producen no

(1) C. V, Distinct. 1.ª—C. XI, Distinct. 12.—C. VII, Distinct. 11.

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. II, pár. 20, nota.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. II, sect. VI, cap. I, pár. 2.º

(4) Cap. XI, tít. IV, lib. I *Decret.*—C. IV y VIII, Distinct. 8.ª

son malos por sí mismos, sinó por la prohibición de la ley humana, ó por una circunstancia adjunta.

Esta costumbre puede llegar á prevalecer contra la ley, á diferencia de la primera, que nunca pasará de ser un *abuso* ó *corruptela* (1).

Costumbre (2) *abrogada por el derecho*, cuando la ley anula una costumbre ya existente, sin declararla mala por su naturaleza, ni por las circunstancias, sinó como ménos útil, v. gr. *Non obstante quacumque consuetudine* (3).

Prohibida por el Derecho, cuando la ley prohibe la costumbre contraria á ella; de modo que no solo abroga la costumbre ya existente, sinó que prohibe el que se introduzca en lo sucesivo, sin que por esto la declare mala, sinó que se la rechaza como ménos útil, v. gr., *Nolumus contra hanc legem aliquam consuetudinem valere.*

Reprobada por el Derecho, cuando la ley no sólo abroga la costumbre ya existente y la prohibe en el tiempo futuro, sinó que la declara mala é irracional, v. gr., *Consuetudinem illam poenitus improbantes* (4). *Talem consuetudinem reprobamus* (5).

Costumbre de *hecho*, que es la misma frecuencia y repetición de actos semejantes por una comunidad.

Costumbre de *derecho*, que es la ley introducida por la frecuencia de actos, ó sea por la costumbre (6).

En qué se distingue de las leyes.—La costumbre se distingue de las leyes (7).

a) En que la ley es el *derecho escrito*, y la costumbre el *derecho no escrito*, llamándose así, porque trae su origen del

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., *noción gener.*, cap. III, art. 2.°, pár. 4.°

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid.

(3) Cap. VII, tít. III, lib. I *Clement.*

(4) Cap. único, tít. III, lib. III, sext. *Decret.*

(5) Cap. II, tít. XIX, lib. II *Decret.*

(6) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars gener.*, lib. I, tít. III, capítulo I, art. 1.°, párrafo 2.°

(7) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. I, pár. 3.°

uso y práctica de una comunidad, sin que obste que se reduzca á escritura en tiempo posterior á su introducción.

b) La ley procede del mandato ó consentimiento expreso del legislador, y la costumbre del consentimiento tácito ó presunto de aquél.

c) La ley, una vez promulgada, es obligatoria sin que esté expuesta á las dudas y dificultades en cuanto al hecho de su existencia, que se presentan en la costumbre sobre su misma existencia por las muchas condiciones que en ella se requieren para llegar á ser ley.

Su distinción de las tradiciones.—Se distingue de las tradiciones, en que éstas son el derecho antiguo establecido de viva voz por el legislador, y trasmitido de unos en otros hasta el presente; y la costumbre no fué establecida por el legislador, sinó que proviene de la frecuencia de actos de la comunidad consentidos por el legislador.

Su diferencia de la prescripción.—Se diferencia de la prescripción:

a) En que la costumbre se introduce por una comunidad perfecta, y la prescripción por una persona particular.

b) La costumbre tiende á establecer un derecho común, obligatorio á todos los individuos del lugar en que se practica, y la prescripción solo constituye derecho para un particular.

c) La costumbre es ley, aun para los que no obran con arreglo á ella; de modo que los exime de una obligación ó los impone una nueva ley, á diferencia de la prescripción, que solo da derecho en la cosa al que ha usado de ella.

d) La prescripción se verifica con daño de uno y provecho de otro; pero la costumbre con igual daño ó provecho de todos.

e) En la prescripción se requiere buena fé y título *colorado*, el cual no es necesario en la costumbre.

f) La costumbre no llega á ser ley cuando los actos que la producen se han ejecutado con error, ó sea creyendo que están mandados ó permitidos por la ley, y la prescripción errónea vale siempre que exista buena fé.

Condiciones necesarias en la costumbre.—Para que la costumbre llegue á ser ley, es necesario que reuna en sí todas las circunstancias esenciales de ésta, y al efecto se requieren varias condiciones en los conceptos siguientes:

De parte de la sociedad, ó de la comunidad que la introduce.

De parte del objeto, ó sea de la misma costumbre.

De parte del legislador.

De parte del tiempo.

Requisitos por parte de quien la introduce.—Las condiciones necesarias en la costumbre, por parte de quien la introduce, ó sea de la comunidad, para que llegue á tener fuerza de ley, son las siguientes:

1. Que se introduzca por una comunidad perfecta, porque imita á la ley, y así como ésta no puede imponerse sinó á una comunidad perfecta, puesto que es un precepto común, obligatorio aun después de la muerte del legislador y por tiempo indeterminado, tampoco la costumbre ha de introducirse por una sociedad imperfecta, porque solo la sociedad perfecta á quien únicamente puede imponerse una ley, tiene derecho de introducir una costumbre (1).

Como consecuencia de esta doctrina es indudable, que puede introducirse una costumbre eclesiástica común á los clérigos y legos, por el clero y pueblo de una ó muchas diócesis, y por solo el clero de un reino ó diócesis la costumbre que es propia y exclusiva del clero (2).

2. Se requiere además que la costumbre se introduzca por la mayor parte de la comunidad, porque así como la menor parte de una sociedad no puede imponer una ley, tampoco puede introducir una costumbre, siendo igualmente regla general en las corporaciones, que prevalece la voluntad de la mayoría.

En este punto debe notarse que esa mayor parte ha de te-

(1) Santo Tomás: 1.ª, 2, quæst. 97, art. 3.º, ad. 3.

(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap II, pár. 1.º

ner aptitud para introducir una ley ó costumbre, debiendo por lo mismo excluirse en la computación los párvulos, mujeres y dementes (1).

3. Se requiere que la mayor parte de la comunidad obre de ciencia cierta, y nó por ignorancia ó error; de modo que si la sociedad ejecuta y practica un acto *præter legem*, creyendo que está mandado por la ley, ó *contra legem* (2), porque lo crean no prohibido por ley alguna; entónces tal costumbre no llegará á ser ley, porque falta la voluntad de obligarse (3).

4. Que los actos ejecutados sean libres y exentos de fuerza ó miedo; porque de no ser libres, falta el consentimiento necesario para introducir la costumbre (4).

5. Que ejecute dichos actos con intención de obligarse, á lo cual habrá de atenderse en las costumbres *præter legem*, porque respecto á las costumbres *contra legem*, basta que el pueblo obre contra lo prescrito en la ley, para comprender su ánimo de abrogarla; pero no sucede lo mismo en el otro caso, ó sea en la costumbre *præter legem*, puesto que puede obrar por devoción, y esto tiene lugar en muchas prácticas piadosas, debiendo presumirse en caso de duda que tal costumbre procede de mera devoción, sin voluntad de obligarse (5).

6. Que haya frecuencia de actos y que estos no se interrumpan hasta que haya trascurrido el tiempo necesario para que obligue (6); porque de otro modo no podría decirse que había prescrito (7).

Se entiende que la costumbre se ha interrumpido, cuando el pueblo ejerce de ciencia cierta un acto contrario, áun cuando sea único, ó cuando el superior castiga á los transgresores de

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, prolegom., párrafo 3.º
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, prolegom., pár. 3.º, núm. 15.
(4) BOUIX: Id. ibid.
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. II, sect. 6.ª, cap. II, pár. 1.º
(6) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XXIII.
(7) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., notion. gen., cap. III, art. 2.º, pár. 4.º

la ley, ó juzga y sentencia con arreglo á aquella, en oposición á la costumbre.

En todos estos casos empezará á correr de nuevo el tiempo desde el primer acto posterior á la interrupción (1).

Circunstancias por razón de la materia de ella. —La costumbre por parte del objeto ó materia de ella ha de ser buena, honesta, y por lo tanto racional y conveniente á la naturaleza y espíritu de la Iglesia.

Si es mala é irracional, no tiene fuerza de ley y está prohibida por la misma razón natural, como un abuso y corruptela ilícita.

Cuándo se entiende que la costumbre es mala é irracional.—Existe á veces dificultad en conocer y distinguir la costumbre racional de la que no lo es, y á este efecto habrá de observarse (2):

1. Que toda costumbre contraria al Derecho natural ó divino positivo es irracional y mala, porque se opone á la ley de Dios, y toda trasgresión de los preceptos divinos (3) es pecado.

El mismo Jesucristo condenó estas costumbres cuando dijo á los Escribas y Fariseos: *Quare et vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram* (4)? y de ellas dice Gregorio IX que más bien que costumbres deben llamarse corruptelas (5). De manera que toda costumbre contra la ley divina es siempre pecado.

La costumbre contra las leyes eclesiásticas puede prevalecer y llegar á ser ley, porque aquéllas, áun cuando buenas y útiles respecto á toda la Iglesia en general, pueden serlo en

(1) BOUIX: *De princip. jur. canon.* ibid.
(2) BOUIX: Id. ibid., párrafo 2.°
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., notion. gen., cap. III, art. 2.°, pár. 4.°
(4) MATTH., cap. XV, v. 3.
(5) Cap. XI, tít. IV, lib. I. *Decret.*

grado inferior á la costumbre contraria en determinado territorio (1).

2. La costumbre reprobada por el Derecho Canónico es irracional y mala, porque á la Iglesia corresponde distinguir sin peligro de error entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error.

De manera que si la Santa Sede reprueba una costumbre como irracional, ningún fiel, por sabio que sea, puede sostener lo contrario (2).

3. La costumbre que es causa y ocasión de pecado, debe considerarse como mala: lo mismo que la opuesta al bien común (3).

4. Es irracional y mala la costumbre por la que se eluden aquellas leyes de la Iglesia que tienen por objeto contener á los fieles (4) dentro de los límites de su deber, como sería la costumbre de no observar los interdictos ni las excomuniones fulminadas por el Papa ó por los obispos; porque tal costumbre rompería el nervio de la Disciplina eclesiástica, como dice Inocencio III (5).

5. La costumbre contra la libertad é inmunidad eclesiástica, es irracional, porque el Derecho canónico lo reprueba (6), y además ninguna costumbre puede llegar á ser ley, si no media el consentimiento necesario de parte del legislador, el cual falta en la costumbre de que se trata, puesto que se opone abiertamente contra ella.

6. La costumbre del *placet regium* es irracional, porque tiende á coartar la libertad de la Iglesia y á mermar los dere-

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part 2.ª, sect. 6.ª, cap. II, párrafo 2.º

(2) Bouix: Id. ibid., prop. 3.ª

(3) Bouix: Ibid., prop. 4.ª y 5.ª

(4) *Prælect. Jur. Canon. in Seminar. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 3.º, núm. 13.

(5) Cap. V, tít. IV, lib. I. *Decret.*—Cap. XIII, tít. XXXI, lib. I. *Decret.*—Cap. XVI, tít. XXVI, lib. II. *Decret.*

(6) Cap. XLIX, tít. XXXIX, lib. V.—Cap. XIV, tít. VI, lib. I. *Decret.*

chos que la corresponden, como sociedad perfecta por su naturaleza, y por la voluntad de su divino Fundador (1).

7. La costumbre por la que los obispos de un país no cumpliesen los decretos ó bulas pontificias, sinó mediante su aceptación, áun cuando el Sumo Pontífice expresase que no les dejaba esta libertad, es irracional y nula (2).

Consentimiento del legislador y sus especies.—Como toda ley se establece por voluntad del que tiene la potestad legislativa, la costumbre no puede llegar á tener fuerza de ley, sinó mediante el consentimiento del legislador (3).

Este consentimiento puede ser=

Expreso, ó sea cuando aquél manifiesta clara y terminantemente que dá licencia para introducir una costumbre, ó aprueba la ya existente.

Tácito, cuando el legislador sabe que existe tal costumbre, y no reclama ni la contradice, pudiendo hacerlo cómodamente.

Legal, el cual se llama también *general* y *jurídico*, porque se dá por la ley ó (4) el mismo derecho en cuanto que los legisladores consienten por la autoridad pública de la ley todas las costumbres racionales, y que han prescripto legítimamente, siendo su voluntad que sean estables y tengan fuerza legal.

Gregorio IX, en una decretal del año 1229, dice: *Licet etiam longevæ consuetudinis non sit vilis auctoritas, non tamen est usque adeò valitura, ut vel juri positivo debeat præjudicium generare, nisi fuerit rationabilis, et legitimè sit præscripta* (5).

Obligación de la costumbre consentida expresa ó tácitamente por el legislador.—Cuando media el consentimiento expreso del Sumo Pontífice respecto á la costumbre,

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. II, párrafo 2.º, prop. 8.ª

(2) Bouix: Id. ibid., prop. 9.ª

(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. proleg.*, párrafo 3.º, núm. 11.

(4) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana.*, lib. XIII, cap. V. núm. 5.º

(5) Cap. XI, tít. IV, lib. I *Decret.*

no hay la menor duda en que esta tiene fuerza de ley desde el momento en que la acepta (1).

Con respecto al consentimiento tácito habrá de tenerse presente:

1. La costumbre *præter jus* y ciertamente razonable recibe fuerza de ley por el silencio del Papa, áun cuando no tenga facilidad de reclamar, porque es de suponer que quiere satisfacer los deseos del pueblo en cuanto que se trata de una costumbre buena, ó por lo ménos indiferente (2), de manera que esta costumbre adquiere fuerza de ley sin necesidad de la prescripción.

2. Cuando la costumbre *præter legem* es dudosamente razonable, y el Papa tiene facilidad de reclamar, habrá de considerársela como ley siempre que reuna las demás condiciones, porque si el Sumo Pontífice la considerase como mala, no habría dejado de reclamar contra ella en cumplimiento de su deber (3).

3. La costumbre *contra jus*, que es ciertamente razonable, puede llegar á ser ley, si el Sumo Pontífice guarda silencio sobre ella, y tiene facilidad de reclamar (4).

En este supuesto, si se introduce en un país la costumbre de no observar una ley eclesiástica, y esta costumbre, atendidas las circunstancias especiales de la localidad, es buena, útil y razonable, ó al ménos no es mala, entónces semejante costumbre tiene fuerza de ley, en el mero hecho de que el Papa no reclama contra ella, puesto que le consta su existencia y tiene facilidad de reclamar.

4. Cuando media duda acerca de si tal costumbre *contra jus* es razonable, y por otra parte llena las demás condiciones del

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. II, pár. 3.º punct. 2.º;—parrafo 4.º, punct. 1.º

(2) Bouix: Id, ibid., pár. 3.º punct. 4.º;—pár. 4.º, punct. 1.º

(3) Bouix: Id ibid., pár. 3.º, punct. 4.º

(4) Bouix: Id. ibid.

caso anterior, parece indudable que el Papa la consiente, y la dá fuerza de ley (1).

El silencio del Papa respecto á una costumbre contra ley es meramente económico, si no tiene facilidad de reclamar.—Cuando se introduce una costumbre *contra legem*, y el Papa no tiene facilidad de reclamar contra ella, entónces su silencio es meramente económico y aconsejado por la prudencia, sin que de él pueda inferirse que acepta semejante costumbre (2).

Así, pues, cuando la sociedad introduce una costumbre *contra legem*, y el monarca ó parlamento se hallan tan adheridos á ella, que habrá de resultar un cisma ú otros gravísimos males, si el Sumo Pontífice hace la conveniente reclamación: entonces el silencio de éste es meramente económico y semejante costumbre no puede llegar á ser ley por falta de consentimiento tácito, no pudiendo tener aplicación en este caso el consentimiento legal, porque éste tiene únicamente lugar en la costumbre ignorada por el Papa (3).

Obligación de la costumbre mediante el consentimiento legal.—El consentimiento legal basta, según la opinión más común, para que la costumbre no conocida del legislador llegue á tener fuerza de ley, siempre que por otra parte sea racional y reuna las demás circuntancias necesarias; porque el Sumo Pontífice aprueba por una ley general todas las costumbres razonables y legítimamente prescritas (4), sin que haya necesidad de nuevo consentimiento suyo, para que tengan fuerza de ley (5).

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. II, párrafo 3.º, punct. 4.º

(2) Bouix: Id. ibid., punct. 5.º

(3) Bouix: Id. ibid., punct. 6.º

(4) Cap. I, tít. II, lib. I *sext. Decret.*

(5) Cap. XI, tít. IV, lib. I *Decret.*

Necesidad de la prescripción en la costumbre ignorada por el legislador.—Otra de las condiciones necesarias en la costumbre para que llegue á ser ley, es la de que dure un determinado espacio de tiempo y sin interrupción. Esta condición es únicamente aplicable á la costumbre razonable é ignorada por el legislador, la cual adquiere fuerza de ley por la prescripción, ó sea mediante la repetición no interrumpida de actos por un largo espacio de tiempo que es necesario determinar.

Tiempo necesario para la prescripción en la costumbre præter legem y contra legem.—La costumbre *præter legem* prescribe á los diez años, según la opinión común de los canonistas (1).

Respecto á la costumbre *contra jus*, hay variedad de opiniones sobre el tiempo que es necesario para la prescripción, y pueden resumirse en las siguientes:

a) Unos dicen que las leyes eclesiásticas no recibidas prescriben, mediante la costumbre en contrario de diez años; y que respecto á leyes recibidas se requiere el espacio de cuarenta años para abrogarlas (2).

b) Otros requieren en la costumbre cuarenta años contínuos para abrogar la ley en uno y otro caso.

c) Por último, creen otros que bastan diez años al efecto.

En esta variedad de opiniones puede desde luego asegurarse que es por lo ménos necesario el espacio de diez años, y que basta, sin género de duda, el de cuarenta años, no pudiendo resolverse con certeza, si la costumbre observada por más de diez años y ménos de cuarenta, ha de considerarse como ley mediante la prescripción (3).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in seminario S. Sulpit.*, tom. I, *prolegom.*, pár. 3.° número 16.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. II, párrafo 4.°, punct. 2.°

(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibld.

Efectos de la costumbre.—Esta produce cuatro efectos—interpreta la ley—constituye nueva ley—anula los actos en contrario—abroga la ley.

Cómo interpreta la ley.—La costumbre interpreta la ley preexistente y esto tiene lugar de dos modos, según que la costumbre es de *derecho* ó de *hecho*.

En el primer caso, que tiene lugar cuando la costumbre ha prescrito, obteniendo por esto mismo fuerza de ley, de modo que su interpretación es necesaria, ó se ha de observar necesariamente (1). A esta costumbre se refieren aquellas palabras de Inocencio III: *Consuetudo est optima legum interpres* (2).

La costumbre de *hecho*, que consiste en la mera repetición de actos semejantes, puede interpretar sólo conjetural ó probablemente la voluntad del legislador y el espíritu de su ley; no requiriéndose á este efecto el tiempo de diez años, como en la costumbre de derecho, que interpreta auténticamente la ley (3).

Constituye nueva ley.—La costumbre introduce una nueva ley, y hay obligación de observarla no solo en el fuero externo, sinó también en el de la conciencia, porque esta costumbre ha obtenido fuerza de ley; es el derecho no escrito, y así como la ley obliga según la cualidad de la materia en el fuero de la conciencia, de igual modo obliga la costumbre. A esto se refiere S. Ambrosio en las palabras: *Cum Romæ venio, jejuno sabbato; cum Mediolani sum, non jejuno* (4).

Anula los actos en contrario.—La costumbre razonable y revestida de las demás circunstancias necesarias es verdadera ley; y así como ésta anula los actos contrarios á ella, del mismo modo ha de producir este efecto la costumbre, lo cual se halla por otra parte consignado en las decretales (5).

(1) Cap. L, tít. VI; lib. I *Decret.*
(2) Cap. VIII, tít. IV, lib. I *Decret.*
(3) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. III.
(4) C. XI, Distinct. 12.
(5) Cap. XI, tít. IV, lib. I *Decret.*

Abroga la ley.—La costumbre que llega á ser ley, abroga en todo ó en parte las leyes preexistentes contrarias á ella (1).

Su abrogación por costumbre contraria.—La costumbre puede abrogarse por otra costumbre contraria (2), porque teniendo fuerza de ley, sigue la razón de ella, y así como la ley posterior deroga á la primera, y los pactos novísimos prevalecen sobre los anteriores; de igual suerte la costumbre posterior deroga á la anterior.

Tiempo necesario al efecto.—Sobre el tiempo necesario para que la costumbre posterior derogue á la anterior, ha de tenerse presente:

1. Que si la primera costumbre es *præter jus*, basta el tiempo de diez años para ser abrogada por la costumbre posterior, porque habiendo sido bastante el espacio de diez años para que prescribiese la costumbre anterior, no parece que haya de exigirse más tiempo en la posterior para que tenga fuerza de ley (3).

2. Cuando la primera costumbre era *contra jus* y la posterior restablece el derecho común abrogado ó derogado por aquélla, basta según unos el espacio de diez años para que la costumbre posterior derogue á la anterior.

Otros creen que produce este efecto desde el momento que se observa por la mayor parte del pueblo, fundándose en que el legislador ha de quererlo así, porque esta costumbre restablece su ley (4).

Anulación de la costumbre por una ley posterior.—La costumbre puede ser abrogada por una ley posterior (5); pero como las costumbres pueden ser generales y par-

(1) BOUIX: Id. ibid.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars gen.*, lib. I, tít. III, cap. I, art. 1.°, párrafo 2.°

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. IV, pár. 3.°

(4) BOUIX: id. ibid.

(5) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 3.°, núm. 20.

ticulares, inmemoriales ó que no exceden la memoria de los hombres, de aquí las distintas reglas según la variedad de aquéllas; y pueden resumirse en lo siguiente:

a) La nueva ley general abroga la costumbre general aun cuando no haga mención de ella, porque se supone que el legislador no la ignoraba, fundándose esta doctrina en la constitución dada por Bonifacio VIII en 1301 (1).

b) Las costumbres particulares no inmemoriales se abrogan por una nueva ley general en la que se incluye la cláusula: *Non obstante qualibet consuetudine;* porque si no se derogaran por ella, semejante cláusula sería inútil y supérflua (2).

c) La costumbre particular inmemorial es privilegiada y supone justo título: por lo mismo es necesario que se haga mención de ella para que sea abrogada por la nueva ley. A este efecto bastará la cláusula: *Non obstante qualibet consuetudine etiam immemoriali*, ú otra parecida (3).

Si una ley anterior podrá abrogar la costumbre que se introduzca en lo sucesivo.—Cuando una ley prohibe que se introduzcan en lo sucesivo costumbres contrarias á ella, ¿derogará las costumbres posteriores? Mucho se discute sobre este punto, y como tiene gran interés práctico para los canonistas, es necesario tratar esta cuestión acerca de la cual se hallan divididos los escritores en dos opiniones contrarias. Las razones de cada una de ellas pueden resumirse en lo siguiente:

1. Muchos canonistas (4) sostienen que ninguna costumbre puede prevalecer contra la ley que las prohibe en lo sucesivo, y se fundan en las razones siguientes:

a) Porque tal costumbre es irracional en el mero hecho de prohibirse, no pudiendo por lo tanto prescribir ni derogar la ley.

(1) Cap. I, tít. II, lib. I *sext. Decret.*
(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. IV, pár. 1.º
(3) Bouix: Id. ibid.
(4) Bouix: Id. ibid., párrafo 2.º

b) Porque de no tener este efecto la ley, serán inútiles semejantes cláusulas.

c) Porque en el hecho mismo de prohibirse por la ley que una cosa pueda prescribir, ninguna costumbre podrá hacer que aquella prescriba.

d) La costumbre no puede abrogar la ley sinó mediante el consentimiento del legislador, y este consentimiento no puede presumirse cuando aquel le niega expresamente por la prohibición de una futura costumbre contraria á su ley.

e) El legislador puede anular los futuros contratos, y de igual modo puede anular también la futura costumbre.

2. Suárez defiende como más probable la opinión de los que sostienen que dichas cláusulas prohibitivas (1) de la ley, no impiden que una costumbre posterior pueda prevalecer contra la misma ley; porque dicha costumbre posterior puede sin duda alguna ser razonable, y teniendo esta circunstancia, es fácil que reuna todas las demás condiciones, en cuyo caso tiene aplicación la doctrina ya citada de las decretales sobre este punto (2).

El mismo Suárez se hace cargo de las razones alegadas de contrario, y las contesta del modo siguiente (3):

a) Que una cosa es que la costumbre se prohiba, y otra muy distinta que sea irracional.

b) Que el primer efecto de dicha ley prohibitiva es, que se considere irracional la costumbre en caso de duda, y el otro efecto es prevenir á los encargados del cumplimiento de las leyes, que vigilen y no permitan la introducción de tal costumbre.

c) Que solo probará la mayor obligación de los súbditos á abstenerse de tal costumbre en virtud de la voluntad expresa del legislador.

d) Que solo probará que se necesita mucho tiempo y legí-

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. proleg.*, pár. 3.°, núm. 17.

(2) Cap. XI, tít 4.°, lib. I *Decret.*

(3) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. IV, pár. 2.°

tima prescripción para presumir que el legislador consiente en la costumbre, aun cuando tenga noticia de ella.

e) Que no hay paridad de casos.

¿Los decretos tridentinos pueden anularse por costumbre contraria?—El papa Pío IV decretó en su constitución *Benedictus Deus*, que las disposiciones tridentinas tienen fuerza de ley contra todas las costumbres contrarias que se introdujeran en lo sucesivo, á cuyo efecto las anula anticipadamente y antes de que existan (1).

De manera que ninguna costumbre puede prescribir contra los decretos del Concilio de Trento, cuya doctrina se ve confirmada en muchas decisiones de la Rota Romana (2).

Benedicto XIV siendo arzobispo de Bolonia, manifestó que la costumbre alegada por algunos beneficiados para considerarse exentos de la obligación de hacer la profesión de fé, no tiene valor alguno, *quum Tridentino Concilio apertissime repugnet* (3).

En igual sentido se expresan el cardenal de Luca y Devoti.

Las sagradas congregaciones y tribunales de la curia romana tienen por nulas y destituidas de fuerza de ley las costumbres contrarias á los decretos del Concilio de Trento (4).

De esta doctrina que defienden la generalidad de los canonistas contra la opinión de otros escritores, se deduce:

a) Que dichas costumbres no tienen el consentimiento necesario del legislador en el mero hecho de no ser admitidas por los tribunales romanos (5).

b) Que toda costumbre contraria á los decretos tridentinos no puede admitirse mientras la Santa Sede no la otorgue expresamente su consentimiento.

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 6.ª, cap. IV, párrafo 2.º, punct. 2.º

(2) Bouix: Id. ibid.

(3) *Inst.* LX, núm. 7.º

(4) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit., proleg.*, pár. 1.º, núm. 17.

(5) Bouix: Id. ibid.

TÍTULO TERCERO

COLECCIONES CANÓNICAS

CAPÍTULO PRIMERO.

COLECCIONES DE LOS PRIMEROS SIGLOS.

Reglas por las que se gobernó la Iglesia en un principio.—La Iglesia en los dos ó tres primeros siglos no tuvo otros códigos de leyes, que la Sagrada Escritura y las tradiciones divinas y apostólicas (1).

Las iglesias particulares, fundadas por los Apóstoles ó sus discípulos, conservaban las reglas dictadas por aquéllos, y á ellas se atenían para su régimen y para resolver las controversias que surgían; así que el papa S. Clemente romano, discípulo de S. Pedro, hace mención en su primera carta á los Corintios, de la regla trasmitida por los Apóstoles sobre la sucesión de los obispos, ó sea acerca de la manera de comunicarse el episcopado de unos en otros (2).

S. Ignacio, sucesor de S. Pedro en la silla de Antioquía, recorre las diversas ciudades y exhorta á los cristianos *ut diligentius ac tenacius Apostolorum traditionibus inhærerent* (3).

Las controversias que surgieron desde muy al principio de la Iglesia, se resolvían y fallaban por los papas y concilios con arreglo á las tradiciones apostólicas. A este medio se apeló en las graves cuestiones sobre el día en que debía celebrarse la pascua, lo mismo que en la relativa al bautismo administrado por los herejes.

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. III.
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. I.
(3) BOUIX: Id. ibid.

Sobre estas bases se iba formando un conjunto de reglas escritas, que eran de observancia general en la Iglesia, ó de aplicación exclusiva á una ó más iglesias particulares.

Las costumbres puras de la generalidad de los cristianos, en quienes estaba muy grabada la doctrina de Jesucristo y la predicación de los Apóstoles y de sus primeros discípulos, no requerían muchas leyes eclesiásticas, ni tampoco lo permitía la situación en que se hallaban con respecto á los poderes civiles.

De estos monumentos escritos de los primeros siglos sólo han llegado á la posteridad, además de los sagrados libros, algunas epístolas de los papas y obispos, con las actas de dos concilios celebrados en Cartago el año 256 (1).

Cartas canónicas ó formadas.—Los cristianos necesitaron desde los primeros tiempos un medio seguro de comunicación entre sí, para sostener la unidad y armonía entre las iglesias particulares, ayudarse en sus mútuas necesidades y prevenirse contra las persecuciones de que eran objeto por parte de los gentiles y de los herejes.

A este efecto se servían de las letras canónicas ó formadas (2) que eran: *Las cartas dadas por los obispos á los clérigos ó legos de sus respectivas iglesias, á fin de que se les recibiera como á hermanos por los cristianos del punto á donde se trasladaban.*

Se las llamaba formadas, porque se escribían en una forma especial (3) con signos y caracteres particulares para evitar su falsificación.

Optato de Mileba dice, hablando de estas cartas: *Totus orbis commercio formatarum in una communionis societate concordat.*

Sus especies y á quiénes se concedían.—Las letras

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 22.
(2) DEVOTI: *Inst. Canon.*, libr. I, tít. 4.º, sect. 2.ª, pár. 11, nota 2.ª
(3) DEVOTI: Id. tít. III, sect. 5.ª, pár. 50, nota 2.ª

formadas (1) eran de las tres especies siguientes: *Dimisorias—comunicatorias—comendaticias.*

Las letras dimisorias se daban únicamente á los clérigos que se trasladaban á otra diócesis, con el objeto de fijar allí su domicilio.

Se las daba este nombre y también el de *pacíficas*, porque en ellas se atestaba que el clérigo había dejado la antigua iglesia *cum pace Episcopi sui.*

Las letras comunicatorias se concedían indistintamente á los clérigos ó legos, que viajaban por otra diócesis, en testimonio de su ortodoxia y comunión eclesiástica; porque mediante la íntima unión y armonía entre todos los obispos, ninguno era admitido á la comunión eclesiástica fuera de su diócesis, si no se le consideraba digno de ella por su propio obispo, y por esta razón se llamaban también *pacíficas, eclesiásticas* y *canónicas.*

Las letras comendaticias se daban á las personas, ya fuesen clérigos ó legos, de condición ilustre para que se les prestasen los auxilios necesarios y se los recibiera con especial consideración.

También se concedían estas letras á las personas que habían sido mal reputadas (2).

Quiénes las concedían.—Estas letras se daban por los obispos, y también se concedió esta facultad á los corepíscopos, según se desprende del cánon 8.º del Concilio de Antioquía, que dice: *Nec presbyteri qui sunt in pagis dent canonicas epistolas, vel ad solos vicinos episcopos epistolae emittant. Chorepiscopi autem nulli reprehensioni affines dent pacificas.*

Constituciones apostólicas y su origen.—Muchos escritores creen que las constituciones apostólicas contienen la doctrina de los apóstoles y que fué reducida á escritura por

(1) *Coleccion de Cánones y Concilios de la Iglesia de España*, por D. Juan Tejada y Ramiro, tom. I, pág. 518.

(2) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. III, sect. 5.ª, pár. 50, nota 2.ª

el papa S. Clemente en esta obra, de que le creen autor (1); pero la opinión más probable supone que esta obra es apócrifa (2).

El hecho es, que (3) en la segunda mitad del siglo III apareció en Oriente una obra con el nombre de *Carta de los Apóstoles*, dividida en seis libros, en los que se trata brevemente de la vida y obligaciones eclesiásticas.

A principios del siglo IV se aumentó con un sétimo libro, que contiene preceptos morales y litúrgicos en su mayor parte.

A mediados de dicho siglo se añadió á la obra un libro octavo con el título de *Constituciones acordadas por los doce Apóstoles*, y contenía cánones sobre la ordenación y santas funciones episcopales con algunas reglas de Disciplina.

En aquel mismo tiempo se dió al conjunto de los citados libros el nombre de *Constituciones apostólicas* (4).

Por último, se añadió á principios del siglo VI, como último capítulo del libro octavo, una colección de estatutos disciplinarios, que corrían entónces con el nombre de *Cánones apostólicos* (5).

Su autor.—Esta obra se compuso por uno ó más obispos orientales con los cánones dispuestos por ellos y en los que se contenían los decretos de diversos sínodos, comprensivos de las reglas disciplinales (6) por las que se regían las iglesias de Oriente en los tres primeros siglos (7).

Si tienen autoridad.—San Epifanio, que vivió á fines del siglo IV, habla de ellas con aprecio; pero el libro á que este

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. III, pár. 2.º

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præmot.*, cap. III, pár. 44.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 23.

(4) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 65.

(5) Pueden verse las Constituciones apostólicas en latín y castellano, en la Colección de Cánones y Concilios de la Iglesia de España por D. JUAN TEJANA Y RAMIRO, tom. I, pág. 546, Madrid, 1859.

(6) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. II, pár. 19.

(7) DEVOTI: *Inst. Canon, proleg.*, cap. V, pár. 53.

Santo se refiere y que designa con el nombre de Constituciones apostólicas (1), desapareció con el trascurso de los siglos, ó fué corrompido y adulterado después de su tiempo por los herejes; porque las Constituciones apostólicas que hoy se conocen, no sólo carecen de autoridad, sinó que son dignas de censura por errores dogmáticos, históricos y cronológicos que contienen, y como prueba de ello bastará consignar=

a) Que condenan las cuartas y ulteriores nupcias.

b) Que niegan la validez del bautismo administrado por los herejes.

c) Que enseñan una doctrina herética sobre la divinidad del Verbo y del Espíritu Santo (2).

Por este motivo el Sínodo Trulano las desechó como corrompidas por los herejes (3).

Cánones de los Apóstoles, y su origen.—Algunos escritores los consideran como obra de los Apóstoles y creen que fueron reducidos á escritura por el papa S. Clemente (4), cuya opinión fué general entre los orientales.

Otros suponen que datan desde el siglo II, III ó IV. (5).

Otros escritores creen, que los cánones llamados de los Apóstoles se compusieron en Siria á mediados del siglo V (6).

Su número, y quién fué su autor.—El cánon tercero de la distinción 16, dice que son cincuenta los cánones de los apóstoles—el canon segundo de la misma cuenta sesenta —y el canon cuarto siguiente ochenta y cinco.

Esta misma variedad hace suponer con algún fundamento,

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 2.°

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, párrafo 44.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 2.°

(4) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, párrafo 53.

(5) DEVOTI: *Inst. Canon., proleg.*, cap. V, párrafo 53, nota 9.—VECCHIOTTI: *Inst. Canon.* lib. I, cap. II, párrafo 21.—BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, ibid., párrafo 3.°

(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, párrafo 23.

que estos cánones no se compusieron á la vez, ni por un mismo autor (1).

Si fueron dados por los Apóstoles y reducidos á escritura por el papa S. Clemente. — Puede desde luego asegurarse que no son obra de los Apóstoles, ni divulgados ó reducidos á escritura por el Papa S. Clemente (2), demostrándolo así las consideraciones siguientes:

1. Los padres de los primeros siglos no hacen mención alguna de ellos y no parece creible que Eusebio de Cesárea, San Jerónimo y otros muchos que con la mayor diligencia trabajaron por conservar la memoria de los escritores eclesiásticos, dejasen de hablar de esta colección, si hubiera existido en su tiempo, ó se la hubiese considerado como obra de los Apóstoles (3).

2. El papa S. Victor, en la gran controversia contra los cuartodecimanos sobre la celebración de la Pascua, no los cita, á pesar de que en ellos se resuelve la cuestión (4), mandando deponer al obispo, presbítero ó diácono que celebre la Pascua en el día que lo hacían los judíos (5).

3. En el siglo III se disputó con motivo del cisma de los Novacianos sobre la validez del bautismo conferido por los herejes, que sostenía el papa S. Esteban contra S. Cipriano; y éste no hubiera dejado de apelar á esta fuente, si realmente se hubiese considerado como legítima, puesto que se halla resuelta á su favor (6) en los cánones llamados de los Apóstoles (7).

4. En dichos cánones se habla de la división de parro-

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. II, párrafo 21.

(2) Estos cánones pueden verse en la colección de cánones y concilios de la Iglesia de España por D. Juan Tejada y Ramiro, tom. I, pág. 530.

(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, párrafo 45.

(4) Cánon 7.º

(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, ibid., párrafo 20.

(6) Cánones 45, 46 y 67.

(7) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, párrafo 53, nota 4.ª

quias (1)—de la celebración de los concilios provinciales dos veces al año (2)—de la distinción entre los bienes del obispo y de la Iglesia (3)—de los subdiáconos, cantores y lectores (4).

Todo esto es, sin género alguno de duda, creación de la Iglesia en tiempos posteriores á la edad apostólica.

5. Los citados cánones contienen cosas contrarias á las prescripciones de los Apóstoles y á la doctrina católica; así que tienen por bígamo únicamente al que se ha casado con dos mujeres después del bautismo (5)—enseñan una doctrina herética sobre el bautismo y ordenación hecha por los herejes (6). Se imponen la pena de suspensión al clérigo y la de excomunión al lego que ayunan los sábados ó domingos (7)—colocan entre los libros canónicos las dos epístolas de S. Clemente; tres libros de los Macabeos, los ocho libros de las Constituciones apostólicas, los cánones de los Apóstoles (8); y excluyen los libros del Eclesiástico, Tobías, Judít, Esdras y el Apocalipsis (9).

6. El estilo de estos cánones no conviene ciertamente con la edad apostólica, ni tampoco se encuentran en ellos decididas las diferentes controversias suscitadas en tiempo de los Apóstoles (10).

Contienen en parte la primitiva disciplina de Iglesia.—Es opinión común entre los eruditos que estos cánones, á excepción de los anteriormente señalados como contrarios á la doctrina católica, contienen la primitiva disciplina de la Igle-

(1) Cánon 14.
(2) Cánon 36.
(3) Cánon 39.
(4) Cánon 42.
(5) Cánon 16.
(6) Cánones 45, 46 y 67.
(7) Cánon 65.
(8) Cánon 84.
(9) CAMILLIS: *Inst. Canon.*, lib. I, sect. 2.ª, cap. I y IV.
(10) BERARDI: *Inst. Jur. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª tít. VIII, pár. 4.°

sia, y que son un resumen de las reglas observadas en los primeros tiempos, siendo por lo tanto uno de los medios para demostrar muchas verdades importantes profesadas siempre entre los católicos.

Tales son las siguientes:

a) Las ordenaciones de los obispos, presbíteros y otros clérigos, que datan desde el principio de la Iglesia.

b) La diferencia entre clérigos y legos.

c) La potestad de los obispos en los clérigos y en la administración de las cosas eclesiásticas.

d) El dogma del santo sacrificio de la Misa.

e) El derecho de imponer censuras y otras penas eclesiásticas (1).

Su au oridad.—En cuanto á la autoridad de estos cánones habrá de tenerse presente que la Iglesia griega recibió todos los ochenta y cinco (2), como obra de los Apóstoles; así que el emperador Constantino, en su segunda carta (3) á Eusebio de Cesárea los cita como si fueran leyes vigentes en la Iglesia.

En este mismo sentido se expresa Justiniano y el Sínodo Trulano.

S. Juan Damasceno los considera como dados por los Apóstoles (4) y no duda contarlos entre el número de los libros canónicos.

Focio, Zonaras, y Balsamón los incluyeron en sus colecciones, siguiendo el ejemplo de Juan el escolástico y de otros.

En una palabra, la Iglesia griega los recibió desde muy antiguo como leyes de observancia general en todo el Oriente (5).

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, pár. 46.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 23.
(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 3.º
(4) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 33, nota 3.ª
(5) C. 4 y 7, dist. 16.

La Iglesia latina no admitió estos cánones (1), hasta que Dionisio el Exiguo incluyó en su colección los cincuenta primeros consignando: *Eis plurimos non facilem præbuisse assensum*, y áun puede asegurarse que tardaron algún tiempo en tener autoridad legal; puesto que el papa Gelasio dice en el sínodo romano del año 494: *liber canonum apostolorum est apocriyphus*, y por otra parte dejaron de insertarse en varias colecciones de aquella época (2); pero después la mayor parte de las colecciones que se formaron en los distintos paises de la Iglesia occidental, incluyeron estos cincuenta cánones, llegando por este medio á obtener la autoridad legal.

Esteban III decía en el Concilio Romano del año 769: *Non amplius suscipiantur Apostolorum canonum prolata per S. Clementem, nisi quinquaginta capita, quæ suscipit Sancta Dei Catholica, Romana Ecclesia* (3).

El papa León IV, en su carta del año 850 á los obispos de Inglaterra, les dice: *Cánones quibus in omnibus judiciis ecclesiasticis utimur, sunt canones, qui dicuntur Apostolorum* (4).

De todo esto resulta que los expresados cincuenta primeros cánones apostólicos, y no los restantes, obtuvieron autoridad, ménos el 45 y 46, según se deja ya manifestado.

Utilidad ó necesidad de las colecciones, y distinta manera de formarlas.—Siempre se consideraron de gran utilidad las colecciones de cánones (5); pero desde que estos fueron aumentando extraordinariamente en proporción á las necesidades de la sociedad cristiana, hubo absoluta necesidad de recogerlos en uno ó muchos códigos (6).

La multitud de códigos, que se iban aumentando con nue-

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, pár. 4.°
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 53, nota 1.ª
(4) BOUIX: Id. ibid.
(5) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, título VI, párrafo 4.°
(6) BERARDI: Id. ibid., párrafo 1.°

vos volúmenes, hizo preciso que se redujeran á cierto orden no ménos que las materias en ellos contenidas.

Sobre este punto hubo diversos métodos, que pueden resumirse en los siguientes (1):

a) Unos siguieron el orden cronológico y este método se observó generalmente en los primeros tiempos como el más propio porque el número de cánones era reducido.

b) Otros formaron los códigos, siguiendo el orden de materias, y este método prevaleció sobre el cronológico desde que creció considerablemente el número de cánones, como el más á propósito para su estudio y para la práctica.

c) Estos formaron sus colecciones, incluyendo en ellas los cánones íntegros sin omitir nada.

d) Aquellos tomaban fielmente las mismas palabras de los cánones; pero omitían aquéllas que no consideraban necesarias para comprender su sentido.

e) Muchos colectores prescindían de las palabras del texto, y exponían su sentido en pocas palabras.

f) Colecciones de autoridad pública, en cuanto que se formaron por mandato de los obispos, á fin de que se depositasen y guardasen en el archivo de cada Iglesia para norma de lo que se había de obrar.

g) Las colecciones de autoridad privada, que eran las compuestas por los particulares para facilitar el conocimiento de las leyes de la Iglesia, ó en beneficio de los mismos profesores de la disciplina eclesiástica.

Su autoridad.—Las colecciones formadas por la autoridad pública, ó de orden suya, tienen en sí fuerza obligatoria (2).

Las colecciones hechas por autoridad privada, ó sea por los particulares, no tienen otra autoridad que la correspondiente á las fuentes de donde se han tomado.

Estas colecciones privadas podrán adquirir autoridad públi-

(1) BERARDI: Id. ibid.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit. proleg.*, párrafo 4.º, núm. 22.

ca por aceptación del legislador ó por la costumbre, y serán de observancia general ó particular, según que se hayan aceptado en toda la Iglesia ó en alguna iglesia particular (1).

Debe advertirse, que en materias de fé y de costumbres no cabe diferencia alguna entre las iglesias, según las conocidas palabras de Tertuliano: *Regula fidei una omnino est, sola, immobilis et irreformabilis;* pero en cuanto á la disciplina puede existir diversidad de reglas entre las iglesias sin que se rompa la unidad de comunión entre los cristianos, y á este propósito dice S. Agustín: *Quod enim neque contra fidem, neque contra bonos mores convincitur, indifferenter habendum est* (2).

Las colecciones ó cánones supuestos y apócrifos que se atribuyen á ciertos autores, de quien no son, ó que han sido adulterados, corrompidos ó supuestos, no tienen autoridad alguna.

Esta adulteración de los códigos puede provenir—de los mismos colectores—de los amanuenses—de los archiveros (3), y para no dejarse sorprender de tales invenciones ó monumentos espúreos habrá necesidad de emplear una severa crítica en el examen de las colecciones canónicas (4).

CAPÍTULO II.

COLECCIONES DE LA IGLESIA ORIENTAL.

Introducción.—Antes de tratar de las colecciones de la Iglesia oriental debo advertir:

1.º Que los orientales desplegaron un celo vehemente por conservar los monumentos de la antigüedad eclesiástica, formando distintos códigos de cánones, y de ello suministra no pocos datos la historia.

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV.

(2) Distinct. 12, C. XI.

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VI, párrafo 4.º y siguientes.

(4) BERARDI: Id. ibid., tít. VII.

2.° Consta á la vez por monumentos indubitables de la antigüedad, que desde muy antiguo falsificaron los códigos, y de ello se quejó ya en el Concilio de Calcedonia el legado pontificio (1).

3.° Las primeras colecciones de los cánones de Oriente no han llegado hasta nosotros, y solo tenemos noticias de ellas por lo que nos dicen las colecciones de Occidente y por algunos otros datos de la antigüedad (2).

§ 1.°

Primeras colecciones de la Iglesia oriental.

Primera colección de la Iglesia oriental.—Se cree generalmente que la primera colección de la Iglesia oriental comprendía=

a) Veinte cánones del Concilio general de Nicea celebrado en 325.

b) Veinticinco del de Ancira y catorce del de Neocesaréa, celebrados en 314.

c) Veinte del de Gangres (3), celebrado en 365 (4).

Su método.—Esta colección sigue el orden cronológico, que se halla alterado con respecto al Concilio de Nicea, cuyos cánones están colocados en primer lugar por respeto á su autoridad y la especial veneración hácia aquel Concilio, según dice Juan el Escolástico en el prefacio de su colección (5).

Adición á la misma.—Esta primera colección se au-

(1) BERARDI: Id. ibid., tít. VIII.

(2) WALTER: *Derecho eccles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 62.

(3) Pueden verse todos en la colección Canónica-goda de Tejada y Ramiro, tomo 1.°, página 8.ª y sig.

(4) WALTER: Id. ibid., párrafos 61 y 62.

(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª. cap. II, pár. 2.°

mentó con veinticinco cánones del Concilio de Antioquía (1) celebrado en 332.

Como sus disposiciones se colocaron á continuación de las del Concilio de Gangres, se infiere por los críticos que dicho Concilio no figuró en la primera colección (2).

Colección de que se hizo uso en el Concilio de Calcedonia.—El Concilio de Calcedonia hizo uso de una colección en la que figuraban los cánones por el orden referido sin distinción alguna acerca del concilio de donde procedían (3), como lo demuestran las referencias y citas de cánones que se leyeron en el código ante el concilio (4).

Se ignora el autor de esta colección y el tiempo en que se publicó.

Colecciones del siglo V.—En el siglo V se formaron otras tres colecciones, bajo la base de la que se deja citada, y su orden es el siguiente:

1. Una comprendía los cánones nicenos, de Ancira, Neocesaréa, Gangres, Antioquía, y á continuación los cánones del concilio de Laodicea, celebrado en 372, y los del ecuménico de Constantinopla, celebrado en 381, cuyo ejemplar tradujo Dionisio el Exiguo en el siglo V (5).

2. Otra contenía los citados cánones de Nicea, Ancira, Neocesaréa, Gangres, Antioquía, y á continuación los de Laodicea, Constantinopla y Calcedonia. De esta colección se tradujeron los cánones de la antigua colección española.

3. Finalmente, la otra colección contenía los cánones de Ancira, Neocesaréa, Nicea, Gangres, Antioquía, Calcedonia y los del concilio de Constantinopla; de cuyo ejemplar se tradujo la colección conocida en Occidente con el nombre de *Prisca*.

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 47.
(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, ibid., pár. 62.
(3) BOUIX: Id. ibid.
(4) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 54
(5) WALTER: Id. ibid.

Suplementos á las mismas.—Estas colecciones fueron adicionadas=

a) Con los ochenta y cinco cánones llamados de los Apóstoles.

b) Veintiuno del Concilio de Sárdica, celebrado en 344.

c) Ocho del ecuménico de Efeso (1).

Se ignora la época en que esto tuvo lugar; pero es indudable que las expresadas colecciones griegas contenían en el siglo VI los cánones apostólicos; los cánones de Nicea, Ancira, Neocesaréa, Sárdica, Gangres, Antioquía, Laodicea, Constantinopla, Efeso y Calcedonia (2).

§ 2.°

Colecciones por orden de materias.

De las anteriores colecciones se formaron después otras en las que se colocaron los cánones por orden de materias.

Existió una dividida en sesenta títulos, según afirma Juan el Escolástico (3), y de la cual no se tienen datos precisos para apreciar se importancia.

Juan el Escolástico y su colección.—Este escritor era presbítero de Antioquía, primer controversista ó escolástico (4) y compuso en 560 (5), su colección.

Está dividida en cincuenta títulos ó materias, y contiene=

a) Los ochenta y cinco cánones de los Apóstoles.

(b) Veinte del Concilio de Nicea ó primero general.

(c) Veinticinco del de Ancira.

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, pár. 55.

(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 66.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. II, pár. 3.°

(4) DEVOTI: Id. ibid.

(5) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, pár. 6.

d) Catorce del de Neocesaréa.

e) Veintiuno del de Sárdica.

f) Veinte del de Gangres.

g) Veinticinco del de Antioquía.

h) Cincuenta y nueve del de Laodicea.

i) Seis del de Constantinopla.

j) Ocho del de Efeso.

k) Veintisiete del de Calcedonia.

l) Sesenta y ocho entresacados de tres epístolas canónicas de S. Basilio (1).

Si introdujo en esta alguna novedad.—Este autor expresa en el prefacio de la obra=

1. Que los cánones comprendidos en ella se hallaban ya en otras colecciones, ménos los de S. Basilio, acerca de los cuales dice: *Prœterea Basilii canones cæteri non conjunxerunt.*

2. Que los cánones apostólicos y sardicenses se hallaban en otras colecciones, careciendo por lo tanto de fundamento=

a) La doctrina de Firmiano y otros para quienes nadie había codificado los cánones apostólicos hasta dicho autor (2).

b) La opinión de Cristóforo Justello, que atribuye á Juan el Escolástico haber sido el primero en insertar los cánones sardicenses.

c) La afirmación de otros escritores para quienes Juan el Escolástico fué el primero que adoptó el orden de materias, abandonando el cronológico (3).

Precaución con que debe leerse.—La colección de Juan el Escolástico debe leerse con cierta prevención, porque el autor invadió la silla de Constantinopla, fomentó el cisma y apoyó la disciplina eclesiástica más en las leyes de los emperadores, que en las reglas de la Iglesia (4).

(1) WALTER: Id. ibid.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. II, pár. 3.°

(3) BOUIX: Id. ibid.

(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 47.

Extracto de ella.—El patriarca Juan *Jejunator* hizo un extracto de la colección anterior en lo concerniente á la penitencia, que era en aquella época un ramo importantísimo de la disciplina eclesiástica (1).

Colección del Concilio in Trullo.—Los Concilios V y VI general no dictaron disposición alguna en materias de disciplina, y Justiniano II trató de suplir este vacío, reuniendo el año 692 en su palacio imperial un concilio conocido con el nombre de *quinisexto*, porque sus cánones son para los griegos como un apéndice de los Concilios II y III de Constantinopla.

Este Concilio es conocido más comunmente con el nombre de *in Trullo* ó *Trulano* (2), que era el nombre del salón donde se reunió.

En este sínodo se dieron ciento dos cánones (3), y en el segundo de ellos se hacía una relación de los anteriores, que debían ser considerados como leyes eclesiásticas, y eran los siguientes (4):

a) Ochenta y cinco cánones de los Apóstoles (5).

b) Los cánones de Nicea, Ancira, Neocesaréa, Gangres, Antioquía, Laodicea, Constantinopla, Efeso, Calcedonia y Sárdica (6).

c) Cánones del concilio celebrado en Cartago el año 419; el cual reprodujo los cánones de todos los concilios africanos celebrados desde el año 394 (7).

d) Los decretos de un sínodo celebrado en Constantinopla por el patriarca Nectario en 394 (8).

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib II, cap. II, pár. 66.
(2) WALTER: Id. ibid., pár. 70.
(3) C. VI, *Distinct.* 16.
(4) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 70.
(5) C. VII, *Distinc.* 16.
(6) C. VII. *Distinct.* 16.
(7) C. VII, *Distinct.* 16—WALTER: Id. ibid., pár. 70 y 71.
(8) WALTER: Id. ibid., pár. 70.

e) Las resoluciones canónicas de doce patriarcas y prelados orientales en los siglos III y V (1).

f) El canon de un concilio cartaginés presidido por san Cipriano en 256 (2).

g) A los anteriores cánones se agregaron los demás del sínodo Trulano, que la Iglesia romana consideró como un conciliábulo, no admitiéndolos sinó en la parte que no se oponían á los cánones de los concilios anteriores, ni á las buenas costumbres, según hizo entender á los griegos el obispo Humberto, legado de León IX (3).

Adiciones á la misma.—La colección de la Iglesia oriental se aumentó después con los cánones siguientes:

a) Veintidos cánones del sétimo Concilio general.

b) Diez y siete del seudosínodo celebrado por Focio contra el patriarca Ignacio y sus adictos en 861.

c) Veintisiete del octavo Concilio general; pero este Concilio fué anulado por Focio después de su reposición, en un sínodo celebrado en Santa Sofía el año 879, sustituyendo á los cánones del citado Concilio ecuménico los tres que se hicieron en este conciliábulo (4).

§ 3.º

Colecciones de leyes seculares y colecciones mixtas.

Leyes seculares sobre asuntos eclesiásticos.—La potestad temporal dictó muchas disposiciones en asuntos eclesiásticos desde la conversión de Constantino, y fueron tenidas en gran consideración, siempre que no se oponían á las disposiciones de la Iglesia; pero creció su autoridad desde que Justi-

(1) C. VII, Distinct. 16.
(2) C. VII, Distinct. 16.—WALTER: ibid.
(3) DEVOTI: *Instit. Can., proleg.*, cap. V, pár. 56, nota 2.ª
(4) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 70.

niano trató de sostener la disciplina eclesiástica con el amparo de la legislación civil.

Las leyes dadas con este objeto salieron incorporadas con todas las demás en el nuevo código promulgado en 534. Las posteriores á este año fueron compiladas por autoridad privada, conociéndose una de ellas con el título de *Colección de las ciento sesenta y ocho novelas*, y de ella usaba la Iglesia griega (1).

Colecciones de ellas en lo relativo á materias eclesiásticas.—Como las constituciones imperiales iban creciendo considerablemente, fué ya preciso compilar separada mente lo concerniente á la Iglesia, y á este efecto se hicieron las colecciones siguientes:

1.ª Juan el Escolástico fué elevado á la silla de Constantinopla (2), bajo la protección del emperador Justiniano, en 564 y entónces compuso una colección por orden de materias, que además del prefacio consta de extractos de diez novelas, divididas en ochenta y siete capítulos (3).

2.ª A fines del siglo VI se escribió otra colección por autor desconocido; no tiene prefacio y contiene el texto literal del Código y de las Novelas en veinticinco capítulos (4).

3.ª Por último, se escribió otra colección dividida en tres partes:

a) La primera es un sumario completo de los trece primeros títulos del Código.

b) La segunda contiene en seis títulos los textos de las Pandectas é Instituta en lo relativo al derecho eclesiástico.

c) La parte tercera trae en tres títulos difusos las treinta y cuatro Novelas.

Como suplemento á esta obra se insertan en ella cuatro novelas del emperador Heraclio sobre materias eclesiásticas.

(1) WALTER: Id. ibid., pár. 67.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, pár. 6.º
(3) WALTER: Id. ibid., párrafos 66 y 68.
(4) WALTER: Id. ibid., párrafo 68.

Esta colección es del último tercio del siglo VI, á juicio de algunos críticos, ignorándose el autor de ella (1).

Colecciones mixtas.—Se llaman colecciones mixtas, *La reunión de las leyes eclesiásticas y civiles relativas á cada materia bajo una misma clasificación sistemática.*

Esta clase de trabajos se hizo para facilitar el estudio de ambos derechos á la vez (2).

Primer nomocanon, y sus fuentes.—La primera colección de esta índole es un *nomocanon* dividido en cincuenta títulos.

En cada título presenta las disposiciones canónicas tomadas de la colección en cincuenta títulos de Juan el Escolástico, y á continuación las leyes civiles sobre la misma materia, que se tomaron en su mayor parte de la colección del mismo Juan, dividida en ochenta y siete capítulos, y del Código y Pandectas.

En el prefacio de esta obra se dice, acerca de las fuentes de donde se tomó, lo siguiente: *Ea quæ conjuncta sunt cum sacris canonibus sanctorum Apostolorum, et Sanctorum Patrum qui in singulis synodis Apostolorum vestigia sunt secuti, è divinis constitutionibus, in codice quem promulgabit Justinianus dispersis, transcripsi* (3).

Su autor.—Esta obra se escribió por la época de la muerte de Justiniano, y aunque se atribuye generalmente á Juan el Escolástico (4) se considera esta opinión por otros escritores (5) como errónea.

Se nota bastante variedad entre los distintos ejemplares de la obra; unos copian literalmente los textos de cánones y leyes,

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 68.

(2) WALTER: Id. ibid., párrafo 69.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. II, párrafo 3.º

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles*, lib. I, cap. III, párrafo 25.—BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, párrafo 6.º—DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, párrafo 56.

(5) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 69.

y otros solo citan los cánones poniendo el texto íntegro de las leyes.

Suplemento al mismo.—El *nomocanon*, ó ley eclesiástica y civil, de que se viene tratando, tiene al final un suplemento de ventiun capítulos, extractados de los ochenta y siete, ó sea de la citada colección dividida en ochenta y siete capítulos.

Segundo nomocanon.—Existió otro *nomocanon*, del cual habla Focio en su obra, y según lo que dice él, estaba dividido en dos partes.

Contenía la primera los cánones de diez concilios que había reunido Juan el Escolástico en su colección—los cánones apostólicos—los del concilio celebrado en Cartago el año 419—las decisiones canónicas de los Santos Padres.

La parte segunda es un *nomocanon* en catorce libros, presentando en cada uno de ellos las citas numeradas de los cánones y extractos de las leyes de Justiniano, sobre cada una de las materias, copiadas generalmente de la colección tripartita ya citada (1).

Focio y su nomocanon.—Focio invadió la silla de Constantinopla, y consumó, por decirlo así, el cisma entre una y otra Iglesia (2). Siguiendo el ejemplo de Juan *el Escolástico*, compuso su colección ó nomocanon el año 883, y tiene (3) por base el *nomocanon* citado en el párrafo anterior.

Partes en que se divide.—Está dividida en dos partes: La primera contiene=

a) Los ochenta y cinco cánones de los Apóstoles.
b) Los de los diez concilios citados por el Sínodo Trulano.
c) Los del Sínodo de Cartago del año 419.
d) Los del Sínodo Constantinopolitano de 394.
e) Los ciento dos del Sínodo *in Trullo*.
f) Veintidos del sétimo Concilio general.

(1) WALTER: Id. ibid.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*; part. 1.ª, tít. VIII, párs. 2.º y 8.º
(3) WALTER: Id. ibid., párrafo 71.

g) Diez y siete del Sínodo Constantinopolitano de 861.

h) Tres del celebrado en dicha ciudad el año 879.

i) Las decisiones canónicas de los Santos Padres, aunque no de todos los citados por el Concilio quinisexto, omitiéndose también el canon del Concilio de Cartago de 256.

La parte segunda es la misma del *nomocanon* citado con el título de segundo nomocanon, con adiciones ó citas de cánones posteriores (1).

Comentarios al mismo.—Los comentarios sobre las colecciones ó disposiciones canónicas no se conocieron hasta el siglo VIII, en cuya época compuso uno Teodoro Prodromo (2); pero yendo en aumento el número de leyes emanadas de las distintas fuentes del Derecho, se dejó sentir la necesidad de un trabajo científico sobre esta materia, llevándolo á efecto =

1. Juan Zonaras, primer secretario del Emperador, y después monje, comprendió que la colección de Focio se prestaba perfectamente para un trabajo de esta índole, y en su virtud la adicionó por los años 1120 en su primera parte (3), con glosas bastante extensas, sin salirse del sentido literal del texto.

2. Teodoro Balsamon, prefecto de los archivos de la Iglesia de Constantinopla y después patriarca de Antioquía sólo en el nombre (4), repitió el mismo trabajo en 1170, extendiéndolo al nomocanon ó parte segunda de dicha colección, á excitación del emperador Manuel Comneno y de Miguel Anchial, patriarca de Constantinopla.

Este trabajo tiene por objeto la concordancia de anomalías aparentes; el examen de las relaciones entre los cánones y leyes seculares dando la preeminencia á aquéllos. No se reconoce autoridad alguna sobre materias eclesiásticas en las leyes de Justiniano, no incluidas en las Basílicas (5).

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 71.
(2) WALTER: Id. ibid., párrafo 73.
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, párrafo 9.°
(5) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 73.

Compendios de las colecciones.—Con el objeto de simplificar el estudio de las colecciones se escribieron varios compendios de ellas, acerca de los cuales me limito á las indicaciones siguientes:

1. En el siglo V existía uno, que se atribuyó á Esteban de Efeso, y se aumentó después con resúmenes de los documentos canónicos posteriores (1).

2. Miguel Pselli escribió en 1071 una colección de esta clase con el título de *Synopsis canonum;* está dividida en dos partes.

La primera trata sumariamente de Dios, de la Trinidad y Encarnación, con una breve historia, al final, de los siete concilios generales.

La parte segunda contiene los cánones=

a) De los diez concilios tantas veces citados.

b) Los sesenta y ocho cánones de S. Basilio.

c) Los cánones de los Santos Padres citados en el sínodo *in Trullo.*

d) Los ochenta y cinco cánones de los Apóstoles (2).

3. Alejo Aristino, diácono de la Iglesia de Constantinopla (3), compuso en 1130 una colección con el nombre de *Synopsis canonum* por orden del emperador Comneno, y es un resumen ó breviario del antiguo código de la Iglesia griega.

Presenta en compendio—los cánones nicenos—anciranos—neocesarienses—gangrenses—antioquenos—laodicenos—constantinopolitanos—efesinos y calcedonenses.

Se hallan después los cánones apostólicos—sardicenses—veintidos africanos—los trulanos, y tres de la epístola canónica de San Basilio (4).

4. Arsenio, monje del monte Athos, y después patriarca de

(1) WALTER: Id. ibid., párrafo 74.
(2) BOUIX: *De princip. Jur., Canon.,* part. 3.ª, cap. III.
(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico,* part. 1.ª, tít. VIII, párrafo 9.º
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.* ibid.

Constantinopla, compuso sobre el año 1255 otra colección con el nombre de *Synopsis divinorum canonum* (1).

Presenta por el orden de materias los cánones de los concilios, las epístolas de los padres griegos, citados en el *Sínodo quinisexto*, y las constituciones imperiales sobre cosas eclesiásticas (2).

5. *Epitome divinorum et sanctorum canonum*, escrito por Constantino Harmenopulo (3) sobre el año 1350.

Está dividido en seis secciones, y cada una de éstas en títulos.

Trata la primera de los obispos.

La segunda, de los presbíteros, diáconos é hipodiáconos.

La tercera, de las cosas que son comunes á los clérigos y legos.

La cuarta, de los monjes y monasterios.

La quinta, de los legos.

La sexta, de las mujeres (4).

6. El monje Mateo Blastares compuso sobre el año 1335 una colección, dándola el título de *Syntagma alphabeticum rerum omnium quæ in sacris divinisque canonibus comprehenduntur* (5).

Está dividida en capítulos desiguales, ordenados alfabéticamente, conforme á la palabra principal de cada rúbrica y con numeración separada debajo de cada letra.

En cada capítulo se coloca en primer término un resumen de los cánones, tomados de las colecciones ordinarias, y en seguida las leyes civiles sobre la misma materia, sin indicarse las fuentes de donde se tomaron (6).

(1) BOUIX: *De princip. Jur Canon.*, part. 3.ª, cap. III.
(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 74.
(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª tit. VIII, pár. 9.°
(4) BOUIS: *De princip. jur. canon. ibid.*
(5) BOUIX: Id. ibid.
(6) WALTER: Id. ibid., párrafo 75.

§ 4.º

Cambios trascendentales en la legislación y autoridad de las colecciones.

Modificaciones notables en la legislación.—Las fuentes seculares íbanse alterando considerablemente, y desde el reinado del emperador Heraclio, no era el idioma latino el del foro, ni se consultaba el texto original de los libros de Justiniano, sinó sus traducciones y compilaciones.

Por este motivo se hizo por orden de los emperadores, al finar el siglo IX, una nueva colección con el nombre de Basílicas; pero como no quedaban abrogadas las leyes de Justiniano, ni sus colecciones, la Iglesia de Oriente se servía de las Basílicas y de las colecciones en ochenta y siete capítulos—veinticinco capítulos—y de la tripartita.

Prevaleció en la práctica civil la opinión de que solo tenían autoridad las leyes recopiladas en las Basílicas, y la Iglesia griega adoptó en la práctica esta opinión desde el siglo XII, entrando á formar parte de su legislación, juntamente con las Basílicas, las disposiciones dadas sobre materias eclesiásticas por los emperadores Basilio y León *el Filósofo*, Constantino Porfirogéneto, Alejo Comneno, Juan Comneno é Isaac Angel (1).

Las fuentes eclesiásticas iban á la vez aumentando el Derecho Canónico con las decisiones de prelados ilustres, epístolas canónicas y decretos sinodales de los patriarcas de Constantinopla, en unión con los obispos más inmediatos. Por otra parte, la colección de Focio, que no tuvo gran autoridad al principio con motivo de haber sido aquel depuesto por segunda vez en 886 por el emperador León, la adquirió desde que se honró su memoria en el siglo X (2).

La colección de Focio con los comentarios de Zonaras, y

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 72.
(2) WALTER: Id. ibid.

principalmente de Balsamon, y el Syntagma de Blastares, son en la actualidad de uso corriente en la Iglesia griega.

Colección del monje Teodorito.—En 1800 se imprimió en Leipsick bajo la dirección de Teodorito, monje del monte Athos, y por disposición del patriarca y sínodo: una colección que comprende todos los cánones (1) de concilios y Santos Padres, admitidos desde el tiempo de Focio y Zonaras, conservando el griego antiguo y el orden adoptado por este comentador, quien colocó en primer lugar los concilios generales é introdujo varios documentos omitidos por Focio, como el Concilio celebrado en Cartago por S. Cipriano en 256, y los cánones de muchos Santos Padres, nombrados por el Sínodo Trulano (2).

La expresada colección lleva una glosa en griego moderno, extractada de los comentadores Balsamon y Zonaras, y algunas veces de la *Synopsis* de Alejo Aristino y de otro escritor anónimo, teniendo además presente para la interpretación los cánones de Santos Padres que gozaban de autoridad tradicional, por más que no se hallasen confirmados por concilios generales.

No se cita en la glosa de los antiguos códigos civiles, sinó las concordancias con los cánones, y al final de esta colección van algunos formularios eclesiásticos (3).

Autoridad de las anteriores colecciones.—El breve resumen que se ha hecho de las principales colecciones de la Iglesia oriental, prueba desde luego el gran celo y laboriosidad de sus obispos, no ménos que la importancia y aceptación con que se recibieron sus trabajos; pero estos se hicieron por autoridad privada, y no tienen por lo mismo otro valor legal, que el correspondiente á las fuentes de donde se tomaron.

Se debe además advertir, que los obispos de aquel país se manifestaron desde el siglo V muy inclinados al cisma, como lo

(1) WALTER: Id. ibid., párrafo 76.
(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 73.
(3) WALTER: Id. ibid., párrafo 76.

demuestra la conducta de Anatolio y demás obispos orientales en el Concilio de Calcedonia.

No puede tampoco olvidarse la manera empleada por Juan de Antioquía y Focio para ocupar la silla de Constantinopla, y el modo de producirse Teodoreto de Cirene con respecto al error de Nestorio.

Vemos también que los legados pontificios demostraron á los griegos en la sesión 17 del Concilio de Calcedonia que habían adulterado en sus códices el canon 6.° del Concilio de Nicea en lo relativo á los derechos del patriarcado.

Reglas que han de tenerse presentes.—Para obrar con rectitud en esta materia es preciso advertir:

a) Que deberán anteponerse las colecciones más antiguas, y que contienen las disposiciones de la Iglesia según la lengua original y primitiva en que se consignaron.

b) Que debe leerse con prevención en sus colecciones todo lo que sea favorable al cisma.

c) Que debe recibirse con suma cautela todo lo relativo al cisma ó herejía, á que se hallaban inclinados los respectivos autores de las colecciones (1).

(1) CAMILLIS: *Inst. Jur. Can.*, lib. I, sect. 2.ª, cap. I.—BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII.

CAPÍTULO III.

COLECCIONES DE LA IGLESIA OCCIDENTAL.

ARTÍCULO I.

DERECHO CANÓNICO ANTIGUO.

SECCIÓN 1.ª

Colecciones romanas.

§ 1.º

Colección de la Iglesia romana en el siglo IV. La Iglesia romana se guió en un principio, como todas las demás iglesias, por las sagradas Escrituras y tradiciones apostólicas, pero en el siglo IV tenía ya su colección, cuya existencia se halla demostrada por muchos hechos, entre los cuales me limito á citar los siguientes (1):

1. La carta primera de S. Siricio, dirigida en 385 á Himerio, obispo de Tarragona, en la que dice entre otras cosas: *Statuta Sedis Apostolicæ, vel canonum venerabilia definita, nulli sacerdotum Domini ignorare sit liberum.*

Este Papa no podría expresarse (2) en los términos citados, si no hubiera á la mano un código, en el que los sacerdotes pudieran adquirir el debido conocimiento de los sagrados cánones.

2. En el Concilio de Calcedonia los legados pontificios apelaban á su códice, y los griegos á otro código distinto, con motivo de las cuestiones que allí surgieron; lo cual demuestra

1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, párrafo 57.

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præmot.*, cap. III, párrafo 48.

que la Iglesia romana tenía su códice, y á él se referían los legados (1).

Contiene los cánones de Nicea y de Sárdica.— Esta primera colección de la Iglesia romana sólo comprende los *cánones nicenos*, bajo cuyo nombre se incluían también los del Concilio de Sárdica (2) y lo demuestran las consideraciones siguientes:

1. Inocencio I, en su tercera carta á un Concilio de Toledo, refiriendo las reglas que según el Concilio de Nicea han de observarse en las sagradas ordenaciones, cita varios decretos, hallándose unos en los cánones de Nicea y otros en los de Sárdica (3).

2. El el conmonitorio que el papa Zósimo entregó á los legados enviados por él al Africa, se dice: *Verba canonum in pleniorum firmitatem huic commonitorio inseruimus. Ita enim dixerunt fratres in concilio Nicæno, cum de episcoporum apellatione decernerent: Placuit autem ut si episcopus... De apellatione autem clericorum, id est, minoris loci, et ipsius synodi certa responsio; dè qua re, quid acturi sitis credidimus inserendum, quod taliter dictum est: Osius episcopus dixit: quod me adhuc movet...*

El canon 1.º que se cita, no es del Concilio de Nicea, sinó el 7.º de Sárdica.

El otro tampoco fué dado en Nicea: es el canon 17 de Sárdica; lo cual es una prueba concluyente de que bajo la denominación de cánones nicenos se hallaban comprendidos los de Sárdica (4).

3. Esto mismo lo demuestran una infinidad de códices antiquísimos de distintos paises y naciones, en los que se consignan los decretos nicenos y sardicenses bajo el único título de *cánones nicenos*.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. VIII, pár. 2.º

(2) Unos y otros cánones pueden verse en la colección de cánones y concilios por Tejada y Ramiro, tom. 1.º

(3) BOUIX: *De princip. Jur Canon.*, part. 3.ª, cap. III, pár. 2.º

(4) BOUIX: Id. ibid.

Motivo de comprenderse los cánones de Sárdica bajo el nombre de nicenos.—Las disposiciones de uno y otro Concilio se comprendieron bajo la denominación del primero, porque los cánones sardicenses fueron obra de Osio y de casi los mismos padres que habían asistido al Concilio de Nicea, habiéndoselos considerado por esta razón como un apéndice á los de este Concilio; puesto que por otra parte el Concilio de Sárdica fué mirado con singular veneración en todas partes y de un modo especial en Occidente (1).

Autoridad de esta primera colección de la Iglesia romana.—Esta colección, compuesta de los indicados cánones de Nicea y Sárdica, tuvo autoridad pública; así que Inocencio I, que ocupó la silla pontificia desde el año 402 al 416, en una carta dirigida al clero y pueblo de Constantinopla, dice: *Quod autem ad canonum observantiam attinet, solis illis parendum esse dicimus qui Niceæ definiti sunt; quos solos sectari, et agnoscere debet Ecclesia catholica* (2).

El mismo Papa en su carta á Teófilo de Alejandría, hablando de los cánones nicenos, afirma: *Alium enim canonem romana non admittit Ecclesia* (3).

Las citadas palabras de Inocencio I son tan expresivas que excluyen los cánones de los demás concilios orientales (4), á pesar de lo alegado en contrario por Berardi (5) contra la opinión común de los escritores.

Observaciones.—La Iglesia romana tenía su colección compuesta de los cánones nicenos, y era la única que tenía autoridad pública á principios del siglo V; debiendo advertirse respecto á los cánones de las colecciones de Oriente:

a) Que el Concilio I de Constantinopla no fué admitido, ni áun en cuanto al Símbolo, hasta después de celebrado el Conci-

(1) Bouix: *De princ. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. IV. pár. 2.º
(2) Devoti: *Inst. Canon. proleg.* cap. V, pár. 57, nota.
(3) Devoti: Id. ibid.
(4) Bouix: Id. ibid., pár. 1.º
(5) *Inst. de Derecho Eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 1.º

lio de Calcedonia, y con respecto á sus cánones sobre la disciplina tardó mucho más tiempo en ser reconocido (1).

b) Las dos cartas de S. Cirilo contra Nestorio, leidas y aprobadas en el Concilio de Efeso, fueron desde luego admitidas (2).

c) El Concilio de Calcedonia fué admitido en cuanto á los veintisiete primeros cánones, pero no los tres siguientes, que fueron aumentados por los orientales en ausencia de los legados pontificios (3).

d) Respecto á los Concilios V y VI generales nada hay que notar, puesto que no establecieron canon alguno. En cuanto al sétimo Concilio sólo debe notarse, que lo dió á conocer la traducción de Anastasio en el siglo IX lo mismo que el octavo Concilio ecuménico (4).

e) Que los cánones de los sínodos griegos no empezaron á alegarse por los latinos hasta el siglo VI (5).

f) Que si bien es cierto lo manifestado respecto á la autoridad pública de solo la colección romana, no quiere esto decir que hayan de rechazarse los cánones de las demás colecciones, sinó únicamente, que no tenían otra autoridad que la propia de sus fuentes, ó la comunicada á las mismas por el uso, debiendo también advertirse que han de ser rechazados sus cánones en la parte que se opongan á los de Nicea (6).

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Walter: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 80.
(3) Walter: *Derecho Ecclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 80.
(4) Walter: Id. ibid.
(5) Bouix: *De princip. Jur. Conon.*, part. 3.ª, cap. IV, pár. 1.º
(6) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. præcet.*, cap. III, párrafo 48.

§ 2.°

De la colección prisca y otras colecciones.

Antigua versión itálica ó prisca.—Se llama *prisca* á una versión latina de los cánones griegos contenida en un códice antiquísimo, escrito en letras cuadradas y mayúsculas (1).

Este códice debió escribirse pocos años después del Concilio de Calcedonia (2), y es una versión á mal latín (3) de los concilios griegos, tomados de la tercera colección griega del siglo V, y de la cual se habló en el capítulo anterior.

Cánones que contiene.—Esta colección se compone de los cánones de Ancira, Neocesaréa, Nicea, Gangres, Antioquía, Calcedonia y Constantinopla; incluyendo, entre los de este último Concilio, el XXVIII de Calcedonia (4).

Contiene además intercalados los cánones sardicenses, puestos á continuación de los de Nicea (5).

Conducta seguida por Justello respecto á este códice.—Cristóforo Justello, en cuyo poder se hallaba este códice, cortó los fólios que contenían los cánones sardicenses, y puso éstos al margen para denotar que se habían agregado al códice en tiempos muy posteriores (6).

Muerto Cristóforo, su hijo Enrique, siguiendo el pensamiento de su padre, se propuso imprimir dicho libro con la ayuda y auxilio del Doctor parisiense Guillermo Voello.

(1) BOUIX: Id. ibid., pár. 4.°

(2) WALTER: Id. ibid. párrafo 63, nota 5.ª

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 2.°

(4) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 80, nota 6.ª

(5) WALTER: Ibid.; párrafo 63.

(6) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. IV, pár. 4.°

Pedro de Marca temiendo que se llevara á cabo la impresión sin incluir los cánones sardicenses, como en efecto se había pensado, recurrió á la autoridad real, y descubierto el fraude, se obligó á los editores á publicar el códice íntegro; mas no por esto dejaron de mutilarle arbitrariamente (1).

Su motivo.—Este empeño de los editores provenía de que Cristóforo y su hijo Enrique eran calvinistas, y como los cánones sardicenses tratan *ex professo* de la suprema potestad del Sumo Pontífice, quisieron eliminarlos en provecho de su herejía y detrimento del dogma católico (2).

Los hermanos Ballerini publicaron después este códice en su primitiva pureza, sirviéndose al afecto de otras cinco colecciones (3).

Otras colecciones, y su autoridad.—Cristóbal Justello publicó también un código, que se titula *Código de la Iglesia universal*, porque se supuso haber sido aprobado por el Concilio de Calcedonia (4) y contiene doscientos siete cánones, sin que se encuentren entre ellos los de Sárdica, que fueron omitidos de intento por Justello, llevado del deseo de favorecer su herejía (5).

Pascual Quesnel publicó entre las obras de S. León Magno otro antiguo código latino con el título de *Código de los cánones eclesiásticos, y de las constituciones de la Santa Sede apostólica*, etc. (6).

Estas colecciones fueron hechas por personas particulares (7), y carecen de autoridad pública, *nec fides ulla ab eruditis tributa est* (8).

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, título IX, párrafo 2.º
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) WALTER: Id., párrafo 63, nota 5.ª
(4) BERARDI: Id., part. 1.ª, tít. VIII, párrafo 3.º
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. IV, pár. 4.º
(6) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 3.º
(7) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 58, nota.
(8) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmot.* cap. III, pár. 48.

§ 3.º

Colecciones de Dionisio el Exiguo.

Dionisio el Exíguo, y razón de este sobrenombre.—Dionisio, que era monje (1), natural de Scitia, y romano por sus costumbres y domicilio, fué á Roma durante el pontificado de Anastasio II, inmediato sucesor de Gelasio I, que murió en el año 496, y á quien no conocía, según afirma él mismo (2).

Llevaba el sobrenombre de *Exíguo* por humildad y modestia, según costumbre de aquellos tiempos, principalmente entre los monjes (3).

Sus cualidades.—Casiodoro, contemporáneo y discípulo de Dionisio, dice de él, que unía á su sabiduría, doctrina y elocuencia, la sencillez, humildad, *et loquendi parcitas;* siendo tan perfecto su conocimiento de los idiomas griego y latino, que si tomaba en sus manos libros griegos, los traducía al latín y los latinos al griego, con tal expedición que podía creerse por sus oyentes que leía según estaba escrito (4).

Su colección de cánones.—Este hombre insigne manifiesta que la colección *prisca* era *confusa* (5), y trabajó una colección de cánones á instancias de Esteban, obispo de Salona, en Dalmacia, según dice Casiodoro (6), habiéndola dado á luz en el pontificado de Anastasio II ó de su inmediato sucesor, sin que pueda dársela más antigüedad que la del año 496 (7).

(1) BERARDI: Id. ibid., pár. 5.º
(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 81.
(3) DEVOTI: Id. ibid., pár. 59, nota 1.ª
(4) BOUIX: Id. ibid., cap. V, pár. 1.º
(5) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 59.
(6) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. V, pár. 1.º
(7) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 81.

Fuentes de donde se tomó.—El mismo Dionisio dice en su carta á Esteban, obispo de Salona, acerca de este punto lo siguiente (1): *Canones qui dicuntur Apostolorum de graeco transtulimus, quibus quia plurimi consensum non praebuere facilem, hoc ipsum vestram noluimus ignòrare sanctitatem. Deinde regulas Nicœnæ Synodi, et deinceps omnium conciliorum, sive quæ ante eam, sive quæ postmodum facta sunt, usque ad synodum 150 pontificum qui apud Constantinopolim convenerunt, sub ordine numerorum, id est, á primo capite usque ad centesimum sexagesimum quintum, sicut habetur in graeca auctoritate, digessimus.*

Dionisio manifiesta en la citada carta á Esteban que los cincuenta primeros cánones apostólicos los tradujo del griego y los ciento sesenta y cinco, que comprenden los concilios á que se refiere, fueron trasladados al latín del original griego, no siendo éste otro que la primera de las tres colecciones del siglo V citadas en el capítulo anterior.

Tradujo los veintisiete primeros cánones de Calcedonia, de un manuscrito griego; los de sárdica y los del concilio celebrado en Cartago el año 419, fueron tomados de sus originales latinos, según el mismo dice en la expresada carta (2).

Cánones que comprende.—Esta colección da principio con la carta dirigida á Esteban de Salona, y á continuación coloca una tabla de todos los títulos. En seguida consigna los cánones por el orden siguiente:

Cánones apostólicos	50
Id. del Concilio 1.º Niceno	20
Id. del de Ancira	25
Id. del de Neocesarea	14
Id. del de Gangres	20
Id. del de Antioquía	25

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Walter: Id. ibid.

Cánones del Concilio de Laodicea	58
Id. del de Constantinopla	36
Id. id. de Calcedonia	27
Id. id. de Sárdica	21
Id. id. africanos	138

Estos cánones, que ascienden al número de 401, componen la primera colección de Dionisio el Exíguo.

Aceptación con que fué recibida.—La colección de Dionisio fué recibida desde luego por la Iglesia romana, y en todas partes adquirió celebridad (1); así que el mismo Casiodoro, contemporáneo del autor, dice que la versión al latín de los cánones griegos *magnæ eloquentiæ luce composuit, quos hodie usu celeberrimo Ecclesia romana complectitur. Hos etiam oportet vos assidue legere, ne videamini tam salutares ecclesiasticas regulas ignorare* (2).

Motivo de tan favorable acogida.—Esta favorable acogida la debió, á que su trabajo sobresalía entre las colecciones anteriores, ya porque se presentaban con la debida distinción los cánones, ya por la claridad y exactitud de la versión, no ménos que por el orden y autenticidad de los documentos; de manera que no contiene más monumento apócrifo que los cánones apostólicos, y aun esto lo advierte en el prólogo.

Estas circunstancias tan recomendables, fueron la causa de que se buscaran con afan ejemplares de la obra, y que por todas partes fuera aceptada, bastando alegar en prueba de la consideración que merecía y del aprecio con que era mirada, que el papa Adriano I regaló esta colección, algún tanto aumentada después de la muerte de Dionisio (3), al emperador Carlo Magno en una de las ocasiones que fué á Roma.

Si tuvo autoridad.—Esta colección fué un trabajo pri-

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, párrafo 60.
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. V, pár. 1.º
(3) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, párrafo 61.

vado, que no tiene más autoridad que la correspondiente á los documentos insertados en ella (1).

Esto no obstante, la grande aceptación con que fué recibida (2) y el grande aprecio que hizo de ella la Iglesia romana supone desde luego que fué recibida y aprobada por la Santa Sede, porque *Neque enim fit verisimile, pontificem summum canonum codicem, quem non ipse omnino probaret, per Gallias aliasque regiones, divulgari voluisse* (3).

Segunda colección de Dionisio el Exiguo, y documentos que contiene.—El mismo Dionisio algún tiempo después de publicado su primer trabajo, escribió á instancia de Juliano presbítero de la Iglesia romana, una (4) colección de Decretales pontificias, á cuyo frente pone la carta dirigida por él al presbítero Juliano.

Después de esta carta, que sirve de prefacio á la obra, dá principio á la misma con una tabla de los títulos, poniendo á continuación:

a) Una carta de S. Siricio á Himerio, obispo de Tarragona, dividida en quince números.

b) Veintidos cartas de Inocencio I, divididas en cincuenta y siete números.

c) Una carta de Zósimo á Hesyquio de Salona, dividida en tres números.

d) Los decretos de Bonifacio I, contenidos en cuatro números.

e) Tres cartas del papa Celestino en veintidos números.

f) Siete cartas de S. León en cuarenta y ocho números.

g) Los decretos de Gelasio en veintiocho números.

h) Diez cartas de Anastasio II á Anastasio Augusto en ocho números (5).

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. V, párrafo 1.º

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eccles.*, part. 1.ª, tít. IX, par. 5.º, nota.

(3) SOGLIA: *Ins. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, párrafo 48.

(4) BERARDI: *De princip. Jur. eccles.*, ibid.

(5) BOUIX: *De princ. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. V, párrafo 1.º

Tiempo en que se publicó.—Esta segunda colección de Dionisio se debió escribir por el autor durante el pontificado de Símaco, ó sea desde al año 498 al 514, porque el autor asegura en el prólogo que ha reunido cuantas decretales le fué posible, y no pasando aquéllas de Anastasio II, ó sea del año 498, es prueba concluyente de que hizo su trabajo en el pontificado de su inmediato sucesor Símaco; puesto que, según el citado prólogo, habían de entrar solamente en la colección decretos de papas ya difuntos (1).

Autoridad de las Decretales pontificias.—Las decretales pontificias fueron siempre la primera fuente del Derecho Canónico humano, sin que fuera necesario para alcanzar esta autoridad, que se coleccionasen: bastaba su promulgación para que todas las iglesias y los fieles de todo el mundo viniesen obligados á cumplir las disposiciones emanadas del vicario de Jesucristo, supremo legislador y monarca del reino establecido por éste.

El papa S. Siricio, en carta á Himerio, obispo de Tarragona, le previene que aquellas sus disposiciones, dadas en contestación á las consultas que le hacía (2), las diera á conocer á sus hermanos en el episcopado, *et non solum eorum qui in tua sunt diœcesi constituti, sed etiam ad universos Carthaginenses ac Bæticos, Lusitanos, atque Gallicios vel eos, qui vicinis tibi collimitant hinc inde provinciis hæc, quæ a nobis sunt salubri ordinatione disposita, sub litterarum tuarum prosecutione mittantur. Et quamquam statuta Sedis Apostolicæ, vel canonum venerabilia definita nulli sacerdotum Domini ignorare sit liberum: utilius tamen, et pro antiquitate sacerdotii tui dilectioni tuæ esse admodum poterit gloriosum, si ea quæ ad te speciali nomine generaliter scripta sunt per unanimitatis tuæ sollicitudinem in universorum fratrum nostrorum notitiam perferantur; quatenus et quæ a nobis non inconsultè sed providè sub ni-*

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 81.
(2) WALTER: Id. ibid., pár. 80, nota 3.

mia cautela et deliberatione sunt salubriter constituta, intemerata permaneant, et omnibus in posterum excusationibus aditus, qui jam nulli apud nos patere poterit, obstruatur.

Esto mismo dice el papa Zósimo á Hesiquio de Salona, y S. León Magno á Niceta de Aquileya, á los obispos de Campania, etc. (1).

La fuerza obligatoria de las Decretales pontificias nacía, pues, de la supremacía de sus autores.

Si Dionisio el Exíguo fué el primero que las coleccionó.—Dionisio el Exíguo fué el primero que coleccionó ordenadamente, y en tomo separado de los cánones de los concilios, las decretales de la Sede Apostólica.

Las decretales pontificias se hallaban coleccionadas promiscuamente con los cánones (2) antes de Dionisio.

Autoridad de esta colección, y su favorable acogida.—Esta segunda obra de Dionisio no tiene otra autoridad que las fuentes de donde tomó los documentos que contiene, y como éstos son auténticos, merecen el mayor respeto de parte de los fieles con obligación de obedecer sus mandatos.

Fué recibida tan favorablemente, como la primera, por el orden seguido en la colección, sin que se halláran confundidas y mezcladas las decretales con los cánones de los concilios, como sucedía en las demás colecciones anteriores á ésta, no menos que por la autenticidad de los documentos que contiene, hallándose una prueba del aprecio con que fué mirada, en el hecho de haberla regalado el papa Adriano á Carlo-Magno.

Tercera colección de Dionisio. — Dionisio trabajó después de las dos colecciones de cánones y decretales, otra tercera colección, á instancia del papa S. Hormisdas, inmediato sucesor en la cátedra pontificia de S. Símaco.

Esta obra, de la que sólo se tiene noticia por su mismo

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. IV, pár. 3.º

(2) Bouix: Id. ibid., cap. V, párrafo 2.º

prefacio, única parte que se conserva (1) de ella, llevaba en dos columnas el texto griego y la traducción al latín de los cánones (2).

Por último, debe advertirse que estas tres obras pueden considerarse como un sólo libro dividido en tres partes, y por esto se observa que las dos primeras, únicas que se conservan, han ido siempre unidas (3).

§ 4.°

Colecciones posteriores

Suplementos á las colecciones de Dionisio.—La fama de las colecciones de Dionisio, y el uso que de ellas se hacía casi con exclusión de las demás, fué sin duda la causa de que se introdujeran en ella no pocas innovaciones.

La parte primera, ó sea la colección de cánones, sufrió muchas alteraciones y aumentos (4).

La colección de Decretales fué adicionada después de la muerte del papa Símaco con dos suplementos: el uno comprende los decretos que Dionisio no había tenido presentes, ó que eran posteriores á su muerte; y el otro es del tiempo de Gregorio II.

Después se agregó á la colección por orden cronológico.

a) Los fragmentos que ambos suplementos contenían.

b) Una recopilación de documentos auténticos y apócrifos, que no se hallaban en las obras de Dionisio.

Nuevas adiciones á dicha obra.—Se unieron ade-

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, párrafo 27.

(2) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 81.

(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, párrafo 48.—DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V., párrafo 59.

(4) WALTER: *Derecho eccles. univ.* ibid.

más á la obra de Dionisio, entre otros documentos los siguientes:

a) Un concilio apócrifo, atribuido al papa S. Silvestre.

b) Las dos cartas de S. Cirilo á Nestorio, con el nombre de cánones de Efeso.

c) Algunos cánones de concilios africanos (1)

Otras colecciones posteriores.—Después de Dionisio el Exíguo se escribieron muchas colecciones, cuyos materiales se tomaron de las colecciones de este escritor, de la española, decretales de Isidoro *Peccator*, capitulares de los reyes francos, del Derecho romano y de los concilios que se iban celebrando en los distintos paises.

Para que pueda formarse una idea del movimiento científico de aquella época, bastarán las indicaciones siguientes:

1. El diácono Teodoro hizo una recopilación de cánones de los concilios, sirviéndose de la antigua versión española, de la de Dionisio y de la *Prisca* ó antigua versión itálica (2).

2. A mediados del siglo VI apareció otra colección muy notable, por los muchos documentos históricos que contenía; pero lo mismo esta colección que la del diácono Teodoro, no tuvieron apenas aceptación, porque las de Dionisio se usaban con preferencia en todas partes (3).

3. En el siglo VII apareció una colección que comprende la epístola de Dionisio á Esteban, los cánones apostólicos, y los estatutos de los obispos de Roma desde S. Lino en adelante, llenando los vacíos de los documentos que se han perdido, correspondientes á los Papas anteriores á S. Siricio, con noticias históricas, tomadas en su mayor parte del *Liber pontificalis*, y por último, contiene las epístolas de los Papas posteriores á S. Siricio, tomadas casi todas de la colección de Dionisio el Exíguo.

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V., párrafo 61, nota 2.ª

(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 81.

(3) WALTER: Id. ibid.

4. Una colección inédita, dividida en trescientos cuarenta y un capítulos, que viene á ser un compendio de las colecciones de Dionisio y de la de Isidoro *Peccator* (1).

5. Otra obra, tambien inédita, del siglo IX, dedicada al arzobispo de Milán Anselmo II. Está dividida en doce partes, y reune los concilios griegos y africanos, las decretales auténticas de la colección de Adriano, los concilios de las Galias y españoles, tomados de la colección española, y alguna cosa de la colección de Isidoro *Peccator*, del *Registrum* de S. Gregorio I, de los códigos de Justiniano, del compendio de las novelas de Juliano, y de dos concilios romanos celebrados hácia el año 743, en tiempo del papa Zacarías el uno, y el otro del tiempo de Eugenio en 826 (2).

6. Una colección inédita en cinco libros, que debió escribirse en el siglo X, y contiene documentos tomados de los Santos Padres, vidas de los Santos, penitenciales, falsas decretales, compendio de las novelas de Juliano y de los capitulares y leyes imperiales hasta Enrique I (3).

7. La colección inédita del siglo XI, de S. Anselmo, obispo de Luca, dividida en trece libros; los siete primeros están arreglados por la colección dedicada á Anselmo, y los seis restantes por la de Burchard, resultando de esto que los concilios griegos están tomados de la traducción de Dionisio en su mayor parte (4).

8. Bonizo, obispo de Sutri y después de Plasencia, escribió en el siglo XI una colección dividida en diez libros (5).

Colecciones de Deusdedit.—El cardenal Deusdedit escribió en el siglo XI dos obras: la primera es una colección de

(1) WALTER: Id. ibid., párrafo 95, núm. 1.°

(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II; cap. II, párrafo 95, número 2.°

(3) WALTER: Id ibid., núm. 6.

(4) WALTER: Id. ibid, núm. 13.

(5) BOUIX: Id. ibid.—WALTER: *Derecho eclesiástico univ.* lib. II, cap. II, pár. 95, núm. 19.

cánones, y después del catálogo de los romanos Pontífices inserta la carta del mismo al papa Víctor III (1).

Los cánones griegos están tomados de las colecciones de Dionisio, itálica y española, conteniendo además muchos documentos rarísimos (2), relativos al patrimonio de S. Pedro, y á los privilegios concedidos á la Iglesia romana por Ludovico Pio, Otón y Enrique I, que sacó el autor de los archivos de S. Juan de Letrán (3).

La otra obra es un tratado polémico contra los invasores y usurpadores simoniacos y cismáticos de los bienes eclesiásticos: está dividida en cuatro libros.

El primero tiene por objeto demostrar que no pertenece al Rey nombrar obispos para las iglesias.

El libro segundo trata de los simoniacos cismáticos.

El tercero dice, que el clero debe ser alimentado y honrado por los seglares.

El libro cuarto tiene por objeto demostrar, que el poder secular no tiene derecho para introducir á los clérigos en la Iglesia, expelerlos de ella, ni para administrar las cosas eclesiásticas ó apropiárselas (4).

§ 5.°

Del liber diurnus y leyes seculares.

Liber diurnus, y puntos que en él se tratan.—Además de las colecciones de fuentes eclesiásticas se escribieron varias obras de práctica, correspondiendo á esta clase el *Liber diurnus* (5).

Se dá este título al códice en el cual se contienen los formularios que los Sumos Pontífices empleaban en sus escritos por

(1) BOUIX. *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XII.
(2) WALTER: Id. ibid., núm. 18.
(3) BOUIX: Id. ibid.
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XII.
(5) WALTER: Id. ibid., párrafo 94.

los siglos VI, VII y VIII en sus cartas al emperador, á la emperatriz, patricios, exarcas, cónsules, reyes y patriarcas.

Esta obra trata minuciosamente de la consagración del Papa y obispos suburbicarios—de la colación del palio—de las relaciones entre el Papa y los obispos de Italia consagrados por el mismo—de la administración y enajenación del patrimonio de la Iglesia Romana—de los privilegios y concesiones de todas clases (1).

Su antigüedad, y quién lo imprimió.—Este libro diminuto, que se encontró en Roma en la biblioteca del monasterio de Cistercienses de la Santa Cruz, debió escribirse poco después del año de 714.

El célebre Lúcas Holstenius, bibliotecario del Vaticano y gran literato, suplicó á Hilarión Rancati, abad á la sazón del citado monasterio, le prestase por muy breve tiempo el *Liber diurnus*, y habiéndolo obtenido lo copió en una noche (2).

También el citado Holstenio había sabido que existía en París otro ejemplar del mismo libro en el colegio de jesuitas, titulado de S. Luis el Grande, y con este motivo escribió al P. Sirmondi, á fin de que se sirviera facilitársele. Lo consiguió en 1646, mediante la intervención del cardenal Francisco Barberini, habiéndoselo devuelto después.

Holstenio imprimió este códice, según estaba en el ejemplar que poseían los monjes cistercienses de Roma, sin haber hecho uso del de París.

El título del libro no se hallaba impreso, y Holstenio puso al frente, de letra suya: *Diurnus Pontificum, sive vetus formularium, quo S. R. Ecclesia ante annos mille utebatur, Lucas Holstenius edidit cum notis. Romæ, typis Lud. Griniani*, 1650.

Holstenio no puso las notas á que se refiere en la portada, y además alteró las últimas diez y seis páginas del libro.

(1) WALTER: Id. ibid.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XI, párrafo 2.º

Se prohibió su publicación y motivo de ella.— Los censores romanos se opusieron á la publicación del libro, indicando á Holstenio que debía quedar todo en tal estado hasta época más oportuna (1).

Durante este tiempo, Pedro de Marca escribió á Holstenio en 1.° de Enero de 1660, manifestándole que pensaba escribir un tratado *De Exemptionibus monachorum* y al efecto le pedía datos sobre esta materia.

Holstenio en su contestación le incluyó las treinta y dos primeras páginas y diez y seis últimas del *Liber diurnus*, que había impreso en 8.°, porque en ellas estaban las antiguas fórmulas de los privilegios concedidos á los monasterios por los Sumos Pontífices.

Dichas páginas fueron recogidas después por Celio Picolomino, nuncio en París.

Holstenio falleció en Febrero de 1660, y su libro, cuya publicación estaba en suspenso, quedó prohibido con arreglo al dictamen de los censores (2).

Los escritores opinan con variedad sobre los motivos de la prohibición de este libro; pero puede desde luego asegurarse, que la verdadera causa de suspenderse su publicación fué porque en la segunda profesión de fé del Romano Pontífice se consignan en absoluto las palabras siguientes: *Auctores verò novi hæretici dogmatis Sergium Pyrrhum, Paulum et Petrum constantinopolitanos una cum Honorio, qui pravis eorum assertionibus fomentum impendit.*

El cardenal Bona, ántes de ascender al cardenalato, era uno de los principales consultores de la Sagrada Congregación del Índice y del Santo Oficio; y se fundó en las palabras citadas para emitir su dictamen contrario á la publicación, puesto que no se pone nota alguna sobre el texto, y según éste pudiera

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Bouix: Id., part. 3.ª, cap. XI, pár. 2.°

inferirse que Honorio fué condenado como si realmente hubiera incurrido en el error de los monotelitas.

El hecho de Honorio no se hallaba aclarado para todos, pero discutido y plenamente examinado después, se consideró que ya no podía resultar daño alguno á los fieles por la publicación de la obra. En efecto, el P. Garnier publicó en 1680 el códice que poseía el P. Sirmondi, con notas muy eruditas, y en 1758 se publicó en Roma el ejemplar holsteniano (1).

Motivos de su celebridad.— Como el libro citado quedó desde luego en suspenso y después prohibido, los protestantes y jansenistas criticaron con la mayor dureza la prohibición del libro, considerándola como injusta, perjudicial para el conocimiento de la antigüedad eclesiástica é injuriosa para el Papa y la Iglesia Romana.

Se expresaban en este sentido, porque sospecharon que en este códice existían armas poderosísimas para combatir las prerrogativas de autoridad é infalibilidad del Papa, y por lo mismo querían á todo trance la publicación del códice (2).

Otros formularios y rituales.—Existían en las diversas iglesias sus respectivos formularios (3), en los que se descendía hasta las más triviales diligencias civiles y eclesiásticas. En algunos de ellos se indicaba la manera de escribir las cartas canónicas ó formadas en sus distintas clases, haciéndose igualmente relación de los trámites que se observaban en los nombramientos y actas de posesión de los obispos.

En cuanto á los rituales, la Iglesia romana tuvo uno completo desde S. Gregorio Magno, hallándose en él, además de las ceremonias del culto ordinario (4), las de la consagración de obispos y papas, bendición de iglesias, consagración de reyes y emperadores, apertura de los concilios nacionales y provinciales.

(1) Bouix: Id. ibid., pár. 3.° y 4.°
(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, cap. XI. pár 2.°
(3) Walter: *Derecho eccles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 94.
(4) Walter: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 94.

Leyes seculares.—Las leyes civiles tuvieron también su influjo en los asuntos eclesiásticos (1) desde la conversión de los emperadores al catolicismo; y estas leyes, que interesaban á un tiempo á la vida religiosa y civil, fueron compiladas en su mayor parte en la colección de edictos imperiales que Teodorico II mandó hacer en Constantinopla el año 438, y á la cual Valentiniano III dió autoridad para el Occidente.

Existían además muchos rescriptos, edictos y cartas imperiales sobre materias eclesiásticas de tiempos posteriores; pero al concluir el imperio romano de Occidente con motivo de la invasión germánica verificada en 476, la Iglesia, el clero y el pueblo conservaron el Derecho Romano para todos los asuntos judiciales, porque los conquistadores dejaron la administración de justicia en la forma que la habían encontrado (2).

Reconquistada Italia por Justiniano en 554, se fueron introduciendo sus códigos hasta entre el clero y áun en la corte pontificia, sin más variación que la de usar, en lugar del texto original, el compendio latino compuesto por Juliano en Constantinopla el año 556.

SECCIÓN 2.ª

Colecciones Españolas.

§ 1.º

Primeras colecciones españolas.

Primitiva colección española.—Los obispos acostumbraron á reunir en un código los cánones de los concilios ecuménicos (3); así como las disposiciones de sus sínodos diocesanos, concilios provinciales y nacionales (4); y esto, que era re-

(1) WALTER: Id. ibid., pár. 64.
(2) WALTER: Id. ibid., pár. 82.
(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 1.º
(4) BERARDI: Id. ibid.

gla general en la Iglesia, hace presumir con fundamento que la Iglesia de España tenía ya en el siglo IV su colección canónica, puesto que fueron varios los concilios celebrados en España ántes y después de la paz de Constantino (1).

Cánones que comprendía.—Algunos escritores creen que esta colección se componía solamente de los cánones de Nicea—Ancira—Neocesaréa—Gangres (2), habiéndose enriquecido después con los cánones de Antioquía—Laodicea—Constantinopla—Calcedonia, tomados todos ellos de la segunda de las tres colecciones de Oriente, formadas en el siglo V y de las cuales se habló en el capítulo II de este título.

Suponen también, que en la segunda mitad del siglo V se aumentó con los cánones de Sárdica, tomados de su original latino, y colocados á continuación de los de Neocesaréa (3).

Es de suponer, que la colección española contaría con los cánones citados y con otros de los dictados por los concilios celebrados en España, puesto que=

a) El canon 3.º de Nicea debió formarse con presencia del 27 de Ilíberis.

b) El 3.º de Lérida por otro del de Arlés.

c) El 6.º del Concilio de Valencia fué tomado del 19 de Sárdica.

d) El 38 del Concilio I de Braga con presencia del 13 sardicense.

Observaciones.—Existen otros muchos datos, de los cuales se deduce, que España poseía á principios del siglo IV por lo ménos, una colección de cánones que se fué enriqueciendo sucesivamente con las nuevas disposiciones, que iban saliendo de las distintas fuentes del derecho canónico. En comprobación de ello bastará observar:

1. Osío, obispo de Córdoba, presidió el Concilio I de Nicea

(1) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 1.ª, pár. 2.º
(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 62.
(3) WALTER: Id. ibid., párrafos 63 y 84.

como primer legado del papa S. Silvestre. Este mismo prelado presidió el Concilio de Sárdica, y otros obispos españoles asistieron al Concilio II de Arlés.

2. Los hermanos Ballerini, á quienes siguen generalmente todos los escritores en esta materia de Colecciones, encontraron en un antiquísimo códice de la colección española, que los cánones sardicenses figuran entre los nicenos, y que los cánones de todos los concilios carecen de numeración, no estando siquiera divididos en títulos, lo cual es indicio de su gran antigüedad (1).

3. El Concilio I de Braga, celebrado en 563, en el que después del canon 17 se volvieron á leer en el código ante el Concilio los cánones de los sínodos generales y locales, mandó en el capítulo XXII que *nadie se atreviese á quebrantar los mandatos de los antiguos cánones que se acababan de leer en el Concilio.*

Se ve por las palabras trascritas que España poseía su colección canónica (2) y que en el siglo VI se la incorporaron muchos cánones, según aparece de las disposiciones del citado Concilio, del Toledano III de 589, del Hispalense I de 590 y del II de Braga de 572.

De todos estos hechos y de los otros citados en este capítulo puede deducirse como muy probable:

a) Que en España existía una colección de cánones anterior al Concilio de Nicea.

b) Que Osío traería á España los cánones de Nicea con los de Ancira, Neocesarea y Sárdica.

c) Que España tendría en la primera mitad del siglo IV su colección compuesta de los cánones citados en la nota anterior con los de los concilios españoles anteriores á esta época.

d) Que esta colección fué enriqueciéndose sucesivamente

(1) BOUIX: *De princip. Jur., Canon.*, part. 3.ª, cap. IV, párrafo 4.

(2) *Noticia de las antiguas y genuinas colecciones canónicas inéditas de la Iglesia española*, por D. Pedro Luis Blanco, part. 1.ª, pár. 2.º

con las disposiciones posteriores, emanadas de las fuentes generales y particulares del Derecho Canónico.

Su método.—Esta primera colección española no tiene método alguno, es un simple agregado de concilios extranjeros y españoles, colocados sin distinción de provincias y hasta sin orden cronológico, porque según el tiempo que se adquirían sus copias, se insertaban en los códigos por los cartofilaces, siendo consecuencia de esto alguna variedad respecto al orden con que se hallaban en aquellos; lo cual unido á la ignorancia de unos y malicia de otros, inficcionados del arrianismo, hizo preciso tomar las medidas convenientes para impedir el progreso de novedades introducidas, y dar una nueva forma á los códigos canónicos, lo que tuvo lugar en la colección formada en el siglo VII (1).

Quién fué el autor de esta colección.—Esta primera colección española no tuvo autor determinado: fué el resultado de aquellas agregaciones que los cartofilacios, ó archiveros, iban haciendo sucesivamente de los nuevos concilios en los códigos de cada Iglesia, y de aquí la variedad, que se nota en aquellos distintos códices en la colocación de documentos (2).

San Martín de Braga.—Este Santo, oriundo de Panonia (hoy Hungría) (3), pasó á Oriente con objeto de visitar los Santos Lugares, y allí cultivó las ciencias eclesiásticas y el idioma griego.

De Oriente se trasladó á España, donde consiguió la conversión de los suevos (4), y fundó en Galicia el monasterio dumiense, del que fué primer abad, habiendo ascendido después, ó sea el año 560, al arzobispado de Braga (5).

Motivos de su colección.—S. Martín señala en el prólogo de ella la causa que le movió á escribir su obra. «Los sagra-

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. IV, pár. 3.º
(2) Blanco: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 1.ª, pár. 3.º
(3) Berardi: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª tit. IX, pár. 6.º
(4) Berardi: Id. ibid., párrafo 6.º, nota.
(5) Bouix: Id. ibid., cap. VII.

»dos cánones, dice, que fueron establecidos en Oriente por los »antiguos padres, se escribieron primeramente en idioma griego, »trasladándose al latín en tiempos posteriores, y como es difícil »la traslación fiel de una lengua á otra, porque *ut in tantis tem»poribus scriptores, aut non intelligentes, aut dormitantes, multa »praetermittant, et propterea in ipsos canones aliqua apud »simpliciores videantur obscura*, por esta razón, añade, nos »pareció oportuno remediar este defecto, disponiendo con más »claridad y orden lo que fué referido confusamente por los tra»ductores y lo que se varió por los escritores (1).

Método seguido en ella.—Esta colección se compuso hácia el año 573 (2), y lleva el título de *Capitula Synodorum Orientalium collecta a Martino episcopo Bracharensi.*

Está dividida en ochenta y cuatro capítulos ó cánones, los diez y nueve primeros son relativos á los obispos; los siguientes hasta el sesenta y ocho inclusive se refieren á los clérigos, y los restantes á los legos (3).

San Martín dice también en el prólogo de su obra sobre el método observado en ella lo siguiente: *Hoc simul observans ut illa, quæ ad episcopos, vel universum pertinent clerum una parte conscripta sint; similiter et quæ ad laicos pertinent, simul sint adunata: ut de quo capítulo aliquis scire voluerit, possit celerius invenire* (4).

El autor siguió exactamente en su colección el orden indicado en las palabras trascritas.

Fuentes que consultó, y sus defectos.—San Martín tomó los cánones principalmente de los sínodos griegos, y algunos de los concilios españoles y africanos (5).

(1) VILLANUÑO: *Summa Concilior. Hispaniæ*, tom. I, pág. 129. Barcelona, 1850.

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 28.

(3) VILLANUÑO: Id. ibid.

(4) VILLANUÑO: Id. ibid.

(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. VII.

Su objeto fué corregir las colecciones existentes en su tiempo, y no lo hizo en toda su extensión, notándose además en su colección que reunió en uno sólo los cánones de distintos concilios; añadió, suprimió y mudó varias cosas, á fin de acomodar la disciplina de Oriente á la de España (1); así, v. gr., el canon 10 de Ancira dice que permanezcan en el ejercicio de su ministerio los diáconos que manifestaron en el acto de ordenarse, que querían contraer matrimonio, si después de ordenados lo verificaron, y S. Martín dice en el canon 39 de su colección que á éstos no se les ordene, y que el ordenado de diácono sea separado de su ministerio, y arrojado de entre el clero, si contrae matrimonio.

§ 2.°

Colección del siglo sétimo.

Colección canónico-goda del siglo VII.—La antigua colección española tenía graves defectos, y de ello se ofrece una prueba en el Concilio IV de Toledo, en el que se insinúa la necesidad de alguna reforma en los códigos que por el descuido de los copiantes y sugestiones de los arrianos, estarían viciados, confusos y poco acordes en algunas materias; puesto que aquellos prelados reprenden en términos expresos, entre otras cosas, la poca uniformidad que se advertía en el modo de administrar el bautismo y conferir los sagrados órdenes; en la celebración de la Pascua y en casi todos los ritos eclesiásticos.

Los padres de dicho Concilio reformaron la disciplina, restituyéndola á su antigua pureza con los admirables cánones que hicieron. Con el fin de facilitar su estudio y asegurar su observancia, reunieron en un códice con nuevo método todos los

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 6.°

sagrados estatutos que habían regido nuestra Iglesia, separando lo que el abuso, la ignorancia y la malicia habían introducido.

En una palabra, purificaron la antigua colección canónica, la formalizaron y aumentaron en la forma y modo que se halla en los códigos góticos más antiguos (1).

Su método, y documentos que contiene.—La antigua colección española era un simple agregado de concilios españoles y de otros paises, colocados sin distinción de provincias y aun sin orden cronológico.

La colección de que se trata se halla dividida en dos partes.

La primera comprende los cánones de los concilios, colocados por naciones, y los de cada una de éstas por orden cronológico, á excepción del general de Nicea, que es el primero (2).

Esta primera parte contiene los documentos siguientes (3):

a) Los concilios griegos de Nicea, Ancira, Neocesarea, Gangres, Sárdica, Antioquía, Laodicea, Constantinopla (otro de Constantinopla en el códice lucense), Efeso, Calcedonia.

b) Dos cartas del emperador Martino y una de Atico, obispo de Constantinopla (4).

c) Ocho concilios africanos, de los cuales siete se celebraron en Cartago y uno en Mileba (5).

d) Diez y siete concilios de las Galias (6).

e) Treinta de España, con veintitres sentencias y algunos otros documentos.

Se debe advertir, que se hallan los capítulos de S. Martín de Braga á continuación del segundo concilio bracarense (7).

(1) BLANCO: *Noticia de las colécciones antiguas españolas*, parte 1.ª párrafo 2.º
(2) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, parte 1.ª, pár. 3.º
(3) WALTER: *Derecho eccles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 84.
(4) BLANCO: Id. ibid., párrafo 4.º, tabla 17.
(5) BLANCO: Id. ibid.
(6) BLANCO: Id. ibid.
(7) BLANCO: Id. ibid.

La parte segunda contiene ciento cuatro decretales desde la epístola del papa S. Dámaso á Paulino de Antioquía, hasta San Ormisdas, con otros varios documentos (1).

Fuentes de esta colección.—La primera parte se tomó, en cuanto á los documentos ó cánones anteriores al cuarto Concilio de Toledo, de la antigua colección española (2).

No puede en manera alguna admitirse que sirviera para su formación la colección de Dionisio el Exíguo (3) porque=

a) Esta contiene los cánones apostólicos, que no existen en la española.

b) La versión de los concilios griegos es en todo conforme á la antigua colección española, y no á la de Dionisio, con la que discrepa también en cuanto al método observado por éste respecto á los cánones africanos.

El prólogo de la colección española demuestra que se tuvo presente para su composición el de la de Dionisio, pero únicamente en cuanto al prólogo (4).

La parte segunda de nuestra colección se tomó de la de Dionisio el Exíguo en cuanto á las decretales que no se hallaban en el antiguo código de nuestra Iglesia (5).

Su autoridad.—Esta colección, considerada como código, puede asegurarse que era de observancia general en España, sin que ninguno pudiera eximirse de la obligación de arreglar á ella su conducta.

Por otra parte, ha de tenerse presente que es la colección, no solo más completa y copiosa entre todas las antiguas, sinó también la más pura y autorizada, sin que pueda citarse ningún canon ó decretal apócrifa.

El P. Burriel, hablando de ella, dice: «El conocimiento de

(1) BLANCO: Id. ibid.
(2) BLANCO: Id. ibid., párrafos 2.° y 3.°
(3) BLANCO: Id. ibid.
(4) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, parte 1.ª, pár. 3.°
(5) BLANCO: Id. ibid.

»nuestro Derecho Canónico es la colección canónica que usaba »la Iglesia goda al tiempo de la entrada de los moros. Esta co- »lección sirvió de basa á las ficciones con que la interpoló, »añadió, mudó y destrozó, al principio del siglo IX, el enmas- »carado Isidoro Mercator..... es preciso hacer ver esta ficción é »igualmente manifestar que no solo no se hizo en España, sinó »también que en ella no hemos sabido de tal Isidoro Mercator »hasta después de hallada la imprenta; y que los extranjeros »nos hicieron tragar el Graciano, mas no su fuente. Todo esto »procuro hacer en una noticia ó historia de las colecciones de »España... en que se trata de cuándo y cómo se formó la máxi- »ma colección más preciosa, más pura y mayor que las africa- »nas, francesas, romanas y griegas, que se compone de los »concilios griegos, africanos, franceses y españoles, y de las »Decretales puras y genuinas de los Sumos Pontífices (1).»

Quién fué el autor de esta colección.—La colección canónico-goda tuvo sin duda alguna (2) autor determinado, puesto que en el prólogo trata del método que se propone seguir, y del plan y distribución de la obra.

Walter (3) habla de la colección española del siglo V, y dice, «cuya versión latina se llama vulgarmente de Isidoro, porque Isidoro la insertó en su colección.»

Este mismo escritor, hablando de la colección española del siglo VII, dice: «que Isidoro, obispo de Sevilla, ya hizo »mención y uso de ella en sus escritos. Hasta se ha dicho, añade, »que este prelado había sido su autor, pero no hay dato al- »guno en qué fundarlo» (4).

Devoti (5), hablando de la colección española se expresa en estos términos: *Forte hæc collectio vel à S. Isidoro hispalensi, vel ipsius jussu, perfecta est.*

(1) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 2.ª, pár. 4.°
(2) BLANCO: id., part. 1ª, pár. 3.°
(3) *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 63.
(4) *Derecho Ecles. univ.*, párrafo 84.
(5) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 62, nota 2.ª

Phillips (1) dice, hablando de la colección española del siglo VII: *Appellatur collectio Isidoriana, quia sancto Isidoro hispalensi adscribendam eam esse putarunt, licet sine ratione sufficienti.*

Berardi (2) se expresa en estos términos: «Dicen algunos que S. Isidoro de Sevilla, el cual floreció á principios del siglo VII, dispuso una colección de cánones.»

Los autores citados consignan la opinión general, respecto al autor de la colección española, pero hasta hoy no se ha encontrado dato alguno positivo, por el que se demuestre que S. Isidoro de Sevilla fuese el autor de esta colección.

Tampoco son decisivas las razones alegadas por los escritores que rechazan aquella opinión, sostenida por propios y extraños, á la vez que sancionada por los siglos hasta el punto de ser conocida dicha colección con el título de *Isidoriana* en los escritos antiguos y modernos, que tratan de estas materias.

Los impugnadores de la opinión, que atribuye á S. Isidoro el código de que se viene hablando, se apoyan en las razones siguientes:

1. S. Braulio y S. Ildefonso, que formaron el catálogo de las obras de S. Isidoro, no hacen mención de ninguna colección escrita por él (3).

Esta reflexión no es de gran peso, si se considera que no se propusieron hablar de todas sus obras; así que S. Ildefonso omite algunas de las que hace mención S. Braulio y éste después de enumerar varias de ellas dice: *Hay otros muchos opúsculos de este Santo recibidos con grande honra en la Iglesia de Dios* (4).

2. La colección de que se trata hace mención de los Conci-

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 28.

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, párrafo 8.º

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 8.º, nota del Dr. D. Joaquín Antonio del Camino.

(4) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 1.ª, pár. 3.º —C, *Inst. de Derecho Canon., proleg.* cap. V, pár. 8.º nota.

lios Toledanos hasta el diez y seis inclusive, y es sabido que S. Isidoro murió el año 636, en cuyo año se celebró precisamente el quinto Concilio de Toledo.

Esto probará que otros continuaron la obra después de haber muerto S. Isidoro; porque es indudable que esta obra se compuso después de celebrar el Concilio IV de Toledo, en el que se trabajó por San Isidoro, lo que constituye el mérito de esta colección (1), en la que se hallan los cánones de dicho Concilio.

Además, es indudable, que la colección canónico-goda es anterior á la muerte de S. Isidoro, porque se sabe por San Braulio, que el último escrito del Santo Doctor fué su obra de los Orígenes ó Etimologías, en cuyo libro VI, capítulo *De Canonibus Conciliorum*, se halla inserta una gran parte del prólogo de la colección (2).

3. Si San Isidoro hubiera sido el autor de la obra, no hubiera usado, sin advertirlo, de sus propias palabras, copiándolas de ella para su otra obra de las Etimologías.

Este reparo se desvanece con sólo considerar que el Santo no dejó terminado su trabajo de las Etimologías, y que la persona encargada de arreglar sus papeles, encontraría algunas apuntaciones ó fragmentos del prólogo de la colección entre los borradores de la otra obra, y que en su vista los incluyó en ella (3).

4. Considérase como indigno del Santo Doctor el lenguaje bárbaro y pueril de los versos que preceden á los cinco primeros libros del *Excerpta canonum*.

Estos documentos son de fecha muy posterior á la colección (4) y con la cual no pueden confundirse.

Su impresión y publicación.—Esta colección empezó á publicarse en 1808 bajo la dirección del bibliotecario de la Bi-

(1) BLANCO: Id. ibid.
(2) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 1.ª, pár. 3.º
(3) BLANCO: Id. ibid.
(4) BLANCO: Id. ibid.

blioteca Real D. Francisco Antonio González, presbítero, y terminó en 1821, habiéndose tenido presente nueve códices y los trabajos que se habían hecho por sabios distinguidos.

En 1859 se publicó, en latín y castellano, la colección de cánones y de todos los concilios de la Iglesia de España y de América por D. Juan Tejada y Ramiro. Esta colección es importantísima por la abundancia de materiales que contiene y por las notas é ilustraciones con que vá enriquecida.

§ 3.°

Otras colecciones.

Instituta ó excerpta canonum y su método.—La gran colección del siglo VII no puede confundirse con la *Instituta* ó *Excerpta Canonum* que vá al principio de aquélla como índice, toda vez que es de distinta época y de otro autor.

La Instituta es un compendio de la colección canónico-goda (1) y se hizo á últimos del siglo VII ó principios del VIII.

Se halla dividida por orden de materias en diez libros; éstos en títulos, que ascienden al número de 227, y los títulos en cánones, cuyo número total pasa de 1.600 (2).

Segun se deja dicho, lleva el título *Instituta* ó *Excerpta Canonum* y se colocó por vía de índice al principio del código de la colección grande de concilios y epístolas. Por esta razón se hacen referencias á la obra sin citar íntegros los cánones.

Acerca de este compendio dice el P. Coustant: *Atque adeo debetur Hispanis ea laus, ut in texendis ejus generis lucubrationibus Reginones, Anselmos, Buchardos, Ivones, Gratianos cæterosque canonum compilatores anteiverint. Huc adde quod à nothis illis undique purus est monimentis, quibus iidem, quos memoravimus, viri collectiones suas inquinaverunt. Spurias illas*

(1) Blanco: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 1.ª párrafo 3.°
(2) Blanco: Id., part. 2.ª, pár. 3.°

merces dico, quas ab Isidoro in christianum orbem invectas norunt eruditi.

Su autor.—Este magnífico trabajo debió ser obra de Isidoro II Setabitano, ó de Játiva, que asistió á los Concilios XV y XVI de Toledo.

El padre Coustant se inclina á esta opinión y dice: *Quod si quis tamen hispanum codicem in libros decem tributum hispano huic episcopo* (Isidoro II) *adscriptum velit, minus repugnabimus, cum in ejus ætatem aptè quadret operis lucubratio.*

Código árabe.—Existe un código árabe (1) que es un compendio de la colección grande española, y se halla dividido en libros, títulos y cánones, como la *Instituta*, sin más diferencia que el código árabe trascribe textualmente los cánones que la *Instituta* se limita á citar (2).

Se ignora si el código árabe se escribió con presencia de otros códigos árabes; si es una simple copia de otro escrito en aquel idioma, ó si fué traducido del *Excerpta canonum*, que es lo más probable, ó de otro código (3) gótico.

Su autor.—El autor del códice árabe, que existe en la Real Biblioteca del Escorial, fué el presbítero Vicente, quien lo terminó en 1049; pero como no se sabe si el referido código es original, ó copia de otro más antiguo árabe ó latino, de aquí la duda acerca de la época en que se compuso la colección ó código original (4).

Esto no obstante, si se observa que el conocimiento de la lengua latina se iba perdiendo en España desde la dominación sarracena, y que se hablaba y escribía en su lugar la lengua árabe, particularmente en la Bética, desde antes del siglo XI, es de presumir que el presbítero Vicente compusiera el código árabe, siguiendo el otro compendio ó *Escerpta Canonum*, con el objeto

(1) BLANCO: Id. ibid., párrafo 1.°
(2) BLANCO: *Noticia de las antiguas colecciones españolas*, part. 2.ª, párrafo 3.°
(3) BLANCO: Id. part. 2.ª, pár. 1.° y 3.°
(4) BLANCO: Id., part. 2.ª, pár. 3.°

de que pudiera manejarse por muchos eclesiásticos que sabían mejor el idioma árabe, cumpliendo de esta manera el encargo encomendado al mismo por un obispo, cuyo nombre se ignora.

En este supuesto el citado presbítero no fué un mero copiante, sinó intérprete y autor de la colección árabe (1).

Otras colecciones.—Los hermanos Ballerini hacen mención de las colecciones españolas que se conservan inéditas, y son las siguientes:

a) Una colección del siglo XI, dividida en seis libros, cuyo manuscrito se ha encontrado en Tarragona (2).

b) Otra colección en quince libros, llamada *Colección de Zaragoza*, por haberse hallado en dicha ciudad su original manuscrito: está sacada principalmente de la colección de S. Anselmo de Luca y del *Decreto* atribuido á Ibo (3).

c) La colección del presbítero español Gregorio, dividida en ocho libros, la cual lleva al frente el nombre de Policarpo, y debió componerse á mediados del siglo XII: está calcada sobre la de S. Anselmo de Luca y la otra colección dedicada al arzobispo Anselmo (4).

Leyes civiles.—Por último, la Iglesia de España se servía también del código de Teodosio II (5) y del Breviario visigodo, llamado—ley romana—Breviario de Aniano—Código de Alarico—*Lex Theodosii—Commonitorium*, que se publicó en 506.

Se sirvió después de la conversión de Recaredo, del código visigodo ó Fuero Juzgo, no menos que de los códigos civiles que sucesivamente se han venido publicando hasta los tiempos presentes; pero todo con las salvedades y limitaciones que se dejan consignadas en el título primero de este libro.

(1) BLANCO: Id. ibid.
(2) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 95, núm. 10.
(3) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 95, número 26.
(4) WALTER: Id. ibid, núm. 30.
(5) WALTER: Id. ibid., pár. 88.

SECCION 3.ª

Colecciones francesas.

§ 1.º

Antiguas colecciones.

Primera colección francesa.—La Iglesia francesa tenía ya en el siglo V una colección canónica, que se formó durante el pontificado del papa Gelasio. Comprende decretales y cánones que se hallan colocados sin orden ni plan alguno (1).

Sus fuentes.—Los cánones griegos están copiados de la antigua colección española, ménos los de Calcedonia, que se tomaron de la colección *Prisca*.

Si se formó en Francia.—Parece indudable que dicha colección se formó en Francia, y no en Italia, como han pretendido algunos escritores, porque contiene una carta de los obispos de la Galia al papa S. León, que no se encuentra en ninguna colección del mismo tiempo.

No hay tampoco dato alguno por el que pueda creerse que Dionisio el Exíguo tuviera noticia de esta colección, ni que su autor se aprovechase de las obras de Dionisio; mientras que consta, por otra parte, que los compiladores franceses se han servido de la citada colección (2).

Otras colecciones posteriores.—La Iglesia francesa siguió usando su primera colección áun después de conocerse en aquel país las colecciones de Dionisio; pero no trascurrió mucho tiempo sin que se formaran otras colecciones en vista de aquéllas y de los cánones dados por los concilios provinciales que se iban celebrando (3).

(1) WALTER: Id. ibid., pár. 86.

(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 86, número 26, nota 3.ª

(3) WALTER: Id. ibid.

El gran número de ellas me obliga á ser breve en esta materia, limitándome á las indicaciones siguientes:

a) La más antigua de estas colecciones vendrá á ser de mediados del siglo VI, y contenía los cánones de Nicea tomados de la traducción compendiada de Rufino, incluyéndose también, y con el nombre de aquéllos, los cánones de Sárdica. Contiene además gran número de concilios franceses y decretales pontificias.

b) Por aquel tiempo salió otra colección en la que se reunen confusamente los cánones griegos, africanos, galos y epístolas de papas, figurando los cánones griegos tomados unas veces de la antigua colección española y otras de la de Dionisio.

c) Muy semejante á la colección anterior es otra que debió componerse en el siglo VIII.

d) Se conoce una colección que contiene el texto abreviado de cánones y decretales, y se compuso con manuscritos españoles y franceses, anteriores á la colección española del siglo VII: se sospecha si es de origen español (1).

e) Se conocieron también colecciones de solos concilios franceses, y varios formularios que tenían por objeto facilitar el despacho de los negocios, siendo el más antiguo de los conocidos en Francia el del monje Marculfo, compuesto hácia el año 660 (2).

f) Se conocían á la vez gran número de copias de la colección española del siglo VII, unas literales y con adiciones y variantes otras, habiéndose incluido muchas de éstas en las copias que se hicieron de la colección adriana (3).

Colecciones particulares de algunas iglesias.— Muchas iglesias particulares tenían igualmente sus colecciones especiales, reducidas á epístolas pontificias, concilios y sínodos

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 86. n.° 26, nota 3.ª

(2) WALTER: Id. ibid., párrafo 94.

(3) WALTER: Id. ibid., párrafo 86.

diocesanos, que dictaban reglas para la diócesis, así como las pastorales de sus respectivos obispos.

De esta especie son (1)=

a) La de Bonifacio, arzobispo de Maguncia, del año 745.

b) La de Teodulfo, obispo de Orleans, año 797, y la de Walter, obispo de la misma Iglesia, de 871.

c) La de Hayton, obispo de Basilea, año 820.

d) La de Herardo, arzobispo de Tours, de 858.

e) La de Hincmaro, arzobispo de Reims, de 852 á 874.

Colección adriana. — Se dá el título de colección adriana á la que el papa Adriano I regaló á Carlo-Magno en uno de los tres viajes que hizo á Roma.

La carta del citado Papa que va al frente de la colección, parece indicar que hizo este obsequio al Rey, cuando tenía puesto sitio á Pavía, es decir, el año 774 en que hizo su primer viaje á la ciudad eterna, puesto que se dice en el citado documento: *Illæsus cum tuis victor manebis; nempe per ipsos (Petrum et Paulum), qui aditum petunt urbis Papiæ te ingredi victorem, nefaria perfidi regis calcabis desiderii colla* (2).

Su método, y fuentes de ella.—Esta colección se halla dividida en dos partes: la primera comprende los cánones de los concilios, y las decretales de los Sumos Pontífices la segunda.

Es una reproducción de las dos primeras colecciones de Dionisio el Exíguo con las adiciones y modificaciones (3) que se hicieron después de la muerte de su autor, y que corrían unidas á ella en tiempo del papa Adriano.

Aceptación con que fué recibida.—El Rey la llevó á Francia, y adquirió gran fama en aquel reino después de la muerte de Carlo Magno, hasta el punto de darla por antonomasia el título de *Codex Canonum*; así que las decretales de Isidoro

(1) WALTER: Id. ibid.

(2) BOUIX: *De princip. Jur Canon.*, part. 3.ª, cap. IX.

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 10.

Peccator fueron en un principio rechazadas en dicho país en todo aquello que no se contenía en la colección adriana, y por esto Hincmaro de Reims decía: Que tan solo debían aceptarse de la colección de *Peccator* los cánones *quos Apostolica Sedes... et omnis catholica Ecclesia canones appellat; quique..., in nostris codicibus quos ab Apostolica Sede majores nostri acceperunt sequendos* (1).

§ 2.°

Colecciones por orden de materias.

Las colecciones que se dejan citadas en el párrafo anterior, estaban divididas en cánones y decretales; pero después ya se formaron otras, divididas en títulos y por orden de materias, entre las cuales figuran las siguientes:

I. Una, que se compone de noventa y dos títulos, tomó mucho de las más antiguas y principalmente de la de Dionisio, según se hallaba ántes del papa Adriano, y es de suponer por lo mismo que se compuso ántes de mediados del siglo VIII (2).

II. Es exactamente igual á la anterior en la numeración de títulos y en el orden de materias (3).

III. Es un compendio de las anteriores, y está dividida en treinta títulos.

IV. Contiene lo mismo que la primera, aunque el plan es distinto: está dividida en setenta y dos capítulos.

En estas cuatro colecciones se hallan recopiladas las leyes de la Iglesia, y además contienen textos de los Santos Padres.

V. A fines del siglo VIII se compuso otra colección más extensa que las anteriores: contiene el texto de la colección adriana, aumentado con materiales de la española, y se halla dividi-

(1) BOUIX: Id. ibid.

(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 87.

(3) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 87.

da en tres libros. El primero es sobre la penitencia y penitentes. El segundo sobre las acusaciones, y el tercero trata de la ordenación, clerecía y episcopado.

VI. Una colección de fines del siglo VIII dividida en trescientos ochenta y un capítulos, cuyos materiales se tomaron de las colecciones española y adriana, de los padres de la Iglesia y un penitencial romano.

VII. Otra compuesta por Halitgar, obispo de Cambray, hácia el año 825, y está dividida en cinco libros. Tiene además un sexto libro, á manera de suplemento, que está casi reducido á trozos de un penitencial sacado de los archivos romanos.

VIII. Raban-Mauro trabajó otras dos, tomando por base la anterior, dirigida la una á Otgar, arzobispo de Maguncia, en 841, con el título de *Libro de los penitentes*, y la otra á Heribaldo, obispo de Auxerre, en 853, que en forma de carta comprende lo mismo que la primera, aunque con plan distinto.

IX. La colección de Abbón, abad de Fleury, compuesta á fines del siglo X, está dividida en cincuenta y dos artículos, y contiene textos de concilios, de decretales, capitulares, breviario visigodo y epítome de Juliano (1).

X. Una colección inédita dividida en tres secciones:

La primera sección contiene decretales auténticas y falsas por orden cronológico.

La segunda, cánones por el mismo orden.

La tercera, textos de los Padres de la Iglesia y del Derecho romano y franco, distribuidos en veintinueve títulos.

La sección tercera se tomó de la de Burchard, y las dos primeras de la colección de Isidoro *Peccator* (2).

Colecciones de S. Ibón de Chartres.—Este Santo compuso, á fines del siglo XI, una colección con el título de *Panormia*, que está dividida en ocho partes, y siguió en un to-

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 95, núm. 8.º

(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 95, números 20 y 23.—BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XII.

do á la colección de Burchard y á otra inédita dividida en tres secciones.

Los cánones de los concilios griegos contenidos en la Panormia están tomados en parte de la colección española y en parte de la de Dionisio. De esta obra se hizo un compendio.

Por aquel tiempo se escribió el gran *Decretum*, dividido en siete partes, que es una compilación desaliñada de la colección de Burchard, de otra en tres secciones, y principalmente de la *Panormia*. Se duda si su autor fué Ibón de Chartres.

Existe también un compendio inédito del *Decreto* en diez y siete partes que compuso, según se cree, Hugo de Chalons, contemporáneo de Ibón (1).

De la *Panormia*, de la colección en tres secciones y de la de Burchard, se formó otra en diez libros, que se atribuye á Haimond, obispo de Chalóns (2).

§ 5.°

Capitulares de los reyes francos.

Se dá el nombre de capitulares á las leyes eclesiásticas y civiles publicadas por los reyes de Francia en los siglos VIII y IX, con acuerdo de los magnates y prelados del reino reunidos en juntas ó asambleas generales (3).

Razón de esta palabra.—Se dió á estas leyes el título de *Capitulares*, de la palabra *capitulum*, que significa los acuerdos ó constituciones dadas por una corporación. Los magnates y los obispos deliberaban juntos en los negocios civiles, y sólo los prelados en los asuntos eclesiásticos.

Sus fuentes y autoridad.—Estos capitulares se formaron en gran parte de los libros de la Sagrada Escritura, de los

(1) WALTER: Id. ibid., núm, 24.
(2) WALTER: Id. ibid., núm. 25.
(3) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 88.

concilios griegos, Código canónico, Santos Padres, Concilios franceses, Fuero Juzgo (1).

Las disposiciones dictadas en estas asambleas eran de observancia general en los vastos dominios del imperio. Los concilios celebrados en Francia por aquel tiempo reconocen la grande autoridad de los capitulares, y hasta los Sumos Pontífices procuraban observarlos, y de ello ofrece una prueba la carta del papa León IV al emperador Lotario (2); así que fueron considerados como una de las fuentes canónicas, y por esta razón Graciano y otros compiladores recurrieron á ellos.

Colección de capitulares por el abad Ansegiso.—Estos capitulares andaban sueltos hasta que el abad Ansegiso reunió en 827 varios de los que se publicaron por Carlo-Magno y Ludovico Pio (3).

Esta colección se halla dividida en cuatro libros:

El primero comprende ciento sesenta y dos leyes eclesiásticas de Carlo-Magno.

El segundo contiene cuarenta y ocho disposiciones sobre asuntos eclesiásticos de Ludovico Pio.

El tercero noventa y una leyes seculares, y setenta y siete el cuarto.

A estos cuatro libros siguen tres apéndices de capitulares que se habían omitido (4).

Otra colección de capitulares del diácono Benito.—Benito, diácono de Maguncia, escribió una colección hácia el año 845; y se la considera como un complemento de los capitulares del abad Ansegiso (5).

Esta obra se halla dividida en tres libros.

El primero contiene cuatrocientas cinco capitulares.

El segundo cuatrocientas treinta y seis.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, párrafo 12.
(2) BERARDI: Id. ibid.
(3) BERARDI: Id. ibid.
(4) GOLMAYO: *Inst. de Derecho Canónico, proleg.*, cap. VII, pár. 80.
(5) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, párrafo 12.

El tercero cuatrocientas setenta y ocho.

Después se la añadieron cuatro suplementos, que comprenden:

a) Ochenta capítulos el primero (1) que son las ochenta reglas dadas por el Concilio de Aquisgrán para la vida monástica.

b) El segundo contiene ochenta y ocho.

c) El tercero contiene ciento veinticuatro con muchas decretales bajo los nombres de los papas á quienes se atribuían en su época (2).

d) El cuarto comprende ciento setenta y un capitulares.

Sus fuentes.—La colección de Benito es un complemento de la otra del abad Ansegiso, y se escribió para el clero y tribunales eclesiásticos (3).

Está tomada de las fuentes siguientes: Sagrada Escritura —Santos Padres—Concilios y decretales—Breviario de Aniano —Código de Teodosio II—Compendio de las novelas de Justiniano (4)—códigos germánicos; pero todo revuelto y sin citas de los originales consultados, siendo la causa de lo primero, según dice en el prólogo, porque iba recogiendo lo que encontraba en distintas partes, y especialmente en los archivos de Maguncia (5).

Esta colección de Benito se estudiaba como colección distinta de la de Ansegiso, hasta el punto de que Isaac, obispo de Langres, la compendió en once títulos para el uso de su diócesis (6); pero después corrió unida con aquella y con los citados suplementos (7).

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafos 91 y 93.
(2) GOLMAYO: Ib. ibid.
(3) WALTER: Id. párrafo 93.
(4) BERARDI: Id. ibid.
(5) WALTER: Id. ibid.
(6) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib II, cap. II, pár. 93.
(7) BERARDI: *Inst. de Derecho Eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 12.

SECCIÓN 4.ª

Colecciones africanas, inglesas y alemanas.

§ 1.º

Colecciones africanas.

Reglas por las que se gobernó la Iglesia africana en los primeros siglos.—Esta Iglesia, una de las primeras en que más frutos dió el cristianismo, se gobernó durante mucho tiempo por la Sagrada escritura, tradiciones y reglas dictadas por los obispos de Africa en sus concilios nacionales.

Con los cánones de éstos y la traducción de los nicenos, que el obispo Ceciliano llevó á este país, se fué formando la disciplina eclesiástica de esta Iglesia insigne, habiendo llegado hasta nosotros —los cánones del concilio celebrado en 348 por *Gratus* —los del tiempo de Genethlis en 390 —y los de otros concilios del tiempo de Aurelio, ó sea desde el año 393 al 429 (1).

Cánones del concilio celebrado en Cartago el año 419.—Este concilio es el más importante de los celebrados hasta entónces en Africa (2).

En su primera sesión hizo cuarenta cánones, insertando además en sus actas las decisiones del tiempo de Aurelio desde el año 394, así como un resumen de los cánones de Hipona del 393.

En la sesión segunda dictó seis cánones.

Por último, este mismo Concilio hizo venir de Oriente una nueva traducción de los cánones de Nicea para aclarar una duda que habia ocurrido en la controversia sobre la apelación (3) á Roma del presbítero Apiario (4).

(1) WALTER: Id. ibid., pár. 83.

(2) WALTER: Id. ibid.

(3) BOUIX: *De Papa* part. I. sect. III, cap. IX.

(4) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 83.—BERARDI: *Commen. in Jur. Eccles. univ.* tomo I, dissert. 2.ª cap. I.

Su traducción al griego, y colección particular de ellos.—Las actas del citado Concilio de Cartago venían á ser una colección nacional (1) y como un resumen de los cánones dados por los concilios celebrados en Africa (2).

Dionisio insertó en su primera colección dichas actas del Concilio de Cartago, pero modificadas y divididas en ciento treinta y ocho párrafos ó números (3).

Estos cánones se tradujeron al griego de la colección de Dionisio, y el Concilio Trulano los insertó en su colección (4), incluyendo entre ellos el canon de S. Cipriano, que reprobaba el bautismo conferido por los herejes.

Cristobal Justell imprimió por separado esta parte de la colección de Dionisio con el título de *Codex canonum Ecclesiæ africanæ* (5), acompañando la traducción griega al frente del texto latino (6).

En este código, dado á luz por Justell, se dice que asistieron S. Agustín y dos legados pontificios entre los doscientos diez y siete obispos, que suscribieron en el Concilio cartaginés del año 419.

Contiene este código además (7) de los cánones=

a) La epístola del Concilio Africano al papa Bonifacio.
b) El rescripto de Cirilo Alejandrino al sínodo de Africa.
c) El ejemplar de la fórmula de fé de Nicea.
d) Una carta del Concilio Africano al papa Celestino (8).

Colecciones que surgieron de las anteriores disposiciones.—Entre las colecciones que se formaron poco des-

(1) WALTER: Id. ibid., nota 3.ª
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 4.º
(3) WALTER: Id. ibid., pár. 81 y 83, nota 3.ª
(4) BERARDI: Id. ibid, part. 1.ª, tít. VIII, párrafo 7.º—Id. tít. IX, pár. 4.º
(5) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 48.
(6) WALTER: Id, pár. 83, nota 3.ª
(7) BERARDI: Id. ibid.
(8) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 4.º

pués del Concilio Cartaginés celebrado en 419, merecen especial mención las siguientes (1):

1. Una contenía los cánones nicenos, según la nueva traducción del original griego, y los concilios africanos anteriores al obispo Aurelio (2).

2. Otra solo comprendía los concilios celebrados por Aurelio.

Esta colección y la anterior, que se conservaban archivadas, se presentaron en el Concilio celebrado en Cartago el año 525 (3).

3. Existió además otra colección, que comprendía ocho concilios africanos, entre los cuales, y bajo el epígrafe de Concilio IV de Cartago del 398, hay un fragmento con el título de *Statuta Ecclesiæ antiqua* ó *Statuta Ecclesiæ Orientis*, que es un resumen de las ceremonias usadas para la consagración de los obispos (4).

Colección de Fulgencio Ferrando.—Las colecciones anteriores eran un conjunto de cánones colocados por orden cronológico; pero después se formaron otras por orden de materias, y es la primera de esta clase la que Fulgencio Ferrando, diácono de Cartago, compuso en 547 con el título de *Breviatio Canonum*.

Sus fuentes.—El autor de esta colección tomó los cánones africanos de las colecciones de aquella iglesia; y los cánones griegos de la antigua colección española.

Su método.—Fulgencio Ferrando sigue el orden de materias, y divide su obra (5) en doscientos treinta y dos títulos. En cada uno de éstos no presenta el texto literal, sinó un resumen de los cánones griegos y africanos.

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 83.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, pár. 26.
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) WALTER: Id. ibid., nota 4.ª
(5) WALTER: Id. ibid.

Reune casi todo el Derecho Canónico en el tratado de personas; y habla de todo lo concerniente á los obispos, presbíteros, diáconos y demás clérigos.

Enseguida trata de las cosas, derechos y obligaciones comunes á todos los clérigos, y por último, de todo lo que corresponde simultáneamente á los clérigos y legos (1).

Colección de Cresconio y sus fuentes. — El obispo africano Cresconio compuso hácia el año 690 una colección, á la que dió el nombre de *Concordia canonum*. Los materiales de esta obra se tomaron en un todo de las dos primeras colecciones de Dionisio el Exíguo.

Su método.—Esta colección sigue el orden de materias y está dividida en trescientos títulos (2).

El autor después del prólogo tiene un resumen de la obra en trescientos párrafos.

Este sumario se copió también con las colecciones de Dionisio, porque prestaban la misma utilidad, puesto que se hallaban en éstas los textos citados en aquél (3).

Cresconio fué el primero que presentó en su colección las epístolas decretales de los Romanos Pontífices, fraccionadas en diversas partes y distribuidas en los diversos títulos, según las distintas materias (4).

El sumario de la *Concordia Canonum*, que sin duda alguna es obra del mismo Cresconio se imprimió separadamente con el título de *Breviarium*, y después se refundió sistemáticamente en doce epígrafes (5).

(1) BOUIX: *De princ. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. VI.
(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 83, nota 4.ª
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) BOUIX: Id. ibid., cap. VIII.
(5) WALTER: Id ibid.

§ 2.°

Colecciones inglesas é irlandesas.

Introducción.— La fé cristiana introducida en Inglaterra en el siglo V produjo desde luego ópimos frutos, y aquella Iglesia naciente se gobernó por las sagradas Escrituras, y la disciplina que se iba desarrollando paulatinamente en sus concilios provinciales, los cuales consignaron entre sus cánones los dados por los concilios ecuménicos.

Los reyes dictaban á la vez en sus parlamentos disposiciones benéficas y de la mayor deferencia y consideración para la Iglesia (1).

Se conocieron después en aquel país las colecciones de Dionisio el Exíguo, y también se formaron allí algunas otras.

Colección del arzobispo Teodoro y su método.— Teodoro, arzobispo de Cantorbery, compuso, á mitad del siglo VII, una colección con el título de capitulares.

Está dividida en ciento sesenta y nueve artículos; y se tratan en ella los puntos más interesantes de la disciplina eclesiástica (2).

Coleccion de Egberto. —Egberto, arzobispo de York, compuso en la segunda mitad del siglo VIII, con los materiales existentes, una gran colección sistemática de Derecho Canónico, que sólo se ha impreso en parte, y un diálogo sobre ciertos puntos eclesiásticos.

Otras colecciones.—Entre las colecciones formadas en aquel país se hallan las siguientes:

1. Commeano compuso en el siglo VII un tratado especial sobre materia penitencial, que tiene por objeto fijar con precisión la penitencia correspondiente á cada pecado.

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 83.

(2) WALTER: Id. ibid.

Los tratados más importantes sobre esta materia se hallan en las obras citadas de Teodoro, arzobispo de Cantorbery, y Egberto, arzobispo de York.

2. También se cree que en el siglo VIII se conoció en Irlanda una colección dividida en sesenta y cinco títulos, la cual se compuso con materiales tomados de las colecciones de Dionisio, concilios romanos, franceses y de la misma Irlanda.

3. El diácono Stukario compuso en 1040 un compendio de la colección de Egberto.

§ 3.°

Colecciones alemanas.

Colección de Reginon. — Reginon, monje benedictino (1), y abad de Prum, compuso hácia el año 906 una colección con el título de *Disciplina Eclesiástica* (2), cuyo trabajo hizo á instancias de Rathbodo, arzobispo de Tréveris, en cuya diócesis estaba enclavado el expresado monasterio de Prum (3).

Su método.—Berardi cree que Reginon imitó en su obra á San Martín de Braga en cuanto al método observado en ella (4).

Consta en todo caso que la colección de este escritor, que no es en suma más que una instrucción para la visita arzobispal, fundada en leyes y autoridades eclesiásticas (5), está dividida en dos libros.

El primero trata de las personas y cosas eclesiásticas, empezando por la inquisición ó monición, ó sea por los artículos

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, pár. 72.

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part 1.ª, tít. IX, pár. 13.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XII.

(4) *Inst. de Derecho Eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, párrafo 13.

(5) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 95, número 4.°

segun los cuales debían los obispos preguntar acerca de las cosas y personas eclesiásticas (1).

Esta misma inquisición se encuentra entre los capítulos de Hincmaro; de manera que lo tomó de éste, ó uno y otro de algún formulario más antiguo.

El libro segundo trata de los legos, é indica la manera como el obispo debe inquirir acerca de ellos.

A continuación de las fórmulas de inquirir sobre las cosas y personas eclesiásticas y legas, consigna los lugares de los cánones y decretos en que se funda cada uno de los artículos de tales inquisiciones.

Fuentes de ella.—Las disposiciones legales citadas en esta colección están tomadas de los cánones de los Concilios, decretos de los Romanos Pontífices, sentencias de los Santos Padres, Código Teodosiano, capitulares de los reyes Francos, derecho borgoñés, y leyes ripuarias, alegándose muy rara vez decretales de la colección de Isidoro *Peccator* (2).

Las disposiciones legales no las tomó en sus mismas fuentes, sinó principalmente de las colecciones de Halitgar y de Raban-Mauro (3). Esta es la causa de que los cánones griegos son unas veces los traducidos por Dionisio, y otras los de la versión española, según los encontró en las referidas colecciones.

Colección de Burchard, y motivo de ella.—Burchard, monje benedictino primero, ó según los hermanos Ballerini, canónigo y capellán Real, y después, ó sea ántes del año 1002, obispo de Worms, compuso una colección para uso de su diócesis (4), mandando á Brunicón, prepósito de su iglesia, que la diese á conocer á todo el clero.

Burchard manifiesta que se dedicó á formar esta colección por haber notado que los códigos de cánones se hallaban confusos.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon. ibid.*
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, libro II, cap. II, pár. 95, núm. 4.°
(4) BERARDI: Id. ibid., párrafo 14.

Partes en que está dividida y sus fuentes.—Esta obra está dividida en veinte libros (1).

El prefacio, que ha sufrido algunas alteraciones, según consta por los antiguos códices manuscritos, señala como fuentes de la obra una colección de cánones que no nombra, los llamados cánones de los Apóstoles, concilios ultramarinos, germánicos, franceses y españoles; decretos pontificios, Antiguo y Nuevo Testamento, escritos apostólicos, los de varios Santos Padres y tres penitenciales.

Del atento examen de su colección aparece que es casi una repetición de la colección inédita, dividida en doce libros y compuesta en la primera mitad del siglo X en Alemania ó Francia.

Esta colección en doce libros tomó sus materiales de otra colección inédita de últimos del siglo IX, dividida en doce partes, y dedicada á Anselmo II, arzobispo de Milán, la cual se compuso teniendo á la vista—la colección adriana, aumentada con fragmentos de la antigua colección española—las decretales de Isidoro *Peccator*—el *Registrum* de S. Gregorio I—los códigos de Justiniano—compendio de las novelas por Juliano—dos concilios romanos del tiempo de S. Zacarías el uno y del de Eugenio II el otro.

De todo esto resulta, que los concilios griegos se encuentran en la colección de Burchard con arreglo á la versión de Dionisio, sin que por esto deje de notarse que tomó algunos documentos de Reginón y Raban-Mauro, pero añadiendo á las rúbricas el nombre del Papa ó concilio que mejor le pareció, á fin de dar á aquéllos mayor autoridad (2).

Por último, existe un compendio inédito de esta obra, compuesto en el siglo XIII.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XII.

(2) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 95, núm. 9.

SECCIÓN 5.ª

Colección de Isidoro Peccator.

Razón del nombre puesto al frente de esta colección.—Es opinión general de los escritores, que el autor de esta colección ocultó su verdadero nombre con el que pone al frente de ella, y creen muchos que tomó el nombre de Isidoro con el fin de que se creyera más facilmente que este código había sido escrito por S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, cuya reputación era muy grande y muy extendida su fama (1).

Los autores no están conformes acerca de si la segunda palabra ó sobrenombre es la de *Mercator* ó *Peccator*; porque una y otra se hallan en códices antiquísimos (2).

Muchos obispos, corepíscopos, clérigos inferiores y monjes, se denominaban por humildad con la palabra *Peccator* en la época que salió á luz esta colección (3), pero esto no basta para juzgar con seguridad que se denominara así el autor; porque el antiquísimo códice del Vaticano lleva al frente este título: *Incipit præfatio S. Isidori episcopi. Isidorus Mercator, servus Christi, lectori conservo suo et parenti in Domino, fidei salutem*, y lo mismo se lee en los códices parisiense y de Módena (4).

Tiempo en que se publicó.—La colección de que se trata contiene ciertas decretales de Urbano I y Juan III, en las que se insertan literalmente ciertas sentencias del Concilio celebrado en París el año 829.

También comprende algunos fragmentos del Concilio celebrado en Aquisgrán el año 836. Contiene igualmente datos to-

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 9.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles*, lib. I, cap. III, párrafo 29.
(3) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 64, nota 1.ª
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 1.º

mados de la carta dirigida por Jonás obispo aurelianense (Orleans) al rey Carlos *el Calvo*; y como este príncipe empezó á reinar en 839, es evidente que la colección de Isidoro *Peccator* es posterior á este año (1), y anterior al de 857, en el cual se celebró una dieta que hizo ya uso de aquel código.

El P. Zacaría cree que esta célebre obra se publicó el año 846, y lo mismo opinan otros escritores notables.

Partes en que se halla dividida, y documentos que contiene.—El autor divide su obra en tres partes.

La primera empieza por un prefacio tomado en gran parte de la colección española; á continuación inserta los cincuenta primeros cánones apostólicos (2), seguidamente cincuenta y nueve entre falsos decretos y epístolas atribuidas á los treinta primeros Sumos Pontífices (3) desde S. Clemente hasta S. Melquiades, ó sea desde el año 91 hasta el 313 (4).

La parte segunda, después de un proemio, trae la falsa donación de Constantino, dos documentos tomados el uno de la colección española y el otro de la francesa del siglo V, y después los cánones griegos, españoles, franceses y africanos, copiados de la colección española del siglo VII (5).

La tercera parte comprende un prefacio copiado de la colección española, y un crecido número de decretos pontificios por orden cronológico desde S. Silvestre (que ocupó la silla apostólica desde el año 314 hasta el 335 ambos inclusive), hasta Gregorio II, que reinó desde el año 714 hasta el 731.

Treinta y cinco de estos decretos son falsos, y muchos de los concilios que se comprenden en esta parte tercera son inventados.

Después del decreto de Gregorio II con que terminaba la

(1) BOUIX: Id. ibid.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, Id. ibid.
(3) Véase el apéndice núm. 3.º
(4) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 89.
(5) WALTER: Id. ibid.

obra, aparecen escritos por la misma mano que aquélla, varios documentos atribuidos al papa S. Símaco, que ocupó la Santa Sede desde el año 498 hasta el 514, y especialmente dos supuestos concilios romanos, concluyendo la obra con otro suplemento escrito de la misma mano (1).

Puntos que en ella se tratan.—Son muchos y muy variados: se trata del dogma—de la preeminencia de la Iglesia Romana—de la jerarquía superior—corepíscopos—presbíteros y diáconos—bautismo—confirmación—eucaristía—ordenación—matrimonio y ayuno—acusaciones y procesos contra obispos y clérigos—apelaciones á la Santa Sede—usurpadores de los bienes eclesiásticos—celebración de las pascuas—invención de la Santa Cruz—traslación de los cuerpos de los Apóstoles—santo crisma—agua bendita—bendición de los frutos y campos—consagración de las iglesias—vasos sagrados—traje clerical.

También se trata en ella de lo concerniente á negocios personales, y principalmente se ocupa en exhortaciones morales y religiosas.

Sus fuentes.—Las fuentes de esta colección fueron—el *Liber Pontificalis*—los concilios, decretos y epístolas decretales de los Sumos Pontífices—sentencias de los Santos Padres (2)—colección española del siglo VII y la francesa del siglo V—colección de Dionisio el Exiguo (3)—las obras de Rufino y Casiodoro sobre historia eclesiástica—breviario visigodo y el Derecho romano (4).

Opiniones distintas acerca del objeto que se propuso su autor.—Varios escritores, llevados de una manifiesta parcialidad y sin fundamento alguno racional (5), sostienen que el autor se propuso en su trabajo el engrandecimiento de la

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 89.
(2) WALTER: Id. ibid. párrafo 91.
(3) WALTER: Id. ibid., párrafo 89.
(4) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 91.
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap X, párrafo 1.º

Sede Romana; como si los derechos y prerrogativas de los Sumos Pontífices no descansaran en la constitución divina de la Iglesia.

Dicen unos, que el objeto de Isidoro en su obra fué el establecimiento de los primados (1), pero éstos existían ya, y por otra parte, esta dignidad no llegó á tener grande autoridad, ni con la ayuda de las falsas decretales (2).

Creen además que se propuso dicho colector atender á los obispos, ofreciéndoles garantías contra los atropellos de que pudieran ser objeto (3); pero en cuanto á este punto la única novedad que se nota, es respecto á los concilios provinciales que según Isidoro deben consultar sus sentencias con el Papa, cuando recaen sobre un obispo (4).

Otros sostienen que el objeto del autor fué destruir la autoridad de los concilios provinciales, disminuir la potestad de los metropolitanos, estorbar las acusaciones y juicios criminales de los clérigos y principalmente de los obispos, etc. (5).

Respecto al primer punto, las falsas decretales sostienen la celebración de los concilios provinciales en las épocas señaladas por el derecho, y en lo que hay cierta novedad únicamente es en el principio que consignan, de que no se reunan estos concilios sin el permiso del Papa, ó que por lo ménos el Papa los haya de aprobar (6).

En cuanto á los otros puntos, sólo se ve empleado en las falsas decretales lo que la naturaleza misma de un proceso de acusación exige: lo que el derecho romano tenía establecido, y el derecho eclesiástico aceptado (7), sin que la autoridad de los metropolitanos quede cohibida en nada de lo que el derecho les concede.

(1) SOGLIA: Id. ibid., pár. 50.
(2) WALTER: Id. ibid., párrafo 92, núm. 1.°
(3) SOGLIA: Id. ibid.
(4) WALTER: Id. ibid., pár. 92, núm. 8.°
(5) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 9.°
(6) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 92, num. 5.°
(7) WALTER: Id. ibid., núm. 10.

Fin que se propuso Isidoro en su colección.—Las falsas decretales sostienen la disciplina vigente en aquella época (1), aun en los paises donde no se conocieron hasta tiempos posteriores, como Italia y España (2), y el autor se propuso, siguiendo la costumbre (3) de su tiempo, apoyar la doctrina corriente en la práctica con la autoridad de documentos antiguos genuinos ó apócrifos, á cuyo efecto los coleccionó para su más fácil conocimiento, procurando á la vez inculcar en el ánimo de sus lectores aquellos principios de la disciplina eclesiástica qne se hallaban amenazados por las costumbres rudas y supersticiones de su tiempo (4): y por esto se ve el empeño con que trata del orden de los juicios en las causas de los obispos y clérigos.

El mismo Isidoro descubre en el prefacio el objeto de esta colección en las palabras siguientes: *Quatenus ecclesiastici ordinis disciplina in unum à nobis coacta atque digesta, ut sancti Præsules paternis instituantur regulis, et obedientes Ecclesiæ ministri vel populi spiritualibus imbuanbur exemplis, et non malorum hominum pravitatibus decipiantur. Multi enim pravitate et cupiditate depressi, accusantes sacerdotes depresserunt* (5).

Si introdujo una novedad en la disciplina eclesiástica.—La insistencia con que los jansenistas y los defensores de las doctrinas malamente llamadas *libertades galicanas*, han venido enseñando y defendiendo que las falsas decretales habían alterado esencialmente la disciplina en provecho de la Santa Sede y con grave perjuicio de los derechos de los obispos y del Estado (6), llegó á conseguir que estas ideas se generali-

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.* cap. V, pár. 71, nota.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars. gener.*, lib. II, tít. I, capítulo IV, art. 2.°, pár. 2.°

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 3.°, argumentos 1.° y 2.°

(4) WALTER: Id. ibid., párrafo 91.

(5) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 70, nota.

(6) TARQUINI: *Inst. Juris. Eccles. pub.*, lib. II, cap. II, pár. 2.°, núm. 16.

zaran áun entre escritores y personas de recta intención y de no escasas luces, en daño de la religión y de la justicia.

Por fortuna, ya nadie puede llamarse á engaño, ni es posible que una persona de regular instrucción pueda ser sorprendida en este punto, después de los muchos y notables escritos en todas partes conocidos, que tratan de esta materia.

Las decretales de Isidoro no han introducido en su texto novedad alguna en la disciplina de la Iglesia, y para demostrarlo bastará indicar muy ligeramente la doctrina que consignan respecto al primado pontificio y episcopado —relaciones entre el Papa y los obispos—acusaciones de obispos ó presbíteros— procedimiento criminal—celebración de los concilios provinciales y su aprobación.

Sus principios sobre el primado pontificio.—Dicen que Pedro recibió de Jesucristo el primado sobre toda la Iglesia, y que la Iglesia de Roma es el centro del cual han salido las demás: que en aquélla se conserva pura la tradición apostólica, y que de allí salen las reglas que no es lícito traspasar.

En todo esto nada nuevo se enseña: es la doctrina profesada siempre por la Iglesia (1).

Las falsas decretales nada de nuevo dicen tampoco en lo concerniente á la autoridad y fuerza obligatoria de los decretos pontificios: repiten lo que ya había enseñado sobre esta materia S. Siricio y S. León I, de conformidad con lo que siempre se había profesado en la Iglesia (2).

El axioma de que el jefe supremo de la Iglesia sólo tiene á Dios por juez, se refiere no sólo á la silla romana, sinó también á los obispos con relación á los tribunales seculares; cuya doctrina se hallaba ya consignada en decretales auténticas (3).

(1) WALTER: *Derecho ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 92, núm. 2.
(2) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 92, núm. 3.
(3) WALTER: Id. ibid., núm. 11.

Su doctrina acerca del episcopado en sus distintos grados gerárquicos.—Dicen respecto á la naturaleza del episcopado y potestad de los obispos, que éstos tienen una misión divina para iluminar á las naciones; que éstas deben honrar en ellos á la persona de Cristo que los envía, quedando excluidos de la comunión de los fieles el que no los obedece ó los persigue (1).

Los metropolitanos son, según dichas decretales, los obispos de las grandes poblaciones y los superiores de las provincias eclesiásticas.

Llaman primados ó patriarcas, á los metropolitanos que ejercen entre los de su clase una jurisdicción superior, que tiene por objeto estrechar más los vínculos eclesiásticos con la Santa Sede (2).

Si contienen alguna novedad respecto á las relaciones entre el Papa, los obispos y el poder civil.—En cuanto á las relaciones entre el Sumo Pontífice y los obispos repiten lo que siempre se ha creido, á saber: que el jefe de la Iglesia se ha asociado á los obispos en el desempeño del sagrado ministerio, pero sin conferirles la plenitud de la potestad, por más que sea por otra parte necesario respetar las atribuciones de cada uno de éstos conforme á la disciplina eclesiástica; así que los negocios de cada provincia eclesiástica deben resolverse por el metropolitano con los obispos de ella, perteneciendo la decisión al primado, cuando hay desavenencia entre el metropolitano y los obispos (3).

Dicen que los negocios importantes y difíciles entre los obispos han de ser decididos por el Papa, después de haberse discutido en los concilios provinciales: los cuales deben celebrarse en las épocas designadas por la Iglesia (4).

(1) WALTER: Id. ibid., núm. 1.°
(2) WALTER: Id. ibid..
(3) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 92, núm. 4.
(4) WALTER: Id. ibid., núm. 4 y 5.

Ningún derecho especial se dá en las falsas decretales á la Santa Sede en las materias de ordenación, traslación de obispos y consagración de Iglesias: nada dicen sobre la confirmación, juramento y renuncia de los obispos, ni sobre la concesión del palio, privilegios y dispensas (1).

Con respecto á las relaciones entre la Iglesia y el poder temporal repiten lo que era hasta vulgar en el imperio Franco, que los obispos y el clero dependen únicamente de los tribunales eclesiásticos (2).

Reglas acerca de las acusaciones contra obispos ó presbíteros.— En las acusaciones contra los obispos dicen, que debe interponerse la queja ante el metropolitano y concilio provincial, pudiendo el acusado apelar de la sentencia para ante la Santa Sede, ó si tiene por sospechoso al tribunal por causa de prevención ó enemistad, puede recusarlo, en cuyo caso vá el negocio á Roma, y el Papa en uno y otro caso conoce del negocio por sí ó por sus vicarios (3).

La última instancia en las causas contra presbíteros y clérigos inferiores tiene lugar, según dichas decretales, ante los metropolitanos y primados (4).

Su doctrina sobre procedimientos criminales.— Sobre el procedimiento en las causas criminales se toman precauciones exquisitas, y se dice con repetición hasta la saciedad que los obispos lanzados de sus sillas sin juicio previo y sólo por la fuerza, deben ser repuestos ante todo, dándoles un término para contestar la acusación; la cual ha de hacerse en la provincia del acusado y ante su juez ordinario, sin que el acusador pueda demandarlo ante un tribunal extranjero, ni el acusado invocar una jurisdicción extraña, sinó en el caso de apelación.

(1) WALER: Id. ibid., num. 6.
(2) WALTER: Id. ibid, núm. 7.
(3) WALTER: Id. ibid., núm. 8.
(4) WALTER: Id. ibid., núm. 9.

En cuanto á la forma de la acusación previene:

1. Que ha de hacerse verbalmente en presencia del acusado: con mesura, y sujetándose á las fórmulas establecidas.

2. Que las acusaciones calumniosas contra obispos y clérigos están sujetas á penas severas, y que no debe admitirse acusación que no provenga de hombre honrado y sin tacha.

No pueden ser acusadores los hombres de malas costumbres, los grandes criminales, detractores de la religión cristiana, herejes, judíos, excomulgados, esclavos, ni por punto general los inhabilitados por las leyes civiles; lo cual se hallaba ya consignado en disposiciones auténticas del Derecho.

3. Que el Juez ha de obrar con detenimiento y circunspección ántes de sentenciar; y que no ha de condenar sin prueba fundada en confesión del acuerdo ó de testigos, que tengan los requisitos necesarios para ser acusadores.

Se dice, que para prueba plena contra un obispo se necesitan setenta y dos testimonios conformes y producidos de viva voz.

4. Que la sentencia ha de pronunciarse á la vista del acusado para que nunca pueda alegar ignorancia.

Si contiene alguna novedad.—Los principios sobre el procedimiento criminal, que se dejan indicados, nacen parte de ellos, de la naturaleza misma de un proceso de acusación y los demás son los que se hallaban establecidos por el Derecho romano, que era entonces el derecho personal del clero y la norma de los tribunales eclesiásticos (1).

Sus disposiciones sobre la celebración de los concilios provinciales y aprobación de sus actas.—La única novedad consignada en las falsas decretales se refiere á los concilios provinciales, ya cuando se dice que no se reunan sin permiso del Papa, ó que al ménos hayan de aprobarse por

(1) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 92, núm. 10.

aquél (1), ya en la necesidad que se les impone de consultar sus sentencias con el Papa cuando recaen sobre un obispo (2).

El primer caso no llegó á ser práctica constante de la Iglesia, puesto que se celebraron después de Isidoro *Peccator* muchos más concilios provinciales que en la época anterior (3).

Respecto al segundo, apénas ocurrieron casos de esta índole en la práctica; aparte de que la experiencia había acreditado la conveniencia de que los obispos no compareciesen ante jueces de su misma clase; así que por este mismo tiempo se declaró en Oriente, donde no tuvieron influencia alguna las falsas decretales, que el patriarca era el juez único competente para juzgar á los obispos (4).

Aceptación con que fué recibida.—La colección de que se viene tratando (5), fué aceptada en todas partes (6), sin que nadie llegara á sospechar sobre la autenticidad de las fuentes citadas en ella, lo cual es una prueba concluyente de que nada se contenía en aquélla contrario á la disciplina entónces vigente, pues de no ser así, hubieran surgido sin duda alguna no pocas dificultades en su aplicación, según acontece siempre que se trata de introducir una nueva legislación, áun cuando no se dude de la potestad y autoridad legítima de donde emana (7).

Por otra parte, es un hecho que la disciplina contenida en dichas decretales fué generalmente admitida por la Iglesia, que no puede incurrir en error en la aprobación de la doctrina ó disciplina general; siendo por lo tanto incuestionable, que las falsas decretales no contenían cosa alguna contraria á la fé, buenas costumbres, ni á los legítimos derechos de los distintos grados de la gerarquía eclesiástica (8).

(1) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 92. núm. 5.
(2) WALTER: Id. ibid., núm. 8.º
(3) GOLMAYO: *Inst. de Derecho Canon., prolég.*, cap. VI, pár. 75.
(4) WALTER: Id. ibid., núm. 8.º, nota.
(5) BOUIX: *De princip. Jur Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 3.º, argum. 2.º
(6) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part. 1.ª, tít. IX, pár. 9.º
(7) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.* cap. III, pár. 50.
(8) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 3.º argum. 3.º

Si S. Isidoro de Sevilla fué el autor de esta colección.—Los críticos han opinado con suma variedad sobre este punto: así que la claridad y buen método exige, que se hable separadamente de sus distintos juicios acerca de esta materia.

Varios escritores, fijándose sin duda en el título de esta colección, creyeron de buena fé que era obra del renombrado obispo de Sevilla S. Isidoro (1) pero hoy no puede sostenerse esta opinión=

a) Porque dicho Santo murió en 636, y las falsas decretales contienen cánones del Concilio V de Toledo celebrado en aquel año y de los concilios posteriores hasta el XIII de Toledo, que se celebró en 683, haciéndose también mención en el prefacio de aquéllas, del VI Concilio ecuménico celebrado en 680.

b) Contienen monumentos extranjeros del siglo IX, según se deja consignado, y dicha colección no fué conocida por nadie hasta dos siglos después de la muerte de S. Isidoro de Sevilla.

No puede atribuirse á ningún escritor español. —Algunos sostienen, que el autor de la citada colección fué sin duda alguna algún español (2). Es inadmisible el parecer de los que así opinan=

a) Porque fué desconocida en España hasta el tiempo de Inocencio III, siendo de notar que no se ha encontrado en este país ni un solo códice de la época en que se publicó; á pesar de hallarse en sus numerosos archivos abundancia de manuscritos de aquel tiempo.

b) Solo se incluyen en la citada obra cinco decretales dirigidas á obispos españoles, lo cual no podría explicarse de ser español su autor, puesto que la colección canónico-goda contiene muchas más.

c) El lenguaje empleado por su autor demuestra hasta la evidencia que no era español (3).

(1) BOUIX: Id. ibid., pár. 1.º

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, título IX, pár. 9.º, nota del Dr. D. Joaquín Antonio del Camino.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 1.º, núm. 1.º

Si podrá atribuirse á la curia romana.—Los protestantes y jansenistas, en su odio contra la Santa Sede, no han tenido el menor reparo en suponer que las falsas decretales fueron obra de la Curia romana, ó que se escribieron y publicaron con su anuencia (1); pero tales aseveraciones están destituidas del menor fundamento, y para demostrarlo bastará observar:

1. Que el papa León IV (2) en su epístola de 850 á los obispos británicos, les habla de los cánones y decretales por las que se gobierna la Iglesia romana, y no son otras que las contenidas en la colección de Dionisio el Exíguo (3); lo cual es una prueba de que no se usaba en Roma la de Isidoro *Peccator*.

2. Nicolao I, en sus contestaciones con Focio, no alegó las decretales de los papas Alejandro y Evaristo contenidas en la colección de Isidoro, y que tan favorables eran á su propósito.

Su carta de 865 al emperador Miguel (4), en la que trata de vindicar los derechos y prerrogativas de la Sede Apostólica, no hace mención tampoco de ninguna de las decretales supuestas que encierra dicha obra; y por último, en su carta del mes de Abril de 863 á Hincmaro de Reims, en la que habla de las fuentes de la disciplina eclesiástica, sólo hace mención de las decretales de varios romanos pontífices con arreglo á la colección de Dionisio.

Algún tiempo después debió tener á la vista este papa algún ejemplar de la obra de Isidoro *Peccator*, puesto que en su carta 47 á los obispos de las Galias les manifiesta, que ellos usan indistintamente de las decretales de Isidoro, cuando les son favorables, y las rechazan en lo relativo á los derechos y privilegios de la Sede Apostólica, haciéndoles además notar que no pueden rechazarse con justicia las decretales de los antiguos Sumos Pontífices por la sola razón de que no se contengan en

(1) BOUIX: Id. ibid, pár. 2.°
(2) Distinct. 20, C. 1.°
(3) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 91, nota.
(4) BOUIX: Id. ibid., pár. 2.°, núm. 2.°

el código Adriano; pero no dice (1) ni una sola palabra acerca de la autenticidad ó falsedad de las decretales isidorianas.

3. Está igualmente demostrado que la colección de Isidoro no fué escrita en Italia, porque ninguna de las colecciones hechas en aquel país por aquel tiempo contiene ninguno de los documentos apócrifos de aquélla, lo cual es una prueba de que no era allí conocida (2).

4. Además, las falsas decretales comprenden fragmentos enteros del código de Eurico y Breviario de Aniano, y si se hubieran escrito en Italia, el autor se habría limitado á recopilar las leyes romanas de Justiniano.

5. Finalmente, la observación de que gran parte de las falsas epístolas fueron tomadas del *liber pontificalis*, conocido únicamente en Italia, carece de fundamento, porque el pontifical mencionado existía en varias bibliotecas de fuera de Italia, y Raban-Mauro, Beda é Hincmaro se aprovecharon de él en sus escritos (3)

Esta colección se hizo en Francia.—Parece indudable, que la colección de Isidoro *Peccator* tuvo (4) su orígen en Francia, porque los códices del siglo IX, que aún se conservan, lo revelan claramente en sus caracteres é idiotismos; y escritores franceses son los que primeramente hicieron mención de las falsas decretales (5), en las que se citan también varias cartas escritas por S. Bonifacio (6), arzobispo de Maguncia, y otras dirigidas á este prelado, sin que de unas y otras se hubiera tenido noticia fuera de aquel país: de manera que son sin duda alguna obra de algún escritor francés, es decir, del país en donde tanto se ha dicho contra la Santa Sede con motivo de esta colección.

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 2.º, núm. 2.º
(2) WALTER: *Derecho Ecles. univ.* lib. II, cap. II, párrafo 91, nota.
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) BOUIX: Id. ibid.
(5) WALTER: Id. ibid., párrafo 91.
(6) WALTER: *Derecho Ecles., univ.* lib. II, cap. II, pár. 91.

Quién fué su autor.—Falta ahora saber quién fuese el autor de esta obra, y sobre este punto hay también variedad de opiniones (1).

1. El abate Andrés (2) cree que fué Ebbon, arzobispo de Reims, uno de los obispos depuestos en el Concilio de Thionville, porque las precauciones exquisitas que se toman en esta obra respecto á las causas contra los obispos: la ciencia, erudición y talento que se descubre en el autor de este libro, y la circunstancia de haberse encontrado los más antiguos manuscritos en Maguncia, hacen suponer, á juicio de este escritor, que el citado prelado fué el autor de las falsas decretales, toda vez que reune en su persona las circunstancias indicadas, y que habiéndose retirado al monasterio de Fulda en Maguncia, después de su deposición, pudo disponer de una riquísima biblioteca y del tiempo necesario para escribir la expresada obra.

2. Los hermanos Ballerini y otros muchos escritores sostienen que el verdadero autor de las falsas decretales fué Benito, (3) diácono de Maguncia, porque la colección en tres libros de capitulares, escrita por éste, está íntimamente relacionada con las falsas decretales, ya en cuanto á la predilección con que en una y en otra se trata repetidamente de la acusación de los obispos—abolición de los corepíscopos—de los primados; ya porque el lenguaje usado por Benito en su prefacio, recomendando su tercer libro, que es el que principalmoute coincide con las falsas decretales, se ajusta en todo al tono y espíritu de la colección falsificada (4).

Distintas clases de documentos contenidos en esta colección.—La colección de Isidoro contiene:

Documentos genuinos, como son los cánones tomados de la colección española.

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. III, núm. 2.°
(2) *Diccionario de Derecho Canónico:* palabra *Decretales.*
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) WALTER: Id. ibid., nota.

Documentos supuestos, que son los inventados por él, como casi todas las epístolas desde S. Clemente hasta S. Siricio y muchas de las posteriores.

Documentos interpolados, que son los documentos verdaderos, adicionados más ó ménos por Isidoro.

Documentos apócrifos, que son los ya existentes en su tiempo, y que él insertó en su colección.

Documentos supuestos, interpolados y apócrifos que contienen.—La colección de Isidoro contiene muchas falsas decretales, en cuyo caso están todas las de la primera parte de su obra—la falsa donación de Constantino al papa S. Silvestre que trae después (1) del proemio en la segunda parte—treinta y cinco decretales de las insertadas en la parte tercera desde San Silvestre hasta Gregorio II (2).

Los suplementos á esta tercera parte (3), que son las actas de tres concilios romanos, uno de ellos en tiempo de Julio I, y los otros dos siendo papa Símaco, son apócrifos ó inventados por el autor.

Contiene además los documentos apócrifos siguientes (4):

a) Las dos cartas de S. Clemente á Santiago.

b) Los cánones de los Apóstoles.

c) La constitución de Constantino á Silvestre.

d) La epístola del Concilio de Nicea al Sínodo Romano.

e) La carta de S. Silvestre al Concilio de Nicea.

f) Las actas del segundo Concilio Romano en tiempo del citado Papa.

g) La historia de los hechos de Marcelino, Liberio, Sixto y Policronio.

h) Las once epístolas relativas á Acacio.

i) *Interlocutio Ossii.*

(1) DEVOTI: Id. ibid., nota 5.

(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, párrafo 89.

(3) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 64.

(4) SOGLIA: Id. ibid.

j) Las cartas de S. Jerónimo al papa Dámaso y las de éste á S. Jerónimo.

l) La carta de S. León á los obispos de Alemania.

m) Un fragmento apócrifo unido á la carta de S. Gregorio I á Secundino (1).

Estos y otros documentos apócrifos son anteriores á la obra de que se viene tratando, y por lo mismo no fueron inventados por Isidoro. Este escritor consigna la disciplina vigente en su tiempo (2), y únicamente puede considerársele como impostor, porque la apoya con testimonio de autores, de quienes no son, procurando defenderla con la autoridad de los Sumos Pontífices de los primeros siglos, haciendo uso de constituciones apócrifas ya conocidas, ó inventando otras á medida de su deseo (3).

Razones que demuestran su falsedad.—La falsedad de los decretos mencionados no puede negarse, y para demostrarlo bastará considerar (4):

1. Dionisio el Exíguo, que registró con el mayor cuidado y diligencia los archivos romanos, no hace mención alguna de dichas decretales (5).

Tampoco los concilios celebrados en aquella época, ni los Romanos Pontífices y escritores de los ocho primeros siglos nos hablan de ellas; á pesar de interesarles citar dichos documentos en las controversias que sostuvieron, lo cual es una prueba de que no existían (6).

2. Se citan textos de la Sagrada Escritura, con arreglo á la versión de S. Jerónimo, en decretales que llevan el nombre de pontífices de siglos anteriores (7), lo mismo que cánones de concilios, decretales pontificias y leyes de los códigos de Teo-

(1) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 89, nota.
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 3.º, arg. 2.º y 3.º
(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, párrafo 61.
(4) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª tit. IX, pár. 9.º
(5) DEVOTI: Id. ibid., pár. 68.
(6) DEVOTI: Id. ibid.
(7) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 49.

dosio y Justiniano, que son posteriores á la época en que vivieron los Papas y Emperadores á quienes se atribuyen (1).

3. Hacen mención de disposiciones de cónsules que no existieron, poniendo en boca de los primeros Sumos Pontífices nombres de grados jerárquicos entónces desconocidos (2).

4. No hablan de las persecuciones de la Iglesia, consuelos de los mártires, cosas, estado y costumbres de aquellos tiempos (3).

5. Usan un lenguaje rudo y bárbaro, bien ajeno por cierto á la elegancia y cultura de los primeros siglos, siendo de notar que todas las decretales falsas tienen el mismo estilo, á pesar de pertenecer á Papas de distinta índole, edad y costumbres (4).

Cuándo se descubrió esta.—Los protestantes han querido atribuirse la gloria de haber sido los primeros que descubrieron la falsedad de las decretales de Isidoro, y lo mismo sostiene Claudio Fleury en su *Historia Eclesiástica*.

Hincmaro, arzobispo de Reims, admitió desde luego las decretales de Isidoro; pero las rechazó después en la cuestión que sostuvo con Hincmaro (5), obispo de Laon, sin que de esto pueda deducirse que sospechara siquiera su falsedad; puesto que él mismo manifiesta que las rechaza, porque no se hallaban en la colección adriana (6) las decretales citadas por su contrario.

Pero es indudable que antes de la existencia del protestantismo hubo quien sospechó de esta colección (7), puesto que ya en el siglo XII Pedro Comestor trató de este punto en su *Historia Escolástica*, poniendo en duda la autenticidad de algunas decretales contenidas en aquélla.

En el siglo XV el cardenal Nicolás Cusano, Erasmo, Gobelino, Enrique Kalteisenio, y otros escritores católicos, pro-

(1) Devoti: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. V, pár. 68.
(2) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, párrafo 49.
(3) Soglia: Id. ibid.
(4) Soglia: Id. ibid.
(5) Devoti: *Inst. Canon. proleg.*, cap. V, párrafo 66.
(6) Bouix: Id. ibid., cap. X.
(7) Vecchiotti: Id. ibid., párrafo 60.

baron con datos irrecusables, que muchos de los documentos contenidos en ella eran apócrifos (1).

A estos escritores siguieron otros, añadiendo nuevos datos en apoyo de su opinión, como fueron los *Centuriatores Magdeburgenses* y David Blondel, etc., entre los protestantes; el cardenal Bellarmino, Baronio, Du Perron, los Ballerini, etc., entre los católicos (2).

ARTÍCULO II.

DERECHO CANÓNICO NUEVO.

Introducción.—Las iglesias particulares tuvieron hasta esta época su legislación especial, formada en los concilios provinciales y Sínodos diocesanos, resultando de aquí una gran variedad de disciplina en todo aquello que no se oponía al principio de autoridad, ni á la unidad en cuanto á la fé y á las costumbres, según se ha visto al tratar de las distintas colecciones canónicas de aquellos tiempos.

Desde la publicación del decreto de Graciano, que llegó á constituir el derecho común de la Iglesia, se observa que esta toma parte directa en la formación de las colecciones canónicas. No son ya solo los particulares quienes emprenden esta tarea, y á ella dedican su saber y talento: la autoridad suprema de la Iglesia hace también estos trabajos, y los presenta como regla á que habrán de atenerse en las escuelas y en la práctica, como vamos á ver.

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. X, pár. 3.º, al final.
(2) Bouix: Id. ibid., cap. X.

SECCIÓN 1.ª

Decreto de Graciano y otras colecciones.

§ 1.º

Decreto de Graciano.

Graciano, y distintos nombres de su colección. —Graciano nació en Clusi, antigua ciudad de Toscana, próxima á Florencia, é ingresó en la orden religiosa de S. Benito, profesando en el monasterio de los santos mártires Félix y Nabor de Bolonia (1).

En este convento compuso su famosa colección, que empezó á escribir hácia el año 1127 y terminó sobre el 1151 (2).

Algunos escritores creen que Graciano puso por título á su obra: *Concordia discordantium canonum* (3); cuyo título, aunque extraño, ya había empleado Cresconio, obispo africano, en la colección de que se deja hecho mérito.

Otros manifiestan, desde luego, que no se sabe de cierto el nombre que el autor dió á su obra (4), y por esto se vé que los antiguos comentaristas se refieren á los textos de Graciano con las palabras *in decretis*, observándose esto mismo por Alejandro III (5).

Después se llamó á la colección *Discordantium canonum concordia*, y en el siglo XIII se daba por cierto, que este título se puso á la obra por su autor, aunque sin fundamento alguno (6).

(1) BOUIX: Id. ibid., cap. XIII.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part. 1.ª, tít. X, pár. 3.º
(3) BERARDI: Id. ibid., párrafo 5.º
(4) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 96.
(5) C. VI, tít. II, lib. IV, *Decret.*
(6) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 96, nota.

Ultimamente, se la dá el nombre de *Decretum*, aunque con impropiedad, puesto que su obra contiene muchos decretos y no uno solo (1).

Partes en que la divide.—Graciano dividió su obra en tres partes principales (2), á saber:—*personas*—*juicios* y *cosas*.

La parte primera se divide en ciento una distinciones y cada una de estas en numerosos cánones.

La parte segunda se halla dividida en treinta y seis causas y estas en cuestiones hasta el número de ciento setenta y dos. Las cuestiones se subdividen en cánones. La cuestion tercera de la causa treinta y tres se divide en siete distinciones y estas en capítulos ó cánones.

La parte tercera se titula de *consecratione* y se divide en cinco distinciones y estas en cánones.

Materias que en ellas se tratan.—La parte primera trata de las fuentes del Derecho Canónico y de los órganos legales de la Iglesia, ó sea de las personas y oficios eclesiásticos (3).

La parte segunda trata de los juicios.

La cuestión tercera de la causa treinta y tres trata de la penitencia, y puede decirse que es un tratado completo sobre esta materia, en la que se extendió, á juicio de muchos escritores, porque este era el gusto de la época, y lo demuestran las muchas colecciones de aquellos tiempos, que dedican á este punto una sección entera.

La tercera parte trata de las cosas sagradas, es á saber, del bautismo, confirmación, Eucaristía en sus dos conceptos de sacramento y sacrificio, ayuno, fiestas é imágenes (4).

Fuentes de este código.—Graciano empleó en su colección textos de la Sagrada Escritura, los cincuenta primeros cánones apostólicos, concilios generales y particulares, consti-

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. prolog.*, cap. VI., párrafo 73, nota.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Canon.*, part. 1.ª, tít. X, pár. 7.º
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) BERARDI: *Inst. de Derecho Canon*, part. 1.ª, tit. X, pár. 7.º

tuciones pontificias, sentencias de los Santos Padres, *Rituale ordinis romani* y *liber diurnus*.

Se sirvió también de la colección en tres secciones, de los tres penitenciales de que hizo uso Burchard (1), de la colección de este, de la de S. Anselmo de Luca, de la dividida en nueve libros y de otras varias.

Empleó igualmente en su obra textos de los códigos de Teodosio, Justiniano, capitulares de los reyes Francos y de otras obras puramente históricas.

Puede asegurarse que hizo uso de todas las fuentes del Derecho Canónico; pero no se sirvió de los textos originales (2), sinó de las diversas colecciones entónces conocidas, y principalmente de las de Burchard é Ibón (3).

Aceptación con que fué recibido.—Graciano no se limitó á reunir cánones y decretales, como habían hecho otros muchos, sinó que dividió, por orden de materias, todo el Derecho Canónico en distintos títulos (4).

Su obra, mucho más abundante que las conocidas hasta entonces, comprende casi todas las materias canónicas, dispuestas con grande agudeza é ingenio y un método propio para las escuelas y el foro.

En una palabra, su libro no es una simple colección, sinó más bien un tratado científico y práctico de todo el Derecho Canónico, con citas á la letra de los textos legales, que examina y analiza poniéndolos en armonía por medio de distinciones (5).

Esta circunstancia, y la de haberse manifestado en aquella época una extraordinaria actividad intelectual, siendo sus órganos los establecimientos de enseñanza, hicieron que la colección de Graciano adquiriese celebridad. Las universidades eran el

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 96.
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XIII.
(3) BERARDI: Id. ibid., pár. 3.º
(4) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. VI, párrafo 75.
(5) WALTER: Id. ibid.

centro de la vida intelectual, porque á ellas, y principalmente á las de Bolonia y París, acudían innumerables jóvenes, ansiosos de saber y llenos de ardor por la ciencia (1). Como la colección de Graciano apareció en Bolonia cuando la escuela de legistas se hallaba en el mayor esplendor y las materias de aquélla se trataban con un método nuevo muy del gusto de los sabios de aquel tiempo (2), abundando á la vez en textos de los códigos y jurisconsultos romanos, tuvo desde luego gran aceptación, que aumentó sin duda, por la nombradía de los profesores encargados de su enseñanza; siendo tal vez el primero entre ellos su autor (3).

Los jóvenes que habían estudiado la colección de Graciano, dieron renombre á este libro en sus respectivos paises como jueces ó letrados, no siendo por lo mismo de extrañar que se elevase aquélla al rango de autoridad (4) de derecho común en todo el Occidente (5).

Puede decirse con verdad que con la colección nació una escuela y que esta escuela procuró á la obra la brillante acogida que tuvo en todas partes.

Título dado á los maestros y discípulos.—Los maestros de esta escuela llevaron el título de *magistri, doctores decretorum.*

Sus discípulos se conocían con el nombre de *canonistas*, *decretalistas* ó *decretistas* (6).

Defectos que contiene esta colección.—La división en personas, juicios y cosas que Graciano hizo en su obra, exigía que en cada una de sus tres partes colocara las materias propias de la misma; pero no sucede así, sinó que prescinde en

(1) WALTER: *Derecho eccles. univ.*, lib. II, cap. II, párrafo 99.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Canon.*, part. 1.ª, tít. X, párrafo 8.º
(3) WALTER: Id. ibid.
(4) BERARDI: Id. ibid., pár. 8.º y siguientes.
(5) WALTER: Id. ibid., cap. III, párrafo 114.
(6) WALTER: Id. ibid.

muchas ocasiones del plan que se propone, notándose no pocos defectos, entre los cuales me limito á señalar los siguientes (1):

1. En la parte primera trata de las irregularidades, y de los que no deben ser admitidos á recibir los órdenes (2): de la elección de los clérigos para las dignidades eclesiásticas, de su ordenación, estudios, témporas (3), cuyos puntos pertenecen á la parte tercera.

2. En la parte segunda trata de la elección de obispos y prelados (4), de los religiosos (5) y diezmos, de los esponsales y matrimonio (6); la cual corresponde á la tercera parte.

3. En la parte tercera trata de la consagración de las iglesias, altares, celebración de misas (7), de la Sagrada Eucaristía (8), de las festividades y ayunos (9); del bautismo (10); de la confirmación (11); en lo cual no hallo defecto por más que algunos escritores censuran á Graciano, porque trata de estos puntos propios, según ellos, de la Teología.

Sus errores.—Graciano no consultó las mismas fuentes del Derecho; sinó que tomó la doctrina de otras colecciones con sus errores, á los que añadió los propios, resultando de esto (12):

a) Que contiene decretales pontificias y textos de los Santos Padres, que sin género alguno de duda, son apócrifos (13).

(1) BERARDI: Id. ibid., pár. 7.°
(2) Desde la distinción 51 hasta la 60.
(3) Desde la distinción 60 hasta la 94.
(4) Causa 7.ª y 8.ª, cuestión 2.ª y 5.ª
(5) Causa 16, q. 7.—caus. 18, q. 2.—caus. 19, q. 3.—caus. 20, q. 4.
(6) Causa 27 y siguientes.
(7) Distinción 1.ª
(8) Distinción 2.ª
(9) Distinción 3.ª
(10) Distinción 4.ª
(11) Distinción 5.ª
(12) BERARDI: *Inst. de Derecho Can.*, part. 1.ª, tít. X, párrafo 4.°—Id. ibid., pár. 10, nota *a*.
(13) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. VI, pár. 76.

b) Cita disposiciones y consigna textos de los concilios como dictados por los Sumos Pontífices y vice-versa (1).

c) Atribuye á los Papas, ó concilios generales lo que se prescribió por un obispo ó concilio particular (2).

d) Consigna bajo de títulos verdaderos sentencias falsas, truncadas ó desfiguradas (3).

e) Confunde los nombres de personas con los de ciudades, provincias, concilios, etc., y vice-versa (4).

Etimología de la palabra Palea y su significado. —Se cuestiona mucho entre los eruditos sobre este punto, pudiendo resumirse las distintas opiniones en lo siguiente (5):

1. Unos dicen que esta palabra *pálea* es latina y significa paja. Añaden que fué puesta por Eugenio III á quien Graciano presentó su obra (6), para expresar la ninguna autoridad de ciertos cánones.

Afirman algunos de entre éstos, que un cardenal de quien se sirvió el autor para presentar su trabajo al Sumo Pontífice, añadió algunas cosas á la obra y que Graciano las tachó después poniendo al frente de lo añadido *palea*, ó sea paja, para expresar que el grano estaba en el trabajo suyo y nó en lo adicionado.

Todas estas suposiciones están destituidas de fundamento, porque muchos de los cánones que tal palabra llevan, son de mucha importancia, sin que en este concepto desdigan de los demás de la obra.

2. Otros sostienen que dicha palabra procede de la griega παλιν, que quiere decir segunda vez, porque los cánones que la llevan son una repetición de los precedentes.

Tampoco puede sostenerse esta opinión, porque los citados

(1) Devoti: Id. ibid.
(2) Vecchiotti: *Inst. Canon*, lib. I, cap. IV, pár. 61.
(3) Berardi: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. X, pár. 10, nota.
(4) Berardi: Id. ibid.
(5) Berardi: Id. ibid., pár. 13.
(6) Golmayo: *Inst. de Derecho Canon. freleg.*, cap. VIII, pár. 85, nota 2.ª

cánones se diferencian de los que inmediatamente les preceden (1).

3. Ciertos escritores derivan la palabra palea de las dos griega τα παλαια, que expresan una cosa anticuada.

No puede sostenerse esta opinión, toda vez que dichos cánones no contienen la doctrina que se supone (2).

4. En opinión de otros, la voz *palea* proviene de estas dos, *post alia*, para significar que lo adicionado habría de colocarse á continuación del texto de Graciano, habiéndolas omitido algunos copistas ó colocándolas en el mismo cuerpo de la obra juntamente con el texto, mientras que otros formaron de ellas cánones separados (3).

5. Por último, según la opinión generalmente seguida, la palabra *palea* es apellido de la persona que puso algunas adiciones á la colección (4).

En prueba de ello bastará observar que la aceptación con que fué recibida la obra de Graciano, estimuló á muchos de sus discípulos y admiradores á escribir comentarios al mismo texto (5).

Como eran tan breves estas primeras glosas, iban entre renglonadas; pero con el tiempo crecieron considerablemente, y fué preciso sacarlas al margen, lo cual tampoco bastó después, cuando ya eran verdaderos comentarios, y entónces se consignaron en el mismo texto de la obra (6).

Quién la puso.—Los correctores romanos infieren de todo esto que las paleas son ciertas adiciones, que se pusieron sucesivamente al código, algunas acaso por el autor y las demás por distintas plumas (7).

(1) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XIII.

(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XIII.

(3) Scavini: *Proleg. in Jus. Canon.*, cap. VI, sect 2.ª—Berardi: Ll. ibid., pár. 13, nota.

(4) Devoti: *Inst. Canon. proleg.*, cap. VI, pár. 78.

(5) Walter: *Derecho Eclesiástico universal.* lib. II, cap. II, pár. 99.

(6) Bouix: Id. ibid.

(7) Berardi: *Inst. de Derecho canónico*, part. 1.ª tít. 10, pár. 13.

Parece lo más probable que Paucapalea, uno de los primeros discípulos de Graciano, puso las primeras glosas anteponiendo su apellido, cuya conducta imitaron otros (1).

Número de cánones que llevan la palabra palea. —Tres códigos antiquísimos, que debieron escribirse poco después de la muerte de Graciano tienen muy pocos cánones con la palabra *palea* (2); uno muy enmendado tiene al margen sin nota alguna varios cánones, de los que llevan esta palabra en los impresos.

Otro código en caracteres muy antiguos lleva esta palabra al principio en letra moderna.

El número de cánones que lleva en la actualidad al frente la palabra palea, asciende á trescientos noventa.

Nueva forma introducida en la obra de Graciano. —Paucapalea no se limitó á glosar la obra de su maestro, sinó que, según algunos escritores casi contemporáneos, dividió (3) la primera parte en ciento una distinciones, y en cinco la tercera, sin que pueda decirse quién dividió en siete distinciones el tratado de la penitencia, incluido en la causa 33, según se deja manifestado.

El jurisconsulto Antonio Concio numeró los cánones ó capítulos de Graciano (4), en cuya obra continuó Carlos Desmoulin (5).

Adiciones y corrección de errores. —Se adicionaron al decreto de Graciano los cánones que llevan la palabra *palea* y entre ellos se hallan diseminados en la obra cincuenta textos, que no son de Graciano, y cuyas intercalaciones fueron desechadas en un principio (6); pero después se las concedió la

(1) DEVOTI: *Instit. Can., proleg.*, cap. VI, pár. 78, nota.
(2) BOUIX. *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XIII.
(3) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. II, cap. III, pár. 114.
(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmot.*, cap. III, parrafo 52.
(5) WALTER: Id. ibid.
(6) WALTER: Id. ibid.

misma autoridad que al texto original, y por esta razón se imprimió la obra con dichas adiciones.

La importancia que el decreto de Graciano había adquirido en las escuelas y en el foro, reclamaba de necesidad la corrección de los muchos errores contenidos en la obra.

El citado jurisconsulto Antonio Concio hizo varias correcciones en el texto y el teólogo Antonio Demochares puntualizó las citas vagas que iban al frente de los textos del Decreto, corrigiendo éstos y señalando todas sus variantes con arreglo á los más antiguos códices (1).

Correctores romanos.—El Concilio de Trento pensó en la corrección de Graciano, puesto que los trabajos hechos hasta entonces no eran completos.

El papa Pío IV llevó á efecto este pensamiento, nombrando en 1563 una comisión de sabios, compuesta de cinco Cardenales, para hacer este trabajo importantísimo y difícil.

S. Pío V aumentó dicha comisión con dos cardenales más y diez y siete sabios (2).

Sus trabajos.—Esta comisión, que se conoce con el nombre de *correctores romanos*, trabajó con la mayor constancia para llevar á debido término la corrección de la obra. En las congregaciones particulares de los doctores, presididos en un principio por el cardenal Alciato, y después por el cardenal Carafa, se discutían las materias, acordándose allí las correcciones que debían hacerse; y en la congregación general de cardenales se resolvían los puntos más delicados (3).

Como muchos decretos de los Concilios y Santos Padres, alegados en el texto, no se encontraban en las fuentes citadas por Graciano, se consultó á las academias y personas doctas de los distintos países, y remitieron un crecido número de libros y cartas de gran erudición (4).

(1) WALTER: Id. ibid., párrafo 115.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Canónico*, part. 1.ª, tít. X, pár. 11.
(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XVIII.
(4) BERARDI: Id. ibid., nota.

Forma en que procedió.—La comisión, después de estos trabajos y de los mayores desvelos, llevó á efecto en 1580 el delicado y difícil cargo que se la había encomendado, haciendo muchas correcciones en las inscripciones de los cánones, en el texto y glosas de la manera siguiente (1):

a) Restablecieron las verdaderas inscripciones ó citas de autores, en donde el error era evidente (2).

b) Cuando había duda sobre el verdadero autor del canon, porque el mismo canon ó capítulo se encontraba en muchos autores, ó alguna de sus partes era del autor que se citaba, pero no lo demás, ó las palabras se hallaban notablemente modificadas, lo indicaron así por medio de notas, señalando al margen los lugares en donde se encontraban los mismos capítulos (3).

c) En cuanto al texto, se tuvo presente que los autores acostumbraban á citar la obra por las primeras palabras de los capítulos, porque éstos no se hallaban numerados ántes del jurisconsulto Antonio Concio: y por esta razón no las alteraron, áun cuando discreparan del original, limitándose á consignar el error ó alteración hecha en el texto por medio de notas, ó al margen (4).

d) Con respecto á las glosas dejaron íntegro el texto cuando su alteración pudiera impedir la inteligencia del propósito del autor de ella, y en el margen, ó por nota, señalaban el error que contenía (5).

e) Cuando el texto podía corregirse sin los inconvenientes que se dejan señalados, los correctores hicieron enmiendas en el mismo texto; añadieron algunas cosas, suprimieron otras, dando razón por medio de notas de las alteraciones introducidas.

(1) BERARDI: Id. ibid., pár. 12.
(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, pár. 52.
(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, pár. 52.
(4) SOGLIA: Id. ibid.
(5) SOGLIA: Id. ibid.

f) Muchas veces se limitaron á consignar en general por nota que se había enmendado el texto, y alguna vez corrigieron éste, sin hacer mención de ello (1).

Resultado de estos trabajos, y su publicación.— La corrección romana, llevada á cabo con tanta diligencia y estudio, no fué tan completa y acabada como hubiera sido de desear; así que los mismos correctores manifestaron en el prólogo del decreto *non in totum, sed magnam jam partem suum unicuique tributum esse.*

Gregorio XIII (2) autorizó la publicación del decreto con las enmiendas hechas por los correctores romanos, y salió á luz en 2 de Junio de 1582 (3).

Aunque el expresado Papa dispuso que nadie pudiera añadir, quitar ó enmendar á su arbitrio el decreto, cuya corrección se había llevado á efecto después de tanta madurez y diligencia, permitió, sin embargo, á las personas eruditas emplear su ilustración é ingenio en el examen é investigación de los documentos contenidos en la obra de Graciano, y así lo entendieron los sabios D. Antonio Agustín y Berardi, quienes han dejado trabajos dignos de su alta reputación en estas materias.

Si el decreto de Graciano tiene autoridad legal.— Todos los escritores están conformes, en que esta obra no tuvo en su origen autoridad legal, puesto que fué escrita y publicada por una persona particular; pero acerca de si la adquirió después, están divididos en las distintas opiniones que paso á exponer.

Razones en apoyo de la opinión afirmativa.— Unos dicen que adquirió autoridad pública por el uso y aceptación general con que fué recibida en las escuelas y en el foro (4); y por más que muchos de sus cánones sean espúreos ó adultera-

(1) Soglia: Id. ibid.
(2) Bula *Cum pro munere* 1580.
(3) Berardi: *Instituciones de Derecho Canónico*, part. 1.ª, tít. X, pár. 12.
(4) Bouis: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XIII.

dos, el uso y la práctica han subsanado este vicio, demostrándolo así el C. III, cuestión 1.ª, causa 3.ª cuya doctrina, tomada de una supuesta carta del papa Juan, tiene fuerza de ley.

Algunos de los defensores de esta opinión dicen además que el sumo pontífice Eugenio III dió autoridad legal á este trabajo de Graciano en el hecho de remitirle á la Universidad de Bolonia, para que sirviera de texto en aquella escuela.

Dicen que Gregorio XIII hizo lo mismo en el mero hecho de publicarle con la cláusula de que *ut hoc Jus Canonicum sic expurgatum ad omnes ubique Christifideles sartum tectum perveniat, ac ne cuiquam liceat eidem operi quicquam addere, vel immutare aut intervertere nullave interpretamenta adjungere: sed prout in hac nostra urbe Roma nunc impressum fuit, semper et perpetuo integrum et incorruptum conservetur* (1).

Pruebas en apoyo de la opinión contraria.—La mayor parte de los canonistas creen que dicha colección (2) no adquirió autoridad legal, porque el uso de la misma en las escuelas y en el foro sólo prueba la importancia que se dió á la obra, cuando aún no eran conocidos los monumentos espúreos que contiene, sin que pueda creerse que las escuelas, la práctica de los tribunales, y mucho menos los papas, trataran de autorizar aquéllos ni sancionarlos.

La doctrina de la supuesta decretal estaba arreglada á la práctica corriente, y por esto fué admitida, sin que de esto pueda deducirse que fuesen admitidos todos los demás monumentos espúreos de la colección (3).

Respecto á la aprobación que se supone dada á la colección por Eugenio III, ningún escritor de aquellos tiempos hace mención de esto, á excepción de Tritemio, cuyo testimonio es

(1) Bula *Cum pro munere*, que va al frente del decreto.

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. præmot.*, cap. III.—CAMILLIS: *Inst. Jur. Can.*, lib. I, sect. 2.ª, cap. II, art. 1.º

(3) SOGLIA: Ibid., párrafo 53.

rechazado generalmente por los críticos (1), puesto que no se presenta documento alguno que lo justifique.

Las palabras citadas de Gregorio XIII sólo prueban (2) que este Papa se propuso conservar el libro de Graciano en la forma que se publicó por órden suya, sin que de ellas pueda deducirse que le aprobó como código auténtico.

Benedicto XIV es de esta opinión según lo demuestran las siguientes palabras: *Gratiani enim Decretum quamtumvis pluries romanorum pontificum cura emendatum fuisse non ignoretur, vim et pondus legis non habet, quia immo inter omnes receptum est, quidquid in ipso continetur, tantum auctoritatis habere, quantum ex se habuisset, si nunquam in Gratiani collectione insertum foret* (3).

§ 2.°

Otras colecciones anteriores á Gregorio IX.

Introducción.

El Derecho Canónico se enriqueció después de la colección de Graciano con nuevos cánones de concilios ecuménicos y decretales de los Sumos Pontífices, y como estos documentos circulaban sueltos, eran conocidos con el nombre de *extravagantes*.

El crecido número de ellos fué causa de que se tratara de reunirlos, y á este efecto se publicaron muchas colecciones (4), entre las cuales figuran las siguientes:

Colección de Bernardo Circa y su división.—Bernardo Circa, dean del cabildo de Pavía y ántes catedrático en Roma y Bolonia, trabajó y publicó en 1190 un *Breviarium* de

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho Eclesiástico,* part. 1.ª, tít. X, párrafo 14.
(2) *Prælect. Jur. Canon, in semin. S. Sulpit., proleg.*, párrafo 4.°, núm. 26.
(3) *De Synod. diæc.*, lib. VII, cap. XV, núm. 6.
(4) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 100.

extravagantes, recopilando en él decretales de los antíguos Papas (1), cánones de los concilios y sentencias de los Santos Padres, que Graciano no había tenido á la vista.

Contiene además las decretales pontificias de Alejandro III, Lucio III, Urbano III, Clemente III hasta Celestino III, y los cánones del tercer Concilio Lateranense (2).

Bernardo Circa dividió la obra en cinco libros —estos en títulos y los títulos en capítulos.

Esta división de la obra fué el tipo y modelo de las colecciones que se publicaron después.

Puntos que en ella se tratan.—El libro I trata de las constituciones, rescriptos, jueces y de sus oficios.

El libro II trata de los juicios.

El III de la vida y honestidad de los clérigos y de las cosas eclesiásticas.

El IV de los esponsales y matrimonio.

El V de las acusaciones, delitos y penas.

Nombre que se la dió y su autoridad.—Como el autor no dió nombre especial á la obra, los doctores al glosarla la llamaron *compilatio prima*, porque antes de ella no se había hecho otra colección de extravagantes (3).

La colección de Bernardo Circa fué la más estímada en Bolonia de todas las colecciones posteriores á la de Graciano; pero es un trabajo privado y por lo mismo no tiene autoridad pública.

Colección de Juan Galense y su autoridad.—Juan Galense, ó de Galles, formó otra colección en 1202, que contenía documentos de los antiguos Sumos Pontífices y constituciones de Celestino III; la aceptaron las escuelas y la glosaron (4),

(1) WALTER: Id. ibid., núm. 5.
(2) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. VI, pár. 80.
(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmt.*, cap. III, pár. 54.
(4) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XI, pár. 5.

dándola el nombre de *Colección segunda* en atención á la íntima conexión que tenía con el *Breviarium* de Bernardo Circa (1).

Es un trabajo privado y por lo mismo no tiene autoridad pública.

Colección de Bernardo de Compostela.—Bernardo de Compostela trabajó otra colección de decretales de Inocencio III, dentro de los mismos archivos de Roma, por cuyo motivo la dieron el título de *compilatio romana*; pero no se la dió autoridad alguna, porque contenía documentos no reconocidos como auténticos por la Santa Sede.

Colección de Pedro de Benevento.—Como la *compilatio romana* no fué admitida por la Santa Sede, entónces Inocencio III, peritísimo en ambos derechos y en Teología, mandó en 1210 al maestro Pedro de Benevento, hiciese una colección de todas sus constituciones, cuyo trabajo publicó dicho Papa y le remitió á Bolonia, en donde fué comentada por varios doctores, y especialmente por Tancredo.

Esta colección sigue el mismo plan que la primera, y se conoció en las escuelas con el nombre de *colección tercera;* siendo la primera que se publicó con autoridad pontificia (2).

Colección cuarta.—Bajo los auspicios de Inocencio III, se emprendió otra compilación de decretales, que contiene los decretos del concilio IV de Letrán y las decretales del expresado Papa posteriores al año 1210: lleva el título de *colección cuarta*, ignorándose quién fuese el autor de ella; pero se dió á luz con autoridad apostólica (3).

Colección quinta.—Honorio III mandó hacer una colección de sus propias decretales, y se publicó y promulgó con autoridad del mismo Papa (4), enviándola á la universidad de Bolonia. Se la dió el nombre de *colección quinta*.

(1) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 100, núm. 11.
(2) WALTER: Id. ibid., número: 9 y 10.
(3) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. VI, pár. 82.
(4) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XI, pár. 8.

De estas colecciones las tres primeras carecen de autoridad pública y las tres siguientes obtuvieron fuerza de ley según se deja manifestado; pero todas ellas quedaron relegadas al olvido (1), desde que Gregorio IX dió á luz la célebre colección de decretales que lleva su nombre. Las colecciones que llevan los títulos de primera, segunda, tercera y cuarta se publicaron en Lérida en 1575 por D. Antonio Agustín, obispo de aquella diócesis, quien las ilustró con muchas y eruditas notas.

La compilación que lleva el título de quinta fué publicada en Tolosa en 1645, con notas muy eruditas, por Inocencio Cironio (2).

SECCIÓN 2.ª

Decretales de Gregorio IX: sexto de las decretales: clementinas y extravagantes.

§ 1.º

Decretales de Gregorio IX

INTRODUCCION.

Los distintos volúmenes y colecciones que contenían las diversas constituciones y epístolas decretales de los Romanos Pontífices; la mucha semejanza que se advertía en algunas; la contrariedad y excesiva proligidad en otras: las dificultades y dudas que surgían, respecto á las decretales que se hallaban dispersas fuera de las colecciones, producían no poca confusión y vacilación en los jueces y tribunales, no ménos que en el estudio del Derecho eclesiástico.

Todos estos inconvenientes que se dejan indicados, fueron

(1) Bouix: *De princip. Jur Canon.*, part. 3.ª, cap. XIV.
(2) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 54.

los motivos que Gregorio IX tuvo, según dice el mismo (1), para emprender este trabajo y publicar una nueva colección, en la que se subsanasen estos inconvenientes y dificultades.

Decretales de Gregorio IX.—Este Papa encargó en 1230 á S. Raimundo de Peñafor, natural de Barcelona, prepósito de la orden de Santo Domingo (2), Capellan y penitenciario del Papa (3), la reunión en un volumen de las decretales contenidas en las distintas colecciones, *resecatis superfluis*, y de las constituciones y epístolas decretales dadas por el mismo Gregorio IX para aclarar y resolver los puntos dudosos de aquéllas (4).

S. Raimundo emprendió el trabajo que le había sido encomendado por el Sumo Pontífice y lo terminó en 1234 (5).

Sus fuentes y método.—S. Raimundo incluyó en su colección no solo las decretales de los Sumos Pontífices desde San Gregorio I hasta Gregorio IX (6), de conformidad con el título de la obra, sinó también textos de la Sagrada Escritura, los cincuenta primeros cánones llamados de los Apóstoles, decretos de los concilios desde el primero de Antioquía hasta el cuarto de Letrán, y otros muchos documentos tomados de las obras de los Santos Padres y de otros escritores (7).

En cuanto al plan y método de esta colección S. Raimundo adoptó el método seguido en las cinco colecciones de que se ha hablado en el artículo anterior (8), y dividió toda la obra en cinco libros.

Los libros se dividen en títulos, y los títulos en capítulos

(1) Bula *Rex pacificus*.
(2) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit. prolegom.*, pár. 4.°, núm. 27.
(3) Bula *Rex pacificus* que vá al frente de la colección.
(4) Bula *Rex pacificus*.
(5) Devoti: *Instit. Canon. proleg.*, cap. VI, pár. 84.
(6) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XV.
(7) Berardi: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part 1.ª, tít. XII, pár. 4.°
(8) Soglia: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, par. 55.

colocando en estos por orden de tiempo las disposiciones legales.

De manera que pone en primer lugar las que tomó de las cinco primeras colecciones; después las que corrían sueltas fuera de aquéllas; y por último, las decretales de Gregorio IX (1).

Materias que en ellas se tratan.—El libro primero trata de las personas.

El segundo, de los juicios eclesiásticos en materia civil.

El tercero, de las cosas sagradas.

El cuarto, de los esponsales y matrimonio.

El quinto, de los juicios criminales y de las penas (2).

Los canonistas resumen esta división de la obra y su contenido en el versículo siguiente: *judex, judicium, clerus, connubia, crimen.*

Advertencia.—La distribución de materias en distintos libros según el orden señalado, exigía que en cada uno de ellos se tratara de lo correspondiente al mismo sin incluir allí materias propias de otro libro, pero no es así y en este punto se notan los defectos señalados en el Decreto de Graciano.

Mérito de la obra y su autoridad.—Este trabajo, en el que se llevó á efecto el cambio de la antigua disciplina, verificado ya en las ideas de conformidad con las nuevas necesidades de los tiempos, es digno en general de la sabiduría de su autor; y así lo consigna Clemente VIII en las bulas de su canonización, diciendo que el trabajo de este Santo fué *ingens, et non infelix*, grande y no desgraciado (3).

Esta colección fué publicada en 1234 por Gregorio IX, quien la remitió á las universidades de Bolonia y París, disponiendo y ordenando en la bula *Rex pacificus* lo siguiente: *ut hac tantum compilatione universi utantur in judiciis et in scholis, dis-*

(1) SOGLIA: Id. ibid.

(2) BOUIX: Id. ibid.

(3) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XII, pár. 4.º y siguientes.

trictius prohibemus ne quis præsumat aliam facere absque auctoritate Sedis Apostolicæ speciali.

De manera que es auténtica, y todos los documentos contenidos en ella tienen autoridad legal, ya se hayan tomado de concilios generales ó particulares, ya emanen de los Sumos Pontífices ó de los Santos Padres, ó procedan de otra cualquiera fuente ó escritor, porque el Papa hizo suyo cuanto en dicha colección se contiene, y la dió autoridad en todas sus partes.

Conveniencia del estudio de las colecciones anteriores.—Las antiguas decretales omitidas en esta colección no tienen autoridad porque Gregorio IX consigna terminantemente, que solo las incluidas en ella quedan vigentes. Mas no por esto ha de creerse que es supérfluo el estudio y conocimiento de las anteriores colecciones de decretales, porque siempre serán un precioso monumento de la antigüedad sumamente útil, y aun necesario para entender las decretales de Gregorio IX y comprender su espíritu (1), porque S. Raimundo de Peñafor, en virtud de la autorización que le dió el Papa, mutiló muchos de los documentos que cita, hasta el punto de hacerlos oscuros y confusos; de modo que no puede conocerse su sentido sinó se leen íntegros en las antiguas colecciones, ó sea en las fuentes de donde los tomó (2).

§ 2.°

Del sexto de Decretales.

Sexto de las Decretales, y razón de este nombre.—El papa Bonifacio VIII publicó el año 1298 una colección con el título de *Sexto de las Decretales*, porque había sido hecha en un volumen, que debía unirse á los cinco libros de las decretales de Gregorio IX (3), lo cual justifica el título de la co-

(1) Soglia: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.*, cap. III, pár. 55.
(2) Phillips: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. IV, pár. 34.
(3) Bula *Sacrosanctæ Romanæ Ecclesiæ*, que vá al frente de la colección.

lección, que por otra parte es un apéndice y suplemento á la de Gregorio IX.

El mismo Papa añade: *Quem librum... sextum censuimus nuncupari: ut idem volumen senarium (qui numerus est perfectus) librorum, illo adjuncto, numerum comprehendens, perfectam in rebus agendis formam tribuat, et in moribus disciplinam* (1).

Para comprender esta pueril observación de Bonifacio VIII fundada en los números, es preciso volver la vista á la época en que escribió. El mismo emperador Justiniano, que floreció en tiempos menos incultos, dice en el prólogo del Digesto, que atendiendo á la naturaleza de los números, distribuye las Pandectas en siete partes, y el autor ó autores del código de las Partidas, siguiendo el mismo camino, ensalza con diversos ejemplos en el prólogo de la obra el número siete sobre los demás números.

Motivos de su publicación.—El mismo papa Gregorio IX tuvo necesidad de dictar nuevas decretales después de publicar la colección que lleva su nombre (2), para decidir los casos y cuestiones no resueltas en aquella.

Sus sucesores Inocencio IV, Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Gregorio X y Nicolao III, hicieron lo mismo por igual motivo (3).

Se habían celebrado además, después de publicada la colección de Gregorio IX, dos concilios generales (4); y aunque dichos Papas ordenaban que sus constituciones se insertaran en los libros y títulos correspondientes de la citada colección de decretales de Gregorio IX, este método tenía el inconveniente de que los códices (5) se deterioraban y áun destruían; sin que

(1) Bula *Sacrosantæ Romanæ Ecclesiæ*, pár. 3.°
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XIII, párrafo 4.°
(3) BERARDI: Id. ibid, párrafo 5.°
(4) BERARDI: Id. ibid. párrafo 2.°
(5) Bula *Sacrosanctæ Romanæ Eccles.*, pár. 4.°

por esto dejaran de surgir dudas en las escuelas y en los tribunales sobre algunas de dichas decretales y sus autores (1).

Para obviar estas dificultades, de las que resultaban no pocos perjuicios, el papa Bonifacio VIII, cediendo á las instancias de muchas personas, publicó esta colección.

Partes en que se divide y personas encargadas de este trabajo.—Esta colección se halla dividida en cinco libros como las decretales de Gregorio IX, siguiendo igual orden también en la distribución de títulos y capítulos.

La formación de esta colección se encargó á Guillermo Arzobispo de Ambrún, Berengario obispo de Beziers, y Ricardo de Sena, vicecanciller de la Santa Iglesia Romana (2); cuyo trabajo llevaron á efecto en 1298, suprimiendo completamente muchas de las enunciadas decretales por ser supérfluas ó contrarias á sí mismas, ó á otras disposiciones legales: además se compendiaron otras y modificaron algunas en todo ó en parte, según se consideró oportuno, con arreglo á las instrucciones recibidas del expresado Papa (3).

Documentos que contiene, y su autoridad.—Contiene—decretales del papa Gregorio IX, dadas después de haberse publicado su colección—decretales de sus sucesores en el Pontificado hasta Bonifacio VIII inclusive—y los cánones de los dos concilios generales de Lyón.

Debe advertirse que los sugetos encargados de formar esta colección insertaron en ella algunas constituciones de Sumos Pontífices anteriores á Gregorio IX, como Alejandro III, Clemente III é Inocencio III, de manera que se extralimitaron en esto respecto á las facultades de su comisión, ó hay error en los nombres de dichos Papas, poniendo los amanuenses el número tercero en lugar del cuarto (4).

(1) Bula citada, pár. 2.º
(2) Bula citada, pár. 2.º
(3) Bula citada, pár. 2.º
(4) Berardi: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XIII, pár 3.º

Esta colección fué promulgada como ley en 1298 por el citado Papa, y la remitió á las universidades de Bolonia, París y Salamanca (1), con su constitución apostólica, en la que dice: *Universitati vestræ igitur per apostolica scripta mandamus, quatenus librum hujusmodi cum multa maturitate digestum, quem sub bulla nostra vobis transmittimus, promptos suscipientes affectu, eo utamini de cætero in judiciis et in scholis: nullas alias, preter illas, quæ inseruntur, aut specialiter reservantur in eo, Decretales aut Constitutiones, à quibuscumque nostris prædecessoribus romanis Pontificibus post editionem dicti voluminis promulgatas, recepturi ulterius, aut pro decretalibus habituri* (2).

§ 5.°

De las Clementinas.

Clementinas: constituciones que comprenden.—Clemente V hizo que se reunieran en una colección los decretos del Concilio general de Viena y las constituciones que él mismo había dado en el citado Concilio ú ordenado fuera de él, según las circunstancias (3) de casos que habían ocurrido.

Respecto á las constituciones dadas por el mismo Concilio se observó que algunas de ellas no eran oportunas; otras, demasiado prolijas ó defectuosas, y por este motivo el Papa Clemente V mandó recogerlas y que se reconociesen por personas entendidas, las cuales conservaron algunas constituciones en toda su integridad, suprimieron totalmente otras, y modificaron algunas en cuanto á las palabras ó respecto á la sustancia (4).

Clemente V quiso que dichas constituciones así modificadas, y las dadas por él fuera del concilio, llevasen el nombre de

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part. 1.ª, tít. XIII, pár. 8.°
(2) Bula citada, pár. último.
(3) BERARDI: Id. ibid., tít. XIV, pár. 1.°
(4) BERARDI: Id. ibid., pár. 4.°

éste con la siguiente inscripción: *Clemens... quintus in Concilio Viennensi*, habiendo hecho publicarlas á su presencia en el consistorio de Cardenales, celebrado el 21 de Marzo de 1313 en el castillo de Monteaux, cerca de la ciudad de Carpentras.

El número de dichas constituciones asciende á ciento seis, y con ellas se había propuesto formar un libro que llevara el título de *Sétimo de las Decretales*, á semejanza del sexto formado por Bonifacio VIII su predecesor; pero le sorprendió la muerte ántes de llevar á cabo su pensamiento (1).

Su método y autoridad.—Esta colección se halla dividida en cinco libros, y sigue el mismo orden de las Decretales y Sexto de las Decretales, según la costumbre de aquel tiempo.

No se sabe de qué personas se sirvió el expresado Pontífice para ordenar esta colección; pues es verosímil que seguiría también en cuanto á este punto el ejemplo de sus antecesores (2).

Clemente V, después de haber publicado su colección en el consistorio de Cardenales, la remitió seguidamente (3) á la universidad de Orleans; pues las de Bolonia y París no la recibieron hasta el año 1317, reinando Juan XXII, su próximo sucesor, quien la publicó con el nombre de Clementinas, dándola autoridad pública con las palabras siguientes: *Nunc igitur... illas vobis sub bulla nostra transmittimus. Universitati vestræ per apostólica scripta mandantes, quatenus eas prompto affectu suscipiatis, et studio alacri, eis sic vobis manifestatis et cognitis usuri de cætero in judiciis et in scholis* (4).

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho Ecles.*, part., 1.ª, tít. XIV, pár. 4.º

(2) BERARDI: Id ibid., pár. 2.º

(3) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. II, cap. II, pár. 101.

(4) Juan XXII en su Bula *Quoniam nulla*, que va al frente de esta colección.

§ 4.°

De las extravagantes.

Extravagantes de Juan XXII y su número.—Se dió el nombre de Extravagantes desde los tiempos de Graciano á las decretales no incluidas en su *decreto* (1), y con el mismo nombre se conocieron sucesivamente las que no estaban incluidas en las Decretales, Sexto de Decretales y Clementinas.

Existen dos colecciones de *Extravagantes*, conociéndose la primera con el nombre de *Extravagantes de Juan XXII*, y la segunda con el de *Extravagantes comunes*.

Juan XXII gobernó la Iglesia desde año 1316 hasta el 1334 (2).

Publicó en el año 1325 en su residencia de Aviñón en Francia, veinte constituciones, las cuales fueron coleccionadas en catorce títulos sin distinción de libros por su número tan exíguo (3).

Extravagantes comunes.—Las *Extravagantes comunes* comprenden setenta y tres decretales de veinticinco papas desde Urbano IV hasta Sixto IV (4).

No se sabe quién hizo esta compilación; pero el hecho es, que siguió en un todo el orden de las decretales de Gregorio IX y Bonifacio VIII, hallándose por lo mismo (5) dividida en cinco libros, éstos en títulos y los títulos en capítulos.

Como no hay en ellas decretal alguna sobre el matrimonio, el colector, al llegar al libro IV, dice: *Liber quartus vacat.*

Autoridad de estas dos colecciones de Extravagantes.—Ambas colecciones se hicieron por distintos autores.

(1) BERARDI: Id. ibid., tít. XI, número 4.—Tít. XV, núm. 1.°
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XV, pár. 3.°
(3) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. II, cap. II, pár. 101.
(4) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XVI.
(5) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmot.*, cap. III, pár. 56.

y aunque compuestas por autoridad privada (1), fueron aceptadas insensiblemente por el uso, como si hubieran sido coleccionadas por autoridad pública, y se agregaron al cuerpo del Derecho en la edición romana de 1582, desde cuya época han continuado incorporadas en todas las ediciones posteriores: de manera que tienen la autoridad legal, que las correspondía por su propio origen, como dadas que fueron por los Sumos Pontífices (2).

SECCION 3.ª

Cuerpo del Derecho Canónico.

Cuerpo del Derecho Canónico y partes de que se compone.—Se entiende por cuerpo del Derecho Canónico, *las colecciones de observancia general en la Iglesia, que forman su derecho común.*

El cuerpo del Derecho Canónico se compone de las partes siguientes:

1.º El decreto de Graciano, á cuyo final se hallan los cánones penitenciales y los cánones apostólicos.

2.º Los cinco libros de las Decretales de Gregorio IX.

3.º El sexto libro de las Decretales.

4.º Las Clementinas.

5.º Las Extravagantes de Juan XXII.

6.º Las Extravagantes comunes.

Desde cuándo van unidas.—Estas distintas colecciones abrazan todo el Derecho Canónico; pero no se publicaban al principio formando un cuerpo hasta que por la costumbre de ver que todas y con poco intérvalo salían de una prensa, prevaleció la idea de colección (3).

(1) BOUIX: Id. ibid.—WALTER: Id. ibid.

(2) SOGLIA: Id. ibid.

(3) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. II, cap. III, párrafo 114.

Desde el siglo XVI en adelante se imprimieron casi siempre en tres partes.

Comprendía la primera el decreto.

La segunda las Decretales de Gregorio IX.

La tercera el Sexto de las Decretales, Clementinas, Extravagantes de Juan XXII, y Extravagantes comunes (1).

Su autoridad.—De la doctrina consignada al tratar de estas distintas colecciones, resulta en cuanto á su autoridad:

I. Las cosas contenidas en el Decreto de Graciano no tienen más autoridad que la correspondiente á las fuentes de donde se tomaron (2), debiendo advertirse:

a) Que los cánones penitenciales hasta el número de cincuenta y seis, que van á continuación del Decreto, no están en uso; pero deben conocerse por los canonistas y principalmente por los confesores.

b) Que de los ochenta y cinco cánones apostólicos que van al final de la obra, solo tienen autoridad pública los cincuenta primeros, sin que sea obstáculo para ello la doctrina consignada en algunos de sus cánones, puesto que puede interpretarse en buen sentido (3).

II. Las Decretales de Gregorio IX, Sexto de Decretales, Clementinas y Extravagantes (4), tienen autoridad legal en lo que no hayan sido derogadas por el Concilio Tridentino, nuevas constituciones pontificias, concordatos y legítimas costumbres.

De manera que el derecho de las Decretales es el código de Derecho común, y á él debe atenerse, teniendo el deber de probar su derogación el que sostenga un derecho particular en contrario (5).

(1) WALTER: Id. ibid.

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XIX, pár. 2º.

(3) BOUIX: *De princip., Jur. Canon.*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 3 º, prop. 4 ª

(4) WALTER: Id.-ibid., párrafos 116 y 117.

(5) BOUIX: Id., part. 3.ª, cap. XVII, párrafo 1.º

III. Al final de las Decretales y Extravagantes se hallan:

a) El sétimo de Decretales, compuesto por el jurisconsulto Pedro Mateo de Lion, y publicado en 1590. Contiene decretales de los papas, desde Sixto IV hasta Sixto V, y como formado por autoridad privada, sus disposiciones no tienen más valor que (1) el correspondiente á la fuente de donde emanan (2). Esta obra está dividida en libros, títulos y capítulos, como las Decretales de Gregorio IX.

b) Respecto á las Instituciones de Lancelotto, que son un compendio del Derecho Canónico, compuestas por orden de Paulo IV debe advertirse, que Paulo V permitió á principios del siglo XVII, que circulasen con las colecciones para facilitar su inteligencia, pero no tienen autoridad (3).

Rúbricas, y su autoridad.—Las rúbricas, llamadas así por el color rojo de la tinta con que están escritas, son *las inscripciones de los títulos* (4).

En ellas se indica la materia que es objeto de cada título, y no tienen autoridad las que se hallan en el Decreto, porque proceden de quien no tenía potestad legislativa; pero las que se contienen en las Decretales tienen autoridad pública, porque fueron confirmadas por el legislador; debiendo notar en cuanto á esto lo siguiente (5):

a) Las rúbricas preceptivas, ó que forman sentido perfecto y completo, v. gr., *Ne clerici vel monachi secularibus negotiis se immisceant*, tienen autoridad legal, y por lo tanto pueden alegarse como regla general de Derecho (6).

b) Las rúbricas no preceptivas, ó que no hacen sentido perfecto, v. gr., *De constitutionibus*, en cuyas palabras nada se manda ni prohibe, es claro que no pueden citarse como dispo-

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. praenot.*, cap. III, párrafo 58.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª, tít. XVI, pár. 2.º
(3) BERARDI: Id. ibid., tít. XXI.
(4) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon. proleg.*, pár. 3.º
(5) SOGLIA: Id. ibid., párrafo 57.
(6) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon. proleg.*, párrafo 3.º

sición del legislador; pero podrán alegarse en cuanto que sirvan para aclarar el sentido oscuro de un capítulo, siempre que de ello no se siga alguna cosa contraria á la ley escrita ó á la costumbre, debiendo tenerse presente esta regla: *In dubio circa sensum, res, et personas, id eligendum est, quod est conformius rubricæ* (1).

c) Cuando la rúbrica está en desacuerdo con el texto, entónces debe atenerse á éste y darle preferencia sobre la rúbrica.

El número de rúbricas contenidas en las decretales de Gregorio IX, Sexto de las Decretales, Clementinas y Extravagantes, se expresan en el verso que va al frente de las decretales de Gregorio IX.

Inscripciones, y su autoridad.—Las inscripciones de los capítulos son: *las palabras que indican los textos de donde se han tomado, ó la persona á quien se han dirigido*. v. gr., cap. I de *Rescrip. Alexander III Senonensi Archiepiscopo.*

Estas tienen autoridad en los libros auténticos (2); porque fueron aprobadas con los capítulos.

Sumarios, y su autoridad.—Se entiende por sumarios: *los períodos ó breves resúmenes de los capítulos.*

Estos no tienen autoridad legal, porque son obra de personas particulares, cuyos trabajos doctrinales sirven para comodidad de quien los lee, pudiendo utilizarse con gran provecho para la interpretación de la ley (3).

Glosas, y su autoridad.—Se entiende por glosa: *la explanación de las leyes, colocada en el cuerpo del Derecho al márgen del texto.*

No tienen autoridad (4), porque son interpretaciones ó comentarios de los cánones, hechos por personas particulares, sin que por esto dejen de ser de utilidad para la inteligencia del texto.

(1) MASCHAT: *Cursus Jur. Canon. proleg.*, párrafo 3.°
(2) MASCHAT: Id. ibid.
(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmt.*, cap. III, pár. 57.
(4) MASCHAT: Id. ibid.

Modo de citar las disposiciones contenidas en el Decreto de Graciano.—Es regla general respecto á esta colección, que las citas se hacen por cánones; pero como se halla dividida en tres partes, se pasa á tratar de la forma en que se cita cada una de ellas.

1.º La primera parte del Decreto se cita señalando el canon, la distinción y su número; pero el canon se alega de tres modos:

a) Expresando el número del canon, v. gr., C. 6.

b) Consignando la primera palabra del canon, v. gr., C. *Audite.*

c) Señalando el número del canon y su primera palabra, v. gr., C. *Audite*, 6,

A continuación del canon alegado en una de las formas expresadas se indica la distinción y su número, v. gr., C. *Audite*, 6, *dist.* 34.

2. La parte segunda se alega citando la causa, cuestión y canon de alguno de los tres modos ya expresados. Por ejemplo, C. 19—ó C. *Omnibus*—ó C. *Omnibus* 19, C. 2, q. 5.

Ya se deja manifestado que la causa 33 ofrece la particularidad, en su cuestión 3.ª, de que es un tratado de la penitencia, dividido en siete distinciones, y por lo mismo se emplea una forma especial para alegar los cánones de este tratado.

Se citan de este modo, v. gr., C. *Perniciosa; De pœnitentia*, *dist.* I. De manera que para buscar el canon citado se acude á la cuestión 3.ª de la causa 33, distinción 1.ª, en donde se hallará dicho canon que tiene el número 23.

3. La tercera parte, que se titula *de Consecratione*, se cita alegando el canon de alguno de los modos indicados, el tratado y la distinción con su número; v. gr., C. *Triforme*, ó C. 22, ó C. *Triforme*, 22, *De consecratione dis.* 2, Esto es, canon Triforme, distinción 2.ª, en el tratado *De consecratione*, que es la parte tercera del Decreto.

4. Al final del Decreto se hallan los cánones penitenciales y de los Apóstoles, citándose los primeros de este modo: v. gr., C. *Pœnit.* 14, y los segundos C. *Apost.* 15.

Forma en que se citan las Decretales de Gregorio IX.—Las Decretales de Gregorio IX se alegan señalando la primera palabra del capítulo, y á continuación se indica el título del libro, v. gr., cap. *Quoties*, *De pactis*, esto es, capítulo, cuya primera palabra es *Quoties* en el título *De pactis*.

También algunos canonistas expresan además que el texto se halla en los cinco libros de las Decretales, fuera del Decreto, sirviéndose de la palabra *extra* ó *supra*, ó simplemente de la letra X, v. g., cap. *Quoties* X *De pactis*.

Como no suele indicarse el número del título, ni en cuál de los cinco libros se halla, se pone en todas las ediciones del Decreto de Graciano un índice alfabético de los títulos, á fin de evacuar las citas con facilidad.

Hoy es bastante común el citar el capítulo, título y libro con sus respectivos números para mayor comodidad.

Modo de señalar el texto del sexto de las Decretales.—Para alegar el sexto de las Decretales se pone la primera palabra del capítulo; á continuación el título, y al final de la cita *in 6*; v. gr., Cap. *Gratia*, *De rescriptis*, in 6; esto es, Capítulo *gratia*, en el título *De rescriptis*, que se halla en el libro sexto de las Decretales.

Manera de citar las Clementinas.—Las Clementinas se alegan de igual modo, empezando por la palabra *Clem.* v. gr., *Clem. Multorum*, *De pœnis*, esto es, capítulo *Multorum* del título *De pœnis* en las Clementinas.

Cómo se alegan las Extravagantes.—Las Extravagantes de Juan XXII se alegan de la misma manera, precediendo la palabra extrav., v. gr. Extrav. *Ecclesiæ*, *De majoritate et ob.*; esto es, entre las Extravagantes de Juan XXII, el capítulo *Ecclesiæ* en el título *De majoritate et obedientia*.

Las Extravagantes comunes se alegan de igual suerte, precediendo la palabra *comm.*, v. gr.; *Extrav. comm. Etsi.*, *De præbend. et dig.*; esto es, entre las Extravagantes comunes el capítulo *Etsi* en el título *De præbendis et dignitatibus*.

Forma de citar el sétimo de las Decretales.—El

libro sétimo de las Decretales se alega como el sexto, sin otra diferencia que en lugar de *in* 6. se pone *in* 7.

ARTÍCULO III.

DERECHO CANÓNICO NOVÍSIMO.

Introducción.

Partes de que se compone el Derecho Canónico novísimo.—El Derecho Canónico novísimo se compone de todas las leyes eclesiásticas posteriores á las colecciones de que se ha hablado en los capítulos anteriores.

Es de advertir, que no se hallan en el cuerpo del Derecho Canónico las constituciones posteriores á Sixto IV—los cánones de los concilios generales celebrados después del de Viena (1)—ni los cánones de los concilios provinciales desde Gregorio IX en adelante.

Por esta razón, el Derecho novísimo comprende:

1.° Los cánones de los concilios no incluidos en el cuerpo del Derecho, entre los que descuella el Concilio de Trento y Concilio Vaticano (2).

2.° Las constituciones pontificias publicadas desde Sixto IV hasta el presente (3).

3.° Las declaraciones ó decretos de las sagradas congregaciones (4).

4.° Las reglas de Cancelaría (5).

5.° Los Concordatos (6).

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. prænot.* cap. III, pár. 58.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. V.
(3) SOGLIA: Id. ibid.
(4) PHILLIPS: Id. ibid., pár. 43.
(5) PHILLIPS: Id. ibid., pár. 42.
(6) PHILLIPS: Id ibid., pár. 44.

Sobresalen entre todas estas fuentes por su importancia y aplicación general en el Derecho moderno y contemporáneo

a) La bula *Quanta Cura* con el *Syllabus.*

b) La bula *Apostolicæ Sedis.*

c) El *Concilio Vaticano* (1).

Sus colecciones —Las colecciones formadas del Derecho Canónico novísimo son—El sétimo de las Decretales—los bularios—colecciones generales de concilios—colecciones particulares de concilios—colecciones de decretos de las sagradas congregaciones—colecciones de las reglas de cancelaría.

§ 1.°

Sétimo de las Decretales.

Del sétimo de las Decretales.—Gregorio XIII trató de formar una colección de las decretales pontificias desde Sixto IV, y de los cánones conciliares desde el concilio de Viena (2), que habría de titularse *Sétimo de las Decretales* (3): porque se pensaba colocarla á continuación del libro VI de Bonifacio VIII.

Sixto V siguió el pensamiento de su antecesor, y á este efecto nombró nueve sabios, para que hiciesen la colección (4).

Clemente VIII tuvo la gloria de llevar á ejecución esta empresa, y por su orden se imprimió con el título de *Liber septimus Decretalium.*

Como el Concilio de Trento había prohibido hacer comentarios privados sobre sus decretos, y éstos se habían insertado en la colección, se tuvo por conveniente inutilizarla; así que son

(1) Véanse los apéndices números 4.°, 5.° y 6.°

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles. prænot.*, cap. III, pár. 58.

(3) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. VII, párrafo 93.

(4) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part. 1.ª tit. XVI.

rarísimos los ejemplares que se conocen de ella, sin que por otra parte tengan autoridad alguna (1).

Otra colección que lleva este título, y su autoridad.—Pedro Mateo, jurisconsulto de Lyon, prometió á Sixto V hacer una compilación de Decretales, desde Sixto IV hasta sus dias, ó sea hasta Sixto V, cuya promesa cumplió formando una colección en la que siguió el orden de las Decretales de Gregorio IX, y la imprimió con el título de *Liber septimus decretalium constitutionum apostolicarum adjectus ad plenam et perfectam juris apostolici cognitionem*, dedicándola al cardenal Cayetano.

Los libreros de Lyon fueron los primeros, que al imprimir en 1661 el cuerpo del Derecho Canónico, colocaron esta colección después de las *Extravagantes comunes*, tributando de este modo un obsequio á su compatriota.

Otros impresores siguieron la conducta de los de Lyon, y por esta razón se encuentra el *sétimo de las decretales* en las colecciones del cuerpo del Derecho Canónico (2).

Esta colección, como formada por un particular, es un trabajo privado, destituido de autoridad pública, toda vez que no se la ha concedido el legislador, ni la ha adquirido por el uso ó la costumbre (3).

Por otra parte, tiene no pocos defectos y le faltan muchas cosas útiles (4).

§ 2.º

De los Bularios.

En tiempo de Sixto V se ocurrió á muchos el pensamiento de recopilar las constituciones y decretos de los Sumos Pontífices desde los tiempos antiguos, formando un código con el

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, lib. II, tít. III, cap. II, art. 1.º
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XVI, pár. 2.º y sig.
(3) BERARDI: Id. ibid., pár. 8.
(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles. præmot.*, cap. III, pár. 58.

título de *Bulario* (1); cuyo trabajo, de gran importancia al par que difícil, se llevó á efecto por las personas que se expresan á continuación.

Trabajos sobre esta materia por Laercio Cherubini.—Laercio Cherubini, romano, fué el primero que emprendió el año 1568 la formación de un código extenso de constituciones y bulas pontificias; pues los que se conocían eran muy reducidos, de ningún uso y poca utilidad (2).

Este escritor juntó todas las constituciones pontificias no incluidas en el cuerpo del Derecho, que pudo encontrar desde San León Magno hasta Sixto V, que ocupaba la silla de San Pedro cuando terminó su trabajo y las publicó por orden cronológico en un volumen (3).

Después aumentó su colección con las constituciones de Paulo V, á quien lo ofreció en 1610 (4).

La aceptación que mereció su obra, le estimuló á publicarla por tercera vez aumentada con otras diferentes constituciones y las nuevamente publicadas por Paulo V, Gregorio XV y Urbano VIII; pero le sorprendió la muerte antes de terminar esta obra (5).

Adiciones al anterior bulario —Angel María, monje del Monte Casino é hijo de Laercio terminó la obra que dejó pendiente su padre, añadiendo otras muchas constituciones omitidas por aquel y las publicadas después de su muerte (6).

Esta obra, dividida en cuatro volúmenes se imprimió en Roma el año 1638 siendo papa Urbano VIII (7).

Angel Lantusca y Pedro de Roma, religiosos menores de la más estrecha observancia, agregaron un quinto volumen,

(1) BERARDI: Id. ibid. párrafo 9.°
(2) BERARDI: Id. ibid.
(3) SOGLIA: Id. ibid.
(4) BERARDI: Id. ibid, párrafo 10.
(5) BERARDI: Id. ibid., pár. 11.
(6) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. VII, pár. 98.
(7) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XVI, pár. 11.

comprensivo de las constituciones posteriores de Urbano VIII y de los papas que le sucedieron, hasta Clemente X, ó sea hasta el año 1672 (1).

Bulario Magno.—El Bulario Magno, dado á luz en Roma por Jerónimo Maynardi, supera en todo sentido á los anteriores (2). Está dividido en catorce tomos, que contienen las constituciones pontificias desde S. León Magno hasta Clemente XII.

Bulario de Benedicto XIV.—Benedicto XIV dispuso que se hiciera una colección de sus constituciones, y se publicaron en cuatro volúmenes.

Continuación del Bulario Magno y actas de Pio IX.—Andrés Barberi empezó á publicar en Roma el año 1843 la continuación del Bulario Magno con las constituciones de Clemente XIII, Clemente XIV, Pío VI, Pío VII, León XII, Pio VIII y Gregorio XVI con las notas, sumarios é índices de Reinaldi Segreti, cuyo trabajo quedó terminado en 1855 (3).

También se han publicado en Roma las actas del papa Pío IX en cinco volúmenes.

Nueva edición del Bulario Magno.—El año 1857 se emprendió en Turín, con la bendición de su Santidad, una nueva edición del *Bulario Magno*, que consta de veinticuatro volúmenes, y contiene todos los documentos que se hallaban en la antigua edición de Mainardi.

El (4) apéndice á esta colección, en el que se trataba de reunir una infinidad de bulas no publicadas, empezó hace tiempo, habiendo quedado en suspenso después; sin que haya vuelto á emprenderse esta importante publicación (5).

(1) BERARDI: Id. ibid., pár. 12.
(2) SOGLIA: *Inst. Jur. Eccles. præuot.*, cap. III, pár. 58.
(3) VECCHIOTTI: *Inst.*, lib. I. cap. IV, párrafo 69.
(4) VECCHIOTTI: Id. ibid.
(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, pár. 69.

Su autoridad.—Los diferentes bularios de que se ha hecho mención, son todos ellos, ménos el de Benedicto XIV, colecciones llevadas á efecto por estudio privado de personas particulares; y aunque de mucha utilidad, no tienen más autoridad que la propia de cada uno de los documentos contenidos en ellas; sin que esto impida que cada una de las constituciones allí contenidas tenga fuerza de ley, si por otra parte consta su promulgación; que no han caido en desuso, ni han sido revocadas, y que están en un todo conformes con el original.

Benedicto XIV reunió sus constituciones en cuatro tomos (1), y habiendo sido promulgadas, tienen autoridad legal, del mismo modo que las decretales de Gregorio IX, etc. (2).

En qué se distinguen los bularios del cuerpo del Derecho Canónico.—Los bularios mencionados se distinguen de las colecciones, que componen el cuerpo del Derecho Canónico, en lo siguiente:

a) Aquellos contienen únicamente las constituciones pontificias, y éstas comprenden las distintas fuentes del Derecho.

b) Los bularios contienen dichas constituciones en toda su extensión y las colecciones que forman el cuerpo del Derecho Canónico las llevan abreviadas.

c) Aquellos siguen el orden cronológico, y éstas el de materias.

§ 3.°

De las colecciones generales de Concilios.

Las colecciones de concilios pueden ser generales ó particulares, según que comprendan los celebrados en todo el orbe católico, ó los de una provincia ó nación, etc.

Existen muchas colecciones de la primera especie, acerca de las cuales me limito á las indicaciones siguientes:

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. VII, párrafo 99.
(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 3.ª, cap. XVI.

Colección de Merlín y sus defectos.—Merlín fué el primero que emprendió esta útil y laboriosa tarea, publicando en París, poco antes de celebrarse el Concilio de Trento, una colección en dos volúmenes (1).

Se acusa á este colector de haber insertado en su colección documentos apócrifos (2).

Adiciones á la colección anterior.—Crabé, religioso franciscano, aumentó la colección de Merlín con un tercer volumen, y Binio la hizo ascender hasta siete volúmenes (3).

A Crabé se le acusa de las mismas faltas que á Merlín, y de haber incurrido en muchos defectos de cronología (4).

Colección de Labé.—Felipe Labé y después Gabriel Cosart, ambos de la Compañía de Jesús, dieron á luz una colección de concilios dividida en diez y siete tomos, la cual fué aumentada con un tomo más por Esteban Balucio (5).

Adiciones y supresiones á la colección anterior.—El jesuita Harduino mejoró la colección de Labé quitando de ella muchos documentos que consideró apócrifos ó supérfluos, añadiendo otros, y publicó la colección en doce tomos: pero desagradó á muchos esta reforma de la colección de Labé (6).

Colección de Nicolás Colleti y suplemento á ella.—Nicolás Colleti, veneciano, hizo su colección de concilios bajo la base de la colección de Labé, la cual se publicó en Venecia en treinta volúmenes en folio y es considerada como la más notable entre las demás (7).

Juan Domingo Mansi, de la Congregación de la Madre de Dios y después arzobispo de Luca, publicó el año 1748 un suplemento en seis volúmenes á la colección anterior (8).

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, pár. 69.
(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 1.ª, tít. XVIII, pár. 5, nota.
(3) VECCHIOTTI: Id. ibid.
(4) BERARDI: Id. ibid.
(5) BERARDI: Id., tít. XVIII, pár 3.°
(6) BERARDI: Id. ibid
(7) VECCHIOTTI: Id. ibid.
(8) BERARDI: Id. ibid.

Otras colecciones de esta clase.—Se conocen también otras varias colecciones generales de concilios (1), como la colección regia en treinta y siete volúmenes.

La del veneciano Antonio Zata en treinta y dos volúmenes etcétera (2).

§ 4.º

De las colecciones particulares de Concilios.

Son muchísimas las colecciones de esta especie, limitándome á indicar entre ellas las siguientes (3):

1. J. Catalini hizo una colección de concilios generales, que publicó en Roma el año 1736 en cuatro volúmenes en folio (4).

2. El cardenal Aguirre hizo una colección de los concilios celebrados en España.

García Loaisa hizo lo mismo respecto á varios de dichos concilios (5).

Por último Villanuño publicó una Suma de los concilios de España, de la cual la Librería religiosa de Barcelona hizo una edición en dos tomos el año 1850.

3. Sirmond hizo una colección de los antiguos concilios celebrados en Francia (6), la cual fué adicionada por su sobrino Mr. Landé.

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles*, lib. I, cap. II, pár. 14.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, pár. 69.

(3) Las obras de Historia Eclesiástica tratan extensamente de las colecciones generales y particulares de bularios y concilios, pudiendo verse entre otras: *Cours d' Histoire Ecclesiastique par l' Abbé P. S. Blanc, vicaire général de Reims et Montauban, chanoine de Perigueux, et membre des académies de Reims et de Besançon, introduction, section* 3.ª

(4) PHILLIPS: Id. ibid.

(5) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part 1.ª, tít. XVIII, pár. 4.º

(6) PHILLIPS: Id. ibid.

4. Spelman y Wilkius formaron sus colecciones de los concilios celebrados en Inglaterra é Irlanda (1).

5. Schannat hizo una colección de los concilios celebrados en Alemania, la cual ha sido repetidamente adicionada (2).

Todas las colecciones citadas de concilios generales y particulares carecen de autoridad legal.

§ 5.°

Colecciones de Decretos de las sagradas congregaciones y de las reglas de Cancelaría.

Colección de decretos de la sagrada congregación del concilio.—Las resoluciones dadas por la sagrada Congregación del Concilio sobre los distintos asuntos en que entiende, se hallan coleccionadas.

Las anteriores al año 1718 se conservan manuscritas y divididas en volúmenes, citándose con el título de *Libros de Decretos*.

Las de 1718 y siguientes hasta nuestros dias se vienen imprimiendo, y llevan el título de *Thesaurus resolutionum*. (3)

Colección de decretos de la congregación de ritos y su autoridad.—Los decretos dados por la sagrada Congregación de Ritos se publicaron en 1808 por el presbítero Luis Gardellini, abogado en la Curia romana y subpromotor de la fe.

Tienen autoridad legal (4), y en igual caso se hallan todos los demás decretos incluidos en dicha colección en las ediciones de la misma hechas hasta el presente.

Colección de las constituciones pontificias y decretos de las demás congregaciones.—Las constituciones y decretos pontificios, relativos á las misiones empezaron á co-

(1) BERARDI: Id. ibid.
(2) PHILLIPS: Id. ibid.
(3) BOUIX: *De Curia romana*, part. 2.ª, cap. IV, pár. 3.°
(4) BOUIX: Id., part. 3.ª, sect. 2.ª, cap. I, propos. 3.ª

leccionarse desde el año 1839, dándose á esta colección el título de *Bullarium de Propaganda Fide* (1).

Estas mismas resoluciones y las emanadas de las otras congregaciones se hallan coleccionadas en la obra titulada *Acta Santæ Sedis*; pero esta colección, como hecha por un particular, no tiene autoridad legal.

Colección de las reglas de Cancelaría.—Las reglas de Cancelaría fueron coleccionadas y glosadas por Alfonso Soto (2), Gómez, Molineo y principalmente por Juan Bautista Riganti, en cuatro tomos; cuya obra se imprimió en Roma en 1744 con el título: *Commentaria in regulas, constitutiones, ordinat. Cancell. Apost.*

Conveniencia de la formación de un nuevo código.—Sería de gran utilidad para el conocimiento de la legislación eclesiástica, que se coleccionase en forma auténtica todo lo importante de las enunciadas declaraciones, y se publicara en un libro siguiendo el orden de las Decretales (3).

La formación de una colección auténtica de las leyes eclesiasticas vigentes fué una de las súplicas dirigidas al Concilio Vaticano por muchos padres del expresado Concilio (4), y es de esperar que este deseo llegue á ser un hecho tan pronto como las circunstancias lo permitan.

(1) Bouix: Id., part. 2.ª, cap. VIII, pár. 3, núm. 6.
(2) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, par. 69.
(3) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. I, cap. IV, pár. 69.
(4) Phillips: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. I, cap. IV, pár. 37, nota.

LIBRO SEGUNDO

PERSONAS DE LA IGLESIA

TÍTULO PRIMERO

DE LA IGLESIA DE JESUCRISTO

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA IGLESIA.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA IGLESIA EN GENERAL

Etimología de la palabra Iglesia y su significado.—La palabra *Ecclesia* (Iglesia) procede de la griega Ἐκκλησια (asamblea ó reunión convocada) del verbo Ἐκκαλεω (hacer venir, convocar).

La citada palabra significa convocación ó reunión de personas buenas ó malas; y á estas últimas se refieren aquellas palabras bíblicas: *Odivi Ecclesiam malignantium* (1).

Generalmente se usa en las sagradas Escrituras y por los santos Padres para significar el conjunto de fieles cristianos.

Significa convocación y no congregación, porque nadie ingresa en ella por sus méritos, sinó por la gracia preveniente de Dios que lo llama y trae á esta sociedad, ó como dice san

(1) Salmo 25, v. 5.

Agustín: *Ecclesia ex vocatione appellata, synagoga verò ex congregatione: convocari enim hominibus magis congruit, congregari autem magis de pecoribus dici solet* (1).

Acepciones en que puede tomarse.—La Iglesia puede tomarse=

En un sentido material, por el lugar en donde los fieles se reunen para celebrar la divinas alabanzas. En este sentido la usa el escritor bíblico en las palabras: *Per totam noctem intra ecclesiam oraverunt petentes auxilium à Deo* (2).

En un sentido formal, por la reunión de los fieles, haciendo abstracción del lugar en que se halla esta sociedad. En este sentido han de entenderse las palabras del apóstol S Pablo: *Persequebar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam* (3).

La Iglesia en su sentido formal puede tomarse=

En un sentido lato ó *extricto*.

La Iglesia en un sentido lato, y su definición. – En su sentido *lato* comprende (4)=

La Iglesia *triunfante* en los cielos.

La Iglesia *paciente* en el purgatorio.

La Iglesia *militante* en la tierra, antes ó después de Jesucristo.

La Iglesia, tomada en sentido lato, puede definirse: *La reunión de santos que sirven á Dios bajo su cabeza, que es Jesucristo.*

a) Se dice *reunión* en general, cuya palabra es común á todas las sociedades, ya sean sagradas ó profanas.

b) De *santos*, ya de los que profesan una santidad interna y perfecta, como los bienaventurados en el cielo, ó imperfecta como los justos en la tierra ó en el purgatorio, ó puramente externa como los fieles pecadores en virtud de la santidad de la fé que profesan.

(1) JUENIN: *De locis theologicis*, disert. 4.ª, quæst. 4.ª, cap. I.
(2) JUDIT: cap. VI, v. 21.
(3) Epist. *ad Galatas*, cap. I, v. 13.
(4) DIVI THOMÆ AQUINATIS *Opusculum quintum*, núm. 10.

c) *Que sirven á Dios*, cuyas palabras manifiestan el fin de la Iglesia, que es el culto de Dios, punto de unión entre todos los miembros de esta sociedad.

d) *Bajo su cabeza Jesucristo*, á quien Dios constituyó sobre todo principado y potestad según las palabras: *Et omnia subjecit sub pedibus ejus et ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam* (1).

De manera que todos los fieles de la tierra, las almas del purgatorio, los fieles de la antigua ley y los bienaventurados están bajo la potestad de Jesucristo, porque todos se han salvado, ó pueden salvarse, mediante la fé en Él (2).

Acepciones de la palabra Iglesia en su sentido extricto.—La Iglesia tomada en un sentido *extricto* tiene las acepciones siguientes:

I. Los pastores de la Iglesia, según aquellas palabras: *Quod si non audierit eos, dic Ecclesiæ* (3).

II. Una iglesia particular en cuyo sentido dice el Apóstol, *Ecclesia Dei, quæ est Corinthi* (4).

III. La Iglesia extendida por todo el mundo, según se vé por las palabras ya citadas del Apóstol á los Gálatas.

Su definición.—La Iglesia en este último sentido puede definirse: *Una sociedad instituida por Jesucristo, compuesta de los fieles cristianos unidos entre sí por la profesión de una y la misma fé cristiana, participación de los mismos sacramentos, bajo el régimen de los legítimos pastores y principalmente del romano Pontífice.*

a) Se dice sociedad etc. con cuyas palabras se excluyen de la Iglesia militante los bienaventurados y las almas del purgatorio.

(1) *Ad Ephes.*, cap. I, v. 22.
(2) CHARMES: *De prolog. theolog.*, dissert. 5ª, cap. III, quæst. 1.ª
(3) MATTH: cap. XVIII, v. 17.
(4) Epíst. 1.ª, *ad Corinth.*, cap. I, v. 2.

b) Unidos entre sí por la profesión de una y la misma fé cristiana, no perteneciendo por lo tanto á la Iglesia los infieles, herejes y apóstatas.

c) Participación de los mismos sacramentos, cuyas palabras excluyen de la Iglesia á los catecúmenos y excomulgados.

d) Bajo el régimen de los legítimos pastores, etc., de modo que no pertenecen á la Iglesia los cismáticos.

Cavalario entiende por Iglesia: *La reunión de cristianos bajo sus pastores con el fin de conseguir la vida eterna* (1). Esta definición es incompleta y deja mucho que desear á los católicos, porque no nombra á los pastores legítimos, esto es, á los obispos constituidos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios.

No menciona al Sumo Pontífice, que por voluntad del mismo Jesucristo es cabeza de la Iglesia y centro de unidad.

Tampoco hace mención de la profesión de la misma fé, ni de los sacramentos, que son unos y los mismos para todos los católicos.

De todo esto resulta, que la indicada definición no es exacta, y que puede perfectamente aplicarse á todas las sectas de los herejes y cismáticos.

ARTÍCULO II.

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA POR JESUCRISTO.

Existencia de una primitiva Iglesia.—Desde el pecado del primer hombre existió una verdadera Iglesia (2), que proporcionaba los medios de santificarse para conseguir la eterna salvación en consideración á los méritos del futuro Redentor del género humano, que viniendo en la plenitud de los tiempos, santificaba á los que le habían precedido, por la fé en sus pro-

(1) Parte 1.ª, cap. I, núm. 1.º

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., part. 1.ª, lib. I, cap. I, prop. 2.ª

mesas y el cumplimiento de los divinos mandamientos; y á los que le han seguido, por la fé en su doctrina y la práctica de sus preceptos.

Iglesia fundada por Jesucristo.—Cuando llegó el tiempo señalado en los eternos decretos de Dios y fijado en las antiguas profecías, apareció el Verbo divino hecho hombre, en quien se cumplió todo lo que acerca de él estaba escrito en los libros revelados, y así se lo hizo entender á su pueblo.

Fundó su Iglesia (1), colocando al frente de ella á sus Apóstoles, y dió el primado á Pedro, constituyéndole su vicario en la tierra con facultades amplísimas para ejecutar sus designios (2).

Razones en que se apoya esta verdad.—Este hecho maravilloso y divino no puede ponerse en duda, porque se halla atestiguado por la misma existencia de esta sociedad que recibió su nombre de Jesucristo, y con este título se ha conservado hasta nosotros, sin que pueda encontrarse un tiempo en que no haya existido desde su establecimiento por Jesús.

Todos los monumentos de la antigüedad atestiguan este hecho, y todos los motivos de credibilidad demuestran al hombre el origen divino de esta sociedad, su objeto y su fin para que se aproveche de esta institución, fundada para él y en su beneficio.

La predicación de Jesucristo, su doctrina divina infinitamente superior á todas las concepciones humanas, su vida santa y humilde, acompañada de portentos desde su nacimiento en cuanto hombre hasta su muerte y admirable ascensión al punto desde donde había bajado.—La venida del Espíritu Santo (3) sobre aquellos hombres rudos y plebeyos, constituidos en príncipes de aquella sociedad naciente:—la predicación de éstos acompañada de prodigios—el furor desplegado para su destruc-

(1) Id. ibid.; prop. 1.ª
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 45.
(3) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. I, cap. I, párrafo 8.

ción y el triunfo de la Iglesia, atestiguados con todo género de pruebas y demostrados con más evidencia aún que los mismos hechos que presenciamos, debe interesar á todos y en particular á los que se dedican al estudio de la legislación civil, á fin de conocer esta parte del derecho humano admirablemente unida y enlazada con el derecho divino (1).

Elementos constitutivos de la Iglesia.—Los elementos constitutivos de la Iglesia son—*el alma*—y *el cuerpo*.

Para comprender este punto debe tenerse presente, que la Iglesia fué instituida por Jesucristo á manera de una sociedad ó persona (2) moral y de un individuo, de modo que los elementos constitutivos de la misma, ó sean las partes de que se compone, son el alma y el cuerpo, puesto que esos mismos son los elementos de que se compone el individuo y la persona moral.

En qué consiste el alma de esta sociedad y quiénes pertenecen á ella.—Constituye el alma de la Iglesia la gracia santificante, la fé, esperanza y caridad con los dones anejos á la misma.

En su consecuencia pertenecen á ella en cuanto al alma todos y solo los justos (3), porque éstos poseen únicamente aquellos dones y atributos esenciales á la misma.

Si la Iglesia es invisible en cuanto al alma.—Como la gracia santificante y demás virtudes que constituyen el alma de esta sociedad sólo se manifiestan y dan á conocer por los actos externos, que no son siempre para los hombres tan claros y evidentes que no dejen duda alguna; de aquí que no pueda estar á la vista de todos esta parte de la Iglesia, y que sea por lo mismo invisible respecto á este elemento.

(1) Entre las muchísimas obras que se han escrito acerca de esta materia, pueden consultarse con provecho las siguientes: BAILLY: *Tractatus de vera religione.* —LIEBERMANN: *Inst. theolog.*, tomo I, lib. I.—FRAYSSINOUS; *Defensa de la religión.*

(2) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. II.

(3) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. II, art. 1.º

Cuerpo de la Iglesia, y quiénes pertenecen á él.— El individuo humano viviente no sólo consta de alma, sinó tambien de cuerpo, y habiéndose fundado la Iglesia, á modo de un individuo, es necesario que tenga además del alma ó principio vital una forma visible y externa, que es el cuerpo.

Pertenecen al cuerpo de la Iglesia todos los fieles (1), ya sean justos ó pecadores, porque unos y otros profesan exteriormente la verdadera doctrina; así que el mismo Jesucristo compara la Iglesia ó sociedad que había de fundar.=

a) A una red arrojada al mar, en la que entran toda clase de peces (2).

b) A una era; en la que se halla la paja con el trigo (3).

c) Al convite nupcial, al que asistieron buenos y malos, ó sea un hombre sin vestido nupcial (4).

d) A las diez vírgenes, cinco de ellas prudentes y las otras fatuas (5).

e) A una gran casa, en la que se encuentran vasos de oro y plata, de madera y barro; unos para honor y otros para ignominia (6).

Además, el objeto que Jesucristo se propuso al instituir esta sociedad, requiere que sea visible, porque su fin era que conservase en toda su pureza el depósito de la doctrina, llamase á todos los pueblos á ella, bautizase á los que creyeren, administrándoles los demás sacramentos, y reconciliase á los pecadores; para todo lo cual se requiere un ministerio externo y visible, el cual no podría existir, si solo los justos pertenecieran á la Iglesia (7).

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. II, cap. III, art. 1.°
(2) MATH., cap. XIII, v. 47.
(3) Id. cap. XXX, v. 12.
(4) Id. cap. XXII, vv. 11 y 12.
(5) Id., cap. XXV, v. 1 y siguientes.
(6) Ep. II, *ad Timoth*, cap. II, v. 20.
(7) *Inst. Jur. Canon*, por R. de M., lib. II, cap. III, art. 1.°

Observaciones prévias acerca de la forma de gobierno de esta sociedad.—Para resolver con acierto esta importante cuestión de la forma de gobierno de la Iglesia, bastará considerar que la Iglesia (1) se compone de clérigos y legos por disposición del fundador de ella; que los clérigos se dividen en varios grados jerárquicos por voluntad del mismo Jesucristo, en cuanto á la potestad de orden y de jurisdicción; que ésta se halla en toda su perfección y plenitud en el romano Pontífice, á quien corresponden facultades muy superiores á todos los obispos, demostrándolo así las consideraciones siguientes:

1. Que se le constituyó por Jesucristo su vicario y fundamento de la Iglesia en cuya virtud es:

El centro de unidad, siendo necesario estar unidos á él para pertenecer al gremio de esta sociedad.

Príncipe de toda la Iglesia, con plena y universal potestad en la misma (2).

2. Que está dotado del don de infalibilidad en materias de fé y de costumbres para dirigir con seguridad á los fieles por el camino de la salvación (3).

3. Que el mismo Jesucristo le dió autoridad para determinar la manera de elegir sus sucesores en el pontificado y de designar los electores; pero sin facultad de nombrar sucesor suyo, á ménos que una verdadera necesidad lo exigiese (4).

4. Que la potestad concedida á los obispos por derecho divino para regir la Iglesia de Dios, debe ejercerse por ellos con dependencia del Sumo Pontífice; de modo que corresponde á éste señalar el lugar en que hayan de desempeñarla, así como limitarla ó suspenderla, si lo considerase necesario.

En su consecuencia los obispos reciben la jurisdicción por

(1) Id. ibíd., lib. IV, cap. IV.

(2) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*; lib. II, cap. I, pár. 3.º, número 5.º, cap. II, pár. 2.º

(3) Concil. Vatic. const. *Pastor æternus*, cap. IV.

(4) BOUIX: *De Curia Romana*, parte 1.ª, cap. X.

la autoridad inmediata ó mediata del romano Pontífice, quien concede la *misión legítima*, ó sea la facultad de ejercer en el acto la potestad recibida por aquéllos en su consagración (1).

5. Que la potestad recibida por los presbíteros mediante la voluntad del divino Fundador de la Iglesia, no puede ejercerse sinó con dependencia de los obispos, á quienes pertenece ampliarla, limitarla ó suspenderla, según lo considere necesario.

De manera que la facultad de ejercer el ministerio del presbiterado se deriva en cada uno de los presbíteros, mediante la autoridad de los obispos ó del romano Pontífice, debiendo decirse lo mismo del diaconado (2).

6. Que el romano Pontífice recibió del mismo Fundador de la Iglesia potestad de instituir otros órdenes inferiores y nuevos grados en la jerarquía de jurisdicción.

En su virtud puede crear ciertos magistrados eclesiásticos, que sin ser obispos desempeñen las funciones episcopales en el pueblo y territorio designado á los mismos, á excepción de lo que es propio del orden episcopal.

Puede tambien establecer otros grados con facultades sobre los mismos obispos, como los patriarcas, primados y metropolitanos.

Tiene igualmente facultad para mandar legados extraordinarios que ejerzan jurisdicción sobre los mismos obispos á nombre y representación suya en las distintas provincias; á la manera que los obispos tienen atribuciones dentro de su diócesis para encomendar parte de su potestad á otras personas eclesiásticas inferiores (3).

La forma de gobierno de la Iglesia, no es democrática ni aristocrática.—Todas las indicadas atribuciones propias del primado concedido por Jesucristo á S. Pedro, y en él á sus sucesores, como se demostrará en su lugar, prueban

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. II, cap. I, pár. 3.°, núm. 5.°, b.
(2) TARQUINI: id. ibid., c.
(3) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, id. ibid., pár. 3.°, núm. 6.°, a y b.

hasta la evidencia que el gobierno de la Iglesia no es *democrático* (1); porque la distinción entre clérigos y legos, entre la Iglesia docente y creyente, es de derecho divino, y por lo tanto, la potestad eclesiástica no se confirió por Jesucristo al pueblo cristiano, ó á toda la Iglesia, según pretenden los protestantes, siguiendo á Marsilio de Padua, Edmundo Richer, Febronio y sus secuaces, cuyos errores fueron justamente condenados.

Tampoco puede decirse que es *aristocrática* (2), porque esta forma de gobierno, en la que el supremo poder reside en muchas personas, no puede aplicarse á la Iglesia sin destruir la autoridad del Sumo Pontífice, quien por derecho divino tiene el primado de honor y jurisdicción en toda ella con plenitud de potestad.

Por esta razón la proposición de Marco Antonio de Dominis: *Ecclesiam Spiritu Christi instructam et in singulis Ecclesiis voluisse monarchiam, et in se totam aristocratiam, ut altera alterius vitia corrigere*, fué censurada por la facultad de Teología de Lovaina como herética y cismática, *quatenus asserit, regimen universalis Ecclesiæ esse aristocraticum* (3).

La forma de gobierno de esta sociedad es monárquica.—El gobierno de la Iglesia es monárquico puro (4), cuya proposición es una consecuencia necesaria de la doctrina que se deja consignada, porque uno es el que tiene la suprema y plena potestad en la Iglesia—á él está encomendado (5) por el mismo Jesucristo el cuidado de apacentar á todos los miembros, ya sean simples fieles, ya obispos, sin que ninguno de ellos pueda eximirse de su autoridad legislativa ó judicial—Él es la cabeza de la Iglesia y el fundamento de este edificio contra el cual no pueden prevalecer las puertas del infierno.

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. proleg.*, cap. II, pár. 18.

(2) DEVOTI: Id. ibid., párrafo 19.

(3) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. II, cap. II, pár. 50.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. II, cap. III, párrafo 53.

(5) SALA: *Exposición apologética del Syllabus*, const. *Pastor æternus*, cap. III, nota 174.

Verdad es que los obispos son de institución divina, y que han sido puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios; pero esto probará únicamente que el Sumo Pontífice no puede suprimir estos ministros, y que tiene necesidad de ellos, según la voluntad de Dios, como cooperadores suyos en el régimen de esta sociedad, ya asignándoles territorio donde ejerzan su potestad, ya tomando parte en el gobierno de la Iglesia universal, cuando ésta se reune en concilio. Todo lo cual no altera en lo más mínimo la forma puramente monárquica del gobierno de la Iglesia, porque esta potestad de los obispos está sometida á la del Romano Pontífice en cuanto á su ejercicio (1),

Por esta razón no comprendo cómo puede sostenerse la opinión de los que creen que esta monarquía participa de la aristocracia, sin apoyarse en otro dato que el de la institución divina del episcopado y la necesidad de su participación en el gobierno de la Iglesia (2); lo cual sólo probará que esta monarquía es nueva y singular; sin que tenga semejante ó igual en las formas de gobierno que se conocen entre los hombres (3).

CAPÍTULO II.

PROPIEDADES Y NOTAS DE LA IGLESIA.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LAS PROPIEDADES DE LA IGLESIA.

Propiedades de la Iglesia y su número.—Se entiende por propiedades de la Iglesia: *Las prerrogativas esenciales é intrínsecas á la misma* (4).

(1) DEVOTI: Id. ibid, párrafo 20.
(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 1.º
(3) Id. ibid., art. 2.º, sect. 1.ª
(4) PERRONE: *De loci theolog.*, part. 1.ª, cap. III, art. 1.º

Estas propiedades son las tres siguientes:—*una*—*visible*—*perpetua.*

Unidad, y en qué consiste.—Se entiende por unidad, *una propiedad de la Iglesia, en virtud de la cual es una por razón de la doctrina que profesa y por razón de la sociedad, que es una sola y singular.*

Esta procede necesariamente de la unidad de fé ó de la doctrina, que Jesucristo enseñó, no pudiendo ménos de ser ésta una y la misma, porque no cabe variedad ó divisibilidad en la verdad, por más que los objetos de ésta sean muchos y diversos (1).

Esta propiedad procede también de la unidad de la sociedad que Jesucristo estableció á manera de un individuo, á fin de que llevara la imagen de él sobre la tierra y de su visible ascensión de la misma, dándola al efecto, y para que siempre permaneciese del mismo modo, una cabeza visible.

Esta misma doctrina se halla comprobada por la idea que el Salvador dió de esta sociedad, que había de fundar; así que nunca habla de ella sinó en número singular, llamándola *regnum* (2)—*ecclesiam* (3)—*unum ovile* (4) *et unus pastor.*

El Apóstol llama á la Iglesia *unum corpus, et unus spiritus* (5). Se la llama *Grex*, á cuyo frente puso pastores (6). El mismo Apóstol (7) añade: *Unus Dominus, una fides, unum baptisma* (8), y en el símbolo de los Apóstoles se habla de la fé en la *Iglesia católica*; todo lo cual demuestra evidentemente la primera propiedad de la Iglesia de Jesucristo (9).

(1) PERRONE: Id. ibid.
(2) MATTH.: Cap. XIII, v. 24.
(3) Act. apost., cap. XX, v. 28.
(4) JOAN.: Cap. X, v. 16.
(5) *Epist. ad Ephes.*, cap. IV, v. 4.
(6) JOAN.: Cap. X, v. 16.—Act. Apost., cap. XX, v. 28.
(7) *Epist. ad Ephes.*, cap. IV.
(8) *Epist. ad Ephes.*, cap. IV, v. 5.°
(9) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I, cap. II, art 2, número 2, prop. 1.ª

Su visibilidad.—Se entiende por visibilidad, *una propiedad de la Iglesia, en virtud de la cual esta sociedad está á la vista de todos, á fin de que puedan ingresar en ella y obtener los medios necesarios para conseguir su eterna salvación.*

La Iglesia de Jesucristo es *visible*, porque fué instituida como una sociedad (1) que se compone de hombres para que éstos pudiesen obtener los medios necesarios á su salvación, ingresando en ella por el bautismo, recibiendo los auxilios precisos para conservar la gracia y aumentarla, así como para volver á ella en el caso de haberla perdido; á cuyo efecto instituyó los demás sacramentos, los ministros de ellos y los superiores á quienes habían de obedecer, como medio de conservar la fé y caminar con seguridad hácia su eterna salvación; todo lo cual requiere y supone la visibilidad de la Iglesia.

Por esto el Divino Maestro se presentó en la tierra visiblemente, y de séres visibles se sirvió para predicar su doctrina, habiendo descendido en forma visible el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en el día de Pentecostés, para la solemne inauguración de la Iglesia, que por otra parte, el mismo Fundador de ella la compara á una ciudad colocada sobre un monte, á una era, á un campo, etc., lo cual demuestra que Jesucristo dió á su Iglesia la propiedad de *visible* (2).

Perpetuidad de la Iglesia.—Se entiende por perpetuidad de la Iglesia, *una prerrogativa intrínseca á esta sociedad, en cuya virtud ha de existir hasta la consumación de los siglos.*

La Iglesia de Jesucristo es *perpétua*, porque el fin de su institución exige que tenga esta propiedad. Jesucristo fundó esta sociedad para que aplicase al género humano los méritos de su redención, proporcionando á todos los hombres los medios necesarios (3) para atender á sus necesidades espirituales (4), y co-

(1) PERRONE: *De locis theolog.* part. 1.ª, cap. III, art. 1.º
(2) *Inst. Jur. Canon.*, id. ibid., num. 1.º, prop. 2.ª
(3) PERRONE: Id. ibid.
(4) Concilio Vaticano, const. *Pastor æternus*.

mo éstas son constantes y diarias, es necesario que la Iglesia exista mientras haya hombres, ó sea hasta el fin de los siglos.

La perpetuidad de la Iglesia se halla igualmente comprobada por testimonios bíblicos (1), que demuestran en términos expresos haber sido ésta la voluntad de su divino Fundador. Entre los muchos textos de la Sagrada Escritura que pudieran citarse, me limitaré á consignar algunos de ellos: tales son=

Aquellas palabras en que Jesucristo dice á sus Apóstoles que prediquen el Evangelio por todo el mundo, y que Él está perennemente con ellos hasta la consumación de los siglos (2).

Que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia (3).

Que el Señor establecerá un reino que no será destruido (4), sinó que permanecerá eternamente.

Por último, todos los monumentos de la antigüedad demuestran que la Iglesia profesó siempre esta doctrina (5).

ARTÍCULO II.

DE LAS NOTAS DE LA IGLESIA.

Notas de la Iglesia, y condiciones necesarias en ellas.—Se entiende por notas de la verdadera Iglesia: *Unos signos sensibles, ciertos é indudables, por los que la verdadera Iglesia de Jesucristo puede distinguirse de las falsas sectas de los herejes y cismáticos.*

De modo que las notas de la verdadera Iglesia han de reunir en sí, para que sean tales (6), las condiciones siguientes:

(1) *Divi Thomæ Aquinatis opusculum quintum*, núm. 30 y siguientes.

(2) MATTH., cap. XXVIII, vv. 19 y 20.

(3) Id., cap. XVI, v. 18.

(4) DANIEL, cap. II, v. 44.

(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I, cap. II, art. 2.º, número 1.º, prop. 3.ª

(6) CHARMES: *De locis theolog.*, dissert. 5.ª, cap. 3.º, quæst. 3.ª

a) Que de tal modo sean propias de la verdadera Iglesia que no puedan ser aplicables á otra sociedad; porque de no ser así, carecerían de lo que es esencial á las mismas; puesto que ninguna cosa se distingue de otra por lo que es común á las dos.

b) Que sean más conocidas que la misma Iglesia, porque en otro caso no serían un medio de dar á conocer esta sociedad.

c) Que sean de algún modo sensibles y adaptables á la capacidad de todos los hombres, á fin de que puedan facilmente conocer la verdadera Iglesia, en la que tienen obligación de ingresar y permanecer para obtener su salvación.

Su número.—Las notas de la verdadera Iglesia son las cuatro siguientes:

Unidad.
Santidad.
Catolicidad.
Apostolicidad.

Estas notas se consignan en el símbolo niceno constantinopolitano.

En qué consiste la nota de unidad.—La primera de las notas consiste en los tres actos siguientes:

1. *Profesión universal y externa de la misma fé.*

Consta esto de las palabras: *Unus Dominus, una fides*, etc. —*Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit* (1).—*Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem* (2).

2. *Participación externa de los mismos sacramentos.*

Respecto á este acto dice S. Agustín: *Christus paucissimis sacramentis unitatem novi populi colligavit.*

3. *Vínculo de una y la misma autoridad externa.*

Este último acto de la primera nota de la Iglesia es el principio de donde procede la unidad (3) de fé y de comunión, por-

(1) S. Marc., cap. XVI, v. 16.
(2) Epíst. Sancti Pauli *ad Roman*, cap. X, v. 10.
(3) Concil. Vat. const *Pastor æternus.*

que sin aquél no existe mayor razón para convenir en la profesión de la misma fé, que para permanecer en el error en que los individuos de una sociedad se han educado; y lo mismo habrá de decirse respecto á la unidad de comunión, que no es posible exista por mucho tiempo, atendida la fragilidad humana, sin un centro al cual converjan todos los fieles, como lo demuestra la experiencia.

Resulta, pues, que la nota de la *unidad* consiste en profesar una y la misma fé, participar de unos mismos sacramentos, un culto, y los mismos preceptos morales, con sujeción á un solo jefe ó autoridad externa, como punto de unión adonde hayan de dirigirse todos los fieles, siendo uno mismo el fin, unos los medios y una la gracia y caridad que vivifica á todos los miembros (1).

Si excluye el examen de las verdades reveladas. —La unidad de fé, ó sea el firme asentimiento á las verdades reveladas, no excluye el examen confirmativo (2), porque el mismo Apóstol llama á la fé *obsequio razonable*.

Daniel Huet se expresa sobre este punto interesantísimo en los términos siguientes: «Habiéndonos concedido Dios para adquirir noticias de las cosas tres instrumentos,—los sentidos—»la razón—y la fé, quiso sujetar los sentidos á la razón y la »razón á la fé, para que ayudase aquélla á la debilidad de los »sentidos, y corrigiese ésta los errores de la razón. Y así como »antes usamos de los sentidos que de la razón, así también antes »usamos de ésta que de la fé; y á la manera que primero siente »el hombre y es animal, que participa de la razón, del mismo »modo antes se le comunica ésta que la fé; pues es natural al »hombre estar dotado de razón, y le es sobrenatural hallarse »adornado de la fé. Además, siendo ésta un don concedido al »hombre por la divina gracia fuera del orden de la naturaleza, y

(1) PERRONE: *Prælect. theolog. tract de locis theolog.*, part. 1.ª, cap. III, art. 2.°

(2) PERRONE: Id. ibid., p rt. 3.ª, sect. 1.ª, cap. III, art. 1.°, prop. 1.ª

»conteniéndose la razón en el sér humano, y precediendo al mis»mo tiempo la naturaleza á la gracia, como sujeto en que ésta »se recibe, verdaderamente son anteriores á la fé la razón y el »conocimiento natural. Como la fé corrige á la razón, según se »ha dicho, debe ser antes lo que es corregible á la corrección »misma, y por esto precede la razón á la fé (1).»

Nota de santidad, y si es una consecuencia de la primera nota.—Las mismas sectas disidentes convienen en que la Iglesia de Jesucristo es en sí santa, puesto que Jesucristo se entregó á sí mismo por ella para santificarla (2), y por esto se llama á los miembros de aquélla: *linaje escogido, real sacerdocio, gente santa* (3), así que la santificación del género humano es el fin inmediato de la institución de la Iglesia (4).

Esta santidad de la Iglesia es una consecuencia de su unidad, porque ésta no es material, cual se encuentra en un cadáver, sinó acompañada de la vida como en el individuo humano viviente, con quien se compara, y consistiendo la vida del alma en la santidad, de aquí que la Iglesia de Jesucristo, siendo una según se deja probado, haya de ser necesariamente santa.

En qué consiste la santidad de la Iglesia.—La santidad de la Iglesia no ha de entenderse en el sentido de que cada uno de sus miembros tenga la santidad, ni por la santidad de su cabeza Jesucristo, que es la fuente y origen de toda santidad, ni tampoco por la santidad del fin, ó sea del culto divino que promueve (5), ó de los sacramentos, signos eficaces de la gracia santificante.

Esta santidad de la Iglesia consiste principalmente en los dones extraordinarios, ó sean los milagros ó profecías, en los cuales manifiesta el Señor la santidad de su Iglesia.

(1) BERARDI: *Inst. de Derecho eclesiástico*, part 1.ª, tít. I, pár. 17.
(2) Epíst. *ad Ephes.*, cap. V, vv. 25 y 26.—Epíst. *ad Tit.*, cap. II, v. 14.
(3) Epíst. 1.ª *S. Petri*, cap. II, v. 9.
(4) Epíst. 1.ª *ad Thessal.*, cap. IV, v. 3.º—Epíst 1.ª *ad Corinth.*, cap. I, v. 2.º
(5) PERRONE: *De locis theolog.*, part 1.ª, cap. III, art. 2.º

Esta verdad consta de las mismas palabras de Jesucristo, que dice:

Signa autem eos, qui crediderint, hæc sequentur: in nomine meo dæmonia ejicient: linguis loquentur nobis: serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super ægros manus imponent, et benè habebunt (1).

Qui credit in me, opera, quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet (2).

Estas promesas del Redentor no se concretan á una época ó tiempo determinado; son absolutas y deben cumplirse constantemente en su Iglesia, y por esta razón son una prueba irrecusable de la santidad ó vida de aquella sociedad, á la que pertenecen los miembros en quienes se muestra esta prueba inequívoca de la santidad de la Iglesia.

También servirá de medio, aunque no tan expresivo como el anterior, para conocer la santidad de la verdadera Iglesia, la santidad de sus fundadores, la santidad de su doctrina y moral, lo mismo que la santidad de muchos de sus miembros (3)

Tercera nota de la Iglesia y su significado.—La tercera nota de la verdadera Iglesia es la *catolicidad.*

Esta palabra significa *universalidad:* de manera que no ha de limitarse á un territorio, sinó que ha de contener en sí el gérmen de universalidad, en cuanto que Jesucristo la instituyó para santificar á los hombres, imponiéndoles la obligación de ingresar en ella (4).

Respecto al hecho de su extensión real y efectiva bastará que se extienda en un corto espacio de tiempo por todo el mundo conocido, según lo demuestran repetidos testimonios bíblicos (5).

(1) S. Marc., cap. XVI, vv. 17 y 18.
(2) Evang. S. Joan., cap. XIV, v. 12.
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I, cap. II, art. 1.º, proposición 2.ª
(4) Id. ibid., art. 2.º, núm. 2.º, prop. 2.ª
(5) Génesis, cap. XII, v. 3: cap. XXII, v. 18; cap. XXVI, v. 4: capítulo XXVIII, v. 14.—Salmo 2, v. 8.—Hechos apostólicos, cap. III, v. 25.—Carta á los Gálatas. cap. III, v. 9.—S. Mateo, cap. XXVI, v. 13.—S. Marcos, cap. XIV, v. 9; cap. XVI, v. 15.—Carta á los Colosenses, cap. I. v. 6.

Conceptos que comprende.—La nota de católica comprende los tres conceptos de universalidad de la *doctrina* (1) de *tiempo*—y de *difusión*, porque siempre, en todo tiempo y en todo lugar ha de ser la misma.

San Agustín dice á este propósito hablando de la Iglesia; *Totum possidet, quod à viro suo accepit in dotem; lege tabulas matrimoniales ejus. Recitabo. Oportebat Christum pati, et resurgere à mortuis, et prædicari in nomine ejus pœnitentiam et remissionem peccatorum per omnes gentes. Omnes gentes totus mundus est. Ecclesia totum possidet, quod à viro suo accipit in dotem* (2).

En este mismo sentido se expresan otros Santos Padres y los símbolos de fé.

En qué consiste la nota de apostolicidad.—La nota de apostolicidad consiste en la pública, perenne y no interrumpida sucesión de ministros desde los Apóstoles hasta nosotros por medio de la ordenación y la conservación de la unidad de fé y comunión con la cabeza de toda la Iglesia, que es lo que constituye el centro de unidad.

Esta idea de la apostolicidad no puede negarse, á ménos que se impugnen las sagradas Escrituras, y la divina revelación, puesto que en aquellas se dice terminantemente que Jesucristo eligió sus apóstoles (3), encomendando á ellos y sus legítimos sucesores el gobierno de su Iglesia (4)

Modo de conocerla.—La nota de apostolicidad de la Iglesia se conoce fácilmente, fijándose en =

a) La sucesión no interrumpida de ministros desde el príncipe de los Apóstoles, de modo que donde se halle á Pedro, ó al que forma el último eslabón de la cadena que da principio en

(1) PERRONE: Id. ibid.

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I. cap. II, art. 2.°

(3) LUC, cap. VI, v. 13.—JOANN., cap. XV, v. 16.—1.ª *ad Corinth.*, capítulo I. v. 1.

(4) MATTH., cap. XVI, v. 18.—Cap. X.—Cap. XXVIII, vv. 19 y 20.—Capítulo XVIII, v. 18.—Epist. *ad Ephes.*, cap. II, v. 20.—Cap. IV, v. 11.

S. Pedro, allí está la Iglesia de Jesucristo, porque aquél es su fundamento y su cabeza, y así como no puede vivir un cuerpo sin cabeza ni subsistir un edificio sin cimiento, tampoco puede existir la Iglesia sin Pedro, que es la piedra sobre que está edificada.

b) La serie no interrumpida de *obispos* desde los Apóstoles, que se han venido sucediendo en línea recta, ó que al ménos traen su orígen de los que inmediatamente descendieron de los Apóstoles, permaneciendo en la unidad de fé y comunión con la cabeza de la Iglesia (1).

Diferencia entre las notas y propiedades de la Iglesia.—Quedan explicadas las propiedades y notas de la Iglesia, y es fácil por lo mismo comprender la diferencia que media entre unas y otras.

Las propiedades son esenciales é intrínsecas á la Iglesia, y las notas son extrínsecas á la misma, no teniendo otro objeto que el de poner de manifiesto á los hombres las señales que puedan servirles de guía para conocer la sociedad fundada por Dios para la salvación del género humano (2).

ARTÍCULO III.

DE LA EXISTENCIA DE ESTAS NOTAS EN LA IGLESIA CATÓLICA.

Si las notas de la verdadera Iglesia se hallan solamente en la Iglesia católico-romana.—Es muy fácil probar que la Iglesia católico-romana reune en sí todas las notas de la verdadera Iglesia (3), y que las sectas disidentes no se hallan en este caso. A este efecto bastará considerar:

(1) DEVOTI: *Inst.Canon. proleg.*, cap. I, pár. 14.

(2) PERRONE: *Prælet. Theolog. tract. de locis theolog.*, part. 1.ª, capítulo III, art. 2.°

(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I, cap. II, art. 2.°, número 2.°, prop. 4.ª, y sig.—PERRONE: *El Protestantismo y la regla de fé.*

I. En la Iglesia católico-romana existe la unidad de fé y comunión con el principio de autoridad, base y fundamento de aquéllas. Por una serie no interrumpida de Romanos Pontífices se viene á parar desde S. Pedro hasta León XIII, sin que esta misteriosa cadena se encuentre rota en ningún tiempo, pues la historia eclesiástica presenta con toda claridad el largo catálogo de Papas que han ido sucediéndose en el primado, de modo que es muy fácil llegar desde León XIII hasta S. Pedro (1), y desde éste hasta el que rige hoy con tanta gloria la Iglesia de Jesucristo (2).

Todos los miembros de esta sociedad se adhieren á las decisiones de aquélla, profesando la misma fé y participando de los mismos sacramentos bajo el régimen de los legítimos pastores, y principalmente del Romano Pontífice; así que los doscientos millones de católicos extendidos por toda la tierra están íntimamente unidos á su cabeza el Romano Pontífice, y lo mismo se cree por los católicos de Italia que por los de España, Francia, Inglaterra, Austria, América, Oceanía, etc. (3).

Veamos si sucede, otro tanto con el protestantismo, que reune en sí todos los errores y herejías antiguas y modernas. Los protestantes, partiendo de su principio fundamental del espíritu privado ó razón individual, no están conformes entre sí sobre el número de los sagrados libros; no reconocen una regla invariable de fé, opinando cada cual como le parece en materias de religión, y de aquí la infinidad de sectas en que se hallan divididos (4).

II. La Iglesia católico-romana tiene la nota de *santidad*, porque ella profesa y enseña una doctrina que condena todos los vicios y aprueba todas las virtudes, teniendo en su seno fieles que la practican hasta en grado heróico, como lo demuestra el martirologio.

(1) Véase el apéndice núm. 3 del lib. I de esta obra.
(2) PERRONE: *De locis theolog., ibid., art. 3.°*
(3) PERRONE: *De locis theolog.*, part. I, cap. III, art. 3.°
(4) DEVOTI: *Inst. Canon., proleg.*, cap. I., párrafo 15.

Esta fecundidad, unida á los dones sobrenaturales que la acompañan, como los milagros y profecías con que el Espíritu Santo favorece á algunos de sus miembros constantemente, es la prueba más acabada de la santidad de la Iglesia, en cuyo seno se hallan los que poseen dones tan insignes (1).

No es posible encontrar nada de esto en las sectas protestantes, porque para estos sectarios basta creer que Jesucristo nos perdona los pecados, imputándonos sus méritos para que en efecto estén perdonados. Para ello las buenas obras y la penitencia son inútiles, y los consejos evangélicos, palabras sin sentido. Así lo enseñaron sus grandes doctores, que en lugar de milagros, como prueba de su misión, legaron á la posteridad ejemplos de perdición en sus costumbres disolutas (2).

III. La nota de *catolicidad* existe como las anteriores, en la Iglesia católico-romana. La palabra *católica* ó universal cuadra perfectamente á esta Iglesia, porque se extendió en un corto espacio de tiempo por todo el mundo entonces conocido (3); y apenas se descubrieron las Indias y el Nuevo Mundo, predicó allí el Evangelio, haciendo numerosos prosélitos, de modo que no podrá citarse parte alguna del mundo conocido, en donde no cuente mayor ó menor número de miembros, existiendo en todas partes entre ellos identidad de fé y de comunión, que es lo que constituye con su gran extensión material la nota de *católica* (4).

Ninguna de las sectas protestantes, ni todas juntas, pueden llamarse católicas, porque no tienen universalidad material ni formal. Son infinitamente inferiores á los católicos en Europa y en todas las demás partes del mundo. Les falta además la identidad de fé y comunión, puesto que se hallan divididos en una infinidad de sectas, creyendo unos lo que rechazan otros;

(1) PERRONE: Id. ibid.

(2) DEVOTI: *Instit. Can., proleg.*, cap. I, párrafo 15.—PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. III, art. 3.º

(3) Epíst. *ad Roman.*, cap. X, v. 18.—Epíst. *ad Coloss.* cap. I, v. 6.º

(4) PERRONE: Id ibid.

y no podía menos de suceder así, si se tiene en cuenta que su principio fundamental rechaza la autoridad, base de la unidad, colocando en su lugar el espíritu privado, elemento de desunión y de desorden (1).

IV. La Iglesia católico romana es apostólica, porque se fundó por los Apóstoles. Nadie ignora que Pedro, príncipe de aquéllos, estableció su silla en Roma, haciendo á la antigua capital del imperio romano, capital del reino de Jesucristo (2). Desde S. Pedro hasta León XIII vemos una no interrumpida sucesión de Romanos Pontífices en aquella silla, lo mismo que de obispos en las iglesias fundadas por los Apóstoles ó sus legítimos sucesores, que permanecen unidas á la de aquél por la unidad de fé y de comunión; las cuales son como una multitud de ramas enlazadas entre sí, que si bien son materialmente distintas, reconocen un tronco comun que las sostiene y da vida, formando con él un solo árbol (3).

Esta consideración hacía decir á S. Agustín: «Lo que me »detiene en la Iglesia es la sucesión no interrumpida de obispos »desde S. Pedro, á quien Dios confió el cuidado de sus ovejas, »hasta el que en el día de hoy ocupa la cátedra de este Após»tol (4).

»Tertuliano, hablando de los herejes de su tiempo, dice: »Si pretenden recurrir á los Apóstoles para hacer creer que de »ellos han recibido su doctrina, podemos nosotros contestarles »que nos enseñen el orígen de sus iglesias; que nos hagan ver la »lista de sus obispos: por una sucesión así tomada desde el »principio, es como será fácil conocer, si el primer obispo que »han tenido era un sucesor legítimo de los Apóstoles, ó un pas»tor enviado por ellos (5).»

(1) DEVOTI: Id. ibid.
(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. I, cap. II, art. 2.°, núm. 2, prop. 4.ª
(3) PERRONE: *De locis theolog.*, part. I, cap. III, art. 3.°
(4) AUBERT: *Tratado de las notas de la Iglesia.*
(5) AUBERT: Id. ibid.

Los protestantes no pueden apoyar en esta nota sus creencias ni sus iglesias contienen en sí la nota de *apostolicidad;* porque sabido es el siglo, el año y aún el dia en que Lutero se rebeló contra la Iglesia en Sajonia y Calvino en Francia. ¿Quién era luterano antes de Lutero, calvinista antes de Calvino, ni anglicano antes de Enrique VIII? No pueden, pues, elevarse de siglo en siglo hasta los Apóstoles.

Además, ellos reconocieron á la Iglesia romana por la verdadera Iglesia de Jesucristo, hasta que su soberbia les lanzó á dar el grito de rebelión contra esta misma Iglesia. Si fueron enviados, como ellos dicen, para reformarla, cuya idea no deja de ser peregrina, atendida su conducta, era preciso que presentaran sus credenciales, que son las virtudes, los milagros y profecías (1).

CAPÍTULO III.

DOTES DE LA VERDADERA IGLESIA.

Dotes de la verdadera Iglesia, y su número.—Se entiende por dotes de la verdadera Iglesia: *Las prerrogativas concedidas á la misma por Jesucristo, como necesarias para conducir á los hombres por el camino de la salvación.*

La Iglesia debe existir, enseñar y regir perennemente para desempeñar el ministerio que le fué encomendado por su divino Fundador; á cuyo efecto la concedió la indefectibilidad en existir, la infalibilidad en enseñar y la autoridad en regir y gobernar (2).

Las dotes de la verdadera Iglesia son, con arreglo á la doctrina consignada, las tres siguientes:

Indefectibilidad—Infalibilidad—Autoridad.

(1) DEVOTI: *Inst. Canon. prolegom.*, cap. I, párrafo 15.
(2) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. IV, art. 1.°

Indefectibilidad, y su diferencia de la perpetuidad.—Se entiende por indefectibilidad: *La dote en virtud de la cual la Iglesia está exenta de toda mutación en su existencia.*

De modo que se distingue de la *perpetuidad*, en que ésta indica su existencia perenne, y aquélla la identidad perenne en su existencia sin mutación alguna (1).

Existencia de la indefectibilidad en la Iglesia de Jesucristo.—La Iglesia de Jesucristo tiene esta prerrogativa, porque habiendo sido establecida para bien de la humanidad con las notas y caracteres que la distinguen fácilmente de todas las demás sociedades, es de necesidad su existencia perenne sin el menor cambio ó modificación sustancial (2), para que las notas de ella sean medio seguro de distinguirla. De no existir siempre del mismo modo, ni las notas corresponderían al objeto de su institución, ni el Fundador de la misma habría obtenido el fin que se propuso (3).

Infalibilidad, y cosas á que se extiende.—Se entiende por infalibilidad: *La prerrogativa concedida por Jesucristo á su Iglesia, para que no pueda engañarse en su enseñanza.*

La infalibilidad de su magisterio versa sobre las cosas de fé y costumbres, lo mismo que sobre todo lo que es indispensable para preservar aquéllas de error (4).

Sus especies, y conceptos que comprende.—La infalibilidad se divide en=

Activa, ó sea en enseñar, que es la ya explicada.

Pasiva, ó sea en creer, la cual consiste en que los fieles no pueden incurrir en error, creyendo las verdades definidas por la Iglesia.

La Iglesia es infalible en materias de fé y de costumbres en los tres conceptos de=

(1) PERRONE: Id. ibid.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 47.
(3) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. IV, art. 1.°
(4) PERRONE: Id., art. 2.°

Testigo, ó sea en proponer las verdades que recibió de Jesucristo y de los Apóstoles.

Juez, ó sea en definir y resolver las controversias que se susciten.

Maestra, en cuanto á la instrucción y enseñanza de la doctrina por medio de su magisterio vivo y perenne (1).

Su objeto.—Esta infalibilidad tiene perennemente un doble objeto, cual es el de enseñar á los que han ingresado en su seno, y á los que hallándose fuera, son llamados á la fé de Jesucristo.

Es necesaria para los primeros, porque de otro modo no sería posible que conservaran la unidad de fé (2).

Es necesaria para los últimos, á fin de que puedan creer con seguridad la doctrina que les predica y anuncia, como emanada del mismo Dios.

Su existencia en la Iglesia de Jesucristo.—La dote de la infalibilidad es una consecuencia necesaria de la misión conferida á la Iglesia, porque habiendo sido instituida y fundada para enseñar á todos los hombres el camino seguro de la salvación, era indispensable que su Fundador la concediese la infalibilidad; y en efecto, desde el momento en que la manda predicar la fé por todo el mundo, la comunica el dón de milagros para que en su vista los pueblos y los individuos, movidos por la gracia interior, creyesen y abrazasen la fé, en la seguridad de que no podían incurrir en error sometiéndose á su magisterio; á ménos que el engaño y el error procediese del mismo Dios (3).

La Iglesia, apoyada en esta dote, ha expelido de su seno y arrojado de entre el número de sus hijos á todos cuantos se han levantado contra su doctrina y permanecieron contumaces en el error, cortándolos como ramas inútiles ó arroyuelos envenenados, á fin de que no inficcionaran las demás ramas del mis-

(1) PERRONE: Id. ibid., prop. 1.ª

(2) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. IV, art. 1.º, prop. 1.ª, ibid.

(3) PERRONE: *De locis theolog*, ibid.

mo árbol, ó las otras corrientes de la fuente de donde procedían todos (1).

Obró como debía, supuesta la infalibilidad; pero injustamente si hubiese estado destituida de ella, porque podía haber errado condenando á los que no se habían desviado de la verdad, lo cual no puede admitirse sin una gran injuria al mismo Jesucristo, que nos la presenta como maestra y guía, que tenemos obligación de obedecer como á Él mismo, según aquellas palabras:

«El que á vosotros oye, á mí me oye (2). El que os desprecia, á mí desprecia y al que me envió.

»El que no oyere á la Iglesia, sea tenido por tí como un »gentil y publicano (3).

»Id y enseñad á todas las gentes todo lo que os he ense»ñado, y yo estoy con vosotros constantemente hasta el fin de »los siglos (4).»

Es tan indispensable á la Iglesia esta prerrogativa, que sin ella sería imposible conservar ilesa la fé entre los mortales, ni aprovechar como consecuencia de aquella el precio de la redención del género humano (5).

Hechos dogmáticos.—Como la dote de la infalibilidad versa sobre las materias de fé y costumbres, ha de comprenderse necesariamente en ella todo lo que es inseparable de aquella, y sin lo cual se reduciría esta prerrogativa á la nulidad.

Se entiende por hecho dogmático, *la doctrina tomada en el sentido del autor en orden á su ortodoxia ó heterodoxia.*

El hecho dogmático puede también definirse: *El derecho fundado en el hecho.*

Puede también definirse, *el hecho del cual depende el derecho.*

(1) PERRONE: Id. ibid.
(2) Evangelio de S. Lucas, cap. X, v. 16.
(3) MATTH., cap. XVIII, v. 17.
(4) Id, cap. XXIII, v. 20.
(5) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. I, cap. II, art. 1.º, prop. 3.ª

Cuestión de Derecho y de hecho.—Son dos las especies de cuestiones acerca de las cuales la Iglesia puede pronunciar su fallo, á saber:

Cuestión de derecho, ó sea si esta ó aquella doctrina es verdadera ó falsa; católica ó herética.

Cuestión de hecho, ó sea el sentido del autor.

Especies de hecho.—Este puede ser=

Simple, porque se refiere al hecho histórico ó personal, como el crimen ó inocencia de una persona, ó v. gr.: si Jansenio es autor de este libro.

Subjetivo, porque se refiere al pensamiento interno de la persona.

Objetivo, porque se refiere al fin á que tiende el sujeto con tal ó cual acto.

Observaciones.—1.ª La Iglesia no es infalible sobre ninguno de estos hechos aisladamente considerados, como si Jansenio es autor de tal libro ó tuvo tal ó cual pensamiento al escribirlo, puesto que se trata de un hecho meramente personal é histórico y el sentido de sus palabras se conoce por la índole del escrito, el fin que se propuso el autor, la natural significación de las palabras, el giro de las frases (1).

2.ª Pero este sentido objetivo, considerado con relación á la doctrina en orden á su ortodoxia ó heterodoxia, ó sea con relación á la fé, es *dogmático*, v. gr., *la fé justifica*, cuya proposición en los escritos de Lutero es herética, porque su sentido, según la índole, giro de la frase y objeto de Lutero es que *la fé sola justifica*.

Esta misma proposición en los escritos de un autor católico es ortodoxa, porque, según los giros de la frase, objeto del autor del libro y la natural coordinación de las palabras y frases, su sentido es que *la fé juntamente* con las disposiciones necesarias justifica.

(1) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. IV, art. 2.º, prop. 2.ª

3.ª De manera que la ortodoxia ó heterodoxia de una proposición pende del sentido del autor, ó lo que es lo mismo, se funda en el hecho con el cual está inseparablemente unido el derecho; y la definición de la Iglesia no recae directamente en el hecho, en el cual se considera como un preámbulo cierto y reconocido por la historia ó la crítica, sinó en el derecho fundado en el hecho.

Precedentes históricos sobre la infalibilidad de la Iglesia en los hechos dogmáticos.—El papa Inocencio X, en su bula *Cum occasione* del año 1653, condenó solemnemente las cinco famosas proposiciones de Jansenio.

Los defensores de éste con el objeto de eludir la condenación, hicieron distinción entre el *derecho* y el *hecho*, y ellos fueron los primeros que la emplearon, á fin de inutilizar las censuras y condenación del *Augustinus* (1).

Alejandro VII dió la bula *Ad Sacram*, en la que se declaraba, que las cinco proposiciones de Jansenio se contenían en el libro de éste, y que habían sido condenadas en el sentido del autor; lo cual produjo una gran irritación entre los admiradores de aquél, y empezaron á defender que la Iglesia no puede juzgar infaliblemente sobre los hechos, aun cuando sean dogmáticos; que si bien había condenado rectamente las cinco proposiciones, éstas no se hallaban en el citado libro, ó en el caso de hallarse, no eran heréticas en el sentido del autor, sosteniendo que sobre estos hechos debía guardarse un obsequioso silencio, toda vez que la infalibilidad de la Iglesia no se extendía ni podía extenderse á ellos; por cuyo motivo el mismo Alejandro VII dió una nueva bula el 15 de Febrero de 1665, en la que consignaba un formulario que había de suscribirse por todos los obispos y presbíteros (2).

La Iglesia es infalible en los hechos dogmáticos.—La infalibilidad de la Iglesia en los hechos dogmáticos no pue-

(1) BOUVIER: *De vera Ecclesia Christi*, part. 2.ª, cap. IV, art. 3.º

(2) BOUVIER: Id. ibid.

de impugnarse sin cerrar los ojos á la verdad revelada y á la razón. Jesucristo fundó su Iglesia haciéndola no solo testigo de las verdades que Él reveló, sinó juez y maestra, según se vé por las palabras citadas en este capítulo, y aquéllas otras en las que dice á los obispos que apacienten (1) el rebaño de Dios y que cuiden del rebaño, á cuyo frente les puso el Espíritu Santo para regirle (2) y gobernarle, añadiendo: *Ego scio quoniam intrabunt post discessionem meam lupi rapaces in vos, non parcentes gregi. Et ex vobis ipsis exurgent viri loquentes perversa, ut adducant discipulos post se. Propter quod vigilate* (3).

Todos estos deberes, que se precisan en los citados textos, no podrían desempeñarse debidamente por la Iglesia, si estuviera destituida de la infalibilidad en los hechos dogmáticos, porque podría incurrir en error declarando herética la doctrina católica, y viceversa.

Por otra parte, los fieles no tendrían obligación de someter su razón individual á la definición de la Iglesia, ni conformarse con lo que ésta propusiera.

Tampoco podría preservar á los fieles de los pastos venenosos, ó de los peligros que ofrece la lectura de libros heréticos ú obscenos, de manera que los fieles podrían tomar el veneno allí donde creyeran encontrar un alimento sano y nutritivo.

El magisterio é imperio de la Iglesia no tendrían razón de ser, porque en esta hipótesis podría fácilmente engañarse al tomar de los libros y escritos de los Santos Padres y doctores testimonios en defensa de la fé, lo mismo que al proponer á los fieles su lectura.

Todo lo cual es repugnante y contrario al fin que se propuso Jesucristo en la fundación de la Iglesia docente (4).

(1) Epíst. 1.ª S. Petri apost., cap. V, v. 2.°

(2) Act. Apost., cap. XX, v. 28.

(3) Act. Apost., cap. XX., v 29 y sig.

(4) Perrone: *Prælectiones theolog. tract. de loc. Theolog.*, part. 1.ª, cap. IV, art. 2.°, prop. 2.ª

La doctrina de los jansenistas, opuesta á la verdad revelada y á la simple razón, según se deja manifestado, es igualmente contraria á la práctica universal y constante de la misma Iglesia, y lo demuestran:

a) El primer Concilio de Nicea condenó como impío el libro titulado *Thalia* (1), y en el de Calcedonia se aprobaron como católicos los doce anatematismos de S. Cirilo de Alejandría contra Nestorio, habiéndose condenado los escritos de Nestorio (2).

b) En el Concilio II de Constantinopla, quinto general, se condenaron los tres capítulos de Teodoreto, obispo de Cirene, Teodoro, obispo de Mosuesta, y de Ibas, obispo de Edesa (3).

c) Los libros de Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga, lo mismo que los libros heréticos publicados en diferentes siglos desde el principio de la Iglesia hasta nuestros dias, han sido condenados por la Iglesia, sin que á nadie se le ocurriera negar su infalibilidad en estas materias, hasta que salió á luz la obra de Jansenio, justamente condenada por esta razón (4).

Reglas que han de tenerse presentes.—De la doctrina expuesta resulta:

1. Que la Iglesia juzga infaliblemente en las cuestiones de Derecho, como si el Hijo de Dios es consubstancial al Padre, ó si en Cristo hay dos naturalezas y una sola persona, y como estos puntos no pueden definirse sinó por la palabra de Dios contenida en la Escritura ó en la tradición, de aquí, que se llame cuestión de Derecho, porque la palabra de Dios es nuestro Derecho público (5).

2. La Iglesia juzga también infaliblemente de los hechos in-

(1) BOUVIER: *De vera Ecclesia*, part. 2.ª, cap. III, art. 4.°

(2) PERRONE: Id. ibid.

(3) BOUVIER: Id. ibid.

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Can.*, , lib. I, cap. III, pár. 46.—Lib. II, cap. II, pár. 15 y sig.

(5) BOUVIER: *De vera Ecclesia Christi*, part. II, cap. IV, art. 3.°

mediatamente revelados, como la pasión y muerte de Cristo, su resurrección, etc., porque se hallan contenidos en el depósito de la revelación (1).

3. La Iglesia no tiene la dote de infalibilidad en los hechos históricos no revelados, como si Arrio fué condenado en el Concilio de Nicea, ni en los meramente personales, que se refieren al estado especial de una persona, su criminalidad ó inocencia, su pensamiento interno, etc.; como si Jansenio es autor de este libro, si tenía en su mente este ó el otro sentido al escribirle, porque se trata de un hecho meramente personal y sujetivo, que no tiene relación alguna con la fé (2).

4. Que la Iglesia no tiene infalibilidad sobre los hechos gramaticales en los que tan solo se atiende á las palabras y sílabas, como si las cinco proposiciones de Jansenio se contienen *de verbo ad verbum* en su Augustino (3).

5. La Iglesia es infalible en el hecho objetivo, no aisladamente considerado, sinó en su relación con la fé, ó sea en el *hecho dogmático*.

Autoridad de la Iglesia respecto á la disciplina. —Se entiende por esta prerrogativa de la Iglesia, *la potestad de regir á los fieles en orden á la disciplina exterior*.

Según esta definición, no se trata aquí de la autoridad de la Iglesia en lo concerniente á la potestad de orden, ni á la de jurisdicción en el fuero interno, sinó simplemente de la facultad que la compete para dictar leyes disciplinares y de exigir su cumplimiento como autoridad en su orden *suprema*, *legislativa* y *coactiva*.

Cosas á que se extiende.—Es objeto de las leyes disciplinares todo lo que puede conducir á la defensa de la fé y á obtener la santidad de costumbres, hallándose en este caso—el culto externo—la administración de sacramentos—policía y co-

(1) BOUVIER: Id. ibid.
(2) BOUVIER: *De vera Ecclesia Christi*, part 2.ª, cap. IV, art. 3.º
(3) BOUVIER: Id. ibid.

rrección del clero—división y unión de diócesis—el empleo de los bienes eclesiásticos, y las reglas de costumbres en orden á Dios, al prójimo y á nosotros mismos, etc. (1).

Principios de donde procede.—Esta potestad de la Iglesia emana de su misma naturaleza de sociedad perfecta, según se deja manifestado (2).

Procede también de la voluntad de su divino Fundador (3) quien en innumerables lugares de la sagrada Escritura la consignó, ya cuando establece la jerarquía entre clérigos y legos, y entre los mismos clérigos; ya cuando explica los deberes y derechos de cada uno de los grados jerárquicos (4), pero como estos testimonios bíblicos se hallan ya consignados en otros lugares del libro anterior y del presente, lo mismo que algunos de ellos en este capítulo, sólo me limitaré á recordar los siguientes:

Los Apóstoles reunidos en el tercer Concilio de Jerusalén prescribieron á los fieles las reglas á que habían de atenerse en cuanto á la observancia de los *legales* (5).

San Pedro en sus excursiones por las distintas iglesias estableció y corrigió lo que consideró oportuno.

El Apóstol en su carta á Tito le dice: *Hujus rei gratia reliqui te Cretæ, ut ea, quæ dessunt, corrigas* (6) disponiendo en su primera carta á los Corintios, lo conveniente sobre la celebración del matrimonio (7) y el modo como habían de celebrarse *sacræ synaxes* (8), dejando para otra ocasión disponer sobre lo demás.

(1) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª cap. IV, art. 3.º

(2) Véase el cap. VII del tit. I, lib. I.

(3) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. I.

(4) MATTH, cap. XXVIII, v. 18 y sig.—Cap. XVIII, v. 18.—MARCOS, capítulo XVI, v. 15 y sig.—JOANN., cap. XXI, v. 16 y sig.—Epist. *ad Ephes.*, cap. IV, v. 11.—Act. Apost., cap. XX, v. 28.—Epist. 1.ª, *ad Corint.*, cap. IV, v. 1.º—Epist. 1.ª S. Petri, cap. V, v. 2.º

(5) Act. apost., cap. XV, v. 28.

(6) Cap. I, v. 5.º

(7) Cap. VII.

(8) Cap. XI.

El mismo Apóstol, en su carta segunda á los Corintios, les dice: *Nam et si amplius aliquid gloriatus fuero de potestate nostra quam dedit nobis Dominus in ædificationem, et non in destructionem vestram: non erubescam* (1).

Práctica de la Iglesia en esta materia.—Los sucesores de los Apóstoles, siguiendo el camino trazado por éstos (2), dictaron muchos cánones en los concilios celebrados en los primeros tiempos, y ántes que la Iglesia fuera reconocida por los poderes temporales como sociedad lícita, ya acerca de la celebración de los dias festivos y sobre los dias de ayuno, ya sobre la elección de los sagrados ministros y modo de vivir de los clérigos; lo mismo que sobre otros muchos puntos disciplinales; haciendo notar á las potestades temporales después de su conversión á la fé, que la autoridad eclesiástica era la única que por voluntad de Jesucristo podía legislar en asuntos religiosos; de lo cual nos ofrece la historia repetidos ejemplos (3), entre los cuales se halla el de Osio, que en su carta al emperador Constancio le decía: *Ne te misceas rebus ecclesiasticis.*

Proposición 4.ª del sínodo de Pistoya y 24 del Syllabus.—Pío VI, después de un examen muy detenido, y apurados todos los medios para traer á mejor camino al obispo de Pistoya Scipión Ricci, dió en 28 de Agosto de 1794 la Constitución *Auctorem fidei* (4), en la que se descubren todos los errores contenidos en el sínodo celebrado por dicho obispo, haciéndose un resumen del mismo en ochenta y cinco proposiciones.

Este Papa condena la proposición 4.ª, porque se dice en ella: *Abusum fore auctoritatis Ecclesiæ transferendo illam ultra limites doctrinæ et morum, et eam extendendo ad res exteriores, et per eam exigendo id quod pendet à persuasione et corde; tum*

(1) Cap. X, v. 8.°

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib., I, cap. II, art. 2.°, núm. 1.°

(3) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. I, cap. I, sect. 2.ª, art. 1.°

(4) Puede verse este documento en el tomo XIV, pág. 153, *de la Colección eclesiástica española*, impresa en Madrid el año de 1824.

etiam multo minus ad eam pertinere, exigere per vim exteriorem subjectionem suis decretis.

Por último, Pio IX condena en la bula *Quanta cura* la proposición 24 del Syllabus, que dice: *Ecclesia vim inferendæ potestatem non habet, neque potestatem ullam temporalem directam vel indirectam.*

CAPITULO IV.

ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA.

Clasificación de los cristianos en general.—La innumerable multitud de fieles, que comprende el cuerpo de la Iglesia, como consecuencia de la nota de *catolicidad*, no produce la menor confusión en sus miembros, porque su divino Fundador dejó establecidos los distintos órdenes, en que cada uno de los fieles había de colocarse y distribuirse, para que todos y cada uno de ellos consigan el fin común (1).

Esta distinción entre los miembros de la Iglesia de Jesucristo consiste principalmente en tres cosas:

a) Diversidad de estados, en cuanto que unos son más perfectos que otros, según la diversidad de gracias, virtudes y premios (2).

b) Distinción de oficios entre los fieles (3).

c) Variedad de grados en cada estado ú oficio (4).

División principal de las personas de la Iglesia.—De estos distintos órdenes entre los hijos de la Iglesia resulta la dignidad, hermosura y perfección de ella; pero haciendo caso

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. III.

(2) JOANN., cap. XIV, v. 2.°—Epíst. 1.ª *ad Corint*, cap. XV, v. 41.—Capítulo XV, *de pœnitentia*, distinct. 2.ª

(3) Epist. *ad Roman*, cap. XII, v. 6.°

(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. 3.°

omiso de la primera distinción, resulta de la segunda y tercera, que las personas de la Iglesia se dividen en—*clérigos*—*y legos* (1).

Significado de la palabra clérigo.—La palabra *clericus* (clérigo) procede de la griega κλῆρος, que significa suerte, y por esta razón se llamaba con este nombre á la parte de los terrenos conquistados, que se concedía á los militares, lo mismo que á la porción que correspondia á los herederos; porque una y otra se daban por suerte.

Motivo de su aplicación á los ministros de la Iglesia.—La razón que hubo para aplicar la palabra *clérigo* á los ministros del culto, fué según S. Agustín á quien siguen otros escritores (2), porque habiéndose verificado la elección de S. Matías para el apostolado por medio de la suerte, se llamó desde entónces κλῆρος, ó suerte, á todos los ordenados.

S. Jerónimo cree (3) que se les dió esta denominación, porque los ministros de la religión son realmente la herencia del Señor, ó sea la parte consagrada ú ofrecida á él; ó el mismo Señor es la suerte de sus ministros, puesto que éstos perciben los diezmos y primicias ofrecidas á Dios segun el mandato divino de la ley antigua y el precepto de la nueva (4).

Su definición.—Se entiende por clérigos: *Las personas que mediante la ordenación están consagradas al culto divino y ministerio eclesiástico.*

Legos son, los simples fieles, sin oficio ó cargo alguno eclesiástico.

Distinción entre clérigos y legos por derecho divino.—Los clérigos se distinguen de los legos por disposición divina, ya en virtud de la potestad espiritual que Jesucristo no comunicó indistintamente á todos los fieles, sinó únicamente

(1) VECCHIOTTI: *Inst., Canon.*, lib. II, cap. I. pár. 2.°

(2) C. I., distinc. 21.—WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. I, cap. I, párrafo 18.

(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. III, prop. 1.ª

(4) C. V y VII, quæst. 1.ª, causa 12.

á determinadas personas (1); ya por razón del orden, que comunica la potestad para ejercer el sagrado ministerio é imprime *carácter indeleble* en el que lo recibe (2).

Esta verdad, fundada en la sagrada Escritura y en la tradición constante de la Iglesia, fué impugnada por algunos herejes, y la Iglesia los arrojó de su seno (3); así que el Concilio de Trento reprodujo dicha condenación con motivo de los errores de los protestantes (4).

Jerarquía eclesiástica, y su etimología.—Los clérigos no son iguales entre sí, sinó que existe entre ellos diversidad de grados, que es lo que constituye la *jerarquía eclesiástica* (5).

La palabra *hierarchia* (jerarquía) procede de la griega ιεραρχια jerarquía, ó imperio sagrado, la cual se compone de las palabras ιερα (sagrado) y αρχή (principado).

Su definición en sentido objetivo y sujetivo.—La jerarquía considerada objetivamente, ó sea en la misma cosa ó potestad espiritual, puede definirse: *La potestad sagrada, en cuanto que se halla comunicada á muchas personas en diversos grados.*

Dicha palabra tomada subjetivamente, ó sea en la serie de personas á quienes por oficio compete ejercer la potestad sagrada, podrá definirse: *La potestad sagrada concedida por Jesucristo á los Apóstoles y sus legítimos sucesores para regir la Iglesia, celebrar y distribuir los divinos misterios de la religión* (6).

Puede definirse más lacónicamente, diciendo que es: *El conjunto de personas que participan en diversos grados de la potestad sagrada.*

(1) *Act. Apost.*, cap. XX, v. 28.—Luc.: cap. VI, v. 13.
(2) C. XXXII, distinct. 4.ª *de consecratione.*
(3) Tarquini: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. 2.º cap. II.
(4) Canon III, sesión 24.
(5) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. I, párrafo 3.º
(6) Bouix: *De princip., Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. II.

Sus especies.—La jerarquía eclesiástica de institución divina en la Iglesia de Jesucristo, se divide comunmente (1) en—*jerarquía de orden*—*y jerarquía de jurisdicción.*

Fúndase esta distinción en su distinto objeto, diversa manera de conferirse y distinto tiempo en que se instituyó una y otra, según se dirá más adelante. Por esta razón se tratará separadamente de cada una de ellas.

Jerarquía de orden, y sus distintos grados de derecho divino.—Se entiende por jerarquía de orden: *La potestad de ofrecer el sacrificio de la Misa, administrar los Sacramentos y desempeñar las sagradas funciones* (2).

La jerarquía de orden tiene varios grados de institución divina, acerca de los cuales dice el Concilio de Trento: «Si al»guno dijere que no existe en la Iglesia católica una jerarquía »por ordenación divina, la cual consta de obispos, presbíteros »y ministros, sea excomulgado (3)».

De manera que la jerarquía de orden instituida por ordenación divina, consta de obispos, presbíteros y ministros.

Cada uno de estos grados tiene diversa potestad por disposición divina; así que el Sumo Pontífice y los obispos la tienen en su plenitud, y en grado ínfimo los ministros.

Es indeleble.—Esta potestad de órden es indeleble, y de tal modo se halla inherente á la persona, que no puede ser privada de ella (4), siendo en su consecuencia válidos todos los actos procedentes de esta potestad, como la administración de sacramentos (5) áun cuando el que los administre carezca de la potestad de jurisdicción, sin más excepción que el sacramento de la penitencia, que como se ejerce á manera de juicio, requiere además en el ministro la potestad de jurisdicción (6).

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. I.
(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon, pars special.*, lib. I, título I, tract. I, dissert. 1.ª, cap. I.
(3) Sesión 23, canón VI.
(4) *Concil. Trid.*, sesión 23, cap. IV.
(5) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. II, párrafo 3.º
(6) TARQUINI: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. II, cap. I, párrafo 3.º, núm. 3.º

Sus grados de derecho eclesiástico.—Jesucristo, autor de los sacramentos de la nueva ley, concedió á la Iglesia potestad de instituir los sacramentales y otros grados en la jerarquía de orden (1), según que las necesidades ó conveniencia de aquélla lo exigiesen (2); pero esta facultad no se extiende á la creación de una nueva potestad de orden, sinó que se concreta á segregar del oficio ó ministerio del último orden jerárquico ciertas partes inferiores, que se desempeñan por otros órdenes menores instituidos al efecto por ella (3).

De aquí la potestad de orden de institución eclesiástica, que según la opinión más probable, consta de diversos grados, y son en la Iglesia latina, además del subdiaconado, los órdenes de—acólitos—exorcistas—lectores y ostiarios (4).

Jerarquía de jurisdicción.—La jerarquía de jurisdicción puede definirse: *La potestad pública de enseñar, apacentar y regir á los fieles en orden al culto de Dios y santificación de las almas* (5).

a) Se dice en primer lugar *potestad de enseñar*, porque se refiere al entendimiento, y es el primer acto de jurisdicción que ejercieron los Apóstoles al extenderse por el mundo en cumplimiento del mandato divino, toda vez que la fé es el fundamento de la sociedad cristiana y el vínculo de unión entre sus distintos miembros; y á este efecto es necesario ante todo ilustrar el entendimiento por la predicación de la divina palabra; lo cual es propio del magisterio.

b) Se dice en segundo lugar *apacentar*, ó sea la potestad de dispensar á los fieles los bienes espirituales (6), como los sacra-

(1) SCAVINI: *Theolog. moral. univ., tract. de sacramento ordinis, disput. unica.*

(2) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, disser. 1.ª, cap. I.

(3) TARQUINI: *Inst. Jur. Eccles. pub.*, lib. II, cap. I, ibid., núm. 6.º, a.

(4) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. VIII, cap. IX, párrafo 3.º y sig.

(5) *Prælection. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 9.ª, pár. 2.º, núm. 276.

(6) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. II.

mentos y otros auxilios, que no pueden administrarse legítimamente por la mera potestad de orden.

c) Se dice *regir á los fieles*, etc., indicándose con estas palabras la potestad legislativa, judicial, vindicativa y administrativa (1): porque ninguna sociedad perfecta puede subsistir sin ella.

Su objeto.—El objeto de esta potestad de la Iglesia, que se deja explicada en la definición, versa sobre todas las cosas externas que se refieren directa y próximamente al orden espiritual (2), como la predicación de la fé, celebración de los sagrados misterios, ritos en el culto divino, institución de los ministros sagrados, administración de las cosas temporales de la Iglesia, juzgar las causas eclesiásticas, é imponer penas ó castigos, etc.

Grados que comprende.—La jerarquía de jurisdicción comprende distintos grados:

Unos de institución divina, como el Sumo Pontífice y los obispos; según las palabras de Jesucristo—*Pasce oves*, etc.; y estas se rigen por medio de leyes.—*Tibi dabo claves*, etc., que son símbolo de autoridad.—*Quæcumque alligaveritis*, etc, que indican las obligaciones impuestas por los pastores á los fieles (3).

Otros de institución eclesiástica (4); como los cardenales y legados, patriarcas, exarcas, primados, arzobispos, coadjutores de los obispos, prelados inferiores, vicarios generales y capitulares, gobernadores eclesiásticos, cabildos catedrales, vicarios foráneos, párrocos, etc.

Sus especies.—La jerarquía de jurisdicción se divide en varias especies, que pueden resumirse en las siguientes: —*Divina* y *eclesiástica*—*interna* y *externa*—*voluntaria* y *contenciosa*—

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. IV, cap. II, prop. 5.ª

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 9.ª, pár. 2.º, núm. 276.

(3) *Prælect. Jur. Canon.*, ibid.

(4) *Prælect. Jur. Canon*, id., ibid.

ordinaria y delegada—inmediata y *mediata—universal* y *particular—ley de jurisdicción* y *ley diocesana—colegial* é *individual—Inferior*, como la de los obispos—*Superior*, como la de los metropolitanos, primados y patriarcas—*Suprema*, como la del papa—*extraordinaria* como la de los canónigos designados para conocer con el obispo y juzgar á individuos del cabildo—*privativa* que es la concedida por Su Santidad para conocer siempre y en todas partes de ciertos negocios, como la comisaría general de Cruzada.

Jurisdicción divina y eclesiástica.—Se entiende por jurisdicción divina, *la potestad de enseñar y regir á los fieles concedida por Jesucristo al Romano Pontífice y á los obispos* (1).

La jurisdicción eclesiástica es: *La potestad de enseñar y regir á los fieles concedida á los clérigos por la Iglesia, ó sea por el Romano Pontífice, ó los obispos.*

Respecto á la primera rige el principio de que se puede todo aquello que no está prohibido por el derecho superior, y en cuanto á la última, este otro: no puede hacerse sinó lo que se concede positivamente (2).

Jurisdicción interna y sus especies.—Se entiende por jurisdicción interna que más comunmente se llama del *fuero interno: La potestad que primaria y directamente se refiere á la utilidad espiritual de cada uno de los fieles.*

Esta se ejerce por la administración de sacramentos y sacramentales, como la jurisdicción de los párrocos.

Se divide en=

Jurisdicción del fuero penitencial, la cual se ejerce en el tribunal de la penitencia oyendo la confesión sacramental, como la absolución de los pecados.

Jurisdicción del fuero extrapenitencial, la cual puede ejercerse fuera del tribunal de la penitencia, como si el superior dis-

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. II.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special*, lib. I, tít. I, tract 2.º, proœm.

pensa de algún voto ó irregularidad, ó absuelve de la reserva de algún pecado (1).

Jurisdicción externa y su objeto.—La jurisdicción *externa*, ó del fuero externo, es: *La potestad que directa y primariamente se refiere á la utilidad pública de la sociedad.*

Son objeto de esta potestad las definiciones dogmáticas de las verdades reveladas, el acto de legislar, institución de ministros sagrados, licencias de absolver y dispensar; pero la facultad de absolver, predicar y dispensar son del fuero interno (2) etc.

Diferencias entre la jurisdicción interna y externa.—De la doctrina consignada resulta que (3) la jurisdicción del fuero interno y la del externo se distinguen en lo siguiente:

1. La jurisdicción externa tiene por objeto inmediato la utilidad pública, y la interna la utilidad privada.

2. Una persona puede tener jurisdicción únicamente en el fuero interno, como los párrocos; ó en ambos fueros, como los obispos; ó sólo en el fuero externo, como los vicarios generales meramente tonsurados (4).

3. La absolución ó dispensa concedida por el párroco en el fuero de la conciencia no produce efecto alguno externo, no teniendo el superior en su consecuencia obligación de aceptar aquellos actos, á diferencia del caso en que la gracia se concede para ambos fueros.

4. El adagio vulgar: *Ecclesia de internis non judicat*, se ha de entender del fuero externo, esto es, que la Iglesia en el fuero externo no juzga de las cosas internas (5).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, tomo I, part. 1.ª, sect. 9.ª, pár. 2.º, núm. 277.

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 9.ª, párrafo 2.º, núm. 277.

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon. pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, procem.

(4) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, disert. 2.ª, cap. II.

(5) BOUIX: *De Princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. VI, pár. 2.º

Jurisdicción voluntaria y contenciosa.—La jurisdicción externa puede ser voluntaria ó extrajudicial, y contenciosa ó judicial; entendiéndose por la primera, *la potestad que se ejerce fuera de juicio* inter volentes ó *sin sujeción extricta á las solemnidades establecidas para la jurisdicción contenciosa.*

Se entiende por jurisdicción contenciosa: *La potestad que se ejerce por el juez aún* erga invitos *según las formas prescritas en el Derecho para los juicios* (1).

En qué se distinguen.—La jurisdicción voluntaria y contenciosa se distinguen entre sí en lo siguiente:

a) La voluntaria puede referirse al fuero interno ó externo, y la contenciosa sólo al fuero externo.

b) Aquella puede ejercerse fuera del propio territorio á excepción del orden en la administración de los sacramentos del Orden y de la Confirmación, y ésta no puede ejercerse sinó dentro del propio territorio (2).

c) La voluntaria se ejerce en virtud de petición hecha al superior por una ó más personas, y la contenciosa ha de ser por lo ménos entre dos.

d) En esta se siguen las reglas del enjuiciamiento, y en aquélla se procede con arreglo á la equidad y de mútua conformidad entre las partes, cuando interviene más de una persona (3).

Jurisdicción graciosa, correctiva y administrativa.—Pueden considerarse como una ramificación de la jurisdicción voluntaria=

La jurisdicción *graciosa*, por la que el superior concede gracias ó favores, como indulgencias, privilegios y otras facultades que penden de su libre voluntad.

La *correctiva*, en la que obra el superior imponiendo pe-

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib, IV, cap. IV.

(2) Cap. II, tít. II, lib I *sext. Decret.*

(3) *Prælect. Jur. Can. in semin. S. Sulpit.*, tomo I, part. 1.ª, sect. 9.ª, parrafo 2.º núm. 278.

nas *per modum paternæ correctionis*, más bien que en vindicta del delito.

La *gubernativa* ó *administrativa*, en la que obra con arreglo á la equidad y á la justicia sin forma alguna judicial (1).

Jurisdicción ordinaria.—Se entiende por jurisdicción ordinaria, *la potestad que compete á una persona por derecho propio en virtud de oficio ó dignidad, mediante ley, costumbre ó privilegio que tiene fuerza de ley.*

Tal es la jurisdicción de los párrocos, penitenciario, obispo, cabildo, abad, legados y la del Sumo Pontífice en toda la Iglesia (2).

Los que ejercen jurisdicción ordinaria en el fuero externo se llaman *ordinarios*, y en este sentido se aplica no solo á los obispos, sinó también á los vicarios generales (3).

Jurisdicción delegada y sus especies.—Se entiende por jurisdicción delegada; *la potestad que compete á una persona por comisión de otra.*

Esta jurisdicción puede ser=

A jure, como la de absolver *in artículo mortis* concedida á todos los sacerdotes.

Ab homine, como la concedida (4) por el que tiene jurisdicción ordinaria.

Particular, que es la concedida para conocer y fallar una determinada causa.

Universal, cuando la facultad concedida es para toda clase de causas.

El que tiene esta delegación se llama *quasi ordinarius*, y puede subdelegar no toda su jurisdicción, sinó una causa determinada, á diferencia del delegado particular que no tiene esta facultad, á ménos que sea delegado del Sumo Pontífice (5).

(1) Id. ibid.
(2) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, disert. 1.ª, cap. II.
(3) CRAISSÓN: *Elementa Jur. Canon.*, lib. I, sect. 1.ª dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.º, núm. 166.
(4) CRAISSÓN: Id. ibid.
(5) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. VI, pár. 4.º, núm. 1.º

Distinción entre la jurisdicción ordinaria y delegada.—Las diferencias que median entre la jurisdicción ordinaria y delegada son las siguientes:

1. El *ordinario,* ó el que tiene la jurisdicción ordinaria, puede delegarla porque dispone de una cosa suya, y cada cual es libre para hacer por otro lo que puede hacer por sí mismo, á ménos que lo impida alguna ley.

El delegado tiene la obligación de atenerse á la intención del que delega, y no puede subdelegar, sinó se le concede esta facultad por el delegante, ó es delegado del Papa ó para todas las causas según se deja manifestado (1).

2. El que tiene la jurisdicción ordinaria la conserva después de la muerte del superior de quien la recibió porque la tiene por razón del cargo propio que se le ha encomendado perpétuamente; de cuya regla se exceptúa el vicario general, puesto que su jurisdicción es la misma que la del obispo, y muerto éste ó privado de aquélla, cesa naturalmente la suya (2).

El delegado pierde la jurisdicción por muerte, renuncia, deposición ó traslación del delegante, á ménos que el proceso haya empezado ántes de la muerte, etc. de aquél (3).

3. El *ordinario* puede ejercerla en sus súbditos donde quiera que estén, siempre que sea en el fuero interno y no se produzca perturbación en el territorio de otro, porque esta jurisdicción sigue á los súbditos, donde quiera que se hallen, miéntras no pierdan aquel carácter.

El delegado no puede ejercer su jurisdicción fuera del territorio, á ménos que se le haya concedido esta facultad (4).

4. La jurisdicción ordinaria es favorable y debe interpretarse

(1) *Prælect. Jur. Canon, in semin. S. Sulpit.*, tomo I, part. 1.ª sect. 9.ª, párrafo 2.º, núm. 279.

(2) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, párrafo 4.º, núm 1.º

(3) BOUIX: Id. ibid.

(4) *Prælect. Jur. Canon., in seminar. S. Sulpit.* tomo I, part. 1.ª, sect. 9.ª, pár. 2.ª, núm. 279.

latamente, porque la presunción está en su favor, mientras no se pruebe lo contrario.

La delegada como odiosa, porque deroga la ordinaria, ha de interpretarse extrictamente, y por esto los delegados deben antes de empezar á ejercer su potestad, exhibir las letras de su delegación (1).

5. Del ordinario se apela al superior, pero del delegado al delegante.

Por lo mismo, si el obispo ha entendido en una causa como delegado de la Santa Sede no puede apelarse de su sentencia al metropolitano, sinó al Romano Pontífice (2).

Jurisdicción inmediata y mediata.—Se entiende jurisdicción inmediata, *la potestad que el superior ejerce en sus súbditos independientemente del caso de apelación ó devolución en que el prelado superior suple la negligencia del inferior, ó corrige sus actos.*

El Sumo Pontífice tiene esta jurisdicción inmediata en toda la Iglesia; los obispos, en sus respectivas diócesis; y los párrocos, en sus Iglesias (3).

Se entiende por jurisdicción mediata: *La potestad que no puede ejercerse sinó en ciertos casos determinados en el derecho.*

Tal es la jurisdicción de los metropolitanos en los súbditos de los sufragáneos, mediante apelación ó devolución (4).

Jurisdicción universal y particular.—Se entiende por jurisdicción universal; *la potestad que compete á uno sin limitación alguna en cuanto á las personas, lugares y materias sujetas á la autoridad de la Iglesia.*

Esta jurisdicción se ejerció por los Apóstoles, sin que nin-

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars especial,* lib. I, tít. I, tract. 2.ª, *proœmium.*

(2) CRAISSON: *Elementa Jur. Canon.,* lib. I, sect. 1.ª, dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.º, núm. 170.

(3) CRAISSON: *Elementa Jur. Canon.,* lib. I, sect. 1.ª, dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.º, num. 172.

(4) *Prælec. Jur. Canon. in Seminar. S. Sulpit.,* ibid., núm. 280.

gún otro después de la muerte y de la división de diócesis y provincias eclesiásticas haya podido ejercerla, más que el Romano Pontífice y los concilios generales (1).

Se llama jurisdicción particular, *la potestad restringida en cuanto á las personas, lugares ó materias.*

En este caso se halla la jurisdicción de los prelados regulares, que se limita á los religiosos.

La de los patriarcas, primados, metropolitanos, obispos y párrocos que se limita á sus respectivos territorios.

Es jurisdicción particular en cuanto á las materias, la que se concede, reservándose el conocimiento de algunos casos (2),

Ley de jurisdicción y ley diocesana.—Se entiende por ley de jurisdicción; (3) *la potestad ordinaria de los obispos áun en los monjes.*

Se entiende por ley diocesana *la que es obligatoria en la diócesis, pero no en los monasterios incluidos en ella* (4).

Jurisdicción colegial é individual.—Se llama colegial, *la jurisdicción que se ejerce por las personas jurídicas ó colectividades.*

Se entiende por jurisdicción individual, *la que se ejerce individualmente por las personas en virtud del derecho ó potestad de que se hallan investidas* (5).

Diferencia entre la potestad de orden y de jurisdicción.—Son varias las diferencias que existen entre una y otra potestad, y pueden resumirse en lo siguiente:

I. La potestad de orden se refiere inmediatamente á la santificación del hombre por el ministerio sagrado, como las bendiciones, sacramentos y sacrificio; y la de jurisdicción consiste

(1) BOUIX: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. VI, pár. 2.º
(2) BOUIX: Id. ibid.
(3) BERARDI: *Comment. in Jus. eccles. univ.*, tomo I, dissert. 1.ª cap. II.
(4) BOUIX. Id. ibid.
(5) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tomo I, disert. 1.ª, cap. IV.

en regir ó dirigir la cooperación del hombre por el magisterio ó por la disciplina (1).

Esto se comprenderá perfectamente con solo considerar, que el fin próximo de la Iglesia es la santificación de las almas, lo cual se consigue mediante la divina gracia y la cooperación del hombre.

La gracia se confiere por la potestad del orden, y la cooperación del hombre es objeto de la potestad de jurisdicción.

II. La potestad de orden se adquiere por la consagración ú ordenación sagrada, según las palabras: *Hoc facite in meam commemorationem* (2) y aquellas otras: *Accipite Spiritum Sanctum*, etc. (3).

La jurisdicción se adquiere, por la misión ó asignación de súbditos en quienes haya de ejercerse el cargo espiritual, según las palabras: *Pasce agnos meos*, etc. (4).—*Euntes ergo docete omnes gentes*, etc. (5).

Esta distinción se funda en la doctrina del Concilio Tridentino, que dice así: *Si quis dixerit... eos, qui nec ab ecclesiastica et canonica potestate rite ordinati, nec missi sunt.. legitimos esse verbi et sacramentorum ministros: anathema sit* (6).

Santo Tomás hace esta misma distinción entre una y otra potestad: *Duplex est*, dice, *spiritualis potestas. Una quidem sacramentalis, alia jurisdictionis. Sacramentalis quidem potestas est, quæ per aliquam consecrationem confertur... potestas autem jurisdictionalis est, quæ ex simplici inunctione hominis confertur* (7).

(1) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, tom. I, part. 1.ª, sect. 9.ª, párrafo 3.º, núm. 281.

(2) LUCAS, cap. XXII, v. 19.

(3) JOANN, cap. XX, v. 22 y 23.

(4) JOANN, cap. XXI, v. 15 y sig.

(5) MATTH., cap. XXVIII, v. 19.

(6) Sesión 23, cánon 7.º

(7) *Summa theologica*, 2, 2, quæst. 39, art. 3.º

III. Solo participan de la potestad de orden los que han ingresado en el clero por la ordenación.

La potestad de jurisdicción puede adquirirse por los que no tienen orden sacro, y aun puede conferirse por el Sumo Pontífice á los mismos legos (1).

IV. La potestad de orden no puede perderse, y aunque se prohiba su ejercicio, los actos serán válidos aunque ilícitos.

La potestad de jurisdicción puede quitarse y suspenderse (2).

Por eso dice el Concilio de Trento: *Quoniam verò in sacramento ordinis... character imprimitur, qui nec deleri, nec auferri potest; meritò sancta synodus damnat eorum sententiam, qui asserunt Novi Testamenti sacerdotes temporariam tantummodo potestatem habere; et semel rite ordinatos, iterum laicos effici posse* (3).

Esta misma doctrina consigna Santo Tomás: *Et ideo talis potestas secundum suam essentiam remanet in homine, qui per consecrationem eam est adeptus, quandiu vivit, sive in schisma, sive in hæresim labatur... Potestas autem jurisdictionalis... non immobiliter adhæret. Unde in schismaticis et hæreticis non manet* (4).

V. La potestad de orden puede existir sin la de jurisdicción, como se ve en los obispos *in partibus*.

La potestad de jurisdicción puede existir sin la otra, como en los obispos preconizados y no consagrados (5).

VI. La potestad de orden no puede delegarse ni prescribirse, ó adquirirse por privilegio, transacción ó costumbre.

La potestad de jurisdicción puede obtenerse de todos estos modos (6).

(1) Cap. XII, tít. XXXIII, lib. I Decret.
(2) Bouix: *De princip. Jur. Canon..*, part. 4.ª, cap. VI, pár. 1.º
(3) Sesión XXIII, cap. IV.
(4) *Summa theologica*, id. ibid.
(5) Bouix: *De princip. Jur. Canon.*, part. 4.ª, cap. VI, pár. 1.º, núm. 3 y 4.
(6) Berardi: *Comment. in Jus Eccles. univer.* tomo I, dissert. 1.ª, cap. I.

Su mútua relación. —Esto no obstante, media una íntima y mútua relación entre la potestad de orden y la de jurisdicción; así que=

a) La jurisdicción se refiere al orden en el sentido de que reside generalmente en los sagrados ministros, como en el sujeto propio de ella, y por esto se ve que todos tienen ordinariamente un orden correspondiente al grado de su jurisdicción ó ministerio (1).

b) El orden se refiere de igual modo á la jurisdicción en cuanto que da aptitud para adquirirla, y confiere además la gracia divina para desempeñar santamente y con fruto el ministerio encomendado en la Iglesia (2).

c) Esta misma relación mutua entre las dos potestades de orden y jurisdicción se ve en el sacramento de la penitencia, matrimonio, bautismo, confirmación, extremaunción y órdenes menores conferidos por un simple presbítero (3).

---

(1) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, tomo I, part. 1.ª, sect. 9.ª, párrafo 3.º, núm. 281.

(2) *Prælect. Jur. Canon., ibid.*

(3) *Prælect. Jur. Canon.*, ibid.

TÍTULO SEGUNDO

DEL ROMANO PONTIFICE

CAPÍTULO PRIMERO

DEL PRIMADO PONTIFICIO.

ARTÍCULO PRIMERO

DEL PRIMADO EN GENERAL.

Primado en general y sus clases.—Se entiende por primado, *la preeminencia de uno sobre los demás individuos de una sociedad ó corporación.*

El primado puede ser de—honor—orden—y jurisdicción.

Se entiende por primado de honor, *el simple derecho de ocupar el primer lugar entre los demás sin jurisdicción alguna superior* (1).

Se entiende por primado de orden: *El derecho de ocupar el primer lugar, con facultad de ejercer ciertas funciones para la buena y recta administración.*

Tal es el derecho de convocar los concilios—dar cuenta de los asuntos que hayan de resolverse—pedir su pronto examen y dirigir la discusión, á la manera que lo hace el presidente de una asamblea deliberante, compuesta de miembros iguales entre sí (2).

(1) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 1.ª, cap. I.

(2) Bouix: *De Papa*, ibid.

El primado de jurisdicción es: *El derecho de regir una sociedad con potestad en los miembros de la misma, etc.*

El primado de jurisdicción puede ser de derecho divino ó humano.

Primado pontificio y errores sobre este punto.— Se entiende por primado pontificio, *el derecho de regir la Iglesia universal con potestad en todos los miembros de ella y en las cosas ó materias pertenecientes á la misma* (1).

También puede definirse, *La potestad monárquica en la Iglesia universal.*

Jesucristo es la suprema é inviolable cabeza de toda la Iglesia visible, fundada por él mismo, porque como dice el Apóstol: Cristo es el principio, el primogénito de los muertos, en cuanto que Él es *in omnibus primatum tenens* (2).

Pero además el fundador de la Iglesia dejó al frente de la misma una cabeza visible, que como vicario suyo la rigiera y gobernase, cuyo cargo es lo que se llama primado, en cuanto que tiene en ella el primer lugar.

Muchos protestantes y cismáticos griegos reconocen en el Papa el primado de mero honor únicamente, sin que falten entre ellos quienes admitan en el Papa el primado de orden.

Otros reconocen en el Papa la primacía de jurisdicción, en cuanto que se le ha concedido por la Iglesia, negando en su consecuencia que sea de derecho divino (3).

Todos los fieles y la Iglesia universal han creido siempre que San Pedro y sus sucesores en la cátedra romana obtienen por disposición divina el primado de jurisdicción en toda la Iglesia, cuya doctrina fué también la misma de los citados sectarios, hasta que por causas mezquinas y motivos poco nobles impugnaron lo que siempre habían creido.

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 1.ª cap. II.
(2) *Epist. ad. Coloss.*, cap. I. v. 18.
(3) BOUIX: *De Papa*, ibid., cap. I.

ARTÍCULO II.

DEL PRIMADO CONFERIDO Á SAN PEDRO.

Si Jesucristo confirió á Pedro el primado de jurisdicción.—Jesucristo confirió á S. Pedro el primado de jurisdicción en toda la Iglesia, segun aparece claramente de la divina revelación. Refiere el texto sagrado, que Andrés, hermano de Simón, manifestó á éste que había visto al Mesías, y que le presentó á Jesús, quien teniéndole á su presencia le dijo: «Tú eres Simón, y tú te llamarás Cefas ó Pedro (1):»

Se dice también, que hallándose reunidos los Apóstoles preguntó Jesús: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? y habiéndole contestado que según unos era Juan Bautista, según otros, Elías, Jeremías ó uno de los profetas: los volvió á interrogar: *Vos autem quem me esse dicitis?*

A esta pregunta contestó Pedro: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.»

Entónces Jesús le dijo: «Bienaventurado eres, Simón, hijo »de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sinó mi Padre, »que está en los cielos, y yo te digo que *tu es Petrus, et super »hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non »prævalebunt adversus eam. Et tibi dabo claves regni cœlorum. »Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in cœlis: »et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in cœlis* (2).»

Las palabras citadas son metafóricas, y expresan en términos claros la suprema y plena autoridad en toda la Iglesia, que había de conferirse á Pedro por el mismo Jesucristo; puesto que le ha de constituir fundamento de su Iglesia, y el cimiento es respecto al edificio lo que la cabeza al cuerpo, el rector en la ciudad, el caudillo en el ejército (3).

(1) Evang. S. Joann. cap. I, v. 41 y sig.
(2) MATTH., cap. XVI, v. 13 y sig.
(3) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. I, pár. 1.

Las llaves siempre se consideraron como símbolo de autoridad y de dominio; y por esto, el que tiene por derecho las llaves de algún edificio, es el señor y dueño de él, y el que vende una casa, se entiende que ha hecho entrega de ella, cuando ha puesto las llaves en manos del comprador; así que las llaves de una ciudad se entregan en testimonio de sujeción y dependencia (1).

Pues bien: Pedro va á ser constituido fundamento de la Iglesia, y ha de recibir sus llaves, y dando por hecha esta entrega y el cumplimiento de la promesa, le da potestad para atar y desatar, para absolver y condenar (2).

Jesucristo rogó por Pedro, para que no faltase en él la fé; (3) á fin de que pudiera de este modo confirmar en ella á los Apóstoles y á todos los fieles con arreglo al mandato del mismo Jesucristo (4).

El divino Maestro después de la resurrección se presentó en varias ocasiones á sus discípulos, y en una de ellas, que tuvo lugar en ocasión de estar estos pescando, dijo Jesús á Simón Pedro, cuando éste y sus compañeros se hallaban ya al lado del Señor: *Simon Joannis, diligis me plus his?*

Pedro le contestó: *Etiam, Domine, tu scis quia amo te*, y entónces Jesús le dijo: *Pasce agnos meos.*

La misma pregunta le hizo por segunda vez, y dió igual contestación, á la que siguió la repetición de las palabras citadas; pero después de hacerle igual pregunta por tercera vez, y dada la contestación, Jesucristo le dijo: *Pasce oves meas* (5).

Estas palabras que se dejan consignadas, expresan la suprema potestad de jurisdicción conferida á S. Pedro por Jesucristo, puesto que las palabras *ovejas* y *corderos* se usan, sin duda

(1) Bouix: *De Papa*, ibid., núm. 2.°
(2) Bouix: *De Papa*, ibid, núm. 3.°
(3) Lucas, cap. XXII, v. 31.
(4) Bouix: *De Papa*, ibid., núm. 4.°
(5) Evang. S. Joann., cap XXI.

alguna, para expresar con ellas á todos los fieles, porque Jesús se designa á sí mismo en muchos lugares de la sagrada Escritura como pastor, y á la Iglesia con el nombre de rebaño, y siendo uno Jesucristo, uno es el pastor y uno el rebaño (1).

La palabra *pasce* expresa verdadera jurisdicción, siendo equivalente á estas otras—rige, guía, gobierna, según se vé en otros lugares bíblicos (2).

Esto mismo se desprende de otros textos, en que se nombra á Pedro el primero, como son los siguientes:

a) Duodecim autem apostolorum nomina sunt hæc: primus Simon, qui dicitur Petrus, etc. (3). *Assumit Jesus Petrum et Jacobum*, etc. (4), leyéndose lo mismo en otros muchos lugares (5).

b) Se le designa como caudillo de los demás: *Petrus vero et qui cum illo erant* (6).

c) Él habla el primero en el Concilio de los Apóstoles: *Exurgens Petrus in medio fratrum dixit* (7).

d) Stans autem Petrus cum undecim, levavit vocem suam (8).

e) Respondens autem Petrus et apostoli, dixerunt (9).

f) En el Concilio de Jerusalén: *Surgens Petrus, dixit ad eos* (10).

g) S. Pablo después de convertido á la fé, fué á Jerusalén á presentarse á S. Pedro (11).

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. IV., cap. IV, art. 2.º, sect. 2.ª

(2) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. I, pár. 1.º, núm. 5.º

(3) MATTH., cap. X, v. 2.

(4) Ibid., cap. XVII, v. 1.

(5) MARC., cap. III, v. 16; cap. IX, v. 1.ª; cap. XIV, v. 33, cap. XVI, v. 7: JOANN., cap. XXI, v. 2; ACC , cap. I, v. 13; cap. II, v. 37; cap. III, v. 1.

(6) LUC., Cap. IX, v. 32.

(7) Act., cap. I, v. 15.

(8) Act. cap. II, v. 14.

(9) Act., cap. V, v. 29.

(10) Act., cap. XV, v. 7.

(11) Gal., cap. I, v. 18.

Todos estos textos, en los que se nombra á Pedro en primer lugar, prueban con evidencia que se le consideraba como príncipe de los Apóstoles; puesto que no pueden atribuirse á ninguna otra causa, porque ni era el mayor en edad, ni el llamado primero al apostolado, pues en ambos conceptos le precedía su hermano Andrés; no era el discípulo amado de Jesús de un modo especial; ni consta que aventajase á los demás en virtudes ó santidad.

Además él fué por quien rogó Jesucristo de una manera especial para que pudiera confirmar en la fé á los demás Apóstoles (1), y el primero que se hizo digno de ver á Cristo resucitado.

Pedro propuso la elección de uno que ocupara en el apostolado el lugar vacante por la traición de Judas. Fué el primero que predicó el Evangelio á los judíos y gentiles, y él solo visitó todas las iglesias, cuyas circunstancias unidas no pueden tener explicación racional y aceptable, si no se atiende á la primacía de jurisdicción sobre todos los demás (2).

Esta ha sido siempre la creencia de toda la Iglesia (3), y á ella y á la revelación se ha atenido el Concilio Vaticano al definir esta verdad en los términos siguientes: «Si alguno, pues, di»jere que el bienaventurado Pedro no ha sido constituido por »Cristo nuestro Señor príncipe de todos los Apóstoles y cabeza »visible de toda la Iglesia militante; ó que del mismo Jesucristo, »Señor nuestro, no recibió directa ni inmediatamente el primado »de verdadera y propia jurisdicción, sinó el honor únicamente, »sea excomulgado (4)».

(1) Luc., cap. XXII, v. 32.

(2) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. I, pár. 1.º, núm. 6.º

(3) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect 2.ª, cap. I, pár. 2.º, y sig.—Cap. II siguientes.

(4) Const. *Pastor æternus*, cap. I.

ARTÍCULO III.

DE LA TRASMISIÓN DEL PRIMADO Á LOS SUCESORES DE PEDRO.

Trasmisión del primado á los sucesores de Pedro en la silla romana.—S. Pedro recibió inmediatamente de Jesucristo el primado de jurisdicción en la Iglesia universal, y como el primado (1) constituye parte esencial de aquélla, debe durar mientras exista la Iglesia, ó sea hasta la consumación de los siglos; así que, Jesucristo instituyó el primado y le confirió á S. Pedro para que se conservara la unidad de fé y de comunión (2) en la Iglesia; y por esto se vé que el divino Maestro fundó su Iglesia á manera de=

Un edificio, poniendo á Pedro por fundamento visible de ella, como en una piedra ó roca inmóvil é indestructible.

De un rebaño universal, á cuyo frente colocó á Pedro como único pastor, con el encargo de regirle, apacentarle y confirmarle en la fé.

De un reino, del cual hizo príncipe á Pedro, dándole las llaves como insignias y símbolo del principado.

De un individuo que vive perennemente, constituyendo á Pedro por cabeza de este cuerpo moral.

Todo esto es una prueba clara y evidente de que el primado no fué instituido en bien de Pedro, sinó de la Iglesia; debiendo ser, por lo tanto, perpetuo y eterno, ó sea hasta el fin de esta sociedad ó del mundo (3).

S. Pedro estableció definitivamente su silla en Roma, fun-

(1) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. VIII.
(2) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª sect. 2.ª, cap. VIII.—Sect. 4.ª, cap. III y sig.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.ª, cap. VIII.

dando en ella el episcopado romano, á cuyo frente estuvo hasta su muerte (1).

De este hecho irrecusable ante la historia, y fundado en toda clase de monumentos de la antigüedad, resulta: que los sucesores de Pedro en el episcopado romano habían de sucederle necesariamente en el primado, por hallarse unidas estas dos dignidades en la persona de aquel; y como los sucesores de Pedro son los Romanos Pontífices, puesto que éstos le sucedieron en la silla ó episcopado romano y ocuparon su cátedra; de aquí que ellos sucedan por derecho divino en el primado, y siempre se los haya considerado en este concepto (2).

Por todas estas consideraciones el Concilio Vaticano definió estas verdades del modo siguiente (3): «Si alguno, pues, dijere »que no es de institución del mismo Jesucristo, ó de derecho di»vino, que el bienaventurado Pedro tenga sucesores perpetuos »en el primado, sobre toda la Iglesia; ó que el Romano Pontífi»ce no es sucesor del bienaventurado Pedro en el mismo primado, »sea excomulgado (4).»

El Concilio de Florencia, *in decreto unionis*, consignó lo que sigue: «Definimos que la santa Apostólica Sede y el Romano »Pontífice poseen el primado en todo el orbe, y que el mismo »Pontífice Romano es el sucesor del bienaventurado Pedro, prín»cipe de los Apóstoles y el verdadero vicario de Cristo y cabeza »de toda la Iglesia, padre y doctor de todos los cristianos, y »que al mismo en la persona del bienaventurado Pedro fué dada »por nuestro Señor Jesucristo potestad plena de apacentar, re»gir y gobernar la Iglesia universal; como se contiene también »en las actas de los Concilios ecuménicos y en los sagrados cá»nones (5).»

(1) Bouix: Id. ibid., caps. VI y VII.
(2) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 3.ª
(3) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VI, pág. 42.
(4) Const. *Pastor æternus*, cap. II.
(5) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VI, pág. 43.

El Concilio Vaticano (1) reproduce la definición del Concilio de Florencia, añadiendo en seguida: «Enseñamos, por tanto, »y declaramos que la Iglesia romana posee por disposición del »Señor el principado de la potestad ordinaria sobre todas las »demás, y que esta potestad de jurisdicción del Romano Pon»tífice, la cual es verdaderamente episcopal, es inmediata; y »por consiguiente, que á ella están ligados por deber de subor»dinación jerárquica y de verdadera obediencia los pastores de »cualquier rito y dignidad, y los fieles todos y cada uno, no »sólo en las cosas pertenecientes á la fé y las costumbres, sinó »también á la disciplina y gobierno de la Iglesia difundida por »todo el orbe; de modo que mantenida la unidad con el Ro»mano Pontífice, tanto de comunión como de profesión de la »misma fé, la Iglesia de Cristo sea un sólo rebaño bajo un solo »pastor supremo. Esta es doctrina de verdad católica, que nadie »puede abandonar sin detrimento de su fé, y sin comprometer »su salvación (2).»

Como consecuencia de esta doctrina, el mismo Concilio Vaticano (3) dió la definición dogmática siguiente: «Si alguno »dijere, por tanto, que el Romano Pontífice tiene únicamente el »cargo de inspección y dirección, pero no plena y suprema po»testad de jurisdicción sobre la Iglesia universal, no sólo en las »cosas relativas á la fé y costumbres, sinó también en las de »disciplina y gobierno de la Iglesia difundida por todo el orbe; »ó que únicamente posee la parte principal de esta potestad »suprema, pero no toda la plenitud de la misma; ó que esta »potestad del Romano Pontífice no es ordinaria é inmediata »sobre todas y cada una de las iglesias, y sobre todos y cada »uno de los pastores y de los fieles, sea excomulgado (4).»

Este canon contiene tres miembros distintos (5).

(1) *Acta Sanctæ Sedis*, tomo VI, pág. 43.
(2) Const. *Pastor æternus*; cap. III.
(3) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VI, pág. 44.
(4) Const. *Pastor æternus* ibid.
(5) Sala: *Exposición apologética del Syllabus*, pág. 205, nota 175.

El primero condena el más capital error de Febronio, que no admitía en el Papa otra potestad que la de simple *inspección, cuidado* y *solicitud*.

El segundo condena el error de Richer y su sistema, que no concede al Romano Pontífice otra superioridad que la de ser *cabeza ministerial* de la Iglesia para conservar la unidad en todo el orbe cristiano por medio de la custodia y ejecución de los cánones.

El tercero condena el sistema galicano, según el cual la autoridad del concilio general es superior á la del Romano Pontífice, y la potestad de éste queda coartada y limitada no sólo por los cánones ya establecidos y consagrados por la reverencia de todos los fieles, sinó también por las costumbres y estatutos recibidos por el reino é iglesia galicana.

Si el primado podrá separarse de la silla ó episcopado romano.—Como S. Pedro fijó su sede en Roma y la ocupó hasta su muerte, cuyo hecho tuvo lugar por precepto divino, ó por voluntad de S. Pedro inspirado al efecto: de aquí resultó que la prerrogativa del supremo pontificado quedó de tal modo unida á la Sede Romana, que el sucesor de Pedro en ella, le haya también de suceder necesariamente en el primado de toda la iglesia (1).

Por esta razón, los sucesores de Pedro ni otro alguno pueden separar el primado del episcopado romano (2); así que Pio IX condenó la proposición 35 del *Syllabus*, que dice: *Nihil vetat alicujus Concilii generalis sententia, aut universorum populorum facto, summum Pontificem ab romano episcopo atque Urbe alium episcopum aliamque civitatem transferri.*

(1) Benedicto XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. II, cap. I, núm. 1.º

(2) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 3.ª, cap. XIII, pár. 4.º

CAPÍTULO II.

DE LAS DOTES DEL PRIMADO.

Dotes del primado pontificio y su número.—Se entiende por dotes del primado, *las prerrogativas concedidas por Jesucristo á Pedro y sus sucesores los Sumos Pontífices.* Las dotes del primado son—*la infalibilidad y la autoridad.*

El Sumo Pontífice por razón de su primado, cabeza de toda la Iglesia, necesariamente ha de tener en sí las dotes de infalibilidad y autoridad que competen á aquélla, puesto que la Iglesia las tiene y posee, mediante el Sumo Pontífice, su cabeza y fundamento.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA INFALIBILIDAD DEL SUMO PONTÍFICE.

Infalibilidad pontificia y cosas que son objeto de aquella.—Se entiende por infalibilidad pontificia: *La dote en virtud de la cual el Romano Pontífice, hablando* ex cathedra, *es infalible en las cosas de fé y costumbres.*

Las cosas objeto de esta infalibilidad del Sumo Pontífice (1) son las definiciones dogmáticas (2), propuestas á la Iglesia universal, ó lo que es lo mismo las definiciones dadas por el Papa, cuando habla *ex cathedra.*

Condiciones necesarias al efecto.—Para que las decisiones del Papa sean *ex cathedra* se requieren dos condiciones:

1.ª Que sus definiciones sean *dogmáticas;* esto es, que ten-

(1) Bouix: *De Papa*, part. 2.ª, sect. 1.ª, cap. I y sig.

(2) Perrone: *Prælecciones theolog. Tractat. de locis theolog.*, part. 1.ª, sect. poster., cap. IV.

gan por objeto las cosas de fé y de costumbres, bien declarando lo que se ha de creer, ó ya rechazando y condenando alguna doctrina como contraria á la fé y á las costumbres.

2.ª Que tales definiciones se propongan á la Iglesia universal de un modo solemne y bajo censuras.

En este supuesto, el Papa no es infalible en sus conversaciones particulares, ni en todas las materias, sinó en las relativas á la fé y á las costumbres, y esto cuando se dirige solemnemente á la Iglesia, desempeñando el oficio de doctor y pastor de todos los cristianos.

En todas las demás cosas la autoridad del Papa, por respetable que sea, no se extiende más allá de lo que alcancen sus estudios y su experiencia, porque Jesucristo no revistió á su vicario en la tierra de la infalibilidad para enseñar á los hombres las Matemáticas ó la Física, la Historia ó la Política (1).

Motivo de la concesión de esta prerrogativa.—La concesión hecha por Jesucristo á su vicario en la tierra tiene por objeto proporcionar al género humano un medio seguro para obtener su salvación y al efecto concede á aquél la infalibilidad para instruir á los hombres en la fé y en las reglas de conducta que han de seguir para salvarse, conservando fielmente el depósito de las verdades reveladas por Dios con este objeto.

En todas las cosas profanas, el mundo queda entregado á las disputas de los hombres, y el Papa como doctor particular, puede errar y dejarse deslumbrar por un raciocinio falso.

Cosas á que se extiende.—La infalibilidad del Papa, según las condiciones consignadas, comprende (2):

a) Los puntos revelados, ó sea todas las verdades pertenecientes á la fé y á la moral (3).

b) Todos los hechos dogmáticos, como si tal ó cual libro contiene una doctrina herética ó digna de censura (4).

(1) SALA: *Exposición apologética del Syllabus*, pág. 207 y sig.
(2) FERREIROA: *León XIII y la situación del pontificado*, cap. II, pár. 2.º
(3) SALA: *Exposición apologética del Syllabus*, pág. 216.
(4) SALA: Id. ibid.

c) Las verdades naturales que tienen conexión con la fé y costumbres, como la libertad humana, la espiritualidad é inmortalidad del alma.

d) Las materias conexas con la ética, ya sean de legislación ó política, ó bien de filosofía, astronomía ú otras ciencias naturales.

e) Los juicios ó decretos doctrinales sobre escritos, doctrinas ó proposiciones concernientes al bien espiritual de los fieles.

f) Las calificaciones ó censuras teológicas sobre estas mismas doctrinas ó proposiciones.

Si Jesucristo concedió al Papa esta prerrogativa.—Dado á conocer el sentido que tiene la dote de la infalibilidad del Papa, procede examinar si realmente se le concedió por Jesucristo, y sobre este punto bastará considerar que el Divino Maestro, poco ántes de su pasión, y apenas celebró la última cena con sus discípulos, les habló de los tormentos que le esperaban y de su muerte, así como de la traición de uno de ellos; y dirigiéndose á Pedro, se expresa así: *Simón, Simón, ecce Satanas expetivit vos ut cribaret sicut triticum: ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus confirma fratres tuos* (1).

Cristo anuncia la futura tentación de Pedro y de los demás Apóstoles, y promete al primero su firmeza en la fé, mediante la oración hecha en favor de aquél á su Eterno Padre, en cuya virtud y como primado de su Iglesia le dá el encargo de confirmar en la fé á sus hermanos, debiendo en su consecuencia permanecer firme en la fé, mientras conserve el cargo de primado, y como éste ha de durar hasta la consumación de los siglos, necesariamente ha de conservar siempre aquella prerrogativa (2), porque como dice oportunamente Bossuet, más necesidad habían

(1) Luc, cap. XXII, v. 31 y sigs.

(2) Bouix: *De Papa*, part. 2.ª, cap. I, párrafo 3.º

de tener de esta confirmación en la fé los obispos, sucesores de los Apóstoles, que éstos (1).

Además, si esta constancia en la fé no se trasmitiera á los sucesores de Pedro, como primados de la Iglesia, la constancia ó firmeza en la fé de ellos dependería de la Iglesia, y los obispos deberían confirmar en la fé á los Romanos Pontífices, lo cual es un absurdo.

El texto ya citado en este capítulo, *Tu es Petrus*, etc., es una prueba concluyente de la infalibilidad del Papa, porque en él se dice que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia: y como ésta se halla fundada sobre Pedro, como sobre una roca indestructible, es necesario que Pedro, y en él sus sucesores, tengan la enunciada prerrogativa (2).

Por último, las palabras *Pasce agnos*, etc., que también quedan consignadas, demuestran esta misma verdad, porque si el vicario de Jesucristo no tuviera la infalibilidad, era imposible que desempeñara el cargo que se le encomienda de apacentar, ó sea enseñar, regir y gobernar á los fieles, dirigiéndolos por el camino de la salvación, que es el fin de la institución de la Iglesia y del primado; porque en lugar de enseñarles la verdadera doctrina, podría propinarlos el error, etc. (3).

Esta verdad de la infalibilidad pontificia arranca de la naturaleza del primado, y siempre se creyó entre los católicos desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta el siglo XIV (4), en que se empezó á dudar de ella por algunos teólogos con motivo del gran cisma de Occidente; así que las verdades propuestas y definidas por el Romano Pontífice fueron siempre aceptadas y seguidas por los santos padres y doctores católicos, sin que por otra parte (5) se haya verificado que ningún papa desde S. Pe-

(1) PERRONE: *De locis theolog.*, parte 1.ª, cap. IV, *de dotibus roman. Pontific.* prop. 1.ª

(2) BOUIX: *De Papa*, part. 2.ª, sect. 3.ª, cap. I, pár. 1 y 2.

(3) BOUIX: *De Papa*, ibid., pár. 4.

(4) BOUIX: *De Papa*, part. 2.ª, sect. 2.ª y sig.

(5) DE MAISTRE: *Del Papa*, tomo I, lib., I, cap. XV.—PERRONE: *Prælect. theolog. tract. de locis theolog.*, part. 1.ª, sect. post., cap. IV, prop. 3.ª

dro hasta León XIII haya errado en sus definiciones dogmáticas; lo cual sería, á no dudarlo, una maravilla inconcebible en la hipótesis de la falibilidad del Romano Pontífice (1).

Su definición dogmática.—El Concilio Vaticano enseña esta verdad, y el Papa Pío IX, adhiriéndose fielmente á la tradición recibida desde el principio de la fé cristiana (2), para gloria de Dios, nuestro Salvador, exaltación de la religión católica y salud de los pueblos cristianos con aprobación del sagrado Concilio enseña y define como dogma revelado por Dios: «Que »el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, »cuando ejerciendo el cargo de pastor y doctor de todos los »cristianos, define en virtud de su apostólica suprema autoridad »que una doctrina sobre fé y costumbres debe ser profesada por »toda la Iglesia, mediante la divina asistencia que le fué pro»metida en el bienaventurado Pedro, está dotado de aquella »infalibilidad que el Divino Redentor quiso que poseyera su Igle»sia en definir la doctrina sobre fé y costumbres, y por consi»guiente, que estas definiciones del Romano Pontífice son irre»formables por sí mismas, no por el consentimiento de la Igle»sia.»—«Si alguno osase, lo que Dios no quiera, contradecir á »esta nuestra definición, sea excomulgado (3).»

Mucho se ha dicho contra la doctrina de la infalibilidad del Papa, pero si se examina con detención, ó si es posible encontrar siquiera un pensamiento serio en todo ello, puede desde luego asegurarse, ó que no se ha comprendido la cuestión, ó que las observaciones se reducen, á que no puede comprenderse que un hombre tenga semejante prerrogativa.

La infalibilidad solo la tiene Dios por naturaleza (4), y Dios puede concederla por una gracia especial á quien tenga por conveniente, y de hecho la ha concedido, en el sentido que se

(1) Bouix: *De Papa*, part. 2.ª, sect. 5.ª
(2) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VI, pág. 40 y sig.
(3) Const. *Pastor æternus*, cap. IV.
(4) Sala: *Expos. apolog. del Syllabus*, pág. 211.

deja manifestado, al Romano Pontífice, según resulta de las pruebas aducidas.

Es por lo demás extraño, que ciertos hombres se asombren de esta verdad, cuando el mundo está lleno de infalibilidades supuestas, toda vez que cada uno de los protestantes se cree infalible en la interpretación de las sagradas Escrituras.—Cada una de las sectas cismáticas se lisonjea de tener á su favor la garantía de no poder errar.—Los tribunales civiles de cuyas sentencias no se admite apelación, se reputan infalibles, etc.

Oportunidad de la sanción de este dogma.—Como también se ha discutido no poco acerca de la oportunidad en definir el dogma de la infalibilidad pontificia, no debe pasarse en silencio este punto, sobre el cual me limitaré á ligeras indicaciones. El Concilio Vaticano dice: «Mas como quiera que en esta época, más que nunca necesitada de la eficacia saludable del cargo apostólico, haya no pocos que se oponen á la autoridad, juzgamos de todo punto necesario afirmar solemnemente la prerrogativa que el Hijo unigénito de Dios se dignó juntar con el supremo pastoral oficio (1).»

En las citadas palabras se expresa la razón que ha habido para definir esta verdad. Nos hallamos en una época en que la Iglesia necesita ejercer constantemente su divino é infalible magisterio, puesto que la razón humana, declarándose completamente libre y emancipada de toda otra autoridad, concibe y propala constantemente y de diferentes modos nuevos errores y nuevas doctrinas disolventes, con el objeto de separar más y más de la verdad á los hombres, y de subvertir los fundamentos del orden social.

Por esta razón se necesita ahora más que nunca oponer una verdad á cada error que nace; y como esto no puede hacerlo un concilio general, ya porque no es posible reunirlo con tanta frecuencia, ya porque no es conveniente que los prelados se hallen continuamente separados por mucho tiempo del lado

(1) Const. *Pastor æternus*, cap. IV, pár. IV.

de la grey encomendada á ellos, se debe atender á esta necesidad por medio del supremo Pastor, encargado por Dios de la vigilancia universal de la Iglesia.

La definición del Concilio Vaticano ha sido sumamente oportuna para que la razón, que todo lo discute, no pueda, ni aun aparentemente, oponer á las resoluciones del Papa, que los decretos y definiciones de éste pueden impugnarse sin ser herejes. Los católicos tienen á la vez en ella un faro seguro y permanente en medio de la confusión producida por tantos sistemas y doctrinas contrapuestas, en que se agita la sociedad actual (1).

Los enemigos de la fé no pueden evadirse ahora de la sanción pontificia con vanos pretextos, quedando en el mero hecho de negar esta verdad, sujetos á los anatemas de la Iglesia y á su propia condenación.

ARTÍCULO II.

DE LA AUTORIDAD DEL SUMO PONTÍFICE.

SECCIÓN 1ª

De la naturaleza de los derechos del Papa.

Principios de donde proceden los derechos del primado pontificio.—Después de haber examinado las cuestiones fundamentales de la existencia del primado pontificio y su perpetuidad con la dote inherente al mismo de la infalibilidad, es necesario hablar de su autoridad, cuyo punto es de fácil resolución, supuesto los principios que se dejan consignados, y únicamente convendrá desenvolver esta materia con la debida precisión, fijando reglas generales para descender después á los casos particulares y concretos.

(1) SALA: *Expos. apologética del Syllabus*, pág. 215.

En este supuesto, los derechos del primado se hallan señalados en las siguientes reglas:

1.ª *Tu es Petrus*, etc. Cristo según el texto indicado instituyó el primado para sostener en la Iglesia la unidad de fé y de obediencia (1), siendo por lo tanto su potestad tan extensa, cuanta sea necesaria para obtener el fin de su institución (2).

2.ª *Tibi dabo claves*, etc. El Divino Maestro confiere al Pontífice en las palabras anotadas la jurisdicción omnímoda, ó sea la plenitud de potestad, teniendo en su virtud todos los derechos ó autoridad que sea necesaria ó conveniente para desempeñar su cargo en toda la Iglesia (3).

3.ª *Pasce agnos*, etc. En cuyas palabras se fijan los deberes del primado respecto á su solicitud por el bien de las almas, que bajo otro punto de vista es igualmente un derecho suyo, que no reconoce otros límites que los puestos por él mismo en su ejercicio, segun las necesidades espirituales de los fieles (4).

Sus consecuencias en general.—De las reglas consignadas que son el principio fundamental del cual se derivan los derechos del primado pontificio, se desprenden estas consecuencias:

1. El Sumo Pontífice es el único á quien corresponde determinar la forma y modo de ejercer su jurisdicción en la Iglesia, puesto que es la suprema autoridad, y todos los miembros de esta sociedad son objeto de ella, sin que ninguno en calidad de hijo pueda limitarla, por lo mismo que la recibió independientemente y sin sujeción á ninguna otra autoridad (5)

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 4.ª, cap. III y sig.

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 18.

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, pars. special, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.º

(4) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., part. 1.ª, lib. IV, cap. IV, art. 2, sect. 4.ª, prop. 1.ª

(5) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., part. 1.ª, lib. IV, cap. IV, art. 2.º, sect. 4.ª, prop. 1.ª

2. Todos los fieles tienen el deber de obedecer sus mandatos, sin que nadie tenga derecho para oponerse á las constituciones ó decretos en que prescribe á los fieles sus deberes religiosos, ó las reglas de disciplina por las que ha de regirse la Iglesia, ó alguna parte de ella (1).

3. Como es la suprema cabeza de la Iglesia con plena potestad en el régimen de ella, no puede apelarse de sus sentencias ó resoluciones, porque no existe en la tierra poder alguno superior (2), y por esta razón se ha condenado como contraria á la fé y favorable al cisma y herejías, la doctrina de los que defienden el derecho de apelación á un concilio general ó á otra autoridad, de las definiciones ó decretos del Romano Pontífice (3).

4. La Iglesia no puede juzgar al Romano Pontífice, porque éste no recibe su autoridad de la Iglesia, sinó que tiene por derecho divino potestad suprema en ella (4); así que esta doctrina ha sido sido siempre (5) común y corriente, habiéndose resumido en esta proposición: *Prima sedes à nemine judicatur* (6).

La proposición ó texto citado se ha atribuido también á los padres de un concilio, ante el cual se dice, que se presentó el papa San Marcelino confesando su pecado, según se refiere en el Breviario (7) y atestiguan varios historiadores; pero otros rechazan este hecho y lo consideran como una fábula (8) y esta es la opinión corriente.

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid., prop, 2.ª
(2) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 2.
(3) Cap. I, tít. VIII, lib. I, *Extrav. comm.*
(4) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª
(5) WALTER: *Derecho eccles. univ.* lib. II, cap. II, pár. 92, núm. 11.
(6) C. XIII y sig., causa 9, quæst. 3.ª
(7) *Breviar. Roman.*, die 26 april.
(8) BLANCO: *Historia general de los Papas*, tomo I, pág. 69.—ENRION: *Historia general de la Iglesia*, lib. VI, año 305.—AMAT: *Historia eclesiástica*, tomo IV, lib. IV, cap. V, pár. 3.º, núm. 619.—BERTI: *Breviarum hist. eccles.*, siglo IV, cap. I.—BLANC.: *Cours d'histoire eccles. an.* 303-313.—HERGENROTHER: *Historia de la Iglesia*, tít. I, pág. 479, edición española de 1883.

Reglas moderadoras de este poder en cuanto á su ejercicio.—La autoridad suprema del Romano Pontífice y la plena potestad que tiene en la Iglesia universal, no puede ser causa de que se exceda en su ejercicio, y así lo demuestran las consideraciones siguientes:

a) La Iglesia fué instituida por el mismo Jesucristo y tiene reglas fijas é invariables á las que ha de atenerse el Romano Pontífice, sin que le sea permitido alterarlas (1).

b) Jesucristo prometió su asistencia perenne y la del Espíritu Santo; de manera que el Señor no consentirá que el Romano Pontífice haga cosa alguna, ni disponga nada en detrimento de su Iglesia (2).

c) El Romano Pontífice, guiado por esta ilustración interior, sólo dispondrá aquello que sea necesario ó más conveniente al fin de la Iglesia; y de ello nos suministra pruebas inequívocas la historia del pontificado.

d) La prerrogativa del primado no dá al Sumo Pontífice el derecho de disponer como señor de las cosas espirituales: es un mero vicario de Jesucristo, que rige la Iglesia en nombre suyo, y en este concepto dispensa á los fieles los tesoros celestiales.

e) El mismo Fundador de la Iglesia quiere y exige en sus ministros, y sobre todo en el primado, un espíritu de humildad, paciencia y caridad, incompatible con la soberbia y la opresión de sus hermanos é hijos en el Señor.

f) Por último, el Sumo Pontífice ha tenido siempre á su lado un consejo permanente con el que ha tratado todos los asuntos de importancia para la Iglesia, y siempre en los negocios más graves y trascendentales se ha aconsejado también de los obispos, ya reunidos en concilio, ya dispersos por todo el mundo, oyendo el parecer de cada uno; de manera que sus disposiciones

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª cap. I, art. 1.°

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid.

tienen aún humanamente consideradas, todas las garantías de acierto, dándonos de ello testimonio las bulas, decretos, encíclicas y cuantos documentos han emanado hasta el día de la Santa Sede.

SECCIÓN 2.ª

Clasificación de los derechos del primado.

División de los derechos del primado en esenciales y accidentales.—Algunos escritores dividen los derechos del primado en—*esenciales*—y *accidentales*.

Entienden por los primeros: *los que siempre y en todas partes se ejercieron por los Sumos Pontífices* (1),

Llaman adventicios ó accidentales: *los derechos que ejercidos en la antigua disciplina de la Iglesia por los metropolitanos y concilios provinciales, se hallan en la actualidad reservados al Sumo Pontífice* (2).

Otros entienden por derechos esenciales, *los que corresponden al primado por voluntad y concesión de Jesucristo* (3).

Entienden por derechos accidentales *los que provienen de concesión humana.*

Se llaman esenciales, según otros, *los derechos sin los cuales no puede conservarse la unidad de fé.*

Dicen que se llaman accidentales, *los que no son necesarios para el sostenimiento de aquélla* (4).

Motivos para impugnarla.—Esta distinción de derechos del primado, en esenciales y accidentales, es nueva y ha sido

(1) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 19.

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2, sect. 4.ª, prop. últ.

(3) PERRONE: *Prælectiones theolog. tract. de loc. Theolog.*, part. 1., sect. post., cap. III, proposit. 5.ª

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Can.*, lib. II, cap. II.

acogida favorablemente por los jansenistas para deprimir la potestad del primado; por esta razón se halla combatida por casi todos los escritores católicos de nuestros dias (1), fundándose para ello en las razones siguientes (2):

1. Esta distinción es arbitraria, porque cuenta entre los derechos esenciales los que se ejercieron por los Papas en los seis primeros siglos, y entre los accidentales, los que ejercieron en tiempos posteriores, sin apoyarse en documento ó razón alguna (3).

2. Parte de un falso principio=

a) Porque suponen como accidentales, y efecto de las falsas decretales de Isidoro *Peccator*, muchos derechos ejercidos por los Papas en tiempos muy anteriores á la publicación de esta obra.

b) Porque consideran como inmutable el Derecho antiguo, y como abuso y corruptela las disposiciones de tiempos posteriores, sinó están conformes con la disciplina antigua.

c) Porque confunden el derecho con el ejercicio del derecho, la potestad con su uso; siendo así que lo primero es inmutable y lo segundo mudable, según las circunstancias (4).

3. Es contraria á la naturaleza del primado, fijando límites que no tiene; y finalmente, esta distinción es nueva, desconocida en todo la antigüedad, y ha sido explotada admirablemente por los enemigos de la Iglesia (5).

Sentido en que es admisible.—Esto no obstante, varios escritores de sana doctrina hacen la distinción que se deja impugnada (6); pero entiéndase que ellos llaman derechos esenciales á los que son tan inherentes al Romano Pontífice, que no

(1) TARQUINI: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. II, pár. 2.°, núm. 14.

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 89.

(3) PERRONE: *De locis theolog.*, part. 1.ª, cap. III, prop. 5.ª

(4) PERRONE: Id. ibid.

(5) *Distinctio inter jura primatus essentialia et adventitia nova est, sicut nomina ipsa nova sunt, et plane excogitata ad potestatem primatus deprimendam.*—SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 19.

(6) WALTER: *Derecho Eclesiástico univ.*, lib. III, cap. I, pár. 123.

puede desprenderse de ellos en ningún tiempo, sea cual fuere el cambio que pueda verificarse en la disciplina; á diferencia de los derechos accidentales, que si bien son inherentes al primado, puede dejar su ejercicio en manos de los obispos según lo aconsejen las circunstancias de lugar y tiempo, quedando en todo caso al Romano Pontífice el derecho de reivindicarlos, cuándo y como lo crea conveniente. En este sentido puede admitirse dicha distinción, por más que sea peligroso su uso, en consideración á las razones apuntadas.

Otra división de los derechos del Papa.—Los derechos del primado pontificio proceden de las reglas generales que se dejan consignadas en este capítulo, y como el Papa tiene los tres conceptos de *Doctor universal*, *Pastor universal*, y el de *Rey universal*, de aquí proceden tres especies de derechos, á saber:

Derecho de enseñar, ó *magisterio*.

Derecho de santificar, ó *ministerio*.

Derecho de regir, ó *imperio*.

En cada uno de estos conceptos le corresponden las prerrogativas siguientes:

Sus atribuciones como doctor universal.—En este concepto le compete—la enseñanza y definición de la doctrina católica (1)—la propagación de la fé—condenación de errores—dirección de la enseñanza—instrucción de la juventud.

Sus facultades como pastor universal.—Le compete bajo este concepto el—ejercicio del sagrado ministerio en todo el mundo—el derecho de ordenar el oficio divino, las fiestas y ayunos—la administración de sacramentos y sacramentales—beatificación y canonización de los santos—concesión de indulgencias y otras gracias espirituales (2).

Sus prerrogativas como rey universal.—Le per-

(1) Concil. Vaticano, Constit. *Pastor æternus*, cap. IV.

(2) Concil. Vaticano, Constit. *Pastor æternus*, cap. III.

tenece regir y gobernar la Iglesia universal, correspondiéndole en este concepto dos clases de derechos y son los siguientes:

a) Unos que se ejercen en toda la Iglesia.

b) Otros que ejerce en cada una de las diócesis (1).

La importancia de cada uno de estos derechos requiere que se trate separadamente de ellos.

SECCION 3.ª

De la autoridad del Papa en la Iglesia universal.

Jurisdicción (2) **en la iglesia universal.**—Esta potestad y autoridad del Romano Pontífice comprende los cuatro puntos siguientes:

Derecho de suprema inspección.

Potestad legislativa.

Potestad judicial.

Potestad administrativa.

§ 1.º

Del derecho de inspección suprema.

Inspección suprema, y cómo la ejerce.—El derecho de inspección suprema se funda en que el Papa, como primado, tiene que atender á las necesidades de la Iglesia universal; y no pudiendo inspeccionar todas las localidades, ni recorrer por sí mismo los distintos territorios de la cristiandad, le es preciso enterarse del estado de la Iglesia por otros medios.

(1) Concil. Vaticano, Constit. *Pastor æternus*, cap. III.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Can., pars especial.*, lib. I, tratado 2.º, disert. 1.ª, cap. 1, art. 1.º—PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 88.

A este efecto necesita utilizar las atribuciones que le corresponden y son las siguientes:

1.° El derecho de libre comunicación con los obispos, clero y pueblo de los distintos paises, para lo cual es indispensable que la Iglesia goce de perfecta independencia, como lo requiere su misma naturaleza y la voluntad de su divino Fundador.

Por esta razón está condenada la proposición 49 del *Syllabus*, que dice: *Civilis auctoritas potest impedire, quominus sacrorum antistites et fideles populi cum Romano Pontifice libere ac mutuo communicent.*

2.° El derecho á mandar legados á las provincias cristianas (1).

3.° El derecho de imponer á los obispos de todo el orbe la obligación, de mandar en determinadas épocas una relación del estado de sus iglesias y de presentarse en Roma á visitar *limina apostolorum* (2).

§ 2.°

De la potestad legislativa.

Potestad legislativa.—El Romano Pontífice tiene potestad legislativa en la Iglesia universal, como autoridad suprema de esta sociedad, lo cual es de absoluta necesidad para su buen orden y régimen (3).

A la potestad de dar leyes va anejo (4) el derecho de velar por su observancia y el de dispensar de estas mismas leyes (5), según el axioma jurídico: *Cujus est legem condere, ejus est illius obligationem remittere*, pudiendo en su consecuencia dis-

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 1.ª cap. II y III.
(2) Bouix: *De Episcopo*, part. 5.ª, cap. III.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 4.ª, cap. V.
(4) Cap. III, tít. II, lib. I, *Decret.*
(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV., cap. II, prop. 5.ª

pensar en todas las leyes eclesiásticas (1), sin excluir los cánones de los concilios generales en lo relativo á la disciplina (2), puesto que recibió del mismo Jesucristo la suprema autoridad y la plenitud de potestad (3).

§ 3.°

De la potestad judicial.

Potestad judicial para conocer en primera instancia de las causas mayores.—También le corresponde la potestad judicial, ó sea la facultad de avocar á sí y resolver todas las causas mayores (4), que ocurran en cada una de las iglesias y provincias, entendiéndose esto, no sólo en las causas dudosas acerca de la fé, sinó universalmente de todas las causas y negocios que son (5) de mayor gravedad, cuyo derecho ha sido siempre reconocido por los padres y doctores, obispos y rectores de las iglesias, como lo demuestran innumerables hechos, de los cuales sólo citaré los siguientes (6):

a) Los cristianos de Corinto acudieron al papa S. Clemente I con motivo de las disidencias que habían surgido entre ellos.

b) S. Cipriano hizo lo mismo sobre la controversia acerca de los lapsos, pidiendo su resolución al papa S. Cornelio (7).

c) S. Cirilo de Alejandría, en la causa de Nestorio, dice al papa Celestino: *Vetus ecclesiarum consuetudo suadet, ut hujusmodi res Sanctitati tuæ communicentur* (8).

d) El Concilio de Sárdica, lo mismo que el Concilio de Efeso, reconocen este derecho de la Sede Apostólica.

(1) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles.* lib. II, cap. I, pár. 24.
(2) Tarquini: *Inst. Jur. eccles. pub.*, lib. II, cap. II, pár. 2.°, núm. 15.
(3) Bouix: *De Papa*, part. 5.ª
(4) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 2.° núm. 78.
(5) Phillips: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 94.
(6) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2.°, sec. 2.ª, prop. 4.ª
(7) Soglia: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 34.
(8) Soglia: Id. ibid.

e) El papa Inocencio I se expresa así: *Si majores causæ in medium fuerint devolutæ, ad Apostolicam Sedem, sicut synodus statuit et vetus consuetudo exigit, referantur.*

f) En igual sentido se explican Bonifacio I, el papa Vigilio y San Gregorio *el Grande.*

Derecho de recibir apelaciones.—Es igualmente de la competencia del Romano Pontífice (1) el derecho de recibir apelaciones, como que es una consecuencia del primado (2) y por lo mismo de institución y derecho divino, sobre lo cual dice Benedicto XIV: *Est autem hujusmodi appellationum jus adeo necessario connexum cum romani Pontificis in universam Ecclesiam jurisdictionis primatu, ut nemo possit illud in controversiam adducere, nisi et hunc velit perfracte inficiari* (3).

De manera que como autoridad suprema de la Iglesia, tiene el derecho de recibir las apelaciones interpuestas de las sentencias dictadas por los tribunales inferiores (4), y nadie puede apelar de las sentencias ó resoluciones del Papa, porque no existe en la tierra otro tribunal superior al suyo (5).

§ 4.°

De la potestad administrativa.

Potestad administrativa, y cosas que son objeto de ella.—El Sumo Pontífice, como primado y monarca supremo de la Iglesia, tiene la autoridad administrativa y gubernativa. En este concepto le competen todas las atribuciones que conceptúe necesarias ó útiles para el buen gobierno de la Iglesia. Las cosas que son objeto de esta potestad pueden resumirse en las siguientes:

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 1.ª, sect. 3.ª, cap. IX.
(2) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2.º, sect. 2.ª, prop 4.ª
(3) *De Synodo diœcesana*, lib. IV, cap. V, núm. 1.º
(4) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 35.
(5) Concilio Vaticano, const. *Pastor æternus*, cap. III.

1.° Derecho de conceder exenciones.
2.° Derecho á establecer reservas.
3.° Derecho á percibir tributos.

Derecho de conceder exenciones.—Este derecho se funda en la potestad inherente al mismo, de señalar á cada uno de los obispos el territorio y pueblo en donde ha de ejercer su jurisdicción, puesto que Jesucristo nada dispuso sobre este punto, dejando á su Iglesia en plena libertad con respecto á la creación, división y circunscripción de diócesis (1).

El Sumo Pontífice (2) puede, en virtud de este derecho:

a) Separar cierto territorio y determinados pueblos de una diócesis y agregarlos á otra (3), siempre y cuando que lo considere conveniente al bien general ó utilidad de la Iglesia.

b) Puede por igual razón, eximir de la jurisdicción de los obispos una iglesia ó monasterio, si existen á su juicio causas ó motivo para ello (4).

Si se conoció en la antigüedad.—Las exenciones de la jurisdicción ordinaria se conocieron en la antigua disciplina de la Iglesia, sin que á nadie se le ocurriera poner en tela de juicio este derecho del Romano Pontífice. Hasta los antiguos patriarcas de Oriente eximían de la jurisdicción ordinaria los nuevos monasterios erigidos en las diócesis, declarándolos sujetos á la jurisdicción patriarcal (5).

El concilio celebrado en Cartago el año 525 concedió también exención de la jurisdicción del obispo al abad de un monasterio, aun cuando se resistía aquél (6).

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2.°, sect. 3.ª, prop. 1.ª

(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles.*, id. ibid.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 92.

(4) BOUIX: *De Papa*, part. 5.ª, pár. 2.°, prerog. 14.

(5) THOMASSÍNO: *Vetus et nova Ecclesiæ disciplina*, part. 1.ª, lib. III, capítulo XXXI, núm. 15.

(6) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 31.

Por último, los concilios generales de Viena, IV y V de Letrán, y el Tridentino (1), trataron de las exenciones, sin que nadie pusiera en duda el derecho del Romano Pontífice á concederlas, ni la conveniencia de estas dentro de ciertos límites y con sujeción á determinadas reglas (2).

Derecho á establecer reservas.—Esta facultad se funda en el mismo principio que la otra sobre las exenciones: los papas han usado discretamente de este derecho (3); y siempre en bien de la Iglesia, reservándose las dispensas sobre irregularidades, impedimentos del matrimonio, dispensa de los votos solemnes y otros casos contenidos en la bula *Apostolicæ Sedis;* así que Pío VI, en su constitución *Auctorem fidei,* condenó las proposiciones 6.ª, 7.ª y 8.ª del sínodo de Pistoya, que niega al Papa este derecho (4).

Puede en este concepto disponer de los bienes eclesiásticos.—Los bienes eclesiásticos están dedicados á Dios en una ú otra forma, y por esta razón el Sumo Pontífice tiene el dominio supremo y eminente en estos bienes para disponer de ellos, según el bien público de la Iglesia lo aconseje.

Como supremo administrador de los mismos, tiene el derecho privativo de enajenarlos en cantidad notable, y de convertirlos en otros usos, pudiendo, en virtud de su autoridad suprema, y segun lo aconsejen las circunstancias y la utilidad de la Iglesia, eximir á los usurpadores de los bienes eclesiásticos de su restitución, ú obligarlos á ella. De todo esto ofrece abundantes ejemplos la historia (5).

Le compete conferir los beneficios.—Como suprema cabeza de la Iglesia tiene plena potestad y derecho de con-

(1) Concil. Trid., sesión 24, cap. XI *de Reformat.*

(2) Soglia: Id. ibid.

(3) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.,* tit. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.°, pár. 1.°, quæst. 2.ª

(4) Bouix: *De Papa,* part. 5.ª, pár. 2.°, prop. 7.ª

(5) Huguenin: Id. ibid.

ferir todos los beneficios eclesiásticos, y por esto dice Clemente III: *Licet ecclesiarum, personatuum, dignitatum, aliorunque beneficiorum ecclesiasticorum plenaria dispositio ad Romanum noscatur Pontificem pertinere, ita quod non solum ipsa, cum vacant, potest de jure conferre, verum etiam jus in ipsis tribuere vacaturis* (1).

Práctica seguida en esta materia.—Sobre el modo y forma seguida por los Sumos Pontífices en el ejercicio de esta potestad, debe tenerse presente (2):

a) La Santa Sede proveyó los beneficios eclesiásticos por medio de las *letras comendaticias*, y si estas no bastaban, dirigían los *mandatos de providendo* (3), en los que mandaban á los *colatores* ordinarios proveerlos en determinadas personas. Si tales letras no eran atendidas, se mandaban las *ejecutivas* (4).

b) Por *colación cumulativa*, es decir, que los papas y obispos de las respectivas diócesis conferían los beneficios, según que unos ú otros tenían primero noticia de la vacante (5).

c) Por *anticipación* ó *prevención*, pero como resultaran muchas controversias acerca de la prioridad y otros inconvenientes, fué abrogado este medio de provisión (6) llamado también *gracias espectativas*, porque se concedían por él los beneficios que primero vacasen.

d) *Reservas*, por las que los Sumos Pontífices se reservaban la provisión de ciertos beneficios (7) con arreglo á las disposiciones citadas en otro lugar (8).

(1) Cap. II, tít. IV, lib. III Sext. Decret.

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.° pár. 1.°, quæst. 2.ª

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 100.

(4) Cap. XXX y XXXVII, tít. III, lib. I Decret.

(5) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles., ibid.*

(6) Concilio Trid., sesión 24, cap. XIX, *de Reformat.*

(7) HUGUENIN: Id. ibid.

(8) PHILLIPS: Id. ibid.

e) *Devolución*, que consiste en la provisión por la Santa Sede de los beneficios, que han dejado de proveerse por los *colatores ordinarios* dentro del término señalado en el derecho (1).

Derecho á percibir tributos.—El clero tiene derecho á percibir de los fieles lo necesario para su sostenimiento, y esto por derecho divino (2), natural y positivo, porque estando exclusivamente dedicados al servicio del altar en provecho de los fieles, justo es que éstos cubran sus necesidades.

El Sumo Pontífice, como pastor universal, que atiende á las necesidades espirituales de los fieles de todo el mundo, debe por la misma razón ser atendido en sus necesidades temporales por aquellos en cuyo beneficio trabaja incesantemente, pudiendo en su consecuencia recibir las limosnas de los fieles, á título de *subvención*, é imponer ciertas cargas sobre los bienes eclesiásticos.

Todos estos subsidios se reducen á los siguientes:

1.º Los tributos que con el título de *denarius S. Petri* pagaban los legos de ciertos paises.

Los censos que muchos príncipes, ciudades y abadías pagaban á la Iglesia romana en calidad de vasallos (3), y por la protección que recibían de la Santa Sede en este concepto.

Estos tributos cayeron en desuso, reapareciendo en la actualidad el dinero de S. Pedro, como medio de atender á las grandes necesidades del Sumo Pontífice, sin que pase de ser esto un acto de piedad por parte de los fieles, puesto que á nadie se exige.

2. Los Sumos Pontífices recibían antiguamente *jure spolii* los bienes eclesiásticos, que dejaban los clérigos á su muerte, á fin de emplearlos en usos piadosos con arreglo á los cánones (4).

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars spcial.*, tít. I, tract. 2.º, disert. 1.ª, cap. I, art. 1.º, pár. 1.º, quæst. 2.ª

(2) *Epist. 1.ª ad Corinth.*, cap. IX.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap, I, pár. 101.

(4) PHILLIPS: Ibid, pár. 100.

3. También percibían *jure deportus* los frutos de los beneficios, miéntras duraba la vacante (1).

4. Recibían *jure annatarum* la mitad de las rentas de un año en los beneficios menores, conferidos por el Papa *extra consistorium*.

5. La Curia Romana recibe aún hoy de algunas iglesias catedrales y abadías consistoriales algunos derechos, que se conocen con el título de *Servitia communia*, y traen su orígen de las oblaciones que los obispos hacían desde muy antiguo á los ministros de su consagración (2).

6. Los oficiales inferiores de la Curia reciben por igual razón algunas obvenciones, que se conocen con el nombre de *servitia minuta* (3).

7. Por último, la Curia Romana y varios empleados reciben también algunos derechos con motivo de la concesión del *palio*, *capelo* cardenalicio y dispensas, conociéndose los derechos de éstas con el nombre de *taxæ dispensationum*.

SECCIÓN 4ª

De la autoridad del Papa en cada una de las diócesis.

§ 1.º

Del derecho á crear diócesis y erigir obispados.

Jurisdicción en cada una de las diócesis.—El Sumo Pontífice tiene por razón del primado el derecho de establecer nuevas diócesis y erigir obispados por medio de la creación de cátedra episcopal y circunscripción del territorio (4).

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, tít. I, tract. 2.º, disert. 1.ª, cap. I, art.º 1.º, pár. 1.º, quæst. 2.ª

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. 1.º, pár. 100.

(3) PHILLIPS: Id. ibid.

(4) BOUIX: *De Papa*, part. 5.ª, pár. 2.º, prop. 11.

Las reglas seguidas por la Iglesia acerca de este punto son las siguientes:

1.° La cátedra episcopal se establece en el lugar más conveniente para regir la nueva diócesis y ésta recibe su nombre del que tiene la población en donde se halla constituida aquella (1).

2.° La jurisdicción del obispo queda limitada por esta designación de territorio, sin que le sea lícito ejercerla fuera de su diócesis.

Esta práctica seguida por la Iglesia, tiene su fundamento en la observada por los Apóstoles en las iglesias que fundaban, poniendo al frente de ellas un obispo para que ejerciera su potestad en los fieles de cierto territorio, como se vé que lo hizo S. Pablo, poniendo á Tito en la isla de Creta, y creando á Timoteo obispo de Efeso (2).

Si el derecho de erigir obispados es meramente eclesiástico.—El derecho de erigir obispados es, sin duda alguna, eclesiástico y exclusivo de la Iglesia, por su naturaleza meramente espiritual, puesto que se trata del régimen espiritual de las almas en la porción de fieles encomendada á cada obispo, y de los límites dentro de los cuales ha de ejercer su potestad para que haya el orden conveniente entre los distintos rectores de las iglesias y se conserve la unidad (3).

Este derecho de la Iglesia corresponde al Sumo Pontífice como primado de ella (4), y en virtud de la plena potestad que tiene para dictar las reglas necesarias y convenientes á la dirección de los fieles.

El papa no ejerció siempre y en todas partes (5) su autoridad en cuanto á este punto, según lo demuestra la historia.

Práctica observada en la iglesia oriental.—En Oriente se erigían las diócesis por los patriarcas y metropolita-

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. II, pár. 24.
(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2.°, sect. 3.ª. prop. 1.ª
(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon*, lib. II. cap. II, pár. 24.
(4) BOUIX: *De Papa.*, part. 5.ª, pár. 2, prop. 12 y 13.
(5) THOMASSINO: *Vet. et nova Eccl. discipl.* part. 1.ª, lib. I, capítulo LIV y sig.

nos, y claro es que ejercían este derecho por concesión expresa ó tácita del Papa; puesto que estos distintos grados en la potestad de jurisdicción de los obispos provienen del Sumo Pontífice, sin que acerca de este punto pueda ofrecerse duda alguna (1).

Práctica seguida en la iglesia occidental.—Los metropolitanos y concilios provinciales erigieron diócesis en el Occidente en los cinco primeros siglos (2), y también los Romanos Pontífices otorgaron esta potestad á los obispos mandados por ellos á los pueblos bárbaros para la predicación de la fé, según consta de muchos monumentos de la antigüedad (3).

Los metropolitanos y concilios provinciales continuaron ejerciendo esta potestad en los siglos siguientes, pero interviniendo la Santa Sede, ya por razón de las misiones para la conversión de infieles ó herejes (4), ya con motivo de la creación de *provincias eclesiásticas*, á las que se agregaban también nuevas diócesis, haciéndose necesaria no pocas veces su intervención para resolver las cuestiones que surgían acerca de los límites de las iglesias, no menos que para la concesión de dispensa de las reglas canónicas en la creación de muchas nuevas iglesias (5).

Derecho vigente.—El papa resumió en sí desde el siglo VIII, el ejercicio de esta potestad inherente al primado (6), sin que por esto dejen de existir algunos hechos particulares en contrario, porque las circunstancias de los tiempos así lo reclamaban, y por esto dice Pio VI en su constitución *Charitas* de 1791: *Hæc potestas, illuc reversa unde discesserat, unica residet apud apostolicam Sedem.*

Esta potestad del Sumo Pontífice para la erección de nuevas diócesis comprende en sí el derecho de unir, dividir y supri-

(1) HUGUENIN: Id. ibid.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.

(3) C. 53, quæst. 1.ª, caus. 16.—C. 11, dist. 11.—C. 4 y 5, dist. 80.—Cap. I, tít. XXXIII, lib. III Decret.

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. II, pár. 24.

(5) THOMASSINO: *Vet. et nova Eccle. discipl.* part. 1.ª, lib. I, cap. LV.

(6) THOMASSINO: Id. ibid., núm. 14.

mir obispados, según la regla del Derecho: *Omnis res, per quascumque causas nascitur, per eas dissolvitur* (1). Las causas canónicas, en cuya virtud se procede á la creación, unión, división y supresión de obispados, se explicarán más adelante en el tratado de beneficios (2).

Autoridad del Papa para crear obispos.—El Papa tiene igualmente el derecho de crear é instituir obispos para el régimen de la Iglesia, sin limitación alguna de tiempo ó lugar (3).

El Concilio de Trento dice á este propósito: *Si quis dixerit episcopos, qui auctoritate Romani Pontificis assumuntur, non esse legitimos et veros episcopos, sed figmentum humanum, anathema sit* (4)—*Si quis diserit... eos, qui nec ab ecclesiastica et canonica potestate ritè ordinati, nec missi sunt, sed aliunde veniunt, legitimos esse verbi, et sacramentorum ministros, anathema sit.*

El primero de dichos cánones sanciona que son verdaderos y legítimos obispos los instituidos por autoridad del Sumo Pontífice, y en el último que no han de ser considerados como legítimos ministros de los sacramentos los que no han sido ordenados, ni tienen misión de la potestad eclesiástica; de manera que es necesaria en los obispos, además de la potestad de orden, la de jurisdicción, y ésta la dá el Romano Pontífice como primado de la Iglesia.

Además, esta potestad se funda en la naturaleza misma (5) de la Iglesia, porque en toda sociedad bien ordenada la potestad de nombrar magistrados pertenece al que se halla al frente de ella, en cuyo caso se encuentra el Papa, y por esto el Concilio de Trento dice: *Nihil magis Ecclesiæ Dei esse ne-*

(1) Cap. I, tít. XLI, lib. V Decret.
(2) THOMASSINO: Id. ibid., cap. LVI y sig.
(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª cap. I, pár. 98.
(4) Sesión 23, cánones 7.º y 8.º
(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. II, pár. 25.

cessarium, quam ut beatissimus Romanus Pontifex... muneris sui officio... bonos maximè, atque idoneos pastores singulis ecclesiis præficiat (1).

Puntos que comprende. — Como consecuencia de la doctrina expuesta, es (2) derecho del Romano Pontífice:

a) Nombrar obispos para las diócesis.

b) Entender en las causas de traslación, renuncia y deposición de los obispos (3).

c) Nombrar obispos titulares y coadjutores de los obispos (4).

§ 2.°

Del derecho á señalar la forma de elección de los papas.

Derecho del Papa para determinar la forma de elección de los Romanos Pontífices. — Jesucristo no determinó la forma de esta elección, puesto que no existe dato alguno en la revelación sobre este punto, y por otra parte, se observa que no siempre se ha procedido de igual modo en esta elección: lo cual no habría podido verificarse, si el divino Fundador de la Iglesia hubiese determinado una forma precisa para este acto (5).

Todos los católicos están conformes en que Jesucristo dejó á su Iglesia la facultad de señalar la forma de elección del Sumo Pontífice, y como ésta recibió del mismo divino Maestro en la persona de Pedro plena potestad de enseñar, apacentar y regir la Iglesia universal según el dogma católico, no cabe duda alguna

(1) Cap. I. *De Reformat.*, sesión 24.
(2) SOGLIA: *Inst. Jur. pub. Eccles.*, lib. II, cap. I, pár. 27 y sig.
(3) *Inst. Jur. Canon*, por R. de M., lib. IV: cap. IV, sect. 3.ª, prop. 1.ª
(4) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid.
(5) BOUIX. *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X.

en que le compete este derecho; así que los Sumos Pontífices han legislado siempre sobre esta materia, y sus disposiciones han sido de tal modo acatadas por los fieles, que se ha considerado como nula toda elección en la que no se han observado las reglas prescritas por aquéllos (1).

Si podrá nombrar sucesor suyo.—Todos convienen, según se deja manifestado, en que el Sumo Pontífice puede señalar la forma de elección de sus sucesores y las personas que han de hacerla; pero no sucede lo mismo respecto al punto de que ahora se trata, acerca del cual se opina con variedad entre los doctores, cuyas opiniones pueden resumirse en las siguientes:

1. Unos dicen que el Papa puede nombrar su sucesor, y que en efecto así se ha verificado algunas veces (2); pero los hechos que se alegan no fueron elecciones, sinó mera designación de los que habrían de elegirse en virtud de los ruegos y súplicas de los electores (3).

2. Otros creen que los Papas no pueden nombrar sus sucesores, por estarles prohibido hasta por derecho divino, puesto que es constante en la Iglesia, desde S. Pedro hasta hoy, la práctica de verificarse este acto por elección.

Por otra parte, resultaría grave daño á la Iglesia de no hacerse de este modo.

3. Suárez cree, que si el Papa tratara de sustituir al modo de elección que se viene observando el nombramiento hecho por él mismo, y esto como medio ordinario de elección, no valdría tal decreto; pero que si lo hiciera, atendida la necesidad de la Iglesia, en un caso raro y urgente, usaría de su legítima potestad.

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. I, art. 1.°, pár. 1.°

(2) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, tom. I, par. 1.ª, sect. 2.ª, artículo 1.°, núm. 72.

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars spscial.* lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.°, pár. 2.°.

El cardenal Petra coincide con esta opinión, y se expresa en estos términos: *In hanc arenam descendendo, doctores tria agmina afformantes acriter inter se pugnant. Quippè nonnulli absolutè loquendo Papam sibi substituere posse successorem docent. Alii absolutè hanc potestatem Summo Pontifice negant. Et tandem aliqui, medium inter hos tenentes, affirmant quod non, nisi urgente necessitate vel utilitate Ecclesiæ, non verò per modum ordinarium, Pontificem successorem præ lecesor statuere possit* (1).

Esta opinión parece la más aceptable.

CAPÍTULO III.

PRERROGATIVAS DEL SUMO PONTÍFICE.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LOS DERECHOS HONORÍFICOS DEL PAPA.

Derechos honoríficos del Romano Pontífice.—Los católicos rinden el debido homenaje al Sumo Pontífice y le tributan los honores correspondientes á su altísima dignidad de cabeza de la Iglesia y vicario de Jesucristo en la tierra. Esto es una consecuencia de los distintos grados jerárquicos que existen entre los hombres, y así como la sociedad humana concede distinciones á las personas beneméritas de la patria; de igual suerte la Iglesia venera de distintos modos y según sus respectivos grados á los legos, clérigos, presbíteros y obispos. Entre éstos descuella la dignidad del primado, y en este concepto (2) se le debe el sumo honor externo que consiste en—ciertos títulos,—insignias —actos (3) reverenciales.

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, prop. 3.ª

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid., pár. 2.º, quæst. 2.ª

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 102.

Estos honores no se tributan al hombre, sinó á la dignidad de que se halla investido.

Sus títulos.—Las distintas denominaciones honoríficas que corresponden al Romano Pontífice son las siguientes:

1. Tiene el título de *Papa*, cuya palabra procede de la griega παπας, expresión de ternura, amor y caridad, equivalente á lo que en castellano se expresa con la palabra padre.

Esta denominación fué común á todos los obispos (1) en los primeros siglos; pero desde el siglo VI quedó reservada, al ménos en Occidente, á la suprema cabeza de la Iglesia (2).

2. Se le dá el nombre de *apostólico*, *apóstol*, *præsul apostolicæ sedis*, cuyos títulos fueron en un principio comunes á todos los obispos, reservándose después al Sumo Pontífice, según se deja dicho respecto á la palabra papa (3).

3. *Sumo Pontífice*, cuya denominación, lo mismo que la de *Pontífice máximo*, proceden del sumo sacerdocio de la antigua ley, á la vez que de la dignidad de vicario de Jesucristo (4)

Se dá también en un sentido lato esta denominación á los obispos.

4. *Vicario de Cristo* (5) ó *de Jesucristo*—*vicario de Dios* (6) —*vicario de Pedro* (7).

5. *Santidad*, ó *santísimo padre*, por la eminencia de la silla apostólica (8).

6. *Beatitud*, en cuanto que es la cabeza de la Iglesia y tiene la asistencia invisible de Jesucristo.

(1) THOMASSINO: *Vet. et nov. Eccles. disciplina*, part. 1.ª, lib. I, cap. IV.

(2) THOMASSINO: Ibid., núm. 10.

(3) THOMASSINO: Id. ibid.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 102.

(5) Cap. II y IV, tít. VII, lib. I Decret.—Cap. III, pár. 4.º, tít. VI, lib. I, sext. Decret.

(6) Cap. III, tít. VII, lib. I Decret.

(7) PHILLIPS: Id. ibid.

(8) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon. pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.º, pár. 2, quæst. 2.

7. *Siervo de los siervos de Dios*, para expresar la humildad que debe existir en los puestos más elevados (1) con arreglo al ejemplo dado por el mismo Jesucristo rey de la gloria (2).

De esta denominación usaron también los obispos de la antigüedad (3) y este título fué adoptado por San Gregorio I, en el siglo VI (4), en contraposición al de patriarca ecuménico, que tomó en aquel tiempo Juan el ayunador, obispo de Constantinopla (5).

Insignias.—Las insignias propias del Sumo Pontífice son las que se expresan á continuación=

Tiara. El Papa, como sumo sacerdote, lleva la mitra en todas las funciones sagradas. En ciertas solemnidades lleva la tiara ó corona, que es la mitra con tres coronas, y se le dá el nombre de *tiara, triregnum, mitra turbinata* (6).

La tiara es símbolo de su triple potestad monárquica de *maestro, legislador y juez* (7).

Parece indudable que Nicolao II llevaba en la mitra dos coronas, por más que se cree que este uso fué introducido por Bonifacio VIII, y es evidente que Clemente V usó de tres coronas, lo cual demuestra que no aparecieron por primera vez en el pontificado de Urbano V, como se cree (8).

Palio. Es de lana y lo usa el Sumo Pontífice en los divinos

(1) MAISTRE: *Del Papa*, lib. I, cap. VI y sig.—BALMES: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tom. I, cap. III nota 6.

(2) MATH: Cap. XX, v. 27 y 28.—LUC., cap. XXII, v. 26 y 27.

(3) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccles. disciplina*, part. 1.ª, lib. I, cap. IV, núm. 4.

(4) WALTER: *Derecho Eccles. univ.* tomo II, lib., III, cap. I, pár. 124.

(5) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. I. párrafo 1.º

(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 102.

(7) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib, V, cap. I, art. 1.º, pár. 3.

(8) WALTER: *Derecho Eccles., univ.*, lib. III, cap. I, pár. 124.

oficios (1), siempre y en todas partes (2); porque significa la plenitud de potestad en el oficio pastoral.

Báculo pastoral. Es recto y termina con una cruz y tres coronas (3); á diferencia del báculo episcopal, cuya forma expresa una autoridad participada (4).

Actos reverenciales.—Se prestan al Sumo Pontífice y van anejos á su dignidad de vicario de Jesucristo los actos de reverencia siguientes:

1. *Preces*, que todos los fieles tienen obigación de hacer por él al Señor (5), y los sacerdotes le encomiendan á Dios en las oraciones de la Misa (6).

2. Se besa por los fieles la cruz, que lleva grabada sobre las sandalias (7), y es una ceremonia de especial reverencia, que entraba antiguamente en los usos bizantinos con respecto á los emperadores y obispos.

Justino y Justiniano fueron los primeros emperadores que se sujetaron á besar el pié al Papa, cuya dignidad ocupaban respectivamente Juan I y Agapito (8).

3. Los emperadores y los príncipes acostumbraron en la antigüedad á tener con la mano el estribo, cuando el Papa montaba á caballo (9).

4. Los emperadores asistían al Papa, cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa.

5. El Sumo Pontífice bendice *Urbi, et orbi* (10).

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, pars. special, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.°, pár. 2.°, quæst. 2.ª

(2) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid.

(3) WALTER: Id. ibid.

(4) PHILLIPS: Id. ibid.

(5) PHILLIPS: Id. ibid.

(6) *Misal Romano.*

(7) HUGUENIN: Id. ibid.

(8) WALTER: *Derecho Ecles. univ.* tomo II, lib. III, cap, I, pár. 134.

(9) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 104.

(10) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I. art.. 1.°, pár. 2.°, quæst 2.ª

Dignidades del Sumo Pontífice.—El Papa tiene, además de la suprema dignidad de primado de la Iglesia, otras dignidades eclesiásticas, y son las siguientes:

Patriarca de Occidente.—Existían desde muy antiguo patriarcas en el Oriente, y la misma naturaleza de las cosas requería que el Sumo Pontífice ejerciera los derechos patriarcales allí donde no existía esta dignidad, como en el Occidente (1).

Primado de Italia, como el primero en dignidad entre los metropolitanos de este país (2).

Metropolitano ó arzobispo de la provincia romana, como el primero entre los obispos del territorio comprendido entre Capua y Pisa (3), perteneciendo á esta provincia romana los obispos exentos y los arzobispos sin sufragáneos (4).

Obispo romano, en cuyo concepto es el obispo de la diócesis de Roma, que rige como los demás obispos las diócesis, que les están encomendadas.

ARTÍCULO II.

DEL PODER TEMPORAL DEL PAPA.

Poder temporal de la Santa Sede.—El poder temporal de la Santa Sede empezó de hecho poco tiempo después de trasladarse la silla imperial á Bizancio. Los pueblos no teniendo otro amparo que el de los papas en las diferentes invasiones de los conquistadores, que sucesivamente fueron ocupando la Italia, como los Hunos, Hérulos, Ostrogodos y Lombardos, imploraban, y no en vano, la protección y defensa del Sumo Pontífice, considerándole desde luego como su legítimo señor y monarca.

(1) PHILLIPS: Id. ibid.

(2) BERARDI, *Commet. in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. I, párrafo 3.º

(3) HUGUENIN: Id. ibid.

(4) PHILLIPS: Id. ibid.

Este poder del pontificado, preparado suavemente por la Divina Providencia, fundado en los beneficios proporcionados á los pueblos (1), y en las donaciones de Pipino, Carlo-Magno, Luís, Lotario, Enrique, Otton y la condesa Matilde (2), hizo á los papas soberanos temporales, sin que reparasen en ello y aún contra su voluntad. Una ley invisible elevaba su silla, y puede decirse que el Vicario de Jesucristo nació soberano, subiendo desde el cadalso de los mártires, sobre un trono, que entonces apenas se percibía.

Títulos en que se funda.—Se deja manifestado el origen del poder temporal de la Santa Sede, y en él se encuentra su legitimidad, como lo demuestran las consideraciones siguientes:

a) Los emperadores dejaron á Italia abandonada á sus propias fuerzas en las diferentes invasiones de los bárbaros, y aquellos pueblos reconocieron en el Papa á su rey. En este concepto pedían su protección y defensa, sometiéndose en absoluto á su autoridad (3).

Esta soberanía trae, pues, su origen de los beneficios proporcionados por los Papas á los pueblos de Italia, y se funda en el consentimiento de estos pueblos, agradecidos á la protección que les dispensaba la Santa Sede (4).

b) Los emperadores reconocieron ya en el siglo VIII esta soberanía temporal, y la aumentaron y extendieron con sus donaciones á la Santa Sede (5).

c) Esta soberanía creció por medio de algunos otros donativos legítimos, y ha sido reconocida constantemente por todas las naciones civilizadas hasta los tiempos presentes.

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. II, pár. 35.

(2) DE MAISTRE: *Del Papa y de la Iglesia Galicana*, tomo I, lib. II, cap. VI.

(3) CRAISON: *Elementa Jur. Canon.*, lib. I, dissert. 2.ª, cáp. I, art. 2.º, párrafo 2.º, núm. 364.

(4) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.º, pár. 2.º, quæst. 2.ª

(5) PHILLIPS: *Comp. Jur Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár 103.

d) Tiene en su favor la posesión quieta y pacífica por espacio de once siglos, á pesar de los cambios de dinastía y de las innumerables convulsiones y trastornos, que han tenido lugar en Europa, durante este largo período de tiempo.

Su conveniencia.—La conveniencia y aun necesidad del poder temporal, ó del *patrimonio de S. Pedro*, con cuyo nombre es conocido el pequeño territorio sujeto á la soberanía del Sumo Pontífice, se comprende con solo considerar:

a) Que es el medio de conservar la libertad é independencia, que necesita el Romano Pontífice para regir la Iglesia, lo cual no podría verificarse hallándose sujeto en concepto de súbdito á un príncipe temporal, aun cuando éste le dejara expedito por completo el ejercicio del poder espiritual; porque siempre resultaría que los demás príncipes cristianos no oirían la voz del Papa con todo el respeto y veneración que se merece, por suponerse la influencia del poder civil en sus actos (1).

b) Que las desavenencias entre los diferentes estados y naciones son, por desgracia, demasiado frecuentes, y esto no podría ménos de influir desfavorablemente y en perjuicio de la religión, si el Papa viviera en alguno de dichos estados, y bajo la dependencia del poder civil, porque cada guerra interrumpiría por lo ménos las comunicaciones, y se mezclarían los asuntos religiosos con los civiles y políticos (2).

c) El Papa teniendo el poder temporal, puede cubrir sus propias necesidades, las de sus auxiliares en el desempeño del cargo espiritual y los gastos de los establecimientos de enseñanza que en todo caso ceden en provecho de toda la Iglesia (3). Ahora que el Sumo Pontífice ha perdido el patrimonio de la Iglesia, se vé lleno de apuros para atender á las más perentorias atenciones.

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 2.º, párrafo 89.

(2) WALTER: *Derecho eccles. univ.*, lib. III, cap. I, pár. 125.

(3) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. III, ibid.

d) Las consideraciones indicadas, y otras muchas que pudieran hacerse, son las que alega Pío IX en sus alocuciones (1).

Necesidad de este poder.—La Iglesia tiene el derecho de ordenar cuanto sea necesario para la consecución de su fin, según su naturaleza y la voluntad de su divino Fundador (2), y como necesita para ello plena libertad, y ésta no puede tenerla en las circunstancias presentes del mundo y de las naciones sin el poder temporal, es evidente la necesidad de este poder del Sumo Pontífice (3).

Los obispos de la mayor parte del orbe católico, reunidos en Roma en 9 de Junio de 1862, declararon: *Civilem Sanctæ Sedis principatum ceu quiddam necessarium ac providente Deo manifeste institutum agnoscimus; nec declarare dubitamus; in præsenti rerum humanarum statu, ipsum hunc principatum civilem pro bono ac libero Ecclesiæ animarumque regimine omnino requiri. Oportebat sane totius Ecclesiæ caput Romanum Pontificem nulli principi esse subjectum, imo nullius subjectum; sed in proprio dominio ac regno sedentem suimet juris esse, et in nobili libertate catholicam fidem tueri ac propugnare.*

Repetidísimas veces se ha manifestado por la Santa Sede la necesidad del poder temporal, y en la alocución consistorial de 12 de Marzo de 1877, se dice sobre esto mismo: «En realidad de verdad, todo lo podemos reducir á esta breve sentencia: la Iglesia de Dios padece violencia y persecución en Italia: el vicario de Cristo ni goza de libertad, ni del uso expedito y pleno de su poder.»

Por último, la Santa Sede ha condenado la proposición 76

(1) *Quibus quantisque* de 20 de Abril de 1849—20 de Junio y 26 de Septiembre de 1859.—Letras apostólicas de 26 de Marzo, y encíclica de 13 de Junio de 1860.

(2) Véase la pastoral de León XIII, siendo obispo de Perugia, acerca del dominio temporal de la Santa Sede. (LA CRUZ: *Revista religiosa*, tom. I de 1878, pág. 627 y sig.)

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, título I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.º, pár. 2.º, quæst. 2.ª

del *Syllabus*, que dice: *Abrogatio civilis imperii, quo Apostolica Sedes potitur, ad Ecclesiæ libertatem felicitatemque vel maxime conduceret.*

No se opone á ningún otro derecho.—El poder temporal de la Santa Sede no se opone á ningun otro derecho, según se ha pretendido probar por los enemigos de la Iglesia, ya suponiendo que los habitantes de los Estados Pontificios se hallaban tiranizados por el despotismo clerical (1); ya alegando que la inmutabilidad del dogma católico y de la moral cristiana impedían introducir en aquellos estados el progreso de la humanidad y los adelantos del siglo, con daño y detrimento de los habitantes de aquel país; ya atribuyendo á aquellos pueblos la resolución inquebrantable de sacudir el yugo á que estaban sujetos, con otras muchas calumnias destituidas hasta de la menor apariencia de verdad.

Sobre los puntos indicados nada debo contestar; porque está en la conciencia de todos lo que se ha hecho para sacar de manos del Papa el Patrimonio de S. Pedro, así como las asonadas promovidas por medios reprobados para justificar la conducta seguida (2).

También se dice que el poder temporal de los papas se opone al derecho natural y divino positivo, en cuanto que repugna que la potestad temporal y espiritual se hallen en una misma persona.

Para contestar á esta afirmación, bastará observar que una y otra potestad emanan de Dios, no pudiendo por lo mismo hallarse en oposición, ni repugnar el que se hallen en una misma persona en el caso de que se trata, puesto que en el antiguo Testamento hubo muchos santos que fueron reyes y pontífices á la vez (3)

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. II, pár. 35.

(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.

(3) HUGUENIN: *Exposit., meth. Jur Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.°, pár. 2.°, quæst. 2.ª

Tampoco los que sostienen la incompatibilidad de uno y otro poder citan texto alguno bíblico (1) en apoyo de lo que se pretende, ni alegan razón alguna sólida que justifique sus apreciaciones; porque cabalmente la razón y la revelación nos dicen lo contrario, según se deja indicado y lo demuestra además el hecho constante de más de diez siglos, en los que se ha creido por la Iglesia en la compatibilidad de uno y otro poder, así que la Santa Sede ha condenado la proposición setenta y cinco del *Syllabus*, que dice: *De temporalis regni cum spirituali compatibilitate disputant inter se christianæ et catholicæ Ecclesiæ filii* (2).

CAPITULO IV.

RITUALIDADES EN LA ELECCIÓN DEL ROMANO PONTÍFICE.

ARTÍCULO PRIMERO

DE LA CESACIÓN EN EL PONTIFICADO.

Cesación en el pontificado por muerte ó renuncia.—Jesucristo, cabeza invisible de la Iglesia y sumo sacerdote, no tiene sucesor, y por esta razón instituyó el primado en Pedro y sus legítimos sucesores, para que como vicarios suyos rigieran la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Los Romanos Pontífices cesan en el pontificado por muerte, que es uno de los modos común y natural, á la vez que necesario, y por el que se pierden todas las dignidades temporales.

Se pierde también la dignidad pontificia por *abdicación* ó *renuncia libre* y *voluntaria* del cargo.

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 103.

(2) *Del Papa y de la Iglesia Galicana*, por el conde José de Maistre, lib. II, capítulos VI y IX.

En otros tiempos se dudó si el Sumo Pontífice podría renunciar, porque no teniendo superior en la tierra en quien hacer la renuncia, no había medio de abdicar su cargo (1).

La facultad del Romano Pontífice para renunciar su cargo es doctrina corriente, y nadie puede abrigar duda alguna sobre este punto, por la regla general de que cada uno puede renunciar su derecho (2), y porque así lo declaró S. Celestino V confirmándolo con su ejemplo, puesto que renunció el pontificado.

Bonifacio VIII confirmó de nuevo la declaración de S. Celestino para que nadie dudase sobre este punto (3).

Si el Papa podrá ser depuesto en caso de herejía ó malas costumbres.—Mucho se cuestiona entre los doctores sobre la posibilidad de que el Papa, como persona particular, pueda hacerse reo de un enorme crimen, por el que deba ser depuesto del pontificado. A fin de que se tenga una idea clara y precisa acerca de estos puntos, expondré separadamente y en breves términos lo relativo á cada uno de ellos.

Herejía.—El Sumo Pontífice no puede definir como dogma de fé una doctrina errónea, porque desempeñando el cargo de pastor de la Iglesia, ó sea cuando habla *ex Cathedra*, es infalible, según se deja manifestado en este título.

Se trata aquí del caso, en que el Papa, como doctor particular creyese ó defendiera alguna cosa ó doctrina contraria á la fé (4).

Muchos doctores sostienen que no puede llegar este caso, y se fundan en las palabras de Jesucristo: *Ego rogavi pro te*, etcétera.—*Tu es Petrus*, etc. (5).

(1) *Ins. Jur. Canon.* por R. de M, lib. V, cap. I, art. 3.°

(2) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon, pars special.*, lib. I, título I, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 1.°, pár. 2.°, quæst. 3.ª

(3) Cap. I, tít. VII, lib. I, *sext. Decret.*

(4) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª, cap. III.

(5) BOUIX: *De Papa*, ibid., pár. 1.°

Los defensores de esta opinión alegan también en su apoyo el hecho constante de diez y ocho siglos, en cuyo largo espacio de tiempo no se ha verificado un solo caso de esta naturaleza en los papas que han ocupado la silla pontificia; lo cual es aun más admirable, si se tiene en cuenta que las antiguas sillas de Alejandría, Antioquía, Constantinopla y otras muchísimas fueron ocupadas por obispos herejes (1).

Otros opinan que el Papa, como doctor particular, puede hacerse hereje, en cuyo caso los defensores de esta opinión se dividen entre sí, sosteniendo unos, que por el mero hecho de hacerse hereje queda depuesto del pontificado por derecho divino; y que la Iglesia habrá de sancionar esta deposición (2).

Otros creen, que no puede considerársele privado de su dignidad, sinó mediante sentencia legítima de la Iglesia (3).

Debe advertirse, que aun en este caso es muy probable la opinión de los que afirman, que el Papa no está sometido á la jurisdicción de un concilio general (4).

Malas costumbres.—Se trata aquí de un Papa legítimo y que no es hereje; pero que tiene no pocos defectos en sus costumbres privadas. El Papa en este caso no puede ser depuesto del pontificado, porque él es la cabeza suprema de la Iglesia con plena autoridad para regirla y gobernarla. Estas prerrogativas concedidas al mismo por Jesucristo constituyen la esencia del pontificado, y si por la causa indicada quedase sujeto á los miembros de la Iglesia, resultaría que no existían en él las expresadas prerrogativas, ni podría decirse con propiedad que es el vicario de Jesucristo.

Era un axioma común, antes del funesto cisma del siglo XIV felizmente extinguido en el Concilio de Constanza, aquel dicho: *Prima sedes non judicatur à quoquam;* así que Enodio

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. I, art. 3.º
(2) BOUIX: *De Papa,* part. 3.ª, sect. 4.ª, cap. III.
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid.
(4) BOUIX: *De Papa,* ibid., párs. 1.º y 2.º

en la apología del papa S. Símaco dice: *Aliorum forte hominum causas Deus voluerit per homines terminare; sedis istius præsulem suo sine quæstione reservavit arbitrio* (1).

S. Ibón, obispo de Chartres, hablando de los Romanos Pontífices se expresa en estos términos; *Nec nostro, nec ullius hominum probantur subjacere judicio;* lo cual tenía como inconcuso el príncipe Felipe, competidor de Otón á la corona imperial, como lo demuestran las siguientes palabras de su carta á Inocencio III: *Ab homine non estis judicandus, sed judicium vestrum soli Deo reservatur* (2).

Por otra parte, las costumbres privadas del Papa no afectan tan directamente á la Iglesia, que puedan ser causa de la ruina de ella; puesto que todos los fieles conocen aquellas palabras de Jesucristo: *Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis, servate et facite: secundum opera vero eorum nolite facere* (3).

Si podrá deponérsele por simoniaco.—Si el Papa vendiese las cosas sagradas y divinas, disipara los bienes de la Iglesia y produjese grandes daños á la sociedad cristiana por estos y otros crímenes, creen algunos que puede ser depuesto del pontificado; pero parece indudable lo contrario, por las razones alegadas en el caso anterior, y por esto el mismo S. Ibón de Chartres decía de Pascual II: *Admonendus mihi videtur Papa, ut se judicet, aut factum suum retractet. Si autem in hoc languore insanabiliter ægrotaverit, non est nostrum judicare de Summo Pontifice* (4), y asi lo declaró en términos absolutos Bonifacio VIII en su bula *Unam sanctam* (5).

Si el Papa incierto ó dudoso podrá ser depuesto. —El cisma proveniente de que dos ó más se considerasen como

(1) Bouix: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª, cap. II, prop. 2.ª
(2) Bouix: *De Papa*, ibid.
(3) Matth, cap. 23, vv. 2.º y 3.ª
(4) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. I, art. 3.º
(5) Cap. I, tít. VIII, lib. I, *Extravag. comm.*

legítimos Papas, y fraccionen en su consecuencia la Iglesia en varias partes ó partidos, puede ser de dos especies.

1.ª Si, mediante un concienzudo examen, se descubre quién de ellos ha sido elegido legítimamente.

2.ª Si, después de este examen, queda oscuro é incierto quién de los contendientes fué elegido canónicamente.

Han ocurrido en la Iglesia cismas de la primera especie, y en estos casos los obispos han examinado las circunstancias de la elección, mediante lo cual, han reconocido como legítimo Papa al elegido con arreglo á las disposiciones canónicas, rechazando como intrusos á los demás (1).

Respecto al caso de la segunda especie, sólo ha existido un cisma que el Concilio de Pisa resolvió deponiendo á los contrincantes, de lo cual resultó un tercero en discordia.

Se cuestiona mucho sobre si en este caso oscuro en que existe un Papa legítimo entre los varios que se disputan el pontificado, pero que no puede descubrirse quién de ellos es el verdadero Papa, podrá ser depuesto por el concilio general.

Muchos creen que el concilio general ejerce en este caso jurisdicción aún en el legítimo Papa, porque no queda otro medio á la Iglesia para salir de semejante conflicto, toda vez que no puede descubrirse quién de los contendientes sea el Papa legítimo, y entónces tiene aplicación el adagio: *Papa dubius, Papa nullus.*

Otros niegan la exactitud del citado adagio, porque, á su juicio, no puede suponerse que la Iglesia careciese de pastor supremo por más de treinta años que duró el cisma, ó sea desde Urbano VI hasta Martino V (2).

En el supuesto de que esta última opinión fuese más probable que la primera, queda la duda de sí, en este caso, el Papa legítimo podrá ser depuesto por un concilio general, porque los hechos del Concilio de Pisa y Constanza no son decisivos; pues-

(1) BOUIX: *De Papa*, part. 3.ª, sect. 4.ª, cap. IV.

(2) BOUIX: *De Papa*, ibid.

to que el primero no se declaró con jurisdicción para deponer al Papa legítimo, sinó que manifestó hallarse los contendientes depuestos por el crimen de cisma y herejía (1), y respecto al Concilio de Constanza, dicen que dos de los contendientes abdicaron, y en cuanto á Pedro de Luna, quedó desde entónces claro y manifiesto que no era Papa legítimo, en cuanto que se halló aislado de toda la Iglesia, sin que nadie le reconociera como soberano Pontífice (2).

ARTÍCULO II.

DE LA ELECCIÓN DEL PAPA.

Elección de papa por el presbiterio romano.—La elección del Romano Pontífice se hizo en los primeros tiempos de la Iglesia por los presbíteros y diáconos de la ciudad de Roma (3): á la manera que el presbiterio de las distintas diócesis nombraba sucesor á los obispos difuntos (4).

Intervención del pueblo romano y de los emperadores en este acto.—Desde el papa S. Silvestre, en cuyo tiempo se dió la paz á la Iglesia, intervino el clero y pueblo romano, no en cuanto á la elección misma, sinó para dar testimonio de la vida y costumbres de los candidatos (5).

Los emperadores y reyes tuvieron cierta intervención en la elección de Papa, desde el siglo V hasta el undécimo, sin que en un principio tuviera otro objeto, que impedir los tumultos promovidos con este motivo (6), y de ello tenemos una prueba en el emperador Valentiniano con respecto al cisma de

(1) BOUIX: *De Papa*, part 3.ª sect. 4.ª, cap. IV, pár. 3.°
(2) BOUIX: *De Papa*, ibid., pár. 4.°
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, párrafo 2.°
(4) BERARDI: *Comment. in Jus. Eccles. univ.* tom. I., dissert. 2.ª cap. V.
(5) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid.
(6) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. 1, art. 1.°, párrafo 1.°

Ursicino, siguiendo igual conducta el emperador Honorio en el cisma de Eulalio.

Cuando el presbiterio romano aceptó la intervención de los emperadores, ésta era á todas luces legítima, y de esta clase de intervención nos ofrece muchos ejemplos la historia (1): pero también la historia nos ofrece no pocos ejemplos, en que esta intervención del poder civil fué una verdadera violencia, en cuyo caso no hay duda alguna de su ilicitud, ni de la nulidad de sus actos (2).

Reserva de esta elección á los cardenales. — Esta intervención del poder civil, lo mismo que la del clero y pueblo romano, produjo no pocos inconvenientes para la paz y libertad en las elecciones de los Papas: así que Nicolao II, haciéndose cargo de estos males, dispuso en un concilio romano, celebrado en 1059, que los cardenales obispos hicieran la elección de Papa, dando cuenta del sujeto nombrado á los cardenales clérigos, al clero y pueblo, para su consentimiento (3).

El expresado Papa prevée el caso de que personas turbulentas impidan llevar á efecto la elección, y autoriza á los electores para que, acompañados de clérigos piadosos y legos religiosos, aunque sean muy pocos, hagan la elección, teniéndose por legítimo Papa al elegido de este modo (4).

Disposiciones de Alejandro III sobre este punto. —El papa Alejandro III viendo que los males no habían aún cesado con lo ordenado por Nicolao II, (5), dispuso el año 1179, en el Concilio III de Letrán, que la elección de Sumo Pontífice se hiciera en lo sucesivo únicamente por el colegio de cardenales, y que sólo se considerase como Papa legítimo al que reuniera en su favor las dos terceras partes de votos (6).

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, parrafo 2.º
(3) C. I, distinct. 23.
(4) C. IX, distinct. 79.
(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., Ibid.
(6) Cap. VI, tít. VI, lib. I *Decret.*

Su conveniencia.—Lo determinado por Alejandro III en el citado Concilio de Letrán, excluyendo al clero, pueblo, y á los poderes civiles de la elección del Papa, dejando el ejercicio de este acto á sólo los cardenales de la santa Iglesia romana, fué muy conveniente, porque nadie como ellos puede conocer las cualidades necesarias en la persona que haya de elegirse, en el mero hecho de ser su senado y consejo permanente.

Además, esta disposición guarda cierta semejanza con las eglas generales observadas en la elección de obispos, y por otra parte, la experiencia ha demostrado que es el mejor medio para evitar los tumultos y cismas en la Iglesia (1); así que sigue observándose en la actualidad, y es muy probable que dure hasta el fin del mundo (2).

Si les pertenece por derecho divino ó apostólico.—Jesucristo no indicó las personas que habrían de elegir á los sucesores de Pedro en el primado de su Iglesia, puesto que las Sagradas Escrituras nada dicen acerca de este punto, sobre el cual no consta tampoco cosa alguna en la tradición divina.

Por otra parte, se deja consignado que la disciplina de la Iglesia ha sido varia sobre esta materia, lo cual no habría sucedido, si el divino Maestro hubiera legislado acerca de ella (3).

Es indudable que la intervención de los cardenales como parte principal en dicha elección, puede considerarse como de tradición apostólica, puesto que el clero romano, ó lo que es lo mismo, los presbíteros y diáconos de la Iglesia romana, hacían desde la edad apostólica la elección de Sumo Pontífice (4), sin que pueda citarse hecho alguno cierto en contrario, toda vez que

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. I, pár. 2.º

(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 2.º

(3) BUOIX: *De Curia Romana*, ibid., pár. 1.º

(4) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, tomo I, part 1.ª, sect. 2.ª, art. 1.º, núm. 72.

está destituido de fundamento, lo que se dice del nombramiento de S. Clemente por S. Pedro (1), en cuanto que se apoya en las palabras del papa Juan III, que son apócrifas (2).

Los cardenales son los sucesores del antiguo presbiterio romano en el ejercicio de este derecho, que por lo tanto procede de institución apostólica (3).

Circunstancias en los electores.—Todos los cardenales tienen derecho á tomar parte en la elección de Sumo Pontífice, sin que ninguno de ellos pueda ser excluido, bajo el pretexto (4) de no haber recibido las insignias cardenalicias, ó de hallarse excomulgado, suspenso ó entredicho, según se estableció por Clemente V en el Concilio de Viena, á fin de evitar discordias y todo motivo de cisma (5).

La única excepción acerca de este punto recae sobre los cardenales que no han recibido el sagrado orden del diaconado: estos no pueden tomar parte en la elección de Papa, á menos que hayan obtenido al efecto privilegio pontificio (6). Por último, los cardenales no tienen derecho para delegar en otros las facultades, de que están investidos con respecto á la elección del Sumo Pontífice (7), á pesar de lo que se dice en contrario (8).

Conveniencia de que el nombrado sea cardenal.—La elección del Sumo Pontífice recae de ordinario en un cardenal de la Iglesia romana, y es conveniente que así se verifique, porque muchos individuos del Sacro Colegio se hallan adornados de cualidades especiales para este cargo, y por esto Nicolao II dispuso en el Concilio Lateranense, que se elija un

(1) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, disert. 2.ª, cap. V.
(2) C. 1, quæst. 1.ª, causa 8.ª
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 2.º, quæst. 6.ª
(4) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. I, art. 1.º, pár. 1.º
(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. X, pár. 95.
(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. II, pár. 107.
(7) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. V, sect. 1.ª, pár. 3.º
(8) WALTER: *Derecho eccles. univ.* lib. V, cap. IV, pár. 223.

individuo de la misma iglesia romana, si lo hubiere idóneo, y en otro caso que se nombre de otra iglesia (1).

Cualidades en el sujeto para ser elegido.—Para la validez de la elección basta que el sujeto en quien recaiga, no sea inhábil por derecho natural ó divino positivo (2).

Las disposiciones canónicas que de contrario se citan (3) son de autoridad dudosa, y aún cuando se consideren como legítimas, siempre resultará que fueron abrogadas por costumbre contraria (4); puesto que muchos han ascendido al pontificado sin ser cardenales, como Eugenio III, Gregorio X y Celestino V.

Todos los canonistas convienen en que un lego puede ser elegido Sumo Pontífice, y de ello tenemos un ejemplo en Juan XIX ó XX, que sucedió en el pontificado á Benedicto VIII siendo aún lego (5).

La elección del Sumo Pontífice puede recaer en un casado, puesto que este estado no es impedimento al efecto (6).

No es necesario determinada edad en la persona que haya de ser elegida, bastando para la validez de la elección que ésta recaiga en persona que tenga uso de razón; así que Juan XII y Benedicto IX ascendieron al pontificado, cuando el primero aún no habia llegado á la pubertad y el segundo apénas contaba veinte años (7).

Personas que están excluidas.—De la doctrina que se deja consignada resulta: que á fin de evitar cismas y perturbaciones en la Iglesia se halla dispuesto sábiamente, que pueda recaer la elección de Sumo Pontífice en toda clase de sujetos ménos en aquellos que haya un impedimento de derecho natural

(1) C. I, distinct. 23.
(2) Cap. VI, tít. VI, lib. I, Decret.
(3) C. III, IV y V, distinct. 79.
(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. X, pár. 96.
(5) VECCHIOTTI: *Inst. Canon*, ibid.
(6) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, par. 4.º, núm. 16.
(7) VECCHOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.

y divino positivo, como son: la herejía, infancia, demencia, infidelidad, sexo femenino, miedo grave injusto (1), crimen de simonía, según decretó Julio II en su constitución *Cum tam divino* (2).

Derecho de exclusiva.—Se entiende por derecho de exclusiva, *cierta práctica de los gobiernos de España, Francia y Austria para impedir que un determinado cardenal sea elegido Papa.*

A este efecto cada uno de los expresados gobiernos hace presente á uno de los cardenales del cónclave, que excluye de ser electo á un cardenal determinado (3).

Algunos escritores han tratado de erigir en *un derecho*, ó á lo ménos en *privilegio*, esta práctica, introducida de dos siglos atrás; pero no puede considerarse como un derecho de dichos gobiernos, porque los legos no tienen facultad para legislar en materias eclesiásticas; ni tampoco como privilegio concedido por la Santa Sede, en cuanto que no existe documento alguno que lo acredite.

La exclusiva es meramente una repetición de hechos y una tolerancia de parte de la Iglesia, que puede desatender desde luego (4) y hoy con mayor razón que nunca.

Ritualidades que preceden á la elección de Papa.—Todo lo relativo á esta materia se encuentra en el ceremonial romano, publicado por mandato de Gregorio XV (5), y en él se hallan las constituciones relativas á esta materia, de los papas Gregorio X, Clemente V, VI y VII; Julio II, Paulo IV, Pio IV, y Gregorio XV, habiéndose agregado después á dicho ceremonial las constituciones, referentes al mismo punto, de Urbano VIII é Inocencio XII (6) y Clemente XII (7).

(1) VECCHOTTI: *Inst. Canon.*, ibid.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect 1.ª, cap. I, pár. 107.
(3) BOUIX: *De Papa*, part. 7.ª
(4) BOUIX: *De Papa*, ibid.
(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.º
(6) VERARDI: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tom. 1, dissert 2.ª, cap. V.
(7) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 106.

Todas las ritualidades que preceden á la elección pueden resumirse en lo siguiente:

1. En cuanto muere el Papa, salen del Vaticano los oficiales, á excepción del cardenal Camarlengo, cuyo cargo no termina por la muerte del Pontífice. Los Secretarios entregan á dicho cardenal los sellos y el anillo del pescador, los cuales se inutilizan (1) debiendo advertirse:

a) No se cita á los cardenales ausentes, y únicamente se les dá noticia de la muerte del Papa por el secretario del Sacro Colegio (2).

b) Se les espera por espacio de diez dias y no más (3), para que se presenten, si quieren, á tomar parte en la elección; pero si los cardenales presentes la hicieran ántes del décimo dia, ó esperasen más del decenio, sería válida aquélla (4).

c) Durante los indicados dias se celebran los funerales y exequias del Papa difunto (5).

d) Gregorio X estableció en el Concilio II Lugdunense, que se erigiera el *cónclave* en el punto en que hubiera de procederse á la elección de Papa, á fin de que ésta se verifique á la brevedad posible (6).

2. Si el Papa falleciera fuera de la ciudad de Roma, el cónclave tendrá lugar en el punto del fallecimiento, á ménos que se hallare en abierta rebelion contra la Iglesia romana (7).

Los Sumos Pontífices, previendo este caso, suelen disponer, que si mueren fuera de Roma, la elección del sucesor se haga en dicha ciudad (8).

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.º
(2) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.
(3) Cap. III, tit. VI, lib. I, *sext. Decret.*
(4) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.
(5) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.
(6) Cap. III, tít. VI, lib. I, *sext. Decret.*
(7) Párrafo 2.º, del cap. III, tít. VI, lib. I, *sext. Decret.*
(8) Bouix: Id. ibid.

3. Durante los diez dias se prepara el *cónclave* en el Palacio Apostólico, ó en otro edificio, en la forma siguiente:

a) Cada cardenal ha de tener allí su habitación separada, debiendo haber una sala destinada al escrutinio y una capilla para los conclavistas sacerdotes. Esto constituye la parte cerrada del *cónclave*.

b) La parte abierta comprende los departamentos destinados á los oficiales, prelados y secretarios.

c) Una sola puerta queda sin tapiar, á fin de que puedan entrar los cardenales que lleguen después de la apertura, y salir los que tuvieron precisión de hacerlo.

4. Pasados los diez dias, los cardenales se reunen en la Basílica de S. Pedro, y se celebra la misa *de Spiritu Sancto*. Terminada ésta, se dirigen al cónclave cantando el himno *Veni Creator*, y en la capilla del cónclave el cardenal decano del Sacro Colegio lee la oración *Deus qui corda*, etc. (1).

Se leen las constituciones pontificias relativas á la elección de Sumo Pontífice, y los cardenales prometen bajo juramento cumplir lo que en ellas se ordena (2).

5. Los que han entrado en el cónclave no pueden salir hasta que se haya verificado la elección.

El cardenal que haya salido sin causa, no puede volver á entrar; pero el que haya salido por enfermedad, lo mismo que los ausentes de Roma que se presenten, pueden ser admitidos, si aún no se ha hecho la elección (3).

6. La puerta del cónclave de los cardenales se cierra con cuatro llaves: dos al interior, de que se hace cargo el maestro de Ceremonias, y dos al exterior, que guarda el mariscal del cónclave. En este no quedan sinó los cardenales, sus conclavistas, el prelado sacristán, los maestros de ceremonias, el secretario del Sacro Colegio, que es también secretario del cónclave,

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.°

(2) Bouix: Id. ibid.

(3) Cap. III, párrafo 1.°, tit. VI, lib. I. *sext. Decret.*

el prelado sub-sacristán, el confesor del cónclave, los guardias nobles, los médicos, cirujanos, farmacéuticos, barberos, criados y otros dependientes que se designan, pudiendo cada uno de los cardenales llevar uno ó dos familiares (1).

7. El cónclave no tiene más comunicación posible con el exterior que por medio de tornos, semejantes á los que existen en los conventos de monjas, los cuales se establecen en tres partes distintas.

Uno de ellos, llamado torno de honor, se reserva á los cardenales.

El segundo se destina al servicio general.

El tercero es únicamente para el servicio del secretario del cónclave.

La comida se les sirve por el torno, tomándose por los guardias las convenientes precauciones para evitar que se les introduzca á la vez alguna carta, ó se den instrucciones ó noticias á alguno de los cardenales. La Cámara Apostólica sufraga todos los gastos (2).

8. La guardia exterior de los tornos está confiada á los patriarcas, arzobispos y obispos asistentes al trono, auditores de la Rota, y otros prelados, que desempeñan por turno este cargo.

Nadie puede ser admitido á los tornos sin presentar una papeleta de los cardenales, ó una medalla del Camarlengo, mayordomo general del cónclave, conservadores, gobernador de Roma, auditor general de la Cámara ó tesorero general.

9. Ninguno de los cardenales puede dirigir cartas ni mandar recado alguno, así como tampoco recibirlas, ni oir á ninguno de fuera que desee hablar secretamente, á no mediar el consentimiento de todos los cardenales (3).

Los cartas que se reciben, y las que se remiten, son abiertas, leidas y cerradas por los prelados guardianes.

(1) Cap. III, pár. 1.º, tít. 6.º, lib, I. *sext. Decret.*

(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.º

(3) Véase sobre todo esto el cap. III, tít. VI, lib. I *sext. Decret.*—Cap. II, tít. III, lib. I *Clementin.*

Ningún cardenal puede enviar despacho alguno secreto más que por medio del secretario del cónclave.

En todos los diálogos entre los individuos del cónclave y los que vienen á visitarlos, se debe hablar en alta voz.

10. Si los cardenales no hacen la elección en los tres primeros dias, se les suministra tan solo un manjar á la comida y cena en los cinco dias siguientes.

Si aún no han hecho la elección en este tiempo, solo se les sirve pan, vino y agua, hasta que hayan hecho la elección (1).

Esta disposición, tomada por Gregorio X, se modificó algún tanto por Clemente XI y Pío IV; de manera, que aun cuando hayan trascurrido los dos términos indicados, se les sirve un plato (2).

Distintas formas de elección.—La elección puede verificarse de diferentes modos, que son los siguientes: *Inspiración divina—compromiso—escrutinio—y escrutinio cum accessu* (3).

Elección por inspiración divina.—Se entiende que se hace por inspiración, cuando todos los electores, sin ponerse de acuerdo, convienen instintivamente, y como inspirados por el Señor, en que sea elegido Papa una persona de quien no se había tratado ni aun pensado.

De manera que es de necesidad para la validez en este modo de elección

a) Que se haga hallándose los cardenales en el cónclave é incomunicados.

b) Que todos, sin excepción alguna, estén conformes, no habiendo precedido deliberación ni discusión sobre la persona elegida.

c) Que todos unánimemente expresen en términos claros de viva voz, ó por escrito, que eligen á N. (4).

(1) Cap. III, párrafo 1.º, tít. VI, lib. I *sext. Decret.*

(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.º, núm. 22.

(3) Phillips: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 107.

(4) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. X, pár. 95.

Elección por compromiso.—La elección se hace por compromiso, cuando los cardenales, de mútuo acuerdo, encargan á uno ó muchos la elección, en cuyo caso se tiene por legítimo Papa al elegido por los compromisarios (1).

Este modo de eleccion es muy poco usado, y ménos aun el de inspiración, siendo el ordinario y común el de elección por solo escrutinio, ó por escrutinio *cum accessu* (2).

Elección por escrutinio.—El modo de elección por escrutinio fué prescrito y determinado por Gregorio XV en el ceremonial publicado de orden suya (3). Consiste en hacer el nombramiento por votación secreta de los electores.

A este efecto se entregan á cada uno de los cardenales unas papeletas dispuestas de cierto modo, y cada elector escribe en dichas cédulas su nombre y el de aquél á quien elige para Pontífice, con esta fórmula: *Ego... cardinalis... eligo in Summum Pontificem reverendissimum Dominum meum...*

Solemnidades, que se observan en la votación.—Acto seguido se procede á la votación, empezando por el decano del Sacro Colegio, y éste tomando la cédula se dirige al altar, ante el cual se arrodilla teniendo la cédula levantada; presta juramento en alta voz con estas palabras: *Testor Christum Dominum, qui me judicaturus est, me eligere quem secundum Deum judico eligi debere.* Seguidamente coloca la cédula sobre una gran patena, y tomando ésta en la mano, hace descender aquélla al fondo de un gran cáliz, de oro ó dorado.

Los demás cardenales votan en igual forma.

Los votos de los cardenales enfermos se recogen en una urna de madera, y los escrutadores los sacan de aquélla para colocar sucesivamente las papeletas en la patena y cáliz.

Modo de hacerse el escrutinio.—Cuando ha terminado la votación, el primero de los tres escrutadores nombra-

(1) DEVOTI: *Inst. Canon.*, lib. I, tít. V, párrafos 4.° y 20.
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid., núm. 19.
(3) BOUIX: Id. ibid., num. 20.

dos por suerte, revuelve y mueve el cáliz, y el último de los escrutadores cuenta las papeletas, colocándolas una á una en un gran copón de oro ó dorado. Si no ha resultado defecto alguno en la votación, el primer escrutador toma una cédula, la lee entregándola al segundo, y éste después de hacer lo mismo, la entrega al tercero de los escrutadores, el cual lee en alta voz el nombre que en ella está escrito. Esto mismo se va repitiendo con todas las demás papeletas, y los cardenales toman nota en una lista impresa que cada uno tiene al efecto.

El último de los escrutadores procede en seguida á unirlas por medio de una hebra de seda, y si resulta á favor de alguno la mayoría de votos necesaria, se nombran por suerte tres revisores (recognitores) para confrontar nuevamente las cédulas y enterarse de su validez.

Si ninguno (1) ha reunido las dos terceras partes, es nula la elección, debiendo en su consecuencia repetirse el escrutinio dos veces cada día hasta que se verifique aquélla; y todos los cardenales que se hallan en el cónclave tienen obligación de concurrir á este acto, á ménos que estén enfermos, en cuyo caso los escrutadores recogen sus votos (2).

Cuando uno reune precisamente las dos terceras partes sin un voto más, entónces se abre su cédula ó papeleta en aquélla parte en que se consigna el nombre del elector, y si aparece que ha dado el voto á su favor, también es nula la elección, porque el voto suyo es nulo, y falta por lo tanto un voto para reunir en sí las dos terceras partes; pero en el caso de que reuna las dos terceras partes y no se haya votado á sí mismo, la elección es válida (3)

Modo de elección por escrutinio cum accessu.— Cuando ninguno obtiene las dos terceras partes de votos, los cardenales pueden acudir después de cada uno de los escruti-

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M, lib. V, art. 1.º, pár. 1.ª
(2) VECCHIOTTI: *Inst. Canon;* lib. II. cap. X, pár. 95.
(3) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, art 1.º pár. 1.º

nios, al modo de elección *per scrutinium cum accessu;* y en este caso cada uno de los cardenales escribe en otra cédula el nombre de aquél á quien agrega su voto con esta fórmula: *Ego... cardinalis... accedo reverendissimo Domino meo...*

Los escrutadores examinan estas cédulas en la forma indicada al hablar del escrutinio (1), y ven si concuerdan en cuanto al sello y signos puestos en ellas con las del escrutinio. Si la cédula de *acceso* no tiene otra correspondiente con alguna de las del escrutinio, se tiene por nula y de ningún valor. Cuando existe conformidad, se anuncia por dichos escrutadores el nombre del electo en una y otra cédula (2), y si una y otra dan su voto al mismo candidato, también es nula la cédula de *acceso,* siendo válida cuando recae en sujeto distinto.

Cosas prohibidas á los electores.—Los cardenales no pueden celebrar pactos ó convenios, ni hacer promesas sobre las personas á quienes hayan de conceder ó negar su voto, no comprendiéndose en esta prohibición los compromisos ó exhortaciones generales acerca de la elección de un sujeto digno.

Finalmente, la elección simoniaca es nula, y no puede llegar nunca á ser válida, aún cuando el sujeto elegido por este medio reprobado haya sido coronado, y se le haya prestado juramento de fidelidad y obediencia. Los cardenales que mediante simonía hubieren dado su voto, son privados de la dignidad, beneficios y de todos los privilegios, pasando la facultad de elegir Sumo Pontífice á los cardenales que no incurrieron en este delito (3).

Actos que siguen á la votación.—Terminada la votación y el reconocimiento de los votos en la forma indicada, se queman las papeletas, sea cual fuere el resultado, pero con esta diferencia: si no ha habido elección, se queman las papeletas con paja húmeda en una chimenea, cuyo cañón dá á la plaza, en

(1) BOUIX: *De Curia Romana,* part. 1.ª, cap. X, pár. 4.º, núm. 20.
(2) *Inst. Jur. Canon.,* por R. de M., ibid.
(3) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.,* lib. II, cap. X, pár. 95.

donde espera el pueblo y éste conoce por el humo negro que sale de aquélla, no haberse aún hecho el nombramiento de Papa. Cuando ha resultado elección, se queman solamente las papeletas después de haber aceptado el elegido, y el humo es más claro; lo cual sirve de regla al pueblo romano para saber inmediatamente el resultado de los escrutinios.

Efectos de la elección.—Cuando un sujeto que tiene las circunstancias necesarias para ser Sumo Pontífice, ha reunido por lo ménos las dos terceras partes de votos en la forma expresada, entónces la elección queda terminada; y en su consecuencia el último cardenal diácono toca la campanilla para que se presenten el secretario, el sacristan y los dos primeros maestros de ceremonias.

El camarlengo, acompañado de los jefes de los tres órdenes de cardenales, se dirige al electo y le pregunta: *¿Acceptasne electionem in summum pontificem?* Si la contestación es afirmativa, se quitan todos los doseles elevados sobre los asientos de los cardenales, á excepción del correspondiente al elegido.

Acto seguido, el decano del Sacro Colegio le hace esta pregunta *¿Quomodo vis vocari?* Después de obtenida su contestación, se levanta la correspondiente acta de aceptación del sumo pontificado por un proto-notario apostólico, que la firma con el secretario del Sacro Colegio y el segundo maestro de ceremonias, como testigos (1).

El nombrado no necesita confirmación de nadie, porque no tiene superior en la tierra, y por lo mismo desde el momento de su aceptación queda constituido en vicario de Jesucristo, obteniendo de Dios la plenitud de potestad, así que, verificado lo dicho y acompañado de los dos primeros cardenales diáconos, se dirige al altar y allí ora arrodillado, yendo después á la sacristía, en donde se reviste los hábitos pontificios, ó sea sotana y medias blancas, zapatos rojos, con la cruz, roquete, muceta,

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. II, cap. X, pár. 95.

estola y solideo blancos. Vuelve al altar, y por primera vez da la bendición apostólica, sentándose en seguida en el trono (sede gestatoria) colocado cerca del altar. Recibe allí la primera adoración de los cardenales, que de rodillas le besan el pié y la mano, dándole enseguida el doble abrazo.

El primero de los cardenales diáconos, después de haber prestado obediencia, va, precedido de un maestro de ceremonias que lleva la cruz papal, al balcón que da á la plaza, desde el cual se dirige al pueblo con estas palabras: *Annuntio vobis gaudium magnum: habemus papam eminentissimum et reverendissimum dominum... qui sibi nomen imposuit...*

El cardenal camarlengo pone al Papa en el dedo el anillo del pescador, y acto seguido, el mayordomo y mariscal del cónclave, los conclavistas y prelados que han custodiado los tornos, la nobleza romana, el cuerpo diplomático y los simples fieles son admitidos sucesivamente á besar el pié al nuevo Papa.

El Sumo Pontífice vuelve á entrar en su celda después de esto, y allí permanece hasta la gran bendición (1).

Coronación y Consagración del electo.—La coronación del nombrado es el acto que sigue á la elección; y se hace por el más antiguo de los cardenales diáconos (2).

Acto seguido se procede á la consagración del electo, sinó es obispo, por el decano del Sacro Colegio, que casi siempre suele ser, como en lo antiguo, el obispo de Ostia, el cual oficia también en el acto de la coronación (3).

Toma de posesión.—Después de la coronación y consagración se verifica el acto de posesión, con extraordinaria solemnidad (4), en la Iglesia de Letrán, á donde se vá en procesión solemne (5).

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 4.°, núm. 23.
(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., ibid., pár. 2.°
(3) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. V, cap. IV, pár. 223.
(4) WALTER: Id. ibid.
(5) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 107.

TÍTULO III

Auxiliares inmediatos del Sumo Pontífice.

CAPÍTULO PRIMERO

CURIA ROMANA.

Acepciones de la palabra curia, y su antigüedad en la Iglesia.—La palabra *curia*, tomada en un sentido lato, significa la colectividad de personas que administran las cosas y rigen á las personas.

También se designa con dicha palabra la residencia de las personas, ó sea el lugar en que deben cumplir con las obligaciones propias de su cargo.

La palabra curia, en su sentido extricto, significa las personas en quienes reside la potestad judicial y la colectividad de sujetos que auxilían á los jueces en el ejercicio de su cargo (1). En este último sentido se toma aquí.

La curia existió en la Iglesia desde los primeros tiempos, porque los papas y obispos tuvieron desde un principio al presbiterio y otros auxiliares en el gobierno de la Iglesia y de las diócesis, según lo demuestran incontestables documentos de la antigüedad (2).

Curia Romana.—El Romano Pontífice puede ser considerado como obispo de la diócesis romana, en cuyo concepto tiene su curia, á la manera que la tienen los obispos en sus respectivas diócesis para atender á las necesidades de los fieles, como auxiliares suyos (3) y en este sentido se entiende por Curia

(1) BOUIX: *De Judicis*: part. 2.ª, sect. 2.ª, cap. I.

(2) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccl. discipl.* part. 1.ª, lib. II, cap. XVII.—Id. id., lib. III, cap. VII.

(3) BERARDI: *Comment. in Jus. Eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. III.

Romana: *El conjunto de oficios, congregaciones y tribunales, establecidos por el Papa para el gobierno de la* (1) *diócesis romana.*

El Sumo Pontífice, como primado y cabeza de la Iglesia universal que es como aquí le consideramos, tiene también sus auxiliares y en este concepto se entiende por Curia Romana: *El conjunto de congregaciones, tribunales y oficios creados por el Papa para el gobierno de la Iglesia universal.*

Personas de que se compone.—Las personas que componen la Curia Romana son los—cardenales—prelados—jueces—los abogados—procuradores—notarios—agentes—expedicioneros (2)—*sollicitatores*. Estos últimos sirven á los tribunales ó abogados y á los procuradores.

Entre los abogados ocupa un lugar distinguido el colegio de abogados consistoriales, los cuales son prelados (3).

Todas estas personas se comprenden bajo la denominación común de *curiales;* pero el uso común de hablar solo dá este nombre á los subalternos de los tribunales y á los que representan á los interesados en los asuntos, que se despachan en la Curia Romana.

Sus distintos tribunales y oficinas.—La Curia Romana se compone del *Colegio de cardenales—Sagradas congregaciones—Tribunales.*

Los cardenales forman el consistorio, hallándose además convenientemente distribuidos en varias congregaciones, según se deja manifestado en el título II del libro I.

Todo lo demás concerniente á esta elevadísima dignidad se dirá en el capítulo siguiente.

De las sagradas congregaciones se trató ya en otro lugar (4).

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tit. I, tract. 2.°, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.°

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. 1.°, pár. 108.

(3) PHILLIPS: Id. ibid., pár. 112.

(4) Lib. I, tít. II, cap. IV.

Por lo tanto, se consignará en este capítulo lo relativo á los tribunales romanos, que se dividen en—*Tribunales de justicia —Tribunales de gracia—Tribunales de expedición* (1).

Tribunales de justicia y su personal.—Los tribunales de justicia son:—*la Rota Romana—Cámara Apostólica—Signatura de justicia.*

Estos tribunales se componen de prelados de la Curia Romana, cuyo cargo no suele concederse sinó mediante cualidades especiales en las personas que lo obtienen (2).

Forman parte de la expresada prelatura de justicia entre otros altos dignatarios (3)—varios patriarcas—arzobispos y obispos residentes en Roma—los protonotarios apostólicos y los auditores de la Rota Romana.

Origen de los protonotarios apostólicos, y sus clases.—Estos traen su origen de los siete notarios creados en los primeros tiempos para escribir las actas de los mártires (4).

Se dividen en las tres clases siguientes.—Protonotarios propiamente dichos, ó de *numero participantium*.—Protonotarios *ad instar participantium*.—Protonotarios *titulares* ó *honorarios*.

Número de los participantes y sus prerrogativas.—El número de los primeros, ó participantes (5) era de siete, y Sixto V lo aumentó hasta doce en su constitución *Romanus Pontifex*.

El expresado papa los condecoró con grandes privilegios en la citada constitución, y en otra que empieza *Laudabilis*. Sus prerrogativas pueden resumirse en lo siguiente:

a) Pueden conferir el grado de doctor y crear notarios.

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.°, dissert. 2.ª cap. II, art. 1.°, pár. 3.°

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, párrafo 108 y 111.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, ibid., pár. 111.

(4) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid., cap. II, art. 1.°

(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part 4.ª, sect. 5.ª, cap. III.

b) Pueden legitimar á los hijos espúreos para la sucesión de bienes.

c) Se los autoriza para formar los estatutos del colegio á que pertenecen.

d) Tienen el título de familiares del Papa y prelados domésticos.

e) Se les expiden *gratis* las letras apostólicas.

f) No se les disminuyen los derechos asignados á sus cargos.

g) Se les concede el uso de armas.

h) Están exentos de la jurisdicción ordinaria con dependencia exclusiva del Sumo Pontífice.

i) Tienen precedencia sobre los obispos y todos los demás prelados no obispos.

j) Asisten cuatro de ellos al consistorio público, ocupando el lugar más distinguido y próximo al solio pontificio (1).

El sumo pontífice Pío IX restringió considerablemente sus privilegios en la Constitución *Quamvis peculiares* (2) de 9 de Febrero de 1853.

Privilegios de los ad instar.—Los Protonotarios *ad instar participantium* tienen casi los mismos privilegios que los de número (3) ménos los emolumentos; así que son:

a) Familiares del Sumo Pontífice y prelados domésticos, pero están sujetos á la jurisdicción de los ordinarios.

b) Preceden en las iglesias colegiatas, catedrales y patriarcales á los canónigos y dignidades.

c) Pueden usar fuera de Roma pontificales en las solemnidades con consentimiento de los ordinarios.

d) Se les permite tener oratorio privado, que ha de ser visitado y aprobado por el ordinario, si han de celebrar en él, etc., etc. (4).

(1) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.
(2) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VII, pág. 91.
(3) Const. *Apost. Sedis officium* del año 1872.
(4) *Acta Sanctæ Sedis*, tom. VII, pág. 83.

Protonotarios titulares.—Los protonotarios honorarios ó titulares tienen no escasos privilegios; pero muy inferiores á los de las otras dos clases, así que éstos no tienen privilegio de tener oratorio privado, ni usar mitra, ni pontificales, etc. (1).

Rota Romana, y su origen.— Se entiende por Rota Romana. *El tribunal establecido por el Romano Pontífice para resolver las causas contenciosas en forma judicial.*

Los papas tuvieron desde un principio á su lado gran número de clérigos, que se conocían con el nombre de *capellanes del Sacro Palacio*, y con ellos consultaban muchos de los asuntos que habían de resolver (2); encargándoles desde luego, la redacción de sus contestaciones ó respuestas á las consultas que se les hacían (3).

Estos clérigos ó capellanes no tenían en un principio otra facultad en cuanto á las consultas hechas al Sumo Pontífice, que la de oir *(auditores)* y referir *(referendarii)*, dando su parecer si se los consultaba, y por esta razón eran también sus consejeros *(consiliarii)*.

El Sumo Pontífice se veía en la imposibilidad de resolver por sí mismo las cuestiones y consultas que se elevaban á su decisión, cuando aquellas crecieron considerablemente, no ménos que los asuntos de otra índole, y con este motivo concedió á sus capellanes la facultad de resolver y fallar los negocios (4).

Se ignora la época precisa en que se constituyó el tribunal de la Rota Romana; pero no hay duda alguna, en que trae su origen de los expresados capellanes del Papa (5); así que los individuos de este tribunal se llaman *auditores*, y son, como aquéllos, capellanes del Papa, á quien sirven de subdiáconos en los

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, cap. V.

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª cap. I, pár. 119.

(3) BERARDI, *Comment. in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. II, párrafo 2.º

(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XVI, pár. 1.º

(5) BERARDI: *Comment. in Jus eccles. univ.*, tom. I, dissert. 2.ª, cap. II, párrafo 2.º

oficios solemnes (1), ó sea cuando el Papa celebra solemnemente.

Razón de este nombre.—Creen unos, que se dió á este tribunal la denominación de *Rota*, porque los negocios se examinan y ruedan de un turno á otro.

Otros la atribuyen al círculo que forman los asientos de los auditores.

Por último, otros escritores fijándose en el taraceado del pavimento de este tribunal, que semejaba á una rueda, atribuyen á éste tal denominación (2).

Número de auditores, y su nombramiento.—Este tribunal tenía ya sus reglamentos desde Juan XXII (3); pero no se hallaba determinado el número de jueces que habían de constituirlo hasta el papa Sixto IV, quien fijó en doce el número de auditores, nombrados de entre las distintas naciones (4) en esta forma:

Ocho italianos, á saber—tres de la ciudad de Roma—uno de Toscana—otro de Bolonia—y los tres restantes de—Ferrara—Milán—y Venecia.

Dos españoles, uno de ellos por la corona de Castilla y el otro por la de Aragón.

Uno francés.

El otro restante del Imperio austriaco (5).

El papa nombra libremente seis de los auditores. La república de Venecia y el ducado de Milán proponían respectivamente tres ó cuatro candidatos, y el Papa elegía de entre ellos al que tenía por conveniente.

(1) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º, núm. 118.

(2) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. III, cap. I, pár. 129, nota.

(3) WALTER: Id. ibid., pár. 129.

(4) WALTER: Id. ibid.

(5) *Prælect. Jur. Canon in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º, núm. 118.

Los cuatro restantes se nombran respectivamente por los reyes de España, Francia y el emperador de Austria (1).

Cualidades de ellos y su organización.—Sixto IV dispuso que los auditores hubieran de ser doctores en Derecho, debiendo además sujetarse á un examen secreto para probar su idoneidad (2).

Este tribunal se halla presidido por el Juez más antiguo, que se llama *decano* (3), y se divide en tres turnos, ó salas, compuesta cada una de cuatro jueces: uno de ellos propone la causa ó cuestión que se ha de resolver; y por esto se llama *ponens:* los otros tres resuelven la duda propuesta, y se llaman *correspondales* (4).

Sus auxiliares.—La Rota Romana tiene también sus auxiliares, como son los procuradores y clérigos entendidos en el derecho, que desempeñan los cargos de abogados y secretarios (5).

Inamovilidad de los auditores.—El cargo de auditor de la *Rota Romana* es perpetuo, y solo se pierde por muerte, renuncia, promoción al cardenalato ó episcopado y deposición mediante crímen ó delito grave.

Por esta razón el Sumo Pontífice no accedió á la petición de Luis XVIII sobre la remoción de un *auditor* nombrado por Napoleón I (6).

Asuntos de su competencia.—Los auditores de la Rota constituyen el tribunal supremo de la Iglesia en las causas contenciosas, llevadas á la Curia Pontificia, siendo preciso al efecto que pasen de quinientas monedas de oro, si son civiles, y de veinticuatro, si son beneficiales (7).

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XVI, pár. 3.°
(2) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.°, pár. 10.
(3) PHILLIPS: *Comp. Jur Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár 119.
(4) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, ibid.
(5) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibid.
(6) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XVI, pár. 2.°
(7) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.°, pár. 10.

También entendía en otras muchas causas y negocios, que se despachan por las sagradas congregaciones, de modo que solo entiende en las causas que el Sumo Pontífice encomienda á este tribunal por delegación especial, habiendo cesado de funcionar aun en las causas civiles, desde que la Santa Sede fué despojada del patrimonio de S. Pedro (1).

Autoridad de sus decisiones.—La autoridad de este tribunal es ordinaria en conocer ó proceder, y delegada en sentenciar (2).

Las decisiones de la Rota se han mirado siempre con profundo respeto, hasta el punto de que muchos insignes jurisconsultos sostienen que prevalecen sobre el Derecho común (3): lo cual emana de la rectitud, sabiduría y madurez de juicio, con que procede este tribunal (4), así que los emperadores y reyes, príncipes y repúblicas cristianas, sometieron muchas veces las controversias pendientes al fallo de este tribunal (5).

Sus decisiones, cuando pasan en autoridad de cosa juzgada, obligan á las partes litigantes, sin que constituyan regla de derecho común por más que sean muy respetables (6).

El Sumo Pontífice encarga algunas veces á una de las sagradas congregaciones la resolución de un asunto determinado con la cláusula *voto Rotæ*, y en este caso ha de oir á la Rota y seguir su opinión.

Otras veces la santa Sede manda á la congregación resolver un negocio *de voto Rotæ*, y entonces la sagrada congregación tiene el deber de oir á la Rota, pero no está obligada á seguir su dictamen (7).

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 119.
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XVI, pár. 4.º
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XVI, pár. 6.º
(4) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibid.
(5) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid. pár. 1.º
(6) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, ibid.
(7) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap XVI, pár. 7.º

Cámara Apostólica y asuntos en que entiende. —Este tribunal administra las rentas pontificias (1) y entiende en lo concerniente á la administración del erario público, con facultad de conocer y fallar las causas contenciosas, que surgiesen sobre esta materia.

La cámara apostólica entiende también en segunda ó tercera instancia, según el caso, de las cosas del fisco, pertenecientes á la Iglesia universal (2).

Su organización según los distintos tiempos.— En un principio el Sumo Pontífice comisionaba á los clérigos familiares suyos, cada uno de los casos que ocurrían en la administración del erario público, dándoles al efecto jurisdicción para entender en las causas contenciosas que surgiesen sobre esta materia.

Este cargo se desempeñó después por el primero de los diáconos ó sea el *arcediano*.

Le sucedió en este oficio el cardenal camarlengo, y tenía á sus órdenes en el concepto de oficiales de su tribunal — al gobernador de Roma que en otro tiempo fué vicecamarlengo — al tesorero y al auditor de la Cámara Apostólica.

Este último se emancipó andando el tiempo del cardenal camarlengo, llegando á tener jurisdicción plena en asuntos criminales, así como en los curiales, con potestad para ejecutar los breves pontificios.

Los otros dos oficiales también se hicieron independientes, lo mismo que la Cámara Apostólica.

La Cámara Apostólica se componía en otro tiempo de doce socios, que se redujeron después al número de nueve, constituyendo cada uno de éstos un tribunal particular, que entiende en alguno de los ramos de la administración, y de sus sentencias puede apelarse á la Cámara.

(1) WALTER: *Derecho eclesiástico universal*, lib. 3.° c. p. 1.ª pár. 129.

(2) PHILLIPS: *Com. Jur. Eccles.*, lib. III, seccion 1.ª, cap. 1.° pár. 119.

Signatura de Justicia, y su origen.—*Es el tribunal que conoce en señalados pleitos de Derecho, principalmente cuando versan sobre admisión de apelaciones, delegaciones y recusaciones.*

Este tribunal data del tiempo de Inocencio VIII, que separó las cosas de justicia de las de mera gracia llevadas á su decisión apostólica (1).

Su personal, y autoridad de sus fallos.—El papa Sixto V la dotó de treinta jueces *(referendarii)*, de entre los cuales solo doce tenían la prerrogativa de votar, y por eso se los llamaba *referendarii votantes*.

Alejandro VII los elevó á la dignidad de corporación *(collegii)*.

Se compone en la actualidad de un cardenal *prefecto*, siete prelados con voto, y de varios relatores (2).

Sus sentencias tienen la autoridad de la cosa juzgada, como Tribunal Supremo ó de casación (3), con la circunstancia de ir sus despachos con la firma del mismo Sumo Pontífice.

Tribunales de gracia.—Lor tribunales de gracia son los tres siguientes: *Signatura de gracia—Dataría—Penitenciaría*.

Su personal.—La prelatura de gracia se concede por el Sumo Pontífice á los que están adscritos á la Curia Romana y desean emplearse en este servicio (4).

También se concede esta gracia á los obispos y otros clérigos beneméritos con residencia fuera de Roma, como título de mero honor, con las distintas denominaciones de *obispo asistente al solio pontificio, prelado doméstico, capellán de Su Santidad*, etcetera (5).

(1) PHILLIPS: Id. ibid.

(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico universal*, lib. III, cap. I, pár. 129.

(3) WALTER Id. ibid.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 111.

(5) HUGUENIN: *Exposit. méth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.º

Signatura de gracia, y asuntos en que entiende. —Este tribunal data del tiempo de Inocencio VIII en que se separaron los asuntos de gracia de los de justicia, según se deja manifestado.

Entiende únicamente en los negocios extraordinarios de mera gracia, que han de resolverse con arreglo á la equidad, sin emplear el excesivo rigor del derecho (1), v. gr., que se admita apelación en una causa ó negocio no apelable con arreglo á derecho (2).

Su organización.—Como solo el Sumo Pontífice concede las gracias extraordinarias, de que se ha hecho mérito, este tribunal es presidido por el Papa, y de aquí resulta que el cargo de cardenal prefecto es un mero título.

Forman además parte de este tribunal: los refrendatarios con voto de la signatura de justicia—el auditor de la cámara—el tesorero—el datario—decano de la Rota—regente de la cancelaría—auditor de Su Santidad—tres individuos del número de refrendatarios, que se denominan participantes (3).

Los decretos emanados de este tribunal van siempre suscritos por el Sumo Pontífice (4).

Datería, y razón de esta palabra.—La Datería es: *Un tribunal por medio del cual se despachan las gracias concedidas por el Sumo Pontífice en el fuero externo.*

Se le da el nombre de Datería (5), porque anota el día de la gracia dada ó concedida.

Su origen.—Este tribunal es muy antiguo, y se cree que estaba unido en un principio á la *Cancelaría*.

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, ibid., pár. 120.

(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. III, cap. III, núm. 3.º

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 120.

(4) WALTER: *Derecho Eclesiástico univ.*, lib. III, cap. I, pár. 129.

(5) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º, núm. 114.

No puede fijarse precisamente su orígen; pero es indudable que existía ya en tiempo de Honorio III, ó sea el año 1216 (1).

Personal de ella.—El personal de este tribunal lo componen=

1.º Un *datario*, que lleva este título porque pone la data, esto es, la fecha de la gracia concedida por Su Santidad, ó porque dá la gracia otorgada por el Papa (2).

El datario suele ser un cardenal, en cuyo caso toma el nombre de *pro-datario*, porque este cargo se desempeñaba en un principio por prelados no cardenales (3), y para que la dignidad cardenalicia no pierda nada de su brillo y categoría, se le da el nombre de *pro-datario*, así como los nuncios que han obtenido la púrpura, llevan el de *pro-nuncios*, si continúan desempeñando el cargo.

El datario ó pro-datario es el jefe del tribunal, y representa al mismo Papa en todos los asuntos que se despachan por la Datería; de modo que todo lo hecho por él en el desempeño de su cargo tiene el mismo valor que si se hiciera por el Sumo Pontífice.

2.º Un *sub-datario*, y su cargo consiste en ayudar al cardenal *pro-datario*, y en suplirle aún en los negocios que es preciso dar cuenta á Su Santidad; suscribe en los breves, y ocupa el primer lugar después del *pro-datario*.

Vive en el palacio de la Datería, y este cargo es desempeñado por un *prelado doméstico* (4).

3.º Un *prefecto* ú oficial *per obitum*, llamado así por ser la parte principal en las colaciones de beneficios, vacantes por muerte de los beneficiados.

El cardenal pro-datario resuelve diariamente los negocios, habiendo oido al sub-datario y al prefecto *per obitum*.

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XV, pár. 1.º
(2) Bouix: *De Curia Romana*, ibid., pár. 4.º
(3) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.
(4) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XV, pár. 1.º

4.° Un oficial prefecto, que se llama *concessum*, y otro prefecto *componendarum*.

5.° Un prefecto de *datas*; y un revisor de dispensas matrimoniales.

6.° Dos revisores de súplicas con los nombres de primero y segundo.

7.° Un oficial de *missis*, un sustituto del *subdatario* y otro sustituto del oficial *per obitum*.

8.° Un oficial de breves, un revisor de tasas y un escritor de las bulas, que se expiden por la vía secreta.

9.° Un juez de lo criminal, de quien se sirve el pro-datario para juzgar y castigar los delitos de los oficiales de la Datería.

Además existen otros oficiales encargados de conservar las súplicas, los registros de las bulas, los trasuntos de éstas y de los breves; y un prefecto del erario, etc. (1).

Asuntos que despacha.—Este tribunal es el órgano intermedio de las gracias, que con valor en el fuero externo se conceden por Su Santidad (2).

Se despachan por la datería—las colaciones de beneficios—las reservas de pensiones sobre los mismos (3)—anatas—concesiones de coadjutorías é insignias prelaticias—dispensas matrimoniales y de irregularidades, etc. (4).

Sagrada Penitenciaría, y su origen.—La sagrada Penitenciaría es: *El tribunal establecido para absolver en orden al fuero interno de los pecados y censuras reservadas á la Santa Sede, y para dispensar de los votos, irregularidades é impedimentos ocultos del matrimonio.*

El Sumo Pontífice concede en parte al penitenciario la potestad de atar y desatar que ha recibido de Jesucristo (5).

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid.
(2) WALTER: *Derecho Eclesiástico univ.*, lib. III, cap. I, pár. 129.
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid., pár. 3.°
(4) Véase la Const. *Gravissimum*, dada por Benedicto XIV en 6 de Diciembre de 1745, en el Apendice, núm. 7.°
(5) HUGUENIN: *Exposit. moth. Jur. Canon., pars. specia.*, tít. I, tratado 2, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.°, pár. 3.°

Algunos escritores encuentran el origen de este tribunal en aquellos sacerdotes á quienes se encargó, en tiempo de S. Cornelio y S. Cipriano (1), que impusieran á los cristianos *lapsos* en tiempo de la persecución, las penitencias convenientes y los reconciliaran con la Iglesia.

Estos presbíteros recibieron el nombre de *penitenciarios*, y después de las persecuciones se empleaban en oir á los penitentes, imponiéndoles las debidas penitencias con arreglo á los cánones penitenciales.

Penitenciario mayor, y sus facultades.—El cargo de penitenciario mayor fué creado, según algunos escritores, por el papa Benedicto II, y se desempeña actualmente (2) por un cardenal presbítero, maestro en teología ó doctor en Derecho Canónico.

Debe ejercer por sí mismo el cargo, y sus facultades han sido muy ámplias; pero como todo esto depende de la voluntad del Sumo Pontífice, habrá necesidad de atenerse á lo que por éste se disponga.

Puede, sin embargo, decirse que sus facultades son las señaladas en diferentes bulas de Benedicto XIV (3), y no siendo propio de este lugar enumerarlas, me limitaré á indicar, que el domingo de ramos se presenta en la basílica de S. Juan de Letrán: el miércoles de la Semana Santa en la basílica de Santa María la Mayor: el jueves y viernes siguientes en la basílica de S. Pedro, y en cada uno de los puntos señalados oye en confesión á los fieles que voluntariamente se presentan, y tocándolos la cabeza con una varita, les concede indulgencias más ó ménos ámplias, según sus facultades.

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIII, pár. 1.º

(2) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.

(3) Const. *Romanus Pontifex* de 1744.—*Pastor bonus*, del mismo año.—*In Apostolicæ*, de igual fecha que la anterior.—*Quamvis jam*, de 1747.—*Pastoralis*, de 1748.

También asiste al Romano Pontífice en los últimos momentos de su vida (1).

Puede absolver de los pecados y censuras reservadas, ya sean ocultas ó públicas (2).

Por último, habrá de tenerse presente:

a) Que se debe creer desde luego al penitenciario mayor, cuando afirma que concede una dispensa en virtud de concesión de Su Santidad, aun cuando sea sobre cosas que excedan sus facultades ordinarias (3).

b) Que le corresponde decidir y resolver todas las dudas *in materia peccatorum* (4).

c) Que entiende también en lo relativo á la condonación de frutos mal percibidos.

Personal de este tribunal, y sus cualidades.—La Penitenciaría se compone de las personas siguientes:

1.° *Penitenciario mayor* con las cualidades indicadas.

2.° Un *regente*, que suscribe las súplicas, y es nombrado de entre los capellanes del Sumo Pontífice, según costumbre inmemorial (5), siendo deber suyo—

a) Examinar con la mayor fidelidad y diligencia todas las peticiones y casos presentados en la Penitenciaría.

b) Mandar despachar sin demora los asuntos que no ofrecen dificultad, y consultar con el penitenciario mayor los dudosos, á fin de que sean examinados y resueltos en la congregación ó reunión de los oficiales de la Penitenciaría presidida por el penitenciario.

3.° Un *teólogo*, que desde tiempos antiguos viene nombrándose de entre los presbíteros de la Compañía de Jesús, y es el consultor del penitenciario mayor y del regente en los casos y

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIII, párrafo 2.°
(2) Bouix: *De Curia Romana*, ibid., párrafo 5.°, núm. 7 y sig.
(3) Bouix: *De Curia Romana*, ibid., párrafo 3.°
(4) Bouix: Id. ibid.
(5) Bouix: *De Curia Romana*, ibid, párrafo 2.°, quæst. 4.ª

peticiones más árduas y difíciles; á cuyo efecto se le remiten las consultas para que verbalmente, ó por escrito, emita su dictamen después de un detenido y maduro examen (1).

4.° Un *canonista*, ó doctor en decretos, que desempeña el cargo de consultor en las dudas que se le propongan por el penitenciario ó regente.

Este y el teólogo han de ser personas eminentes en ciencia, experiencia y práctica en los negocios (2).

5.° Un *datario*, cuyo cargo consiste en poner al margen de las súplicas la data del lugar, día, mes y año de la era cristiana y del pontificado (3),

6.° Un *corrector*, quien tiene el cargo de reconocer, examinar y corregir las minutas ó súplicas presentadas por los procuradores ántes de expedirse y entregarse á las partes las letras de la Penitenciaría, á fin de que éstas vayan en estilo conveniente y correcto, sin enmiendas, tachaduras ó raspaduras.

Por este motivo, es necesario que el corrector sea persona muy instruida en Derecho Canónico y versada en el estilo y práctica del tribunal (4).

7.° Un *sigillator*, que ha de ser de fé y probidad muy conocidas, siendo su deber reconocer si las letras ó escritos llevan las formalidades debidas, y después de este examen las sella si están en regla.

También le está encargado el archivo y los registros del tribunal (5).

8.° Tres *procuradores* ó secretarios y tres escribientes, debiendo ser todos ellos de buena vida y costumbres, é idóneos para desempeñar sus respectivos cargos, que son:

a) Leer con la mayor atención las súplicas que se mandan

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIII, pár 1.°, quæst. 7.ª
(2) Bouix: Id. ibid., quæst. 8.ª
(3) Bouix: Id. ibid., quæst. 6.ª
(4) Bouix: Id. ibid., quæst. 5.ª
(5) Bouix: Id. ibid., quæst. 9.ª

á dicha oficina, y resumir su contenido, siempre que pueda hacerse.

b) Dar cuenta al penitenciario mayor ó al regente, sin que puedan contestar cosa alguna á dichas súplicas, hasta que hayan recibido la orden de hacerlo.

c) Recibida ésta del penitenciario ó regente, deben poner por extenso las súplicas ó minutas, que habrán de examinarse por el corrector, á fin de que se pongan con las fórmulas de estilo.

Todos los individuos indicados han de ser presbíteros (1), ó al ménos de *orden sacro*.

A quién corresponde su nombramiento.—El Papa provee el cargo de penitenciario mayor (2).

El regente, teólogo, datario, canonista, corrector y sigillator son designados por el penitenciario mayor, y los propone á Su Santidad.

Si merecen su aprobación, se les extienden los correspondientes títulos para que puedan entrar á ejercer su cargo (3).

Los demás oficiales son nombrados por el penitenciario, después de examinados y aprobados por el regente y corrector en lo tocante á su vida, costumbres, edad, ciencia y demás cualidades necesarias (4).

Penitenciarios menores.—Existen además de otros empleados inferiores (5) los cargos importantísimos de penitenciarios menores, que recaen en religiosos de las tres órdenes de —*Menores observantes*—*Mínimos* y *Predicadores*.

Estos (6) tienen la obligación de oir diariamente las confesiones en distintos idiomas, desempeñando su cometido en las

(1) BOUIX: *De Curia Romana* part. 2.ª, cap. XIII, pár. 2.º, cuestión 3.ª
(2) BOUIX: Id. ibid., quæst. 2.ª
(3) BOUIX: Id. ibid., quæst. 3.ª
(4) BOUIX: Id. ibid.
(5) BOUIX: Id. ibid., quæst. 1.ª
(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 120.

tres Iglesias patriarcales de S. Juan de Letrán, S. Pedro en el Vaticano y Santa María la Mayor.

El penitenciario mayor les designa la basílica en que cada uno ha de servir su cargo, dándoles las convenientes facultades; de manera que en cada basílica se desempeña el cargo por religiosos de la misma orden.

Estos penitenciarios no pueden entrar á desempeñar su cargo, sin que antes sean examinados y aprobados por el penitenciario mayor y la signatura de la Penitenciaría.

Tribunales de expedición.—Se da este nombre á las oficinas que despachan las letras apostólicas en la forma conveniente. Estas oficinas de la Curia Romana son las dos siguientes—*Cancelaría*—y *Secretaría* (1).

Cancelaría, y asuntos que despacha.—Los escritores no están de acuerdo acerca del origen de la palabra Cancelaría, y creen muchos que es un término bárbaro, por el que se expresa el lugar destinado para escribir y expedir los documentos públicos (2).

La Cancelaría del Sumo Pontífice puede definirse: *El tribunal por el cual se expiden en la forma conveniente las bulas pontificias y las letras apostólicas con el sello de plomo.*

Estas bulas se escriben y despachan por la Cancelaría *juxta supplicam à Papa subsignatam in Dataria* (3).

Esta oficina despachaba antiguamente toda clase de letras pontificias; pero hace ya mucho tiempo que solo se limita á la expedición de asuntos, que requieren la forma de bula (4), en cuyo caso se hallan los que versan sobre materia beneficial ó matrimonial, ó asuntos consistoriales, como la provisión de obispados y abadías, ó su creación, lo mismo que todas las

(1) HUGUENIN: *Exposit., meth. Jur Canon., pars special.*, lib. I, tract. 2.°, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.°, pár. 3.°

(2) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.°, pár. 10.

(3) BOUIX. *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIV, pár. 1.°

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 121.

provisiones ó dispensas concedidas por la Datería, que requieren forma de bulas (1).

Cancelario, y su origen.—Se entiende por cancelario: *La persona que se halla al frente del tribunal de la Cancelaría.*

El origen de este cargo es antiquísimo en las oficinas de los príncipes temporales (2) y en la Curia Romana; puesto que los Sumos Pontífices se servían ya en los primeros tiempos de algunos clérigos para escribir y expedir las letras apostólicas en nombre del Papa; así que S. Jerónimo dice que él había desempeñado este cargo.

Sus distintos nombres, y quiénes desempeñaban el cargo de cancelarios.—Los que ejercían este cargo se llamaban *scriniarius—bibliothecarius—notarius—regionarius* (3) y en el siglo IX se ve usada ya la palabra *cancellarius* para designar el expresado oficio.

Este cargo se desempeñaba por clérigos inferiores y después por obispos ó arzobispos (4).

El cargo de cancelario ó archicanciller de la Iglesia romana pasó en el siglo XI á los arzobispos de Colonia, como título honorífico, y desde entonces firmó el canciller ó cancelario en nombre de aquellos prelados (5).

El verdadero cancelario se llamó desde el siglo XII vicecancelario, porque el título de canciller se daba al arzobispo de Colonia, y aunque desde el tiempo de Bonifacio VIII pasó este cargo á un cardenal de la Iglesia romana, que generalmente lo es el de S. Lorenzo *in Damaso* (6), sigue llamándose vicecancelario por la razón expresada, ó por el motivo que se deja indicado respecto al pro-datario (7).

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 121.
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIV, pár. 2.º
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid.
(4) THOMASSINO: *Vetus et nova Ecclesiæ disciplina*, part. 1.ª, lib. II, capítulos CV y CVI.
(5) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. III, cap, I, pár. 129.
(6) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 121.
(7) BOUIX: *De Curia Romana*, ibid.

Sus atribuciones. —El vicecancelario es la primera dignidad en la Curia Romana después del Papa (1), y como notario del consistorio de cardenales le corresponde registrar en la Cancelaría todas las actas consistoriales, así como todos los decretos dados por el Papa en el consistorio.

Firma las actas apostólicas sobre provisiones, que llevan el sello de plomo. También tiene el cargo de *sumista*, y en este concepto entiende como presidente en la expedición de bulas por la cámara (2).

Personal de la Cancelaría y sus respectivos cargos.—Los principales oficiales de este tribunal, según la reducción hecha por Pio VII, son los siguientes:

1.º Un cardenal vicecancelario, del cual se deja hecho mérito (3).

2.º Un *regente*, cuyo oficio data del año 1375, en que Gregorio XI, dejando su residencia de Aviñón, volvió á Roma, y no habiendo querido seguirle el cardenal Monturco, que era el *vicecancelario*, creyó más conveniente nombrar uno que hiciera sus veces con el nombre de *regente*, que no proceder contra él.

El *regente* de la Cancelaría ocupa el primer lugar después del *vicecancelario*, y le corresponde=

a) Distribuir las súplicas á los abreviadores de *parco majore* para que formen las minutas (4).

b) Signa todas las bulas con la primera letra del nombre del *vicecancelario*.

c) Pone en la parte media y extrema de las bulas las letras L y C, que significan haber sido leida y corregida.

d) Signa las bulas con el prefecto del sello de plomo, para que éste pueda ponerlas el sello referido.

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., lib. V, cap. II, art. 2.º, pár. 1º.
(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIV, pár. 2.º
(3) Bouix: Id. ibid., pár. 1.º
(4) Bouix: Id. ibid., pár. 3.º

e) Puede encargar las causas de apelaciones que han de juzgarse por varios prelados de la Curia, poniendo la cláusula; *de mandato D. M. D. P. P. audiat magister.*

f) Recibe el juramento de fidelidad de los obispos nuevamente nombrados que se hallan en Roma, cuando el *vicecancelario* está ausente.

3.° Un *pro-sumista* ó *subsumista* y un sustituto del *pro-sumista* (1).

4.° Un presidente del sello de plomo, ó plumbator (2), y un notario secretario.

5.° El colegio de *protonotarios participantes*, quienes tenían ántes cierta intervención en esta oficina, porque no podían expedirse las bulas de provisión de beneficios mayores sin ser firmadas por uno de dichos protonotarios; pero en la actualidad se pone dicha firma por el secretario del expresado colegio (3).

6.° El colegio de abreviadores de *parco majore*, cuyo cargo es escribir las letras apostólicas expedidas en forma de breve.

Había ántes dos clases de abreviadores; unos de *parco majore*, y otros de *parco minore*, cuyas distintas denominaciones provenían del lugar que ocupaban en el palacio de la Cancelaría; pero en la actualidad solo se conocen los de *parco majore*, por haberse suprimido los otros, y su número es el de once.

7.° Un substituto *contradictoriarum*, cuyo cargo es entender en las causas de oposición á las provisiones hechas por el Papa.

8.° Los registradores de bulas—*custos Cancellariæ*—computistas, etc. (4).

Secretaría de breves.—Los asuntos que despacha esta oficina, correspondieron en otro tiempo á la Cancelaría, y habiéndose segregado de ella las cosas eclesiásticas y seculares de

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 2.ª, cap. XIV, par. 1.°
(2) Bouix: Id. ibid.
(3) Bouix: Id. ibid., pár. 3.°
(4) Bouix: Id. ibid, pár. 1.°

menor importancia, se formó la Secretaría de breves, que se divide en las secciones siguientes:

a) Secretaría de breves, á cargo de un cardenal, y por ella se despachan las letras apostólicas que se expiden en forma de breve (1).

b) Secretaría de Estado ó Ministerio de Estado, que es el medio de comunicación oficial del Papa con los príncipes ó gobiernos extranjeros (2).

c) El secretario de cartas á los príncipes y el secretario de cartas latinas dirigidas á personas particulares (3).

CAPÍTULO II.

CARDENALES DE LA IGLESIA ROMANA.

Etimología de la palabra cardenal, y su definición.—La palabra *cardenal* proviene de la latina *cardo*, que significa el quicio sobre el cual se mueve y gira la puerta; así que se toma en un sentido metafórico por lo principal y por lo que es fijo (4), estable é inamovible.

Se entiende por cardenales; *El colegio de clérigos instituido por el Romano Pontífice para auxiliarle en el régimen de la Iglesia universal*, SEDE PLENA, *y para suplirle* SEDE VACANTE (5).

Su orígen en cuanto al oficio.—Los cardenales datan, en cuanto al oficio ó cargo propio de ellos, desde el tiempo de los Apóstoles, é imitan al colegio apostólico como senado ó consejo de S. Pedro (6). Este, después que aquéllos se separa-

(1) *Prælect. Jur. canon. in seminar. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, párrafo 2.º, núm. 117.

(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 121.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, id. ibid.

(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. I, pár. 1.º

(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. IV.

(6) BOUIX: *De Curia Romana.*, part. 1.ª, cap. III, prop. 3.ª

ron para extender la fé por todos los ámbitos del mundo, tuvo á su lado clérigos que le sirvieran de consejeros y le ayudaran en el ejercicio de su ministerio, como lo fueron Lino, Cleto y Clemente (1).

Estos clérigos eran además los que gobernaban la Iglesia *sede vacante* (2) y hacían la elección del sucesor en la cátedra apostólica (3) á la manera que los clérigos de las diferentes diócesis ó territorios formaban el senado del obispo, ejercían la jurisdicción en la vacante y hacían la elección del sucesor, ó intervenían en ella.

Aquellos clérigos que funcionaban al lado del Sumo Pontífice en los tiempos primitivos y en la forma indicada, eran los que entonces, ó poco después, se conocieron (4) con el nombre de presbiterio, y últimamente con el de *colegio de cardenales.*

Esto se halla comprobado por documentos irrecusables de la antigüedad, bastando á este objeto citar las siguientes palabras del papa Eugenio IV, que dice: *Etsi hujus dignitatis nomen, quod modo in usu est, ab initio primitivæ Ecclesiæ non ita expressum fuit, officium tamen ipsum à B. Petro ejusque successoribus institutum evidenter invenies* (5).

Su antigüedad en cuanto al nombre.—La palabra Cardenal se encuentra ya usada en una carta del papa Anacleto correspondiente poco más ó ménos al año 84 del siglo I, y se designa con ella á la Iglesia Romana (6); pero este documento es considerado como apócrifo, lo mismo que el Concilio II Romano del año 324 (7).

(1) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, título I, tract. 2.º, dissert. 2.ª, cap II, art. 1.º, pár. 1.º

(2) BOUIX: *De Curia Romana.*, part. 1.ª, ibid., prop. 2.ª

(3) BOUIX: Id. ibid., cap. X, pár. 2.º.

(4) WALTER: *Derecho Ecles. univ.*, lib. III, cap. I. pár. 126.

(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap III, prop. 2.ª

(6) Distinct. 22, c. 2.º

(7) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. I, pár. 1.º

En el pontificado de S. Dámaso I, creado papa el año 366, se hizo una donación á la Iglesia Aretina por el senador romano Cenobio, y en la escritura conservada en dicha iglesia, relativa á la expresada donación, se lee: *Ego Joannes S. R. E. diaconus* CARDINALIS, *ex parte Damasi pontificis, laudo et confirmo.*

En los pontificados de los papas S. León y S. Gelasio se ve usada con repetición la palabra *cardenal* para designar á ciertos presbíteros y diáconos; así que todos los escritores están contestes, en que era de uso común y corriente en el siglo V (1).

A quiénes se designa con esta palabra.—S. Gregorio Magno (2) aplicó la palabra cardenal al clérigo adscripto, al ménos temporalmente, á una iglesia para ejercer en ella el ministerio propio de su orden y obtener en su virtud lo necesario para su sustento.

Desde el siglo VIII se llamó cardenales únicamente á los miembros del presbiterio ó cabildo de la Santa Iglesia Romana y de las catedrales (3).

El título de cardenal está reservado, de mucho tiempo á esta parte, á los clérigos mayores de la Iglesia Romana, y son contados los canónigos de muy pocas iglesias catedrales á quienes se ha permitido conservar dicho título, como mero honor y sin derecho alguno.

Se cita una constitución de S. Pio V, su fecha 15 de Febrero de 1568, en la que se abrogan todos los privilegios concedidos para usar el título de cardenal á otros que los de la Iglesia Romana (4).

Grados de que consta el Colegio de cardenales.—El colegio de cardenales se halla dividido en los tres grados si-

(1) BOUIX: Id. ibid.
(2) BOUIX: Id. ibid., pár. 2.°
(3) BOUIX: Id. ibid., pár. 3.°
(4) BOUIX: Id. ibid., pár. 4.°

guientes:—obispos—presbíteros—diáconos; pero no reconocen un mismo origen, y por esta razón se vá á tratar de ellos separadamente.

Cardenales obispos, y su origen.—Los grados de cardenales eran solo presbiterales (1) y diaconales hasta el año 769, según aparece del decreto de un concilio romano, celebrado por el papa Esteban IV.

Otro decreto del mismo Papa dice lo siguiente (2): *Erat enim idem prædictus beatissimus præsul ecclesiasticæ traditionis observator; unde et pristinum Ecclesiæ in diversis clericatus honoribus renovavit ritum. Hic statuit ut omni dominico die à sep tem* episcopis cardinalibus *hebdomadariis, qui in ecclesia Salvatoris observant, missarum solemnia super altare beati Petri celebrarentur, et Gloria in excelsis Deo dicerentur.*

Este decreto de Esteban IV habla de los cardenales obispos, que asistían los domingos en la iglesia del Salvador á la solemnidad de la misma.

En todo caso es indudable que ya se conocieron en el año 1058, según lo acredita una carta de S. Pedro Damian, creado cardenal en el citado año (3).

Su número.—Los cardenales obispos eran siete en un principio, y regían las siete diócesis suburbicarias de Ostia, Porti *(Portuensis)*, Albano, Palestrina *(Prænestinus)*, Sabino, Tusculano y de Santa Rufina ó Silva Cándida (4).

Posteriormente, las diócesis suburbicarias se redujeron á seis, porque la iglesia de Santa Rufina ó Silva Cándida se unió por Calixto II al obispado de Porti (5).

Juan XXII asignó los siete cardenales obispos á la Iglesia de S. Juan de Letrán y asisten allí al Sumo Pontífice, cuando

(1) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccles. disciplina*, part. 1.ª, lib. II, capítulo 113 y 115.

(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. II, pár. 3.º

(3) BOUIX: Id. ibid.

(4) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 36.

(5) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. XIII, cap. VI, núm. 6.

celebra las sagradas funciones (1); pero como las diócesis suburbicarias se redujeron á seis, este es actualmente el número de cardenales obispos.

Origen de los cardenales presbíteros.—El presbiterio de la Iglesia romana se componía en un principio de presbíteros y diáconos.

Los presbíteros regían ó se hallaban adscritos á los títulos ó iglesias, en donde se administraba el pasto espiritual á los fieles y se celebraban los divinos misterios.

Estos presbíteros se llamaron después cardenales con la denominación de la iglesia ó título que servían.

Sobre el origen de estas iglesias, bastará advertir, que el libro pontifical hace mención de la división de la ciudad en varias iglesias, hecha por el papa S. Cleto, hácia el año 75, y añade que dicho Papa obró así por mandato de S. Pedro (2).

Esta división fué confirmada por el papa S. Evaristo, elevado el año 95 al sumo pontificado.

A estas iglesias se las conoció con el nombre de *títulos* en tiempo del papa S. Higinio, quien fué elevado al pontificado el año 137 (3).

Razón de la palabra título.—Unos creen que se daba el nombre de título á las casas dedicadas por los cristianos para reunirse y rendir en común el debido homenaje á Dios nuestro Señor; pero esta opinión no satisface, en cuanto que no explica la razón de llamarse títulos á dichas casas.

Otros dicen que los edificios pertenecientes al fisco tenían al frente la bandera é imagen del emperador, y por esta razón se intitulaban ó designaban; lo cual sucedía igualmente con las casas consagradas á Dios por los cristianos, porque se colocaba al frente de ellas la imágen de la cruz, y por esta razón se llamaron títulos, toda vez que era el signo característico de las

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. II, pár. 1.º
(2) *Breviar. roman., die 26 april.*
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part 1.ª, cap. II, pár. 1.º

mismas. Esta opinión no parece probable, porque este signo hubiera sido un medio seguro de descubrir á los cristianos, durante la horrible persecución de que fueron objeto (1).

Varios escritores opinan que se llamó títulos á las iglesias, porque los presbíteros encargados de las mismas recibían el título y nombre de ellas.

La denominación de título proviene, según otros, del uso común en el antiguo testamento, de llamar con la expresada palabra á las piedras y aras erigidas para el culto del Señor (2).

Número de cardenales presbíteros, según los diferentes tiempos—Los títulos presbiterales ascendían al número de veinticinco en tiempo del papa S. Dionisio, que ocupó la cátedra romana en el año 259 (3), habiendo aumentado poco tiempo después hasta veintiocho (4).

Juan XXII, que ocupó la silla apostólica el año 1410, asignó á las cuatro iglesias patriarcales de S. Pedro, Santa María la Mayor, S. Pablo y S. Lorenzo, treinta y un presbíteros cardenales.

Sixto V dispuso que el número de cardenales presbíteros, fuese cincuenta, que habrían de estar asignados á igual número de títulos ó iglesias de la ciudad de Roma (5).

Origen de los Cardenales diáconos, y servicio encomendado á ellos.—Los Apóstoles crearon siete diáconos, y este número existió en Roma desde el principio de la predicación evangélica.

El papa S. Fabián, que ocupó la silla pontificia el año 136, les encargó el cuidado de las viudas, párvulos y enfermos dispersos en las catorce regiones de la ciudad de Roma, asignando dos regiones á cada diácono (6).

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. II, pár. 1.°
(3) Bouix: Id. ibid.
(4) Walter: *Derecho eccles. univ.*, lib. III, cap. I, pár. 126.
(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.°, pár. 1.°
(6) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 37.

Con motivo de haberse propagado considerablemente la fé cristiana en dicha ciudad, fué preciso aumentar los diáconos, y ascendió su número á catorce, para que de este modo se hallara uno al frente de cada diaconía ó región y atendieran más facilmente á las necesidades de los fieles en las casas hospitales y oratorios unidos á las mismas.

Razón de sus distintos nombres.—Los diáconos se denominaron *regionarios*, ó diáconos de la región primera, segunda, etc., según el distrito en que servían y al cual se hallaban adscritos.

Los grandes donativos de prédios rústicos y urbanos hechos á la Iglesia, y cuya administración corría á cargo de los diáconos, introdujo paulatinamente la novedad de que los diáconos no recibieran el nombre ó título de su respectiva región, sinó de las principales donaciones ó de los nombres de aquéllos que habían hecho la donación.

Su número.—Se deja consignado que en un principio fueron siete, y que después ascendió su número á catorce.

El papa Gregorio III, que fué elevado al pontificado el año 731, aumentó hasta diez y ocho el número de diáconos, disponiendo que los cuatro aumentados por él sirvieran en la Basílica de S. Juan de Letrán, y asistieran allí al Romano Pontífice cuando celebrara, dándoseles por esta razón el nombre de *cardenales palatinos*.

En 1410 existían diez y nueve cardenales diáconos, según documentos fidedignos (1).

Sixto V los redujo al número de catorce, determinando la diaconía ó título de cada uno.

Cardenales subdiáconos.—También existieron cardenales subdiáconos (2); pero en la actualidad solo existen los tres grados mencionados, y ascienden al número setenta (3).

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. II, pár. 2.
(2) Bouix: Id. ibid
(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª, art. 3.º, pár. 1.º, núm. 92.

Número total de Cardenales.—El número de Cardenales de la santa Iglesia romana no ha sido siempre el mismo, según se ha visto al tratar de los que corresponden á cada uno de sus distintos grados. Además, el concilio de Constanza y el de Basilea, dispusieron que el número total de Cardenales no pasara de veinte y cuatro (1).

Paulo IV ordenó que no pasaran de cuarenta; pero este mismo Papa aumentó después este número.

Pío IV y Gregorio XIII elevaron el número de cardenales á setenta y seis (2).

Finalmente: Sixto V fijó el número de cardenales en setenta, según el orden siguiente:—Seis obispos—cincuenta presbíteros —catorce diáconos.

Esta organización dada por Sixto V al colegio de cardenales está vigente.

Decano del Sacro Colegio, y sus prerrogativas.—Los cardenales constituyen un colegio ó corporación especial con ciertos cargos que afectan á dicho cuerpo, del mismo modo que se verifica en el cuerpo capitular ó cabildos catedrales.

El cuerpo cardenalicio tiene á su cabeza un presidente, que es el decano del Sacro Colegio, y este cargo corresponde *ipso jure* al más antiguo de los cardenales obispos, siempre que al verificarse la vacante del decanato se halle presente en la curia, ó no se haya ausentado sinó por causa pública y por disposición del Sumo Pontífice (3).

El decano tiene las siguientes prerrogativas:

1.ª Es obispo de Ostia, porque los cardenales tienen el derecho de opción, es decir, que verificada una vacante, pueden en el inmediato consistorio optar al título vacante en esta forma:

El cardenal presente en Roma puede optar al título vacante del mismo grado, dejando el suyo.

(1) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccles. disciplina*, part. 1.ª, lib. II, cap. 114.
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. II, pár. 1.º
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. XI.

El presbítero más antiguo, al de obispo más moderno (1).

El diácono más antiguo tiene derecho de opción al título de presbítero más moderno.

Por esta razón es siempre decano el obispo Ostia, porque corresponde el decanato al obispo más antiguo, y éste optar por la silla de Ostia; así que este obispado es la dignidad mayor después del Papa en la Iglesia de Dios, según decía el papa Alejandro IV (2).

2.ª Cuando el cardenal elevado á la silla apostólica no es obispo, corresponde su consagración al decano del Sacro Colegio (3).

3.° Cuando haya de tener lugar la coronación de un emperador, éste antes de ser coronado toma asiento después del cardenal decano, y si asiste al acto un rey, éste se coloca después del primer cardenal presbítero. El césar ya coronado tiene asiento entre el Papa y el primer cardenal obispo, y después de éste el rey (4).

4.° El cardenal decano es siempre el prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y Ceremonias, y secretario de la Congregación del Santo Oficio (5).

Organización del Colegio de Cardenales. — Los cargos existentes en esta corporación son los siguientes:

I. Un decano, que es el cardenal obispo más antiguo.

II. Un *Cardenal camarlengo*, que es el encargado de la administración de los bienes de la corporación (6).

III. Un *secretario* elgido por el Sacro Colegio á pluralidad de votos, y suele llamársele *clericus italus*, porque ha de ser

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 110.

(2) BOUIX: Id. ibid.

(3) BOUIX: Id. ibid.

(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. XI.

(5) BOUIX: Id. ibid.

(6) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, título I, tract. 2.°, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.°, pár. 1.°.

italiano y su cargo es cuidar de los libros y escrituras pertenecientes al *Sacro Colegio*.

Este secretario es también:

a) Secretario de la Sagrada Congregación consistorial, según dispuso Urbano VIII.

b) Es familiar del Romano Pontífice, y puede en este concepto usar hábitos morados como los cubicularios de honor.

c) Entra en los consistorios secretos con hábitos rojos y largos de lana, y él es el que pronuncia las palabras *extra omnes*, saliendo él mismo fuera del consistorio (1).

IV. Un *clérigo* al que se le dá el nombre de *clérigo nacional*. porque la elección se hace anualmente por los cardenales, y ha de recaer sucesivamente en un español, francés, inglés y alemán.

Este clérigo es el substituto del secretario, siendo su cargo suplirle en casos de legítimo impedimento (2).

V. Un *computista*, que interviene en los fondos ó rentas del Sacro Colegio, dando cuenta de todo al cardenal camarlengo (3).

Autoridad que les compete Sede plena.—El Sumo Pontífice elige del Colegio cardenalicio los primeros oficiales de las distintas dependencias como el—cardenal vicario—penitenciario—camarlengo de la Iglesia romana—procancelario ó vicecancelario, y prodatario, etc.

Se sirve de los individuos del Sacro Colegio, distribuyéndolos en las diversas congregaciones, y son en el consistorio su senado y consejo (4). En este concepto es obligación de ellos residir en Roma (5), á ménos que sean obispos de otros países (6).

Este deber, á la vez que distinguidísimo honor de los cardenales, se halla indicado por el santo Concilio de Trento que dice: *Quorum consilio apud sanctissimum ramanum Pontificem cum universalis Ecclesiæ administratio nitatur* (7).

(1) Bouix: Id. ibid., cap. X.I.
(2) Bouix: Id. ibid.
(3) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. XII.
(4) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid.
(5) Vecchiotti: *Inst. Canon*, lib. II, cap. III, pár. 38.
(6) Phillips: *Comp. Jur. eccles*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 110.
(7) Cap. I, *De Reformat*, sesión 25.

Si los Sumos pontífices necesitan el consentimiento de los cardenales en la resolución de los negocios árduos de la Iglesia.—Los Sumos Pontífices oyen á los cardenales en los negocios de mayor importancia para la Iglesia, y áun en los demás asuntos que ofrecen alguna gravedad; pero sobre este punto habrá de observarse:

a) Que el Sumo Pontífice obra válida y lícitamente prescindiendo del consentimiento de los cardenales en los negocios de leve importancia (1).

b) Que tampoco tiene necesidad del consentimiento de los cardenales para la validez y licitud de sus actos en los asuntos árduos, porque la plena potestad concedida al mismo, para regir y gobernar la Iglesia, excluye dicha intervención y consentimiento (2).

c) El Sumo Pontífice no necesita el consentimiento de los cardenales para proceder á la enajenación de los bienes de la Iglesia (3).

Decretales que prohiben al Papa enajenar los bienes de la Iglesia sin el asentimiento de los cardenales.—El papa S. Símaco dispuso en un concilio romano: *Non liceat Papæ prædium Ecclesiæ alienare aliquo modo pro aliqua necessitate, nec in usumfructum rura dare* (4).

Gregorio IX, en su constitución *Rex excelsus*, de 16 de Enero de 1234, declara nulas todas las enajenaciones de las cosas patrimoniales de la Sede Apostólica, si no se hacen *prævio consilio et assensu* de los cardenales.

Si obligan al Papa.—Estas disposiciones, lo mismo que otras posteriores, han sido derogadas por el uso y costumbre contraria; y por eso dice el cardenal Petra: *In praxi abiit in*

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VI, pár. 1.º, proposición 1.ª
(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VI, pár. 1.º, prop. 2.ª y 3.ª
(3) Bouix: Id. ibid., prop. 4.ª
(4) C. XX, quæst. 2.ª, causa 12.

desuetudinem dispositio citati canonis NON LICEAT, *et forma inducta ab hac constitutione Gregorii IX.*

Además el Romano Pontífice no podía en manera alguna quedar ligado por estos decretos de sus predecesores; porque, como dice el expresado cardenal Petra, el Papa está exento de las leyes, puesto que el igual no tiene potestad en su igual; y lo confirma con la decretal de Inocencio III, en la que se dice al arzobispo de Cantorbery: *Quamvis autem canon Lateranensis Concilii ab Alexandro præd. nost. editus, non legitimè genitos adeo persequatur, quod electionem talium innuit nullam esse: nobis tamen per eum adempta non fuit dispensandi facultas, cum ea non fuerit prohibentis intentio, qui sucessoribus suis nullum potuit in hac parte præjudicium generare, pari post eum (immo eadem) potestate functuris, cum non habeat imperium par in parem* (1).

El citado cardenal Petra apoya también esta doctrina en la decretal de Bonifacio VIII, que dice acerca de esto: *Quodque nobis licere non patimur, nostris successoribus indicamus* (2).

Esta es, por otra parte, la doctrina corriente entre los más distinguidos canonistas, y se fundan en que el legislador sólo puede obligar con su ley á los inferiores, no teniendo por lo tanto el Papa obligación de observar sus leyes ni las de sus predecesores, sinó únicamente *quantum ad vim directivam*, y esto cuando se refieren igualmente al Papa y á los demás fieles, como el precepto de la confesión anual, comunión pascual, ayuno, etcétera (3), en la hipótesis de que no las abrogue (4).

Si el Papa necesita contar con el sacro colegio para aumentar ó disminuir el número de cardenales ó para deponer á alguno de ellos.—El Sumo Pontífice no necesita el consentimiento del Colegio de cardenales para aumentar ó disminuir el número de cardenales, y de ello nos ofre-

(1) Cap. XX, tít. VI, lib. I, *Decret.*

(2) Cap. XV, tít. III, lib. I, *Sexti Decret.*

(3) REIFFENSTUEL: *Jus. Canonicum universum.*, lib. I *Decret.*, tit. II, número 267 y sig.

(4) BOUIX: *De Papa*, part 3.ª. sect. 5.ª, prop. 4.ª y 5.ª

ce repetidos ejemplos la historia, debiendo considerarse como meros consejos las disposiciones canónicas que fijan su número.

Por esto se vé que los papas han aumentado ó disminuido el número de cardenales, sin considerarse obligados á las leyes dadas por sus predecesores sobre la materia (1).

El Papa no tiene necesidad de contar con el consentimiento ni con el consejo del *Sacro Colegio* para deponer á alguno de sus miembros: así como tampoco respecto á la persona que trata de elevar á la alta dignidad del cardenalato, debiendo ser consideradas como puramente ceremoniales las palabras: *Quid vobis videtur*, que pronuncia en el consistorio (2).

Atribuciones del colegio de cardenales, Sede vacante.—Los cardenales en *Sede vacante* tienen las atribuciones siguientes:

1. El derecho de elegir Sumo Pontífice en la forma ya indicada en este título (3).

2. La jurisdicción de las sagradas congregaciones no concluye *Sede apostólica vacante* por más que no se acostumbre á ejercerla en cuanto á los negocios (4) más graves; así que=

a) El penitenciario mayor despacha los asuntos relativos al fuero interno (5).

b) El cardenal vicario rige la diócesis romana.

c) El cardenal camarlengo (6) de la Iglesia romana tiene la administración temporal con la asistencia del primer cardenal de obispos, primero del de presbíteros, y primer cardenal de diáconos (7).

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 37.
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VI, pár. 1.º, prop. 6.ª y 7.ª
(3) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, tomo II, lib. II, título IV, pár. 5.º
(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, pár. 3.º
(5) BENEDICTO XIV: Const. *Pastor Bonus*, dada en 1744.
(6) WALTER: *Derecho eccles. univ.* lib. III, cap. I, pár. 127.
(7) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 2.ª, cap. II, art. 1.º, pár. 1.º

3. En caso de disputarse entre dos ó más la silla apostólica, los cardenales tienen el derecho de convocar un concilio general (1), así como el de anatematizar al intruso, según las disposiciones del Derecho (2).

4. Pueden ejercer la jurisdicción pontificia, aún fuera del caso de un peligro inminente, porque si bien el decreto dado por Gregorio X en el Concilio general de Lyón, celebrado en 1274 (3) se lo prohibe, esta disposición fué revocada por Clemente V en el Concilio de Viena del año 1311 (4).

Cosas que se le prohiben.—El sacro colegio no puede hacer cosa alguna en lo siguiente:

a) No puede crear nuevos cardenales.

b) Le está prohibido conceder á los cardenales depuestos por el Papa y privados de sus derechos las facultades anejas al cardenalato.

c) Tampoco puede entregar las insignias á los cardenales nuevamente creados.

d) Se le prohibe crear obispos ó confirmar á los presentados.

e) Tiene prohibición de conferir beneficios.

f) Le está prohibido ejecutar los decretos de gracia ó de justicia dados por el Papa difunto (5).

Requisitos necesarios en general para ascender al cardenalato.—El nombramiento de cardenales ha de recaer en sujetos sobresalientes en virtudes, doctrina y experiencia en el manejo de los negocios, exigiéndolo así su elevadísimo cargo, y por esto el Concilio de Trento desea que los cardenales sean elegidos por el Pontífice, de todas las naciones de la cristiandad (6), añadiendo: *Eadem sancta synodus, tot gravissi-*

(1) Bouix: Id. ibid., prop. 6.ª
(2) C. 9, distinct. 79.
(3) Cap. III, tít. VI, lib. I, sext. Decret.
(4) Cap. II, tít. III, lib. I Clement.
(5) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. X, prop. 2.ª
(6) Cap. I, *De Reformat.*, sesión 24.

mis Ecclesiæ incommodis commota, non potest non commemorare, nihil magis Ecclesiæ Dei esse necessarium, quam ut beatissimus Romanus Pontifex, quam sollicitudinem universæ Ecclesiæ ex muneris sui officio debet, eam hic potissimum impendat, ut lectissimos tantum sibi cardinales asciscat (1).

Cualidades para obtener este cargo.—Las cualidades que se requieren para ascender al cardenalato pueden resumirse en las siguientes:

a) Han de tener las que se requieren para el episcopado, según el Concilio de Trento, que dice: *Ea vero omnia, et singula, quæ de episcoporum præficiendorum vita, ætate, doctrina cæteris qualitatibus alias in eadem synodo constituta sunt, decernit eadem, etiam in creatione sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalium, etiam si diaconi sint, exigenda* (2).

b) Se requiere la edad de 30 años para cardenal obispo—25 para cardenal presbítero—22 para cardenal diácono (3).

c) Es requisito indispensable para ascender al cardenalato haber recibido la primera tonsura y los cuatro órdenes menores, habiendo llevado por un año el traje clerical (4).

Si los hijos ilegítimos y los que tienen parientes en el sacro colegio podrán ser cardenales.—Los hijos ilegítimos, aunque hayan sido legitimados por subsiguiente matrimonio, no pueden ser promovidos al cardenalato, según la constitución *Postquam* de Sixto V (5).

Tampoco pueden ser elevados á esta dignidad los que ya tengan en el colegio cardenalicio un pariente de consanguinidad dentro del primero ó segundo grado (6).

Si el Papa puede prescindir de los requisitos

(1) Cap. I, *De Reformat.*, sesión 24.
(2) Cap. I, *De Reformat.*, sesión 24.
(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, ibid.
(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.°, pár. 3.°
(5) PHILLIPS: *Com. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 109.
(6) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VII, pár. 3.°

expresados.—Las cualidades prescritas no obligan (1) al Romano Pontífice, sinó en la parte que son de derecho natural, porque ya se deja manifestado que las leyes eclesiásticas no pueden producir otra obligación en el Romano Pontífice que la directiva (2).

En este sentido ha de tomarse el decreto tridentino respecto á la elección de los cardenales de entre todas las naciones de la cristiandad, lo mismo que este otro de Sixto V, que dice: *Inter hos septuaginta cardinales, præter egregios utriusque juris aut decretorum doctores, non desint aliquod insignes viri in sacra theologia magistri, præsertim ex regularibus, et mendicantium ordinibus assumendi, saltem quatuor, non tamen pauciores* (3).

Quién los nombra, y con qué solemnidades—El nombramiento de cardenales corresponde al Romano Pontífice (4), quien manifiesta de ordinario su voluntad en el consistorio, pronunciando públicamente los nombres de los interesados, ó los reserva *in pectore;* (5), pudiendo resumirse toda la ritualidad prescrita por el ceremonial romano en lo siguiente:

1. El Sumo Pontífice, después de haber tratado en el consistorio secreto de otros asuntos, dice á los eminentísimos cardenales *Habetis fratres:* y después de expresar los nombres de los que ha resuelto promover al cardenalato, añade *Quid vobis videtur?* Los cardenales descubren su cabeza, y se inclinan en señal de asentimiento, consignándose en seguida el decreto de promoción, y se promulga fuera del consistorio (6).

2. Si los promovidos se hallan en Roma, se dirijen con el traje usado hasta entónces, y sin acompañamiento, al Palacio

(1) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.º, párrafo 3.º

(2) Bouix: *De Curia Romana*, ibid.

(3) Bouix: Id. ibid., pár. 4.º

(4) Conc. Trid., cap. I *De Reformat.*, sesión 24.

(5) *Prælect. Jur. Canon. in seminar. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect. 2.ª art. 3.º, pár. 1.º, núm. 92.

(6) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VII, pár. 2.º

apostólico, y allí se presentan al Sumo Pontífice, acompañados de uno de los cardenales antiguos, recibiendo de su Santidad el birrete rojo.

Desde este momento hasta el consistorio público, en el que reciben las insignias, no pueden hacer ni recibir visita alguna pública con acompañamiento, ni los cardenales pueden visitarlos sin prévia licencia de Su Santidad.

3. Cuando el promovido está ausente de Roma, se manda un *ablegado*, que es uno de los familiares del Sumo Pontífice, para que le entregue el birrete rojo, debiendo jurar al recibirlo, bajo pena de inhabilidad y privación del cardenalato, que dentro del año visitará *limina Apostolorum*.

Existe la costumbre de que el agraciado haga un obsequio al familiar del Papa, y se reparte entre él y los demás cubiculários, participantes de Su Santidad.

4. Se reune después el consistorio público para entregar las insignias á los agraciados, y éstos, al ser llamados por Su Santidad, se inclinan profundamente, y acompañados del maestro de ceremonias, se colocan después del último cardenal presbítero, y á la vista de Su Santidad, con la cabeza descubierta

El Papa les dirige la palabra, y les habla brevemente de sus obligaciones y de la importancia de su dignidad, arrodillándose acto seguido los nuevos cardenales ante el Sumo Pontífice, á quien besan los piés, y después la mano y la cara (1).

Después y seguidamente reciben el signo de paz de los demás cardenales, y acto continuo el Sumo Pontífice les pone en la cabeza el sombrero rojo, diciéndoles su significado.

El Sumo Pontífice los cierra la boca, prohibiéndoles hablar en los consistorios y otras reuniones de los cardenales con el Papa, mientras no se les abra la boca.

5. El Sumo Pontífice manda en otro consistorio, que los nuevos cardenales salgan de allí, y después de consultar á los demás cardenales sobre si convendrá abrirles la boca, y obtenida

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VII, pár. 2.º

la respuesta afirmativa, los manda volver á entrar y pronuncia las palabras siguientes: *Aperimus vobis os, tam in collationibus quam in conciliis, atque in electione Summi Pontificis et in omnibus actibus, tam in consistorio quam extra, qui ad cardinales spectant. In nomine Patris, etc.*

6. Además del sombrero y birrete usan el *solideo rojo* y hábitos del mismo color.

Los cardenales de las órdenes regulares pueden llevar el traje del color propio de su órden, á excepción del solideo y birrete, que han de ser precisamente de color rojo.

Si éstas son de necesidad.—El nombramiento de cardenales puede hacerse por el Sumo Pontífice sin observar las ritualidades señaladas, ni forma determinada, bastando al efecto que exprese exteriormente su voluntad; puesto que son de derecho eclesiástico (1).

Decretos de Eugenio IV y S. Pio V sobre este punto.—El papa Eugenio IV decretó que los cardenales nombrados en el consistorio secreto no adquiriesen derecho alguno real ó nominal, y que no puedan reputarse cardenales hasta que reciban las insignias propias del cardenalato, á saber: el capelo, asignación de título, anillo, etc. Ordena además, que necesitan para tener voz y voto en la elección del Sumo Pontífice, *ut eis fuerit os apertum* (2).

Esta disposición de Eugenio IV no podía en manera alguna obligar á sus sucesores, según la doctrina que se deja consignada en este mismo capítulo; pero consta además que los romanos Pontífices, sucesores del citado Papa, concedieron de hecho los derechos del cardenalato á los promovidos en el consistorio antes de que recibiesen las insignias *et ante oris aperitionem* (3).

El papa S. Pio V declaró terminantemente: *Ut postquam*

(1) Bouix: Id. ibid., pár. 1.°
(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VIII, pár. 1.°, prop. 2.ª
(3) Bouix: Id. ibid., prop 3.ª

aliquis Sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalis creatus fuerit, honoremque acceperit et consensum suum dederit, is statim vocem et jus eligendi Romanum Pontificem habeat, et consequenter etiamsi cardinalatus galerus nondum illi traditus sit, neque os clausum, vel si clausum fuerit, nondum tamen apertum sit.

Privilegios de los cardenales.—Estos tienen privilegios correspondientes á su elevadísima jerarquía, en cuya virtud=

a) Les pertenece la elección del Sumo Pontífice (1).

b) Se ha de dar crédito á su dicho sin necesidad de comprobante alguno.

c) No les comprenden las reglas de Cancelaría sinó en lo favorable, á ménos que se haga expresa mención de ellos (2); lo cual tiene también aplicación respecto á las censuras eclesiásticas (3).

d) Sólo ellos tienen el título de *legados à latere*, cuando van á representar al Papa *extra curiam* (4).

e) Los privilegios concedidos á los obispos por el derecho se extienden á los cardenales, por la eminencia de su dignidad.

f) Las causas y pleitos entre los cardenales se deciden por solo el Sumo Pontífice.

g) Se considera como reos de lesa magestad á los que ofenden gravemente á los cardenales (5), cuya pena extendió León X, en su const. *Temerariorum* á los invasores del palacio ó casa de los cardenales.

h) Tienen sufragio decisivo en los concilios generales, y se emplean ritos especiales en su sepelio con arreglo á la bula *Præcipuum* de Benedicto XIV.

i) Perciben una renta anual de 4000 monedas de oro de los beneficios eclesiásticos que les están asignados, y si la renta de

(1) VECCHIOTTI: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 39.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 110.
(3) *Inst. Jur. eccles.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.º, pár. 2.º
(4) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.º pár. 2.º
(5) Cap. V, tít. IX, lib. V *sext. Decret.*

los mismos no llega á esta cantidad, se les abona 100 monedas de oro mensualmente (1).

Su jurisdicción y dentro de qué límites.—Tienen jurisdicción cuasi episcopal en sus títulos, y confieren la tonsura y órdenes menores á sus súbditos con arreglo á las observaciones que siguen (2).

I. Los seis cardenales suburbicarios no tienen títulos en Roma, sinó las iglesias ó diócesis próximas á dicha ciudad, y en ellas tienen jurisdicción, como *ordinarios* de las mismas; pero no pueden conferir órdenes á sus súbditos, sinó en sus respectivas diócesis, y únicamente les es permitido conferir la tonsura en la capilla del palacio que ocupan en Roma (3).

II. Tampoco pueden conceder dimisorias para órdenes á sus súbditos, sinó únicamente para el cardenal vicario, y cuando tienen en su diócesis sufragáneo, ó sea coadjutor, éste podrá conferir los órdenes siempre que los ordenandos hagan por diez dias ejercicios espirituales en alguna casa religiosa de Roma para cada orden mayor que hayan de recibir (4).

III. Los cardenales presbíteros tienen sus títulos en Roma, y los cardenales diáconos *diaconías*. Unos y otros tenían antiguamente territorio separado con jurisdicción en el clero y pueblo comprendido dentro de aquél; pero hace ya mucho tiempo que no tienen este privilegio, y según la constitución *Romanus pontifex*, de Inocencio XII, sólo tienen la jurisdicción doméstica en lo referente al servicio de la Iglesia, y ésta sólo en lo relativo á la disciplina y corrección de costumbres, en forma extrajudicial, sin que pueda extenderse á los excesos graves, ni al tribunal contencioso (5).

IV. Si dichos cardenales tienen carácter sacerdotal pueden

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 110.
(2) BOUIX: Id. ibid., cap. VIII.
(3) BOUIX: Id. ibid., quæst. 2.ª
(4) BENEDICTO XIV: Const. *Ad audietiam*, de 15 de Febrero de 1753.
(5) BOUIX: Id. ibid.

conferir en sus respectivos títulos la tonsura y órdenes menores á las personas adscriptas al servicio de la Iglesia de su título; pero, aunque estén consagrados de obispos, no pueden conferirles los órdenes mayores (1).

Sus insignias y títulos.—Todo lo relativo á estos puntos puede resumirse en lo siguiente:

I. Inocencio IV les concedió en 1244 el sombrero rojo (2).

Paulo II les concedió el birrete del mismo color.

Los vestidos de púrpura, que eran el distintivo de los legados *à latere*, se usaron después por todos los cardenales desde el tiempo de Benedicto VIII y del Concilio primero Lugdunense (3).

Estos distintivos se otorgaron á los cardenales seculares, y Gregorio XIV concedió en 1591, á los cardenales regulares el uso del birrete rojo (4); puesto que usan los vestidos propios de su instituto.

Los cardenales de la Compañía de Jesús llevan las mismas insignias que los demás cardenales seculares, porque no tienen como religiosos distintivo alguno (5).

Estos distintivos son signos exteriores de su elevadísima dignidad, no ménos que de la caridad, que debe arder en ellos hasta el punto de derramar su sangre, si fuere necesario, en defensa del Papa y de la Iglesia.

II. Urbano VIII concedió á los cardenales el título de *eminencia* ó *eminentísimos* del cual sólo pueden usar los electores eclesiásticos del imperio romano y el gran maestre de la Orden Melitense.

Este decreto, dado por Urbano VIII en 1630, fué confirmado por Inocencio X en una bula de 1645. En ella se ordena

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VIII, quæst. 2.ª
(2) Phillips: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 109.
(3) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 40.
(4) Vecchiotti: *Inst. Canon.*, lib. II, cap. III, pár. 40.
(5) *Inst. Jur. Canon*, por R de M., lib. V, cap. II, art. 1.º, pár. 2.º

además que no puedan usar de otros distintivos de familia ó de dignidad, bajo severas penas, porque nada hay más ilustre que el honor del cardenalato.

Precedencia.—Los cardenales obispos preceden á los cardenales presbíteros, y éstos á los diáconos, atendiéndose en cada uno de estos grados á la antigüedad para la precedencia (1).

Los cardenales ocupan el primer lugar después del Sumo Pontífice desde que se reservó á ellos la elección de Papa, y se les encargó el despacho de los asuntos más graves de la Iglesia (2), hallándose en su consecuencia, como dice Eugenio IV al arzobispo de Cantorbery (3), al frente del gobierno de la Iglesia universal con el Sumo Pontífice; así que, desde el primer Concilio de Lyón hasta el presente, preceden á las demás dignidades eclesiásticas en los concilios generales, cuya prerrogativa creen algunos escritores que los ha correspondido siempre de derecho y áun de hecho (4).

Se les considera como iguales en categoría á los príncipes no reinantes: y todo esto se funda en que ellos gobiernan la Iglesia según se deja manifestado, y juzgan á todos los grados de ella en nombre del Papa, jefe y cabeza de la Iglesia universal (5).

Su obligación en cuanto á la residencia.—Sobre este punto habrá de tenerse presente:

a) Que los cardenales, obispos de algunas diócesis, tienen obligación de residir en ellas, estando en un todo sujetos á las leyes sobre la residencia de los obispos (6); de manera que estos cardenales no pueden auxiliar al Sumo Pontífice, como lo requiere la naturaleza de su cargo; pero en cambio desempeñan

(1) *Inst. Jur. Canon.* por R. de M., ibid., pár. 1.°

(2) BERARDI: *Inst. de Derecho Eccles.*, part. 2.ª, lib. II, tít. IV, pár. 5.°

(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect 2.ª, art. 3.°, párrafo 1.°, núm. 94.

(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. V.

(5) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccl. disciplina* part. 1.ª, lib. II, cap. CXIII y CXIV.

(6) BENEDICTO XIV: Const. *Cum a nobis*, de 4 de Agosto de 1747.

ciertas comisiones pontificias en los respectivos paises, donde se hallan como obispos (1).

b) Los cardenales suburbicarios tienen residencia fija en Roma, desde cuyo punto pueden atender fácilmente á sus diócesis, habida consideración á su proximidad, no teniendo por lo mismo obligación de residir en sus diócesis.

c) Todos los demás cardenales tienen obligación de residir en la Curia Romana, á fin de auxiliar al Sumo Pontífice como lo requiere su cargo (2).

d) No pueden ausentarse de la Curia Romana sin licencia del Sumo Pontífice, quedando sujetos á graves penas los contraventores (3).

e) Los cardenales que son obispos de alguna diócesis, y que como tales tienen obligación de residir en ella, si van á Roma, no pueden ausentarse de esta ciudad sin licencia pontificia bajo severas penas (4).

Cesación en el cardenalato. — Esta elevadísima dignidad se pierde por—muerte—renuncia del interesado, admitida por el Papa—deposición por enormes delitos (5).

CAPÍTULO III.

LEGADOS PONTIFICIOS.

Significación de la palabra legado y su definición.—La palabra *legado* significa, *el que es enviado por otro para desempeñar una comisión ó ejercer un cargo.*

En este supuesto, se entiende por *legados* apostólicos; *Los ministros que hacen las veces de los Sumos Pontífices en las provincias, en virtud de la jurisdicción ordinaria ó extraordinaria recibida del Papa.*

(1) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VIII.
(2) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 109.
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 1.ª, cap. VIII.
(4) BENEDICTO XIV: Constit. *In regimine*, de 3 de Febrero de 1745.
(5) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 1.º, pár. 5.º

Motivo de su institución.—Como el Romano Pontífice tiene á su cuidado el gobierno de la Iglesia universal, y no puede visitar por sí mismo las distintas provincias cristianas (1), ha tenido necesidad de encargar á otros esta parte de su cargo, dándoles más ó menos facultades y por tiempo fijo ó ilimitado, para que, haciendo sus veces, ejerzan la jurisdicción que él mismo desempeñaría si estuviese presente.

Esta es la causa y motivo de la institución de estos enviados, que se conocen con el nombre de *legados* (2).

Autoridad del Sumo Pontífice para nombrarlos.—La potestad del Sumo Pontífice para mandar legados, que le representen en los distintos paises, sin necesidad de contar para ello con el poder civil del territorio (3), no puede ponerse en duda (4), y es una consecuencia necesaria del *primado*, en virtud del cual es, no sólo el centro de unidad y de comunión católica, sinó que le incumbe el cuidado y solicitud general y suprema en todas las iglesias. A este efecto conserva con su autoridad la unidad y pureza de la fé y de la disciplina general; promueve y defiende la observancia de los cánones, obliga á los prelados que faltan á su deber al cumplimiento de su cargo; suple su negligencia y sus faltas en la cura pastoral; defiende á los oprimidos y ayuda la insuficiencia é impotencia de otros; atiende, en una palabra, á todo aquello que pide la necesidad ó utilidad de la Iglesia universal ó el interés de un particular.

El desempeño de todos estos actos propios é inseparables del primado, requiere no pocas veces la presencia personal de la autoridad suprema, y como el Sumo Pontífice no puede acudir por sí mismo á esta necesidad, por impedírselo otras gravísimas atenciones de mayor importancia, llena su cometido y

(1) Cap. unic., tit. I, *Extravag. commun.*

(2) *Inst. Jur. Canon.*, por R. de M., lib. IV, cap. IV, art. 2, sect. 2.ª, prop. 4.ª

(3) *Prælect. Jur. Canon. in semin. S. Sulpit.*, part. 1.ª, sect 2.ª, art. 3.ª, párrafo 3.º, núm. 121.

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur. Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª cap. I, pár. 122.

desempeña su cargo, mandando legados con autoridad bastante, según la naturaleza de los asuntos en que hayan de entender (1).

El papa ha ejercido siempre esta potestad con más ó menos amplitud, según las distintas necesidades de la Iglesia, y como va aneja á la naturaleza misma de su cargo, no habría sido necesario tratar este punto á no haberse ensañado en él la herejía y el error.

La Facultad de Teología de Colonia condenó, á principios del siglo XVII (2), varias proposiciones contrarias á este derecho del papa en el libro *De Republica eclesiastica* de Marco Antonio de Dóminis.

Pio VI en su respuesta á los metropolitanos de Maguncia, Tréveris, Colonia y Salzburgo, deshace todos los sofismas empleados por los partidarios del error en contra de esta institución (3).

Sus principales especies, y distintos períodos de su historia.—Los legados pontificios se dividen en—*ordinarios y extraordinarios—apocrisarios y vicarios apostólicos*—legados *natos* y *missi*.

Pio VI en su respuesta *Super nunciaturis apostolicis*, distingue la historia de los legados en los tres períodos siguientes:

a) Desde el siglo IV al IX.

b) Desde el siglo IX al XV.

c) Desde el siglo XV hasta el presente (4).

Legados ordinarios y extraordinarios.—Se entiende por legados ordinarios: *los ministros enviados por el Papa para promover la disciplina, y entender en cualesquiera causas eclesiásticas de un territorio ó nación.*

Son legados extraordinarios, *los ministros enviados por el*

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 1.ª, cap. II.

(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 1.ª, cap. I.

(3) Bouix: Id. ibid.

(4) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.* lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.º, pár. 2.º.

Romano Pontífice á las provincias cristianas, para entender en un negocio especial.

El cargo de estos últimos terminaba en el momento que resolvían el asunto especial encomendado á ellos.

De esta clase eran los legados enviados por los Papas para presidir los concilios (1).

Apocrisarios, y su origen.—Estos legados, llamados también *responsales*, habitaban en la corte imperial para dar á conocer á los Emperadores las respuestas de los Pontífices, y á éstos las contestaciones de los príncipes.

De manera que pueden definirse: *Los ministros enviados por los Romanos Pontífices á Constantinopla para desempeñar en la corte imperial la misión encomendada á ellos.*

Hincmaro de Reims, escritor del siglo IX, dice sobre el origen de los apocrisarios lo siguiente: *Apocrisarii ministerium ex eo tempore sumpsit exordium, quando Constantinus magnus, sedem suam in civitate sua; quæ antea Bizantium vocabatur, ædificavit* (2).

La carta del papa S. León *el Grande* al emperador Marciano, en la que le recomienda al obispo Juliano *ut in vestro, sicut facere dignamini, habeatis affectu* (3) demuestra que ya ántes de su tiempo se acostumbraba á enviar esta clase de legados á la corte imperial, pudiendo por lo tanto asegurarse que se remonta su origen al siglo V lo más tarde.

Si eran legados ordinarios ó extraordinarios.—Los escritores cuestionan mucho sobre si los apocrisarios, eran ministros ó legados ordinarios ó extraordinarios, y como todos convienen en que hubo apocrisarios extraordinarios, paso á manifestar que los apocrisarios tuvieron también muchos de ellos el carácter de *ordinarios* (4), y que en este concepto residían de un modo estable en Constantinopla.

(1) BOUIX: Id. ibid, sect. 2.ª, cap. I.
(2) THOMASS.: *Vet. et nov. Eccles. discip.* lib. II, cap. 108, núm. 10.
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 1.ª, cap. III, pár. 1.º
(4) WALTER: *Derecho Eccles. univ.*, lib. III, cap. I, pár. 130.

Consta así por la citada carta de S. León, en la que se dice al Emperador sobre las cualidades del obispo Juliano: *Nam et de fidei ejus sinceritate confidens, vicem ipsi meam contra temporis hæreticos delegavi, atque propter ecclesiarum pacisque custodiam, ut à comitatu vestro non abesset exegi* (1).

Se vé en las últimas palabras citadas que este legado había de residir de un modo estable y permanente al lado del Emperador, así como que su jurisdicción no era escasa.

Esto mismo aparece de la carta dirigida al papa León II en 682 por el emperador Constantino Pogonato; diciéndose en ella que ruega á Su Santidad mande un apocrisario á la posible brevedad: *Ut is in regia et a Deo conservata nostra urbe degat, et in emergentibus sive dogmaticis, sive canonicis, ac prorsus in ecclesiasticis omnibus negotiis vestræ sanctitatis referat personam* (2).

Consta además por la historia, que muchos de los apocrisarios fueron enviados para conservar la disciplina ó restablecer su observancia en las provincias, lo cual supone estabilidad en ellos y una potestad muy ámplia (3).

Sus facultades.—Los apocrisarios *extraordinarios* no tenían otras facultades que las concernientes al asunto para que eran enviados (4).

Si eran *ordinarios*, les competían todas las facultades comunes á los legados de esta clase, que su resumen en lo siguiente:

a) Vigilar sobre las costumbres del pueblo cristiano, dictando al efecto cuantas disposiciones fuesen conducentes para corregir los vicios y promover las virtudes (5).

b) Sostener la unión y dependencia de los fieles del territorio

(1) Bouix: Id. ibid., sect. 1.ª, cap. III, pár. 1.º

(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 1.ª cap. III, pár. 1.º, prop. 2.ª

(3) Thomassino: *Vet et nov. Eccles. discip.* lib. II, cap. 107 y sigs.

(4) Berardi, *Commet. in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. IV.

(5) Cap. II, tít. XV, lib. I. *sext. Decret.*

con la Santa Sede, haciendo que sus autoridades eclesiásticas cumpliesen con los deberes propios de su cargo (1).

c) Promover la observancia de las constituciones pontificias y de todas las leyes eclesiásticas (2).

d) Dictar las disposiciones que considerasen convenientes ó necesarias para corregir los abusos; formar los expedientes de las personas designadas para obispos; dar cuenta al Sumo Pontífice del estado de la Iglesia en aquel territorio, etc. (3).

Vicarios apostólicos, y sus especies.—Se entiende por vicario apostólico: *El prelado nombrado por la Santa Sede, para que en nombre del Sumo Pontífice atienda al régimen espiritual de un territorio más ó ménos extenso.*

Se han conocido tres clases principales de estos legados, que son las siguientes:

a) Antiguos vicarios apostólicos.

b) Vicarios apostólicos para las misiones.

c) Vicarios apostólicos para las diócesis.

Antiguos vicarios apostólicos, y su origen.—Los antiguos vicarios apostólicos pueden definirse: *Los obispos de ciertas ciudades principales, á quienes la Santa Sede encomendaba el cargo de legados estables y permanentes.*

De estos legados hubo varios en los tiempos antiguos, tales como el de Tesalónica en el Ilírico; el de Arlés en Francia (4) etc.

Uno y otro datan desde los primeros siglos de la Iglesia (5), según lo demuestran entre otros documentos las siguientes palabras de Inocencio I al obispo de Tesalónica Anisio: *Cui etiam anteriores tanti, ac tales viri prædecessores mei episcopi, id est, sanctæ memoriæ Damasus, Siricius, atque supra memoratus vir*

(1) *Inst. Jur. Eccles.*, por R. de M., lib. V, cap. II, art. 3.º pár. 1.º

(2) *Inst. Jur. eccles.*, ibid.

(3) PHILLIPS: *Comp. Jur Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 122.

(4) C. X, dist. 100.—C. V, quæst. 2.ª, causa 25.—C. III y IX, quæst. 2.ª causa 25.

(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, cap. III, párs. 2.º y 3.º

(Anastasius) ita detulerunt, ut omnia quæ in illis partibus generentur sanctitati tuæ, quæ plena justitiæ est, traderent cognoscenda, meam quoque parvitatem hoc tenere judicium, eamdemque habere voluntatem te decet recognoscere (1).

Esto mismo consta respecto al vicariato de Arlés de las palabras siguientes del papa S. Hilario á Leoncio, obispo de aquella Iglesia: *Miramur fraternitatem tuam ita legis catholicæ immemorem esse, ut quædam iniqua et contra patrum nostrorum statuta, in provincia quæ ad monarchiam tuam pertinet, si ipse aut non vis, aut non potest, etiam nec nos silentii tui taciturnitate permittas corrigere* (2).

También son de época muy antigua los vicariatos apostólicos de Sevilla, Sicilia, etc. (3).

Su potestad.—Estos vicarios apostólicos (4) ejercían jurisdicción en los obispos del territorio, teniendo en su virtud facultad para visitar sus iglesias, ordenar á los metropolitanos, convocar y presidir los concilios, entender y juzgar muchas causas, dando cuenta á la Santa Sede del estado de las iglesias.

Esta legación, extraordinaria en un principio, pasó á ser ordinaria con motivo de haber sido constantemente renovada por los Sumos Pontífices (5).

Vicarios para las misiones, y sus especies.—Los vicarios apostólicos para las misiones pueden definirse: *Los ministros nombrados por la Santa Sede para ejercer en su nombre la jurisdicción episcopal, ó cuasi episcopal, en territorio donde no existe la jurisdicción ordinaria.*

Se dividen en—*vicarios apostólicos propiamente tales*,—y *prefectos apostólicos.*

(1) BOUIX: Ibid., pár. 2.º prop. 1.ª

(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, cap. III, párrafo 3.º

(3) BOUIX: Ibid., págs. 4.º, 5.º y 6.º

(4) BOUIX: Ibid., pár. 2.º y sig.

(5) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars special.*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.º, pár. 2.º

Vicarios propiamente apostólicos.—Estos vicarios se hallan investidos de carácter episcopal, y á este efecto se los promueve á título de una antigua iglesia *in partibus infidelium*.

Formación de sus expedientes.—Para su promoción al episcopado no se forma expediente *super statu Ecclesiæ*, ó de la diócesis, porque los paises que se les encargan no tienen silla episcopal, ni diócesis canónicamente erigida, y únicamente se observa (1).

a) Si el que ha de ser promovido se halla en Roma ó en Italia, ó hay en Roma dos testigos que lo conozcan y puedan dar testimonio de él, se hace el expediente informativo *super qualitatibus promovendi*, á presencia del auditor de la Cámara Apostólica (2).

b) Cuando el que ha de ser promovido no se halla en Italia, ni hay en Roma dos testigos que puedan deponer sobre sus cualidades, basta que sea juzgado idóneo por la sagrada Congregación de *Propaganda fide* (3).

c) Después del proceso informativo acerca de las cualidades de la persona que ha de ser promovida, ó del voto de la citada Congregación, se le expide el nombramiento, si consiente Su Santidad, y en él se consignan las facultades que se le confieren.

Prefectos apostólicos.—El nombramiento de éstos se hace para aquellos paises que, por el escaso número de habitantes ú otras circunstancias, no se considera conveniente nombrar un vicario apostólico con carácter episcopal, y aquél territorio no recibe el nombre de *vicariato*, sinó el de *prefectura apostólica*.

Los prefectos que allí se mandan, suelen tener facultad de

(1) Benedicto XIV: Const. *Gravissimum*.

(2) Huguenin: *Exposit. meth. Jur. Canon., pars specialis*, lib. I, tít. II, tract. 2.°, dissert. 1.ª, cap. I, art. 2.°, pár. 3.°

(3) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 4.ª, cap. II.

conferir el sacramento de la confirmación, á pesar de ser simples presbíteros (1).

En qué se distinguen de los vicarios para las misiones.—Los prefectos apostólicos se distinguen de los vicarios para las misiones en lo siguiente:

a) Los primeros son simples presbíteros y los vicarios tienen el carácter episcopal.

b) Sus facultades en las colonias son inferiores á las de los vicarios.

c) Los vicarios para las misiones tienen obligación de nombrar un vicario general, que á su fallecimiento se encargue del vicariato apostólico en nombre de Su Santidad, hasta que tome posesión el nuevo vicario que se nombre y esto no tiene aplicación á los prefectos apostólicos (2).

Autoridad de estos vicarios apostólicos.—Tienen todas las facultades que por derecho común corresponden á los obispos en sus diócesis, y se les dan otras atribuciones que, según el estilo de la curia romana, se llaman *formulæ secundæ* (3).

Paises regidos more missionum.—Se entiende por por paises regidos *more missionum, los territorios en que habiéndose restablecido la jurisdicción ordinaria, siguen dependiendo á petición suya de la sagrada congregación de Propaganda fide.*

Estos paises dependen, según se manifestó en otro lugar, de la sagrada congregación de *Propaganda fide* por más que en ellos existe la jurisdicción ordinaria.

Cómo se atiende en estos paises á las necesidades espirituales de los fieles sede vacante.—Sobre la manera de proveer á las necesidades espirituales de los fieles en casos de sede vacante, se halla dispuesto lo siguiente:

a) Que en donde exista cabildo de canónigos, éstos *sede*

(1) Bouix: Id. ibid., quæst. 2.ª

(2) Benedicto XIV: Const. *Quam ex sublimi* de 8 de Agosto de 1755.

(3) Benedicto XIV: Const. *Apostolicum* de 30 de Mayo de 1753.

episcopali vacante, proceden al nombramiento de vicario capitular, solos ó acompañados de otros eclesiásticos, si la costumbre les ha dado este derecho (1).

b) Cuando no existe dicho cabildo de canónigos, los párrocos solos, ó acompañados de otros eclesiásticos, según la costumbre que hubiere establecida, procederán, á la muerte del obispo de la diócesis, al nombramiento de vicario, observándose por los electores las reglas prescritas por el Concilio Tridentino (2).

c) Si los obispos de las citadas diócesis no tienen cabildo de canónigos ni párrocos, sinó algunos sacerdotes y misioneros dispersos por la diócesis, sin que puedan reunirse á la muerte del obispo, entónces el vicario general del obispo será tenido y considerado como vicario capitular con las facultades correspondientes á este cargo (3).

d) Los vicarios capitulares, lo mismo que los vicarios generales de estos paises, no necesitan hallarse adornados de los grados de doctor ó licenciado qne se requiere en las diócesis de la jurisdicción ordinaria (4).

e) Los obispos y vicarios de los paises regidos *more missionum*, dependen de la sagrada congregación de *Propaganda fide* (5).

Vicarios apostólicos para las diócesis, y sus especies.—Se entiende por estos vicarios: *Las personas eclesiásticas nombradas por la Santa Sede para ejercer la jurisdicción en una diócesis, en sede plena ó vacante.*

Se dice en la definición *las personas*, etc., porque de ordinario no suelen tener carácter episcopal, por más que existan ejemplos en contrario (6).

(1) Bouix: Id. ibid., quæst. 5.ª
(2) Benedicto XIV: Const. *Quam ex sublimi.*
(3) Bouix: Id. ibid.
(4) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 4.ª, cap. II, quæst. 5.ª
(5) Bouix: Id. ibid., quæst. 6.ª
(6) Bouix: Id. ibid., cap. III, § ú.. 1.º, quæst. 4.ª

Los vicarios apostólicos para las diócesis son de dos clases—unos se nombran *sede plena*—otros *sede vacante*.

Conviene tener presente esta distinción, porque no son unos mismos sus derechos, ni tampoco unas mismas las causas de su nombramiento.

Motivos de su nombramiento, sede plena.—Las causas en virtud de las cuáles se nombra vicario apostólico *sede episcopali plena*, son las siguientes:

a) Si el obispo gobierna mal la diócesis, ó es avaro, bajo, ó torpe.

b) Si es anciano.

c) Si está suspenso de la jurisdicción, ó se le va á procesar.

d) Si ha sido llamado á Roma, ó no reside en su diócesis.

e) Si no ha querido recibir al vicario general que se le ha mandado de Roma.

f) También procede ó existe causa bastante para el nombramiento de vicario apostólico, cuando así lo requiere la utilidad de la Iglesia ó median gravísimas consideraciones.

g) Cuando existe inhabilidad ó impedimento de parte del obispo (1).

Todas estas causas se reducen á una sola, que puede formularse diciendo que procede el nombramiento de vicario apostólico, cuando existe una causa grave para que el obispo, mediante culpa suya ó sin ella, sea removido de la administración de la diócesis, si bien no bastante para deponerle, y no es por otra parte conveniente el nombramiento de un coadjutor.

Benedicto XIV dice sobre este punto, que procede el nombramiento de vicario apostólico para el régimen espiritual de un territorio, cuyo obispo *aliqua ratione etiam sine vitio suo, aut culpa, impediatur, quominus proprium gregem per semetipsum pascere valeat* (2).

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 4.ª, cap. III, pár. 2.º

(2) *De Synod. dioces.*, lib. II, cap. X, número 2.

Su autoridad.—Las facultades y derechos del vicario apostólico en la diócesis, cuya administración se le encarga *sede episcopali plena*, pueden resumirse del modo siguiente:

1. Le corresponde todo el ejercicio de la jurisdicción, puesto que el obispo ha sido privado de ella (1), sin que el obispo tenga jurisdicción ni autoridad alguna en el vicario apostólico, no pudiendo por lo tanto proceder contra él.

2. Le pertenece admitir para la recepción de órdenes, á los que considere idóneos, y sean necesarios, ó útiles para la diócesis.

El obispo tiene el derecho de conferir el sacramento del orden, y el vicario no puede llamar para este acto á un obispo extraño, sinó en el caso de que aquel no quiera conferir órdenes, ó se le haya privado de su administración por la Santa Sede.

3. El vicario apostólico puede llamar á concurso para parroquias y hacer los nombramientos en los más idóneos, sin intervención alguna del obispo (2).

Puede celebrar sínodo diocesano, aunque será más seguro que pida facultad para ello á la Santa Sede, si en las letras de su nombramiento no se le concede esta facultad en términos expresos (3).

4. El vicario apostólico tiene facultad para designar al más digno de los aprobados en concurso, aún en el caso de haberse dejado al obispo el derecho de conferir los beneficios.

Con respecto á conceder dimisorias ó conferir beneficios ha de estarse á lo que se determine en el nombramiento (4).

Cosas que se le prohiben.—El vicario apostólico no puede entender en las causas civiles, criminales ó mixtas, concernientes á la persona del obispo, ni tampoco puede proceder

(1) BOUIX: Id. ibid., quæst. 2.ª
(2) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 4.ª, cap. III, pár. 2.º
(3) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. II, cap. X, núm. 10.
(4) BOUIX: Id. ibid.

contra el vicario general del obispo, sin facultad especial de la Santa Sede ó de la Sagrada Congregación.

El vicario apostólico no puede exigir del cabildo catedral que le acompañe de la iglesia á palacio, ni de éste á la iglesia, porque este derecho es personal al obispo.

Tampoco le corresponde hacer las funciones episcopales, hallándose ausente ó impedido el obispo (1).

Observación.—Por último, resta advertir que no siempre se nombra vicario apostólico en *sede plena*, aunque exista alguna de las cosas indicadas, y que algunas veces se nombra un *administrador apostólico*, teniendo esto lugar en casos extraordinarios, como si algún príncipe fuese nombrado para una iglesia sin tener la edad al efecto necesaria (2).

Causas para su nombramiento sede vacante.—Se nombran vicarios apostólicos *sede episcopali vacante*, cuando media alguna de las causas siguientes:

a) Si el obispo ha fallecido de muerte violenta.

b) Si el cabildo no se pone de acuerdo en el nombramiento ó elección de vicario capitular, por existir graves disensiones entre los canónigos, ó temerse que surjan con tal motivo.

c) Cuando el vicario capitular no es idóneo, ó es llamado á Roma.

d) Cuando la silla episcopal se halla vacante hace mucho tiempo, ó se teme que ha de tardar en proveerse.

e) Por último, si existe alguna causa poderosa para proveer á las necesidades de la diócesis por este medio (3).

Sus atribuciones.—La jurisdicción del vicario apostólico *sede vacante* es la misma que la del vicario capitular, perteneciéndole en su consecuencia la jurisdicción ordinaria en la diócesis, y en este concepto le compete lo siguiente:

(1) BOUIX: Id. ibid., quæst. 4.ª

(2) BENEDICTO XIV: *De Synodo diœcesana*, lib. XIII, cap. VI, núm. 5.

(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect.. 4.ª, cap. III, pár. 1.º

1. Puede conceder dimisorias después de trascurrir un año de la muerte del obispo.

También le pertenece proveer los beneficios de libre colación, á menos que sus facultades se hallen limitadas en cuanto á esto (1).

2. Puede conceder á un obispo extraño licencia de ejercer pontificales y de conferir órdenes.

También puede celebrar sínodo diocesano (2).

3. El vicario apostólico suele tener facultades muy superiores á las del vicario capitular, y á este efecto servirán de regla las letras de su nombramiento (3).

4. De las sentencias del vicario apostólico se apela al metropolitano, y no termina su jurisdicción por la vacante de la Sede Apostólica (4).

Legados natos, y su origen.— Se entiende por legados natos: *Los obispos que obtienen el cargo de legados de la Santa Sede en el mero hecho de tomar posesión de su silla.*

Esta especie de legados no se conocieron hasta el siglo IX, en cuyo tiempo desaparecieron casi por completo los antiguos vicarios apostólicos, de quienes son los sucesores en el cargo que venían ejerciendo en nombre de la Santa Sede (5), sin que se distingan de los citados vicarios apostólicos más que en el nombre y en sus menores atribuciones (6), como dice Pío VI.

Ya se dejá consignado que los antiguos vicarios apostólicos eran los obispos de ciertas sillas principales, á quienes la Santa Sede condecoraba con el cargo de vicarios suyos, y esto mismo tuvo lugar con respecto á los legados.

(1) Bouix: Id. ibid.
(2) Bouix: Id. ibid., quæst. 3.ª
(3) Bouix: Id. ibid.
(4) Bouix: Id. ibid.
(5) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 2.ª, cap. II.
(6) Bouix: Id. ibid., prop. 2.ª

Los Papas concedieron el honor de legados suyos á los metropolitanos de ciertas iglesias, y como se fué repitiendo esta distinción en sus sucesores, se concluyó por considerar esta dignidad como real, y no como personal, hallándose en este caso varios obispos de las distintas naciones (1).

Legados Missi y su origen.—Los legados *Missi* pueden definirse: *Los ministros mandados por el Papa á los distintos reinos para entender en determinados asuntos.*

Los Sumos Pontífices acostumbraron mandar á las provincias cristianas legados extraordinarios, siempre que lo consideraron conveniente: pero desde el siglo XI fueron más conocidos esta clase de legados (2), ya porque las facultades de los legados natos eran muy limitadas, ya porque carecían del prestigio necesario en los respectivos paises, efecto sin duda de algún abuso de autoridad, ó de la emulación con que eran mirados por los metropolitanos.

Por estas razones, la Santa Sede determinó mandar legados extraños al país, para que no pudieran tener interés en las cuestiones que surgiesen entre partes, procurando además que se presentaran en los distintos paises condecorados con alguna de las altas dignidades eclesiásticas, y que fueran aceptables á los soberanos (3), es decir, con todas las garantías que humanamente pueden apetecerse para el acierto.

Consecuencias de su misión extraordinaria.—Como estos legados no se hallaban en las provincias de un modo estable y permanente (4), sinó que eran mandados por la Santa Sede con una misión especial, y terminada ésta regresaban á su país, resultó necesariamente que las apelaciones de las sentencias de los metropolitanos habían de mandarse á Roma para su resolución, porque desde el momento que fué rechazada

(1) BERARDI: *Comment in Jus Eccles. univ.*, tomo I, dissert. 2.ª, cap. IV.
(2) BERARDI: *Comment. in Jus Eccles. univ.*, ibid.
(3) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 2.ª, cap. III, quæst. 1.ª
(4) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect 2.ª, cap. II, prop. 5.ª

la autoridad de los legados natos por parte de los obispos y metropolitanos, faltó dentro de las respectivas naciones una autoridad permanente, que en nombre de la suprema potestad eclesiástica entendiese en los negocios, y fallase las causas en última instancia.

Por esto dice Pio VI en su respuesta sobre las nunciaturas (1): *Si illis deficientibus qui stabili modo in provinciis et regnis vices Sanctæ Sedis obibant, debuerunt populi Romam deferre causarum omnia genera, id est, metropolitanorum atque episcoporum culpæ tribuendum: quos meritó proinde Thomassinus redarguit, quod unius ecclesiæ suæ decus prætulerint utilitati et honori omnium aut complurimarum regni ecclesiarum... Si autem metropolitani et episcopi questi sunt, quod causæ omnes tanto ipsorum incommodo Roman deferrentur, non aliorum culpæ id vertere debuissent, sed suæ.*

Especies de legados missi.—Los vicarios apostólicos y legados natos desaparecieron por las causas indicadas, y como los primados nacieron también sin grande autoridad, habiendo quedado reducidos á un mero título de honor, fué preciso atender á las necesidades diversas de los fieles por medio de los legados *missi*, pero dándoles un carácter estable y con facultades muy amplias, y éstos son los que han reemplazado á los que les precedieron, siendo desde el siglo XV los que se mandan á los distintos paises.

Los legados *missi* pueden ser—*cardenales*—y *no cardenales* (2).

Especies de legados cardenales.—Los legados cardenales son—*ordinarios* ó con jurisdicción estable—y *extraordinarios* ó para determinado negocio.

Los ordinarios se han venido nombrando únicamente para ciertas provincias de los Estados Pontificios, con el encargo de gobernarlas.

(1) Bouix: Id. ibid.

(2) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 2.ª, ap. III, quæst 2.ª

Los extraordinarios van á las distintas naciones para entender en algún asunto de gravedad, terminado el cual regresan á Roma.

Estos legados reciben también el nombre de legados *à latere* (1), porque salen de Roma y del lado del Papa, que les manda para desempeñar una misión en nombre suyo, siendo sus facultades superiores á las de los demás legados (2).

Legados no cardenales y sus especies.—Los legados no cardenales son: *Los ministros mandados por el Romano Pontífice á distintos territorios con jurisdicción estable y permanente.*

Estos legados se dividen en—*nuncios*—y *ablegados* ó *delegados.*

Nuncios y clases de nunciaturas.—Se entiende por nuncios, *los ministros mandados por el papa á las diversas naciones con jurisdicción estable y permanente.*

Las nunciaturas pueden ser—*de primer orden* –y *de segundo orden.*

Las de primer orden abren inmediatamente el camino para el cardenalato, y son las de España, Francia, Austria y Portugal, de modo que los nuncios de estos paises no suelen dejar su cargo, sinó mediante concesión de la púrpura.

Las nunciaturas de segundo orden son todas las demás.

Internuncios y pronuncios.—Se dá el nombre de internuncios, á los ministros que desempeñan las nunciaturas de segundo orden (3), porque esta palabra es inferior á la de nuncio en el uso diplomático.

La palabra *pronuncio* se emplea para designar á los nuncios elevados al cardenalato, y que siguen desempeñando aquel cargo (4).

(1) DEVOTI: *Inst. Canon*, lib. I, tít. III, sect. 2.ª, pár. 30.

(2) BOUIX: Id. ibid.

(3) HUGUENIN: *Exposit. meth. Jur. Canon.*, lib. I, tít. I, tract. 2.º, dissert 1.ª, cap. I, art. 2.ª, pár. 2.º

(4) PHILLIPS: *Comp. Jur Eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. I, pár. 124.

Ablegados ó delegados.—Se dá este nombre ú otro distinto del de nuncio ó legado á los ministros mandados por el papa á un territorio ó provincia de los estados pontificios para regirla ó gobernarla (1).

Facultades comunes á los legados.—Los derechos propios de los legados en sus diversas clases, que se van á consignar, están señalados en las decretales, y aunque se hallan considerablemente modificados por disposiciones posteriores, ó por haber caido en desuso, es preciso conocerlos para los casos en que las letras pontificias de su nombramiento, á las que habrá necesidad de acudir en la actualidad á fin de conocer sus facultades, consignan que se les confieren las atribuciones y potestad que por derecho les competen.

Los legados natos, los legados *a latere* y los nuncios, tenían de común en el ejercicio de la jurisdicción las facultades siguientes:

1. Jurisdicción ordinaria y moralmente universal en las provincias donde desempeñaban su cargo, con facultad de delegar, y sin que su jurisdicción terminara por muerte del Sumo Pontífice (2).

2. Entendían en segunda instancia en todas las causas eclesiásticas de la provincia que les estaba encomendada, y aun podían antes del Concilio de Trento conocer en primera instancia (3).

3. Tenían potestad legislativa; y en este concepto daban estatutos para promover la observancia de la disciplina, corregir los abusos, sostener en la obediencia á las distintas iglesias siendo regla general que podían en las provincias todo lo que puede el obispo en su diócesis, el metropolitano en la provincia y el primado en la nación (4).

(1) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 2.ª, cap. III, quæst. 2.ª

(2) Cap. II, tít. XV, lib. I *sext. Decret.*

(3) Cap. I, tít. XXX, lib. I *Decret.*—Concil. Trid., sesión 24, cap. XX *De Reformat.*

(4) Cap X, tít. XXX, lib I *Decret.*

4. Es igualmente regla general que los legados tenían en las respectivas provincias la misma potestad que el Papa ménos en los casos y negocios reservados á la Sede Apostólica (1).

5. Los legados *a latere* y los nuncios pueden conceder más de cien dias de indulgencia, siempre que no lleguen á un año; pero si tienen por objeto la visita de algún templo, pueden conceder siete años y siete cuarentenas (2).

Cosas que se les prohiben.—Los legados y nuncios no pueden interponer su valimiento con los príncipes ante quienes están acreditados, para obtener favores en beneficio propio ó de los suyos, ni para alcanzar dignidades, bajo pena de excomunión (3).

Tampoco pueden conferir órdenes ni expedir licencias de confesar (4).

No pueden ejercer los actos del culto y sagradas funciones en la iglesia ó diócesis del arzobispo sin su licencia (5).

Derechos de los legados a latere.—Estos tienen señaladas en el Derecho facultades y prerrogativas especiales, que pueden resumirse en lo siguiente:

1. Tienen facultad para ejercer las sagradas funciones en las iglesias del territorio sin licencia de sus respectivos ordinarios (6).

Los demás legados no pueden usar sus insignias, ni ejercer su cargo á presencia del legado *a latere* (7).

2. Tienen jurisdicción en los exentos, ménos en los casos reservados de un modo especial al Romano Pontífice (8).

(1) Cap. II, III, IV y V, tít. XXX, lib. I *Decret.*
(2) Bouix: *De Curia Romana* part. 4.ª, sect. 3.ª cap. I, pár. 2.º, prop. 9.ª
(3) Bouix: *De Curia Romana*, ibid, prop. 10.
(4) Bouix: Id. ibid., prop. 11.
(5) Bouix: Ibid., cap. II, pár. 1.º, prop. 6.ª
(6) Bouix: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 3.ª cap. II, pár. 1.º, prop. 6.ª
(7) Cap. VIII, tít. XXX, lib. I *Decret.*
(8) Cap. XXXVI, tít. VI, lib. I *sext. Decret.*

3. Pueden absolver de la excomunión por la persecución de un clérigo y esta facultad les compete desde el día en que salen de Roma hasta el de su regreso á la misma ciudad (1).

También pueden conferir los beneficios en concurrencia con los *colatores* ordinarios (2).

4. Se ha de dar crédito al cardenal que afirma hallarse investido del cargo de legado, sin necesidad de exhibir las letras de su nombramiento (3), siempre que se trate de aquellas facultades que suelen conferirse á esta clase de legados, y no cedan en perjuicio de tercero (4).

5. Los legados *a latere* son despedidos de Roma con gran consideración, y van acompañados de gran número de personas el punto que se les envía (5).

Situados en el territorio de su legación, preceden á los obispos, arzobispos y primados, teniendo en la iglesia un trono más elevado, y ejercen pontificales, dando la bendición ante los propios obispos del lugar.

Esta prerrogativa la tienen también respecto á los mismos cardenales, aun cuando sean más antiguos y de orden más elevado, porque llevan la representación de la Santa Sede (6).

6. Estos legados eran recibidos con gran honor por los príncipes, no siendo raro que los reyes diesen pruebas de humildad y reverencia, cediéndoles el lugar más distinguido, y de ello dá testimonio la historia (7).

(1) PHILLIPS: *Comp. Jur. eccles.*, lib. III, sect. 1.ª, cap. 1.º

(2) Cap. IV y IX.—Cap. VI, tít. XXX, lib. I *Decret.*—Cap. IV, tít. XV, libro I *sext. Decret.*

(3) BOUIX: Id. ibid, cap. II, pár. 1.º, prop 5.ª

(4) C. III, dist. 97.

(5) BOUIX: *De Curia Romana*, part. 4.ª, sect. 3.ª, cap. III.

(6) Cap XXIII, tit. XXXIII, lib. V *Decret.*—Cap. II, tít. XV, lib. I *sext. Decret.*

(7) THOMASSINO: *Vetus et nova Eccles. disciplina*, part. 1.ª, lib. II, capítulo CXIX, pár. 9.º

Prerrogativas de los nuncios.—Muchas son las facultades que se conceden por el Derecho á estos legados pontificios, y puede decirse que tienen todas las atribuciones propias de los ordinarios en sus diócesis (1).

Tienen facultad para absolver á los percusores de clérigos de la excomunión, en que han incurrido, pero no pueden ejercer este derecho ni aun en sus súbditos, fuera de la provincia ó territorio de su legación.

Sus limitaciones.—Los nuncios no pueden por razón de su legación, conferir *beneficios*, á ménos que se les dé esta potestad expresamente en las letras de su nombramiento (2).

Su jurisdicción no se extiende á los exentos, y por lo mismo no pueden obligarlos á seguir ante ellos sus litigios (3).

(1) Cap. II, tít. XV, lib. I *sext. Decret.*
(2) Cap. I, tít. XV, lib. I *sext. Decret.*
(3) Cap. XXXVI, tít. VI, lib. I *sext. Decret.*

APÉNDICES

NÚMERO 1.º

Concordato celebrado en 16 de Marzo de 1851 entre S. S. el Pontífice Pío IX, y S. M. católica, la Reina D.ª Isabel II.

EN EL NOMBRE DE LA SANTÍSIMA É INDIVIDUA TRINIDAD.

Deseando vivamente Su Santidad el Sumo Pontífice Pío IX proveer al bien de la religión y á la utilidad de la Iglesia de España con la solicitud pastoral con que atiende á todos los fieles católicos, y con especial benevolencia á la ínclita y devota Nación Española; y poseida del mismo deseo S. M. la Reina Católica Doña Isabel II por la piedad y sincera adhesión á la Sede Apostólica, heredadas de sus antecesores, han determinado celebrar un solemne Concordato, en el cual se arreglen todos los negocios eclesiásticos de una manera estable y canónica.

A este fin Su Santidad el Sumo Pontífice ha tenido á bien nombrar por su plenipotenciario al Excmo. Sr. D. Juan Brunelli, arzobispo de Tesalónica, prelado doméstico de Su Santidad, asistente al sólio pontificio y nuncio apostólico en los reinos de España con facultad de Legado *a latere*, y S. M. la Reina Católica al Excelentísimo Sr. D. Manuel Bertrán de Lis, caballero gran cruz de la Real y distinguida orden española de Cárlos III, de la de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, y de la de Francisco I de Nápoles, diputado á Córtes, y su Ministro de Estado, quienes después de entregadas mutuamente sus respectivas plenipotencias, y reconocida la autoridad de ellas, han convenido en lo siguiente:

Artículo 1.º La religión católica, apostólica, romana, que con exclusión de cualquiera otro culto continúa siendo la única de la Nación Española, se conservará siempre en los dominios de S. M. Católica con todos los derechos y prerrogativas de que debe de gozar según la ley de Dios y lo dispuesto por los sagrados cánones.

Art. 2.° En su consecuencia, la instrucción en las universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase será en todo conforme á la doctrina de la misma religión católica; y á este fin no se pondrá impedimento alguno á los obispos y demás prelados diocesanos encargados por su ministerio de velar sobre la pureza de la doctrina de la fé y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud, en el ejercicio de este cargo, áun en las escuelas públicas.

Art. 3.° Tampoco se pondrá impedimento alguno á dichos Prelados ni á los demás sagrados Ministros en el ejercicio de sus funciones, ni los molestará nadie bajo ningún pretexto en cuanto se refiera al cumplimiento de los deberes de su cargo; antes bien cuidarán todas las autoridades del reino de guardarles y de que se les guarde el respeto y consideración debidos, según los divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro ó menosprecio. S. M. y su Real Gobierno dispensarán asimismo su poderoso patrocinio y apoyo á los Obispos en los casos que le pidan, principalmente cuando hayan de oponerse á la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, ó cuando hubiere de impedirse la publicación, introducción ó circulación de libros malos y nocivos.

Art. 4.° En todas los demás cosas que pertenecen al derecho y ejercicio de la autoridad eclesiástica y al ministerio de las órdenes sagradas, los Obispos y el clero dependientes de ellos gozarán de la plena libertad que establecen los sagrados Cánones.

Art. 5.° En atención á las poderosas razones de necesidad y conveniencia que así lo persuaden, para la mayor comodidad y utilidad espiritual de los fieles, se hará una nueva división y circunscripción de Diócesis en toda la Península é islas adyacentes. Y al efecto se conservarán las actuales Sillas Metropolitanas de Toledo, Burgos, Granada, Santiago, Sevilla, Tarragona, Valencia y Zaragoza, y se elevará á esta clase la sufragánea de Valladolid.

Asimismo se conservarán las diócesis sufragáneas de Almería, Astorga, Avila, Badajoz, Barcelona, Cádiz, Calahorra, Canarias, Cartagena, Córdoba, Coria, Cuenca, Gerona, Guadix, Huesca, Jaén, Jaca, León, Lérida, Lugo, Málaga, Mallorca, Menorca, Mondoñedo, Orense, Orihuela, Osma, Oviedo, Palencia, Pamplona, Plasencia, Salamanca, Santander, Segorbe, Segovia, Sigüenza, Tarazona, Teruel, Tortosa, Tuy, Urgel, Vich y Zamora.

La diócesis de Albarracín quedará unida á la de Teruel; la de Barbastro á la de Huesca; la de Ceuta á la de Cádiz; la de Ciudad-Rodrigo á la de Salamanca; la de Ibiza á la de Mallorca; la de Solsona á la de Vich; la de Tenerife á la de Canarias, y la de Tudela á la de Pamplona.

Los prelados de las sillas á que se reunen otras añadirán al título de obispos de la Iglesia que presiden el de aquélla que se les une.

Se erigirán nuevas diócesis sufragáneas en Ciudad-Real, Madrid y Vitoria.

La silla episcopal de Calahorra y la Calzada se trasladará á Logroño, la de

Orihuela á Alicante, y la de Segorbe á Castellón de la Plana, cuando en estas ciudades se halle todo dispuesto al efecto y se estime oportuno, oidos los respectivos prelados y cabildos.

En los casos en que para el mejor servicio de alguna diócesis sea necesario un obispo auxiliar, se proveerá á esta necesidad en la forma canónica acostumbrada.

De la misma manera se establecerán vicarios generales en los puntos en que con motivo de la agregación de diócesis prevenida en este artículo, ó por otra justa causa, se creyeren necesarios, oyendo á los respectivos prelados.

En Ceuta y Tenerife se establecerán desde luego obispos auxiliares.

Art. 6.° La distribución de las diócesis referidas, en cuanto á la dependencia de sus respectivas metropolitanas, se hará como sigue:

Serán sufragáneas de la iglesia metropolitana de Búrgos, las de Calahorra ó Logroño, León, Osma, Palencia, Santander y Vitoria.

De la de Granada, las de Almería, Cartagena ó Murcia, Guadix, Jaén y Málaga.

De la de Santiago, las de Lugo, Mondoñedo, Orense, Oviedo y Tuy,

De la de Sevilla, las de Badajoz, Cádiz, Córdoba é islas Canarias.

De la de Tarragona, las de Barcelona, Gerona, Lérida, Tortosa, Urgel y Vich.

De la de Toledo, las de Ciudad-Real, Coria, Cuenca, Madrid, Plasencia y Sigüenza.

De la de Valencia, las de Mallorca, Menorca, Orihuela ó Alicante y Segorbe ó Castellón de la Plana.

De la de Valladolid, las de Astorga, Avila, Salamanca, Segovia y Zamora.

De la de Zaragoza, las de Huesca, Jaca, Pamplona, Tarazona y Teruel.

Art. 7.° Los nuevos límites y demarcación particular de las mencionadas Diócesis se determinarán con la posible brevedad y del modo debido *(servatis servandis)* por la Santa Sede, á cuyo efecto delegará el Nuncio apostólico en estos reinos las facultades necesarias para llevar á cabo la expresada demarcación, entendiéndose para ello *(collatis consiliis)* con el Gobierno de S. M.

Art. 8.° Todos los RR. Obispos y sus iglesias reconocerán la dependencia canónica de los respectivos Metropolitanos, y en su virtud cesarán las exenciones de los obispados de León y Oviedo.

Art. 9.° Siendo por una parte necesario y urgente acudir con el oportuno remedio á los graves inconvenientes que produce en la administración eclesiástica el territorio diseminado de las cuatro Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, y debiendo por otra parte conservarse cuidadosamente los gloriosos recuerdos de una institución que tantos servicios ha hecho á la Iglesia y al Estado, y las prerrogativas de los Reyes de España, como Grandes Maestres de las expresadas Ordenes por concesión apostólica, se designará en la nueva demarcación eclesiástica un determinado número de pueblos que formen coto re-

dondo, para que ejerza en él como hasta aquí el Gran Maestre la jurisdicción eclesiástica con entero arreglo á la expresada concesión y bulas pontificias.

El nuevo territorio se titulará *Priorato de las Ordenes militares*, y el prior tendrá el carácter episcopal con título de iglesia *in partibus*.

Los pueblos que actualmente pertenecen á dichas Ordenes militares, y no se incluyan en su nuevo territorio, se incorporarán á las diócesis respectivas.

Art. 10. Los M. RR. Arzobispos y RR. Obispos extenderán el ejercicio de su autoridad y jurisdicción ordinaria á todo el territorio que en la nueva circunscripción quede comprendido en sus respectivas diócesis; y por consiguiente los que hasta ahora por cualquier título la ejercían en distritos enclavados en otras diócesis cesarán en ella.

Art. 11. Cesarán también todas las jurisdicciones privilegiadas y exentas, cualesquiera que sean su clase y denominación, inclusa la de S. Juan de Jerusalén. Sus actuales territorios se reunirán á las respectivas diócesis en la nueva demarcación que se hará de ellas, según el art. 7.°, salvas las exenciones siguientes:

1.ª La del pro-capellan mayor de S. M.

2.ª La castrense.

3.ª La de las cuatro Ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa en los términos prefijados en el art. 9.° de este Concordato.

4.ª La de los prelados regulares.

5.ª La del Nuncio Apostólico *pro tempore* en la iglesia y hospital de Italianos de esta Corte.

Se conservarán también las facultades especiales que corresponden á la Comisaría general de Cruzada en cosas de su cargo, en virtud del breve de delegación y otras disposiciones apostólicas.

Art. 12. Se suprime la Colecturía general de espolios, vacantes y anualidades, quedando por ahora unida á la Comisaría general de Cruzada la comisión para administrar los efectos vacantes, recaudar los atrasos y sustanciar y terminar los negocios pendientes.

Queda asimismo suprimido el Tribunal apostólico y real de la gracia del Excusado.

Art. 13. El cabildo de las iglesias catedrales se compondrá del deán, que será siempre la primera silla *post pontificalem;* de cuatro dignidades, á saber: la de arcipreste, la de arcediano, la de chantre y la de maestrescuela, y además la de tesorero en las iglesias metropolitanas; de cuatro canónigos de oficio, á saber: el magistral, el doctoral, el lectoral y el penitenciario; y del número de canónigos de gracia que se expresan en el art. 17.

Habrá además en la iglesia de Toledo otras dos dignidades con los títulos respectivos de capellán mayor de Reyes y capellán mayor de Muzárabes; en la de Sevilla la dignidad de capellán mayor de San Fernando; en la de Granada la de capellán mayor de los Reyes Católicos, y en la de Oviedo la de abad de Covadonga.

Todos los individuos del cabildo tendrán en él igual voz y voto.

Art. 14. Los prelados podrán convocar el cabildo y presidirlo cuando lo crean conveniente; del mismo modo podrán presidir los ejercicios de oposición á prebendas.

En estos y cualesquiera otros actos, los prelados tendrán siempre el asiento preferente, sin que obste ningún privilegio ni costumbre en contrario, y se les tributarán todos los homenajes de consideración y respeto que se deben á su sagrado carácter y á su cualidad de cabeza de su iglesia y cabildo.

Cuando presidan, tendrán voz y voto en todos los asuntos que no les sean directamente personales, y su voto además será decisivo en caso de empate.

En toda elección ó nombramiento de personas qae corresponda al cabildo tendrá el prelado tres, cuatro ó cinco votos, según que el número de los capitulares sea de 16, 20 ó mayor de 20. En estos casos, cuando el prelado no asista al cabildo, pasará una comisión de él á recibir sus votos.

Cuando el prelado no presida el cabildo, lo presidirá el deán.

Art. 15. Siendo los cabildos catedrales el senado y consejo de los M. Reverendos Arzobispos y RR. Obispos, serán consultados por éstos para oir su dictamen ó para obtener su consentimiento, en los términos en que atendida la variedad de los negocios y de los casos, está prevenido por el derecho canónico, y especialmente por el sagrado Concilio de Trento. Cesará por consiguiente desde luego toda inmunidad, exención, privilegio, uso ó abuso que de cualquier modo se haya introducido en las diferentes iglesias de España en favor de los mismos cabildos con perjuicio de la autoridad ordinaria de los prelados.

Art. 16. Además de los Dignidades y Canónigos que componen exclusivamente el Cabildo, habrá en las iglesias catedrales Beneficiados ó Capellanes asistentes con el correspondiente número de otros Ministros y dependientes.

Así los Dignidades y Canónigos, como los Beneficiados ó Capellanes, aunque para el mejor servicio de las respectivas catedrales se hallen divididos en Presbiterales, Diaconales y Subdiaconales, deberán ser todos Presbíteros, según lo dispuesto por Su Santidad; y los que no lo fuesen al tomar posesión de sus beneficios, deberán serlo precisamente dentro del año, bajo las penas canónicas.

Art. 17. El número de Capitulares y Beneficiados en las iglesias metropolitanas será el siguiente:

Las iglesias de Toledo, Sevilla y Zaragoza tendrán veintiocho capitulares, y veinticuatro Beneficiados la de Toledo, veintidos la de Sevilla, y veintiocho la de Zaragoza.

Las de Tarragona, Valencia y Santiago, veintiseis Capitulares y veinte Beneficiados, y las de Burgos, Granada y Valladolid, veinticuatro Capitulares y veinte Beneficiados.

Las iglesias sufragáneas tendrán respectivamente el número de Capitulares y Beneficiados que se expresa á continuación:

Las de Barcelona, Cádiz, Córdoba, León, Malaga y Oviedo tendrán veinte

Capitulares y diez y seis Beneficiados. Las de Badajoz, Calahorra, Cartagena, Cuenca, Jaén, Lugo, Palencia, Pamplona, Salamanca y Santander, diez y ocho Capitulares y catorce Beneficiados. Las de Almería, Astorga, Avila, Canarias, Ciudad-Real, Coria, Gerona, Guadix, Huesca, Jaca, Lérida, Mallorca, Mondoñedo, Orense, Orihuela, Osma, Plasencia, Segorbe, Segovia, Sigüenza, Tarazona, Teruel, Tortosa, Tuy, Urgel, Vich, Victoria y Zamora, diez y seis Capitulares y doce Beneficiados.

La de Madrid tendrá veinte Capitulares y veinte Beneficiados, y la de Menorca doce Capitulares y veinte Beneficiados.

Art. 18. En subrogación de los cincuenta y dos beneficios expresados en el Concordato de 1753, se reservan á la libre provisión de Su Santidad la Dignidad de Chantre en todas las iglesias metropolitanas y en las sufragáneas de Astorga, Avila, Badajoz, Barcelona, Cádiz, Ciudad-Real, Cuenca, Guadix, Huesca, Jaén, Lugo, Málaga, Mondoñedo, Orihuela, Oviedo, Plasencia, Salamanca, Santander, Sigüenza, Tuy, Vitoria y Zamora; y en las demás sufragáneas una canongía de las de gracia, que quedará determinada por la primera provisión que haga Su Santidad. Estos beneficios se conferirán con arreglo al mismo Concordato.

La dignidad de Deán se proveerá siempre por S. M. en todas las iglesias y en cualquier tiempo y forma que vaque. Las canongías de oficio se proveerán, prévia oposición, por los Prelados y Cabildos. Las demás dignidades y canongías se proveerán en rigurosa alternativa por S. M. y los respectivos Arzobispos y Obispos. Los Beneficiados ó Capellanes asistentes se nombrarán alternativamente por S. M. y los Prelados y Cabildos.

Las prebendas, canongías y beneficios expresados que resulten vacantes por resigna ó por promoción del poseedor á otro beneficio, no siendo de los reservados á Su Santidad, serán siempre y en todo caso provistos por S. M.

Asimismo lo serán los que vaquen *sede vacante*, ó los que hayan dejado sin proveer los Prelados á quienes correspondía proveerlos al tiempo de su muerte, traslación ó renuncia.

Corresponderá asimismo á S. M. la primera provisión de las dignidades, canongías y capellanías de las nuevas catedrales y de las que se aumenten en la nueva metropolitana de Valladolid, á excepción de las reservadas á Su Santidad y de las canongías de oficio que se proveerán como de ordinario.

En todo caso los nombrados para los expresados beneficios deberán recibir la institución y colación canónicas de sus respectivos Ordinarios.

Art. 19. En atención á que, tanto por efecto de las pasadas vicisitudes, como por razón de las disposiciones del presente Concordato, han variado notablemente las circunstancias del pueblo español, Su Santidad por su parte, y S. M. la Reina por la suya, convienen en que no se conferirá ninguna dignidad, canongía ó beneficio de los que exigen personal residencia á los que por razón de cualquier otro cargo ó comisión están obligados á residir continuamente en otra parte. Tampoco se conferirá á los que estén en posesión de algún beneficio de la clase indicada

ninguno de aquellos cargos ó comisiones, á no ser que renuncien uno de dichos cargos ó beneficios, los cuales se declaran por consecuencia de todo punto incompatibles.

En la Capilla Real, sin embargo, podrá haber hasta seis prebendados de las iglesias catedrales de la Península; pero en ningún caso podrán ser nombrados los que ocupan las primeras sillas, los Canónigos de oficio, los que tienen cura de almas, ni dos de una misma iglesia.

Respecto de los que en la actualidad y en virtud de indultos especiales ó generales se hallen en posesión de dos ó más de estos beneficios, cargos ó comisiones, se tomarán desde luego las disposiciones necesarias para arreglar su situación á lo prevenido en el presente artículo, según las necesidades de la Iglesia y la variedad de los casos.

Art. 20. En sede vacante el Cabildo de la iglesia metropolitana ó sufragánea, en el término marcado y con arreglo á lo que previene el sagrado Concilio de Trento, nombrará un solo Vicario capitular, en cuya persona se refundirá toda la potestad ordinaria del Cabildo sin reserva ó limitación alguna por parte de él, y sin que pueda revocar el nombramiento una vez hecho ni hacer otro nuevo, quedando por consiguiente enteramente abolido todo privilegio, uso ó costumbre de administrar en cuerpo, de nombrar más de un Vicario ó cualquiera otro que bajo cualquier concepto sea contrario á lo dispuesto por los sagrados Cánones.

Art. 21. Además de la Capilla del Real Palacio se conservarán:

1.° La de Reyes y la de Muzárabe de Toledo y las de S. Fernando de Sevilla, y de los Reyes Católicos de Granada.

2.° Las Colegiatas sitas en capitales de provincia donde no exista Silla episcopal.

3.° Las de patronato particular cuyos patronos aseguren el exceso de gasto que ocasionará la Colegiata sobre el de iglesia parroquial.

4.° Las Colegiatas de Covadonga, Roncesvalles, S. Isidro de León, Sacro Monte de Granada, S Ildefonso, Alcalá de Henares y Jerez de la Frontera.

5.° Las Catedrales de las Sillas episcopales que se agreguen á otras en virtud de las disposiciones del presente Concordato, se conservarán como Colegiatas.

Todas las demás Colegiatas, cualquiera que sea su origen, antigüedad y fundación, quedarán reducidas, cuando las circunstancias locales no lo impidan, á iglesias parroquiales, con el número de Beneficiados que, además del Párroco se contemplen necesarios, tanto para el servicio parroquial como para el decoro del culto.

La conservación de las Capillas y Colegiatas expresadas deberá entenderse siempre con sujeción al Prelado de la Diócesis á que pertenezcan y con derogación de toda exención y jurisdicción *vere ó quasi nullius* que limite en lo más mínimo la nativa del Ordinario.

Las Iglesias Colegiatas serán siempre parroquiales, y se distinguirán con el nombre de parroquia mayor, si en el pueblo hubiese otra ú otras.

Art. 22. El cabildo de las colegiatas se compondrá de un abad presidente, que tendrá aneja la cura de almas, sin más autoridad ó jurisdicción que la directiva y económica de su iglesia y cabildo, de dos canónigos de oficio con los títulos de magistral y doctoral, y ocho canónigos de gracia. Habrá además seis beneficiados ó capellanes asistentes.

Art. 23. Las reglas establecidas en los artículos anteriores, así para la provisión de las prebendas y beneficios ó capellanías de las iglesias catedrales, como para el régimen de sus cabildos, se observarán puntualmente en todas sus partes respecto de las iglesias colegiatas.

Art. 24. A fin de que en todos los pueblos del reino se atienda con el esmero debido al culto religioso y á todas las necesidades del pasto espiritual, los muy reverendos arzobispos y reverendos obispos procederán desde luego á formar un nuevo arreglo y demarcación parroquial de sus respectivas diócesis, teniendo en cuenta la extensión y naturaleza del territorio y de la población y las demás circunstancias locales, oyendo á los cabildos catedrales, á los respectivos arciprestes y á los fiscales de los tribunales eclesiásticos, y tomando por su parte todas las disposiciones necesarias á fin de que pueda darse por concluido y ponerse en ejecución el precitado arreglo, previo el acuerdo del Gobierno de S. M., en el menor término posible.

Art. 25. Ningún cabildo ni corporación eclesiástica podrá tener aneja la cura de almas, y los curatos y vicarías perpetuas, que ántes estaban unidos *pleno jure* á alguna corporación, quedarán en todo sujetos al derecho común. Los coadjutores y dependientes de las parroquias y todos los eclesiásticos destinados al servicio de ermitas, santuarios, oratorios, capillas públicas ó iglesias no parroquiales, dependerán del cura propio de su respectivo territorio, y estarán subordinados á él en todo lo tocante al culto y funciones religiosas.

Art. 26. Todos los curatos, sin diferencia de pueblos, de clases ni del tiempo en que vaquen, se proveerán en concurso abierto con arreglo á lo dispuesto por el santo Concilio de Trento, formando los ordinarios ternas de los opositores aprobados, y dirigiéndolas á S. M. para que nombre entre los propuestos. Cesará por consiguiente el privilegio de patrimonialidad y la exclusiva ó preferencia que en algunas partes tenían los patrimoniales para la obtención de curatos y otros beneficios.

Los curatos de patronato eclesiástico se proveerán nombrando el patrono entre los de la terna que del modo ya dicho forman los prelados, y los de patronato laical nombrando el patrono entre aquéllos que acrediten haber sido aprobados en concurso abierto en la diócesis respectiva, señalándose á los que no se hallen en este caso el término de cuatro meses para que hagan constar haber sido aprobados sus ejercicios hechos en la forma indicada, salvo siempre el derecho del ordinario de examinar al presentado por el patrono si lo estima conveniente.

Los coadjutores de las parroquias serán nombrados por los ordinarios, prévio examen sinodal.

Art. 27. Se dictarán las medidas convenientes para conseguir, en cuanto sea posible, que por el nuevo arreglo eclesiástico no queden lastimados los derechos de los actuales poseedores de cualesquiera prebendas, beneficios ó cargos que hubieren de suprimirse á consecuencia de lo que en él se determina.

Art. 28. El Gobierno de S. M. Católica, sin perjuicio de establecer oportunamente, previo acuerdo con la Santa Sede y tan pronto como las circunstancias lo permitan, seminarios generales en que se dé la extensión conveniente á los estudios eclesiásticos, adoptarán por su parte las disposiciones oportunas para que se creen sin demora seminarios conciliares en las diócesis donde no se hallen establecidos, á fin de que en lo sucesivo no haya en los dominios españoles iglesia alguna que no tenga al ménos un seminario suficiente para la instrucción del clero.

Serán admitidos en los seminarios, y educados é instruidos del modo que establece el sagrado Concilio de Trento, los jóvenes que los arzobispos y obispos juzguen conveniente recibir, según la necesidad ó utilidad de las diócesis, y en todo lo que pertenece al arreglo de los seminarios, á la enseñanza y á la administración de sus bienes, se observarán los decretos del mismo Concilio de Trento.

Si de resultas de la nueva circunscripción de diócesis quedasen en algunas dos seminarios, uno en la capital actual del obispado y otra en la que se le ha de unir, se conservarán ambos mientras el Gobierno y los prelados de común acuerdo los consideren útiles.

Art. 29. A fin de que en toda la Península haya el número suficiente de ministros y operarios evangélicos, de quienes puedan valerse los prelados para hacer misiones en los pueblos de su diócesis, auxiliar á los párrocos, asistir á los enfermos, y para otras obras de caridad y utilidad pública, el Gobierno de S. M., que se propone mejorar oportunamente los colegios de Misiones para Ultramar, tomará desde luego las disposiciones convenientes para que se establezcan donde sea necesario, oyendo previamente á los prelados diocesanos, casas y congregaciones religiosas de S. Vicente Paul, San Felipe Neri y otra Orden de las aprobadas por la Santa Sede; las cuales servirán al propio tiempo de lugares de retiro para los eclesiásticos, para hacer ejercicios espirituales y para otros asuntos piadosos.

Art 30. Para que haya también casas religiosas de mujeres, en las cuales puedan seguir su vocación las que sean llamadas á la vida contemplativa y á la activa de la asistencia de los enfermos, enseñanza de niñas y otras obras y ocupaciones tan piadosas como útiles á los pueblos se conservará el Instituto de las Hijas de la Caridad bajo la dirección de los clérigos de San Vicente de Paul, procurando el Gobierno su fomento.

También se conservarán las casas de religiosas que á la vida contemplativa reunan la educación y enseñanza de niñas ú otras obras de caridad.

Respecto á las demás órdenes, los prelados ordinarios, atendidas todas las circunstancias de sus respectivas diócesis, propondrán las casas de religiosas en que convenga la admisión y profesión de novicias, y los ejercicios de enseñanza ó de caridad que sea conveniente establecer en ellas.

No se procederá á la profesión de ninguna religiosa sin que se asegure antes su subsistencia en debida forma.

Art. 31. La dotación del M. R. Arzobispo de Toledo será de 160.000 reales anuales.

La de los de Sevilla y Valencia de 150.000.

La de los de Granada y Santiago, de 140.000.

Y la de los de Búrgos, Tarragona, Valladolid y Zaragoza de 130.000.

La dotación de los RR. Obispos de Barcelona y Madrid será de 110.000 reales.

La de los de Cádiz, Cartagena, Córdoba y Málaga de 100.000.

La de los de Almería, Avila, Badajoz, Canarias, Cuenca, Gerona, Huesca, Jaén, León, Lérida, Lugo, Mallorca, Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Salamanca, Santander, Segovia, Teruel y Zamora, de 90.000 reales.

La de los de Astorga, Calahorra, Ciudad-Real, Coria, Guadix, Jaca, Menorca, Mondoñedo, Orihuela, Osma, Plasencia, Segorbe, Sigüenza, Tarazona, Tortosa, Tuy, Urgel, Vich y Vitoria de 80.000 reales.

La del Patriarca de las Indias, no siendo Arzobispo ú Obispo propio, de 150.000, deduciéndose en su caso de esta cantidad cualquiera otra que por vía de pensión eclesiástica ó en otro concepto percibiese del Estado.

Los prelados que sean cardenales disfrutarán de 20.000 rs. sobre su dotación.

Los obispos auxiliares de Ceuta y Tenerife, y el Prior de las Ordenes, tendrán 40.000 reales anuales.

Estas dotaciones no sufrirán descuento alguno ni por razón del coste de las bulas, que sufragará el Gobierno, ni por los demás gastos que por éstas puedan ocurrir en España.

Además, los Arzobispos y Obispos conservarán sus palacios y los jardines, huertas y casas que en cualquier parte de la diócesis hayan estado destinadas para su uso y recreo y no hubiesen sido enajenadas.

Queda derogada la actual legislación relativa á Espolios de los Arzobispos y Obispos, y en su consecuencia podrán disponer libremente, según les dicte su conciencia, de lo que dejaren al tiempo de su fallecimiento, sucediéndoles *ab intestato* los herederos legítimos con la misma obligación de conciencia: exceptuándose en uno y otro caso los ornamentos y pontificales, que se considerarán como propiedad de la Mitra, y pasarán á sus sucesores en ella.

Art. 32. La primera silla de la iglesia catedral de Toledo tendrá de dotación 24.000 rs., las de las demás iglesias metropolitanas 20.000, las de las iglesias sufragáneas 18.000, y las de las Colegiatas 15.000.

Los Dignidades y Canónigos de oficio de las iglesias metropolitanas tendrán 16.000 rs., los de las sufragáneas 14.000, y los Canónigos de oficio de las Colegiatas 8.000.

Los demás Canónigos tendrán 14.000 rs. en las iglesias metropolitanas, 12.000 en las sufragáneas, y 6.000 en las Colegiatas.

Los Beneficiados ó Capellanes asistentes tendrán 8.000 rs. en las iglesias metropolitanas, 6.000 en las sufragáneas, y 3.000 en las Colegiatas.

Art. 33. La dotación de los Curas en las parroquias urbanas será de 3.000 á 10.000 rs.: en las parroquias rurales el mínimum de la dotación será de 2.200.

Los Coadjutores y Ecónomos tendrán de 2.000 á 4.000 rs.

Además los Curas propios, y en su caso los Coadjutores, disfrutarán las casas destinadas á su habitación y los huertos y heredades que no se hayan enajenado, y que son conocidos con la denominación de Iglesiarios, Mansos ú otras.

También disfrutarán los Curas propios y sus Coadjutores la parte que les corresponda en los derechos de estola y pié de altar.

Art. 34. Para sufragar los gastos del culto tendrán las iglesias metropolitanas anualmente de 90 á 140.000 rs.; las sufragáneas de 70 á 90.000, y las Colegiatas de 20 á 30.000.

Para los gastos de administración y extraordinarios de visita tendrán de 20 á 35.000 rs. los metropolitanos, y de 16 á 20.000 los sufragáneos.

Para los gastos del culto parroquial se asignará á las iglesias respectivas una cantidad anual que no bajará de 1.000 rs. además de los emolumentos eventuales y de los derechos que por ciertas funciones estén fijados ó se fijaren para este objeto en los aranceles de las respectivas diócesis.

Art. 35. Los Seminarios conciliares tendrán de 90 á 120.000 rs. anuales, según sus circunstancias y necesidades.

El Gobierno de S. M. proveerá por los medios más conducentes á la subsistencia de las casas y congregaciones religiosas de que habla el art. 28.

En cuanto al mantenimiento de las comunidades religiosas se observará lo dispuesto en el art. 30.

Se devolverán desde luego y sin demora á las mismas, y en su representación á los Prelados diocesanos, en cuyo territorio se hallen los conventos ó se hallaban antes de las últimas vicisitudes, los bienes de su pertenencia que están en poder del Gobierno, y que no han sido enajenados. Pero teniendo S. S. en consideración el estado actual de estos bienes y otras particulares circunstancias, á fin de que con su producto pueda atenderse con más igualdad á los gastos del culto y otros generales, dispone que los Prelados, en nombre de las comunidades religiosas propietarias, procedan inmediatamente y sin demora á la venta de los expresados bienes por medio de subastas públicas hechas en la forma canónica y con intervención de persona nombrada por el Gobierno de S. M. El producto de estas ventas se convertirá en inscripciones intransferibles de la Deuda del Estado del 3 por 100, cuyo capital é intereses se distribuirán entre todos los referidos conventos en proporción de sus necesidades y circunstancias para atender á los gastos indicados y al pago de las pensiones de las religiosas que tengan derecho á percibirlas, sin perjuicio de que el Gobierno supla como hasta aquí lo que fuere necesario para el completo pago de dichas pensiones hasta el fallecimiento de las pensionadas.

Art. 36. Las dotaciones asignadas en los artículos anteriores para los gastos

del culto y del clero, se entenderán sin perjuicio del aumento que se pueda hacer en ellas cuando las circunstancias lo permitan. Sin embargo, cuando por razones especiales no alcance en algún caso particular alguna de las asignaciones expresadas en el art. 34, el Gobierno de S. M. proveerá lo conveniente al efecto: del mismo modo proveerá á los gastos de las reparaciones de los templos y demás edificios consagrados al culto.

Art. 37. El importe de la renta que se devengue en la vacante de las Sillas episcopales, deducidos los emolumentos del Ecónomo, que se diputará por el Cabildo en el acto de elegir al Vicario capitular, y los gastos para los reparos precisos del palacio episcopal, se aplicará por iguales partes en beneficio del Seminario conciliar y del nuevo Prelado.

Asimismo de las rentas que se devenguen en las vacantes de dignidades, Canonjías, parroquias y beneficios de cada diócesis, deducidas las respectivas cargas, se formará un cúmulo ó fondo de reserva á disposición del Ordinario para atender á los gastos extraordinarios é imprevistos de las iglesias y del clero como también á las necesidades graves y urgentes de la diócesis. Al propio efecto ingresará igualmente en el mencionado fondo de reserva la cantidad correspondiente á la duodécima parte de su dotación anual, que satisfarán por una vez dentro del primer año los nuevamente nombrados, para prebendas, curatos y otros beneficios; debiendo por tanto cesar todo otro descuento que por cualquier concepto, uso, disposición ó privilegio se hiciese anteriormente.

Ar. 38. Los fondos con que ha de atenderse á la dotación del Culto y del Clero serán:

1.° El producto de los bienes devueltos al Clero por la ley de 3 de Abril de 1845.

2.° El producto de las limosnas de la Santa Cruzada.

3.° Los productos de las Encomiendas y Maestrazgos de las cuatro Ordenes militares vacantes y que vacaren.

4.° Una imposición sobre las propiedades rusticas y urbanas y riqueza pecuaria en la cuota que sea necesario para completar la dotación, tomando en cuenta los productos expresados en los párrafos 1.°, 2.°, 3.°, y demás rentas que en lo sucesivo, y de acuerdo con la Santa Sede, se asignen á este objeto.

El clero recaudará esta imposición, percibiéndola en frutos, en especie ó en dinero, previo concierto que podrá celebrar con las provincias, con los pueblos, con las parroquias, ó con los particulares, y en los casos necesarios será auxiliado por las autoridades públicas en la cobranza de esta imposición, aplicando al efecto los medios establecidos para el cobro de las contribuciones.

Además se devolverán á la Iglesia desde luego y sin demora todos los bienes eclesiásticos no comprendidos en la expresada ley de 1845, y que todavía no hayan sido enajenados, inclusos los que restan de las comunidades religiosas de varones. Pero atendidas las circunstancias actuales de unos y otros bienes y la evidente utilidad que ha de resultar á la Iglesia, el Padre Santo dispone que su capi-

al se convierta inmediatamente y sin demora en inscripciones instransferibles de la Deuda del Estado del 3 por 100, observándose exactamente la forma y reglas establecidas en el art. 35 con referencia á la venta de los bienes de las religiosas.

Todos estos bienes serán imputados por su justo valor, rebajadas cualesquiera cargas, para los efectos de las disposiciones contenidas en este artículo.

Art. 39. El Gobierno de S. M., salvo el derecho propio de los Prelados diocesanos, dictará las disposiciones necesarias para que aquellos entre quienes se hayan distribuido los bienes de las capellanías y fundaciones piadosas aseguren los medios de cumplir las cargas á que dichos bienes estuviesen afectos.

Iguales disposiciones adoptará para que se cumplan del mismo modo las cargas piadosas que pesaren sobre los bienes eclesiásticos que han sido enajenados con este gravámen.

El Gobierno responderá siempre y exclusivamente de las impuestas sobre los bienes que se hubieren vendido por el Estado libres de esta obligación.

Art. 40. Se declara que todos los expresados bienes y rentas pertenecen en propiedad á la Iglesia, y que en su nombre se disfrutarán y administrarán por el Clero.

Los fondos de Cruzada se administrarán en cada diócesis por los Prelados diocesanos, como revestidos al efecto de las facultades de la Bula, para aplicarlos según está prevenido en la última prórroga de la relativa concesión apostólica, salvas las obligaciones que pesan sobre este ramo por convenios celebrados con la Santa Sede. El modo y forma en que deberá verificarse dicha administración se fijará de acuerdo entre el Santo Padre y S. M. Católica.

Igualmente administrarán los Prelados diocesanos los fondos del indulto cuadragesimal, aplicándolos á establecimientos de beneficencia y actos de caridad en las diócesis respectivas, con arreglo á las concesiones apostólicas.

Las demás facultades apostólicas relativas á este ramo y las atribuciones á ellas consiguientes se ejercerán por el Arzobispo de Toledo, en la extensión y forma que se determinará por la Santa Sede.

Art. 41. Además la Iglesia tendrá el derecho de adquirir por cualquier título legítimo, y su propiedad en todo lo que posee ahora ó adquiriese en adelante será solemnemente respetada. Por consiguiente, en cuanto á las antiguas y nuevas fundaciones eclesiásticas, no podrá hacerse ninguna supresión ó unión sin la intervención de la autoridad de la Santa Sede, salvas las facultades que competen á los Obispos según el Santo Concilio de Trento.

Art. 42. En este supuesto, atendida la utilidad que ha de resultar á la religión de este convenio, el Padre Santo, á instancia de S. M. Católica y para proveer á la tranquilidad pública, decreta y declara que los que durante las pasadas circunstancias hubiesen comprado en los dominios de España bienes eclesiásticos, al tenor de las disposiciones civiles á la sazón vigentes, y estén en posesión de ellos, y los que hayan sucedido ó sucedan en sus derechos á dichos compradores, no serán molestados en ningún tiempo ni manera por Su Santidad, ni por los Sumos

Pontífices sus sucesores; antes bien, así ellos como sus causa-habientes, disfrutarán segura y pacíficamente la propiedad de dichos bienes y sus emolumentos y productos.

Art. 43. Todo lo demás perteneciente á personas ó cosas eclesiásticas, sobre lo que se provee en los artículos anteriores, será dirigido y administrado según la disciplina de la Iglesia canónicamente vigente.

Art. 44 El Padre Santo y S. M. Católica declaran quedar salvas é ilesas las reales prerrogativas de la Corona de España, en conformidad á los convenios anteriormente celebrados entre ambas potestades. Y por tanto, los referidos convenios, y en especialidad el que se celebró entre el sumo pontífice Benedicto XIV y el rey católico Fernando VI en el año mil setecientos cincuenta y tres, se declaran confirmados, y seguirán en su pleno vigor en todo lo que no se altere ó modifique por el presente.

Art. 45. En virtud de este Concordato se tendrán por revocadas, en cuanto á él se oponen, las leyes, órdenes y decretos publicados hasta ahora, de cualquier modo y forma, en los dominios de España, y el mismo Concordato regirá para siempre en lo sucesivo como ley del Estado en los propios dominios. Y por tanto, una y otra de las partes contratantes prometen por sí y sucesores la fiel observancia de todos y cada uno de los artículos de que consta. Si en lo sucesivo ocurriese alguna dificultad, el Padre Santo y S. M. Católica se pondrán de acuerdo para resolverla amigablemente.

Art. 46 y último. El canje de las ratificaciones del presente Concordato se verificará en el término de dos meses, ó antes si fuere posible.

En fé de lo cual, Nos, los infrascritos plenipotenciarios, hemos firmado el presente Concordato, y selládolo con nuestro propio sello en Madrid á diez y seis de Marzo de mil ochocientos cincuenta y uno.—(Firmado).—JUAN BRUNELLI, Arzobispo de Tesalónica.—MANUEL BELTRÁN DE LIS.

RATIFICACIONES.

Este Concordato fué ratificado en el Palacio de Madrid en primero de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, y en Roma en veintitres del mismo mes y año, habiendo sido canjeadas las ratificaciones en el mismo Palacio en once de Mayo del mismo año. En cinco de Septiembre siguiente expidió Su Santidad las letras apostólicas sobre el enunciado Concordato, las cuales se mandaron publicar en la forma ordinaria en diez y siete de Octubre del referido año.

NÚMERO 2.º

Convenio entre la Santa Sede y el Gobierno español, adicional al Concordato, otorgado en 1859, y publicado como ley en 4 de Abril de 1860.

EN EL NOMBRE DE LA SANTÍSIMA É INDIVIDUA TRINIDAD.

El Sumo Pontífice Pío IX y Su Majestad Católica Doña Isabel II, Reina de España, queriendo proveer de común acuerdo al arreglo definitivo de la dotación del culto y clero en los dominios de S. M. en consonancia con el solemne Concordato de 16 de Marzo de 1851, han nombrado respectivamente por sus plenipotenciarios: Su Santidad al Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Santiago Antonelli, su Secretario de Estado;

Y Su Magestad al Excmo. Sr. D. Antonio de los Ríos y Rosas, su Embajador extraordinario cerca de la Santa Sede: los cuales, canjeados sus plenos poderes, han convenido en lo siguiente:

Artículo primero. El Gobierno de Su Majestad Católica, habida consideración á las lamentables vicisitudes por que han pasado los bienes eclesiásticos en diversas épocas; y deseando asegurar á la Iglesia perpétuamente la pacífica posesión de sus bienes y derechos, y prevenir todo motivo de que sea violado el solemne Concordato celebrado en 16 de Marzo de 1851, promete á la Santa Sede que en adelante no se hará ninguna venta, conmutación ni otra especie de enajenación de los dichos bienes sin la necesaria autorización de la misma Santa Sede.

Art. 2.º Queriendo llevar definitivamente á efecto de un modo seguro, estable é independiente el plan de dotación del culto y clero prescrito en el mismo Concordato, la Santa Sede y el Gobierno de Su Majestad Católica convienen en los puntos siguientes:

Art. 3.º Primeramente, el Gobierno de Su Majestad reconoce de nuevo formalmente el libre y pleno derecho de la Iglesia para adquirir, retener y usufructuar en propiedad y sin limitación ni reserva, toda especie de bienes y valores; quedando en consecuencia derogada por este Convenio cualquiera disposición que le sea contraria, y señaladamente y en cuanto se le oponga, la ley de 1.º de Mayo de 1855.

Los bienes que en virtud de este derecho adquiera y posea en adelante la Iglesia, no se computarán en la dotación que le está asignada por el Concordato.

Art. 4.º En virtud del mismo derecho, el Gobierno de Su Majestad reconoce á la Iglesia como propietaria absoluta de todos y de cada uno de los bienes que le fueron devueltos por el Concordato. Pero habida consideración al estado de deterioro de la mayor parte de los que aún no han sido enagenados, á su difícil admi-

nistración, y á los varios, contradictorios é inexactos cómputos de su valor en renta, circunstancias todas que han hecho hasta ahora la dotación del clero incierta y áun incóngrua, el Gobierno de Su Majestad ha propuesto á la Santa Sede una permutación, dándose á los Obispos la facultad de determinar, de acuerdo con sus cabildos, el precio de los bienes de la Iglesia, situados en sus respectivas diócesis, y ofreciendo aquél en cambio de todos ellos y mediante su cesión hecha al Estado, tantas inscripciones intransferibles del papel del tres por ciento de la Deuda pública consolidada de España, cuantas sean necesarias para cubrir el total valor de dichos bienes.

Art. 5.° La Santa Sede, deseosa de que se lleve inmediatamente á efecto una dotación cierta, segura é independiente para el culto y para el clero, oidos los Obispos de España y reconociendo en el caso actual y en el conjunto de todas las circunstancias, la mayor utilidad de la Iglesia, no ha encontrado dificultad en que dicha permutación se realice en la forma siguiente:

Art. 6.° Serán eximidos de la permutación y quedarán en propiedad á la Iglesia en cada diócesis todos los bienes enumerados en los artículos 31 y 33 del Concordato de 1851: á saber: los huertos, jardines, palacios y otros edificios, que en cualquier lugar de la diócesis estén destinados al uso y esparcimiento de los Obispos. También se le reservarán las casas destinadas á la habitación de los párrocos, con sus huertos y campos anejos, conocidos bajo las denominaciones de *iglesiarias*, *mansos*, y otras. Además retendrá la Iglesia en propiedad los edificios de los seminarios conciliares con sus anejos, y las bibliotecas y casas de corrección ó cárceles eclesiásticas, y en general todos los edificios que sirven en el dia para el culto, y los que se hallan destinados al uso y habitación del clero regular de ambos sexos, así como los que en adelante se destinen á tales objetos.

Ninguno de los bienes enumerados en este artículo podra imputarse en la dotación prescrita para el culto y clero en el Concordato.

En fin, siendo la utilidad de la Iglesia el motivo que induce á la Santa Sede á admitir la expresada permutación de valores, si en alguna diócesis estimare el Obispo que, por particulares circunstancias, conviene á la Iglesia retener alguna finca sita en ella, aquella finca podrá eximirse de la permutación, imputándose el importe de su renta en la dotación del clero.

Art. 7.° Hecha por los Obispos la estimación de los bienes sujetos á la permutación, se entregarán inmediatamente á aquéllos, títulos ó inscripciones intransferibles, así por el completo valor de los mismos bienes, como por el valor venal de los que han sido enagenados después del Concordato. Verificada la entrega, los Obispos, competentemente autorizados por la Sede Apostólica, harán al Estado formal cesión de todos los bienes que con arreglo á este Convenio están sujetos á la permutación.

Las inscripciones se imputarán al clero como parte integrante de su dotación y los respectivos diocesanos aplicarán sus réditos á cubrirla en el modo prescrito en el Concordato.

Art. 8.° Atendida la perentoriedad de las necesidades del clero, el Gobierno de Su Magestad se obliga á pagar mensualmente la renta considerada correspondiente á cada diócesis.

Art. 9.° En el caso de que por disposición de la autoridad temporal la renta del tres por ciento de la Deuda pública del Estado llegue á sufrir cualquiera disminución ó redención, el Gobierno de Su Magestad se obliga desde ahora á dar á la Iglesia tantas inscripciones intransferibles de la renta que se sustituya á la del tres por ciento, cuantas sean necesarias para cubrir íntegramente el importe anual de la que va á emitirse en favor de la Iglesia; de modo que esta renta no se ha de disminuir ni reducir en ninguna eventualidad ni en ningún tiempo.

Art. 10. Los bienes pertenecientes á capellanías colativas y á otras semejantes fundaciones piadosas familiares, que á causa de su peculiar índole y destino y de los diferentes derechos que en ellos radican no puedan comprenderse en la permutación y cesión de que aquí se trata, serán objeto de un convenio particular celebrado entre la Santa Sede y Su Majestad Católica.

Art. 11. El Gobierno de Su Majestad, confirmando lo estipulado en el artículo 39 del Concordato, se obliga de nuevo á satisfacer á la Iglesia en la forma que de común acuerdo se convenga, por razón de las cargas impuestas, ya sobre los bienes vendidos como libres por el Estado, ya sobre los que ahora se le ceden, una cantidad alzada que guarde la posible proporción con las mismas cargas. También se compromete á cumplir por su parte en términos hábiles las obligaciones que contrajo el Estado por los párrafos primero y segundo de dicho artículo.

Se instituirá una Comisión mixta con el carácter de consultiva, que en el término de un año reconozca las cargas que pesan sobre los bienes mencionados en el párrafo primero de este artículo, y proponga la cantidad alzada que en razón de ellas ha de satisfacer el Estado.

Art. 12. Los Obispos, en conformidad de lo dispuesto en el art. 35 del Concordato, distribuirán entre los conventos de monjas existentes en sus respectivas diócesis las inscripciones intransferibles correspondientes ya á los bienes de su propiedad, que ahora se cedan al Estado, ya á los de la misma procedencia que se hubieren vendido en virtud de dicho Concordato ó de la ley de 1.° de Mayo de 1855. La renta de estas inscripciones se imputará á dichos conventos como parte de su dotación.

Art. 13. Queda en su fuerza y vigor lo dispuesto en el Concordato acerca del suplemento que ha de dar el Estado para pago de las pensiones de los religiosos de ambos sexos, como también cuanto se prescribe en los artículos 35 y 36 del mismo acerca del mantenimiento de las casas y congregaciones religiosas que se establezcan en la Península, y acerca de la reparación de los templos y otros edificios destinados al Culto. El Estado se obliga además á construir á sus expensas las iglesias que se consideren necesarias, á conceder pensiones á los pocos religiosos existentes, legos exclaustrados, y á proveer á la dotación de las monjas de oficio, capellanes, sacristanes y culto de las iglesias de religiosas en cada diócesis.

Art. 14. La renta de la santa Cruzada, que hace parte de la actual dotación, se destinará exclusivamente en adelante á los gastos del Culto, salvas las obligaciones que pesan sobre aquellas por convenios celebrados con la Santa Sede.

El importe anual de la misma renta, se computará por el año común del último quinquenio en una cantidad fija, que se determinará de acuerdo entre la Iglesia y el Estado.

El Estado suplirá, como hasta aquí, la cantidad que falte para cubrir la asignación concedida al culto por el art. 34 del Concordato.

Art. 15. Se declara propiedad de la Iglesia la imposición anual que para completar su dotación se estableció en el párrafo cuarto del art. 38 del Concordato, y se repartirá y cobrará dicha imposición en los términos allí definidos. Sin embargo, el Gobierno de S. M. se obliga á acceder á toda instancia que por motivos locales, ó por cualquier otra causa le hagan los Obispos para convertir las cuotas de imposición correspondientes á las respectivas diócesis en inscripciones intrasferibles de la referida Deuda consolidada, bajo las condiciones y en los términos definidos en los artículos 7.º, 8.º y 9.º de este convenio.

Art. 16. A fin de conocer exactamente la cantidad á que debe ascender la mencionada imposición, cada Obispo, de acuerdo con su Cabildo, hará á la mayor brevedad un presupuesto definitivo de la dotación de su diócesis, ateniéndose al formularlo á las prescripciones del Concordato. Y para determinar fijamente en cada caso las asignaciones respecto de las cuales se ha establecido en aquel un *máximum* y un *mínimum*, podrán los obispos, de acuerdo con el Gobierno, optar por un término medio cuando así lo exijan las necesidades de las iglesias y todas las demás circunstancias atendibles.

Art. 17. Se procederá inmediatamente á la nueva circunscripción de parroquias, al tenor de lo conferenciado y concertado ya entre ambas potestades.

Art. 18. El Gobierno de S. M., conformándose á lo prescripto en el art. 36 del Concordato, acogerá las razonables propuestas que para aumento de asignaciones le hagan los Obispos en los casos previstos en dicho artículo, y señaladamente las relativas á seminarios.

Art. 19. El Gobierno de S. M., correspondiendo á los deseos de la Santa Sede, y queriendo dar un nuevo testimonio de su firme disposición á promover, no sólo los intereses materiales, sinó también los espirituales de la Iglesia, declara que no pondrá óbice á la celebración de Sínodos diocesanos cuando los respectivos Prelados estimen conveniente convocarlos.

Asimismo declara que sobre la celebración de Sínodos provinciales y sobre otros varios puntos árduos é importantes, se propone ponerse de acuerdo con la Santa Sede, consultando el mayor bien y explendor de la Iglesia.

Por último, declara que cooperará por su parte con toda eficacia á fin de que se lleven á efecto sin demora las disposiciones del Concordato que aún se hallan pendientes de ejecución.

Art. 20. En vista de las ventajas que de este nuevo convenio resultan á la Igle-

sia, Su Santidad, acogiendo las repetidas instancias de S. M. Católica, ha acordado extender, como de hecho extiende, el benigno saneamiento contenido en el artículo 42 del Concordato á los bienes aclesiásticos enajenados á consecuencia de la referida ley de 1.º de Mayo de 1855.

Art. 21. El presente convenio, adicional al solemne y vigente Concordato celebrado en 16 de Marzo de 1851, se guardará en España perpétuamente como ley del Estado, del mismo modo que dicho Concordato.

Art. 22. El canje de las ratificaciones del presente convenio se verificará en el término de tres meses, ó ántes si fuese posible.

En fé de lo cual los infrascritos plenipotenciarios han firmado y sellado el presente convenio con sus respectivos sellos.

Dado en Roma en dos ejemplares á 25 de Agosto de 1859.

Firmado, Santiago, Cardenal Antonelli.—(Lugar del sello).—Firmado, Antonio de los Rios y Rosas.—(Lugar del sello).

Por tanto: mandamos á todos los tribunales, justicias, jefes, gobernadores y demás autoridades, así civiles como militares, y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar la presente ley en todas sus partes.

Dado en Palacio á cuatro de Abril de mil ochocientos sesenta.—Yo la Reina. —El Ministro de Gracia y Justicia, Santiago Fernandez Negrete.

NÚMERO 3.º

Serie cronológica de los Romanos Pontífices.

1.º S. Pedro gobernó la iglesia de Roma, desde el año 42 ó 43 hasta el 67 ó 68.
2.º S. Lino desde el 67 ó 68 al 79 ú 80.
3.º S. Cleto desde el 80 al 91.
4.º S. Clemente I desde el 91 al 102.
5.º S. Anacleto desde el 102 al 110.
6.º S. Evaristo desde el 110 al 118.
7.º S. Alejandro I desde el 118 al 129.
8.º S. Sixto I desde el 129 al 139.
9.º S. Telesforo desde el 139 al 150.
10 S. Higinio desde el 150 al 154.
11 S. Pio I desde el 154 al 165.
12 S. Aniceto desde el 165 al 175.
13 S. Sotero desde el 175 al 182.
14 S. Eleuterio desde el 182 al 195.
15 S. Victor I desde el 195 al 204.

16 S. Ceferino *(Zepherinus)* desde el 204 al 222.
17 S. Calixto I desde el 222 al 227.
18 S. Urbano I desde el 227 al 233.
19 S. Ponciano desde el 233 al 237.
20 S. Antero desde el 237 al 238.
21 S. Fabián desde el 238 al 253.
22 S. Cornelio desde el 254 al 256.
Novaciano, primer antipapa, en 254.
23 S. Lucio I desde el 256 al 258.
24 S. Estéban I desde el 258 al 261.
25 S. Sixto II desde el 261 al 262.
26 S. Dionisio desde el 262 al 272.
27 S. Félix I desde el 273 al 275.
28 S. Eutiquiano desde el 275 al 283.
29 S. Cayo desde el 283 al 296.
30 S. Marcelino desde el 296 al 304.
31 S. Marcelo I desde el 308 al 310.
32 S. Eusebio en el año 310.
33 S. Melquiades desde el 311 al 313.
34 S. Silvestre I desde el 314 al 335.
35 S. Marcos el 336.
36 S. Julio I desde el 336 al 352.
37 S. Liberio desde el 352 al 366.
38 S. Félix II desde el 366 al 367.
39 S. Dámaso I desde el 367 al 384.
Ursicino, 2.° antipapa, en 367.
40 S. Siricio desde el 385 al 398.
41 S. Anastasio I desde el 398 al 402.
42 S. Inocencio I desde el 402 al 417.
43 S. Zósimo desde el 417 al 418.
44 S. Bonifacio I desde el 418 al 422.
Eulalio, 3.° antipapa, en 418.
45 S. Celestino I desde el 422 al 432.
46 S. Sixto III desde el 432 al 440.
47 S. León I desde el 440 al 461.
48 S. Hilario desde el 461 al 467.
49 S. Simplicio desde el 467 al 483.
50 S. Félix III desde el 483 al 492.
51 S. Gelasio I desde el 492 al 496.
52 S. Anastasio II desde el 496 al 498.
53 S. Símaco desde el 498 al 514.
Lorenzo, 4.° antipapa, en 498.

54 S. Hormisdas desde el 514 al 523.
55 S. Juan I desde el 523 al 526.
56 S. Félix IV desde el 526 al 530.
57 Bonifacio II desde el 530 al 532.
Dióscoro, 5.° antipapa, en 530.
58 S. Juan II desde el 533 al 535.
59 S. Agapito I desde el 535 al 536.
60 S. Silverio desde el 536 al 538.
61 Vigilio desde el 538 al 555.
62 Pelagio I desde el 555 al 560.
63 Juan III desde el 560 al 573.
64 Benedicto I desde el 574 al 578.
65 Pelagio II desde el 578 al 590.
66 S. Gregorio I desde el 590 al 604.
67 Sabiniano desde el 604 al 605.
68 Bonifacio III en 606.
69 S. Bonifacio IV desde el 607 al 614.
70 S. Deusdedit desde el 614 al 617.
71 Bonifacio V desde el 617 al 625.
72 Honorio I desde el 626 al 638.
73 Severino en 640.
74 Juan IV desde el 640 al 642.
75 Teodoro I desde el 642 al 649.
76 S. Martín I desde el 649 al 655.
77 S. Eugenio I desde el 655 al 658.
78 Vitaliano desde el 658 al 672.
79 Adeodato desde el 672 al 676.
80 Dono I desde el 676 al 678.
81 S. Agatón desde el 678 al 682.
82 S. León II desde el 682 al 683.
83 S. Benedicto II desde el 684 al 685.
84 Juan V desde el 685 al 686.
85 Conon desde el 686 al 687.
86 S. Sergio I desde el 687 al 701.
Teodoro y Pascual, 6.° antipapas, en 687.
87 Juan VI desde el 701 al 705.
88 Juan VII desde el 705 al 707.
89 Sisinio en 708.
90 Constantino desde el 708 al 715.
91 S. Gregorio II desde el 715 al 731.
92 S. Gregorio III desde el 731 al 741.
93 S. Zacarías desde el 741 al 752.

94 Esteban II desde el 752 al 757.
95 S. Paulo I desde el 757 al 767.
96 Estéban III desde el 768 al 772.
Constantino, 7.° antipapa, en 768.
97 Adriano I desde el 772 al 795.
98 S. León III desde el 795 al 816.
99 Estéban IV desde el 816 al 817.
100 S. Pascual I desde el 817 al 824.
101 Eugenio II desde el 824 al 827.
Zinciano, 8.° antipapa, en 824.
102 Valentín en 827.
103 Gregorio IV desde el 827 al 844.
104 Sergio II desde el 844 al 847.
105 S. León IV desde el 847 al 855.
Algunos sectarios dan aquí entrada á la fábula de la papisa Juana.
106 Benedicto III desde el 855 al 858.
Anastasio, 9.° antipapa, en 855.
107 S. Nicolás I desde el 858 al 867.
108 Adriano II desde el 867 al 872.
109 Juan VIII desde el 872 al 882.
110 Martín II desde el 882 al 884.
111 Adriano III desde el 884 al 885.
112 Esteban V desde el 885 al 891.
113 Formoso desde el 891 al 896.
Sergio, 10.° antipapa, en 891.
114 Bonifacio VI en 896.
115 Esteban VI desde el 896 al 897.
116 Romano en 897.
117 Teodoro II en 898.
118 Juan IX desde el 898 al 900.
119 Benedicto IV desde el 900 al 903.
120 León V en 903.
Cristóbal, 11.° antipapa, en 903.
121 Cristóbal desde el 903 al 904.
122 Sergio III desde el 904 al 911.
123 Anastasio III desde el 911 al 913.
124 Landon desde el 913 al 914.
125 Juan X desde el 914 al 928.
126 León VI desde el 928 al 929.
127 Esteban VII desde el 929 al 931.
128 Juan XI desde el 931 al 936.
129 León VII desde el 936 al 939.

130 Esteban VIII desde el 939 al 942.
131 Martín III desde el 943 al 946.
132 Agapito II desde el 946 al 956.
133 Juan XII desde el 956 al 964.
134 Benedicto V desde el 964 al 965.
León, 12.º antipapa, en 964.
135 Juan XIII desde el 965 al 972.
136 Benedicto VI desde el 972 al 974.
137 Dono II desde el 974 al 975.
138 Benedicto VII desde el 975 al 984.
139 Juan XIV desde el 984 al 985.
Bonifacio, 13.º antipapa, en 984.
140 Juan XV. Muchos historiadores no lo cuentan en el número de los papas.
141 Juan XVI desde el 985 al 996.
142 Gregorio V desde 996 al 999.
Filigato, 14.º antipapa, en 996.
143 Silvestre II desde el 999 al 1003.
144 Juan XVII en 1003.
145 Juan XVIII desde el 1003 al 1009.
146 Sergio IV desde el 1009 al 1012.
147 Benedicto VIII desde el 1012 al 1024.
148 Juan XIX desde el 1024 al 1033.
149 Benedicto IX desde el 1033 al 1045.
Silvestre y Gregorio, 15.º antipapas, en 1045.
150 Gregorio VI desde el 1045 al 1046.
151 Clemente II desde el 1046 al 1047.
152 Dámaso II en 1048.
153 León IX desde el 1049 al 1054.
154 Victor II desde el 1055 al 1057.
155 Esteban IX desde el 1057 al 1058.
156 Nicolás II desde el 1058 al 1061.
Juan, 16.º antipapa, en 1058.
157 Alejandro II desde el 1061 al 1073.
Cadaloo, 17.º antipapa, en 1061.
158 S. Gregorio VII desde el 1073 al 1085.
Guiberto, 18.º antipapa, en 1080.
159 Victor III desde el 1086 al 1087.
160 Urbano II desde el 1088 al 1099.
161 Pascual II desde el 1099 al 1118.
Alberto, Teodorico y el que se tituló Silvestre III, 19.º antipapa, en 1100 y sig.
162 Gelasio II desde el 1118 al 1119.

Mauricio Bourdin, 20.º antipapa, en 1118.
163 Calixto II desde el 1119 al 1124.
164 Honorio II desde el 1124 al 1130.
165 Inocencio II desde el 1130 al 1143.
Pedro de León, 21.º antipapa, en 1130.
166 Celestino II desde el 1143 al 1144.
167 Lucio II desde el 1144 al 1145.
168 Eugenio III desde el 1145 al 1153.
169 Anastasio IV desde el 1153 al 1154.
170 Adriano IV desde el 1154 al 1159.
171 Alejandro III desde el 1159 al 1181.
Octaviano, Guido de Cremona, Juan de Strum y Landon, 22.º antipapas, en 1159.
172 Lucio III desde el 1181 al 1185.
173 Urbano III desde el 1185 al 1187.
174 Gregorio VIII en 1187.
175 Clemente III desde el 1187 al 1191.
176 Celestino III desde el 1191 al 1198.
177 Inocencio III desde el 1198 al 1216.
178 Honorio III desde el 1216 al 1227.
179 Gregorio IX desde el 1227 al 1241.
180 Celestino IV en 1241.
181 Inocencio IV desde el 1243 al 1254.
182 Alejandro IV desde el 1254 al 1261.
183 Urbano IV desde el 1261 al 1264.
184 Clemente IV desde el 1265 al 1268.
185 Gregorio X desde el 1271 al 1276.
186 Inocencio V en 1276
187 Adriano V en 1276.
188 Juan XXI desde el 1276 al 1277.
189 Nicolás III desde el 1277 al 1280.
190 Martín IV desde el 1281 al 1285.
191 Honorio IV desde el 1285 al 1287.
192 Nicolás IV desde el 1288 al 1292.
193 S. Celestino V en 1294.
194 Bonifacio VIII desde el 1294 al 1303.
195 Benedicto XI desde el 1303 al 1304.
196 Clemente V desde el 1305 al 1314.
197 Juan XXII desde el 1316 al 1334.
Pedro Reinaldo de Corbiere, 23.º antipapa, en 1327.
198 Benedicto XII desde el 1335 al 1342.
199 Clemente VI desde el 1342 al 1352.

200 Inocencio VI desde el 1352 al 1362.
201 Urbano V desde el 1362 al 1370.
202 Gregorio XI desde el 1371 al 1378.
203 Urbano VI desde el 1378 al 1389.
Roberto de Ginebra, Pedro de Luna y Gil Muñóz, contra el Papa Urbano VI y sus sucesores hasta Martino V, ó sea desde el 1378 al 1414, que se conoce con el nombre de el gran cisma de Occidente.
204 Bonifacio IX desde el 1389 al 1404.
205 Inocencio VII desde el 1404 al 1406.
206 Gregorio XII desde el 1406 al 1409.
207 Alejandro V desde el 1409 al 1410.
208 Juan XXIII desde el 1410 al 1415.
209 Martín V desde el 1417 al 1431.
210 Eugenio IV desde el 1431 al 1447.
Amadeo de Saboya, último antipapa, en 1440.
211 Nicolás V desde el 1447 al 1455.
212 Calixto III desde el 1455 al 1458.
213 Pío II desde el 1458 al 1464.
214 Paulo II desde el 1464 al 1471.
215 Sixto IV desde el 1471 al 1484.
216 Inocencio VIII desde el 1484 al 1492.
217 Alejandro VI desde el 1492 al 1503.
218 Pío III en 1503.
219 Julio II desde el 1503 al 1511.
220 León X desde el 1513 al 1521.
221 Adriano VI desde el 1522 al 1523.
222 Clemente VII desde el 1523 al 1534.
223 Paulo III desde el 1534 al 1549.
224 Julio III desde el 1549 al 1555.
225 Marcelo II en 1555.
226 Paulo IV desde el 1555 al 1559.
227 Pío IV desde el 1559 al 1565.
228 S. Pio V desde el 1566 al 1572.
229 Gregorio XIII desde el 1572 al 1585.
230 Sixto V desde el 1585 al 1590.
231 Urbano VII en 1590.
232 Gregorio XIV desde el 1590 al 1591.
233 Inocencio IX en 1591.
234 Clemente VIII desde el 1592 al 1605.
235 León XI en 1605.
236 Paulo V desde el 1605 al 1621.
237 Gregorio XV desde el 1621 al 1623.

238 Urbano VIII desde el 1623 al 1644.
239 Inocencio X desde el 1644 al 1655.
240 Alejandro VII desde el 1655 al 1667.
241 Clemente IX desde el 1667 al 1669.
242 Clemente X desde el 1670 al 1676.
243 Inocencio XI desde el 1676 al 1689.
244 Alejandro VIII desde el 1689 al 1691.
245 Inocencio XII desde el 1691 al 1700.
246 Clemente XI desde el 1700 al 1721.
247 Inocencio XIII desde el 1721 al 1724.
248 Benedicto XIII desde el 1724 al 1730.
249 Clemente XII desde el 1730 al 1740.
250 Benedicto XIV desde el 1740 al 1758.
251 Clemente XIII desde el 1758 al 1769.
252 Clemente XIV desde el 1769 al 1774.
253 Pio VI desde el 1775 al 1799.
254 Pio VII desde el 1800 al 1823.
255 León XII desde el 1823 al 1829.
256 Pio VIII desde el 1829 al 1830.
257 Gregorio XVI desde el 1831 al 1846.
258 Pio IX desde el 1846 al 1878.
259 León XIII en 1878.

NÚMERO 4.º

Encíclica de Su Santidad Pío, Papa IX condenando el Materialismo, el Comunismo, el Socialismo y otros errores.

A todos nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos que se hallan en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

PIO IX, PAPA.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica. Todos saben, todos ven, y vosotros como nadie, Venerables Hermanos, sabéis y véis con qué solicitud y con qué pastoral vigilancia los Pontífices romanos, nuestros predecesores, han llenado el ministerio y han cumplido con el deber que les fué confiado por el mismo Jesucristo, en la persona del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, de apacentar á los corderos y á las ovejas, de tal suerte que nunca han cesado de alimentar con las palabras de la fé y de la doctrina de salvación á todo el rebaño del Señor, apartándole de los pastos envenenados. Y, en efecto, nuestros mismos predecesores, guardadores y vengadores de la augusta Religión católica, de la verdad y de la justicia, llenos de solicitud por la salvación de las almas, nada han apetecido nunca tanto como el descubrir y condenar por sus Letras y Constituciones, monumentos sapientísimos, todas las herejías y todos los errores que, contrarios á nuestra fé divina, á la doctrina de la Iglesia católica, á la honestidad de las costumbres y á la salvación eterna de las almas, escitaron frecuentemente violentas tempestades, atrayendo sobre la Iglesia y sobre la sociedad civil lamentables calamidades.

Por esto fué por lo que con vigor apostólico se opusieron constantemente á las maquinaciones de los malvados que, semejantes á las olas del mar enfurecido, espelen la espuma de sus actos vergonzosos, prometiendo la libertad, bien que ellos sean esclavos de las corrupciones, que se han esforzado y esfuerzan, por medio de máximas falsas y por medio de perniciosos escritos, por arrancar los fundamentos del orden religioso y del orden social, haciendo que desaparezca del mundo toda virtud, que se depraven todas las almas; que quieren sustraer á la regla de las costumbres á los imprudentes, y sobre todo á la juventud sin esperiencia, corrompiéndola miserablemente, con el fin de llevarla á las redes del error y de arrancarla del seno de la Iglesia católica.

Ya, y como vosotros lo sabeis, Venerables Hermanos, tan pronto como por la secreta disposición de la Providencia, y sin mérito alguno por nuestra parte, fuimos elevados á la Cátedra de Pedro, al ver con el corazón desgarrado por el dolor la horrible tempestad levantada por tantas doctrinas perversas, así como los males inmensos, y por todo estremo lamentables, atraidos sobre el pueblo católico por tantos errores; ya, segun el deber de nuestro ministerio apostólico y los ilustres ejemplos de nuestros predecesores, Nos levantamos la voz, y en varias Encíclicas, Alocuciones pronunciadas en Consistorios, y otras Letras Apostólicas, Nos hemos condenado los principales errores de nuestra tan triste época. Al mismo tiempo Nos hemos escitado vuestra admirable vigilancia pastoral; Nos hemos exhortado y advertido á todos los hijos de la Iglesia católica, nuestros hijos bien amados, que abominen y eviten el contagio de esta lepra terrible, y en particular en nuestra primera Encíclica de 9 de noviembre de 1846, dirigida á vosotros, y en dos Alocuciones, la primera de 9 de diciembre de 1854, la segunda de 9 de junio de 1862, pronunciadas en Consistorio, Nos hemos condenado los monstruosos errores que dominan, hoy sobre todo, con gran detrimento de las almas y de la misma sociedad civil, y que, fuentes de todos los demás, no solo son la ruina de la Iglesia católica, de sus saludables doctrinas y de sus derechos sagrados, sinó también de la eterna ley natural, grabada por Dios mismo en todos los corazones y en la recta razón.

Sin embargo, bien que Nos no hayamos descuidado el proscribir y el reprimir esos errores frecuentemente, la causa de la Iglesia católica, la salvación de las almas divinamente confiadas á nuestra solicitud, el bien mismo de la sociedad humana, demandan imperiosamente que Nos escitemos de nuevo vuestra solicitud para que condenéis otras opiniones que hayan salido de los mismos errores como de su fuente natural. Estas opiniones falsas y perversas deben ser tanto más detestadas, cuanto su objeto principal es impedir la acción y separar esta fuerza saludable de que la Iglesia católica, en virtud de la institución y del mandamiento de su divino Fundador, debe hacer uso hasta la consumación de los siglos, no menos respecto de los particulares que respecto de las naciones, de los pueblos y de los soberanos: el de destruir la unión y la concordia mútua del sacerdocio y del imperio, siempre tan beneficiosa para la Iglesia y para el Estado.

En efecto: os es perfectamente conocido, Venerables Hermanos, que hoy no faltan hombres que, aplicando á la sociedad civil el impío y absurdo principio del *naturalismo*, como le llaman, se atreven á enseñar que «la perfección de los gobiernos y el progreso civil demandan imperiosamente que la sociedad humana sea constituida y gobernada sin que tenga más en cuenta la Religión que si no existiera, ó por lo menos sin hacer ninguna diferencia entre la verdadera Religión y las falsas.» Además, contradiciendo la doctrina de la Escritura, de la Iglesia y de los Santos Padres, no temen afirmar que «el mejor gobierno es aquel en el que no se reconoce al poder la obligación de reprimir por la sanción de las penas á los violadores de la Religión católica, sinó es cuando la tranquilidad pública lo

exige;» y como consecuencia de esta idea absolutamente falsa del gobierno social, no vacilan en favorecer esa opinión errónea, la más fatal á la Iglesia católica y á la salvación de las almas, y que nuestro predecesor, de feliz memoria, Gregorio XVI, llamaba *delirio*; á saber: «Que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho libre de cada hombre, que debe ser proclamado y garantido en todo Estado que tenga buen gobierno, y que los ciudadanos tienen libertad de manifestar alta y públicamente sus opiniones, cualesquiera que ellas sean, por la palabra, por los escritos ó de otro modo, sin que la autoridad eclesiástica ó civil puedan limitar libertad tan funesta.»

Ahora bien: al sostener estas afirmaciones temerarias, no piensan, no consideran que proclaman una libertad de *perdición*, y que si siempre se permite á las opiniones humanas provocar conflictos, nunca faltarán hombres que se atrevan á resistir á la verdad y á poner su confianza en la verbosidad de la sabiduría humana, vanidad por todo extremo perjudicial, y de la que la fé y la sabiduría cristiana deben huir con todo cuidado, con arreglo á la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo.

Y como allí donde la Religión se halle desterrada de la sociedad civil, y se rechace la doctrina y la autoridad de la revelación católica, la verdadera noción de la justicia y del derecho humano se oscurece y se pierde, y la fuerza material ocupa el puesto de la justicia y del verdadero derecho, se vé claramente por que causa ciertos hombres, sin tener para nada en cuenta los principios más seguros de la sana razón, se atreven á asegurar que la voluntad del pueblo manifestada por lo que ellos llaman la *opinión pública*, ó de otro modo cualquiera, constituye la ley suprema, independiente de todo derecho divino y humano; que el orden político los hechos consumados, por solo haberse consumado, tienen el valor del derecho.

Y ¿quién no vé, quién no siente perfectamente que una sociedad sustraida á las leyes de la Religión y de la verdadera justicia no puede tener otro objeto que el de reunir y acumular riquezas, ni otra ley en todos sus actos que el indomable deseo de satisfacer sus pasiones procurándose toda clase de goces? Hé aquí por qué los hombres de ese carácter persiguen con odio cruel á las Ordenes religiosas, sin tener en cuenta los inmensos servicios hechos por ellas á la Religión, á la sociedad y á las letras: hé aquí por qué desvarían contra ellas, diciendo que no tienen ninguna razón legítima para existir: hé aquí por qué se constituyen en ecos de las calumnias de los herejes. En efecto: como lo enseñaba con tanta verdad Pío VI, nuestro predecesor de feliz memoria: «La abolición de las Ordenes religiosas ofende al estado que hace profesión pública de seguir los consejos evangélicos; ofende á una manera de vivir recomendada por la Iglesia como conforme á la doctrina de los Apóstoles; ofende, en fin, á los ilustres fundadores de esas Ordenes, qué solo las fundaron por inspiración de Dios.»

Aún van más lejos esos hombres, y en su impiedad deciden que debe quitarse á los ciudadanos y á la Iglesia la facultad de dar públicamente la limosna, aboliendo también la ley que en ciertos dias feriados prohibe las obras serviles para

cumplir con el culto divino; todo esto bajo el falso pretexto de que esa facultad y esa ley se hallan en oposición con los principios de la verdadera economía política.

No contentos con desterrar á la Religión de la sociedad, quieren excluirla de la familia. Enseñando y profesando el funesto error del *comunismo* y *socialismo*, afirman que «la sociedad doméstica ó la familia encuentra toda su razón de ser en el derecho puramente civil, y que, en consecuencia, de la ley civil parten y dependen todos los derechos de los padres sobre los hijos, aún el derecho de instrucción y de educación.» Para esos hombres mendaces, el objeto principal de esas máximas impías y de todas esas maquinaciones, es el de sustraer completamente á la saludable doctrina y á la influencia de la Iglesia la instrucción y la educación de la juventud, á fin de manchar y de depravar por los errores más perniciosos, y por toda especie de vicios, el alma tierna y sensible de los jóvenes.

En efecto: todos los que han emprendido la obra de conculcar el orden religioso y el orden social, concluyendo con todas las leyes divinas y humanas, han formado una conspiración con sus consejos, su actividad y sus esfuerzos para engañar y pervertir sobre todo á la juventud, como Nos lo hemos insinuado más arriba, porque ponen toda su esperanza en la corrupción de las generaciones nacientes. Hé aquí por qué el clero regular y secular, á pesar de los más ilustres testimonios dados por la historia á sus inmensos servicios en el orden religioso, civil y literario, es, por su parte, objeto de las más atroces persecuciones; hé aquí por qué dicen que, «siendo el clero enemigo de las luces, de la civilización y del progreso, es preciso quitarle la instrucción y la educación de la juventud.»

Hay hombres que, renovando los errores funestos y tantas veces condenados de los innovadores, han tenido la insigne impudencia de decir que la suprema autoridad dada á la Iglesia y á esta Sede Apostólica por Nuestro Señor Jesucristo se halla sometida á la autoridad civil, negando todos los derechos de esa misma Iglesia y de esa misma Sede respecto al orden esterior. En hecho de verdad, no se avergüenzan de afirmar que «las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia, á menos que no sean promulgadas por la autoridad civil; que los actos y decretos de los Pontífices romanos relativos á la Religión y á la Iglesia, necesitan de la sanción y de la aprobación, ó por lo menos del asentimiento, del poder civil; que las Constituciones apostólicas en las que se condenan á las sociedades secretas, sea que se exija ó no en ellas el juramento de guardar el secreto, y en las que se anatematiza á los fautores ó adeptos á ellas, no tienen ninguna fuerza en los paises en que el gobierno civil tolera esas especies de asociaciones; que la excomunión fulminada por el Concilio de Trento y por los Pontífices Romanos contra los invasores y los usurpadores de los derechos y propiedades de la Iglesia, descansa sobre una confusión del orden espiritual y del orden civil y político, y no tiene más objeto que los intereses mundanos; que la Iglesia no debe decretar nada que pueda ligar la conciencia de los fieles relativamente al uso de los bienes temporales; que la Iglesia no tiene el derecho de reprimir por medio de penas temporales á

los que violan sus leyes; que es conforme á los principios de la Iglesia y del derecho público el conferir al gobierno civil, y el mantener en el gobierno civil, la propiedad de los bienes poseídos por la Iglesia, por las congregaciones religiosas y por toda clase de obras pías.»

No se avergüenzan de profesar alta y públicamente los axiomas y los principios de los herejes, fuente de mil errores y de máximas funestas. Repiten, en efecto, que «el poder eclesiástico no es por derecho divino distinto é independiente del poder civil, y que esta distinción y esta independencia no pueden existir sin que la Iglesia invada y usurpe los derechos esenciales del poder civil.»

No nos proponemos tampoco pasar en silencio la audacia de aquellos que, no queriendo soportar la sana doctrina, aseguran que «en cuanto á los juicios de la Sede Apostólica y á sus decretos que tengan por objeto inminente el bien general de la Iglesia, sus derechos y la disciplina, con tal que no toquen á los dogmas de la fé y de las costumbres, todo el mundo puede negarles su conformidad y dejar de someterse á estos sin pecado y sin ningún detrimento para la profesión del catolicismo.» Hasta qué punto es contraria tal pretensión al dogma católico de la plena autoridad divinamente dada por Nuestro Señor Jesucristo al Pontífice Romano de apacentar, de regir y de gobernar la Iglesia universal, nadie hay que no lo vea y que no lo comprenda claramente.

Así, pues, en medio de esta perversidad de opiniones depravadas, Nos, penetrados del deber de nuestro ministerio apostólico, y llenos de solicitud por nuestra santa Religión, por la santa doctrina, por la salvación de las almas cuya guarda se nos ha confiado de lo alto, y por el mismo bien de la sociedad humana, Nos hemos creído deber levantar de nuevo nuestra voz. En consecuencia, todas y cada una de las malas opiniones y doctrinas que van señaladas detalladamente en las presentes Letras, Nos las reprobamos por nuestra autoridad apostólica, las proscribimos, las condenamos, y Nos queremos y ordenamos que todos los hijos de la Iglesia católica las tengan por reprobadas, proscritas y condenadas.

Además de esto, sabéis muy bien, Venerables Hermanos, que hoy los enemigos de toda verdad y de toda justicia, y los enemigos encarnizados de nuestra santa Religión, por medio de libros envenenados, de folletos y de periódicos esparcidos por los cuatro extremos del mundo, engañan á los pueblos, mienten á sabiendas y diseminan toda especie de impías doctrinas. No ignoráis tampoco que en nuestra época hay hombres que, empujados y excitados por el espíritu de Satanás, han llegado hasta tal grado de iniquidad, que niegan al Soberano, á Jesucristo Nuestro Señor, sin que tiemblen al atacar su divinidad con la más criminal impudencia. En este punto no podemos dejar de daros, Venerables Hermanos, las alabanzas más grandes y más merecidas por el celo con el cual habéis cuidado de levantar vuestra voz episcopal contra impiedad tan grande.

Por esto es por lo que en las presentes Letras Nos nos dirigimos nuevamente con amor á vosotros; á vosotros que, llamados á compartir nuestra solicitud, sois para Nos, en medio de estos grandes dolores, un motivo de consuelo, de alegría y

de estímulo, por vuestra religión, por vuestra piedad, y por ese amor, esa fé y esa abnegación admirables, con las cuales os esforzáis por cumplir varonil y cuidadosamente el cargo gravísimo de vuestro ministerio episcopal, en unión íntima y cordialísima con Nos y con esta Sede Apostólica. En efecto: Nos esperamos de vuestro ardiente celo pastoral que, tomando la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, fortificados en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, insistáis más y más cada día en hacer de modo que por vuestros cuidados incesantes los fieles «se abstengan de las malas yerbas, que Jesucristo no cultiva, porque no han sido plantadas por su Padre.» No ceséis, pues, nunca de inculcar á esos mismos fieles que toda verdadera felicidad brota, para los hombres de nuestra augusta Religión, de su doctrina y de su práctica, y que aquel pueblo es feliz que tiene á Dios por Señor. Enseñad «que los reinos descansan sobre el fundamento de la fé, y que nada hay tan mortífero y que más nos exponga á la caida y á todos los peligros que el afirmar que nos basta el libre arbitrio que hemos recibido al nacer, sin que tengamos otra cosa que pedir á Dios, es decir, el afirmar que, olvidando á nuestro Autor, nos basta atrevernos á renegar de su poder para mostrarnos libres.»

No os descuidéis tampoco el enseñar que «el poder soberano no se halla únicamente conferido para el gobierno de este mundo, sinó, sobre todo, para la protección de la Iglesia, y que nada puede ser más ventajoso y más glorioso para los jefes de los Estados y para los Reyes que el conformarse á estas palabras que nuestro sapientísimo y valerosísimo predecesor San Félix escribía al Emperador Zenón, es decir, que dejara á la Iglesia católica gobernarse por sus propias leyes, sin permitir que nadie pusiera obstáculos á su libertad... Es seguro, en efecto, que está en su interés, cuantas veces se trate de los asuntos de Dios, el seguir con celo el orden que Él ha prescrito, subordinando y no prefiriendo la voluntad soberana á la de los sacerdotes de Jesucristo.»

Pero si nosotros debemos siempre, Venerables Hermanos, dirigirnos con confianza al Trono de la gracia para obtener de Él misericordia y auxilio en tiempo oportuno, debemos hacerlo particularmente en medio de tan grandes calamidades de la Iglesia y de la sociedad civil, en presencia de tan vasta conspiración de los enemigos, y de tan grande aglomeración de errores contra la sociedad católica y contra esta Santa Sede Apostólica. Nos hemos juzgado, pues, útil excitar la piedad de todos los fieles á fin de que, uniéndose á Nos, no dejen de rogar y de suplicar, con las oraciones más fervorosas y más humildes, al Padre clementísimo de las luces y de las misericordias, á fin también de que recurran siempre en la plenitud de su fé á Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha rescatado para Dios por su sangre, pidiendo con instancia y continuamente á su dulcísimo corazón, víctima de su ardiente caridad hacia nosotros, arrastre todo á Él por los lazos de su amor; á fin de que todos los hombres, inflamados por su amor santísimo, marchen dignamente según su corazón, agradables á Dios en todas las cosas, y dando frutos en todo género de buenas obras.

Ahora bien: como las oraciones de los hombres son más agradables á Dios

cuando se dirigen á Él por corazones puros de toda mancha, Nos hemos resuelto abrir á los fieles cristianos con liberalidad apostólica los tesoros celestiales de la Iglesia confiados á nuestra dispensación, á fin de que, escitados con mayor viveza á la verdadera piedad, y purificados de sus pecados por el sacramento de la Penitencia, presenten con mayor confianza sus oraciones ante Dios, obteniendo su gracia y su misericordia.

En consecuencia, Nos concedemos por el tenor de las presentes Letras, en virtud de nuestra autoridad apostólica, á todos y cada uno de los fieles de uno y otro sexo del universo católico una indulgencia plenaria en forma de jubileo que se gane en el espacio de un mes durante todo el año próximo de 1865, y no después de esa fecha; más designado por vosotros, Venerables Hermanos, y por los demás Ordinarios legítimos en la misma forma y manera en que lo concedimos al principio de nuestro pontificado por nuestras Letras Apostólicas en forma de Breve de 20 de Noviembre de 1846, enviadas á todos los Obispos del universo, y que empezaban con estas palabras: *Arcano Divinæ Providentiæ consilio;* y con los mismos poderes concedidos por Nos en aquellas Letras. Nos queremos, sin embargo, que todas las prescripciones contenidas en las mencionadas Letras sean observadas, y que no se derogue ninguna de las excepciones que Nos hicimos. Nos concedemos esto, no obstante cualquier otra disposición contraria, aún la que fuera digna de una mención especial é individual, y de una derogación. Y para evitar toda duda y toda dificultad hemos ordenado que se os remita un ejemplar de esas Letras.

«Oremos, Venerables Hermanos; oremos desde el fondo del corazón, y con todas las fuerzas de nuestro espíritu á la misericordia de Dios, porque Él mismo ha añadido: *No alejaré de ellos mi misericordia.* Pidamos, y recibiremos; y si el efecto de nuestras demandas se hace esperar porque hemos pecado gravemente, llamemos, porque se abrirá á quien llame, con tal que quien llame sean las oraciones, los gemidos y las lágrimas, en las cuales debemos insistir y perseverar, y con tal que la oración sea unánime...; que todos oren á Dios, no solamente por sí mismos, sinó por todos sus hermanos, como el Señor nos ha enseñado á orar.» Y á fin de que Dios atienda más fácilmente á nuestras oraciones y nuestros votos, á los vuestros y á los de todos los fieles, tomemos con toda confianza por abogada á la inmaculada y Santísima Madre de Dios la Virgen María, que ha destruido todas las herejías en el mundo entero, y que, Madre amantísima de nosotros todos, «es suavísima .. y llena de misericordia... se muestra accesible á todas las oraciones, y se interesa con inmenso afecto y una tierna piedad en todas nuestras necesidades.»

En su cualidad de Reina, en pié á la diestra de su Hijo único, Nuestro Señor Jesucristo, adornada con una vestidura de oro, nada hay que Ella no pueda obtener de Él. Pidamos también los sufragios del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y de Pablo, su compañero de apostolado, y de todos los Santos

del cielo que poseen ya el reino celestial, la corona y la palma, y que, seguros de la inmortalidad, están llenos de solicitud por nuestra salvación.

En fin, pidiendo á Dios del fondo de nuestra alma la abundancia de los dones celestiales, Nos os damos del fondo del corazón, y con amor, como prenda de nuestro especial afecto, nuestra bendición apostólica, á vosotros, Venerables Hermanos y á todos los fieles, clérigos ó seglares, confiados á vuestra solicitud.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el 8 de diciembre del año 1864, décimo año de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Madre de Dios, y año décimonono de nuestro Pontificado—Pio IX Papa.

SYLLABUS

ó resumen que encierra los principales errores de nuestra época que se señalan en las alocuciones consistoriales, Encíclicas y demás letras apostólicas de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX.

§ I.

Panteismo, naturalismo y racionalismo absoluto.

I. No existe ningún ser divino, supremo, perfecto en su sabiduría y su providencia que sea distinto de la universalidad de las cosas, y Dios es idéntico á la naturaleza de las cosas, y por consecuencia sujeto á cambio: Dios por esto mismo, se forma en el hombre y en el mundo, y todos los seres son Dios, y tienen la propia sustancia de Dios. Dios es de ese modo una sola misma cosa que el mundo, y por consecuencia hay la misma identidad entre el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

II. Debe negarse toda acción de Dios sobre los hombres y el mundo.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

III. La razón humana, considerada sin ninguna relación con Dios, es la árbitra suprema de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; ella es la ley para sí misma, ella basta por sus fuerzas naturales para procurar el de los hombres y de los pueblos.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

IV. Todas las verdades de la Religión proceden de la fuerza nativa de la razón humana; de donde se sigue que la razón es la regla soberana conforme á la cual el hombre puede y debe adquirir el conocimiento de toda clase de verdades.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.)

(Encícl. *Singulari quidem*, de 17 de Marzo de 1856.)

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

V. La revelación divina es imperfecta, y por lo tanto sujeta á un progreso contínuo é indefinido que responda al desarrollo de la razón humana.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.)

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

VI. La fé en Cristo se halla en oposición con la razón humana, y no solo la revelación divina no sirve para nada, sinó que perjudica á la perfección del hombre.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.)

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.)

VII. Las profecías y los milagros espuestos y narrados en las santas Escrituras son ficciones poéticas, y los misterios de la fé cristiana son el resumen de las investigaciones filosóficas: en los libros de los dos Testamentos se encierran invenciones míticas, y Jesús mismo es un mito.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 Noviembre de 1846).

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 Junio de 1862).

§ II.

Racionalismo moderado.

VIII. Como la razón humana es igual á la misma Religión, deben considerarse las ciencias teológicas como las ciencias filosóficas.

(Aloc. *Singulari quadam perfusi*, de 9 de Diciembre de 1854).

IX. Todos los dogmas de la Religión cristiana, sin distinción, son objeto de la ciencia natural ó filosófica; y no teniendo la razón humana sinó una cultura histórica, puede por sus mismos principios y fuerzas naturales adquirir un verdadero conocimiento de todos los dogmas, aún los más ocultos, con tal que esos dogmas se propongan á la razón como objeto.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de Diciembre de 1862).

(Carta al mismo: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

X. Como el filósofo no es la misma cosa que filosofía, el filósofo tiene el derecho y el deber de someterse á una autoridad que él ha reconocido como verdadera; pero la filosofía no puede ni debe someterse á ninguna autoridad.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de Diciembre de 1862).

(Carta al mismo: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

XI. La Iglesia, no solo no debe en ningún caso condenar á la filosofía, sinó que debe tolerar los errores de la filosofía, dejándola el cuidado de corregirse á sí propia.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Gravissimas*, de 11 de Diciembre de 1862).

XII. Los decretos de la Sede Apostólica impiden el libre progreso de la ciencia.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

XIII. El método y los principios conforme á los cuales han cultivado la teología los antiguos doctores escolásticos, no se avienen ya con las necesidades de los tiempos y los progresos de las ciencias.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

XIV. La filosofía debe tratarse sin tener en cuenta para nada la revelación sobrenatural.

(Carta al arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

(*N. B.* Al sistema del racionalismo se refieren en su mayor parte los errores de Antonio Günter, condenados en la Carta al Cardenal Arzobispo de Colonia, *Eximiam tuam*, de 15 de Junio de 1847, y en la Carta al Obispo de Breslau, *Dolore haud mediocri*, de 30 de Abril de 1860).

§ III.

Indiferentismo, latitudinarismo.

XV. Todo hombre tiene la libertad de abrazar y de profesar la religión que haya considerado como verdadera según las leyes de la razón.

(Letras Apostólicas *multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

XVI. Los hombres pueden encontrar el camino de la salvación eterna y obtener la salvación eterna en el culto de cualquiera religión.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846).

(Aloc. *Ubi primum*, de 7 de Diciembre de 1847.

(Encícl. *Singulari quidem*, de 17 de Marzo de 1856).

XVII. Por lo menos debe esperarse con confianza la salvación eterna de todos aquellos que no viven en el seno de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

(Aloc. *Singulari quadam*, de 9 de Diciembre de 1854).

(Encícl. *Quanto conficiamur*, de 17 de Agosto de 1863).

XVIII. El protestantismo no es otra cosa que una forma diversa de la misma verdadera Religión cristiana, forma en la cual se puede ser agradable á Dios lo mismo que en la Iglesia católica.

(Encícl. *Noscitis et Nobiscum*, de 8 de Diciembre de 1849).

§ IV.

Socialismo.—Comunismo.—Sociedades secretas.—Sociedades bíblicas.—Sociedades clérico-liberales.

Esta especie de lepra ha sido con frecuencia condenada por sentencias concebidas en los términos más graves en la Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846; en la Alocución *Quibus quamtisque*, de 20 de Abril de 1849; en la Encíclica *Noscitis et Nobiscum*, de 8 de Diciembre de 1849; en la Alocución *Singulari quadam*, de 9 de Diciembre de 1854; en la Encíclica *Quanto conficiamur mœrore*, de 10 de Agosto de 1863.

§ V.

Errores relativos á la Iglesia y á sus derechos.

XIX. La Iglesia no es una verdadera y perfecta sociedad plenamente libre; no goza de sus derechos propios y constantes que le ha conferido su divino Fundador; pues solo pertenece al poder civil el definir cuáles son los poderes de la Iglesia y los límites dentro de los cuales puede ejercitarlos.

(Aloc. *Singulari quadam*, de 9 de Diciembre de 1854).

(Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de Diciembre de 1860).

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

XX. El poder eclesiástico no debe ejercer su autoridad sin el permiso y el asentimiento del gobierno civil.

(Aloc. *Meminit unusquisque*, de 30 de Septiembre de 1861).

XXI. La Iglesia no tiene el poder de definir dogmáticamente que la Religión de la Iglesia católica es únicamente la verdadera Religión.

(Letras Apostólicas *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

XXII. La obligación que concierne á los maestros y escritores católicos se limita á las cosas que han sido definidas por el juicio infalible de la Iglesia como dogmas de fé que deben ser creidos por todos.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

XXIII. Los Soberanos Pontífices y los Concilios ecuménicos se han separado de los límites de su poder, han usurpado los derechos de los príncipes, y aún han errado en las definiciones relativas á las leyes y á las costumbres.

(L. A. *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

XXIV. La Iglesia no tiene poder de emplear la fuerza; no tiene ningún poder temporal é indirecto.

(L. A. *Ad Apostolicæ* de 22 de Agosto de 1851).

XXV. Aparte del poder inherente al Episcopado, hay en el Episcopado un poder temporal que le ha sido concedido explícita ó tácitamente por la autoridad civil, revocable por consecuencia, según la voluntad de esa misma autoridad civil.

(L. A. *Ad Apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XXVI. La Iglesia no tiene el derecho natural y legítimo de adquirir y poseer.

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

(Encícl. *Incredibili*, de 17 de Septiembre de 1863).

XXVII. Los ministros sagrados de la Iglesia y el Pontífice Romano deben ser excluidos de toda gestión y autoridad sobre las cosas temporales.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

XXVIII. No es permitido á los Obispos el publicar ni aun Letras Apostólicas, sin el permiso del gobierno.

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

XXIX. Las gracias concedidas por el Pontífice Romano deben ser consideradas como nulas si no han sido pedidas por mediación del gobierno.

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

XXX. La inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas tiene su orígen en el derecho civil.

(L. A. *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

XXXI. El eclesiástico para las causas temporales de los clérigos, sean civiles, sean criminales, debe ser absolutamente abolido, aun sin consultar á la Sede Apostólica, y sin tener en cuenta sus reclamaciones.

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

XXXII. La inmunidad personal, en virtud de la cual los clérigos están exceptuados de la milicia, puede ser derogada sin violación de la equidad y del derecho natural. El progreso civil exige esa derogación, sobre todo en una sociedad constituida sobre legislaciones liberales.

(Carta al Obispo de Montreal: *Singularis nobisque*, de 29 de Septiembre de 1864).

XXXIII. No pertenece por derecho propio y natural, y solo á la jurisdicción eclesiástica, el dirigir la enseñanza de las cosas teológicas.

(Carta al Arzobispo de Frising: *Tuas libenter*, de 21 de Diciembre de 1863).

XXXIV. La doctrina de aquellos que comparan al Pontífice Romano con un príncipe libre que ejerce su poder en la Iglesia universal, es una doctrina que ha prevalecido en la Edad Media.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XXXV. Nada impide que por un decreto de un Concilio general, ó por un hecho de todos los pueblos, el Pontificado soberano sea trasferido del Obispo romano y de la ciudad de Roma á otro Obispo y á otra ciudad.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XXXVI. La definición de un Concilio nacional no admite otra discusión, y la administración civil puede tratar toda clase de asuntos dentro de esos límites.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XXXVII. Se pueden instituir iglesias nacionales sustraidas á la autoridad del Pontífice romano y plenamente separadas de él.

(Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de Diciembre de 1860).

(Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de Marzo de 1864).

XXXVIII. Muchos actos arbitrarios por parte de los Soberanos Pontífices han dado causa á la división de la Iglesia en oriental y occidental.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

§ VI.

Errores relativos á la sociedad civil considerada, sea en sí misma, sea en sus relaciones con la Iglesia.

XXXIX. El Estado, como que es el orígen y la fuente de todos los derechos, goza de un derecho que no se halla circunscrito por ningun límite.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

XL. La doctrina de la Iglesia católica es opuesta al bien y á los intereses de la sociedad humana.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846).

(Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de Abril de 1849).

XLI. El poder civil, aun cuando es ejercido por un príncipe infiel, posee un poder indirecto negativo sobre las cosas sagradas; tiene, por consecuencia, no solo el derecho que se llama de *exequatur*, sinó también el derecho que se llama de *apelación por abuso*.

(L. A. *Ad Apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XLII. En caso de conflicto legal entre los dos poderes, prevalece el poder civil.

(L. A. *Ad Apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

XLIII. El poder laical tiene el derecho de anular y declarar nulas las convenciones solemnes *(Concordatos)* concluidos con la Sede Apostólica relativamente al uso de los derechos que pertenecen á la inmunidad eclesiástica sin el consentimiento de esa Sede, y á pesar de sus reclamaciones.

(Aloc. *In consistoriali*, de 1.° de Noviembre de 1850).

(Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de Diciembre de 1860).

XLIV. La autoridad civil puede inmiscuirse en las cosas que conciernen á la Religión, las costumbres y el régimen espiritual. De donde se sigue que se puede juzgar de las instrucciones que los Pastores de la Iglesia publican, segun su mi-

nisterio, para regla de las conciencias, y se puede decir también sobre la administración de los Sacramentos y las disposiciones necesarias para recibirlos.

(Aloc. *In consistoriali*, de 1.° de Noviembre de 1850).

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

XLV. Toda la dirección de las escuelas públicas en las cuales la juventud de un Estado cristiano es educada, si se exceptúan hasta cierto punto los Seminarios episcopales, puede y debe ser atribuida á la autoridad civil, y esto de tal modo, que no se reconozca á ninguna otra autoridad el derecho de inmiscuirse en la disciplina de las escuelas, en el régimen de los estudios, en la colación de los grados, en la elección ó aprobación de los maestros.

(Aloc. *In consistoriali*, de 1.° de Noviembre de 1850).

(Aloc. *Quibus luctuosissimis*, de 15 de Septiembre de 1851).

XLVI. Hasta en los Seminarios de los clérigos debe hallarse sometido á la autoridad civil el método que se ha de seguir en los estudios.

(Aloc. *Numquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

XLVII. La buena constitución de la sociedad civil exige que las escuelas populares que se han abierto á todos los niños de todas las clases del pueblo, y en general las instituciones públicas destinadas á la instrucción, á una instrucción superior, á una educación más elevada de la juventud, sean emancipadas de toda autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderadora y de toda ingerencia de su parte, y que se hallen plenamente sometidas á la voluntad de la autoridad civil y política, según el deseo de los gobernantes y la corriente de las opiniones generales de la época.

(Carta al Arzobispo de Friburgo: *Quum non sine*, de 14 de Julio de 1864).

XLVIII. Los católicos pueden aprobar un sistema de educación que se separe de la fé católica y de la autoridad de la Iglesia, y que no tenga por objeto, ó al menos por objeto principal, sinó el conocimiento de las cosas naturales y la vida social en este mundo.

(Carta al Arzobispo de Friburgo: *Quum non sine*, de 14 de Julio de 1864).

XLIX. La autoridad secular puede impedir á los Obispos y á los fieles el comunicar libremente entre sí y con el Pontífice Romano.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

L. La autoridad secular tiene por sí misma el derecho de presentar los Obispos, y puede exigir de ellos que tomen la administración de sus diócesis antes de que hayan recibido de la Santa Sede la institución canónica y las Letras Apostólicas.

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856).

LI. Aún más: el poder secular tiene el derecho de prohibir á los Obispos el ejercicio del ministerio pastoral, y no está obligado á obedecer al Pontífice Romano en lo concerniente á la institución de los obispados y de los Obispos.

(L. A. *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

LII. El gobierno puede por derecho propio cambiar la edad prescrita para la profesión religiosa, lo mismo de las mujeres que de los hombres, y conminar á las comunidades religiosas para que no admitan los votos solemnes de nadie sin su autorización.

(Aloc. *Nunquam fere*, de 15 de Diciembre de 1856).

LIII. Se deben derogar las leyes que protejen la existencia de las familias religiosas, sus derechos y sus funciones: aún más: el poder civil puede dar su apoyo á todos los que quieran dejar el estado religioso que hubieran abrazado, rompiendo los votos solemnes; del mismo modo puede suprimir completamente esas mismas comunidades religiosas, lo mismo que las iglesias colegiatas y los beneficios simples, aunque sean de patronato, atribuyendo y sometiendo sus bienes y rentas á la administración, según la voluntad de la autoridad civil.

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

(Aloc. *Probe memineritis*, de 22 de Enero de 1855).

(Aloc. *Cum sæpe*, de 26 de Julio de 1855).

LIV. Los Reyes y los príncipes, no solo están exentos de la jurisdicción de la Iglesia sinó que son superiores á la Iglesia cuando se trata de resolver cuestiones de jurisdicción.

(L. A. *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

LV. La Iglesia debe estar separada del Estado, y el Estado de la Iglesia.

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

§ VII.

Errores concernientes á la moral natural y cristiana.

LVI. Las leyes de la moral no necesitan la sanción divina, y no es necesario que las leyes humanas se conformen al derecho natural ó reciban de Dios el poder de obligar.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

LVII. La ciencia de las cosas filosóficas y morales, lo mismo que las leyes civiles, pueden y deben ser sustraidas á la autoridad divina y eclesiástica.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

LVIII. No deben reconocerse otras fuerzas que las que residen en la materia, y todo sistema de moral, toda moralidad debe consistir en acumular y aumentar las riquezas de todos modos, entregándose á los placeres.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

(Encícl. *Quanto conficiamur*, de 10 de Agosto de 1863).

LIX. El derecho consiste en el hecho material: todos los deberes de los hombres son palabras vacías de sentido, y todos los hechos humanos tienen la fuerza del derecho.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

LX. La autoridad no es otra cosa que la suma del número y de las fuerzas materiales.

(Aloc. *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862).

LXI. Una injusticia de hecho coronada por el éxito, no perjudica en modo alguno á la santidad del derecho.

(Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de Marzo de 1864).

LXII. Se debe proclamar y observar el derecho de *no—intervención*.

(Aloc. *Novos et ante*, de 28 de Septiembre de 1860.)

LXIII. Es permitido negar la obediencia á los príncipes legítimos, y aún sublevarse contra ellos.

(Encícl. *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846.)

(Aloc. *Quisque vestrum*, de 4 de Octubre de 1847.)

(Encícl. *Noscitis et Nobiscum*, de 8 de Diciembre de 1849).

(L. A. *Cum catholica*, de 26 de Marzo de 1860).

LXIV. La violación de un juramento, por santo que sea, y toda acción criminal vergonzosa opuesta á la ley eterna, no solo no deben ser censuradas, sinó que son lícitas y dignas del mayor elogio cuando las inspire el amor á la patria.

(Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de Abril de 1849).

§ VIII.

Errores concernientes al matrimonio cristiano.

LXV. No puede en modo alguno establecerse que Jesucristo ha elevado el matrimonio á sacramento.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXVI. El sacramento del Matrimonio no es más que un accesorio del contrato, que puede separarse de él, y el sacramento solo consiste en la misma bendición nupcial.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXVII. Por derecho natural el lazo del matrimonio no es indisoluble, y en varios casos el divorcio propiamente dicho, puede ser sancionado por la autoridad civil.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

LXVIII. La Iglesia no tiene el poder de establecer impedimentos dirimentes para el matrimonio; ese poder pertenece á la autoridad seglar, por la cual los impedimentos existentes deben ser abrogados.

(L. A. *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

LXIX. La Iglesia en el concurso de los siglos ha empezado á introducir los impedimentos dirimentes, no por su derecho propio, sinó usando del derecho que tomó del poder civil.

(L. A. *Ad Apostolicæ* de 22 de Agosto de 1851).

LXX. Los cánones del Concilio de Trento que fulminan el anatema contra los que se atreven á negar el poder que tiene la Iglesia de oponer impedimentos dirimentes, no son dogmáticos, ó deben tomarse como usurpaciones del poder.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXXI. La forma prescrita por el Concilio de Trento no obliga, bajo pena de nulidad, cuando la ley civil determina otra forma, y quiere que, sirviéndose de esa forma, el matrimonio sea válido.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXXII. El Papa Bonifacio VIII declaró el primero que el voto de castidad pronunciado en la ordenación hace nulo el matrimonio.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXXIII. Por la forma del contrato puramente civil puede existir un verdadero matrimonio entre cristianos, y es falso, ó que el contrato de matrimonio entre cristianos sea siempre un sacramento, ó que el contrato sea nulo si se excluye el sacramento.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

(Carta de Su Santidad Pío IX al Rey de Cerdeña, de 9 de Septiembre de 1852).

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

(Aloc. *Multis gravibusque*, de 17 de Diciembre de 1860).

LXXIV. Las causas de matrimonio y de esponsales, por su naturaleza propia, pertenecen á la jurisdicción civil.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

(*N. B.* Aquí pueden colocarse otros dos errores: la abolición del celibato eclesiástico y la preferencia debida al estado de matrimonio sobre el estado de virginidad. Esos errores se hallan condenados, el primero en la Carta Encíclica *Qui pluribus*, de 9 de Noviembre de 1846, y el segundo en las Letras Apostólicas *Multiplices inter*, de 10 de Junio de 1851).

§ IX.

Errores sobre el principado civil del Pontífice Romano.

LXXV. Los hijos de la Iglesia cristiana y católica disputan entre sí sobre la incompatibilidad del reinado temporal con el poder espiritual.

(L. A. *Ad apostolicæ*, de 22 de Agosto de 1851).

LXXVI. La derogación de la soberanía civil, que la Santa Sede viene poseyendo, serviría mucho á la libertad y á la dicha de la Iglesia.

(Aloc. *Quibus quantisque*, de 20 de Abril de 1849).

(*N. B.* Además de esos errores explícitamente señalados, otros muchos errores se hallan implícitamente condenados por la doctrina que se ha expuesto y sostenido sobre el principado civil, doctrina que todos los católicos deben profesar firmemente. Esta doctrina se halla claramente enseñada en la Alocución *Quibus quantisque*, de 20 de Abril de 1849; en la Alocución *Si semper antea*, de 20 de Mayo de 1850; en las Letras Apostólicas *Cum catholica Ecclesia*, de 26 de Marzo de 1860; en la Alocución *Novos*, de 28 de Septiembre de 1860: en la Alocución *Jamdudum*, de 18 de Marzo de 1861; en la Alocución *Maxima quidem*, de 9 de Junio de 1862.

§ X.

Errores que se refieren al liberalismo moderno.

LXXVII. En nuestra época ya no es útil que la Religión católica sea considerada como la única Religión del Estado, y con exclusión de todos los demás cultos.

(Aloc. *Nemo vestrum*, de 26 de Julio de 1855).

LXXVIII. Por eso, y con razón, en algunos países católicos la ley ha provisto á que los extranjeros que á ellos vayan, gocen allí del ejercicio público de sus cultos particulares.

(Aloc. *Acerbissimum*, de 27 de Septiembre de 1852).

LXXIX. Es falso que la libertad útil de todos los cultos, y que el pleno poder dejado á todos de manifestar abierta y públicamente todos sus pensamientos y todas sus opiniones arrojen con mayor facilidad á los pueblos en la corrupción de las costumbres y del espíritu, propagando la peste del indiferentismo.

(Aloc. *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1852).

LXXX. El Pontífice Romano puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

(Aloc. *Jamdudum cernimus*, de 18 de Marzo de 1861).

CIRCULAR

del Emmo. Sr. Cardenal Antonelli, remitiendo la anterior Encíclica y «Syllabus» á todos los obispos del mundo católico.

Muy reverendo señor: Nuestro Santísimo Señor Pío IX, Pontífice Máximo, no ha cesado nunca, movido de su grande solicitud por la salud de las almas, y por la pureza de la doctrina, de proscribir y condenar desde los primeros dias de su pontificado los principales errores y las falsas doctrinas que corren regularmente en nuestros miserables tiempos, así en sus Cartas Encíclicas y Alocuciones consistoriales como en otras Cartas Apostólicas dadas al intento. Pero pudiendo ocurrir que estos actos pontificios no lleguen á noticia de todos y cada uno de los Rdos. Obispos, determinó Su Santidad que se compilase un *Syllabus* de los mismos errores, para ser comunicado á todos los Obispos del mundo católico, para que los mismos Prelados tuviesen delante de los ojos todos los errores y perniciosas doctrinas reprobados y condenados por Su Santidad; previniéndome luego á mí que hiciese que este *Syllabus* impreso fuese remitido á Vuestra Reverencia en este mismo tiempo y ocasión en que el mismo Pontífice Máximo, movido de su gran solicitud por la salud y bien de la Iglesia católica, y de toda la grey del Señor divinamente confiada á su cuidado, juzgó por bien escribir una Carta Encíclica á todos los Obispos católicos. Para cumplir, por tanto, como es debido, con toda diligencia y rendimiento las órdenes del Sumo Pontífice, remito á Vuestra Reverencia el mismo *Syllabus* junto con estas Cartas; aprovechando la presente coyuntura para daros testimonio de los sentimientos de mi gran reverencia y adhesión, y repetirme, besando humilde su mano, por su muy humilde y afectísimo siervo,—*G. Cardenal Antonelli.*

Roma 8 de Diciembre de 1864.

NUMERO 5.º

Constitución de Nuestro Santísimo Padre Pío IX, Papa por la Divina Providencia, por la que se limitan las censuras eclesiásticas «Latæ sententiæ.»

Para perpetua memoria.

Conviene á la moderación de la Silla Apostólica retener lo que saludablemente viene establecido por antiguos cánones, de tal modo que si el cambio de circunstancias y tiempos diese motivos para adoptar algunos temperamentos con la

prudente reserva, la misma Silla Apostólica les aplicase un remedio y una providencia conveniente á su suprema potestad. Por lo tanto, habiendo observado hace tiempo que las censuras eclesiásticas en que se incurre sin necesidad de sentencia *ipso facto*, publicadas y promulgadas en diversas épocas para asegurar la incolumidad, tutela y disciplina de la Iglesia, y para corregir y reprimir la desenfrenada licencia de los malos, han ido creciendo poco á poco hasta llegar á un número considerable, que así algunas, por la mutación de los tiempos y de las costumbres, no responden á los fines y á las causas para que fueron dictadas, y no tienen la utilidad y la oportunidad que antes, y por esta razón ocurren dudas, ansiedad é inquietud de conciencia, bien sea á los que tienen á su cargo la salvación de las almas, bien á los mismos fieles; queriendo Nos poner remedio á estos inconvenientes, habíamos ordenado que se hiciera una revisión exacta de estas censuras, y se nos presentase, á fin de que después de un diligente y detenido exámen pudiésemos establecer cuáles fuese útil conservar y mantener, y cuáles modificar.

Terminada, pues, esta revisión, y oido el parecer de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, instituidos inquisidores generales de la fé en todo el mundo cristiano, y examinada cada cosa largamente y con atención, de *motu proprio*, de ciencia cierta y con madura deliberación nuestra, y en la plenitud de nuestro poder apostólico, decretamos por esta Constitución, que será tenida perpetuamente en vigor, que cualquiera censura, sea de excomunión, sea de suspensión, ó sea de entredicho, que hayan sido impuestas *latæ sententiæ*, incurriéndose en ellas *ipso facto*, no tengan valor, á no ser las que insertamos en esta Constitución, y del modo que las insertamos, y Nos declaramos al mismo tiempo que, no solo en fuerza de los antiguos cánones, en cuanto estén de acuerdo con esta nuestra Constitución, sinó en fuerza de esta misma Constitución, tengan todo su valor, como si ahora por la primera vez fuesen en ella publicadas.

Excomuniones latæ sententiæ *reservadas por modo especial al Romano Pontífice.*

Declaramos sujetos á excomunión *latæ sententiæ* reservada especialmente al Romano Pontífice.

1. A todos los apóstatas de la fé cristiana, á todos y á cada uno de los herejes, cualquiera que sea su nombre, y cualquiera que sea la secta á que pertenezcan, y á los que los crean, á sus receptores, fautores, y en general á todos sus defensores.

2. A todos y á cada uno de los que á sabiendas leen, sin autoridad de la Silla Apostólica, los libros de los mismos apóstatas y herejes que propalan la herejía, así como libros de otro cualquier autor prohibidos *nominatim* en virtud de Letras Apostólicas, y á los que retienen dichos libros, los imprimen, ó en algún modo los defienden.

3. A los cismáticos y á aquellos que pertinazmente se sustraen ó se apartan de la obediencia del Romano Pontífice en cualquier tiempo.

4. A todos y á cada uno de cualquier estado, grado y condición que fueren, que apelan á un futuro Concilio universal de las disposiciones ó mandatos de los Romanos Pontífices que son ó fueren, como también á aquellos que les prestasen auxilio, consejo ó favor.

5. A todos los que matan, mutilan, hieren, arrastran, encarcelan, retienen ó persiguen hostilmente á los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, á los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y Legados de la Sede Apostólica ó Nuncios, ó los lanzan de sus diócesis, territorios, terrenos ó dominios, y á los que lo mandan, ratifican ó prestan á estos su auxilio, consejo ó favor.

6. A los que impiden directa ó indirectamente el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, sea en el fuero interno ó externo, y á los que para ello recurren al fuero secular y procuran ó publican sus órdenes, ó les prestan auxilio, consejo ó favor.

7. A los que obligan directa ó indirectamente á los jueces legos á traer á su tribunal á personas eclesiásticas, contraviniendo á las disposiciones canónicas, como á aquellos que promulgan leyes ó decretos contra la libertad ó derechos de la Iglesia.

8. A los que recurren al poder laical para impedir las Letras ó cualquier otro acto de la Silla Apostólica, ó de sus Legados ó delegados, ó prohiben directa ó indirectamente la promulgación ó ejecución de sus disposiciones, ó con motivo de ellas las mismas partes ú otros les ofenden ó intimidan.

9. A todos los falsarios de Letras Apostólicas, sean en forma de Breves ó de súplicas concernientes á gracia ó justicia, firmada por el Romano Pontífice ó los vicecancelarios de la Santa Iglesia Romana, ó sus vice-gerentes, ó por mandato del mismo Pontífice Romano, y á los que falsamente publican Letras Apostólicas aún en forma de Breve, ó súplicas á este tenor, bajo el nombre del Romano Pontífice ó de los predichos vice-cancelarios ó vice-gerentes.

10. A los que absuelven á sus propios cómplices en pecado torpe, aún en peligro de muerte, siempre que otro sacerdote, aunque carezca de licencia para confesar, pueda, sin que nazca grave infamia ó escándalo, oir la confesión del moribundo.

11. A los que usurpan ó secuestran la jurisdicción, bienes ó rentas pertenecientes á personas eclesiásticas por razón de sus iglesias ó beneficios.

12. A los que invaden, destruyen ó detienen por sí ó por otros las ciudades, tierras, lugares ó derechos pertenecientes á la Iglesia Romana, ó usurpan, perturban ó retienen en ellos la suprema jurisdicción, y también á los que para cualquiera de los actos referidos dan auxilio, consejo ó favor.

De todas las excomuniones hasta aquí referidas, estaba reservada y se reserva su absolución de un modo especial al Romano Pontífice *pro tempore*, y declaramos que para ella no basta en manera alguna la general facultad ó concesión de absol-

ver en los casos, censuras ó excomuniones reservadas al Romano Pontífice, pues quedan revocados respecto á las mismas todos los indultos concedidos bajo cualquiera forma y á cualesquiera personas, sean regulares de cualquiera congregación, sociedad ó instituto, ó dignas de especial mención, ó constituidas en cualquier dignidad. A los que presuman, por tanto, absolver sin la debida facultad, bajo cualquier pretexto, del vínculo de excomunión reservada al Romano Pontífice, sepan que no quedan absueltos, á no ser que se haga *in articulo mortis* (en peligro de muerte), en el cual, sin embargo, queda firme la obligación de estar y sujetarse á los mandamientos de la Iglesia, si convalecieren.

Excomuniones latæ sententiæ *reservadas al Romano Pontífice.*

Declaramos sujetos á excomunión *latæ sententiæ* reservada al Romano Pontífice.

1. Á los que enseñan ó defienden pública ó privadamente proposiciones condenadas por la Sede Apostólica, bajo pena de excomunión *latæ sententiæ*, é igualmente á los que enseñan y defienden como lícita la práctica de inquirir del penitente el nombre del cómplice, según fué condenada por Benedicto XIV en las Constituciones *Suprema*, de 7 de Julio de 1745: *Ubi primum*, de 2 de Julio de 1746: *Ad eradicandum*, de 28 de Septiembre de 1746.

2. Los que por instigación del demonio ponen las manos violentamente en los clérigos ó monjes de uno otro sexo, excepto ú cuando el Obispo ú otro absuelva la reserva en los casos y personas en los cuales se permite por derecho ó privilegio.

3. Los que perpetran el duelo, ó simplemente provocan á él, ó lo aceptan, y todos los cómplices y cualquiera que les preste auxilio ó favor, como también los que de propósito asisten á él y lo permiten, ó en cuanto esté de su parte no lo prohiban, sea cualquiera su dignidad, sea real ó imperial.

4. Los que se llaman *masones* ó *carbonarios*, ó pertenecen á sectas de este género que maquinan contra la Iglesia ó potestades legítimas abierta ó clandestinamente, como á aquellos que presten algún favor ó auxilio á las mismas sectas, y no denuncien á sus corifeos ó jefes, mientras no los denunciaren.

5. Los que manden violar la inmunidad del asilo eclesiástico, ó con temeraria audacia lo violen.

6. Los que violen la clausura monacal de cualquier género, condición, sexo ó edad que fueren, entrando en sus monasterios sin legítima licencia, é igualmente á los que introducen y admiten, como también los monjes que se salgan de ellos, fuera de los casos y en la forma prescrita por San Pío V en la Constitución *Decori*.

7. Las mujeres que violan la clausura de varones regulares, y los superiores ú otros que las admitan.

8. Los reos de simonía real en cualesquiera beneficios, y sus cómplices.

9. Los reos de simonía confidencial, en cualesquiera beneficios, sean de la dignidad que fueren.

10. Los reos de simonía real para el ingreso en religión.

11. Todos los que comerciando con indulgencias y otras gracias espirituales, incurren en la censura de excomunión por la Constitución de San Pío V *Quam plenum* de 2 de Enero de 1569.

12. Los que recogen limosnas de mayor precio por misas, y hacen lucro con ellas, haciéndolas celebrar en lugares donde el estipendio de las misas suele ser de menor precio.

13. Todos aquellos que están gravados con excomunión en las Constituciones de S. Pío V, *Admonet nos*, de 29 de Marzo de 1567; de Inocencio IX, *Quæ ab hac Sede*, de 4 de Noviembre de 1581; de Clemente VIII, *Ad Romani Pontificis curam*, de 26 de Junio de 1592, y de Alejandro VII, *Inter cæteras*, de 24 de Octubre de 1660, concernientes á la enajenación é infeudación de las ciudades y lugares de la Santa Iglesia Romana.

14. Los religiosos que administren á los clérigos ó á los legos, fuera de caso de necesidad, el sacramento de la Extremaunción ó Eucaristía por Viático, sin licencia del párroco.

15. Los que sin legítimo permiso extraigan reliquias de los sagrados cementerios ó catacumbas de la ciudad de Roma, ó de su territorio, y los que les presten auxilio ó favor.

16. Los que comunican con persona excomulgada *nominatim* por el Papa *in crimine criminoso*, á saber, prestándole auxilio ó favor.

17. Los clérigos que á sabiendas y voluntariamente comunican *in divinis* con personas excomulgadas *nominatim* por el Romano Pontífice, y los reciben en los oficios.

Excomuniones latæ sententiæ *reservadas á los Obispos ú Ordinarios.*

Declaramos que están sujetos á excomunión *latæ sententiæ* reservada á los Obispos ú Ordinarios:

1. Los clérigos constituidos *in sacris*, ó los regulares ó monjes que después del voto solemne de castidad presuman contraer matrimonio, así como los que con alguna de dichas personas pretendan contraerlo.

2. Los que procuren el aborto, seguido el efecto.

3. Los que usan á sabiendas de Letras Apostólicas falsas, ó cooperan con esto al delito.

Excomuniones latæ sententiæ *no reservadas.*

Declaramos sujetos á excomunión *latæ sententiæ* á ninguno reservada:

1. A los que mandan ú obligan á dar sepultura eclesiástica á los herejes notoria ó nominalmente excomulgados ó entredichos.

2. A los que causan daño ó intimidan á los inquisidores, denunciadores, testigos, ó á otros ministros del Santo Oficio, ó arrebatan ó queman escrituras del mismo Sagrado Tribunal, ó prestan á los predichos auxilio, consejo ó favor.

3. A los que enajenan ó presumen tomar bienes eclesiásticos sin beneplácito apostólico, según la forma de la Extravagante *Ambitiosæ*, *De rebus ecclesiasticis non alienandis*.

4. Los que por negligencia ú omisión culpable no denuncian dentro de un mes á los confesores ó sacerdotes por quienes fuesen instados ó instigados á cosas torpes en cualquiera de los casos expresos por nuestros predesores Gregorio XV, Constit. *Universi*, 20 de Agosto de 1622, y Benedicto XIV, Constit. *Sacramentum Pœnitentiæ*, 1.º de Junio de 1741.

Además de los casos enumerados hasta aquí, Nos declaramos igualmente estar excomulgados aquellos á quienes el sacrosanto Concilio de Trento excomulgó, ó con absolución reservada al Sumo Pontífice ó á los Ordinarios, ó sin reserva alguna, exceptuando la pena de anatema establecida en el decreto, sesión IV, *De editione et usu sacrorum librorum*, á la cual queremos que estén sujetos solamente los que imprimen ó hacen imprimir sin la aprobación del Ordinario.

Suspensiones latæ sententiæ *reservadas al Sumo Pontífice.*

1. Incurren *ipso jure* en suspensión de percibir sus beneficios, á beneplácito de la Santa Sede, los capítulos y conventos de iglesias y monasterios, y todos aquellos que para el gobierno y administración de unas y otros reciben Obispos ó Prelados de dichas iglesias ó monasterios, provistos en cualquiera forma por la misma Santa Sede antes de que exhiban las Letras Apostólicas de su promoción.

2. Incurren *ipso jure* en la suspensión por tres años de conferir Órdenes los que ordenan á alguno sin título de beneficio ó de patrimonio, con pacto después de estar ordenado, de que no les pida alimentos.

3. También incurren *ipso jure* en suspensión por un año de administrar Órdenes los que ordenan á un súbdito de otro, aun bajo pretexto de conferirle inmediatamente un beneficio, ó ya conferido, pero de ninguna manera suficiente sin las letras dimisoriales de su Obispo, ó aunque sea súbdito propio, si ha permanecido en otra parte tanto tiempo que haya podido contraer allí impedimento canónico, sin letras testimoniales del Ordinario de aquel punto.

4. Asimismo incurre en suspensión por un año de conferir Órdenes *ipso jure* el que, excepto el caso de legítimo privilegio, confiere Orden sagrado sin título de

beneficio ó patrimonio, al clérigo que viva en alguna congregación en la cual no se hace solemne profesión, ó al religioso todavía no profeso.

5. Incurren *ipso jure* en suspensión perpetua del ejercicio de las Órdenes los religiosos lanzados y que viven fuera de la religión.

6. Incurren *ipso jure* en suspensión del Orden referido los que pretendieren recibir tal Orden de un excomulgado, ó suspenso, ó entredicho, nominalmente denunciado, ó un hereje ó cismático notorio; y declaramos que el que de buena fé ha sido ordenado por alguno de estos, no tiene el ejercicio del Orden así recibido hasta que sea dispensado.

7. Los clérigos seculares de fuera que permanezcan más de cuatro meses en la ciudad de Roma ordenados por otro que no fuese su Ordinario sin licencia del Cardenal Vicario ó sin previo examen sostenido en su presencia, ó también por el propio Ordinario después de haber sido rechazados en dicho examen, y los clérigos pertenecientes á alguno de los seis episcopados suburbicarios, si son ordenados fuera de su diócesis ó con dimisorias de su Ordinario dirigidas á otro que no sea el Cardenal Vicario de Roma, ó no habiendo hecho antes de recibir el Órden sagrado los ejercicios espirituales por diez dias en la casa urbana de los sacerdotes llamados de las *misiones*, incurriendo *ipso jure* en la suspensión de las Órdenes así recibidas hasta el beneplácito de la Santa Sede, y los Obispos ordenantes en la suspensión del uso de pontificales por un año.

Entredichos latæ sententiæ *reservados.*

1. Incurren *ipso jure* en entredicho reservado de un modo especial al Romano Pontífice las Universidades, colegios y capítulos, bajo cualquier nombre que se titulen, que apelen á un futuro Concilio universal de las órdenes ó mandatos del mismo Romano Pontífice que por tiempo fuere.

2. Los que á sabiendas celebran ó hacen celebrar los Oficios divinos en lugares entredichos por el Ordinario ó por el juez delegado ó por derecho ó admiten á los excomulgados nominalmente á los divinos oficios ó á los Sacramentos ó sepultura eclesiástica, incurren *ipso jure* en el entredicho del ingreso en la Iglesia, hasta que hubieren satisfecho competentemente á juicio de aquel cuya sentencia despreciaron.

Finalmente, Nos queremos y declaramos que sean igualmente incursos en suspensión ó entredicho cualesquiera otros que el Sacrosanto Concilio de Trento decretó fuesen suspensos ó entredichos *ipso jure*.

Además de las censuras que quedan nombradas, queremos y declaramos que permanezcan firmes y en su fuerza todas aquellas de excomunión, suspensión ó entredicho que por nuestras Constituciones ó de nuestros predecesores, ó por los sagrados cánones, son *latæ* y hasta aquí existieron con vigor, ya por elección del Romano Pontífice, ó ya por el régimen interno de cualesquiera Ordenes ó Institutos

reglares, y también de cualesquiera colegios, congregaciones, asociaciones y lugares píos, del nombre y género que sean.

Decretamos además que en las nuevas concesiones y privilegios que pudieran concederse á alguno por la Silla Apostólica, de ningún modo ni razón deba entenderse jamás ni se pueda comprender la facultad de absolver en los casos y censuras reservados al Romano Pontífice, si no se hubiere hecho de ellos mención formal explícita é individual, y queremos que los privilegios ó facultades que hasta ahora hayan sido concedidos en cualquier tiempo, sea por nuestros predecesores ó por Nos, á toda asociación, Orden, congregación, sociedad ó Instituto, aun regular, de la especie que fuere, aunque tenga título particular y digno de especial mención, queden todas ellas por esta nuestra Constitución revocadas, suprimidas y abolidas, como de hecho revocamos, suprimimos y abolimos, no impidiendo en manera alguna ni obstando cualesquiera privilegios, aun los especiales comprendidos en el cuerpo del derecho ó en Constituciones apostólicas, ó en otra confirmación de la Santa Sede, ó fundados en costumbre inmemorial ó en fuerza de otra cualquiera, sean como fueren las formas y tenor, y las cláusulas derogatorias ú otras más eficaces é insólitas, todas las cuales, en cuanto sea necesario, queremos derogar y derogamos.

Queremos, sin embargo, que continúe en firmeza la facultad de absolver, concedida á los Obispos por el Concilio Tridentino, sesión 24, cap. VI, *De Reform.* en las censuras reservadas por esta nuestra Constitución á la Silla Apostólica, exceptuadas solamente aquellas que hemos declarado reservadas de un modo especial á la misma Sede Apostólica.

Declaramos ratas y firmes estas Letras y todo lo que en ellas se establece y manda, todas y cada una de las que fueron hechas por anteriores Constituciones de nuestros predecesores y nuestras, ó por otros sagrados cánones, y las mutaciones, derogaciones, supresiones y abrogaciones de los Concilios generales y del mismo Tridentino, que respectivamente sean válidas y firmes, y que deben obtener sus plenarios é íntegros efectos, y de hecho los obtengan; y así, y no de otra manera, según lo mandado, debe juzgarse y definirse por cualesquiera jueces ordinarios y delegados, aunque sean de las causas del Palacio apostólico, auditores y cardenales de la Santa Iglesia Romana, Legados *à latere* y Nuncios de la Silla Apostólica y otros que gocen ó hayan de gozar de preeminencia ó potestad, sin que tengan facultad ni autoridad todos y cada uno de juzgar é interpretar de otra manera, y sea y fuere nulo y de ningún valor todo lo que contra estas Letras, á sabiendas ó por ignorancia, se pretendiere atentar por cualquiera autoridad ó con pretexto de cualquier privilegio ó costumbre inducida ó que se induzca, la cual declaramos ser abuso. No obstanle las dichas y cualesquiera otras órdenes, Constituciones, privilegios, aunque sean dignos de especial mención, así como de costumbres, aun inmemoriales, y otras contrarias.

A ninguno, por tanto, sea lícito infringir, ó con temeraria audacia contrariar esta página de Constitución, ordenación, limitación, supresión, derogación y vo-

luntad. Si alguno, sin embargo, presumiese intentarlo, sepa que incurrirá en la indignación de Dios Omnipotente y de los bienaventurados Pedro y Pablo, sus Apóstoles.

Dado en San Pedro en Roma, año de la Encarnación del Señor mil ochocientos sesenta y nueve, á los cuatro idus (12) de Octubre, año vigésimocuarto de nuestro pontificado.

MARIUS, CARD. MATTEI, *Pro-datario.—N. Card. Paracciani Clarelli.*—Visto por la Curia.—*Dominicus Brutti.*—Lugar del Sello.—*I. Cugnoni.*

NÚMERO 6.º

CONCILIO VATICANO.

Constitución de «Fide cathólica.»

Pío, Obispo, siervo de los siervos de Dios, por la aprobación del Sacro Concilio, para perpetua memoria del suceso.

El Hijo de Dios y Redentor del género humano, Nuestro Señor Jesucristo, estando para volver al Padre celestial, prometió que permanecería todos los dias hasta el fin de los siglos con su Iglesia militante sobre la tierra. Por esto en ningún tiempo ha dejado de estar al lado de su Esposa bien amada, asistirla con su enseñanza, bendecir sus obras y socorrerla en sus peligros. Esta Providencia saludable que ha brillado constantemente por otros innumerables beneficios, se ha manifestado principalmente por los frutos abundantes que el universo cristiano ha sacado de los Concilios, y en especial del Concilio de Trento, aunque fué celebrado en tiempos calamitosos. En efecto: gracias á ellos, se han visto muy santos dogmas de la Religión definidos con más precisión, y expuestos con más amplitud; los errores condenados y reprimidos; la disciplina eclesiástica restablecida y afirmada con más vigor; el clero excitado al amor de la ciencia y de la piedad; establecidos colegios para preparar á los jóvenes á la santa milicia; en fin, las costumbres de los pueblos cristianos restauradas por la enseñanza más esmerada de los fieles, y por el más frecuente uso de los sacramentos. Además se ha visto, gracias á los Concilios, más íntima la unión entre los miembros y la Cabeza visible del cuerpo místico de Jesucristo, que recibía mayor vigor; multiplicarse las familias religiosas, lo mismo que las demás instituciones de la piedad cristiana, y mantenerse constantemente el celo, hasta el punto de derramar la sangre para propagar á lo lejos por todo el universo el reino de Jesucristo.

Sin embargo, al recordar con júbilo del alma, como es justo, estos beneficios y otros varios que la divina Providencia ha concedido á la Iglesia, sobre todo

por el último Concilio, no podemos contener nuestro gran dolor á causa de los males gravísimos acaecidos principalmente porque muchos han despreciado la autoridad de este santo Sínodo, ó descuidado sus sabios preceptos.

En efecto: nadie ignora que después de haber rechazado el divino magisterio de la Iglesia y de haber dejado la causa de la Religión al juicio de cada uno, las herejías proscritas por los PP. de Trento se han dividido poco á poco en múltiples sectas, separadas y en lucha entre sí, de tal modo que no pocas han perdido toda fé en Jesucristo. Han llegado á no tener por divina la misma Santa Biblia, que antes afirmaban que era la única fuente y el único juez de la doctrina cristiana, y la han asimilado á las fábulas míticas.

Entonces nació y empezó á extenderse por el orbe esa doctrina del racionalismo ó del naturalismo, que, atacando por todos los medios á la Religión cristiana, porque es una institución sobrenatural, se esfuerza con gran ardor en establecer el reino de lo que se llama la *razón pura* y la *naturaleza*, después de haber arrancado á Cristo, nuestro solo Señor y Salvador, del alma humana, de la vida y de las costumbres de los pueblos. Después de dejada y rechazada la Religión cristiana; después de negado Dios y su Cristo, el espíritu de muchos se ha arrojado en los abismos del panteismo, del materialismo y del ateismo, hasta el punto de que, negando la misma naturaleza racional y todas las reglas de lo recto y de lo justo, se esfuerzan por destruir los primeros fundamentos de la sociedad humana.

Así ha sucedido que, habiéndose extendido esta impiedad por todas partes, muchos hijos de la Iglesia católica se han separado del camino de la verdadera piedad, y se ha amenguado en ellos el sentimiento católico por el paulatino desvanecimiento de las verdades. Extraviados por varias y extrañas doctrinas, confundiendo malamente la naturaleza y la gracia, la ciencia humana y la fé divina, procuran alterar el sentido genuino de los dógmas que sostiene y enseña la Santa Madre Iglesia, y corrompen y ponen en peligro la sinceridad y la integridad de la fe.

Ante tan triste expectáculo, ¿cómo no habían de conmoverse las entrañas de la Iglesia? De la misma manera que Dios quiere que todos los hombres se salven y que vengan al conocimiento de la verdad, así como Cristo vino para salvar á lo que había perecido y para reunir á los hijos de Dios que estaban dispersos, así la Iglesia, constituida por Dios, Madre y Maestra de los pueblos, se reconoce deudora á todos, y siempre está preparada y dispuesta para levantar á los caidos, sostener á los que vacilan, abrazar á los que vuelven, confirmar á los buenos y conducirlos á la perfección. Por lo cual, en ningún tiempo puede dejar de afirmar y predicar la verdad de Dios, que sana todas las cosas, no ignorando que se le ha dicho: «El espíritu mío que está en tí, y mis palabras que puse en tus labios, no se apartarán de tu boca ni ahora ni nunca (Is., LIX, 21).»

Nos, pues, siguiendo las huellas de nuestros predecesores, cumpliendo nuestro apostólico ministerio, nunca hemos dejado de enseñar y defender la verdad católica, y de reprobar las malas y perversas doctrinas. Y ahora, sentándose y

juzgando con Nos todos los Obispos del orbe, en este Sínodo ecuménico, congregado en el Espíritu Santo por autoridad nuestra, apoyados en la palabra de Dios escrita y en la trasmitida por la tradición, según la recibimos santamente conservada y genuinamente expuesta por la Iglesia católica, desde esta Cátedra de Pedro, delante de todos, hemos determinado enseñar y declarar la saludable doctrina de Cristo, proscribiendo y condenando con la potestad que Dios nos ha dado los errores contrarios á ella.

CAPITULO PRIMERO.

De Dios, Creador de todas las cosas.

La santa Iglesia Católica apostólica romana cree y confiesa que existe un Dios verdadero y vivo, Creador y señor del cielo y de la tierra, Omnipotente, Eterno, Inmenso, Incomprensible, Infinito por la inteligencia, la voluntad y por toda perfección; que siendo una sustancia espiritual, única, absolutamente simple, inmutable, debe ser predicado realmente y por esencia distinto del mundo, felicísimo en sí y por sí, e inefablemente excelso sobre todas las cosas que pueden concebir e fuera de Él.

Este solo Dios verdadero, por su bondad y su virtud omnipotente, no por aumentar su felicidad ni por adquirirla, sinó por manifestar su perfección por los bienes que distribuye á las criaturas, y por su voluntad plenamente libre, creó de la nada al principio de los tiempos la criatura espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y luego la criatura humana, como formada ó compuesta de espíritu y de cuerpo (Conc. Later IV., cap. I, *Firmiter*).

Dios protege y gobierna con su providencia todas las cosas que ha creado, abarcando fuertemente de un extremo á otro del universo, y disponiéndolo todo con suavidad (Sap., VIII, 1). Todas las cosas están desnudas y patentes ante sus ojos (Ad Hebr., IV, 13), hasta las que han de suceder por la acción libre de las criaturas.

CAPÍTULO II

De la Revelación.

La misma Santa Madre Iglesia cree y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser ciertamente conocido con las luces naturales de la razón humana, por las cosas creadas; porque las cosas invisibles de Dios son comprendidas por la criatura del mundo por medio de las cosas creadas (I Rom., I, 20); pero que, sin embargo, plugo á la sabiduría y bondad de Dios revelarse Él mismo al género humano, y revelarnos los decretos de su voluntad por otro camino, el so-

brenatural, según dijo el Apóstol: «Dios, que habló á nuestros padres de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros dias por su Hijo (I Hebr., I, 20).»

Por esta revelación divina pueden conocerse por todos pronto, hasta en el estado presente del género humano, con absoluta certeza y sin mezcla ninguna de error, las cosas divinas que no son por sí inaccesibles á la razón humana. No se ha de decir por esto que la revelación divina sea absolutamente necesaria; sinó que Dios, por su bondad infinita, ha ordenado al hombre para un fin sobrenatural; es decir, para participar de los bienes divinos, que superan absolutamente la inteligencia humana; porque el ojo del hombre no ha visto, su oido no ha escuchado, su corazón no ha podido elevarse á comprender lo que Dios ha preparado á los que le aman (I Cor., II, 9).

Esta revelación sobrenatural, según la fé de la Iglesia proclamada en el Santo Concilio de Trento, está contenida en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que, recibidas por los Apóstoles del mismo Cristo, ó trasmitidas como por las manos de los mismos Apóstoles, bajo la inspiración del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros (Conc. de Trent., ses. IV, decr. *De Can. Scripi*); los cuales libros del Antiguo y del Nuevo Testamento tiene la santa Iglesia católica por santos y canónicos, íntegramente en todas sus partes, tal como fueron enumerados en el decreto del Concilio de Trento y en la antigua edición latina de la Vulgata; no porque, compuestos por el solo ingenio humano, hayan sido después aprobados por su autoridad, ni solo porque contienen la revelación sin error, sinó porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen á Dios por autor, y han sido entregados como tales á la Iglesia misma.

Pero porque algunos hombres entienden mal lo que el Santo Concilio de Trento ha decretado saludablemente tocante á la interpretación de la divina Escritura, para reprimir los espíritus petulantes, Nos, renovando el mismo decreto, declaramos que el espíritu de este decreto es que sobre las cosas de la fe y de las costumbres que conciernen á la edificación de la doctrina cristiana, es preciso tener por verdadero sentido de la Santa Escritura el que siempre ha tenido y tiene por tal nuestra Santa Madre la Iglesia, á quien pertenece determinar el verdadero sentido y la interpretación de las Sagradas Escrituras; de suerte que á nadie es permitido interpretar la Escritura de modo contrario á este sentido, ni contra el sentimiento unánime de los Padres.

CAPÍTULO III.

De la fé.

Dependiendo el hombre completamente de Dios como de su Criador y Señor; sometida absolutamente la razón creada á la Verdad increada, debemos á Dios, por la fé, el homenage completo de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad. Esta fé, que es el principio de la salvación del hombre, profesa la Iglesia católica que es una virtud sobrenatural por medio de la que, con la inspiración y gracia de Dios, creemos verdaderas las cosas que Él nos ha revelado, no por la verdad intrínseca de las cosas percibidas por las luces de la razón, sinó por la autoridad de Dios mismo, que nos la revela, y que no puede ni engañarse ni engañar. Porque la fé, según el testimonio del Apóstol, es la sustancia de las cosas que forman el objeto de la esperanza, la razón de las cosas invisibles (Hebr., XI, 1).

Sin embargo, á fin de que el homenage de nuestra fé estuviese de acuerdo con la razón, Dios ha querido añadir á los auxilios interiores del Espíritu Santo las pruebas exteriores de su revelacion; á saber: los hechos divinos, y sobre todo los milagros y las profecías, los cuales, al mostrar superabundantemente la omnipotencia y omnisciencia de Dios, son signos certísimos de la revelación divina, y accesibles á la inteligencia de todos. Por eso Moisés, los Profetas, y sobre todo Nuestro Señor Jesucristo, han hecho tantos milagros y tan manifiestas profecías. Por eso se ha dicho de los Apóstoles: «Y habiéndose marchado, predicaron por todas partes con la cooperación del Señor, que confirmaba su palabra con los milagros que la seguían (Marc., XVI, 20).» Y además: «Tenemos una palabra profética segura á la cual hacéis bien de ateneros como á una luz que brilla en lugar tenebroso (II Pet., I, 19).»

Mas aunque el asentimiento de la fé no sea un ciego movimiento del espíritu, nadie, sin embargo, puede adherirse á la revelación evangélica, como es preciso para salvarse, sin una iluminación y una inspiración del Espíritu Santo, que da á todos la suavidad en el consentimiento y la creencia de la verdad (Sin. Araus. II, can. 7). Por lo que la fé en sí misma, aunque no obre por la caridad, es un don de Dios, y su ejercicio es una obra que se refiere á la salvación; acto por el cual el hombre presta á Dios mismo una libre obediencia, concurriendo y cooperando á su gracia, á la cual podría resistir.

Luego se debe creer con fé divina y católica todo lo que está contenido en las Santas Escrituras y en la tradición, y todo lo que enseña la Iglesia como verdad divinamente revelada, sea en virtud de un juicio solemne, sea en el ejercicio de su magisterio ordinario y universal.

Pero porque es imposible sin la fé agradar á Dios y entrar en participación con sus hijos, nadie se justifica sin ella, ni llega á la vida eterna sin perseverar en

ella hasta el fin. Y para que podamos cumplir el deber de abrazar la verdadera fé y permanecer en ella constantemente, Dios, por medio de su único Hijo, ha instituido la Iglesia, y la ha provisto de señales visibles de su institución, á fin de que pueda ser reconocida por todos como la Maestra y custodia de la palabra revelada. Pues solo á la Iglesia católica pertenecen esos caractéres, tan numerosos y tan admirables, establecidos por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fé cristiana. Y aun la Iglesia por sí misma, con su propagación admirable, su santidad eminente y su inagotable fecundidad para todo bien, con su unidad católica y su inmutable estabilidad, es un grande y perpetuo argumento de credibilidad, un testimonio irrefragable de su misión divina.

Y por eso, como un signo erigido enfrente de las naciones (Is, XI, 12) llama hácia sí á todos los que hasta ahora no han creido, y certifica á sus hijos de que la fé que profesan se apoya sobre muy sólido fundamento. Á este testimonio se agrega el auxilio eficaz de la virtud que viene del cielo, porque el Señor, misericordioso, excita y ayuda con su gracia á los que están en el error, á fin de que puedan llegar al conocimiento de la verdad; y á los que ya ha sacado de las tinieblas atrayéndolos á su admirable luz, los confirma con su gracia, que no falta sinó cuando se huye de ella, á fin de que persistan en esa misma luz. Así, muy diferente es la condición de los que se han adherido á la verdad católica por el don divino de la fé, de la de aquellos que, guiados por las opiniones humanas, siguen una falsa religión; porque los que han abrazado la fé bajo el gobierno de la Iglesia, no pueden tener jamás ningún motivo justo para abandonarla y poner en duda esa fé. Hé aquí por qué, dando gracias al Eterno Padre que nos ha hecho dignos de participar de la suerte de los Santos en la luz, no debemos menospreciar tan gran ventaja; antes bien, fijos los ojos en Jesús, Autor y consumador de la fé, debemos guardar el testimonio inquebrantable de nuestra esperanza.

CAPÍTULO IV.

De la Fé y de la Razón.

La Iglesia católica ha sostenido siempre, y sostiene con sentimiento perpetuo, que existe un doble órden de conocimiento, distinto, no solamente por el principio, sinó por su objeto; por el principio, porque en el uno conocemos por la razón natural, y en el otro por la fé divina; por su objeto, porque fuera de las cosas á que puede alcanzar la razón natural, hay misterios ocultos en Dios, propuestos á nuestra creencia, que no podemos conocer sinó por la revelación divina. Por eso el Apóstol, que afirma que Dios se da á conocer á las naciones por las cosas creadas, dice, sin embargo, á propósito de la gracia y de la verdad que ha sido hecha por Jesucristo (Joan., I, 17): «Hablamos de la sabiduría de Dios en misterio; sabiduría oculta que Dios ha predestinado para nuestra gloria antes de los

siglos, y que ninguno de los príncipes de este siglo ha conocido; pero Dios nos la ha revelado por su espíritu, porque el espíritu escudriña todas las cosas, hasta las profundidades del mismo Dios (I Cor., II: 7 y 9). Y el Unigénito Hijo, Él mismo dá testimonio al Padre de que ha ocultado esas cosas á los sabios y á los doctos, y las ha revelado á los pequeños (Math., XI, 25).

Cuando la razón, por su parte, iluminada por la fé, inquiere cuidadosa, piadosa y prudentemente, encuentra, por el don de Dios, alguna inteligencia muy fructuosa de los misterios, tanto por la analogía de las cosas que conoce naturalmente, como por la relación de los misterios entre ellos y con el fin último del hombre, pero sin poder jamás percibirlos como las verdades que constituyen su objeto propio. Porque los misterios divinos sobrepujan de tal manera por su naturaleza al entendimiento creado, que, aun trasmitidos por la revelación y recibidos por la fé, permanecen todavía cubiertos con el velo de la misma fé, y como envueltos de una especie de niebla mientras como extranjeros viajamos por esta vida mortal fuera de Dios; porque marchamos guiados por la fé, y no por la intuición (II Cor., v, 7).

Pero aunque la fé esté por cima de la razón, no puede nunca haber entre ambas desacuerdo verdadero; porque es el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fé el que ha dado al espíritu humano la luz de la razón, y Dios no puede negarse á sí mismo, ni lo verdadero contradecir jamás á lo verdadero. Esta vana apariencia de contradicción procede principalmente, ó de que los dogmas de fé no han sido comprendidos y expuestos según el espíritu de la Iglesia, ó de que los errores de la opinión son tomados por juicios de la razón. Declaramos, pues, absolutamente falsa toda proposición contraria á una verdad atestiguada por la fé (Conc. de Letrán, v, Bula *Apostolici Regiminis)*. La Iglesia, que ha recibido, con la misión apostólica de enseñar, el mandato de guardar el depósito de la fé, tiene también de Dios el derecho y el cargo de proscribir la falsa ciencia, á fin de que nadie sea engañado por la filosofía y la vana sofística (Colos., II, 8). Por lo que todos los fieles cristianos, no solamente no deben defender como conclusiones ciertas de la ciencia las opiniones que se sabe son contrarias á la doctrina de la fé, sobre todo cuando aquellas han sido reprobadas por la Iglesia, sinó además deben tenerlas por errores cubiertos con la engañosa apariencia de la verdad.

Y no solo la fé y la razón no pueden jamás estar en desacuerdo, sinó que se prestan mútuo apoyo: la recta razón demuestra los fundamentos de la fé, y esclarecida por su luz, desarrolla la ciencia de las cosas divinas; la fé libra y previene á la razón de los errores, y la enriquece de un conocimiento multiplicado. Lejos, pues, de que la Iglesia sea opuesta al estudio de las artes y las ciencias humanas, las favorece y propaga de mil maneras. Porque no ignora ni desprecia las ventajas que de ellas resultan para la vida humana; reconoce, por el contrario, que las ciencias y las artes, así como proceden de Dios, Maestro de las ciencias, así también, si son convenientemente tratadas, llevan al hombre hácia Dios, con la ayuda de la gracia. Ni prohibe seguramente que cada una de estas ciencias en su esfera se

sirva de sus propios principios y de su método particular; pero, respetando esta justa libertad, vela cuidadosamente para que no se pongan en oposición con la doctrina divina admitiendo errores ó traspasando sus límites respectivos, para invadir y turbar lo que es del dominio de la fé.

Porque la doctrina de la fé que Dios ha revelado no ha sido propuesta como una invención filosófica á los ingenios humanos para que la perfeccionen, sinó que ha sido trasmitida como un divino depósito á la Esposa de Cristo, para ser fielmente guardada é infaliblemente enseñada. Así se debe sostener siempre el sentido de los dogmas sagrados que la Santa Madre Iglesia ha determinado una vez, y no apartarse jamás de él en nombre y con pretexto de una inteligencia superior. Crezcan, pues, y multiplíquense abundantemente en todos y en cada uno, en todos los hombres y en toda la Iglesia, durante el curso de las edades y de los siglos, la inteligencia, la ciencia y la sabiduría; pero solo en su género, es decir, en la unidad de dogma, de sentido y de sentencia (Vicente de Lerins, Common., núm. 28).

Cánones.

I.

De Dios, Creador de todas las cosas.

1. Si alguno negare á un solo y verdadero Dios, Creador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles, sea anatema.

2. Si álguien osare afirmar que nada existe fuera de la materia, sea anatema.

3. Si alguno dijere que la sustancia ó esencia de Dios y la de todas las cosas es una sola é idéntica, sea anatema.

4. Si alguno dijere que las cosas finitas, ya corporales, ya espirituales, ó al menos las espirituales, son emanaciones de la sustancia divina; ó que la esencia divina hizo todas las cosas por una evolución ó manifestación de sí misma;

Ó, finalmente, que Dios es un ente universal ó indefinido, el cual, determinándose, constituye la universidad de las cosas distinta en géneros, especies é individuos, sea anatema.

5. Si alguno no confesare que el mundo y todas las cosas que en él están contenidas, espirituales y materiales, fueron, según toda su sustancia, sacadas de la nada por Dios;

Ó dijere que Dios no las creó por su voluntad libre de toda necesidad, sinó con la necesidad con que se ama á sí mismo,

Ó negare que el mundo haya sido formado para la gloria de Dios, sea anatema.

II.

De la revelación.

1. Si alguno dijere que Dios, uno y verdadero, Creador y Señor nuestro, no puede ser conocido ciertamente con la natural luz de la razón humana, por medio de las cosas creadas, sea anatema.

2. Si alguno dijere que es imposible ó inconveniente que el hombre sea enseñado por revelación divina acerca de Dios y del culto que se le debe, sea anatema.

3. Si alguno dijere que el hombre no puede ser elevado divinamente al conocimiento y á la perfección que traspasan el orden natural, sinó que puede y debe llegar en virtud de sus propias fuerzas con continuado progreso á la posesión final de lo verdadero y de lo bueno, sea anatema.

4. Si alguno no recibiere como sagrados y canónicos los libros íntegros de la Sagrada Escritura en todas sus partes, según los enumeró el Santo Concilio de Trento, ó negase que fueron divinamente inspirados, sea anatema.

III.

De la Fé.

1. Si alguno dijere que la razón humana es de tal manera independiente que la fé no le puede ser mandada por Dios, sea anatema.

2. Si alguno dijere que la fé divina no se distingue de la ciencia natural acerca de Dios y de las cosas morales, y que por consiguiente no se requiere para la fé divina que la verdad revelada sea creida por la autoridad de Dios que la revela, sea anatema.

3. Si alguno dijere que la revelación divina no puede hacerse creible por signos externos, y que por consiguiente los hombres deben ser movidos á la fé solamente por la experiencia interna ó inspiración privada de cada uno, sea anatema.

4. Si alguno dijere que los milagros no son posibles, y por tanto que todas las narraciones de ellos, aún las contenidas en la Sagrada Escritura, se han de relegar á las fábulas ó mitos, ó que los milagros no pueden jamás conocerse con certidumbre, ni servir de prueba del origen divino de la Religión cristiana; sea anatema.

5. Si alguno dijere que el asentimiento de la fé cristiana no es libre, sinó producido necesariamente por los argumentos de la razón humana, ó que la gracia de Dios es necesaria solamente para aquella fé viva que obra por la caridad, sea anatema.

6. Si alguno dijere que es igual la condición de los fieles y de aquellos que no han llegado todavía á la fé única verdadera, de modo que los católicos puedan tener causa justa de poner en duda, suspendiendo su asentimiento, la fé que recibieron bajo el magisterio de la Iglesia, hasta que hayan completado la demostración científica de la credibilidad y de la verdad de su fé, sea anatema.

IV.

De la Fé y de la Razón.

1. Si alguno dijere que no hay en la revelación divina misterios verdaderos y propiamente tales, sinó que todos los dogmas de fé pueden ser entendidos y demostrados por la razón cultivada regularmente por los principios naturales, sea anatema.

2. Si alguno dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal libertad que sus aserciones, aunque se opongan á la doctrina revelada, pueden ser tenidas como verdaderas, y no pueden ser proscritas por la Iglesia, sea anatema.

3. Si alguno dijere ser posible alguna vez que, según el progreso de la ciencia, se haya de dar otro sentido que aquél que entendió y entiende la Iglesia á los dogmas propuestos por la misma Iglesia, sea anatema.

Así, pues, cumpliendo el cargo de nuestro supremo pastoral oficio, rogamos por las entrañas de Jesucristo y mandamos por la autoridad del mismo Dios y Salvador nuestro á todos los fieles de Cristo, y señaladamente á aquellos que presiden ó tienen el cargo de enseñar, que dirijan sus estudios y trabajos á combatir y arrojar de la Iglesia estos errores, y á extender la luz de la purísima fé.

Mas porque no basta evitar la herética pravedad, sinó que es necesario huir con diligencia de los errores que más ó ménos se le acercan, advertimos que han de ser guardados todos los decretos y constituciones por los cuales semejantes malas opiniones aquí expresamente no enumeradas, han sido proscritas y prohibidas por la Santa Sede.

Dado en Roma, en la sesión pública celebrada solemnemente en la Basílica Vaticana, año de la Encarnación del Señor 1870, dia 24 de Abril año vigésimo cuarto de nuestro pontificado.

Así es.—José, Obispo de San Hipólito, *secretario del Concilio Vaticano.*

Constitución dogmática primera acerca de la Iglesia de Jesucristo promulgada en la sesión cuarta del sacrosanto Concilio Ecuménico del Vaticano.

Pío, Obispo, siervo de los siervos de Dios, con aprobación del Sacro Concilio, para perpetua memoria.

El Pastor eterno y Obispo de nuestras almas, con el fin de dar perpetuidad á la obra salutífera de la redención, determinó edificar la Iglesia santa, en la cual, como en la casa de Dios vivo, se hallasen ligados por el vínculo de una misma fé y caridad todos los fieles. Por eso, antes de ser glorificado, rogó al Padre, no solo por los Apóstoles, sinó también por cuantos habían de crer en Él por la palabra de ellos, á fin de que todos fuesen uno, como uno son el mismo Hijo y el Padre. Hé aquí por qué, á la manera que envío á los Apóstoles que había elegido para sí del mundo, del propio modo que Él mismo había sido enviado por el Padre, así tambien quiso que en su Iglesia hubiese Pastores y doctores hasta la consumación del siglo. Y á fin de que el mismo Episcopado fuese uno é indiviso, como también para que por medio de sacerdotes recíprocamente ligados se mantuviesen en unidad de fé y de comunión toda la muchedumbre de los fieles, hizo al bienaventurado Pedro Cabeza de los Apóstoles para erigir en él un principio perpetuo de una y otra unidad, y un fundamento visible sobre cuya fortaleza se edificase un templo eterno, y de la firmeza de esta fé arrancase la alteza de la Iglesia que había de elevarse hasta el cielo. (S. Leo M., serm. IV (al III), cap. II, *in diem Natalis sui*). Y por cuanto las potestades infernales, con el intento de derruir, si posible les fuese, la Iglesia, embisten de todas partes con mayor odio cada día su cimiento, edificado por Dios; hé aquí que Nos, para custodia, incolumidad y acrecentamiento de la católica grey, juzgamos necesario, con aprobación del Sacro Concilio, proponer la doctrina que, según la antígua y constante fé de la Iglesia universal, debe ser creida y profesada por todos los fieles acerca de la institución, perpetuidad y naturaleza del sagrado primado apostólico, en el cual se apoya la fuerza y solidez de toda la Iglesia, como también proscribir y condenar los opuestos errores, tan perniciosos á la grey del Señor.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la institución del primado apostólico en el bienaventurado Pedro.

Enseñamos por tanto, y declaramos que, según los testimonios del Evangelio, al bienaventurado Pedro, Apóstol, fué inmediata y directamente prometido y conferido por Cristo Señor nuestro, el primado de jurisdicción en toda la Iglesia

de Dios. En efecto: solo á Simón, á quien ya antes había dicho: «Serás llamado *Cephas*;» (Joan., I, 42) solo á Simón, después de haberle oído aquella su confesión: «Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo,» habló el Señor con estas solemnes palabras: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan; porque no te lo reveló carne ni sangre, sinó mi Padre que está en los cielos: y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: y á tí daré las llaves del reino de los cielos: y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» (Matth., XVI, 16-19). Solo á Simón igualmente confirió Jesús después de su resurrección la jurisdicción de Pastor y rector supremo, diciéndole: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» (Joan., XXI, 15-17). Á esta doctrina tan clara de las sagradas Escrituras, tal como siempre ha sido entendida por la Iglesia católica, se oponen abiertamente las perversas opiniones de los que, adulterando la forma de gobierno establecida por Cristo Señor en su Iglesia, niegan que solo Pedro, con preferencia sobre los demás Apóstoles, ora cada uno de por sí, ora todos juntos, fué investido por Cristo de verdadero y propio primado de jurisdicción, y también de los que afirman que este primado no fué conferido inmediata y directamente al mismo bienaventurado Pedro, sinó á la Iglesia, y por la Iglesia á él, en calidad de ministro de la misma.

Si alguno, pues, dijere que el bienaventurado Pedro no ha sido erigido por Cristo Nuestro Señor en Príncipe de todos los Apóstoles y Cabeza visible de toda la Iglesia militante, ó que del mismo Señor Nuestro Jesucristo no recibió directa é inmediatamente el primado de verdadera y propia jurisdicción, sinó el de honor únicamente, sea excomulgado.

CAPÍTULO II

De la perpetuidad del primado del bienaventurado Pedro en los Romanos Pontífices.

Pero necesario es que la Iglesia, como fundada que está sobre piedra, y que firme permanecerá hasta la consumación de los siglos, dure perpetuamente lo que Nuestro Señor Jesucristo, Príncipe de los Pastores y gran Pastor de las ovejas, fundó en el Bienaventurado Pedro para perpetua salud y perenne bien de la Iglesia. Nadie ciertamente duda, y aun ha sido notorio para todos los siglos, que el santo y beatísimo Pedro, Príncipe y Cabeza de los Apóstoles, columna de la fé y fundamento de la Iglesia católica, recibió de Cristo Señor Nuestro, Salvador y Redentor del linaje humano, las llaves del reino; y que hasta hoy día y siempre vive y preside y ejerce judicatura (Cf. Ephesini Concilii. Act. III), continuaba en sus sucesores los Obispos de la Santa Romana Sede, fundada por el mismo Pedro y consagrada con su sangre. De aquí que quien á Pedro sucede en esta Cátedra,

adquiere, según lo instituido por el mismo Jesucristo, el primado mismo de Pedro respecto de toda la Iglesia. Permanece, pues, la disposición de la verdad, y el Bienaventurado Pedro, perseverando en la recibida fortaleza de piedra, no ha dejado el timón de la Iglesia puesto en sus manos. (S. Leo. M., serm. III (al II), capítulo III). Por esta razón ha sido siempre necesario que, como á principal y mayor apoderada, se conformen á la Iglesia Romana todas las Iglesias, es decir, todos los fieles de todas partes, á fin de que, unidos como los miembros á la cabeza entre sí y á esta Sede, de quien para todos dimanan los derechos de su veneranda comunión, formen un solo cuerpo compacto. (S. Iren.: *Adv. hæres.*, lib. III, capítulo III, et Conc. Aquili. a. 381, inter. epp. S. Ambros., Epist. II).

Si alguno, pues, dijere que no es de institución del mismo Señor Jesucristo, ó sea de derecho divino, el que el bienaventurado Pedro tenga sucesores perpetuos en el primado sobre toda la Iglesia, ó que el Romano Pontífice no es el sucesor del bienaventurado Pedro en el mismo primado, sea excomulgado.

CAPÍTULO III.

De la fuerza y la razón del primado del Romano Pontífice.

Por lo cual, apoyados en los testimonios manifiestos de las sagradas Letras, y conforme á las amplias y claras decisiones de los Romanos Pontífices nuestros predecesores, como también de los Concilios generales, renovamos la definición del Concilio ecuménico florentino, según la cual debe creerse por todos los fieles de Cristo que la Santa Apostólica Sede y el Romano Pontífice poseen el primado en todo el orbe; que el mismo Pontífice Romano es el sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y en calidad de tal verdadero Vicario de Cristo, Cabeza de toda la Iglesia, y padre y Doctor de todos los cristianos; que al mismo Romano Pontífice, en la persona del bienaventurado Pedro, fué dada por Nuestro Señor Jesucristo potestad plena de apacentar, regir y gobernar á la Iglesia universal, como se contiene también en las actas de los Concilios ecuménicos y en los sagrados cánones.

Enseñamos, por tanto, y declaramos que la Iglesia Romana, en virtud de prescripción divina, posee el principado de potestad ordinaria sobre todas las demás, y que esta potestad de jurisdicción del Romano Pontífice, la cual es verdaderamente episcopal, es inmediata; y por consiguiente, que á ella están ligados por deber de subordinación gerárquica y de verdadera obediencia los pastores de cualquier rito y dignidad, y los fieles; y esto, no solo en las cosas pertenecientes á la fé y á las costumbres, sinó también á la disciplina y gobierno de la Iglesia difundida por todo el orbe; de modo que mantenida la unidad, tanto de comunión con el Romano Pontífice cuanto de profesión de la misma fe, la Iglesia de Cristo sea un solo rebaño bajo un solo Pastor supremo. Esta es doctrina de verdad

católica, que nadie puede abandonar sin detrimento de su fé y sin comprometer su salvación.

Esta potestad del Sumo Pontífice, tan lejos se halla de oponerse á aquella otra potestad de jurisdicción episcopal ordinaria é inmediata, en cuya virtud los Obispos puestos por el Espíritu Santo en el lugar y como sucesores de los Apóstoles, apacientan y rigen como verdaderos Pastores cada cual su grey respectiva, que antes bien el supremo y universal Pastor es testimonio, fuerza y garantía de esa potestad, segun aquello de San Gregorio Magno: «Honor mío es el honor de la Iglesia universal. Honor mío es la sólida fuerza de mis hermanos. Entonces soy verdaderamente honrado cuando á cada cual de ellos no se niega la honra debida.» (Ep. ad Eulog. Alejandrin., lib. VIII, ep 30.)

De aquella suprema potestad que el Romano Pontífice tiene de gobernar á la Iglesia universal, síguese el derecho del mismo para comunicar libremente, en el ejercicio de este su cargo, con los Pastores y los rebaños de toda la Iglesia, á fin de que pueda enseñarles y dirigirlos en la via de la salud. Por tanto, condenamos y reprobamos las opiniones de los que dicen que se puede lícitamente impedir esa comunicación del Cabeza supremo con los pastores y los rebaños, ó que la subordinan á la potestad secular, hasta el punto de sostener que sin el beneplácito de ella no tiene fuerza ni valor alguno nada de cuanto por la Sede Apostólica ó por autoridad de la misma se estableciere para gobierno de la Iglesia.

Y por cuanto en virtud del derecho divino del primado apostólico, el Romano Pontífice preside á la Iglesia universal, enseñamos igualmente y declaramos que él es juez supremo de los fieles (Pii PP. VI Breve *Super soliditate*, dia 28. Noviembre 1786), y que en todas las causas de que á la Iglesia incumbe conócer, se puede recurrir al juicio del mismo, (Concil. Æcum. Lugdun II.) sin que este juicio de la Sede Apostólica, cuya autoridad no reconoce superior, pueda ser por nadie revocado, ni á nadie sea lícito juzgar de lo que ella hubiere juzgado (Ep. Nicolai I. ad Michaelem Imperatorem). Por lo cual apártanse del recto sendero de la verdad los que afirman que es lícito apelar de los juicios de los Romanos Pontífices al Concilio ecuménico, como á una autoridad superior al Romano Pontífice.

Si alguno, por tanto, dijere que el Romano Pontífice tiene únicamente el cargo de inspección y dirección, pero no plena y suprema potestad de jurisdicción en la Iglesia universal, no solo en las cosas relativas á la fé y costumbres, sinó también á las de disciplina y gobierno de la Iglesia difundida por todo el orbe; ó que únicamente posee la parte principal de esta potestad suprema, pero no toda la plenitud de la misma; ó que esta potestad del Romano Pontífice no es ordinaria é inmediata sobre todas y cada una de las Iglesias, y sobre todos y cada uno de los Pastores y de los fieles, sea excomulgado.

CAPÍTULO IV.

Del Magisterio infalible del Romano Pontífice.

Que en virtud del mismo primado apostólico que el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, Príncipe de los Apóstoles, posee en la Iglesia universal, tiene igualmente la suprema potestad del magisterio, doctrina es profesada siempre por esta Santa Sede, comprobada por la práctica constante de la Iglesia, y declarada por los mismos Concilios ecuménicos, sobre todo por aquellos en que el Oriente concurrió con el Occidente en unión de fé y de caridad. Ya los PP. del Concilio Constantinopolitano IV, siguiendo las huellas de los mayores, pronunciaron esta solemne profesión; á saber: «Primera condición de salud es guardar la regla de la recta fé.» Y cierto no se puede echar en olvido la sentencia de Jesucristo Señor nuestro, que dice: «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;» pues estas palabras se hallan probadas por los efectos ulteriores, como quiera que en la Sede Apostólica se ha mantenido siempre íntegra y sin mancha la Religión católica, y ha sido celebrada la santidad de su doctrina. Deseando, por lo mismo, nosotros no apartarnos en manera alguna de esta fé y doctrina, esperamos ser dignos de permanecer en esa comunión única predicada por la Sede Apostólica, y en la cual se apoya la solidez íntegra y verdadera de la Religión cristiana.» (Ex fórmula S. Hormisdæ, Papæ, prout ab Adriano II. Patribus Concilii Œcumenici VIII, Constantinopolitani IV, proposita et ab iisdem subscripta est). Igualmente, con aprobación del Concilio Lugdunense II, profesaron los griegos: «Reconocer con sinceridad y humildad que la Santa Romana Iglesia tiene sobre todo la Iglesia católica el sumo y pleno primado y principado que, junto con la plenitud de potestad, recibió del mismo Señor en el bienaventurado Pedro, Príncipe ó Cabeza de los Apóstoles, del cual es sucesor el Romano Pontífice; y así como este tiene mayor obligación que los demás de defender la fé, del propio modo deben ser definidas por juicio suyo cualesquiera cuestiones que acerca de fé se suscitaren.» Por último, el Concilio Florentino definió: «Que el Romano Pontífice es verdadero Vicario de Cristo, Cabeza de toda la Iglesia, y Padre y Doctor de todos los cristianos, y que á él fué dada en el bienaventurado Pedro por Nuestro Señor Jesucristo potestad plena de apacentar, regir y gobernar á la Iglesia universal.»

Para cumplir este cargo pastoral, nuestros predecesores cuidaron siempre muy solícitamente de que la salvadora doctrina de Cristo fuese propagada en todos los pueblos de la tierra, y con igual esmero vigilaron para que allí donde fuese recibida se conservase genuina y pura.

Por eso los Prelados de todo el orbe, ora cada cual por sí, ora congregados en Sínodos, siguiendo la larga práctica de las iglesias y la forma de la antigua regla, pusieron en conocimiento de esta Sede Apostólica principalmente los peli-

gros que surgían en materias de fé, con el fin de que los daños de la fé fueran resarcidos allí donde la fé no puede faltar. (Cf. S. Bern., epist. 190). Y los Romanos Pontífices, según lo aconsejaban las circunstancias de tiempos y de cosas, ora en Concilios ecuménicos al efecto convocados, ora consultando el parecer de la Iglesia dispersa en el orbe, ora por medio de Sínodos particulares; ora por otros medios que proporcionaba la divina Providencia, definieron, para que fuese profesado, lo que con auxilio de Dios conocían ser conforme á las Sagradas Escrituras y á las tradiciones apostólicas. Pues ciertamente el Espíritu Santo no fué prometido á los sucesores de Pedro para que manifestaran la nueva doctrina que Él les revelase, sinó para que, mediante su asistencia, custodiaran santamente y expusieran con fidelidad la revelación trasmitida por medio de los Apóstoles, ó séase el depósito de la fé. Y esta doctrina apostólica así por ellos propuesta, fué siempre abrazada por todos los venerables Padres, y venerada y seguida por todos los santos Doctores ortodoxos, como quienes sabían muy bien que esta Sede de San Pedro permanece siempre limpia de todo error, conforme á la divina promesa de Dios Salvador nuestro, hecha al Príncipe de sus discípulos; «Yo he rogado por tí que no te falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.»

Este carisma, pues, de verdad y de fé siempre indeficiente, fué conferido por Dios á Pedro y á sus sucesores en esta Cátedra, con el fin de que ejercieran su excelso cargo para salud de todos, con el de que toda la grey de Cristo apartada, mediante ellos, de la ponzoñosa comida del error, se alimentase con el pasto de la doctrina celestial, y para que, removida la ocasión de cisma, la Iglesia se conservara íntegra y una, y, descansando en su base, resistiera firme contra las potestades del infierno.

Mas como quiera que en esta edad, más que nunca necesitada de la eficacia salutífera del cargo apostólico, haya no pocos que se oponen á su autoridad, juzgamos de todo punto necesario afirmar solemnemente la prerrogativa que el Hijo unigénito de Dios se dignó juntar con el supremo pastoral oficio.

Por tanto Nos, ajustándonos fielmente á la tradición recibida desde el comienzo de la fé cristiana, y para gloria de Dios, Salvador nuestro, exaltación de la Religión católica y salud de los pueblos cristianos, con aprobación del sagrado Concilio, enseñamos y definimos como dogma revelado por Dios: Que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando, ejerciendo el cargo de Pastor y Doctor de todos los cristianos, define en virtud de su apostólica suprema autoridad la doctrina sobre fé ó costumbres que debe ser profesada por toda la Iglesia, mediante la divina asistencia que le fué prometida en el bienaventurado Pedro, está dotado de aquella infalibilidad que el divino Redentor quiso que poseyera su Iglesia en el definir la doctrina sobre fé ó costumbres; y por consiguiente, que estas definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas, no por consentimiento de la Iglesia.

Si alguno osare, lo que Dios no quiera, contradecir á esta nuestra definición, sea excomulgado.

Dado en Roma, en la sesión pública celebrada solemnemente en la Basílica Vaticana, en el día 18 de Julio, año de la Encarnación del Señor, 1870.

De nuestro Pontificado, año vigésimoquinto.—Así es —José, *Obispo de San Hipólito*, secretario del Concilio del Vaticano.

De mandato del Santísimo Padre en Cristo y Señor Nuestro, por la Divina Providencia, Pío, Papa IX, en el año de la Natividad del Señor, 1870, indicción XIII, día 18 de Julio, año XXV del Pontificado del mismo Santísimo Señor Nuestro, la presente Constitución Apostólica fué fijada y publicada en las puertas de las Basílicas de San Juan de Letrán, del Príncipe de los Apóstoles, de Santa María la Mayor, de la Cancillería Apostólica, de la gran curia Inocenciana y en el Campo de Flora, por mí, Luis Serafini, cursor apostólico.—FÉLIPE OSSANI, *maestro de los cursores*.

NÚMERO 7.º

Bula de Benedicto XIV, *Gravissimum Ecclesiæ*, con la división de asuntos entre la Datería y Secretaría de Breves. Año de 1745.

BENEDICTUS EPISCOPUS.

SERVUS SERVORUM DEI, AD PERPETUAM REI MEMORIAM.

Gravissimum Ecclesiae universae, reique publicae regimen humilitati nostrae concreditum, optima, quantum Nobis ex alto conceditur, ratione moderari; simulque ab omnibus iis, quorum opera ac ministeriis utimur, concordibus atque in unicum publicae utilitatis scopum collineantibus studiis procurari cupientes; id maxime interesse arbitramur, ut singulis officiis, quibus tam justitiae administratio, quam gratiarum dispensatio continetur, proprias atque distinctas in republica partes, certosque tum auctoritates tum jurisdictionis limites designemus. Constant enim, non aliunde certiorem gubernii concordiam, quam ex recta divisione munerum, et officiorum partitione coalescere, nec magis firmum corporis stabilitatem, quam ex apta atque ordinata membrorum omnium distinctione consistere. Quapropter, cum anno proxime elapso, editis Apostolicis Litteris XII. Kalendas Januarii, quarum initium est: *Romanae Curiae praestantiam*, hujusmodi munerum et jurisdictionum divisionem pro judicibus, et tribunalibus hujus nostrae Curiae, in iis, quae pertinent ad legitimam causarum judicia, opportune statuerimus: animum in praesentiam adjicimus ad certos constituendos fines, intra quos ea quoque officia se in posterum continere debeant, quibus demandata est expeditio gratiarum, quae de Apostolicae Sedis liberalitate tam in universos Christifideles, quam in subditos ditioni nostrae populos assidue diffunduntur.

§ I. Porro ad expedienda complura hujusmodi gratiarum genera, inter caeteros Apostolicae Sedis ministros, et officiales, unus in Dataria Apostolica ab immemorabili tempore extitit Magister Brevium nuncupatus, cujus electionem ante Pontificatum felic. record. Praedecessoris Nostri Pauli Papae V ad Collegium Secretariorum Apostolicorum absque controversia pertinuisse d'gnoscitur. Verum quum de anno 1614, post obitum olim Joannis Mileti ad hujusmodi officium Magistri Brevium à praedicto Collegio Secretariorum Apostolicorum electi, super jure novum Magistrum Brevium eligendi et deputandi, triangularis orta esset lis, et controversia; num scilicet ad Datariam Apostolicam, an vero ad praedictum Collegium Secretariorum Apostolicorum, vel potius ad Collegium Scriptorum Brevium, praedicti officialis electio et deputatio spectaret; eaque lis, et causa coram bon. mem. Marco Aurelio Maraldo, tunc temporis Datario, discuteretur, atque adhuc indecisa penderet, idem Praedecesor Paulus hujusmodi litem et causam auctoritate Apostolica ad se avocavit, atque omnibus rite perpensis, per suam Schedulam motus proprii decrevit et declaravit, electionem personae, quae officium Magistri Brevium exerceret, à praedicto Collegio Secretariorum Apostolicorum semper faciendam esse, et fore, factamque tum ab ipso Collegio electionem in persona Joannis Jacobi Bulgarini ratam habuit, approbavit et confirmavit.

§ II. Postea vero recolend, mem. Praedecessor pariter noster Gregorius Papa XV, anno MDCXXII, officium hujusmodi Magistri Brevium in officium vacabile sub eodem titulo, cum adnexis Praelaturae insigniis et honoribus, et cum facultate illud resignandi pro justo pretio, adinstar aliorum officiorum vacabilium, erexit, ipsique pro tempore Praelato hujusmodi officii possesori, omnia et singula emolumenta, quae de caetero in gratiarum expeditionibus a Magistro Brevium percipi, et exigi consueverant, perpetuo cessit, et assignavit; atque ita de una in alteram personam transeundo, officium praedictum in proprietatem devenit Venerabilis Fratris Alexandri de Abbatibus, nunc Viterbiensis Episcopi. Cum autem, Nos conservandis augendisque Apostolici Aerarii utilitatibus sollicite intenti, uberes ejusdem officii reditus; cum primum illud ex persona moderni ipsius possessoris vacare contigisset, Camerae nostrae Apostolicae in perpetuum applicare, et appropiare statuissemus; ut etiam citius hujusmodi applicatio, et appropriatio suum sortirentur effectum, officium ipsum a praedicto Alexandro Episcopo pro competenti pretio resignari curavimus. Quod quum ipse de facto in manibus nostris sponte resignasset, Nos resignationem hujusmodi admittentes ad commodum, et favorem ejusdem Camerae Apostolicae, per speciale chirographum, manu nostra signatum, sub die 6. Junii anni Domini 1742, mandavimus, ipsi resignanti persolvi ex pecuniis praedictae Camerae tredecim millia scotorum monetae romanae de Juliis decem pro quolibet scuto, pro pretio convento praedicti officii, quemadmodum soluta fuerunt; et ex tunc hujusmodi officii Magistri Brevium nuncupati annuum fructum, et emolumenta ex ipsius officii exercitio pro tempore redigenda eidem Camerae Apostolicae applicavimus, et perpetuo incorporavimus; ita tamen, ut à nostro, et Pontificum successorum nostrorum pro tempore Datario, unus

aliquis officialis eligi, et cum congrua mercedis assignatione deputari debeat, ad hoc ut sub ejusdem Datarii directione, nomine vero Camerae Apostolicae, officium ipsum fideliter exerceat et administret, prout supradictus Alexander Episcopus ejusque in dicto officio praedecessores pro tempore exercuerunt; ac de perceptis seu exactis emolumentis, statutis temporibus, et quandocumque opportunum visum fuerit, rationem reddat, prout in praedicto chirographo manu nostra signato, et in instrumento indidem per acta dilecti Filii Gregorii Castellani unius ex ejusdem Camerae Apostolicae secretarii, sub die quinta Julii ejusdem anni confecto, et stipulato, latius et uberius continetur.

§ III. Ut autem certa ratione constet, quaenam gratiarum, et concessionum genera per Datariam praedictam, et per organum hujusmodi Magistri Brevium in posterum expediri oporteat; quaenam vero sint expeditiones, quae per litteras sub annullo Piscatoris, et per Secretariam Brevium nostrorum secretorum fieri permittuntur; omnisque inordinatio et confusio tollatur, quae ex promiscuo recursu ad praedictas Datariam, et Secretariam Brevium, alias usitato, oriebatur, non sine fraudum periculo, et officiorum vacabilium de expeditionibus participantium, adeoque ipsius Camerae Nostrae Apostolicae detrimento; mandavimus dilecto filio nostro Dominico, tituli Sancti Bernardi ad Thermas S. R. E. presbytero Cardinali Passioneo nuncupato, Brevium nostrorum secretorum Secretario, necnon dilecto filio magistro Joanni Jacobo Millo, Datario nostro, ut unanimi studio, perpensis veteri stilo, et consuetudine, atque etiam ipsa multiplicis generis gratiarum, et concessionum natura, consilium suum Nobis aperirent super hujusmodi negotiorum divisione, et congrua partitione inter praedicta officia inviolabiliter in posterum stabilienda et repective servanda.

§ IV. Ipsi vero praemisa omnia sedulo, et accurate pensantes, auditis etiam utriusque offici praedicti ministris in eorum praxi, stilo et consuetudinibus, respective peritis, post maturum examen, elenchum quemdam, communi ipsorum consensu conceptum, et utriusque subscriptione signatum Nobis obtulerunt, in quo singillatim continebantur materiarum seu gratiarum Apostolicarum genera: primo quidem earum, quarum expeditionem ad dictam Secretariam Brevium secretorum privative; secundo earum, quarum expeditionem, tam ad ipsam Secretariam, quam ad Datariam Apostolicam promiscue; tertio demum earum, quarum expeditionem ad ipsam Datariam privative spectare debere convenientius judicarunt.

§ V. Porro concessiones, et gratiae, quarum expeditio, juxta praedictum elenchum, Secretariae Brevium secretorum privative tribuitur, tales sunt: «Altaria »portatilia: altaria privilegiata: concessiones habitus militiae D. N. J. C. aut alte»rius militiae similis: avocationes causarum, et extinctiones litium: abbreviatoriae »nuntiaturarum: indulta gaudendi privilegio ancianitatis pro advocatis consisto»rialibus coadjutoribus: Creationes in militem Auratae Militiae, et in Comitem »Palatinum: licentiae ingrediendi in monasterium educationis causa: facultates »permanendi in monasterio in habitu saeculari: capiendi possessionem nomine »Camerae: vescendi prohibitis: brevia facultativa magnis magistris cujuslibet ordi-

»nis equestris, vel militiae: benedictiones agrorum contra animalia nociva: com-
»mutationes voluntatis: confirmationes decretorum Congregationum, et litterarum
»patentium Nuntiorum, aut Legatorum Sedis Apostolicae: commutationes officii
»Divini in alias praeces: creationes in generalem, aut alios officiales regulares:
»clericatus: Camerae admissiones ad privilegia civitatis, vulgo *cittadinanze*: depu-
»rationes coadjutorum in officiis, et muneribus saecularibus: communicationes
»privilegiorum, et indulgentiarum: confirmationes electionum personarum; non
»tamen super re beneficiaria: creationes magistrorum, abbatum, et aliorum gra-
»duatorum regularium: commissiones contra Episcopos: dispensationes super
»defectu aetatis tredecim mensium, vel alterius temporis, ad efectum suscipiendi
»ordinis: declarationes capellae publicae: derogationes fideicommissorum: docto-
»ratus: deputationes commissariorum visitatorum, collectorum, auditorum, et
»notariorum, nunciaturarum, et aliorum similium: dispensationes super bigamia:
»aut, alio simili impedimento obsistente receptioni in militiis, et ordinibus eques-
»tribus: licentiae concedendi bona ecclesiastica in emphyteusim ad tempus, et ad
»tertiam generationem, dummodo tamen canon, aut census annuus, summam decem
»ducatorum auri de Camera non excedat, prout reperitur in regestis: erectiones mar-
»chionatus in principatum, aut ducatum, vel comitatum: erectiones montium, colle-
»giorum, et provinciarum pro regularibus: dismembrationes conventuum ab aliqua
»provincia ad effectum erigendi aliam: oeconomatus: erectiones archiconfraternita-
»tum cum facultate aggregandi: facultates universitatibus studiorum: facultates
»episcopis suscipiendi munus consecrationis: licentiae patrocinandi in causis civi-
»libus: retinendi famulam in monasterio: facultates absolvendi à casibus reser-
»vatis: retinendi sacrum oleum infirmorum: et asservandi SS. Eucharistiae Sacra-
»mentum: facultates S. R. E. Cardinalium, Legatorum, Nunciorum, et Episco-
»porum Pontificio Solio assistentium: facultates assumendi nomen, et titulum
»Archiepiscopi, etiam si pallium quis non habeat; gubernia: indulgentiae ordina-
»riae, et extraordinariae: indulta emittendi professionem ante completum annum
»novitiatus: emittendi pariter professionem in conventu non destinato: utendi
»birettino: non incedendi in habitu ratione pensionum, justa constitutionem
»Sixti V. ad triennium: impositiones super ecclesiasticis: Cruciatae prorrogationes
»pensionum: exemptiones a vectigalibus, processionibus, et oneribus: licentiae
»ingrediendi monasteria, et pernoctandi in eis: creandi census, eosque extinguendi:
»permutationes bonorum non tamen super materia beneficiali vel ecclesiastica:
»indulta capiendi possesionem post signatam supplicationem, et ante expeditionem
»litterarum, tam pro episcopis, quam pro quocumque beneficio ecclesiastico, ad
»sex menses: percipiendi fructus in absentia, et non residendo: permanendi extra
»statum ecclesiasticum: habendi fenestram cancellos, et januam in publicis eccle-
»siis: recipiendi sacram Communionem in privatis domus oratoriis: retinendi, et
»legendi libros prohibitos: exercendi opera servilia diebus festivis: celebrandi in
»loco patrati delicti: incedendi in habitu laicali, ad effectum dumtaxat gaudendi
»privilegio fori, et retinendi pensiones, ut supra: legitimationes: concessiones

»habendi locum in Concilio Ferrarien. aut alterius civitatis, et terrae Status Eccle»siastici: dispensationes matrimoniales pro Principibus supremis: *oratoria privata;* »creationes prothonotariorum apostolicorum non participantium: prohibitiones ex»trahendi libros, paramenta, et utensilia sacra: revocationes talium prohibitionum: »prorrogationes ad tempus, non tamen ad praesentandum, aut publicandum, vel »ad suscipiendos ordines, sive aliquem gradum, justa decretum appositum, in sup»plicatione per Datariam: facultades privative imprimendi libros: revalidatoriae »seu perinde valere super Brevibus jam expeditis: loca seu officia quadraginta vi»rorum reformatorum status libertatis civitatis Bononien. et resignationes eorum»dem locorum seu officiorum: restitutiones in integrum, dummodo non sint in ma»teria beneficiaria: reductiones onerum, et Missarum: concessiones privativae »venationis: provisione ecclesiarum in partibus infidelium ad instantiam vel com»modum Congregationis de Propaganda Fide, favore vicariorum, nec non Eccle»siarum Scotiae, et Hibernia, quae a praedicta Secretaria gratis conceduntur: »auditoratus Rotae Meceratensis, Ferr. et Bononiens. officia Signaturae: alia »officia, et munera saecularia, quae a Romano Pontifice secularibus conferuntur, »et quae per Breve expediri consueverunt, et similia; quae respiciunt saecularita»tem sine ulla connexione cum re beneficiaria, cujusmodi sunt capitaneatus, ba»roncellatus, fiscallatus, et similia; nec non deputationes coadjutorum in eisdem; »licentia personis ecclesiasticis, suscipiendi tutelam minorum, et novilibus mulie»ribus viduis suscipiendi tutelam filiorum item personis ecclesiasticis, studendi »juri in publicis studiorum universitatibus: extraendi reliquias: versandi cum haere»ticis: locandi ad tempus: et indulta liberandi reos pro confraternitatibus.

§ VI. Gratiae autem et concesiones, quae tam per Secretariam Brevium praedictorum, quàm per Datariam Apostolicam promiscue, justa dictum elenchum, poterunt expediri, sunt, quae sequuntur.

»Confirmationes contractuum, statutorum, privilegiorum, ordinationum, con»cordiarum, et transactionum, tam in forma communi, quàn in forma specifica. »Absolutiones cum dispensationibus ad ordines super irregularitate proveniente ex »defectu corporis, vel ex delicto non tamen homicidii in statu ecclesiastico com»misi: confirmationes decreti judicis: derogationes statutorum urbis Spoletan., et »aliarum civitatum, super excessu dotis. Dispensationes super praemissis irregula»ritatibus cum praedictis restrictivis: extra tempora, tam pro Italis, quàm pro ul»tramontanis: erectiones confraternitatum: indulta medendi, et exercendi chirur»giam: indulgentiae perpetuae pro confraternitatibus: licentiae transeundi ad ordi»nem strictiorem: licentiae se immiscendi in criminalibus: et restitutiones adversus »lapsum quinquennii.

§ VII. Demum concesiones, et gratiae, quarum expeditio, juxta relatum elenchum Datariae Apostolicae privative quoad Secretariam praedictam reservatur, sunt generaliter quaecumque aliae concessiones, et gratiae, in superioribus non comprehensae nec expressae; et signanter illae omnes, in quarum expeditione, de

stilo et consuetudine immemorabili, solvenda est compositio in ipsa Dataria, aut taxa Cancellariae, sive Jocalium.

§ VIII. Nos igitur, quum praemissam materiarum, et gratiarum Apostolicarum divisionem, et partitionem justa lance libraverimus, eandemque rationabilem, et aequitati consonam, et tam Secretariae, et Datariae praedictarum juribus congruenter distinguendis, quam Camerae, et Cancellariae Apostolicarum illarumque respective Ministrorum, Officialium, et Collegiorum indemnitatibus conservandis, et stabiliendis, aptam, opportunamque agnoverimus; non modo ipsam, prout superius expresa est, ratam et gratam habemus: verum etiam perpetuae ipsius firmitati, et observantia consulere, et providere volentes, motu proprio, et ex certa scientia, ac matura deliberatione Nostris, eadem Apostolica auctoritate, tenore praesentium, in perpetuum approbamus, et confirmamus, illique inviolabilem Sanctionis Nostrae firmitatem, et robur adjicimus. Decernentes, et eadem auctoritate statuentes, quod gratiae, et concesiones Apostolicae alterutri ex Secretaria Brevium et Datariae praedictis privative, ut praemissimus, attributae, si quas forte per alterum ex dictis Officiis contra hujusmodi partitionis, et divisionis praescriptum, expediri quandocumque in posterum contingat; necnon ipsae Litterae Apostolicae super iisdem confectae nullitatis et invaliditatis vitio subjaceant: prout Nos illas ex nunc, prout ex tunc, et e contra, tanquam non rite, et legitime, seu etiam nullo modo expeditas, processusque forsan habitos, vel habendos per easdem, cum omnibus, et singulis inde quomodolibet secutis, et sequendis dicta Apostolica auctoritate, ipsarum tenore praesentium, annullamus, irritamus, et invalidamus, neminique ad quemcumque effectum ullatenus suffragari posse decernimus.

§ IX. Quamobrem iisdem Dominico Cardinali, et Magistro Joanni Jacobo Datario, eorumque pro tempore in muneribus hujusmodi respective successoribus, per easdem praesentes districte praecipimus et injungimus, ut ipsi in posterum in quarumcumque gratiarum, et concessionum Apostolicarum expeditione, superius praescriptam divisionem, et partitionem prae oculis habentes, eam firmiter observent; ac ab omnibus et singulis sibi respective subjectis Personis, Officialibus, vel Ministris inviolabiliter observari faciant. Et pro hujusmodi observantia, omnes, et quascumque petitiones, aut supplicationes Gratiarum pro impetratione in alterutro ex dictis officiis per sollicitatores, agentes, negotiorum expeditores, aut alios quoscumque contra praescriptae petitiones norman, forsan porrectas, et praesentatas, seu quandocumque porrigendas, et praesentandas, ad alterum ex iisdem officiis, ad quod juxta praemissae partitionis continentiam, pertinere dignoscuntur fideliter dirigant, et remittant: non obstantibus aliis quibuscumque ipsarum petitionum, aut supplicationum remissionibus, quae forsan ab alio quolibet ex Nostris administris, et officialibus, etiam a Secretaria Nostrae supplicum Libellorum, ac Nostro, et Romani pro tempore Pontificis, nomine, ac etiam a quacumque ex Congregationibus S. R. E. Cardinalium emanaverint, vel extortae fuerint. Nos enim remissionis ejusmodi, contra memoratae partitionis praescriptum quomodolibet pro tempore emanatas, vel obtentas, nisi illae de speciali Nostro aut succes-

sorum mandato nostrorum, expressam ipsarum praesentium derogationem contineant, tanquam per errorem factas, sive per subreptionem aut obreptionem obtentas, ab ipsis Brevium Secretario, atque Datario eorumque successoribus praedictis omnino spernendas, et nullatenus attendendas fore declaramus.

§ X. Praesentes quoque Litteras de supreptionis, obreptionis, aut cujuscumque nullitatis vel invaliditatis vitio, intentionisque Nostrae, ac quocumque alio defectu, etiam ex eo, quod in praemissis quomodolibet interesse habentes, vel habere praetendentes, illis non consenserint, ac ad ea vocati, et auditi non fuerint, vel quocumque alio colore, praetextu, occasione, vel causa a quoquam notari, impugnari, in jus vel controversiam revocari nullatenus unquam posse, sed eas semper, et perpetuo validas, firmas, et efficaces esse et fore, suosque plenarios, et integros effectus sortiri, et obtinere, ac ab omnibus, et singulis, ad quos spectat, et spectabit quomodolibet in futurum, inviolabiliter observari: Sicque, et non aliter in praemissis, per quoscumque judices ordinarios, aut delegatos etiam causarum Palatii Apostolici Auditores, ac praedictae S. R. E. Cardinales, et alios quoscumque quavis auctoritate, et potestate fungentes, et functuros sublata eis, et eorum cuilibet quavis aliter judicandi, declarandi, et interpretandi facultate judicari, declarari et interpretari debere, et si secus super his a quoquam quavis auctoritate scienter, vel ignoranter contigerit attentari, irritum, et inane decernimus.

§ XI. Non obstantibus quibusvis Constitutionibus, et Ordinationibus Apostolicis, ac quatenus opus sit, de non tollendo jure quaesito, aliisque Nostris, et Cancellariae Apostolicae Regulis, necnon Privilegiis, indultis, Facultatibus, et Litteris Apostolicis ejusdem S. R. E. Cardinali Brevium praedictorum Secretario, ac Datario, seu Pro-Datario pro tempore existentibus, quomodolibet, et ex quacumque causa hic forsan de necessitate exprimenda, respective forsan concessis, approbatis, et innovatis, usibus quoque, stilys, tollerantiis, permissionibus, et consuetudinibus etiam diuturnis, et inveteratis, in contrarium praemissorum quomodolibet forsan facientibus, vel extantibus. Quibus omnibus, et singulis, illorum omnium, et singulorum tenores, etiam veriores praesentibus pro plene, et sufficienter expressis, et insertis habentes, illis alias in suo robore permansuris, ad praemissorum effectum, specialiter, et expresse, motu, scientia, et potestatis plenitudine paribus, derogamus, caeterisque contrariis quibuscumque.

§ XII. Nulli ergo omnino hominum liceat páginam hanc Nostrae aprobationis, confirmationis, constitutionis, irritationis, annullationis, praecepti, statuti, et voluntatis infringere, vel ei ausu temerario contraire. Si quis autem hoc attentare praesumpserit, indignationem Omnipotentis Dei, ac beatorum Petri et Pauli Aposlorum ejus se noverit incursurum.

Datum Romae apud S. Mariam Majorem, anno Incarnationis Dominicae MDCCXLV, sexto Kalendas Decembris, Pontificatus nostri anno sexto. D. Card. Passioneus, J. Datarius.—Visa de Curia.—*J. C. Boschi.*—*L. Eugenius.*—Registrata in Secretaria Brevium.—Publicata die IX. Decembris ejusdem anni.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Páginas

Prólogo 6

LIBRO PRIMERO.

PRINCIPIOS DEL DERECHO CANÓNICO.

TITULO PRIMERO.—Prolegómenos.

CAPÍTULO PRIMERO.—Derecho en general y Derecho canónico en particular.—*Artículo primero.*—Del Derecho en general.—Etimología de la palabra derecho.—Acepciones en que puede tomarse.—Su definición en sentido objetivo y sujetivo.—Su definición como ciencia.—Sus especies.—Derecho natural y sus especies.—Derecho positivo y sus especies.—Derecho divino positivo y en qué se distingue del derecho natural.—Derecho humano y sus especies.—Errores acerca del origen del derecho.—Epicuristas.—Estóicos.—Rousseau y otros.—Hobbes.—Materialistas.—Racionalistas.—Panteismo político.—Doctrina verdadera acerca del origen del Derecho 13

Artículo 2.°—Del Derecho canónico en particular.—Distintos nombres del Derecho canónico.—Su definición en sentido objetivo.—El derecho canónico en sentido sujetivo y como ciencia.—Si el Derecho canónico se distingue de la jurisprudencia eclesiástica.—Sus especies.—Métodos empleados en el estudio de esta ciencia.—Necesidad del triple método práctico, histórico y filosófico.—Abusos que han de evitarse.—Distinción entre el Derecho canónico y el Derecho civil, y preeminencia de aquél sobre éste.—Mútua armonía entre uno y otro.—En qué se distingue el Derecho canónico de la Teología.—Reglas que han de tenerse presentes.—Preeminencia de la Teología sobre el Derecho canónico 22

CAPÍTULO II.—Importancia de esta ciencia: su necesidad y utilidad: ciencias auxiliares de la misma.—*Artículo* 1.°—Influencia del Derecho canónico en los demás derechos.—*Párrafo* 1.°—Influencia del Derecho canó-

Páginas

nico en el Derecho de gentes.—*Párrafo* 2.°—Su influencia en el Derecho público de las naciones.—*Párrafo* 3.°—Influencia del Derecho eclesiástico en el Derecho privado..... 31

Artículo 2.°—Necesidad y utilidad de su estudio.—Necesidad en los ministros del culto de conocer el Derecho canónico.—A quiénes comprende.—Si los legos tienen necesidad de conocer el Derecho canónico.... 38

Artículo 3.°—Ciencias auxiliares del Derecho canónico.—Concepto en que el Derecho natural es auxiliar del Derecho canónico.—Errores acerca de esta materia.—Importancia del Derecho divino positivo para el canonista.—El Derecho civil como auxiliar del Derecho canónico.—Si el canonista necesita conocer la historia.—Crítica y cosas á que se extiende.—Otras ciencias como auxiliares del Derecho canónico..... 40

CAPÍTULO III.—Ley eclesiástica y su promulgación.—*Artículo* 1.°—Ley en general y ley eclesiástica en particular.—Etimología de la palabra ley y su definición en general.—Sus elementos.—Materia de ley y sus condiciones.—Su forma.—Nulidad de la ley.—Ley eclesiástica y en qué se distingue del precepto y de la regla.—Objeto de la ley eclesiástica.—Cánones dogmáticos y sus condiciones.—Reglas para distinguirlos.—Cánones acerca de las costumbres.—En qué se distinguen de los dogmáticos.—En qué convienen y en qué se distinguen de los disciplinales.—Reglas que han de tenerse presentes.—Su autoridad.—Cánones disciplinales y su objeto.—Puntos que comprenden.—Especies de cánones disciplinales.—Disciplina inmutable y mutable.—Reglas que han de tenerse presentes..... 44

Artículo 2.°—De la promulgación de la ley.—Promulgación de la ley y su necesidad.—Si se distingue de la divulgación.—Esta no es necesaria.—Si la ley promulgada obliga á los que la ignoran.—Modo de promulgarse aquella.—Práctica observada en la Iglesia hasta Martino IV.—Disposiciones dictadas por este Papa y sus sucesores acerca de este punto.—Causas que hubo para ello.—Observaciones.—Si bastará la publicación en Roma de las leyes eclesiásticas para que obliguen á todos los fieles.... 52

CAPÍTULO IV.—Estabilidad de las leyes: su dispensa é interpretación.—*Artículo* 1.°—De la estabilidad de las leyes eclesiásticas.—Su mutación y diversas maneras de verificarse.—Cesación de la ley por sí misma y sus especies.—Su mutación total ab-intrínseco y casos en que tiene lugar.—Mutación parcial ab-intrínseco y cuándo tiene lugar.—Mutación de la ley ab-extrínseco y sus especies.—Modo de verificarse..... 58

Artículo 2.°—Dispensa de la ley y sus especies.—Quién puede concederla.—Causas para ello.—Reglas que han de tenerse presentes.—Cesación de la dispensa..... 61

Páginas

Artículo 3.°—Interpretación de la ley y sus especies.—Interpretación pública y sus especies.—Interpretación privada y sus especies.—Reglas de interpretación y sus especies.—Número de las auténticas.—Utilidad de la interpretación privada.—Sus reglas generales.—Reglas acerca de la interpretación simple ó declarativa.—Reglas de interpretación extensiva.—Reglas de interpretación restrictiva.—Sus efectos.—Leyes contradictorias y sus reglas 64

Capítulo v.—Obligación de cumplir las leyes eclesiásticas.—Efecto primario de toda ley.—Obligación de cumplir las leyes eclesiásticas y á quiénes se extiende.—Si la aceptación de los fieles será necesaria al efecto.—Las constituciones pontificias obligan independientemente de la aceptación de los obispos.—Errores acerca de este punto.—Marsilio de Pádua.—Lutero y sus secuaces.—Edmundo Richer.—Juan Nicolás de Hontheim.—Casos en que el Papa no quiere obligar con sus leyes, sinó mediante la aceptación de los obispos.—Deberes de los obispos en estas circunstancias.—Materias en que esto no tiene lugar 70

Capítulo vi.—Del regium exequatur.—*Artículo* 1.°—Desenvolvimiento histórico del regium exequatur.—*Párrafo* 1.°—El placitum regium en las distintas naciones.—Placitum regium y sus distintos nombres.—Errores acerca de este punto.—Origen del regium exequatur y su objeto.—Revocación del mandato de Urbano VI.—Disposiciones de los sínodos de Cartagena y Toledo sobre este punto.—Conducta seguida por los poderes civiles en esta materia.—El regium exequatur en Portugal.—Origen del placitum en Nápoles y su condenación.—Origen del exequatur en Bélgica.—Su condenación.—El placitum en Sicilia.—Origen del placitum regium en Francia y Saboya.—El regium exequatur en Alemania y otros paises 80

Párrafo 2.°—El placitum regium en España.—Primer precedente del placitum en España.—Su origen 87

Artículo 2.°—Condenación del regium exequatur como contrario á la razón y revelación.—El regium exequatur se opone á la naturaleza y constitución divina de la Iglesia.—Proposiciones del Syllabus sobre esta materia.—Disposiciones de la bula apostolicæ Sedis y concilio vaticano sobre el placitum 88

Capítulo vii.—La Iglesia como sociedad perfecta é independiente del Estado.—*Artículo* 1.°—Idea de los derechos y deberes de dos ó más sociedades en general.—Sociedad humana y sus especies.—Sus elementos constitutivos.—Materia y forma de ellos y cuál es el màs importante.—Potestad de una sociedad perfecta en los miembros de ella—Extraños á una sociedad y sus distintas clases.—Recíprocos deberes de dos socieda-

Páginas

des que se componen de unos mismos miembros y se hallan en concordia.—Derechos respectivos de dos sociedades con los mismos miembros en estado de conflicto.—Derechos recíprocos de dos sociedades iguales entre sí.—Derechos de una sociedad perfecta en los extraños á ella en todo ó en parte..... 92

Artículo 2.°—De la Iglesia con relación á otras sociedades.—*Párrafo* 1.°—De la Iglesia como sociedad perfecta y distinta del Estado.—La Iglesia es sociedad perfecta por su naturaleza.—La Iglesia es sociedad perfecta por la voluntad de su divino Fundador.—Es sociedad distinta del Estado. 99

Párrafo 2.°—La Iglesia es independiente del Estado.—Sistemas erróneos acerca de la línea divisoria entre las dos potestades.—Doctrina verdadera sobre la extensión de la potestad de la Iglesia.—Extensión de su potestad en cuanto al magisterio.—Sus derechos respecto al ministerio sagrado.—Sus atribuciones en cuanto á la inspección eclesiástica.—Su independencia en el ejercicio de la potestad legislativa, judicial y coactiva.—Independencia del Estado..... 103

Artículo 3.°—De la mútua concordia entre ambas potestades.—Armonía entre ambas potestades y auxilios que deben prestarse.—Cómo la Iglesia contribuye al bien del Estado.—Deberes del Estado para con la Iglesia.—Si podrá proclamarse la absoluta separación entre las dos potestades.—Casos en que el Estado deberá apoyar la libertad de cultos.—Falsa teoría de la Iglesia libre en el Estado libre..... 111

CAPÍTULO VIII.—Autoridad de la Iglesia en las sociedades y sus distintas relaciones con las mismas.—*Artículo* 1.°—Distintas clases de sociedades con respecto á la Iglesia.—Superioridad de la Iglesia sobre las sociedades homogéneas.—Conceptos en que puede concebirse la primacía de una sociedad sobre otra.—Observaciones.—Distintas opiniones acerca de la autoridad de la Iglesia en las cosas temporales de los Estados.—Si la potestad de la Iglesia se extiende á las cosas temporales con relación á un fin temporal.—Potestad de la Iglesia en las cosas temporales de los Estados con relación á su fin espiritual.—Circunstancias en que utiliza su derecho sobre las cosas temporales de los Estados.—Potestad de la Iglesia en las sociedades heréticas y cismáticas.—Sus relaciones con las sociedades infieles..... 118

Artículo 2.°—Distintas relaciones de la Iglesia con los Estados.—Situación primitiva de la Iglesia con respecto al Estado.—Causas de su persecución.—Sus relaciones con el poder temporal en la Época de los emperadores cristianos.—Daños y ventajas que de ellas resultaron.—Mútua protección y concordia entre las dos potestades en la Edad media.—Etnarquía cristiana.—Sus elementos y consecuencias que produce.—Sus

Página s

vicisitudes hasta el siglo XVI.—Relaciones entre la Iglesia y el Estado desde esta época..... 128
Sistemas protestantes.—Sistema episcopal.—Sistema territorial.—Sistema colegial.—Otros sistemas no ménos contrarios á la Iglesia católica.—Su condenación.—Estado actual..... 136

TITULO II.—Fuentes del Derecho Canónico.

CAPÍTULO I.—Nociones generales y fuentes del derecho divino.—*Artículo* 1.°—Fuentes del Derecho canónico en general.—Fuentes del Derecho canónico en su sentido extricto, y su número.—Fuentes del Derecho en sentido más lato y número de ellas.—Resumen de las Fuentes del Derecho canónico.—Sus especies..... 143
Artículo 2.°—Fuentes del Derecho divino.—*Párrafo* 1.°—Derecho natural y clases de preceptos que contiene.—Su uso y aplicación en el Derecho canónico.—*Párrafo* 2.°—Sagradas Escrituras y sus especies.—Autoridad del Antiguo Testamento.—Preceptos morales.—Preceptos ceremoniales y judiciales.—Conveniencia y aun necesidad de su estudio.—Distintas clases de preceptos ceremoniales y judiciales.—Abrogación de los preceptos mortíferos.—Si podrán utilizarse los preceptos muertos.—Aplicación de los preceptos canonizados.—Importancia del Nuevo Testamento en el Derecho Canónico.—Sus distintos sentidos.—Sentido literal y sus acepciones.—Reglas que han de tenerse presentes.—*Párrafo* 3.°—De las tradiciones.—Tradición y sus especies.—Tradición divina y su existencia en la Iglesia católica.—Errores acerca de este punto y su condenación.—Autoridad de las tradiciones divinas.—Reglas para distinguir las tradiciones divinas de las humanas.—Tradiciones humanas y sus especies.—Reglas para distinguirlas..... 146
CAPÍTULO II.—Constituciones pontificias y forma en que se expiden.—*Artículo* 1.°—Constituciones pontificias y sus especies.—*Párrafo* 1.°—Disposiciones generales y sus distintos nombres.—Encíclicas y sus especies.—*Párrafo* 2.°—Disposiciones particulares y sus especies.—*Sección* 1.ª—De los rescriptos.—Rescriptos y sus especies.—Partes de que constan.—Requisitos para su validez.—Sus efectos y tiempo en que se verifican.—Cesación de los rescriptos..... 158
Sección 2.ª—De los privilegios.—Privilegios y en qué se distinguen de la dispensa de la ley.—Sus especies.—Modos de adquirirlos.—Sus efectos.—Interpretación de los privilegios.—Cómo se pierden.—Revocación de los privilegios.—Su cesación por renuncia.—Cómo se pierden por el no

Páginas

uso ó uso contrario.—Pérdida del privilegio por abuso ó cesación de su causa.—Su cesación *ipso facto*..... 165
Artículo 2.°—De la forma en que se expiden las constituciones pontificias.—*Párrafo* 1.°—De las bulas.—Significación de la palabra bula en la antigüedad.—Sus especies.—Bulas apostólicas y su origen.—*Literæ aureæ* y desde cuando datan.—Sus especies.—Oficinas por donde se expiden.—Bulas que se expiden por la cancelaría y sus formalidades.—Bulas expedidas por la cámara apostólica.—Bulas que se despachan por la via secreta.—Bulas que se expiden por la via de la Curia.—*Párrafo* 2.°—De los breves.—Breves y razón de esta palabra.—Sello que llevaban antiguamente y cuándo se empezó á usar el anillo del pescador.—Asuntos que se despachan en esta forma.—Quién los suscribe y formalidades para evitar su falsificación.—En qué se distinguen de las bulas... 172
CAPÍTULO III.—De los Concilios.—*Artículo* 1.°—De los Concilios en general.—Etimología de la palabra Concilio y su definición en general.—Concilios eclesiásticos.—Sus especies.—Origen de los Concilios.—Número de los celebrados por los Apóstoles y con qué objeto.—Si los decretos dados por los Apóstoles son fuente general del Derecho Canónico.—Utilidad de los concilios generales.—Utilidad de los concilios particulares.—Necesidad de los concilios generales..... 179
Artículo 2.°—De los Concilios generales.—Concilio general y solemnidades necesarias para su legitimidad.—Á quién pertenece su convocación.—Personas que han de ser citadas.—Si los legos tienen derecho á ser convocados.—Presidencia del Concilio y derechos anejos á la misma.—Número de jueces que han de concurrir para que haya concilio.—Orden de precedencia.—Cosas que son objeto de su deliberación y requisitos necesarios al efecto.—Forma en la discusión.—Manera de redactarse las disposiciones conciliares.—Quiénes suscriben.—Confirmación pontificia del Concilio y su necesidad.—Autoridad de los Concilios generales.—Cuándo sus decretos no son fuente general del Derecho Canónico.—Superioridad del Papa sobre el Concilio general..... 184
Artículo 3.°—Breve reseña de los Concilios generales..... 196
CAPÍTULO IV.—Decretos de las Sagradas Congregaciones.—*Artículo* 1.°—Las Sagradas Congregaciones en general y del consistorio de cardenales en particular.—*Párrafo* 1.°—De las Congregaciones en general.—Congregaciones Romanas.—Su origen y motivo de su creación.—Su institución se halla en armonía con la organización de la Iglesia en las distintas diócesis.—Conveniencia de su institución.—Sus especies.—Su constitución interna.—Su modo de proceder en asuntos administrativos.—Cómo proceden en los negocios contenciosos civiles y criminales.—Auto-

Páginas

ridad de sus decisiones.—*Párrafo* 2.°—Consistorio y su antigüedad en la Iglesia Romana.—Origen del consistorio de Cardenales.—Sus especies y asuntos de la competencia del Consistorio público.—Materias propias del consistorio semi-público.—Consistorio secreto y tiempo de su reunión.—Solemnidades en su celebración.—Asuntos que en él se resuelven.—*Párrafo* 3.°—Congregación Consistorial.—Su institución y cosas en que entiende..... 215

Artículo 2.°—Congregaciones sobre puntos de fé.—*Párrafo* 1.°—Del Santo Oficio y congregación de la Inquisición.—Su origen y motivo de su institución.—Nombramiento de inquisidores y sus atribuciones.—Congregación de la Inquisición.—Personas de que se compone.—Sus distintas reuniones y en qué forma.—Sus atribuciones.—Personas á quienes se extiende..... 226

Párrafo 2.°—De la Congregación del Índice.—Su origen y motivo de su institución.—Significación de las palabras, libros malos y libros perjudiciales ó nocivos.—Censuras de libros y sus especies.—Prohibición y condenación de libros.—Quién puede conceder licencia para leer libros prohibidos.—Personas de que se compone la Congregación del Índice.—Sus facultades.—Autoridad de sus decretos.—Si los acompaña la infalibilidad.—*Párrafo* 3.°—Congregación de *Propaganda fide* y su constitución.—Sus especies.—Forma distinta del régimen eclesiástico en todo el orbe.—Atribuciones de la Congregación de propaganda fide.—Autoridad de sus decretos.—Medios de que dispone para llenar su objeto.—*Párrafo* 4.°—Nueva Congregación de *Propaganda fide pro negotiis ritus orientalis*..... 232

Artículo 3.°—Congregaciones acerca de la disciplina.—*Párrafo* 1.°—Congregación del Concilio de Trento y sus apéndices.—*Sección* 1.ª—Congregación del Concilio de Trento y miembros de que se compone.—Facultades que la competen.—Autoridad de sus decisiones.—*Studium* de esta Congregación..... 245

Sección 2.ª—Congregación *visitationis liminum* y motivo de su creación.—Personal de ella..... 249

Sección 3.ª—Congregación *super revisione sinodorum provincialium*.—Su personal.—Forma en que se examinan las actas de dichos Concilios.—*Párrafo* 2.°—De la congregación de Ritos y motivo de su institución.—Sus facultades.—Sus especies.—Personas que componen la Congregación ordinaria.—Asuntos en que entiende.—Miembros de la Congregación extraordinaria.—Sus consultores natos.—Asuntos en que entiende.—Sus especies.—Congregación antepreparatoria y quiénes asisten á ella.—Miembros de la Congregación preparatoria.—Congregación general.—

Páginas

Deberes de los que intervienen en la Congregación extraordinaria.—Autoridad de sus decisiones.—Especies de relaciones de esta Congregación.—Autoridad de los decretos *formaliter* generales.—Especies de decretos *æquivalenter* generales y su autoridad.—Especies de decretos comprensivos y su autoridad 250

Párrafo 3.°—Congregación de Obispos y Regulares.—Personal de ella.—Causas y negocios en que entiende.—*Párrafo* 4.°—Congregación primitiva *Super statu regularium* y sus atribuciones.—*Parrafo* 5.°—Congregación *Super disciplina regulari* 258

Párrafo 6.°—Nueva Congregación *Super statu regularium* y personas de que se compone.—Fin de su institución.—Disposiciones dictadas al efecto.—Primera parte del decreto *Regulari disciplinæ* sobre la recepción de novicios.—Segunda parte del expresado decreto.—Decreto *Romani Pontifices* acerca de las testimoniales de los Ordinarios.—Decreto sobre la admisión de los novicios á los votos simples y solemnes.—Declaraciones sobre los anteriores decretos 262

Párrafo 7.°—Congregación *Super promovendis ad Episcopatum*.—*Párrafo* 8.°—Congregación de indulgencia y sagradas reliquias.—*Párrafo* 9.°—Congregación *Super residentia episcoporum*.—*Párrafo* 10.—Congregación de inmunidad eclesiástica.—*Párrafo* 11.—Congregación sobre negocios eclesiásticos.—*Párrafo* 12.—Otras Congregaciones 269

CAPÍTULO V.—Reglas de cancelaría.—Sentencias de los Santos Padres y Leyes civiles.—*Artículo* 1.°—Reglas de cancelaría y sus diversas clases.—Su número y si son fuente general del Derecho canónico.—Beneficios que por ellas se reservan á la provisión de la Santa Sede.—Beneficios excluidos de las reservas generales.—Si los Romanos Pontífices introdujeron una novedad con las reservas beneficiales.—Si las expresadas reservas contienen un abuso de autoridad.—Causas que hubo para que los Papas se reservasen la provisión de Beneficios 274

Artículo 2.°—Sentencias de los Santos Padres y á quiénes se dá este título.—Cuándo constituyen fuente general del Derecho canónico 284

Artículo 3.°—De las leyes civiles.—Sus distintas clases y cuándo son fuente general del Derecho canónico 286

CAPÍTULO VI.—Concilios Nacionales, Libertades Galicanas y Concilios de Toledo.—*Artículo* 1.°—Concilios Nacionales y si se distinguen de los antiguos Concilios patriarcales y diocesanos.—Convocación de los Concilios Nacionales.—Su presidencia y asuntos de su competencia.—Reconocimiento de sus actas y se autoridad.—Derecho canónico nacional y causas de donde procede.—Si puede anularse por el Papa 288

Artículo 2.°—De las libertades galicanas.—Su origen.—Sus cuatro artículos.—Consecuencias que de ellos se desprenden.—Su condenación 292

Páginas

Artículo 3.°—De los Concilios nacionales de España.—Importancia de estos Concilios.—Concilios de Toledo.—Su naturaleza..... 294

CAPÍTULO VII.—Concilios provinciales y su origen.—A quién corresponde su convocación.—Tiempo en que ha de verificarse.—Personas que han de ser convocadas.—A quiénes se invita para que asistan al Concilio provincial con voto consultivo.—Personas á quienes se permite su asistencia á estos Concilios.—Su presidencia.—Asuntos en que puede entender.—Orden de precedencia.—Forma en que han de celebrarse los Concilios provinciales.—Su reconocimiento y promulgación.—Autoridad de los Concilios provinciales..... 295

CAPÍTULO VIII.—Sínodos Diocesanos y razón de esta palabra.—Su origen.—Su utilidad.—Tiempo en que han de celebrarse.—Su convocación y punto en que han de reunirse.—Personas que han de concurrir.—A quién no puede exigirse su asistencia.—Preparación previa de los asuntos que han de llevarse al sínodo.—Señalamiento de día para la apertura del sínodo y prevenciones que acompaña.—Cargos que han de proveerse antes de la apertura del Sínodo.—Presidencia del sínodo diocesano.—Orden de precedencia.—Su celebración y número de sesiones.—Asuntos de su competencia.—Cosas ajenas á las constituciones sinodales.—Nombramientos en el sínodo para ciertos cargos.—Autoridad de las constituciones sinodales.—Proposiciones condenadas por Pío VI.—Observaciones..... 304

CAPÍTULO IX.—Que por error de imprenta aparece en el cuerpo de la obra el XII.—Concordatos.—*Artículo* 1.°—De los Concordatos en general.—Concordatos y su origen.—Su materia.—Cosas meramente temporales.—Cosas meramente espirituales.—Causas de los pactos en esta forma.—Cosas mixtas.—Motivo de los convenios en esta forma.—Para quiénes han sido beneficiosos y quién los ha observado con mayor fidelidad.—Requisitos necesarios para su validez..... 318

Artículo 2.°—De la naturaleza de los Concordatos.—Pactos y entre quiénes pueden celebrarse.—Sus especies.—Tratados públicos y sus especies.—Privilegios y sus especies.—Naturaleza de los Concordatos que versan sobre cosas puramente temporales.—Naturaleza de los Concordatos sobre cosa meramente espiritual.—Naturaleza de los Concordatos en materias mixtas.—Opinión de Bonald y otros escritores.—Razones en que se apoyan.—Doctrina de Labis y otros.—Pruebas que aducen en apoyo de su opinión.—Observaciones..... 322

Artículo 3.°—Efectos de los Concordatos y personas con quienes pueden celebrarse.—Efectos de los Concordatos sobre cosas meramente temporales ó espirituales.—Efectos de los Concordatos sobre materias mixtas.

Páginas

—Reglas generales sobre la interpretación y rescisión de las convenciones.—Interpretación y abrogación de los Concordatos.—Utilidad de los Concordatos.—Autoridad de la Santa Sede para celebrarlos.—Si pueden celebrarse con naciones heréticas ó infieles..... 333

Artículo 4.°—Breve reseña histórica de los Concordatos.—Concordatos celebrados con varias naciones.—Distinción entre los Concordatos antiguos y los modernos.—Antiguos Concordatos celebrados en España.—Concordia Facheneti y Concordato de 1714.—Concordato de 1737 y asuntos que en él se tratan.—Concordato entre Benedicto XIV y Fernando VI.—Concordato de 1851.—Convenio de 1859..... 338

Capítulo x.—Derecho canónico no escrito.—Etimología de la palabra *consuetudo* (costumbre) y su definición.—Sus especies.—En qué se distingue de las leyes.—Su distinción de las tradiciones.—Su diferencia de la prescripción.—Condiciones necesarias en la costumbre.—Requisitos por parte de quien la introduce.—Circunstancias por razón de la materia de ella.—Cuándo se entiende que la costumbre es mala é irracional.—Consentimiento del legislador y sus especies.—Obligación de la costumbre consentida expresa ó tácitamente por el legislador.—El silencio del Papa respecto á una costumbre contra ley es meramente económico, si no tiene facilidad de reclamar.—Obligación de la costumbre mediante el consentimiento legal.—Necesidad de la prescripción en la costumbre ignorada por el legislador.—Tiempo necesario para la prescripción en la costumbre *præter legem* y *contra legem*.—Efectos de la costumbre.—Cómo interpreta la ley.—Constituye nueva ley.—Anula los actos en contrario.—Abroga la ley.—Su abrogación por costumbre contraria.—Tiempo necesario al efecto.—Anulación de la costumbre por una ley posterior.—Si una ley anterior podrá abrogar la costumbre que se introduzca en lo sucesivo.—¿Los decretos tridentinos pueden anularse por costumbre contraria?..... 343

TÍTULO III.—Colecciones Canónicas.

Capítulo 1.—Colecciones de los primeros siglos.—Reglas por las que se gobernó la Iglesia en un principio.—Cartas canónicas ó formadas.—Sus especies y á quiénes se concedían.—Quiénes las concedían.—Constituciones apostólicas y su origen.—Su autor.—Si tienen autoridad.—Cánones de los Apóstoles y su origen.—Su número y quién fué su autor.—Si fueron dados por los Apóstoles y reducidos á Escritura por el Papa S. Clemente.—Contienen en parte la primitiva disciplina de la Iglesia.—

Páginas

Su autoridad.—Utilidad ó necesidad de las colecciones y distinta manera de formarlas.—Su autoridad..... 360

Capítulo II.—Colecciones de la Iglesia Oriental.—Introducción.—*Párrafo* 1.°—Primera colección de la Iglesia Oriental.—Su método.—Adición á la misma.—Colección de que se hizo uso en el Concilio de Calcedonia.—Colecciones del siglo V.—Suplementos á las mismas..... 370

Párrafo 2.°—Colecciones por orden de materias.—Juan el Escolástico y su colección.—Si introdujo en esto alguna novedad.—Precaución con que debe leerse.—Extracto de ella.—Colección del Concilio in Trullo.—Adiciones á la misma..... 373

Párrafo 3.°—Colecciones de leyes seculares y colecciones mixtas.—Leyes seculares sobre asuntos eclesiásticos.—Colecciones de ellas en lo relativo á materias eclesiásticas.—Colecciones mixtas.—Primer nomocanon y sus fuentes.—Su autor.—Suplemento al mismo.—Segundo nomocanon.—Focio y su nomocanon.—Partes en que se divide.—Comentarios al mismo.—Compendio de las colecciones..... 376

Párrafo 4.°—Cambios trascendentales en la legislación y autoridad de las colecciones.—Modificaciones notables en la legislación.—Colección del monje Teodorito.—Autoridad de las anteriores colecciones.—Reglas que han de tenerse presentes..... 383

Capítulo III.—Colecciones de la Iglesia Occidental.—*Artículo* 1.°—Derecho canónico antiguo.—*Sección* 1.ª—Colecciones romanas.—*Párrafo* 1.°—Colección de la Iglesia romana en el siglo IV.—Contiene los Cánones de Nicea y de Sárdica.—Motivo de comprenderse los cánones de Sárdica bajo el nombre de Nicenos.—Autoridad de esta primera colección de la Iglesia Romana.—Observaciones..... 386

Párrafo 2.°—De la colección Prisca y otras colecciones.—Antigua versión itálica ó prisca.—Cánones que contiene.—Conducta seguida por Justello respecto á este códice.—Su motivo.—Otras colecciones y su autoridad.—*Párrafo* 3.°—Colecciones de Dionisio el Exíguo.—Dionisio el Exíguo y razón de este sobrenombre.—Sus cualidades.—Su colección de Cánones.—Fuentes de donde se tomó.—Cánones que comprende.—Aceptación con que fué recibida.—Motivo de tan favorable acogida.—Si tuvo autoridad.—Segunda colección de Dionisio el Exíguo y documentos que contiene.—Tiempo en que se publicó.—Autoridad de las Decretales pontificias.—Si Dionisio el Exíguo fué el primero que las coleccionó.—Autoridad de esta colección y su favorable acogida.—Tercera colección de Dionisio..... 390

Párrafo 4.°—Colecciones posteriores.—Suplementos á las colecciones de Dionisio.—Nuevas adiciones á dicha obra.—Otras colecciones posteriores..... 398

Páginas

Párrafo 5.°—Del *liber diurnus* y leyes seculares.—*Liber diurnus*, y puntos que en él se tratan.—Su antigüedad y quién lo imprimió.—Se prohibió su publicación y motivo de ella.—Motivos de su celebridad.—Otros formularios y rituales.—Leyes seculares 401

Sección 2.ª—Colecciones españolas.—*Párrafo* 1.°—Primitiva colección española.—Cánones que comprendía.—Observaciones.—Su método.—Quién fué el autor de esta colección.—San Martín de Braga.—Motivos de su colección.—Método seguido en ella.—Fuentes que consultó y sus defectos 405

Párrafo 2.°—Colección del siglo VII.—Su método y documentos que contiene.—Fuentes de esta colección.—Su autoridad.—Quién fué el autor de esta colección.—Su impresión y publicación 410

Párrafo 3.°—Otras colecciones.—*Instituta ó excerpta canonum* y su método.—Su autor.—Código árabe.—Su autor.—Otras colecciones.—Leyes civiles 416

Sección 3.ª—Colecciones francesas.—*Párrafo* 1.°—Antiguas colecciones.—Primera colección francesa.—Sus fuentes.—Si se formó en Francia.—Otras colecciones posteriores.—Colecciones particulares de algunas Iglesias.—Colección adriana.—Su método y fuentes de ella.—Aceptación con que fué recibida 419

Párrafo 2.°—Colecciones por orden de materias.—Colecciones de S. Ibon de Chartres.—*Párrafo* 3.°—Capitulares de los reyes francos.—Razón de esta palabra.—Sus fuentes y autoridad.—Colección de Capitulares por el Abad Ansegiso.—Otra colección de capitulares del diácono Benito.—Sus fuentes 422

Colecciones africanas, inglesas y alemanas.—*Párrafo* 1.°—Colecciones africanas.—Reglas por las que se gobernó la Iglesia Africana en los primeros siglos.—Cánones del concilio celebrado en Cartago el año 419.—Su traducción al griego y colección particular de ellos.—Colecciones que surgieron de las anteriores disposiciones.—Colección de Fulgencio Ferrando.—Sus fuentes.—Su método.—Coleccion de Cresconio y sus fuentes.—Su método 427

Párrafo 2.°—Colecciones inglesas é irlandesas.—Introducción.—Colección del Arzobispo Teodoro y su método.—Colección de Egberto.—Otras colecciones.—*Párrafo* 3.°—Colecciones alemanas.—Colección de Reginon.—Su método.—Fuentes de ella.—Colección de Burchard y motivo de ella.—Partes en que está dividida y sus fuentes 431

Sección 5.ª—Colección de Isidoro Peccator.—Razón del nombre puesto al frente de esta colección.—Tiempo en que se publicó.—Partes en que se halla dividida y documentos que contiene.—Puntos que en ella se tra-

Páginas

tan.—Sus fuentes.—Opiniones distintas acerca del objeto que se propuso su autor.—Fin que se propuso Isidoro en su colección.—Si introdujo una novedad en la disciplina eclesiástica.—Sus principios sobre el primado pontificio.—Su doctrina acerca del episcopado en sus distintos grados gerárquicos.—Si contienen alguna novedad respecto á las relaciones entre el Papa, los Obispos y el poder civil.—Reglas acerca de las acusaciones contra obispos ó presbíteros.—Su doctrina sobre procedimientos criminales.—Si contiene alguna novedad.—Sus disposiciones sobre la celebración de los concilios provinciales y aprobación de sus actas.—Aceptación con que fué recibida.—Si S. Isidoro de Sevilla fué el autor de esta colección.—No puede atribuirse á ningún escritor español.—Si podrá atribuirse á la curia romana.—Esta colección se hizo en Francia.—Quién fué su autor.—Distintas clases de documentos contenidos en esta colección.—Documentos supuestos, interpolados y apócrifos que contienen.—Razones que demuestran su falsedad.—Cuándo se descubrió esta..... 435

Artículo 2.°—Derecho canónico nuevo.—Introducción.—*Sección* 1.ª—Decreto de Graciano y otras colecciones.—*Párrafo* 1.°—Decreto de Graciano.—Graciano y distintos nombres de su colección.—Partes en que la divide.—Materias que en ellas se tratan.—Fuentes de este Código.—Aceptación con que fué recibido.—Título dado á los maestros y discípulos.—Defectos que contiene esta colección.—Sus errores.—Etimología de la palabra *palea* y su significación.—Quién la puso.—Número de cánones que llevan la palabra *palea*.—Nueva forma introducida en la obra de Graciano.—Adiciones y corrección de errores.—Correctores romanos.—Sus trabajos.—Forma en que procedió.—Resultado de estos trabajos y su publicación.—Si el decreto de Graciano tiene autoridad legal.—Razones en apoyo de la opinión afirmativa.—Pruebas en apoyo de la opinión contraria..... 452

Párrafo 2.°—Otras colecciones anteriores á Gregorio IX.—Introducción.—Colección de Bernardo Circa y su división.—Puntos que en ella se tratan.—Nombre que se la dió y su autoridad.—Colección de Juan Galense y su autoridad.—Colección de Bernardo de Compostela.—Colección de Pedro Benevento.—Colección cuarta.—Colección quinta..... 465

Sección 2.ª—Decretales de Gregorio IX.: Sexto de las decretales; clementinas y extravagantes.—*Párrafo* 1.°—Decretales de Gregorio IX.—Introducción.—Decretales de Gregorio IX.—Sus fuentes y método.—Materias que en ellas se tratan.—Advertencia.—Mérito de la obra y su autoridad.—Conveniencia del estudio de las colecciones anteriores..... 468

Párrafo 2.°—Del sexto de Decretales y razón de este nombre.—Motivos

Páginas

de su publicación.—Partes en que se divide y personas encargadas de este trabajo.—Documentos que contiene y su autoridad..... 471
Párrafo 3.°—De las Clementinas.—Clementinas: Constituciones que comprenden.—Su método y autoridad.—*Párrafo* 4.°—Extravagantes de Juan XXII y su número.—Extravagantes comunes.—Autoridad de estas dos colecciones de Extravagantes..... 474
Sección 3.ª—Cuerpo del derecho canónico y partes de que se compone.—Desde cuándo van unidas.—Su autoridad.—Rúbricas y su autoridad.—Inscripciones y su autoridad.—Sumarios y su autoridad.—Glosas y su autoridad.—Modo de citar las disposiciones contenidas en el decreto de Graciano.—Forma en que se citan las Decretales de Gregorio IX.—Modo de señalar el testo del sexto de las Decretales.—Manera de citar las Clementinas.—Cómo se alegan las extravagantes.—Forma de citar el sétimo de las Decretales..... 477
Artículo 3.°—Derecho canónico novísimo.—Introducción.—Partes de que se compone el Derecho canónico novísimo.—Sus colecciones.—*Párrafo* 1.°—Del sétimo de las Decretales.—Otra colección que lleva este título y su autoridad..... 483
Párrafo 2.°—De los Bularios.—Trabajos sobre esta materia por Laercio Cherubini.—Adiciones al anterior bulario.—Bulario Magno.—Bulario de Benedicto XIV.—Continuación del Bulario Magno y actas de Pío IX.—Nueva edición del Bulario Magno.—Su autoridad.—En qué se distinguen los bularios del cuerpo del Derecho canónico..... 485
Párrafo 3.°—De las colecciones generales de Concilios.—Colección de Merlín y sus defectos.—Adiciones á la colección anterior.—Colección de Labé.—Adiciones y supresiones á la colección anterior.—Colecciones de Nicolás Colleti y suplemento á ella.—Otras colecciones de esta clase.—*Párrafo* 4.°—De las colecciones particulares de Concilios.—*Párrafo* 5.°—Colecciones de Decretos de las Sagradas Congregaciones y de las reglas de Cancelaría.—Colección de decretos de la Sagrada Congregación del Concilio.—Colección de decretos de la Congregación de Ritos y su autoridad.—Colección de las constituciones pontificias y decretos de las demás congregaciones.—Colección de las reglas de Cancelaría.—Conveniencia de la formación de un nuevo código..... 488

Páginas

LIBRO SEGUNDO.

PERSONAS DE LA IGLESIA.

TITULO PRIMERO.—De la Iglesia de Jesucristo.

CAPÍTULO I.—De la Iglesia.—*Artículo* 1.°—De la Iglesia en general.—Etimología de la palabra Iglesia y su significado.—Acepciones en que puede tomarse.—La Iglesia en un sentido lato y su definición.—Acepciones de la palabra Iglesia en su sentido extricto.—Su definición..... 493

Artículo 2.°—Fundación de la Iglesia por Jesucristo.—Existencia de una primitiva Iglesia.—Iglesia fundada por Jesucristo.—Razones en que se apoya esta verdad.—Elementos constitutivos de la Iglesia.—En qué consiste el alma de esta Sociedad y quiénes pertenecen á ella.—Si la Iglesia es invisible en cuanto al alma.—Cuerpo de la Iglesia y quiénes pertenecen á él.—Observaciones prévias acerca de la forma de gobierno de esta sociedad.—La forma de gobierno de la Iglesia no es democrática ni aristocrática.—La forma de gobierno de esta sociedad es monárquica. 496

CAPÍTULO II.—Propiedades y notas de la Iglesia.—*Artículo* 1.°—Propiedades de la Iglesia y su número.—Unidad y en qué consiste.—Su visibilidad.—Perpetuidad de la Iglesia..... 503

Artículo 2.°—Notas de la Iglesia y condiciones necesarias en ellas.—Su número.—En qué consiste la nota de unidad.—Si excluye el exámen de las verdades reveladas.—Nota de santidad y si es una consecuencia de la primera nota.—En qué consiste la santidad de la Iglesia.—Tercera nota de la Iglesia y su significado.—Conceptos que comprende.—En qué consiste la nota de apostolicidad.—Modo de conocerla.—Diferencia entre las notas y propiedades de la Iglesia..... 506

Artículo 3.°—De la existencia de estas notas en la Iglesia Católica.—Si las notas de la verdadera Iglesia se hallan solamente en la Iglesia católico-romana..... 512

CAPÍTULO III.—Dotes de la verdadera Iglesia y su número.—Indefectibilidad y su diferencia de la perpetuidad.—Existencia de la indefectibilidad en la Iglesia de Jesucristo.—Infalibilidad y cosas á que se extiende.—Sus especies y conceptos que comprende.—Su objeto.—Su existencia en la Iglesia de Jesucristo.—Hechos dogmáticos.—Cuestión de derecho y de hecho.—Especies de hecho.—Observaciones.—Precedentes históricos sobre la infalibilidad de la Iglesia en los hechos dogmáticos.—La Iglesia es infalible en los hechos dogmáticos.—Reglas que han de tenerse pre-

Páginas

sentes.—Autoridad de la Iglesia respecto á la disciplina.—Cosas á que se extiende.—Principios de donde procede.—Práctica de la Iglesia en esta materia.—Proposición 4.ª del sínodo de Pistoya y 24 del Syllabus. 516

CAPÍTULO IV.—Organización de la Iglesia.—Clasificación de los cristianos en general.—División principal de las personas de la Iglesia.—Significado de la palabra clérigo.—Motivo de su aplicación á los ministros de la Iglesia.—Su definición.—Distinción entre los clérigos y legos por derecho divino..... 527

Jerarquía eclesiástica y su etimología.—Su definición en sentido objetivo y subjetivo.—Sus especies.—Jerarquía de orden y sus distintos grados de derecho divino.—Es indeleble.—Sus grados de derecho eclesiástico..... 529

Jerarquía de jurisdicción.—Su objeto.—Grados que comprende.—Sus especies.—Jurisdicción divina y eclesiástica.—Jurisdicción interna y sus especies.—Jurisdicción externa y su objeto.—Diferencias entre la jurisdicción interna y externa.—Jurisdicción voluntaria y contenciosa.—En qué se distinguen.—Jurisdicción graciosa, correctiva y administrativa.—Jurisdicción ordinaria.—Jurisdicción delegada y sus especies.—Distinción entre la jurisdicción ordinaria y delegada.—Jurisdicción inmediata y mediata.—Jurisdicción universal y particular.—Ley de jurisdicción y ley diocesana.—Jurisdicción colegial é individual.—Diferencia entre la potestad de orden y jurisdicción.—Su mútua relación 531

TITULO II.—Del Romano Pontífice.

CAPÍTULO I.—Del Primado Pontificio.—*Artículo* 1.º—Del Primado en general.—Primado en general y sus clases.—Primado pontificio y errores sobre este punto..... 543

Artículo 2.º—Del Primado conferido á S. Pedro.—Si Jesucristo confirió á Pedro el Primado de jurisdicción..... 545

Artículo 3.º—De la trasmisión del primado á los sucesores de Pedro.—Trasmisión del Primado á los sucesores de Pedro en la silla romana.—Si el primado podrá separarse de la silla ó episcopado romano..... 549

CAPÍTULO II.—De las dotes del primado.—Dotes del primado pontificio y su número.—*Artículo* 1.º—De la infalibilidad del Sumo Pontífice.—Infalibilidad pontificia y cosas que son objeto de aquella.—Condiciones necesarias al efecto.—Motivo de la concesión de esta prerrogativa.—Cosas á que se extiende.—Si Jesucristo concedió al Papa esta prerrogativa.—Su definición dogmática.—Oportunidad de la sanción de este dogma... 553

Páginas

Artículo 2.º—De la autoridad del Sumo Pontífice.—*Sección* 1.ª—De la naturaleza de los derechos del Papa.—Principios de donde proceden los derechos del primado pontificio.—Sus consecuencias en general.—Reglas moderadoras de este poder en cuanto á su ejercicio..... 559

Sección 2.ª—Clasificación de los derechos del primado.—División de los derechos del primado en esenciales y accidentales.—Motivos para impugnarla.—Sentido en que es admisible.—Otra división de los derechos del Papa.—Sus atribuciones como doctor universal.—Sus facultades como pastor universal.—Sus prerrogativas como rey universal..... 563

Sección 3.ª—De la autoridad del Papa en la Iglesia universal.—Jurisdicción en la Iglesia universal.—*Párrafo* 1.º—Del derecho de Inspección suprema.—Inspección suprema y cómo la ejerce.—*Párrafo* 2.º—De la potestad legislativa.—*Párrafo* 3.º—De la potestad judicial.—Potestad judicial para conocer en primera instancia de las causas mayores.—Derecho de recibir apelaciones..... 566

Párrafo 4.º—De la potestad administrativa.—Potestad administrativa y cosas que son objeto de ella.—Derecho de conceder exenciones.—Si se conoció en la antigüedad.—Derecho á establecer reservas.—Puede en este concepto disponer de los bienes eclesiásticos.—Le compete conferir los beneficios.—Práctica seguida en esta materia.—Derecho á percibir tributos..... 569

Sección 4.ª—De la autoridad del Papa en cada una de las diócesis.—*Párrafo* 1.º—Del derecho á crear diócesis y erigir obispados.—Jurisdicción en cada una de las diócesis.—Si el derecho de erigir obispados es meramente eclesiástico.—Práctica observada en la Iglesia oriental.—Práctica seguida en la Iglesia occidental.—Derecho vigente.—Autoridad del Papa para crear obispos.—Puntos que comprende..... 574

Párrafo 2.º—Del derecho á señalar la forma de elección de los papas.—Derecho del Papa para determinar la forma de elección de los Romanos Pontífices.—Si podrá nombrar sucesor suyo..... 578

Capítulo III.—Prerrogativas del Sumo Pontífice.—*Artículo* 1.º—De los derechos honoríficos del Papa.—Derechos honoríficos del Romano Pontífice.—Sus títulos.—Insignias.—Actos reverenciales.—Dignidades del Sumo Pontífice..... 580

Artículo 2.º—Del poder temporal del Papa.—Poder temporal de la Santa Sede.—Título en que se funda.—Su conveniencia.—Necesidad de este poder.—No se opone á ningún otro derecho..... 584

Capítulo IV.—Ritualidades en la elección del Romano Pontífice.—*Artículo* 1.º—De la cesación en el Pontificado.—Cesación en el Pontificado por muerte ó renuncia.—Si el Papa podrá ser depuesto en caso de here-

Páginas

gía ó malas costumbres.—Si el Papa incierto ó dudoso podrá ser depuesto. 589

Artículo 2.°—De la elección del Papa.—Elección del Papa por el presbiterio romano.—Intervención del pueblo romano y de los emperadores en este acto.—Reserva de esta elección á los Cardenales.—Disposiciones de Alejandro III sobre este punto.—Su conveniencia.—Si les pertenece por derecho divino ó apostólico.—Circunstancias en los electores.—Conveniencia de que el nombrado sea Cardenal.—Cualidades en el sujeto para ser elegido.—Personas que están excluidas.—Derechos de exclusiva.—Ritualidades que preceden á la elección de Papa.—Distintas formas de elección.—Elección por inspiración divina.—Elección por compromiso.—Elección por escrutinio.—Solemnidades que se observan en la votación.—Modo de hacer el escrutinio.—Modo de elección por escrutinio *cum accesu*.—Cosas prohibidas á los electores.—Actos que siguen á la votación.—Efectos de la elección.—Coronación y Consagración del Electo.—Toma de posesión 594

TITULO III.—Auxiliares inmediatos del Sumo Pontífice.

Capítulo I.—Curia Romana.—Acepciones de la palabra Curia y su antigüedad en la Iglesia.—Curia Romana.—Personas de que se compone.—Sus distintos tribunales y oficinas.—Tribunales de justicia y su personal.—Origen de los protonotarios apostólicos y sus clases.—Número de los participantes y sus prerrogativas.—Privilegios de los *ad instar*.—Protonotarios titulares.—Rota Romana y su orígen.—Razón de este nombre.—Número de auditores y su nombramiento.—Cualidades de ellos y su organización.—Sus auxiliares.—Inamovilidad de los auditores.—Asuntos de su competencia.—Autoridad de sus decisiones.—Cámara apostólica y asuntos en que entiende.—Su organización según los distintos tiempos.—Signatura de justicia y su origen.—Su personal y autoridad de sus fallos.—Tribunales de gracia.—Su personal.—Signatura de gracia y asuntos en que entiende.—Su organización.—Datería y razón de esta palabra.—Su origen.—Personal de ella.—Asuntos que despacha.—Sagrada Penitenciaría y su origen.—Penitenciario mayor y sus facultades.—Personal de este tribunal y sus cualidades.—A quién corresponde su nombramiento.—Penitenciarios menores. 609

Cancelaría y asuntos que despacha.—Cancelario y su orígen.—Sus distintos nombres y quiénes desempeñaban el cargo de cancelarios.—Sus atri-

Páginas

buciones.—Personal de la Cancelaría y sus respectivos cargos.—Secretaría de breves..... 626

Capítulo II.—Cardenales de la Iglesia Romana.—Etimología de la palabra Cardenal y su definición.—Su orígen en cuanto al oficio.—Su antigüedad en cuanto al nombre.—A quiénes se designa con esta palabra.—Grados de que consta el Colegio de Cardenales.—Cardenales obispos y su orígen.—Su número.—Orígen de los Cardenales presbíteros.—Razón de la palabra título.—Número de cardenales presbíteros según los diferentes tiempos.—Orígen de los cardenales diáconos y servicio encomendado á ellos.—Razón de sus distintos nombres.—Su número.—Cardenales subdiáconos.—Número total de Cardenales.—Decano del Sacro Colegio y sus prerrogativas.—Organización del Colegio de Cardenales.—Autoridad que les compete Sede plena.—Si los sumos Pontífices necesitan el consentimiento de los Cardenales en la resolución de los negocios árduos de la Iglesia.—Decretales que prohiben al Papa enajenar los bienes de la Iglesia sin el asentimiento de los cardenales.—Si obligan al Papa..... 630

Si el Papa necesita contar con el Sacro colegio para aumentar ó disminuir el número de cardenales ó para deponer alguno de ellos.—Atribuciones del Colegio de Cardenales Sede vacante.—Cosas que se le prohiben.—Requisitos necesarios en general para ascender al cardenalato.—Cualidades para obtener este cargo.—Si los hijos ilegítimos y los que tienen parientes en el sacro colegio podrán ser cardenales.—Si el Papa puede prescindir de los requisitos expresados.—Quién los nombra y con qué solemnidades.—Si estas son de necesidad.—Decretos de Eugenio IV y S. Pío V sobre este punto.—Privilegios de los cardenales.—Su jurisdicción y dentro de qué límites.—Sus insignias y títulos.—Precedencia.—Su obligación en cuanto á la residencia.—Cesación en el cardenalato..... 641

Capítulo III.—Legados Pontificios.—Significación de la palabra legado, y su definición.—Motivo de su institución.—Autoridad del Sumo Pontífice para nombrarlos.—Sus principales especies y distintos períodos de su historia.—Legados ordinarios y extraordinarios.—Apocrisarios y su orígen.—Si eran legados ordinarios ó extraordinarios.—Sus facultades.—Vicarios apostólicos y sus especies.—Antiguos vicarios apostólicos y su origen.—Su potestad.—Vicarios para las misiones y sus especies.—Vicarios propiamente apostólicos.—Formación de sus expedientes.—Prefectos apostólicos.—En qué se distinguen de los vicarios para las misiones.—Autoridad de estos vicarios Apostólicos..... 652

Paises regidos *more missionum*.—Cómo se atiende en estos paises á las necesidades espirituales de los fieles sede vacante.—Vicarios apostólicos para

Páginas

las diócesis y sus especies.—Motivos de su nombramiento sede plena.—Su autoridad.—Cosas que se le prohiben.—Observación.—Causas para su nombramiento sede vacante.—Sus atribuciones.—Legados natos y su origen—Legados *missi* y su origen—Consecuencias de su misión extraordinaria.—Especies de legados *missi*.—Especies de legados cardenales.—Legados no cardenales y sus especies.—Nuncios y clases de nunciaturas.—Internuncios y pronuncios.—Ablegados ó delegados.—Facultades comunes á los legados.—Cosas que se les prohiben.—Derechos de los legados *á latere*.—Prerrogativas de los nuncios.—Sus limitaciones..... 660

APÉNDICES.—Núm. 1.º—Concordato celebrado en 16 de Marzo de 1851 entre S. S. el Pontífice Pío IX y S. M. Católica la Reina D.ª Isabel II. 673

Número 2.º—Convenio entre la Santa Sede y el Gobierno español adicional al Concordato, otorgado en 1859, y publicado como ley en 4 de Abril de 1860..... 687

Número 3.º—Serie cronológica de los Romanos Pontífices..... 691

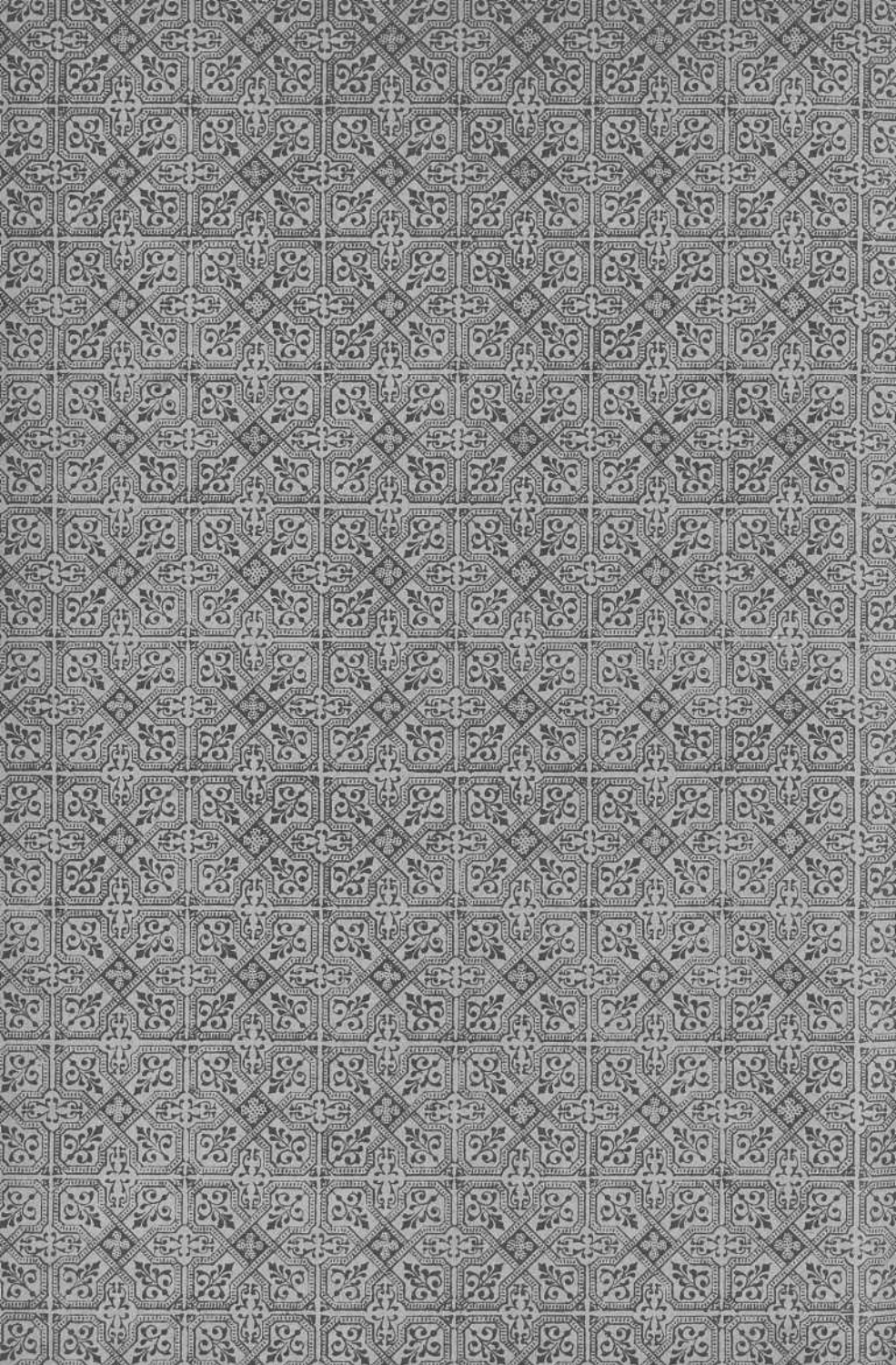
Número 4.—Encíclica *Quanta cura*..... 699

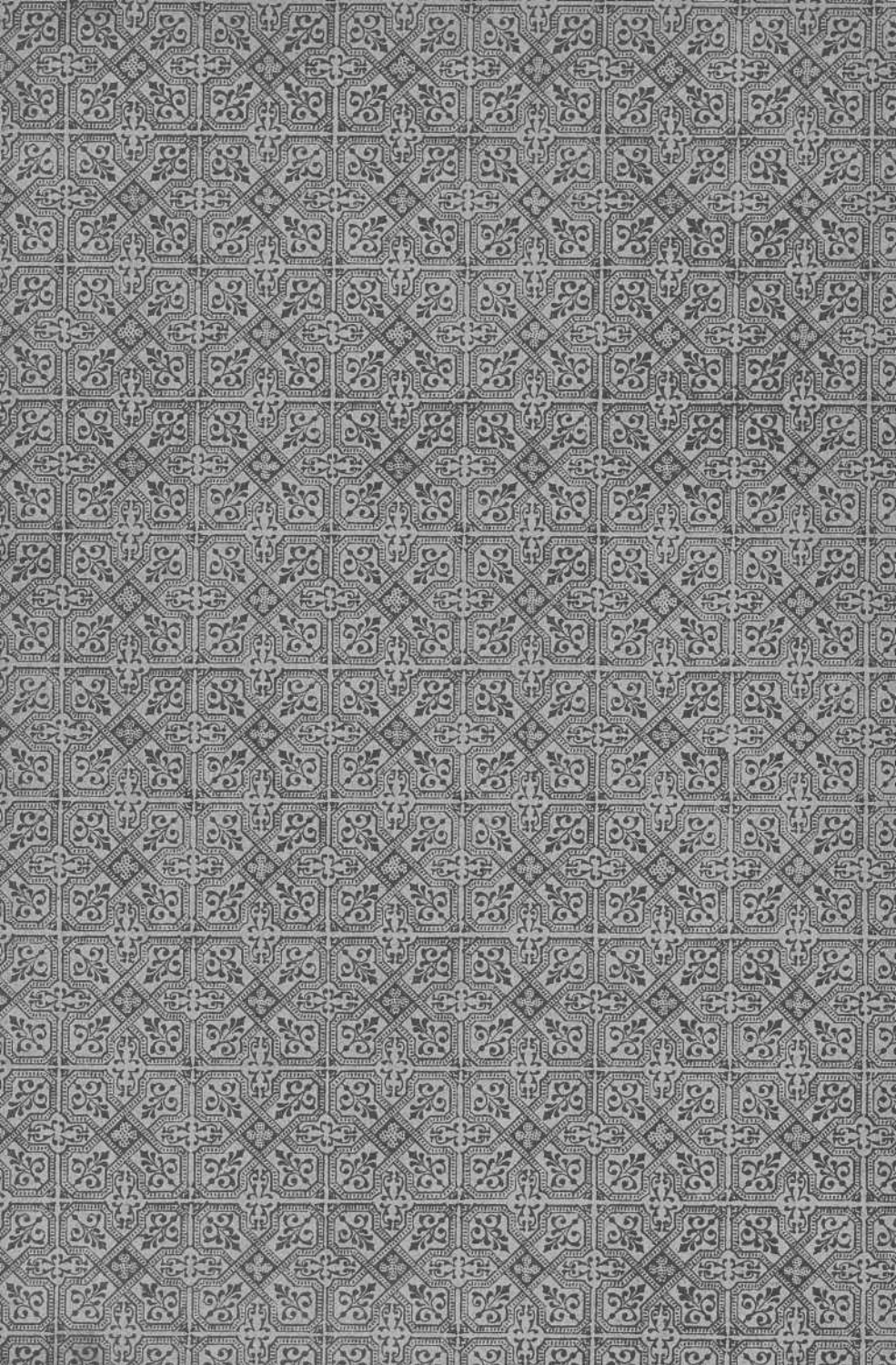
Syllabus..... 706

Número 5.—Bulla *Apostolicæ Sedis*..... 717

Número 6.—Concilio Vaticano..... 725

Número 7.—Bula *Gravissimum* de Benedicto XIV..... 741





Gomez-Salazar

DERECHO CANÓNICO

1

3566